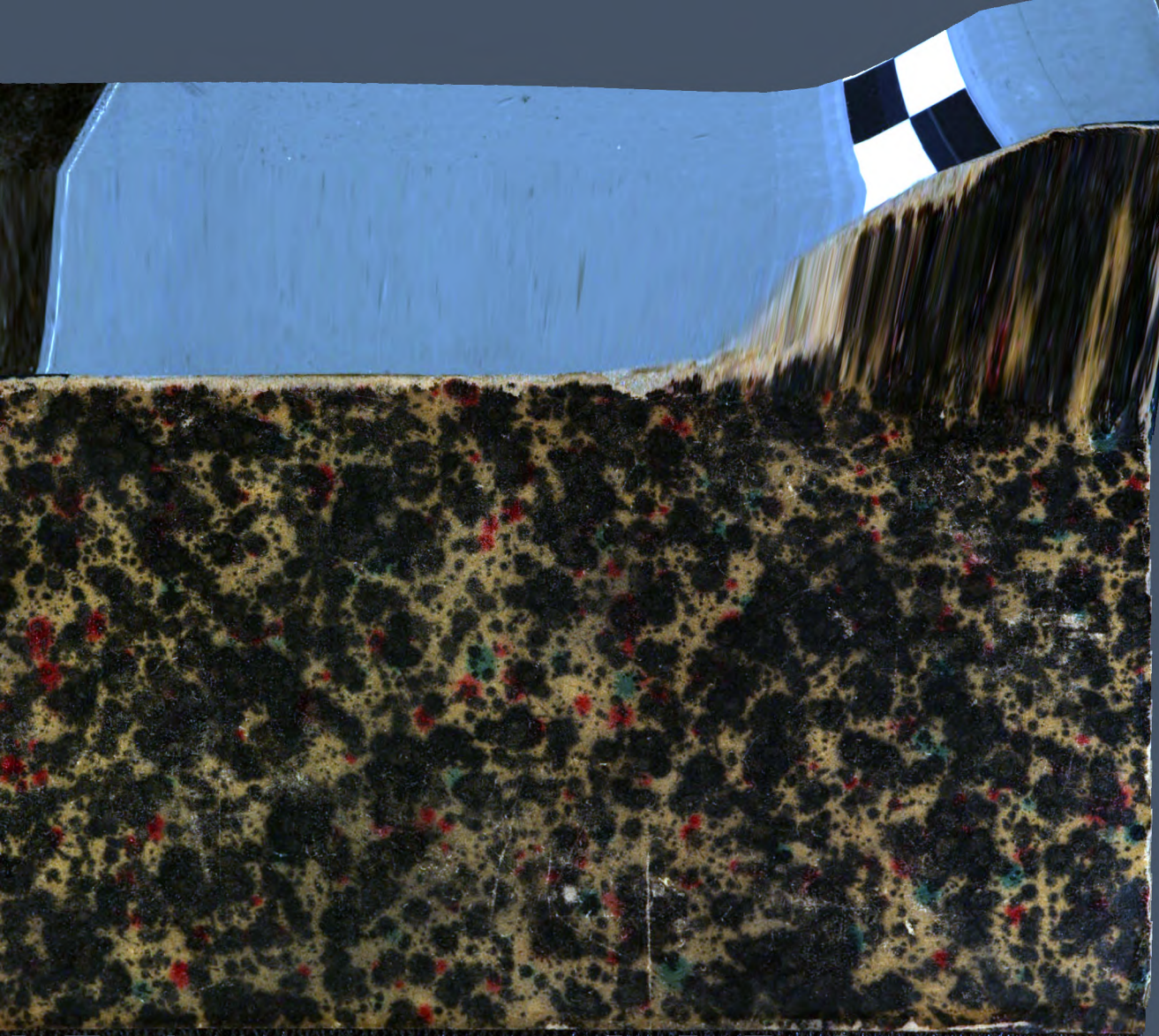
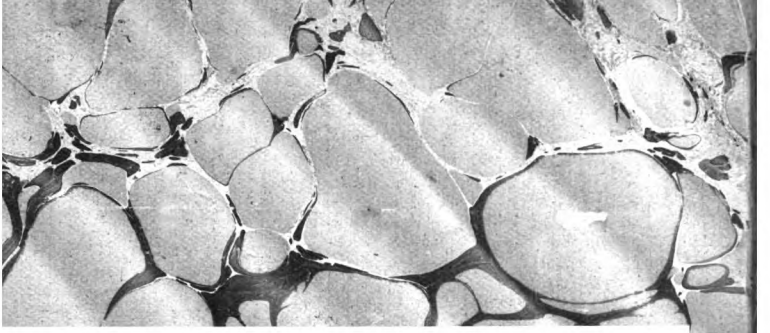


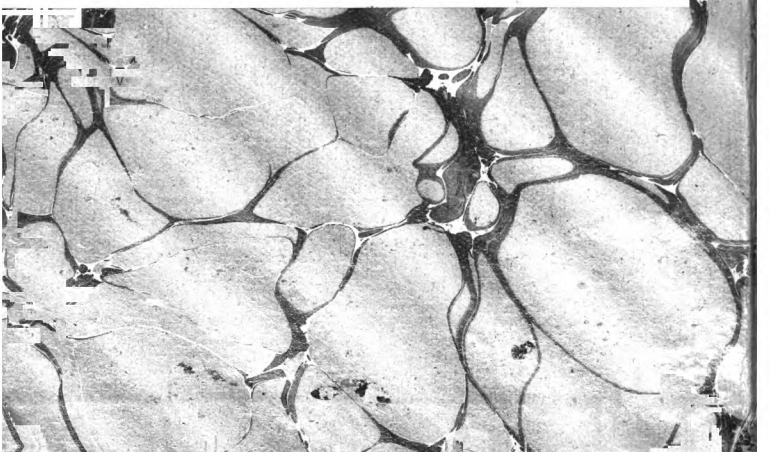


Cornell University Library

BOUGHT WITH THE INCOME
FROM THE
SAGE ENDOWMENT FUND
THE GIFT OF
Henry W. Sage
1891

A.158500 23/5/1902

1243



Cornell University Library
PA 4030.S8B22
v.1-2
Odisea,
3 1924 026 667 356
olin

The date shows when this volume was taken.

ILL
MCP
Oct 15 '59

~~FEB 15 '85 AU 2 9~~

~~E MAY 22 1986~~

~~APR 21 1997~~

APR 20 1999

~~Interlibrary Loan~~

Interlibrary
Loan

NOV 10 2012

All books not in use for instruction or research are limited to four weeks to all borrowers.

Periodicals of a general character should be returned as soon as possible; when needed beyond two weeks a special request should be made.

All *student* borrowers are limited to two weeks, with renewal privileges, when the book is not needed by others.

Books not needed during recess periods should be returned to the library, or arrangements made for their return during borrower's absence, if wanted.

Books needed by more than one person belong on the reserve list.

PA
4030
S8B22
v. 1-2

BIBLIOTECA CLASICA.

HOMERO

LA ODISEA

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO I

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
ISABEL LA CATÓLICA, 25.
—
1886

HOMERO

LA ODISEA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, 20.

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XCV

HOMERO

LA ODISEA

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO I

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
ISABEL LA CATÓLICA, 25

1886

A. 158500

ADVERTENCIA.

Atribuyo la *Odisea* á Homero. Hasta hace poco más de un siglo no necesitaba demostración esta verdad. La *Ilíada* y la *Odisea* eran consideradas por todos como hijas de un divino ingenio, llamado perifrásticamente el *Ciego de Quíos*. Pero la erudición, como agudamente dice Camerini (1), no es siempre

Un' aura dolce senza mutamento,

sino que, de cuando en cuando, tiene sus torbellinos y borrascas. Por eso á la tranquilidad con que los literatos se gozaban contemplando en los poemas homéricos dos etapas de un mismo sol, brillante y ardoroso en el cenit al cantar la cólera de Aquiles, rico en variedad de matices, cuanto decaído en fuer-

(1) Apud OMERO. *Odissea, tradotta da Ippolito Pindemonte.* Milano, 1878.

zas, al referir, en su ocaso (1), la vuelta de Ulises á su patria, sucedieron la duda, el desasosiego y la agitación de la tempestad que los *Prolegómenos* de Wolf (2) promovieron al plantear y resolver á su modo la cuestión homérica.

Homero no ha existido, dijo atrevidamente el profesor de la Universidad de Halle; la *Ilíada* y la *Odisea* no son obras de un solo poeta, sino de una familia de aedas ó cantores; ambos poemas, tal cual hoy los poseemos, fueron resultado de trabajos seculares, diversos en su origen y reunidos con cierta apariencia de unidad en tiempo de Pisístrato. Su autor es, en verdad, el mayor de los poetas, porque no es un hombre, sino una nación, y el compendio de las ideas y sentimientos de muchas generaciones. Grecia, en la juventud, compuso la *Ilíada;* Grecia, con el estro poético entibiado por la reflexión, compuso la *Odisea* (3).

---

(1) Comparación de *Longino* en su tratado del *Sublime*, IX. Mad. Dacier demuestra que el genio de Homero no aparece debilitado por la edad en la *Odisea*. Vid. *L'Odyssée d'Homère, traduite en françois*, Paris, 1791, tomo I, pág. xliv y siguientes.

(2) Se publicaron por primera vez en 1795 con el título: *Prolegomena ad Homerum, sive de operum Homericorum prisca et genuina forma, variisque mutationibus et probabili ratione emendandi; scripsit Fred.-Aug. Wolfius*, Halis Saxonum.

(3) Juan Bautista Vico, en sus *Principios de la Ciencia Nueva*, fué el precursor de Wolf, pero sus gratuitas afirmaciones no tuvieron resonancia. Los trabajos de Roberto Wood (*An Essay on the original Genius and writings of Homer*, Londres, 1769-1775), y Villoison, con el descubrimiento y publicación de los *Escolios Venecianos*, en su edición de la *Iliada* (*Homeri Ilias ad veteris codicis Veneti fidem recensita, scholia*

La incertidumbre acerca de la vida de Homero; las incoherencias que en la *Ilíada* y en la *Odisea* se observan; el silencio de ambos poemas acerca del uso de la escritura; la lengua poco diferente del griego clásico; y, sobre todo, la falta de unidad y de plan preconcebido, son las razones principales alegadas por Wolf en defensa de su paradoja.

Procuraremos rebatirlas. De tan escasa fuerza es la primera, que Karl Hillebrand (1), docto traductor de Otfried Müller, y más wolfiano que otra cosa, no creyó conveniente mencionarla. La ignorancia, el patriotismo, la imaginación popular y otras mil causas, fácilmente desfiguran cuanto á los grandes hombres se refiere. Si la historia del Cid está llena de fábulas; si hasta el siglo XVIII fué desconocida la genealogía del conde D. Enrique, padre de Alfonso Enríquez; si la patria y el linaje de Cervantes han sido ocasión de grandes controversias, ¿supondrá nada contra la individualidad de Homero la deficiencia de datos seguros en su biografía?

Las incoherencias notadas en los poemas, ó no existen, ó sin esfuerzo se explican, ya por interpolaciones en el texto primitivo, ya por descuidos é imperfecciones del mismo autor, que tampoco, como observó Horacio, se hallaba exento de sueños y caídas.

---

in eam antiquissima..... Venetiis, 1788), facilitaron datos y argumentos á la tesis wolfiana. La historia detallada de las *Poesías homéricas* puede verse á la cabeza de la traducción de la *Ilíada* por Dugas Montbel, cuarta edición, París, 1869.

(1) En su eruditísima nota sobre la *Cuestión Homérica*, en el tomo II, pág. 594 de la *Histoire de la Littérature Grecque*, por Otfried Müller, París, 1883.

El silencio de Homero acerca del uso de la escritura y de las materias que en ella se emplean, prueba poco ó nada, por ser argumento puramente negativo. Aun dando por bueno que los *signos funestos*, σήματα λυγρὰ, mencionados en el libro VI (1) de la *Ilíada* sean de la escritura jeroglífica y no de la alfabética, quedan todavía muchos datos en pro de la extraordinaria antigüedad de este arte dentro y fuera de Grecia. Moisés, por ejemplo, escribió el *Pentateuco* 1560 años antes de Cristo; los Turdetanos, al decir de Estrabón, tenían poesías y leyes escritas hacía 6000 años; Cadmo llevó á Tebas el alfabeto fenicio. Entre este colonizador y la fecha probable de la existencia de Homero trascurrieron por lo menos ocho siglos, y no es de creer que en tan largo lapso de tiempo y en un pueblo inteligente y aptísimo para la asimilación de ajenos inventos, la escritura permaneciese en la infancia, limitada á códigos y tratados, sin difundirse y vulgarizarse para el uso de la poesía. Sin necesidad, pues, de admitir con Otfried Müller (2) la existencia de memorias fe-

---

(1) V. 168. Hermosilla tradujo *triste carta:*

> Pero le envió á la Licia, y bien cerrada
> Triste carta le dió, donde escribiera
> Calumnias en su daño; y á su suegro
> Le mandó que en llegando la mostrara,
> Para que éste su muerte procurase.

Alexis Pierrón (*Histoire de la Littérature Grecque*, troisième édition, París, 1883, pág. 39) prueba que los *signos funestos* de Preto, llevados á Iobates por Belerofonte, son una verdadera carta, escrita en caracteres alfabéticos.

(2) *Histoire de la Littérature Grecque jusqu' Alexandre le Grand*, troisième édition, París, 1883, tomo II, pág. 127.

licísimas capaces de recordar catorce mil y más exámetros, se comprende que, mediante el uso de la escritura, pudieran componerse y trasmitirse larguísimos poemas. ¿Valdrá algo contra esto la observación de que cada verso (nótese la hipérbole) dice que los poemas homéricos han sido compuestos para la audición y no para la lectura? En mi concepto, nada. Todo lo explican perfectamente, ó la costumbre de las recitaciones públicas de los rápsodas, ó la natural escasez de copias, ó la persistencia en el estilo poético de palabras recordatorias de prácticas desusadas. ¿No *cantan* todavía nuestros poetas? ¿No tañen, á lo mejor, la lira? ¿No implora el autor de la *Batracomiomaquia* la asistencia de las Musas Heliconias en favor del *canto* (εἰνεκ' ἀοιδῆς) que va á *escribir* en las triangulares tablillas?

La lengua homérica no es tan parecida al griego clásico como pretenden los que en tal semejanza hacen hincapié para demostrar lo relativamente moderno de la forma de aquellos poemas. Al que emprende su traducción le convence de esta verdad la lectura de un solo canto. La monografía que, recogiendo las más importantes formas gramaticales peculiares á Homero, ha publicado W. Ribbeck (1), hace sobre el particular prueba plena. Los que se espantan de la perfección, riqueza y variedad de la Morfología homérica, se olvidan del largo período de cultivo literario que debió precederle; é igual-

(1) *Homerische Formenlehre, Zweite Auflage*, Berlin, 1880. Es muy útil para facilitar la traducción de Homero. Se halla traducida al italiano por Luigi Cerrato, *Morfología Homerica*. Torino, 1882.

mente se olvidan de la ley de transformación analítica, en virtud de la cual el tesoro de flexiones de un idioma tiende á disminuir con el trascurso del tiempo. Por tal razón, hállanse en el lenguaje épico formas inusitadas ya, ó usadas solamente en alguno de los dialectos clásicos, y, por lo mismo, el atento estudio de la morfología homérica conduce á demostrar que la *Ilíada* y la *Odisea*, aunque inspiradas, como dijo Aristarco, por un corazón jónico, fueron compuestas cuando el deslinde de los dialectos no se había verificado todavía, y en un país donde, como en el territorio Esmirnense, la reunión y mezcla de Jonios, Eolios, Locrienses, Tesalios, Eubeos y Beocios contribuyó infinito á desenvolver la vida intelectual, á enriquecer el idioma y á preparar, mediante el acarreo de las tradiciones étnicas, el riquísimo caudal épico que Homero puso á contribución con arte eximio.

Pero el argumento Aquiles de los que niegan la individualidad de Homero, es la supuesta falta de unidad y de plan preconcebido en sus epopeyas. Su refutación merece más espacio.

Desde que, derrochando erudición y talento, trató de probar Wolf lo tarde que los Griegos aprendieron á componer con arreglo á un plan sus poesías, han sido muchas las hipótesis para explicar cómo, sin un determinado designio, por una especie de creación más ó menos inconsciente y espontánea, pudieron aparecer en el campo literario obras, al parecer, tan unas.

Federico Schelegel (1) extremó las conclusiones

(1) *Geschichte der epischen Dichtkunst der Griechen*, 1798.

de Wolf, despreciando los argumentos técnicos, apelando á la estética y saliéndose fuera de la realidad en alas de aventuradas consideraciones metafísicas.

Hermann (1) concedió la existencia de un poeta eminente, autor en remotísima edad de una *Odisea* y de una *Aquileida*, pero reducidas á dos breves cantos, aumentados después por otros aedas con composiciones propias ó *antehoméricas*, y añadió que la misión de los *diascevastas* ó arregladores de Pisístrato se redujo á poner en orden el desbarajuste é inconexión de las rapsodias.

Welcker supuso la existencia de dos períodos épicos distintos (2): uno completamente popular, circunscrito á la recitación pública; otro erudito, de gran cultura literaria, con poemas bastante más extensos que los romances españoles y las baladas alemanas, poemas que un *colector*, *compositor* ú *homero* (ὅμηρος) (3) acostumbraba á reunir en una serie coherente ó ὅμη. La *Iliada* y la *Odisea* se formaron así, y su compositor ú homero fué el primer poeta erudito ó cons-

(1) *Disquisitiones homericae*, en los vol. V y VI de sus *Opuscula*.

(2) *Der epische Cyclus oder die Homerischen Dichter*, 1835-1849, en dos volúmenes.

(3) El insigne helenista G. Curtius da otra etimología á la palabra Homero. Tomando la radical ἀρ en el sentido intransitivo «estar de acuerdo» y no en el de «juntar ó reunir», traduce ὅμηροι, «los poetas que se han puesto de acuerdo» (como miembros de un colegio ó academia); supone que de este plural se derivó el patronímico ὁμηρίδα, denominación de una especie de *gens*, cuyo patriarca ó dios *lar* recibió más tarde el nombre de μηρος. Curtius sigue las doctrinas de Lachmann.

cio de su arte, en medio de la inconsciencia de los aedas populares.

Lachman (1) reaccionó hacia Wolf; y estudiando anatómicamente la *Ilíada*, rechazando como apócrifos los siete últimos libros, dudando de la autenticidad de lo contenido en los diez primeros, hallando en el poema no menos que diez y ocho asuntos parecidos á las *aventuras* de la poesía popular germánica, concluyó de su análisis que Homero no es un poeta individual, sino la denominación colectiva de la poesía épico-heroica del Asia menor.

Kirchhof (2), discípulo de Lachmann, hizo estragos idénticos en la *Odisea*. Su escalpelo descubrió en ella: 1.°, el antiguo *Nostos de Ulises*, poema erudito, núcleo de todo el resto; 2.°, otro *Nostos*, cuyos exámetros llenan la mayor parte de lo que hoy poseemos, compuesto antes de la primera Olimpiada por un poeta de muy inferior mérito; 3.°, el trabajo de un desconocido que en la trigésima Olimpiada refundió los dos *Nostos*, para redondear el poema y darle un desenlace satisfactorio.

Köchly desmenuzó más, y descubrió en la *Odisea* tres poemas completos é independientes entre sí y de los de Kirchhof: la *Telemaquia*, desde el verso 88 del libro primero hasta el libro quinto; los *Viajes de Ulises*, desde el libro quinto hasta el verso 187 del décimotercio, y la *Vuelta al hogar*, hasta el verso 342 del último canto.

---

(1) Sus estudios con el título *Betrachtungen über Homers Ilias*, se publicaron por primera vez en Berlín, 1837 y 1841.

(2) *Die Homerische Odyssee und ihre Enstehung*. Berlín, 1859.

Grote (1) dudó de la existencia individual de Homero, inclinándose á creerlo nombre colectivo de una escuela de aedas ó cantores; pero, aunque negó la unidad de la *Ilíada*, admitió la de la *Odisea*, salvas ciertas interpolaciones.

Geddes (2), en fin, supuso que el autor de la *Odisea* compuso también la *Ilíada*, pero valiéndose de una *Aquileida* primitiva.

La sumarísima historia de tantas *variaciones* prueba mucho contra la teoría de Wolf, tildada de grosera y completamente mecánica por el sabio Otfried Müller. Afirmaciones derivadas de hipótesis, por muy agudas é ingeniosas que las hipótesis sean, ríndense necesariamente ante la realidad patente y viva; y viva y patente, para quien sin sistemáticas preocupaciones la examine, aparece la unidad de la *Odisea*, calificada por algunos de maravillosa.

Examínese el poema, y se verá cómo todo él se halla enderezado á referir la vuelta de Ulises á su patria. En los episodios más extraños á la acción principal, lo mismo que en la acción secundaria que se desarrolla paralelamente á aquélla, nunca olvida Homero el regreso del destructor de ciudades, asunto de sus cantos. La primera asamblea de Ítaca, por ejemplo, encaminada va á predisponer en favor del rey, próximo á venir, el ánimo olvidadizo de su pueblo; los viajes de Telémaco á las cortes de Néstor y Menelao preparan al joven príncipe para la eficaz ayuda que ha de dar á su padre en el castigo

(1) En su *History of Grece*, pág. 160 á 279 del tomo III.
(2) *The probleme of the Homerics poems*, 1879.

de los soberbios procos; las narraciones episódicas de lo ocurrido con los Cicones, los Lotófagos, los Cíclopes, Eolo, los Lestrigones, Circe, las almas de los muertos, las Sirenas, Escila y Caribdis y otros *speciosa miracula*, son todas de sucesos ocurridos con ocasión de la vuelta; y hasta los juegos Feacenses, considerados por muchos como evidentemente extraños al poema, líganse con el principal asunto, pues están traídos para hacer simpático el héroe á los habitantes de Esqueria y decidirles á favorecer su regreso.

¿Y qué diremos del plan? Su artificio está demostrando á las claras cómo la *Odisea* no es producto de la yuxtaposición de cien leyendas. Homero no sigue en ella, como en la *Ilíada*, el orden cronológico, sino que, dando por sabidas muchas cosas que va contando después con discreción suprema, arrebata al lector *in medias res*, al corazón del asunto. Supliendo con la variedad de invenciones y relatos la falta de interés nacional que el asunto de la *Odisea*, personal y doméstico, tiene relativamente al glorioso y nacional de la *Ilíada*, complica de intento el plan, desarrollando paralelamente hasta el libro diez y seis las aventuras de Ulises y Telémaco, é introduciendo para complemento y amenidad de la principal acción la narración episódica de los libros nueve, diez, once y doce. Así, con lo peregrino de las historias mantiene el interés despierto; y con la inefable belleza y armónica disposición del conjunto, suspende y maravilla. Plan, por consiguiente, tan artificioso y complicado, en el cual jamás discrepan el principio, el fin y el medio, necesaria-

mente ha debido ser preconcebido. Un solo artista, pues, dispuso y tejió el maravilloso lienzo. La *Odisea* no es haz de espigas producto de diversas simientes, sino la arrogante palmera de Delos, nacida de un germen único.

Abandonemos ya las enojosas discusiones, sin tocar siquiera la cuestión de si hubo uno ó dos Homeros, ó sea si la *Odisea* y la *Ilíada* fueron obra del mismo poeta. Sean ó no sean hermanas, una vez demostrada la unidad de autor en las anteriores líneas, la misma razón hay para atribuir á Homero la una que la otra. Gran copia de sólidos argumentos hay para combatir el error de los *corizontes* modernos y antiguos, pues sin necesidad de suponer escrita la *Ilíada* en época anterior á la *Odisea*, se explican satisfactoriomente sus diferencias por las de sus asuntos. Mas invitados á coger frutas y flores en huerto delicioso, ¿preferiremos, como dice discretamente Viale (1), enterarnos de la historia de su plantación, del nombre y vida de su primer jardinero, de los sistemas seguidos por sus diversos cultivadores? Yo no, ciertamente: respeto, admiro y envidio la erudición; pero digo ahora, con el autor de las *Geórgicas: Dulces ante omnia Musae.* Dejo, pues, al amable lector pasar á recrearse en el amenísimo verjel que, trasplantado de Jonia á España, le ofrezco en la traducción de la *Odisea* (2), no sin de-

(1) *Miscellanea Helenico-Litteraria.* Lisboa, 1862, página 68.

(2) Mi excelente amigo D. Luis Navarro me encargó para su BIBLIOTECA CLÁSICA la corrección de la versión de la *Odisea* por el secretario Gonzalo Pérez. Afean este trabajo, no sin pre-

plorar que mi suma impericia y las dificultades de la empresa hayan hecho desaparecer, al encajarlos en duros endecasílabos, el perfume, la gracia, el vigor é inimitable flexibilidad de los exámetros griegos.

F. BARÁIBAR.

---

cio por su agradable ingenuidad y buena inteligencia del texto homérico, el constante desaliño de la versificación y una enojosa tendencia á las amplificaciones. Dí principio á la corrección; pero fué tanto lo que tuve que enmendar en los cuatro primeros libros, que apenas si llegaron á cuarenta los versos aprovechados en cada uno de ellos. Por lo cual, no queriendo que mis errores y faltas pudieran imputarse al buen Secretario, me decidí á hacer una versión exclusivamente mia. Revisé los cuatro primeros libros, borré lo poco que en ellos no había de mi mano, y terminé, gracias á Dios y no sin grandísima fatiga, el 8 de Julio de 1885 la traducción de los veinte restantes. Así, yo, que me espantara si de golpe me hubieran invitado á traducir á Homero, me hallo casi como un reo de imprudencia temeraria delante de la versión de la *Odisea*. Para hacerla he tenido á la vista el texto de la recensión Wolfiana, editado por Guillermo Dindorf, y acogido por las Bibliotecas de autores griegos de Teubner, en Leipzig (4.ª edición, 1872), y de Ambrosio Fermin Didot, en París, 1877, acudiendo, á veces, en busca de notas y variedad de lecciones, para explicarme inexactitudes de Gonzalo Pérez, á las ediciones de Samuel Clarke (Londres, 1729) y de Juan Spondano (Basilea, 1583).

LA ODISEA.

LIBRO PRIMERO.

Díme, oh Musa, del héroe ingenioso (1)
Que, después de arrasar la sacra Troya (2),
Anduvo tanto tiempo peregrino,
Viendo muchas ciudades, y costumbres (3)
Sin cuento conociendo. Grandes penas
Sufrió en el mar su alma, procurando
La propia salvación, y de su gente
La deseada vuelta; pero inútil
Fué su afán (4), porque, víctimas de necia
Codicia, sus amados compañeros
Perecieron al fin: las lucias vacas
Del Sol, hijo de Hiperion (5), ¡insensatos!
Á comer se atrevieron, y furioso
Les quitó el dios de su regreso el día.
Parte de estas hazañas comunícanos,
Adorable deidad, hija de Júpiter.

Ya los héroes todos, libertados
De la muerte, del mar y de la guerra,
En sus casas estaban; pero á Ulises,
De su esposa y regreso codicioso,
Detenía Calipso (6), ninfa augusta,
En un antro profundo, deseosa
De hacerlo su marido. Y aunque el tiempo
De que á Itaca volviese, con el giro
De los años llegó, ni se veía
Libre aún de males, ni en su hogar cercado
De sus dulces amigos. Cuantos dioses
Hay en el vasto Olimpo se apiadaban
De su suerte cruel, menos Neptuno,
Que no cejó en sus iras contra el héroe (7)
Hasta que estuvo en su país amado.
Pero entonces el dios partido había
Al remoto confin de los Etiopes (8),
Postreros de los hombres, divididos
En dos pueblos, el uno al Occidente
Y hacia el Oriente el otro, la hecatombe
Magnífica de toros y carneros
Á recibir gustoso. Recreábase
Á la mesa sentado; y en concilio
Reuníanse en tanto en la morada
De Júpiter los númenes restantes.
Y el padre de los dioses y los hombres,
Trayendo á la memoria al noble Egisto,
Por el ínclito Orestes, generoso

Hijo de Agamenón, muerto, su augusta
Palabra dirigió á los inmortales.
«¡Oh cielos! exclamó, ¡cuánto á los dioses
Nos acusan los hombres! De nosotros
Vienen, dicen, los males (9), y no miran
Cuántos, fuera del hado, su locura
Les suele acarrear. Testigo Egisto,
Que, contra los decretos celestiales,
Se casó con la esposa del Atrida,
A quien mató á su vuelta, aunque sabiendo
La muerte atroz que le amagaba á él mismo.
Pues ya le predijimos por Mercurio,
Nuestro Argicida (10) perspicaz, que nunca
Matase á Agamenón, ni de su esposa
El lecho codiciase, porque Orestes,
Al regresar, ya mozo, al patrio suelo,
Había de vengarle. Así Mercurio
Le dijo, aconsejándole prudente;
Pero él no le atendió; y está pagando
Todas sus faltas juntas.» Así dijo,
Y la ojos verdes Palas respondióle:
«Padre nuestro, Saturnio, rey supremo,
Muy justa fué la muerte del malvado,
Y ojalá quien tal haga que tal pague:
Pero á mí me atormenta del prudente
Ulises la desdicha. De sus deudos
Lejos, padece ha tiempo mil dolores
En una isla selvosa, circundada

De alborotadas olas, en el centro
Del proceloso mar. En ella habita
Una hija de Atlante (11), del abismo
Conocedor siniestro, y sustentante
De las grandes columnas que separan
El cielo de la tierra, y le detiene
Con sus tiernas caricias y palabras,
Procurando que el mísero se olvide
De la tierra natal; pero él anhela
Ver el humo azulado de su patria
Y desea morir. ¿No se conmueve,
Padre, tu corazón? ¿No has recibido
Con agrado las víctimas que Ulises
Te inmoló ante las naves, en la vasta
Ciudad de los Troyanos? ¿Á qué entonces
Tantas iras contra él?» «Hija querida,
Repuso el sumo Júpiter, ¿qué dichos
Se te huyeron del cerco de los dientes?
¿Cómo olvidarme yo del grande Ulises,
El hombre más astuto, y el más pródigo
En hacer sacrificios á los dioses
Que el ancho cielo habitan? Mas Neptuno,
Cercador de la tierra, le persigue
Porque al más grande Cíclope, al divino
Polifemo, nacido de su enlace
En los cerúleos antros con Toosa,
De Forcino, un monarca de las aguas
Del infructuoso mar, hija, atrevido

Dejó ciego, y el dios, si no le mata
Desde entonces, mantiénele errabundo
Distante de su hogar. Pero tratemos
Ya todos de su vuelta, y su ira aplaque
Neptuno; pues inútil resistencia
Fuera sólo la de él, contra el decreto
De los restantes dioses.» Así dijo,
Y la ojos verdes Palas respondióle:
«Padre nuestro, Saturnio, rey supremo,
Si ahora place á los númenes que Ulises
Regrese á su morada, á la isla Ogigia (12)
Mandemos á Mercurio, y á la diosa
De hermosa cabellera comunique
Nuestra decisión firme de que vuelva
El animoso Ulises. Yo iré á Ítaca
Á avisar á Telémaco y á darle
Nueva fuerza y valor, para que arengue
Á los crinados Griegos convocados
En solemne sesión, y ponga coto
Á los soberbios procos, que le matan
Sin fin de ovejas y de tardos bueyes
De cornamenta corva. Á la arenosa
Pilos, á más, y á Esparta, á que averigüe
Noticias de su padre, y buena fama
Conquiste entre los hombres, enviaréle.»
Dijo, y calzóse las sandalias de oro (13)
Hermosas é inmortales, que la llevan
Por el mar y la tierra tan veloces

Como el viento; tomó la fuerte lanza
Grande, pesada, horrenda, guarnecida
De agudo bronce (14), con la cual aterra,
Si está sañuda, de soldados fuertes
Las bravas compañías, y con ímpetu
Del Olimpo bajó. Paróse en Ítaca
De la casa de Ulises en el atrio
Con su lanza en la mano, y en figura
De Mentes (15), de los Tafios (16) jefe ilustre
Allí topó con los altivos procos (17)
Sentados á la puerta, divertidos
En jugar con los dados (18) sobre cueros
De los bueyes por ellos degollados
Para el festín alegre. Los solícitos
Heraldos y los fámulos mezclaban
Unos el agua y vino en las crateras,
Otros con las esponjas (19) de mil ojos
Aseaban las mesas, y otros carnes
Con profusión traían y servían.
El divino Telémaco el primero
Distinguió desde lejos á la diosa.
A la sazón estaba entre los procos
Sentado, con el alma, en el recuerdo
De su buen padre fija, de amargura
Llena, y pensando siempre en si vendría
Y, arrojando de casa á aquella turba,
Recobraría á un tiempo honor y bienes:
Cuando esto meditaba, vió á la diosa

Y le salió al encuentro, condolido
De que tan noble huésped aguardase
Tanto tiempo á la puerta. De la mano
Derecha la cogió; tomó la lanza
De bronce guarnecida, y dirigióle
Afable estas palabras: «Salud, huésped,
Y sé muy bien venido; reparado
Con la cena, dirás qué necesitas.»
Así dijo, y seguido de Minerva
Entró en su excelsa casa. A una columna,
Dentro de una lancera muy pulida
Donde había otras armas de su padre,
La gran lanza arrimó. Sentarse le hizo
En una hermosa silla, con su alfombra
Y su escabel al canto, y en la suya
Se sentó junto al huésped, apartado
De los procos, temiendo que el tumulto
É insolencia de aquellos de la mesa
Le disgustasen, y del padre amante
Queriendo preguntarle. Una criada
Trajo el aguamanil de oro finísimo,
Y vertió el agua en la aljofaina argéntea;
Y aparejó una mesa primorosa.
La venerable despensera luego
Aprontó el pan y viandas delicadas
Que á su cargo tenía, y el trinchante
Toda clase de carnes, con destreza
Partidas, en los platos repartióles,

Y ricas tazas de oro, que un heraldo
De vino coronó, les puso enfrente.
En tanto, en el salón los amadores
Entraron y sentáronse en las sillas
Y sitiales (20) por orden: los heraldos
Sirviéronles el agua; los cestillos
De blanco pan llenaron los criados;
Y las copas colmáronles los mozos.
Ellos á los manjares (21) extendieron
Las manos, y saciado el apetito
De comer y beber, á los deleites
Del canto y de la danza, compañeros
Y adorno del festín, ojos y oídos
Atentos divirtieron. Un heraldo
Dió la cítara (22) á Femio (23), que cantaba
Entre ellos mal su grado, y el aeda
Cantó y tocó con arte delicado.
Entonces, acercando su cabeza
A Minerva de modo que los procos
No pudiesen oirle: «No te indigne,
Caro huésped, le dijo, lo que ahora
Te tengo que decir; cuídanse sólo
Esos de baile y canto, cosa fácil,
Pues viven del caudal del desdichado
Cuyos huesos se pudren con la lluvia,
O andan del mar revueltos en las olas.
Pero si aquí le viesen, más querrían
Todos piernas ligeras, que vestidos

Y riquezas sin cuento; pero el triste
Víctima sucumbió de su funesto
Destino, y no hay consuelo ni esperanza
Para nosotros; aunque alguno quiera
Hablar de su regreso. ¡El dulce día
De su vuelta pasó! Pero responde
Sincero á mis preguntas: ¿De qué pueblo
Eres y qué ciudad? ¿Cómo se llaman
Tus padres, en qué forma te ha traído
La nave, y de qué punto de la tierra
Sus tripulantes son? pues no se puede
Llegar aquí á pie firme: y asimismo
Díme si fuiste huésped de mi padre,
O si es la vez primera que aquí vienes,
Porque antes frecuentaban esta casa
Muchos; que siempre tuvo complacencia
Mi buen padre en tratarse con los hombres.»
La ojos verdes (24) Minerva: «Sin rebozo
Contestaré, le dijo. Yo soy Mentes,
Hijo de Anquialo belicoso, y príncipe
De los Tafios, peritos navegantes.
Surcando el mar profundo, en mi galera
Con varios compañeros he venido
En dirección á Témesa (25), buscando
Bronce en cambio de fierro reluciente.
Quedó nuestra galera en una playa
Apartada de aquí, en el puerto Retro,
Bajo el Neyo selvoso. Antiguos huéspedes

Somos tu padre y yo. Vé á preguntárselo,
Si te place, á Laertes, noble anciano,
Que me han dicho que ya no acude al pueblo,
Y apartado en el campo, mil dolores
Pasa, asistido sólo de una anciana
Que de comer le sirve cuantas veces,
Rendido de cansancio, se retira
De andar cuasi arrastrando por el suelo
De su lozana viña. Aquí he venido
Porque entendí que Ulises de retorno
Ya estaba con los suyos. Mas los dioses
Le tuercen el camino. No, no yace
Muerto tu ilustre padre, sino vive
En una isla cercada por las olas
Del piélago espacioso, detenido
Por salvajes feroces. Mas te anuncio,
Y se habrá de cumplir lo que los dioses
Sempiternos me inspiran, aunque arúspice
No sea ni adivino, que tu padre
Ya no ha de estar ausente de su patria
Ni de su casa mucho. Pues si en férreas
Cadenas le tuviesen, es tan hábil,
Que áun buscaría un medio de volverse.
Mas sincero respóndeme: ¿Eres hijo
Tú, tan mozo, de Ulises? Bien paréceslo
En los ojos brillantes y en el rostro,
Que bien sé que así eran, pues mil veces
Hemos estado juntos, hasta el día

En que á Troya en las cóncavas galeras
El y la flor de Grecia se partieron.
Desde entonces jamás nos hemos visto.»
Respondióle Telémaco: «Mi madre,
Seré sincero, oh huésped, que de Ulises
Hijo soy asegura (26); yo no puedo
Decirte más, pues nadie con certeza
A su padre conoce. ¡Ojalá un hombre
Más feliz me engendrara, á quien la corva
Vejez encaneciera en sus dominios!
Pero al más infeliz de los mortales,
Pues tú me lo preguntas, la existencia
Dicen todos que debo.» Replicóle
La ojos verdes Minerva: «No han querido,
Á la verdad, los dioses que se pierda
De tu linaje ilustre la memoria,
Cuando tal te parió tu casta madre.
Mas responde sincero: ¿á qué esta turba?
¿Por qué es este banquete? (27) ¿qué motiva
Tan inmenso concurso? ¿es una boda,
O un festín? pues ya veo, en la licencia
Y arrogancia sin freno con que comen,
Que no pagan escote. Tanta audacia
Á todo hombre sensato indignaría.»
«Amigo, respondiendo á sus preguntas
Telémaco le dijo, este palacio
Fuera rico y completo si estuviese
Mi padre entre su pueblo; mas los dioses

Con aciagos designios otra cosa
Han dispuesto, y permiten que perdido
Entre los hombres ande. Menos luto
Mi corazón guardara si en el sitio
De Troya hubiera muerto, ó en los brazos
De sus amigos, destruída aquélla.
Todos los Griegos ostentoso túmulo
Le hubieran erigido y un legado
De inmarcesible gloria me dejara;
Pero con muerte oscura las Harpías (28)
Nos le han arrebatado; ha perecido
Sin que nadie le viera ni le oyera,
Dejándome gemidos y dolores
Como funesta herencia; y no me aflige
Tan sólo este dolor, pues otros muchos
Los dioses me deparan. Cuantos príncipes
Hay en todas las islas del contorno,
En Same (29) y en Duliquio (30), en la selvosa
Zacinto (31), y los señores de la Ítaca,
Pretenden á mi madre, y me destruyen
La casa y las haciendas. Mientras ella
Ni rechaza la boda aborrecida
Ni la puede aceptar, en un banquete
Incesante los bienes me devoran,
Y darán cuenta en breve de mí mismo.»
Indignada Minerva, le repuso:
«¡Ay, cuánta falta te hace la presencia
De tu prudente padre, que pondría

Dura mano en los vanos pretendientes!
Si se llegase ahora y en las puertas
Del palacio estuviese, con su yelmo
Y su escudo y dos lanzas en la mano,
Tal cual le ví primero, cuando vino
Á mi casa á beber y divertirse
De regreso de Efira (32), á donde en nave
Ligera había estado á ver á Ilo
El Mermérida (33), en busca de un veneno
Mortal para teñirse las saetas;
Aunque él se lo negó, porque temía
Á los eternos dioses, mas mi padre
Sí se lo dió, pues le quería mucho:
Si así se apareciese ante los procos,
Breve sería su existencia y caras
Las bodas les saldrían. Pero en manos
De los dioses está, si á su regreso
Ha de vengar ó no la torpe afrenta.
Busca tú ahora un medio de librarte
De esa turba impudente. Mi consejo
Oye con atención: junta mañana
Á los héroes griegos; habla á todos
Con vigor, invocando por testigos
Á los celestes númenes; ordena
Á los procos que salgan de tu casa;
Á tu madre, si quiere nuevas bodas,
Envíala al palacio de su rico
Y poderoso padre, donde el dote

Que á tal hija conviene, denle, y hagan
Los gastos de la boda. Tú en la nave
Mejor, con veinte nautas escogidos
Parte en busca de nuevas, á ver si oyes
Á algún hombre, ó de boca de la Fama,
Que si viene de Júpiter es buena,
Algo de tu infeliz, perdido padre.
Irás primero á preguntar á Pilos (34)
Al venerable Néstor; luégo á Esparta
Al rubio Menelao, de los Dánaos
De férreas corazas el postrero
Que de la guerra vino: si obtuvieses
Noticias de la vida y de la vuelta
De tu padre, le esperas aún un año;
Y si oyeres que ha muerto, á tu querida
Patria retorna, y el suntuoso túmulo
Y las grandes exequias que merece
Hazle, y casa á tu madre. Piensa luégo
De cumplir estas cosas, en el modo
De matar á los procos en tu casa,
Con ardid ó sin él. Pues ya no es hora
De andar en niñerías, que tus años
No son ya para eso. ¿No has oído
Cuánta gloria logró el divino Orestes
Matando al falso Egisto, de su padre
Asesino cruel? Y tú, hijo mío
(Pues te veo tan alto y tan hermoso),
Sé valiente también, y en lo futuro

Habrá quien te celebre. Yo me vuelvo
Á mi rápida nave, donde acaso
Estarán ya impacientes mis amigos.
Cuídate de lo dicho, y no te olvides
Jamás de mis palabras.» Respondióle
El prudente Telémaco: «Amoroso
Como de un padre á su hijo es tu consejo,
Y no lo olvidaré. Mas no te vayas,
Aunque el viaje te urja, sin bañarte
Y disfrutar tranquilo de un regalo
Muy hermoso y magnífico que quiero,
Como es uso hospital, antes que partas
En tu galera rápida, ofrecerte.»
La ojos verdes Minerva respondióle:
«No me detengas más, pues me urge mucho
El partir; y el presente hospitalario
Que regalarme quieres, al regreso
Me lo llevaré á casa. Muy hermoso
Lo debes elegir, que en recompensa
Te daré yo otro tal.» Dijo, y de súbito
Despareció como ave arrebatada,
Dejándole en el pecho nuevos bríos
Y encendido valor con la memoria
Avivada del padre, y con la idea
De que fuese algún númen espantado.
Reunióse en seguida con los procos,
Que sentados oían en silencio
Al ínclito cantor que referia

La vuelta funestísima de Troya
Decretada por Palas á los Griegos (35).
La prudente Penélope, aquel canto
Oyendo de su cámara, seguida
De dos siervas bajó, y en los umbrales
De la sólida sala se detuvo,
Sus mejillas cubrió con lindo velo,
Y teniendo las siervas á su lado
Dió salida al dolor. «Pues mil cantares
Sabes, le dijo, oh Femio, del oído
Dulcísimo regalo, cuyo asunto,
De los aedas propio, son hazañas
De héroes é inmortales, mientras beben
Sentados en silencio, canta alguno
Á mis procos ilustres. Pero deja
Esa canción que el pecho me destroza.
¡No hay dolor como el mío! Me consumen
El vivo anhelo de mirar su rostro,
Y el recuerdo del héroe cuya fama
Corrió toda la Grecia y hasta el centro
De Argos llegó sin duda.» Replicóle
El prudente Telémaco: «No hay, madre,
Por qué llevar á mal que el dulce aeda
Cante lo que le plazca, de alegría
Colmándonos á todos. No á él, á Jove
Supremo hay que culpar, que distribuye
Los bienes y los males á su antojo
Á los hombres expertos. Tú no acuses

Á éste porque relate las desdichas
De los héroes griegos, pues las nuevas
Canciones son más gratas (36) y el aplauso
Se llevan de la gente. Oyela, madre,
Con ánimo y valor, pues no fué Ulises
El único que en Troya la esperanza
Perdió de regresar á sus hogares,
Que otros muchos también allá cayeron.
Sube á tu habitación, y cuida sólo
De cosas mujeriles, de la rueca,
Del telar y de hacer que á sus labores
Acudan las criadas. Á los hombres
Les corresponde hablar, y más que á todos
Á mí, que soy el dueño del palacio.»
Atónita Penélope, á su estancia
Se volvió, las palabras de su hijo,
Tan discreto, grabando en la memoria;
Y en cuanto allí subió con sus doncellas,
Rompió á llorar por el amado esposo,
Hasta que un dulce sueño á sus pupilas
Minerva la ojos verdes envióle.
En tanto, en las estancias tenebrosas
Voceaban los procos, deseando
Partir con ella el lecho; y el discreto
Telémaco les dijo: «Pretendientes
Soberbios de mi madre, en el convite
Holguémonos y cese el griterío.
Lo decente es oir al dulce aeda,

Cuya voz melodiosa se avecina
Á la de excelso numen, y mañana
Todos acudiremos al consejo,
Donde deciros pienso con franqueza:
«Salid de mi palacio; procuraos
Comida en otra parte, y vuestros bienes
Dilapidad por turno en cada casa;
Mas si creéis mejor seguir hundiendo
Impunemente el bien de un hombre solo,
Destruidlo en buen hora, que á los dioses
Yo invocaré; el castigo merecido
Júpiter os dará, y en esta casa,
Inultos, hallaréis muerte terrible.»
Así les dijo, y todos, asombrados
De su hablar arrogante, se mordieron
Los labios, y por fin Antínoo, el hijo
De Eupites, replicóle: «Á hablar tan alto
Y con tanta altivez los mismos dioses
Te han debido enseñar. Permita Júpiter
Que, aunque te corresponde por herencia,
De la Ítaca jamás logres el reino.»
Respondióle Telémaco: «Aunque acaso
Te sepa mal, Antínoo, lo que diga,
Es cierto que si Jove me otorgase
El trono, aceptaríalo gozoso.
¿Tienes quizá por máxima desdicha
La de reinar, amigo? Pues errado
Andas á la verdad. No es desventura

El ser rey, pues la casa se enriquece
Y da gloria y honor á la persona.
Pero, ancianos ó mozos, los Aqueos
Otros príncipes tienen en la isla.
Y si Ulises ha muerto, reine en ella
Cualesquiera de aquéllos; yo en mi casa
Rey he de ser, y rey de los esclavos
Que me ganó mi padre combatiendo.
Luégo Eurímaco, el hijo de Polibo,
Respondióle: «En las manos de los númenes
Está cuál de los Griegos en la isla
El mando ha de ejercer. Mas tú tus bienes
Y tu casa tendrás. Pues no habrá nadie,
Mientras Ítaca se hallé así habitada,
Que intente por violencia arrebatártelos.
Mas voy á preguntarte de ese huésped.
¿Quién es? ¿de dónde vino? ¿de qué tierra
Se dijo natural? ¿dónde su patria
Y su linaje tiene? ¿Algún anuncio
De que viene tu padre trajo, ó sólo
Le hizo llegarse el cobro de una deuda?
¿Por qué partió tan súbito, sin darnos
Tiempo de conocerle? Por su aspecto
No parece mal hombre.» Respondióle
El discreto Télemaco: «Yo, Eurímaco,
Tengo ya tan perdida la esperanza
De ver aquí á mi padre, que no creo
En ninguna noticia, ni consulto

Á adivino ninguno, si mi madre
Manda á alguno acudir. Ese es un huésped
Antiguo de mi padre, que se llama
Mentes, hijo de Anquialo, y de los Tafios,
Expertos navegantes, jefe ilustre.»
Así dijo Telémaco, entendiendo
En el fondo de su alma que era un numen.
Con esto la atención á las canciones
Y á los bailes volvieron, esperando
Que llegase la noche, la cual vino
Pronto entre sus placeres, y á sus casas
Se fueron á dormir. Á su aposento
En el bello palacio, donde en sitio
Alto y bueno su lecho primoroso
Tenía, fué Telémaco á acostarse
También, en el inquieto pensamiento
Resolviendo mil planes. Alumbrándole
Con esplendente antorcha, iba Euriclea,
Nieta de Pisenor y de Opos hija,
De muy niña adquirida por Laertes
Por veinte hermosos bueyes. En su casa
Desde entonces la tuvo tan querida
Como á su fiel esposa; pero nunca
Partió con ella el tálamo, medroso
Del conyugal disturbio. Con Telémaco
Iba, pues, alumbrando, pues amábale,
Por haberle criado desde niño,
Con entrañable amor, más que las otras

Sirvientas del palacio. Abrió las puertas
Del sólido aposento y él, sentándose
En el lecho, quitóse un sayo fino
Y entrególo á la anciana, que de un clavo,
Después de bien plegado, sobre el lecho
Primoroso colgólo. Salió luégo
De la estancia, tirando del anillo
De plata de la puerta, y el cerrojo
Desde fuera corrió con la correa,
Y toda aquella noche bajo un suave
Vellón la pasó el joven meditando
En el viaje ordenado por la diosa.

LIBRO SEGUNDO.

Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
El hijo caro del prudente Ulises
Levantóse y se puso los vestidos;
Calzóse las sandalias primorosas,
Y del lecho y la estancia echóse fuera.
Ordenó á los heraldos voceadores
Que á junta convocasen á los Griegos
De luenga cabellera. Convocáronlos,
Y ellos á toda prisa reuniéronse.
Cuando estuvieron juntos, dirigióse
Al consejo Telémaco. Llevaba
Su gran lanza en la mano, y dos ligeros
Perros iban tras él (1). Palas-Minerva,
Gracia divina tal daba á su rostro,
Que todos los del pueblo le miraban
Pasar llenos de asombro. En el asiento

Se puso de su padre, y los ancianos
Apartáronse ante él. Habló primero
Egipcio, héroe anciano que sabía
Infinidad de cosas. Con Ulises,
Su hijo Antifo (2), en las naves á la guerra
De Ilión, fecunda en rápidos corceles,
Había ido valiente; pero el fiero
Cíclope le mató, é hizo en su gruta
Con él la última cena. Otros tres hijos
Le quedaban aún: el proco Eurínomo
Y otros dos que en sus campos trabajaban;
Mas con todo lloraba sin consuelo
Aquel hijo perdido, y sollozando
Habló de esta manera en la asamblea:
«Escuchad, Itacenses, mis palabras.
Nunca sesión ni junta hemos tenido
Desde que se partió el divino Ulises
En las cóncavas naves. ¿Quién nos junta
Hoy aquí? ¿Por qué caso tan urgente
Un mozo ó un anciano nos convoca?
¿Oyó alguna noticia de que llega
El ejército, y quiere aviso claro
Darnos de lo que oyó? ¿Ó hay otro asunto
Público que tratar? Útil y honrado
Es tal hombre, á mi ver. ¡Ojalá el cielo
Lleve á efecto el buen fin que se propone!»
Tal habló: y el amado hijo de Ulises,
Que por feliz agüero le oyó alegre,

Se levantó al momento, muy ganoso
De arengarles también. Púsose en medio
De la junta, y, tomando el grave cetro (3)
Que le dió Pisanor, heraldo lleno
De discretos consejos, al anciano
Habló de esta manera: «No está lejos,
Noble anciano, el varón por quien preguntas.
Vaslo al punto á saber. Os he juntado
Porque el dolor más grande me atribula.
No he oído noticia de que venga
Nuestra hueste leal; no intento daros
Cuenta de lo que oí, ni de un asunto
De estado decidir, sino un negocio
Privadísimo mío. Doble cuita
Sobre mi casa pesa. El bravo padre,
Que amoroso como á hijos os mandaba,
He perdido, y á más otra desdicha,
Que acabará mi casa y mis caudales,
Me colma de dolor. Procos soberbios,
Hijos de nuestros próceres, asedian
Á mi madre importunos. No se atreven
Á ir á casa del padre, á que la dote
Y la dé á quien le plazca, y á mi casa
Vienen á todas horas, y degüellan
Bueyes y gordas cabras y carneros,
Y celebran festines, y me agotan
Los toneles de vino, y lo hunden todo,
Porque no hay un Ulises que despida

Tal plaga del palacio; pues no puedo
Hacerlo yo (bien claro mis palabras
Me están llamando débil y en el uso
De fuerzas inexperto), de otra suerte
Ya me defendería. Intolerables
Son sus abusos ya. Con torpe mengua
Húndese mi palacio. De mi cólera
Participad vosotros, ó á lo menos
Respetad el decir de los vecinos
Pueblos, y el grave enojo de los dioses,
Que, de mi afrenta airados, quizá impongan
El castigo á vosotros. Yo os lo pido
Por Júpiter olímpico y por Temis,
Que reune y disuelve los consejos (4).
Cesad, amigos míos, y dejadme
Sólo con el dolor que me atormenta.
Si acaso alguna vez el buen Ulises
Á los Griegos de grebas primorosas
Enemigo dañó, tomad venganza
En mí con odio igual, y á éstos en cambio
Concitad contra mí. Mejor me fuera
Que vosotros mi hacienda destruyeseis
Y todos mis rebaños. Si lo hicierais,
Quizá satisfacción en algún tiempo
Podría yo obtener. Pues con injurias
Reclamando mi bien, os seguiría
Por toda la ciudad, hasta lograrlo.
Mas ahora con penas incurables

Llagáis mi corazón.» Dijo; y con ira
Arrojó el cetro al suelo, y en un llanto
Tan triste prorrumpió que todo el pueblo
Compadecióse de él. Todos callaban,
Sin querer responderle con acerbas
Durísimas palabras, pero Antínoo
Fué el único que al fin: «Alma sin freno,
Arrogante Telémaco, ¿qué ofensa
Te atreves á inferirnos? le repuso.
A los Griegos que asedian á tu amada
Madre no has de culpar, sino á ella misma,
Versada en mil astucias. Van tres años,
Y pronto vendrá el cuarto, que se burla
De los pechos Aqueos. Da esperanzas
Á todos, y promesas á cada uno
Mandándonos mensajes; mas revuelve
En su ánimo otra cosa. El nuevo engaño
Mirad que ha discurrido. Un velo (5) inmenso
Y sutil empezó, y así nos dijo,
Mostrándonos la tela comenzada:
«Jóvenes pretendientes, pues ha muerto
»El divinal Ulises, una tregua
»Permitid á mis bodas, hasta tanto
»Que de tejer acabe esta mortaja
»Para el héroe Laertes (pues me temo
»Que se me pierda el hilo) para el día
»En que la negra Parca le derribe.
»Quizá murmuraría alguna Griega

»Si sepultar dejase sin sudario
»Á un anciano tan rico.» Así nos dijo,
Y la creyó nuestra alma generosa;
Y ella tejía astuta por el día
El velo inmenso, y en la negra noche
Deshacía á la luz de las antorchas
Su prolija labor. Así tres años
Nuestro afán eludió; mas cuando vino,
Con el giro constante de los meses
Y de no pocos días y estaciones,
El año cuarto, al fin por una sierva,
Que lo sabía todo, sorprendímosla
Destejiendo la tela, y mal su grado
La concluyó por fuerza. Escucha ahora
Lo que los pretendientes te decimos,
Para que bien lo entiendas y lo sepan
Todos los Griegos. Fuera del palacio
Manda á tu madre: oblígala á casarse
Con quien su padre quiera y ella guste.
Pues si aun por mucho tiempo se propone
Burlarse de los hijos de los Griegos,
Fiada en los recursos excelentes
Que Minerva le dió, en sus buenas manos,
En el sutil discurso, en las astucias
Nunca iguales oídas de las bellas
Aqueas de otros tiempos, de Micene (6)
La de hermosa corona, Alcmena (7) ó Tiro (8),
Que nada conocieron semejante

Á lo que ella discurre, tenga en cuenta
Que su intento es fatal. Pues destruiremos
Tus bienes y riquezas, mientras dure
En su ánimo esa idea que los dioses
Sin duda le inspiraron. Si ella gloria
Inmensa alcanza así, tú el triste anhelo
Del pérdido caudal. Pues no hemos de irnos
Ni al campo á la labor, ni á parte alguna,
Mientras ella no elija por esposo
El que le plazca más.» De nuevo dijo
Telémaco prudente estas razones:
«No, no es lícito, Antínoo, de palacio,
Contra su voluntad, echar la madre
Que me parió y crió. Y á más, ó vive
Mi padre en tierra extraña, ó bien ha muerto.
Malo es, si por mi cuenta la despido,
Pagar gran suma á Icario (9). Me darían
Un castigo mi padre, otros los dioses:
Mi madre, al irse, sobre mí las Furias
Tremendas llamaría (10), y la venganza
También me alcanzaría de las gentes.
Si esto de indignación el alma os llena,
Salid de mi palacio; procuraos
Comida en otra parte, y vuestra hacienda
Dilapidad por turno en vuestras casas.
Si más justo os parece (11) y conveniente
Seguir lo comenzado, destruyendo
Sin castigo los bienes de uno solo,

Destruidlos. Y yo á los justos dioses
Invocaré, y la pena merecida
Júpiter os dará, y en mi palacio
Inultos todos hallaréis la muerte.»
Así dijo, y entonces el tonante
Júpiter le envió desde la cumbre
De un gran monte dos águilas (12) que, el vuelo
Emprendiendo apareadas, de los aires
Surcaron la región, y ya llegadas
Al centro de la junta clamorosa,
Giraron raudamente, sacudiendo
Las fortísimas alas y mirando
De frente á todos y augurando muertes;
Y al fin, después de desgarrarse cuellos
Y cabezas una á otra, á la derecha
Volaron y se fueron de la isla
Por la ciudad y casas. Con asombro
Quedáronse los Griegos, revolviendo
Qué caso anunciarían; y Haliterses,
Anciano hijo de Mástor, más que todos
Sus coetáneos docto en los augurios
Y en explicar los hados, arengóles,
Queriendo serles útil, de esta suerte:
«Itacenses, oid, y más que nadie,
Oidme, pretendientes. Grave riesgo
Os está amenazando, pues Ulises
No ha de estar mucho tiempo separado
De sus buenos amigos. Quizá cerca

Se encuentra ya, y prepara para éstos
Matanza y perdición; ¡ay! y otros muchos
Habitantes de la Ítaca serena
Mil males sufrirán. Veamos antes
El modo de evitarlos. Por sí mismos
Conténganse los procos, y con esto
Saldrán ellos ganando. Soy seguro
Arúspice entendido y bien probado.
Todas las profecías que yo hice
Al marchar para Troya con los Griegos
El ingenioso Ulises, cumpliránse.
Sufrirá mil trabajos, dije; todos
Sus compañeros perderá, y al cabo
De veinte años, de nadie conocido,
Regresará á su casa. Y hoy se cumplen
Todas mis predicciones.» «Viejo loco,
El hijo de Polibo replicóle,
Véte á hacer profecías á tus hijos,
No vaya á acontecerles algún grave
Daño en lo porvenir. En estos casos
Yo adivino mejor. Aves sin cuento
Á los rayos del sol giran veloces,
Y no todas anuncian lo futuro.
Lejos de aquí, además, ha muerto Ulises,
¡Ojalá tú con él! Así con tono
Profético no hablaras, excitando
La furia de Telémaco, en la mira
De que algo te regale. Yo te digo

(Y esto habrá de cumplirse) que si usas
Para engañar al joven inexperto
Tu antigua y vasta ciencia, estimulando
Con palabras sus iras, pernicioso,
No pudiendo cumplirle tus augurios,
Eres primero á él mismo, y á tí, viejo,
Pues una pena habremos de imponerte
Que te duela en el alma. ¡Tan terrible
Ha de ser el dolor! Ahora á Telémaco
Aconsejo, ante todos, que á Penélope
Mande partirse á casa de su padre,
Y allí daránle esposo, y dote inmensa
Digna de hija tan cara. Yo no creo
Que cesarán, si no, de perseguirla
Los hijos de los Griegos. Á ninguno
Tememos, ni á Telémaco, aunque sea
Tan grande arengador; ni de tus vanas
Profecías, que atizan nuestros odios,
Se nos importa, anciano. Los caudales
De Ulises malamente gastaremos
Sin devolverle nada, mientras ella
Burle con dilaciones de sus bodas
Á todos los Aqueos; pues nosotros,
Esperándolas siempre, competimos
Por su virtud egregia y no queremos
Dirigirnos á otra que pudiera
Ser á cada uno esposa conveniente.»
«Oh Eurímaco, Telémaco repuso,

É ilustres pretendientes de Penélope,
Ya de esto ni os ruego ni os hablo,
Pues los dioses y todos los Aqueos
Lo conocen y saben. Sólo os pido
Para cruzar del mar las vastas vías
Una nave con veinte compañeros.
Partiré á Esparta y la arenosa Pilos
En busca de noticias, á ver si oigo
Á algún hombre, ó de boca de la Fama,
Que si viene de Júpiter es buena,
Algo de mi buen padre. Si obtuviese
Noticias de su vida y su regreso,
Esperaréle, aunque afligido, un año;
Y si sé que ya ha muerto, á la querida
Patria me volveré. Suntuoso túmulo
Y las grandes exequias que merece
Dedicaréle, y casaré á mi madre.»
Tal dijo, y se sentó. Mentor (13), amigo
Del intachable Ulises, que al partirse
En las naves dejó su casa toda
Confiada á su guarda, encomendando
Que todos al anciano obedeciesen,
Se levantó á seguida, deseoso
De mirar por su bien, y así les dijo:
«Escuchad, Itacenses, mis palabras.
No quiera el cielo daros un monarca
Ni benigno, ni afable, ni amoroso,
Ni justo en adelante, sino díscolo,

Desabrido y colérico; pues ni uno
De tantos como Ulises como padre
Solícito mandó, de él se recuerda.
Y no me enojan tanto esos altivos
Pretendientes, que al fin, aunque cometen
Maldades infinitas, también ponen,
Al devorar sin freno los caudales
Del héroe, dudando de su vuelta,
En peligro su vida, como todos
Los demás que sentados en silencio
No reprimen con voces elocuentes
La audacia de esos vanos amadores,
Siendo muchos vosotros, y ellos pocos.»
Leócrito, que era hijo de Evenoris,
Así le respondió: «Mentor soberbio,
Anciano sin sentido, ¿qué te atreves
Á hablar de reprimirnos? Muy difícil
Será aun con muchos hombres atacarnos
Después de un buen convite. Ulises mismo,
Se viniese á su casa y nos hallase
En ella de banquete á los ilustres
Amantes de su esposa y pretendiera
Echarnos del palacio, no daría,
Aunque tanto la anhela, mucho gusto
Con su vuelta á Penélope, pues cruda
Muerte hallaría al combatir él solo
Contra tantos rivales. Poco cuerdo
Hablaste, pues, Mentor. ¡Ea! á su hacienda

Váyase cada cual, conciudadanos.
Mentor con Haliterses, tan antiguos
Compañeros de Ulises, de Telémaco
Activarán el viaje. Aunque yo juzgo
Que aun ha de estar en Itaca gran rato
Preguntando noticias, y que nunca
Conseguirá su intento.» Así les dijo,
Y disolvió al instante la asamblea.
Marchóse cada cual á sus hogares,
Y al palacio los procos importunos.
Telémaco, apartándose, á la orilla
Del espumoso mar encaminóse,
Y lavando sus manos en el agua,
Suplicaba á Minerva de esta suerte:
«Óyeme, Dios, que ayer á mi palacio
Viniste y me mandaste que marchase
Por el profundo mar á saber nuevas
De mi alejado padre. Los Aqueos
Se oponen á tu intento, y más que todos,
Los vanos pretendientes de mi madre.»
Esta fué su oración, y de allí cerca
Se le apareció Palas, con el habla
Y el cuerpo de Mentor, y dirigióle
Sus palabras aladas de esta suerte:
«Tú no serás, Telémaco, cobarde,
Ni insensato, ni vil en lo futuro.
Si te infundió tu padre la energía
Con que cumplir solía dichos y hechos,

No ha de ser infructuoso tu camino.
Mas si no eres de él hijo y de Penélope,
No lograrás el bien que te propones,
Pues pocos hijos salen semejantes
Á sus padres, y muchos empeoran,
Y son pocos ó raros los mejores.
Mas como no serás en lo futuro
Insensato ni vil, pues la prudencia
De Ulises no parece te ha dejado,
Yo en el logro confío de tu intento.
Desprecia, pues, las obras y designios
De esos necios é inicuos pretendientes
Sin seso ni virtud, que no conocen
La muerte y hado cruel que tienen cerca
Y habrá de destruirlos en un día.
Tu viaje no está lejos de cumplirse;
Porque yo, antiguo amigo de tu padre,
Te voy á aparejar una galera
Y á acompañarte en ella, si tú quieres.
Vé á palacio; preséntate á los procos;
Prepara bastimentos para el viaje;
Colócalos, por clases, en sus vasos:
En ánforas el vino; en cueros densos
La blanca harina, vida de los hombres.
Yo, al punto, compañeros voluntarios
Reuniré en el pueblo. Hay en la isla,
Entre nuevas y viejas, muchas naves.
Yo la mejor elegiré, y en breve

Al dilatado mar la botaremos.»
Así dijo, y Telémaco no estuvo
Ocioso, sino lleno de amargura
Volvió á palacio, y desollando cabras,
Y chamuscando cerdos en el patio
Encontró á los soberbios pretendientes.
Antínoo, sarcástico riéndose,
Se dirigió al encuentro de Telémaco,
Y asiéndole una mano, habló y le dijo
De esta suerte: «Telémaco soberbio,
Alma falta de freno, no te cuides
De revolver ahora en tus entrañas
Hechos ni dichos malos, sino come
Y bebe con nosotros, como enantes.
Ya todas esas cosas que apeteces
Te pondrán en la mano los Aqueos;
La nave y compañeros escogidos,
Para que llegues pronto á la divina
Pilos, buscando nuevas de tu padre.»
Respondióle Telémaco discreto:
«Antínoo, no puedo con vosotros,
Insolentes, comer contra mi gusto
Y alegrarme tranquilo. ¡Qué! ¿no os basta
El haber destruído mis hermosas
Y mejores haciendas, cuando niño
Era yo tierno aún? Mas ya soy hombre;
Ya me instruyo oyendo á otros; ya conozco
Que me crece el valor dentro del pecho,

Y bien á Pilos vaya, bien me quede
En la tierra natal, suerte funesta
Probaré de lanzar sobre vosotros.
Partiré, pues (no en balde, á lo que auguro),
Ya que no tengo nave ni remeros,
Cual pasajero simple; pues tal modo
Habéis creído todos excelente.»
Dijo así; y desasió de la de Antínoo
La mano, sin esfuerzo. En tanto andaban
Su festín preparándose los procos,
Burlándose del joven y riendo.
Uno de aquellos mozos engreídos,
Dijo: «Es cierto que piensa en nuestra muerte
Telémaco, y traerá sus auxiliares
De la arenosa Pilos ó de Esparta,
Pues en verdad con furia lo desea.
Ó bien quiere ir á la fecunda Efira
Á procurarse tósigos mortales
Que mezclar en las cópas, y acabarnos
De un solo golpe á todos.» Otro mozo
De aquellos engreídos, dijo entonces:
«¿Quién sabe si después que de aquí parta
En la cóncava nave, andará errando,
Y morirá también, como su padre,
Lejos de sus amigos? Pero de esto
Una nueva fatiga nos vendría.
Partiríamos todos sus haciendas;
Y el palacio á Penélope y al hombre

Que casase con ella le daríamos.»
Así hablaban. Telémaco á una sala
Grande y alta de techos, donde Ulises
Guardaba sus riquezas, bajó luégo.
Allí había montones de oro y bronce,
Cofres llenos de ropas, y abundancia
De perfumado aceite; y á lo largo
Del muro, en orden puestos, tinajones
Con dulce vino añejo, licor puro
Y divino, guardado para el día
En que acaso, después de mil trabajos
Ulises retornase á sus hogares.
Puerta muy bien labrada, de dos hojas,
Con ajustes perfectos, esta pieza
Cerraba, y dentro de ella noche y día,
Con insigne cautela, los tesoros
Vigilaba Euriclea, anciana hija
De Opos, y nieta de Pisénor. A ésta,
Llamándola á aquel sitio, dijo el joven:
«Ama (14), ven á sacarme en los toneles
Del vino más süave y oloroso,
Después del que tú guardas para el día
En que mi heroico padre á su palacio
Vuelva libre del Hado y de la muerte.
Llena doce, y los cubres con sus tapas.
Ponme también de harina muy molida,
En unos cueros recios (15), bien cosidos,
Veinte medidas. Mira que tú sola

Lo sepas; tenlo todo preparado,
Y yo vendré á tomarlo por la noche,
Cuando mi madre suba á su aposento
Y trate de dormirse. Marcho á Esparta
Y á la arenosa Pilos, por si logro
Del regreso del padre alguna nueva.»
La nodriza Euriclea, al oir esto,
Gimió, y á su Telémaco querido
Dirigió estas palabras voladoras:
« Hijo mío querido, ¿por qué piensas
En semejante cosa? ¿Por qué quieres
Tú, hijo solo y amado, tierras tantas
Recorrer? Lejos ¡ay! de sus hogares,
Y en tierra extraña, nuestro noble Ulises
No hay duda que murió. Luégo que ausente
Sepan ésos que estás, para matarte
Á traición y partirse tus haciendas,
Mil asechanzas pensarán. En casa
Quédate entre los tuyos; mejor esto
Es que andar por el mar pasando males.»
Telémaco prudente respondióle:
«Tranquilízate, anciana; no he tomado
Sin voluntad de Dios este consejo;
Pero jura que nada de mi viaje
Á mi querida madre has de decirle
Hasta pasados once ó doce días,
Á no ser que el no verme le doliese,
Ó supiese mi marcha, porque temo

Que á su cuerpo gentil el llanto dañe.»
Esto dicho, prestó la buena anciana
El grande juramento de los dioses,
Y después de jurar solemnemente
Fué á cumplir al instante sus mandados.
Envasó el dulce vino en los toneles,
É hinchió de harina cueros bien cosidos;
En tanto que Telémaco en su casa
Hablaba con los vanos amadores.
Minerva, la deidad de verdes ojos,
Ordenó por entonces otra cosa.
Tomando la figura de Telémaco,
Recorrió la ciudad paso por paso,
Rogando á los que hallaba que acudiesen
Por la noche á juntarse en su navío.
A Noemón, ilustre hijo de Fronio (16),
Pidió también un barco muy ligero,
Y él se lo prometió de muy buen grado.
Púsose el sol, y todos los caminos
Oscureció la noche. Al agua entonces
Botó el barco la diosa, y en él puso
Todos los aparejos con que suelen
Darse á la mar las naves bien armadas;
Lo colocó del puerto en una punta,
Y en rededor los bravos compañeros
Se fueron reuniendo, y á cada uno
Animaba la diosa con palabras.
Minerva, la deidad de verdes ojos,

Ordenó por entonces otra cosa.
Fué al palacio de Ulises el divino,
Y allí infundió á los procos dulce sueño,
Tal que, sin tino ya, cuando bebían
Se escapaban las copas de sus manos.
Y entonces á dormir se fueron todos,
Y no más se sentaron, porque el sueño
Les cargaba los ojos. De allí vuelta
La ojos verdes Minerva, con el habla
Y el cuerpo de Mentor, de su palacio
Salir hizo á Telémaco, diciéndole
De esta suerte: «Sentados junto al remo,
Esperan tu llegada los valientes
Compañeros de grebas primorosas:
Ea, no dilatemos más el viaje.»
Dijo, y marchó delante con presteza:
El Príncipe siguióla, y en llegando
A la orilla del mar, sus compañeros
Esperándole halló junto á la nave.
El divino Telémaco les dijo:
«Venid, amigos míos, á mi casa
Á traer las provisiones para el viaje:
Nada saben mi madre ni las siervas,
Pues sólo hay una al cabo del asunto.»
Dijo, y marchó delante y le siguieron
Todos los compañeros. Á la nave
Sólidamente armada, de palacio
Trajeron cuantas cosas el querido

Hijo de Ulises les mandó, que luego
Se embarcó, precedido de Minerva,
Que se sentó en la popa y á su lado
Telémaco el prudente; las amarras
Picaron los remeros, y embarcándose,
Cada cual en su banco colocóse.
Envióles entonces la ojos verdes
Un viento favorable, el fuerte Céfiro
Que por la mar profunda resonaba;
Telémaco aprestarse á las maniobras
Mandó á sus compañeros. Obedientes
El gran mástil de abeto levantaron;
En el hueco central de la traviesa
Lo metieron y atáronlo con cables;
Y al fin con corregüelas retorcidas
La blanca vela izaron. Hinchó el viento
El centro de la vela; y mientras iba
La nave por el mar, la onda purpúrea
Resonaba en la quilla, que las aguas
Cortaba velozmente. Luego, atados
Los náuticos avíos en la nave,
Los toneles de vino hasta la boca
Llenos, enderezaron, y á los númenes
Eternos ofrecieron libaciones;
Y más que á todos, á la de ojos verdes
Hija del sumo Jove, que el camino
Durante aquella noche, y á la vuelta
Del alba, recorrió siempre á su lado.

LIBRO TERCERO.

Dejando el Sol su lago cristalino,
Subió al cielo de bronce, y luces gratas
Daba á los inmortales y á los hombres
Que la alma tierra pueblan, cuando á Pilos,
La ciudad bien fundada de Neleo (1),
Llegaron navegando. En las orillas
Del mar, á la sazón, un sacrificio
De toros, todos negros (2), á Neptuno,
El de azules cabellos, se ofrecía.
Nueve asientos había (3), con quinientos
Hombres en cada uno, y nueve toros
Cada asiento ofrecía. Ya quitado
Habían las entrañas de las víctimas
Y quemado las piernas, cuando en línea
Recta llegaron. De la rauda nave
Recogieron las velas; en el puerto
La metieron, y echando las amarras,

Á la tierra saltaron: el primero
Telémaco, de Palas precedido.
La ojos verdes entonces: «Ya no debes,
Dijo al joven, estar tan vergonzoso,
Pues para saber nuevas de tu padre
Y el país que le oculta y su destino
Atravesaste el mar. Véte, pues, ahora
Al gran Nestor, desbravador famoso,
Y averigüemos de él qué es lo que oculta
En su pecho, pidiéndole que diga
La verdad; y seguro no te miente,
Porque de discreción es un tesoro.»
El prudente Telémaco repuso:
«Oh Mentor, ¿de qué modo he de acercarme
Á él y saludarle? Yo no tengo
De hablar bien el bello hábito, y parece
Atrevido que un mozo le dirija
Preguntas á un anciano.» Respondióle
La deidad: «Unas cosas en tu mente
Discurrirás, y un dios otras distintas
Habrá de sugerirte, pues yo entiendo
Que no contra el deseo de los dioses
Tu nacimiento y tu crianza han sido.»
Diciendo esto la diosa, por delante
Caminaba veloz, y tras sus huellas
El discreto Telémaco. Llegaron
Así al sitio en que estaba la gran junta
De los Pilios. Sentado con sus hijos

Néstor estaba allí; sus compañeros
En derredor la cena preparaban,
Unos asando carne, otros clavándola
En grandes asadores. A su encuentro
Solícitos salieron en el punto
Que los vieron venir, y de las manos
Cogiéndoles, rogáronles afables
Que tomasen asiento. El gran Pisístrato,
Gallardo hijo del rey, fué el que primero
Se les llegó, y tomándoles á entrambos
Por la mano, á la mesa, en unas pieles
Tendidas en la arena, entre su padre
Y su hermano Trasímedes, asiento
Les invitó á tomar. Dióles de entrañas (4)
Buena porción, y, en taza de oro, el vino
Les escanció abundante, y á Minerva,
Haciendo libación, le dijo: «Huésped,
Suplica al gran Neptuno, ya que á punto
A su fiesta llegasteis, y, tu súplica
Y libación finidas, da la copa
Á tu joven amigo, para que haga
Libación á su vez; porque imagino
Que también orará, pues nadie puede
Vivir sin el amparo de los dioses.
Pero como es más joven, pues mis años
Aparenta tener, á tí primero
Te doy la copa de oro.» Así le dijo,
Y á Minerva entregó la rica taza

De dulce vino llena. Holgóse mucho
La ojos verdes al verse preferida
Por varón tan discreto, y al marino
Numen suplicó así: «Dios, que circundas
El vasto continente, no te opongas
Á que á felice término la empresa
Consigamos llevar. Colma de fama
Á Néstor y á sus hijos; y á los Pilios,
Que esta hecatombe ofrécente, concédeles
Grata retribución; y, en fin, otórganos
Un regreso feliz, hechas las cosas
Á que en la rauda nave yo y Telémaco
Hemos venido acá.» Tal fué su súplica,
Que ella misma cumplió; pasó la copa
Después al joven príncipe, y Telémaco
Como ella suplicó. Cuando las carnes
Superiores se asaron, de las ascuas
Quitáronlas; hicieron las porciones
Iguales para todos, y el opíparo
Banquete celebraron. Satisfechos
De comer y beber, dijo el anciano
Domador de Gerenia (5): «Pues á gusto
Han comido y bebido, ya es decente
Preguntar á estos huéspedes amables
Que acaban de llegar. Huéspedes míos,
¿Quiénes sois? ¿de qué tierras? ¿por las vías
Del mar habéis venido? ¿algún negocio
Os trae, ó cual piratas (6) temerarios

Que sus vidas exponen, y son plaga
Del extranjero imbele, á la ventura
Divagáis por el mar?» Contestó el príncipe
Con gran seguridad, que la gran diosa,
Atenta á que noticias de su padre
Ausente preguntase y adquiriese
Gran fama entre los hombres, infundióle:
«Oh Néstor de Neleo, gloria insigne
De los Griegos, preguntas quiénes somos,
Y con toda verdad voy á decírtelo:
Hemos llegado de Ítaca, situada
Al pie del monte Neyo (7), y el asunto
Particular, no público, nos trae
Que voy á revelarte. Busco nuevas
De mi famoso padre, del divino
Ulises, valeroso combatiente
Que dicen que, contigo peleando,
A Troya destruyó. De cuantos fueron
A aquella grande guerra, ya se sabe
En qué lugar sufrieron muerte cruda;
Sólo la de mi padre el sumo Jove
Dejó desconocida. Nadie puede
Con certeza decir dónde ha espirado;
Si fué en tierra, por mano de enemigos,
Ó en el mar, por las ondas de Anfitrite.
Por eso yo, abrazado á tus rodillas,
Te ruego que me cuentes su fin mísero,
Bien con tus propios ojos visto lo hayas,

Bien lo sepas por boca de algún otro
Errante como aquél ¡Cuán sin ventura
Su madre le parió! Nada me ocultes
Por respeto ó piedad; sin velo alguno
Díme cuanto ocurrió. Si mi buen padre,
El valeroso Ulises, te ha cumplido
Algún día, con obras ó palabras,
Lo que te prometió cuando os hallasteis
Ante el pueblo troyano, do sufristeis
Tantas penas los Griegos, yo te pido
Que, en memoria de todo, hoy me relates
La desnuda verdad.» A esto repuso
De la Gerenia el domador famoso:
«Amigo, tú has traído á mi memoria
El mal que en aquel pueblo padecimos
Los indomables hijos de los Griegos,
Ora cuando, á las órdenes de Aquiles,
Por el brumoso mar errantes íbamos
En busca de botín; ora ante el muro
De la ciudad famosa de Priámo
En reñido combate. Allí murieron
Nuestros mejores jefes: allí yace
Ayax el valeroso; allí está Aquiles;
Allí Patroclo, á los guerreros dioses
Semejante en consejos; allí mi hijo
Antíloco adorado, tan valiente
Como noble, y veloz en la carrera
Y arriscado en la lucha sobre todos.

¿Y qué lengua podría uno por uno
Referir los dolores, los trabajos,
Que pasamos allá? Si te estuvieses
Aquí cinco ó seis años preguntándolos,
Antes de terminados volverías
Á tu tierra cansado de escucharme.
Nueve años nos pasamos en el cerco
De Troya, discurriendo mil astucias
Para su destrucción, que al fin por gracia
De Júpiter logramos; y allí nadie
Pudo igualar en arte al sabio Ulises.
Pues tu padre (si es que eres tú su hijo,
Pues absorto te miro, y tus palabras
Me parecen las suyas, que en un joven
Jamás las he oído semejantes);
Tu padre, digo, á todos en astucias
Con mucho superaba. Todo el tiempo
Que estuvimos allí, tu padre Ulises
Y yo nunca en consejos y asambleas
Discrepamos en nada, sino siempre
En intención iguales, proponíamos
Lo mejor y más útil á los Griegos,
Con consejos pensados y prudentes.
Pero después de destruir la excelsa
Ciudad de Troya y de embarcarnos, fuimos
Por un numen los Griegos dispersados;
Que el hijo de Saturno deparaba
Triste vuelta á los Griegos, ni prudentes,

Ni justos todos, por lo cual funesto
Destino avino á muchos, decretado
Por las iras de Palas, poderosa
Deidad, hija de Júpiter, que el odio
Y la discordia entre los dos Atridas
Sembró, para vengarse. Estos, sin tino,
Contra el uso, llamando á una asamblea,
Al declinar el sol, á los Aqueos,
Que acudieron bebidos, comenzaron
Á decirles la causa de la junta.
Hablóles Menelao de volverse
Por la espumosa espalda de las olas.
Disintió Agamenón de este consejo,
Pues detener al pueblo deseaba
Y ofrecer las sagradas hecatombes
Para aplacar las iras de Minerva.
¡Necio, que no alcanzaba lo imposible
De aplacarla tan pronto, pues no mudan
Sus sentencias de súbito los dioses!
Dirigiéronse luégo los Atridas
Durísimas palabras; y los Griegos
De primorosas grebas, con inmenso
Clamor se levantaron, ya dudosos
Entre ambos encontrados pareceres.
Y aquella negra noche la pasamos
Pensando unos contra otros grandes males,
Pues el supremo Júpiter andaba
Preparando los daños decretados.

Al ser de día, al piélago divino
Llevamos unos las ligeras naves,
Y embarcamos en ellas nuestras siervas,
De gallarda cintura (8), y nuestros bienes.
La mitad del ejército quedóse
Siguiendo á Agamenón, ilustre Atrida,
Caudillo de guerreros. La otra parte,
Una vez en la nave, izamos velas,
Y ligeros vogamos, pues un numen
Del espumoso mar calmó las olas.
Llegados á Tenedos (9), ofrecimos
Sacrificios al cielo, con extremo
Deseo de llegar á nuestras casas;
Pero Jove enemigo aun no quería
Nuestra vuelta, y de nuevo la discordia
Suscitó entre nosotros. Pues algunos
Compañeros de Ulises, rey prudente
Y de habilidad suma, con sus naves
Ligeras se volvieron, en la idea
De que esto á Agamenón agradaría.
Yo partí con los barcos de mi séquito,
Todos muy reunidos, pues ya el daño
Conocía que un dios aparejaba.
Partió también el hijo belicoso
De Tideo, y con él los compañeros
Á quien él incitó á que le siguiesen.
Luégo, ya tarde, el rubio Menelao (10)
En Lesbos (11) nos halló, sobre la ruta

Del larguísimo viaje discutiendo;
Si iríamos por cima de la isla
Escarpada de Quío (12), con la proa
Á la de Psiria (13) puesta, que á la izquierda
Debería quedar, ó bien por bajo
De Quío y cerca del ventoso Mimas (14).
Rogamos, pues, á un numen que nos diese
Piadoso una señal, y él por el medio
Del mar nos mandó ir con rumbo á Eubea,
Y huir del infortunio ya inminente.
Alzóse un fuerte viento, y á su impulso,
Con sonoro rumor, raudas las naves
Recorrieron las vías de los peces.
Llegamos á Geresto (15) ya de noche,
Cruzado el vasto piélago, y pusimos
Sobre el fuego, en honor del dios Neptuno,
Muchas piernas sabrosas de los toros.
Y era ya el cuarto día, cuando en Argos
Los bravos compañeros de Diomedes,
Domador de caballos, detuvieron
Las simétricas naves; yo fuí á Pilos,
Sin que cesase el viento favorable,
Desde el momento en que piadoso numen
Para mi dicha levantarse le hizo.
Así llegué, hijo mío, á mis hogares,
Ignorante de todo; y no sé nada
De qué Griegos murieron ó salváronse.
Todo lo que, de asiento en mi palacio,

He oído, diréte, como es justo,
Sin ocultarte nada. Con ventura
Dicen que regresaron á sus casas
Los Mirmídones (16), hábiles lanceros,
Mandados por el hijo muy ilustre
Del magnánimo Aquiles; igual suerte
Filoctetes, preclaro hijo de Peante,
Logró, é Idomeneo volvió á Creta
Con todos sus soldados, sin que el ponto
Le quitase ninguno. Del Atrida,
Aunque lejos vivís, ya habréis oído
Qué triste fin al regresar Egisto
Pérfidamente dióle, aunque no menos
Terrible fué el castigo; pues es suerte
Para una triste víctima en el mundo
Dejar un hijo vengador, y al pérfido
Asesino del padre, el grande Orestes,
Castigó sin piedad. Tú tan gallardo
Y tan alto, hijo mío, sé animoso
Y hablarán bien de tí los venideros.»
El prudente Telémaco repuso:
«Oh Néstor de Neleo, gloria insigne
De los Griegos, Orestes á su padre
Bien vengado dejó, é inmensa fama,
Que será conocida en lo futuro,
Le darán los Aqueos justamente.
¡Ah, si los inmortales me otorgaran
Poder igual que á él para vengarme

De aquellos pretendientes que me insultan
Y fraguan contra mí tramas crueles!
Mas ni á mí ni á mi padre nos otorgan
Tanta dicha los númenes eternos,
Y ahora es preciso tolerarlo todo.»
El domador ilustre de Gerenia
Respondióle: «Hijo mío, á la memoria
Me träes esas cosas que me has dicho.
Pues cuentan que en tu espléndido palacio,
Á causa de tu madre, muchos procos
Contra tu voluntad mil males fraguan.
¿Tú, hijo mío, de grado los toleras,
O acaso los vecinos de tu pueblo,
Obedeciendo á un numen, te aborrecen?
¿Quién sabe si algún día por ventura
No serán sus violencias castigadas,
Ya por tu padre solo, á su regreso,
Ya por todos los Griegos reunidos?
Si te amase Minerva la ojos verdes
Á tí, como cuidado del ilustre
Ulises de contino tuvo en Troya,
Donde tanto sufrimos los Aqueos
(Porque jamás se vió que un dios amase
Tan manifiestamente á hombre ninguno,
Como Palas dió muestras de quererle);
Digo, que si quisiera amarte tanto
Y tan de corazón, más de algún proco
La porfïada boda olvidaría.»

El prudente Telémaco: «No tengo,
Respondió, ilustre anciano, la esperanza
De ver eso cumplido; es mucha dicha
La que tú me prometes, y confuso
Me dejas, pues no espero que se cumpla,
Aunque todos los dioses lo quisiesen.»
La ojos verdes Minerva respondióle:
«Telémaco, ¿qué dichos se te huyeron
Del cerco de los dientes? Si un dios quiere,
Guarda á un hombre, por lejos que se halle.
En cuanto á mí, aun después de mil trabajos,
Querría más volver á mi morada
Y ver el día alegre del regreso,
Que, tornando muy pronto, hallar la tumba,
Tal como Agamenón, por la perfidia
De la propia mujer y el vil Egisto.
Tan sólo de la muerte, igual á todos (17),
No pueden libertar los mismos dioses
A sus favorecidos, cuando el hado
Los llegó á derribar sobre la tumba.»
El prudente Telémaco repuso:
«No se hable más, Mentor, entre nosotros,
Aunque muy afligidos, de estas cosas:
La vuelta de mi padre es imposible;
Pues ya los inmortales le entregaron
A la sombría Parca del sepulcro.
Ahora voy á hacer otras preguntas
Á Néstor, que en justicia y en prudencia

Vence á todos los hombres, y me dicen
Que en tres generaciones ha reinado (18),
Por lo que un dios augusto me parece.
Néstor, de Neleo hijo, yo te pido
Que la verdad me digas: ¿Cómo ha muerto
Agamenón, Atrida poderoso?
¿Dónde estaba su hermano Menelao?
¿Qué género de muerte le dió Egisto
Para acabar con él, siendo más fuerte?
¿En Argos, la de Acaya, por ventura
No estaba Menelao, sino errante
En extraños países, y su ausencia
Dió al asesino Egisto atrevimiento?»
El domador ilustre respondióle:
«Hijo, yo te diré la verdad pura.
Todo pasó, en verdad, como sospechas.
Si al regresar el rubio Menelao
Hubiese hallado vivo en la morada
De Agamenón á Egisto, nunca, es cierto,
Le cubriera la tierra de la tumba;
Sino perros y buitres su cadáver
Hubieran desgarrado, lejos de Argos,
En algún campo inculto; ni una Griega
Derramara una lágrima en su muerte;
Pues su crimen fué atroz. Mientras nosotros
En Troya combatíamos, seguro
Él retirado en Argos, tierra fértil
En corceles, con dulces expresiones

Seducía á la esposa del Atrida.
Clitemnestra, al liviano pensamiento
Al pronto resistió; porque era honrada
Y de recta intención, y al lado suyo
Un Aeda tenía, á quien su esposo
Mucho recomendó que la guardase
Al partir para Troya. Pero á luego
Que al hado inevitable de los dioses
Plugo que se rindiese, al triste Aeda,
De las rapaces aves para pasto
En una isla desierta dejó Egisto,
Y con placer de entrambos, á la esposa
De Agamenón, llevándose á su casa,
Sacrificó á los dioses, muchas piernas
Quemando en los altares; colgó ofrendas
En los templos, y telas y oro puro
Por haber dado fin á lo que nunca
Llegó á creer en el fondo de su alma.
Veníamos de Troya navegando
Menelao y yo entonces, muy amigos,
Y al arribar á Sunio, promontorio
Del Atica sagrado, Apolo-Febo,
Con sus blandas saetas, mató súbito,
Cuando el timón regía con sus manos,
Del Atrida al piloto, que era Frontis,
El hijo de Onetoris, que en el arte
De regir una nave en las borrascas
No tenía rival en los nacidos.

Detúvose el Atrida (aunque ganoso
De apresurar el viaje) para darle
Sepultura y hacerle las exequias.
Mas después que surcando el mar profundo,
Con rapidez llegó en las huecas naves
De Malea (19) al excelso promontorio,
El soberano Jove, omnividente,
Decretóle otro viaje más difícil.
Dió salida á los vientos, que impetuosos,
Como montes enormes levantaban
Enfurecidas olas. Dispersando
Las naves, arrojó unas hasta Creta,
Y otras hasta el país de los Cidones (20),
Cerca de las corrientes del Iardano (21).
En el fin de Gortina (22), en la mar honda,
Hay una peña altísima y pelada
Que avanza por las aguas, donde el Noto
Á la izquierda, de Festo sobre el cabo,
Lanza olas espantosas, que la roca,
Aunque no muy crecida, quebrar suele;
Allí de través dieron, estrellándose
Las naves y salvando con gran pena
La amenazada vida. En las agudas
Peñas su fin tuvieron los bajeles,
Y sólo cinco de azuladas proas,
Á favor de las olas y los vientos,
El rubio Menelao llevó á Egipto.
Mientras allí riquezas reunía

Y mucho oro, corriendo con sus naves
Pueblos de habla distinta, en obra puso
Egisto su crueldad: mató en su casa
Al confiado Atrida; tuvo al pueblo
Bajo de su poder, y en años siete
Reinó en la opulentísima Micenas (23).
Al octavo por fin de Atenas vino,
Para su daño, Orestes, y del padre
Al asesino vil quitó la vida.
Después de haberlo muerto, dió á los de Argos
La fúnebre comida en las exequias
Del vil Egisto y de la odiada madre;
Y el mismo día el rubio Menelao,
El de la recia voz en el combate,
Llegó y trajo consigo gran riqueza (24),
Tanta cuanta en sus naves caber pudo.
Pero tú no andes mucho separado
De tu tierra, dejando en tu morada
Á merced de esos hombres tus haciendas;
Guarda que no concluyan de arruinarte
Partiéndose tus bienes, y haya sido
Tu expedición inútil. Yo, por esto,
Te suplico y te encargo que te vayas
Á ver á Menelao, pues no ha mucho
Ha llegado de pueblos tan remotos,
De donde no esperara verse suelto
Cualquiera á quien perdiesen las borrascas
En golfo tan inmenso que las aves

No pueden recorrerlo en todo un año.
¡Tan largo y peligroso es el camino!
Véte, pues, con tu nave y compañeros,
Ó si te place más el ir por tierra,
Yo te ofrezco caballo y un buen carro,
Y mis hijos, que irán á acompañarte
Hasta Lacedomonia la divina,
En donde reina el rubio Menelao.
Ruégale que verdad te diga en todo,
Y no te mentirá, que es muy discreto.»
Dijo, y el sol se puso, y las tinieblas
Cayeron sobre el mundo. Entonces Palas,
La deidad de ojos verdes, así dijo:
«Con discreción hablaste, noble anciano.
Ea, cortad las lenguas (25), mezclad vino,
Y, hecha la libación al dios Neptuno
Y á los restantes númenes, tratemos
De marchar á acostarnos, porque es hora:
Ya la luz se ha escondido, y no conviene
Estar más en la mesa de los dioses,
Y es fuerza retirarnos.» Así dijo
La diosa, hija de Júpiter, y al punto
La obedecen. Sirvieron aguamanos
Los heraldos; de vino las crateras
Llenaron y partieron entre todos
Los mancebos, gustándolas primero.
Las lenguas arrojaron á las ascuas,
Y en pie puestos, hicieron libaciones.

Telémaco y Minerva, cuando á gusto
Hicieron libaciones y bebieron,
Trataron de volverse á su galera;
Mas Néstor les detuvo: «Nunca Júpiter,
Dijo, y los otros dioses de mi casa
Permitan que salgáis para acostaros
En la ligera nave, cual si hubieseis
Venido á la mansión de algún mendigo
Desprovisto de colchas y de camas
Donde puedan dormir cómodamente
Él y todos sus huéspedes. Por dicha,
Tengo colchas y camas bien dispuestas;
Nunca en las duras tablas de un navío,
De aquel divino Ulises el amado
Hijo habrá de dormir mientras yo viva,
O me queden en casa hijos que puedan
Hospedar á los que á ella se llegaren.»
Á esto Minerva Palas respondióle:
«Bien has hablado, anciano, y es muy justo,
Porque esto es lo mejor, que te obedezca
El príncipe Telémaco; acompáñete
Pues, y duerma en palacio: yo á la nave
Iré, para animar á los amigos
Y decirles mis órdenes. Me precio
De ser el más anciano de entre todos;
Pues los demás son jóvenes, en años
Iguales á Telémaco, y le siguen
Por amistad. Dormir pienso en la nave

Esta noche, y entiendo á la mañana
Partir á los Cauconas (26) animosos,
En donde por algunos me es debida
Una deuda, no nueva ni pequeña.
Y tú, pues que Telémaco ha venido
Á tu casa, de un hijo acompañado,
Mándale en un buen carro, del que tiren
Tus caballos más fuertes y veloces.»
Dijo, y desapareció bajo la forma
De un águila arrogante. Suspendidos
Se quedaron al verla; y admirado
Néstor de tal prodigio, asió á Telémaco
De una mano, y le habló de esta manera:
«Ni cobarde ni vil, amigo mío,
Serás, pues de tan mozo ya los dioses
Son tus guías. De todas las deidades
Que en el Olimpo habitan, no es ésta otra
Que la hija de Júpiter, la augusta
Tritogenia, la cual entre los Griegos
Distinguió ya á tu padre valeroso.
Sénos propicia, oh reina, y gloria ilustre
Danos á mí, á mis hijos y á mi esposa.
Una novilla añal, de grande frente,
Que hombre alguno jamás sometió al yugo,
Con los cuernos cercados de oro fino,
He de sacrificarte.» Tal á Palas,
Que propicia le oyó, rogó el anciano.
El domador ilustre de Gerenia,

Delante de sus hijos y sus yernos,
Volvió al bello palacio, donde en sillas
Y sitiales sentáronse por orden.
Entonces por su mano el Rey ilustre
Mezcló en una cratera un dulce vino,
Once años en el cántaro guardado,
Que destapó una esclava. En la cratera
Mezclólo el Rey, y sendas libaciones
Haciendo, dirigió fervientes súplicas
Á Palas, poderosa hija de Júpiter,
De Égida portador, y cuando todos
A su placer libaron y bebieron,
Se fueron á dormir á sus estancias.
El domador ilustre de Gerenia,
En el sonoro pórtico, una bella
Cama puso á Telémaco, y Pisístrato,
Caudillo valeroso, único hijo
De Néstor no casado, en compañía
Del Itacense príncipe acostóse.
El Rey durmió en la cámara apartada
De su excelsa mansión, donde la Reina
El lecho le tenía aparejado.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, por Oriente
Apareció, el anciano el lecho blando
Dejando, fué á sentarse en unas piedras
Muy blancas y pulidas, y lustrosas
Por el süave aceite, ante las altas

Puertas de su palacio: allí Neleo,
En consejo á los dioses semejante,
Se solía sentar; mas desque al Orco
Descendió, por las Parcas dominado,
Sentábase ya en ellas el ilustre
Néstor, gran defensor de los Aqueos,
Con su cetro en la mano; en torno suyo,
Saliendo de sus cámaras, juntáronse
Sus hijos, Equefrón, Areto, Estracio,
Perseo y el divino Trasimedes
Y Pisístrato, en fin, que el sexto vino.
Éstos acompañaron á Telémaco
Y le hicieron sentar junto á su padre.
El domador ilustre de Gerenia
Así les dijo entonces: «Hijos míos,
Cumplid mi voluntad, para que logre,
Antes que á otra deidad, tener propicia
Á Palas, que mostróseme tan clara
En el banquete ayer. Vaya cuanto antes
Alguno de vosotros á la dehesa,
Á que el pastor nos traiga una novilla;
Vaya otro á la galera de Telémaco
El magnánimo, y traiga á sus amigos,
Dejando allá dos solos que la guarden;
Y otro, en fin, á llamar al buen Laerces
El dorador, para que cerque de oro
Los cuernos de la víctima. Conmigo
Quedad vosotros, y ordenad que en casa

Preparen las criadas un banquete,
Y asientos, y buen fuego y agua limpia.
Dijo, y obedeciéronle gustosos.
La novilla llegó de la dehesa;
Llegaron de la nave los amigos
Del ilustre Telémaco; el platero
Llegó también, trayéndose en la mano
Los útiles de bronce de su arte,
El yunque y el martillo, y las bien hechas
Tenazas con que el oro trabajaba;
Y Palas vino, en fin, á estar presente
Al sacrificio. Entonces el anciano
Néstor entregó el oro al diestro artífice,
Que lo ablandó y cercó con él los cuernos
De la novilla, á fin de que la diosa
Mirase con agrado aquel adorno.
Trajeron por los cuernos la novilla
Estracio y Equefrón; en aljofaina
Adornada de flores, sacó Areto
Del palacio agua clara, en una mano,
Y las molas en otra, en un cestillo;
El fuerte Trasimedes, con aguda
Segur se puso al lado de la víctima,
Dispuesto á degollarla; en fin, Perseo
Trajo el vaso á la sangre destinado.
Entonces derramó Néstor el agua,
Las molas (27) esparció, y echando al fuego
Los pelos de la frente de la víctima,

Alzó á la diosa Palas fervorosa
Y rendida oración. Hecha la súplica
Y esparcidas las molas, Trasimedes
Acercóse á la víctima, y un golpe
Dándole en la cerviz, cortó certero
Con el hacha los nervios, y la fuerza
Arrancó á la novilla. El grito místico (28),
Las hijas y las nueras y la púdica
Esposa del buen Rey, la noble Eurídice,
Hija mayor de Clímeno, arrojaron
Entonces, según rito. Luégo todos
Alzaron la novilla de la tierra;
Degollóla Pisístrato, y la sangre
Negra brotó, y el alma de los huesos
Se separó mugiendo. Dividiéronla
En trozos, y cortándole los muslos,
Según rito, envolviéronlos en doble
Capa de pingüe grasa; colocaron
Encima otros tasajos palpitantes,
Y Néstor en flamígeras astillas,
Rociándolos de vino, los quemaba,
Mientras al lado suyo los mancebos
Sobre el fuego tenían asadores
Largos de cinco puntas. Terminado
El sagrado holocausto, y saboreadas
Las entrañas, partieron en menudos
Pedazos lo restante, y en punzantes
Asadores metiéndolos, los mozos

Asábanlos con arte. Mientras tanto
La hermosa Policasta, la más joven
De las hijas del Rey, lavó á Telémaco,
Y después de lavarlo y de frotarle
Con delicado aceite, fina túnica
Y rico manto le vistió, y del baño
Saliendo igual á un numen, fué á sentarse
Junto al viejo Néstor, caudillo ilustre.
Los otros, terminada la faena
De asar la carne, de la activa llama
Retiráronla al punto, y comenzaron
La sabrosa comida. Hombres amables
Levantáronse entonces, y sirviéronles
Vino en las áureas tazas; y extinguidas
Hambre y sed, el anciano Rey de Pilos,
Domador sin rival: «Hijos, al carro,
Dijo, enganchad al punto los corceles
De hermosísima crin, para que pueda
Dar término Telémaco á su viaje.»
Dijo así, y al instante obedeciéronle.
Engancharon al carro los fogosos
Bridones, y una dueña pan y vino
Y otros regios manjares les dipuso.
Subió al carro magnífico Telémaco,
Y después de él Pisístrato, el caudillo
Valeroso, y las riendas empuñando,
Castigó con el látigo crujiente
Á los nobles corceles, que corriendo

Cruzaron la llanura, la famosa
Pilos atrás dejando, y sin fatiga
Volaron todo el día, sacudiendo
El yugo que sus cuellos enlazaba.
Ocultado ya el sol, todas las vías
La noche oscurecía cuando á Feras (29),
Á casa del ilustre hijo de Orsíloco,
Diocles, nieto de Alfeo, al fin llegaron.
Brindóles hospedaje cariñoso
Y en su casa magnífica durmieron
La noche aquella. Cuando el Alba rósea,
Hija de la mañana, anunció el día,
Uncieron los corceles, y en el carro
Montando [lo sacaron del vestíbulo
Y del sonoro pórtico], azotáronles
Con el crujiente látigo, y veloces
Cruzando la llanura, tanto y tanto
Corrieron, que al hundirse el sol brillante,
Y cubrirse de sombras los senderos,
De su camino al término llegaron.

LIBRO CUARTO.

Á la vasta ciudad Lacedemonia (1),
Sita en un hondo valle (2), y á la casa
Llegaron del Atrida. Celebrando
El banquete de bodas de su hijo
Y de su hermosa hija, con inmensa
Concurrencia de gente le encontraron.
Enviaba su hija al primogénito (3)
Del invencible Aquiles. Ya ante Troya
Se concertó este enlace, y permitían
Entonces las deidades consumarlo.
Iba á enviarla, pues, con grande séquito
De carros y caballos á la ilustre
Ciudad de los Mirmídones, vasallos
De su futuro esposo. Una Espartana,
Hija de Aléctor, daba en matrimonio
Á su hijo Megapentes (4), de una sierva
Habido, ya de edad, pues otro fruto,

Desque dió á luz á Hermione (5), á la áurea Venus
Igual en hermosura, no otorgaron
Á la divina Helena las deidades.
[Así por el palacio (6) de alto techo
Los vecinos y amigos del ilustre
Menelao comían con gran júbilo,
Y en tanto les cantaba un dulce aeda
Al son de la forminge, y dos danzantes,
Al preludiar el canto, ejecutaban
En medio de ellos ágiles figuras.]
A esta sazón el héroe Telémaco
Y el ilustre Pisístrato pararon
Con sus bravos caballos á la puerta
De la regia mansión. Los vió Eteoneo,
Criado diligente del monarca
Ilustre Menelao, y presuroso
Cruzó el palacio para dar la nueva
Al caudillo valiente; y acercándose
Le dijo estas palabras voladoras:
«Menelao, progenie del gran Júpiter,
Dos huéspedes están á nuestra puerta,
Que parecen de Júpiter linaje.
Dí si desunciremos sus corceles,
O si los mandaremos á otra casa
Donde les den benigno acogimiento.»
Menelao indignado: «No eras simple
Antes de ahora, le dijo; pero hoy hablas
Como un niño sin juicio, boberías.

Nosotros, Eteoneo, antes de asiento
Lograr en esta casa, hemos comido
Mil veces en la mesa hospitalaria
De otros hombres (¡y quiera el alto Jove
Que hayan tenido término mis males!):
Desúnceles, pues, pronto los corceles
Y guíalos aquí á comer conmigo.»
Así le dijo; y fuera de la sala
Eteoneo lanzóse. A otros criados
Mandó que le siguiesen. Desuncieron
Los bridones fogosos, bajo el jugo
De ardiente sudor llenos, y al pesebre
Atáronlos, echándoles un pienso (7)
De cebada mezclada con espelta.
Arrimaron el carro á las brillantes
Paredes del palacio, y en la augusta
Mansión introdujeron á los huéspedes.
Viendo ellos su grandeza, iban absortos (8),
Pues toda ella brillaba semejante
A la luna y al sol. Harta la vista
De admirar, descendieron á unos baños
De preciosa labor, donde las jóvenes
Sirvientes les lavaron, y con óleo
Les frotaron suavísimo, vistiéndoles
Fina túnica y manto. Ambos mancebos
Fueron después á colocarse al lado
Del rubio Menelao. Una criada
Trajo el aguamanil de oro finísimo,

Echóles agua en la aljofaina argéntea,
Y aparejóles mesa primorosa.
La venerable despensera luégo
Trajo pan y manjares delicados
Que á su cargo tenía, y el trinchante
Toda clase de carnes, con destreza
Partidas en los platos, repartióles,
Y les puso delante copas de oro.
«Comed y estad alegres, de la mano
Tomándoles el Rey les dijo afable,
Y acabada la cena, será tiempo
De preguntar quién sois; aunque ya entiendo
No son de raza oscura vuestros padres,
Sino de la esceptrífera progenie
De los reyes, linaje del Saturnio,
Pues nunca de los viles nacen tales.»
Dijo, y sirvióles de su parte el lomo
De un buey gordo y sabroso que á él le habían
Por distinción traído. A los manjares
Que les iban poniendo echaron mano
Los jóvenes gallardos, y la gana
De comida y bebida satisfecha,
Poniéndose al oído de Pisístrato
Para que no le oyesen los restantes
Convidados, Telémaco decíale:
«¡Ves, querido Pisístrato, qué brillo
En la sonora cámara despiden
El bronce, y el electro (9), el oro y plata

Y el precioso marfil! ¡Tal es, sin duda,
Del palacio de Júpiter Olímpico
El divino interior! ¡Qué maravillas!
De admirarme no acabo al contemplarlas.»
Oyóle hablar el rubio Menelao,
Y estas frases aladas dirigióle:
«Hijos míos, con Júpiter no puede
Competir hombre alguno; sus tesoros
Eternos son, y eternas sus moradas;
Pero entre los mortales hay algunos
Con más bienes que yo, y otros con menos.
Para traer las cosas que os admiran,
Mil trabajos pasé; corrí mil tierras,
Y al fin llegué, cumplido el año octavo,
En mi ligera nave, habiendo visto
Chipre y Fenicia, Egipto, los Etiopes (10),
Los Sidonios (11) y Erembos (12) y la Libia,
Donde tan pronto al corderillo tierno (13)
Los cuernos nacen, y en un año justo
Por tres veces dan fruto las ovejas.
Allí no hay dueño pobre, ni hay pastores
Que privaciones sufran ningún día
De carnes, ni de queso y dulce leche,
Porque siempre les brindan las ovejas
Teta llena al ordeño. Mientras ricos
Tesoros, peregrino por sus tierras,
Allegando yo anduve, con secreto,
Por traición de su esposa maldecida,

Matóme otro el hermano, y á mí el gusto
Que da la posesión de estas riquezas.
Pero ya vuestros padres el relato
Os habrán referido de mis hechos
Y trabajos; la hazaña peligrosa
De arruinar una casa floreciente
Henchida de tesoros. ¡Si tuviera
Sólo un tercio de aquéllos en la mía,
Y viese con salud á los soldados
Que lejos de Argos, de bridones madre,
Fenecieron en Troya! Muchas veces
De mi hogar en el fondo, bien con lágrimas
Amargas y copiosas, bien tranquilo
En calma melancólica, pues pronto
Rinde un dolor vehemente, me lamento
De todos; mas de nadie la memoria
Me da tanta aflicción; nadie me quita
El apetito y sueño delicioso
Con el valiente Ulises, pues ninguno
Sufrió lo que él sufrió, de cuantos Griegos
Acudimos á Troya. ¡Hados crüeles
Le estaban decretados, y á mí el grave
Dolor de ver su interminable ausencia!
No sabemos si vive ni si ha muerto,
Y el anciano Laertes, y Penélope,
Y Telémaco su hijo, que en la cuna
Al partírse dejó, muerto le lloran.»
Dijo así; y el deseo de su padre

Enterneció á Telémaco de suerte
Que de sus bellos ojos hasta el suelo
Corrió el amargo llanto. Sobre el rostro
Tuvo el manto purpúreo extendido
Su dolor ocultando. Menelao
Lo conoció también; y en duda estuvo
Si en aquella sazón le dejaría
Que de su ilustre padre se acordase,
Ó bien si preguntarle, y sin tardanza
Punto por punto conocerlo todo.
Mientras en esto estaba meditando,
Á Diana semejante cuando lleva
La rueca de oro fino, de su estancia,
De suavísimo olor y alta de techos,
Salió la reina Helena (14). Rica silla
Le puso al punto Adrasta; blanda alfombra
De lana Alcipe, y Filo un canastillo
De plata, don de Alcandra, mujer púdica
De Polibo, habitante de la Tebas
Egipcia, en cuyas casas hay gran copia
De preciosos objetos. Al monarca
Dos argénteas bañeras, con sus trípodes,
Y diez talentos de oro, dió Polibo;
Y su mujer Alcandra otros presentes
Hizo á la reina Helena; rueca de oro
Y elipsoidal cestillo de cendrada
Plata, con un filete de oro puro
Guarnecido en redor. Éste, cuajado

De ovillos de hilo fino, con la rueca
Llena de rica lana, trajo Filo.
Sentóse Helena, y escabel precioso
Pusiéronle á los pies, y la palabra
Dirigió á su marido. «No sabemos
Quiénes son estos huéspedes, le dijo,
Amado Menelao. ¿Engañaréme
Ó acertaré? Mi corazón me manda
Con sumo imperio hablar. Jamás he visto
Tan grande parecido ni en un hombre,
Ni en ninguna mujer, como el que tiene
(Pasmada estoy al verle) ese mancebo
Con el hijo de Ulises, que en la cuna
Dejó el héroe al partirse, cuando á Troya,
Á promover encarnizada guerra,
Por mi impudor vinisteis los Aqueos» (15).
Respondió Menelao: «En eso mismo
Había yo pensado. Se parece
En mil cosas á Ulises: en las manos,
En los pies, en el rostro, en la cabeza,
En los cabellos que sus sienes ciñen,
Y en la noble mirada de sus ojos.
Y cuando hace un instante recordaba
Los inmensos dolores que mi amigo
Á mi lado sufrió, llanto abundante
Corrió de sus pupilas, y los ojos
Con el manto purpúreo cubrióse.»
Entonces el Nestórida Pisístrato:

«Oh Menelao, dijo, jefe ilustre
De valientes soldados, y progenie
Del excelso Saturnio: éste es el hijo
Del héroe que dices; mas modesto,
No ha querido al entrar, á tí, agradable
Como augusta deidad para nosotros
Cuando hablarnos te dignas, dirigirte
Al instante preguntas. El ilustre
Domador de Gerenia á acompañarle
Me envía, porque verte deseaba
Para que le aconsejes lo que debe
De decir y de hacer, pues infinitos
Son los males que sufre el hijo triste
Que sin padre se queda, si no tiene
Alguno que le ayude. Esta desdicha
Á Telémaco aflige: ausente Ulises,
Nadie en su patria aparta el infortunio
Que su casa destruye.» «¡Justos dioses,
Respondió Menelao á mi morada,
Traéisme el hijo amado del amigo
Que por mí ha peleado tantas veces,
Á quien yo más cordial acogimiento
Que á los otros Aqueos prometía
Á mi vuelta, si Jove omnividente
No la hubiese negado á mis navíos!
Una ciudad pensaba regalarle
En Argos, y un palacio construirle
Evacuando algún pueblo de mi reino

De los que hay aquí cerca, á donde de Ítaca
Él hubiera venido con su hijo
Súbditos y riqueza. Así á menudo
Nos hubiéramos visto, é inmutables
Nuestra amistad y dicha, hasta envolvernos
Las sombras de la muerte, continuaran.
Pero de esto sin duda tuvo envidia
Algún dios, que vedó sólo á aquel triste
La dicha de volver.» Dijo así, y todos
Sintieron de llorar ansia indomable.
Lloró la argiva Helena, hija de Jove;
Menelao y Telémaco lloraron;
Y el hijo de Nestor, ojos enjutos
No tenía, acordándose de Antíloco,
Muerto á manos del hijo denodado
De la fúlgida Aurora. Recordándole:
«El anciano Néstor, ilustre Atrida,
Dijo con un suspiro, cuántas veces
[En su espléndida casa conversamos]
De tí suele decirnos que no hay hombre
Que te gane en prudencia y claro juicio.
Permíteme un consejo: yo no gusto
De llorar en la mesa; cuando el Alba,
Hija de la mañana, el día anuncie,
No llevaré yo á mal que deploremos
La suerte de los hombres que sus hados
Cumplieron al morir, ya que no puede
Más honor á los míseros difuntos

Tributarse que el llanto y la tonsura
De los luengos cabellos. Yo he perdido
Un hermano también, no el menos bravo
De todos los Aqueos. Tú debiste
Conocerlo: yo nunca tuve el gusto
De verle ni de hablarle; pero Antíloco
Á todos en la lucha y la carrera
Aventajaba, dicen.» Respondióle
El rubio Menelao: «Cuanto has dicho
Propio es de hombre discreto y de más años
Que tú, prudente mozo. Bien se muestra,
En tu hablar razonado, de tu padre
La noble semejanza; pues la prole
Del ilustre varón á quien se ha hilado
Sino feliz por Júpiter en la hora
De nacer y casarse, cual sin duda
Se concedió á tu padre, permitiéndole
Blanda vejez en su palacio rico,
Cercado de sus hijos valerosos
Y prudentes, bien pronto se distingue.
Dejemos, pues, el empezado llanto;
Volvamos á la cena; sirvan agua
Para las manos, y al rayar el día
Telémaco y yo solos hablaremos.»
Dijo así, y Asfalión, del Rey augusto
Criado diligente, sirvió el agua
Para lavar las manos, y empezaron
Á comer de las viandas nuevamente.

Entonces otra cosa ideó Helena,
Hija del sumo Júpiter: al vino
Echó un brebaje, antídoto invencible
Del llanto y de la cólera, y de males
Olvidador dulcísimo. Quien bebe
Tan benéfico filtro, en la cratera
Con el vino mezclado, en todo un día
No derrama una lágrima, aunque mire
Con sus ojos, difuntos padre y madre,
Ó degollar en su presencia al hijo
Ó al hermano querido: ¡tanta fuerza
Las hierbas elegidas por la hermosa
Helena contenían! Polidamna (16),
Bella mujer de Tonis, en Egipto (17),
País fértil en buenas y dañosas
Medicinas, con médicos mejores
Que en el resto del mundo, pues progenie
Son todos de Peón (18), le dió este filtro
Que mezcló en la cratera, y ordenando
Que vertiesen el vino, nuevamente
Habló así á su marido: «Ilustre Atrida,
Y vosotros, gallarda descendencia
De esforzados varones, pues otorga
En su poder omnímodo el Saturnio
Ora el bien, ora el mal, gozad tranquilos
Ahora de la mesa, y recreaos
En pláticas alegres, pues yo pienso
Narraros una historia interesante.

Ni aun nombrar, no contar, todas las luchas
En que el audaz Ulises intervino,
Pretendo á la sazón; pero una sola
Os voy á relatar que aquel ilustre
Varón sostuvo en Troya, donde tantos
Trabajos padecisteis los Aqueos.
Dióse él mismo de golpes (19) degradantes;
Vistióse, cual vil siervo, con andrajos,
Y oculto en la apariencia de mendigo,
Él, que estaba tan lejos de ser pobre
En las aqueas naves, se introdujo
Por las calles magníficas y largas
De la ciudad Troyana. Su artificio
Á todos engañó; pero yo sola,
Que conocí quién era, interrogábale;
Mas él burlaba astuto mis preguntas.
Hasta que, cuando, á luégo de vestirle,
Después de bien lavado y bien ungido
Con delicado aceite, el juramento
Presté de no decir á los Troyanos
Quién era sin que al campo y á las naves
Tornase, revelóme los proyectos
De los Griegos, y dando fiera muerte
Á muchos enemigos, dió la vuelta
Á las tiendas Aqueas, mil astucias
Revolviendo en su mente. Cuando al aire
Sus angustiosas quejas las Troyanas
Daban, de inmenso gozo el pecho mío

Se embriagaba, pensando en la delicia
De volver á mi hogar, pues ya lloraba
La ceguedad fatal con la que Venus
Me indujo á separarme de mi amado
País y de mi hija y de un esposo
De irreprochable ingenio y hermosura.»
Respondióle el Atrida Menelao:
«Verdad es cuanto has dicho, esposa mía,
Porque yo he recorrido muchas tierras
Y conocido el ánimo y costumbres
De muchos grandes héroes, y en nadie
He visto un corazón tan animoso
Como el del noble Ulises. ¡Qué no hizo
En el corcel famoso de madera
Donde todos los Griegos más ilustres
Nos metimos, trazando la matanza
Y total destrucción de los Troyanos!
Tú viniste en seguida, obedeciendo
La voluntad de un numen que quería
De gloria coronarlos, y Deifobo (20),
Igual á una deidad, te acompañaba.
En redor de la máquina tres vueltas
Diste, dándole golpes y llamando,
Imitando la voz de sus mujeres (21),
Á la flor de los Griegos capitanes.
Yo y Diomedes, que estábamos en medio
Con Ulises sentados, al oirte
Queríamos salir ó responderte

De dentro; pero Ulises nos contuvo,
Moderando el deseo peligroso.
[En profundo silencio manteníanse
Los hijos de los Griegos], sólo Anticlo
Intentó contestarte, mas la boca
Le tapó con sus manos invencibles
El héroe Itacense, y le contuvo,
Salvándonos á todos, hasta tanto
Que te alejó Minerva.» Respondióle
El prudente Telémaco: «Caudillo
Descendiente de Júpiter, aumentas
Mi dolor, pues librarle de la muerte
No pudo su valor: ni aunque de bronce
El corazón tuviera se librara.
Ea, mandadnos á dormir, y dénos
Dulce reposo el lecho apetecido.»
Dijo así, y ordenó la Argiva Helena
Aderezar bajo el sonoro pórtico
Mullidos lechos, extendiendo mantas
De púrpura y tapices primorosos,
Con sus lanudas colchas, á sus siervas.
Del salón, alumbradas por antorchas,
Salieron las mujeres, y obedientes
El lecho aderezaron, y un heraldo
Guió á los regios huéspedes. El héroe
Telémaco y Pisístrato durmieron
Juntos en el vestíbulo sonoro;
Y en lo más apartado de la casa

Fué á dormir el Atrida, y á su lado
La del undoso manto, hermosa Helena,
Divina entre las bellas, acostóse.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Saltó del lecho el rubio Menelao,
De voz marcial: ciñóse los vestidos,
Colgó del hombro la tajante espada,
Á los brillantes pies las primorosas
Sandalias se calzó, é igual á un numen
Salióse de la estancia, y á sentarse
Fué al lado de Telémaco, á quien dijo:
«¿Qué causa te ha traído, por la espalda
Inmensa de los mares, á las tierras
De la Lacedemonia? ¿Es un asunto
Particular ó público? Te ruego
Que la verdad me digas.» Respondióle
El príncipe Itacense: «Oh Menelao,
Caudillo valeroso, descendiente
De Júpiter supremo, yo he venido
Para ver si me das alguna nueva
De mi querido padre. Se me arruina
La casa, y mis haciendas se destruyen.
Lleno está mi palacio de enemigos,
Que ovejas y carneros, y pesados
Bueyes de corvos cuernos, me degüellan
Y son los pretendientes de mi madre
Que violencias sin número cometen.

Por eso yo, abrazado á tus rodillas,
Te ruego que su muerte me relates,
Bien por tus propios ojos la hayas visto,
Bien lo sepas por boca de algún otro,
Errante como aquél. ¡Cuán sin ventura
Su madre le parió! Nada me ocultes
Por respeto ó piedad; sin velo alguno
Díme cuanto ocurrió. Si mi buen padre,
El valeroso Ulises, te ha cumplido
Algún día, con obras ó palabras,
Lo que te prometió cuando os hallasteis
Ante el pueblo Troyano, dó sufristeis
Tantas penas los Griegos, yo te pido
Que, en memoria de todo, hoy me refieras
La desnuda verdad.» Dando un suspiro
Respondióle el Atrida generoso:
«¡Justos dioses! querrían en el lecho
Del héroe invencible, ellos, cobardes,
Recogerse á dormir! Como á la cierva
Que los tiernos hijuelos, aún de leche,
De espantoso león dejó en el antro,
Y los herbosos valles y los bosques
Corrió de pasto en busca, cuando torna
El león á su cueva se los mata;
Así les dará Ulises cruda muerte.
Ojalá, padre Júpiter, Minerva
Y Apolo, como, en Lesbos la magnífica,
Le vimos levantarse de la lucha

Con un Filomelides (22), á quien hizo,
Entre unánime aplauso de los Griegos,
Con vigoroso esfuerzo caer en tierra,
Ulises á los procos se mostrase.
Muerte en breve tendrían, y las bodas
Les saldrían amargas. Mas no temas
Ocultación ó engaño en lo que pienso
Responderte, Telémaco; pues nada
De cuanto el veraz viejo de los mares
Me tiene revelado callaréte.
En Egipto, parado, aunque ganoso
De volver á mi reino, me tenían
Los dioses por no haberles ofrecido
Hecatombes perfectas [pues los númenes
No quieren que olvidemos sus preceptos].
En el undoso mar hay una isla
Enfrente del Egipto, á la cual llaman
Faros (23), tan lejos de él cuanto un navío
Con rumoroso viento favorable
Pudiera recorrer en todo un día.
Tiene la tal un puerto muy seguro,
Donde, después de proveerse en honda
Fuente, botan al mar los navegantes
Sus cóncavas galeras. Veinte días
Teníanme los dioses detenido
En el abrigo aquél, y no se alzaban
Nunca vientos propicios impulsores
Por el undoso mar, de los navíos.

Acabábanse ya mis bastimentos
Y el valor de mis hombres, cuando tuvo
Una diosa piedad de mi desdicha,
Y nos salvó. Piedad de mí Idiotea,
Hija del gran Proteo (24), poderoso
Anciano de la mar, tuvo, y un día
Se me apareció, á tiempo en que vagaba
Solo, de mis amigos apartado
Que con corvos anzuelos por la isla,
Por remediar el hambre que su vientre
Desmayado afligía, á coger peces
Andaban afanosos. Idiotea
Acercóseme y díjome: «Extranjero,
¿Tan simple eres, ó acaso por tu gusto
En el dolor te gozas deteniéndote
Tanto, sin poner término á tus males,
En esta árida isla, mientras tristes
Tus nobles compañeros descaecen?»
«Diosa, seas quienquiera, le repuse,
No es por voluntad mía la parada
En esta isla desierta; mas sin duda
Debí en algo ofender á los del cielo
Eternos moradores. Pero dime
(Pues nada á las deidades está oculto)
Qué numen me detiene, y el camino
Muéstrame por el mar para mi vuelta.»
Así dije, y al punto respondióme
La diosa nobilísima: «Extranjero,

Te diré la verdad. A estas orillas
El verídico anciano de los mares,
El egipcio Proteo, inmortal numen
Servidor de Neptuno, y del abismo
Conocedor profundo, venir suele.
Dicen que mi padre es y que le debo
La existencia. Si hallases algún modo
De asirle por sorpresa, te diría
Tu camino; lo largo de tu viaje
Y la ruta á través del mar piscoso,
Y á más, prole de Júpiter, te puede,
Si es tu gusto, decir cuanto ha ocurrido
Bueno ó malo en tu casa, mientras andas
En tu camino peligroso ausente.»
Dijo, y repuse al punto: «Augusta diosa,
Enséñame tú misma algún engaño
Contra el divino viejo; que no pueda,
Viéndome ó presintiéndome, escapárseme.
Que es difícil que un hombre á un dios sujete.»
La benigna Idiotea respondióme:
«Te diré la verdad, noble extranjero.
Cuando sube al zenit el sol brillante,
El Viejo de la mar, sale del agua
Oculto por las olas con que el Céfiro
Encrespa el cano Ponto. En honda gruta
Acuéstase, y las focas, engendradas
De la hermosa Halosidne (25), el acre espíritu
Exhalando del mar, duermen en torno

En confuso montón. Luégo que luzca
La Aurora, guiaréte á aquellos sitios
Y te pondré en acecho conveniente.
Elige tú tres bravos compañeros
Lo mejor de tus naves; y ahora escucha
Las astucias del Viejo de los mares.
Contará y mirará todas las focas,
Y luégo, como suele entre el ganado
Cuidadoso pastor, en medio de ellas
Se acostará gustoso. En cuanto al sueño
Rendido le veáis, doblad los bríos
Y sujetadle bien, aunque resista
Y se esfuerce infinito por soltarse,
Porque él trasformárase en cuantas cosas
Existen en el mundo, en agua ó fuego.
Mas vosotros entonces las prisiones
Apretad fuertemente. Cuando el numen,
Vuelto al ser primitivo, os pregunte
Cualquier cosa, extranjero, á la violencia
Renuncia y suéltale, y entonces puedes
Preguntarle qué dioses te persiguen
Y el derrotero de la vuelta ansiada
Por las húmedas rutas de los peces.»
Dijo, y despareció bajo las ondas.
Volvíme entonces á la corva playa
Donde estaban mis naves, mil ideas
En el fondo del alma revolviendo.
Al llegar á la orilla y á la nave,

Preparamos la cena, y cuando vino
La noche celestial nos acostamos
Del resonante mar en la ribera.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Elevando á los númenes celestes
Fervientes oraciones, dirigíme
Á la orilla del mar, acompañado
De los tres compañeros, cuya fuerza
Me inspiraba confianza En los profundos
Senos del mar, en tanto, la benigna
Diosa entrando, sacó cuatro pellejos
De focas poco hacía desolladas
(Que así contra Proteo, padre suyo
Preparaba el engaño), y en la arena
Esperaba sentada. A cada uno
Nos colocó en un hoyo de la playa
Socavado por ella, con un cuero
De cetáceo cubierto. Insoportable
Era aquella emboscada, pues hedían
Atrozmente las pieles (26). ¿Hay quien pueda
Cabe un monstruo marino estar echado?
Pero ella remediónos, de ambrosía,
Cuyo dulce perfume superaba
El repugnante hedor, poniendo un poco
Bajo nuestras narices. Toda entera,
Esperando sufridos, la mañana
Pasamos, y por fin juntas las focas

Salieron de la mar y se tendieron
En orden por la playa. Al mediodía
Salió el Viejo del agua; halló los gruesos
Cetáceos, y se anduvo examinándolos
Para ver cuántos eran. Por nosotros,
Sin sospechar el fraude, su recuento
Principió, y á la postre descuidado
Él mismo se acostó. Con grande grita
Nos lanzamos sobre él y le ceñimos
Con los brazos de pronto; pero el Viejo
No descuidó sus artes. Melenudo
León se hizo primero, después onza,
Enorme jabalí, dragón, y fuente
Y árbol de excelsa copa. Mas nosotros
Sin cejar le apretábamos, y viendo
Lo inútil de sus artes, angustiado
Me preguntó Proteo: « Ilustre Atrida,
¿Qué deidad te ha inducido á que te atrevas
Á sujetarme así, contra mi gusto?
¿Qué es lo que necesitas?» Así dijo;
Y respondíle yo: «Ya sabes, Viejo,
(¿A qué lo disimulas?) cuántos días
Estoy en esta isla detenido.
No hallo fin á mi daño, y descaece
Mi pecho dolorido. Dí, por tanto
(Pues nada hay á los númenes oculto),
Qué Dios volver me impide, y qué camino
Debo seguir para volver, cruzando

De los peces las rutas ondulosas.»
Así dije, y al punto respondióme:
«Debías de haber hecho al sumo Júpiter
Y á las demás deidades sacrificios
Espléndidos, primero que embarcarte
Para poder volver, sin detenerte,
Por el profundo mar al patrio suelo.
Mas tu sino no quiere que á tus caros
Compañeros abraces, ni que llegues
Á tu rica mansión y patria ansiada
Sin que del río Egipto (27), que de Júpiter
Fluye sereno, la corriente surques
Nuevamente y ofrezcas hecatombes (28)
A los del cielo moradores altos,
Que te darán la ruta que apeteces.»
Dijo, y mi pobre corazón partióse
Á la orden de cruzar el mar profundo
Para ir de nuevo á Egipto, viaje inmenso
Y por demás difícil; pero aun pude
Decirle estas palabras: «Cuanto ordenas
Lo cumpliré sumiso; pero cuéntame
Si volvieron incólumes de Troya
En sus naves los Griegos que dejamos
Néstor y yo; ó si muerte repentina,
Acabada la guerra, alcanzó á alguno,
En brazos de un amigo ó en sus naves.»
Así le dije. «Atrida, respondióme
El dios, ¿á qué preguntas tales cosas?

No es bueno que las sepas, ni que explores
Mi oculto pensamiento, porque entiendo
Que en cuanto las escuches, no han de estarse
Mucho tiempo tus párpados enjutos.
Muchos murieron; muchos se quedaron
Perdidos en la guerra; pero sólo
Dos capitanes griegos de corazas
De bronce en el regreso perecieron
(Tú ya asististe á todos los combates),
Y otro, lleno de vida, detenido
Se halla del vasto piélago en un punto.
Ayax fué destruído con sus naos
De luengos remos, que Neptuno afable
A los grandes peñascos de Girea (29)
Llevó primero y de la mar sacóle;
Y aunque odiado por Palas, de la muerte
Se hubiera libertado, si su labio
No profiriera una expresión soberbia,
Cuando dijo: «á despecho de los dioses
De las salobres ondas salvaréme.»
Neptuno oyó sus voces arrogantes,
Y cogiendo con fuerza soberana
De súbito el tridente, las Gireas
Peñas hirió, y rajólas, y una parte
Quedó en pie; mas la otra, en la que estaba
Ayax sentado, cayó al mar, llevando
Consigo al jefe altivo, que en las ondas,
Después de haber sorbido el agua amarga,

Halló por fin la desastrosa muerte.
Tu hermano Agamenón pudo salvarse
En las cóncavas naves, pues la augusta
Juno le protegió; mas cuando estaba
Ya cerca de llegar al promontorio
De Malea, borrasca repentina
Le arrebató, á pesar de sus gemidos,
Por el piscoso mar, hasta el extremo
De un campo donde Tiestes su morada
En otro tiempo tuvo, y que era entonces
De Egisto, hijo de aquél, la residencia.
Segura ya su vuelta parecía,
Propicios vientos diéronle los númenes,
Y entraron en el puerto los Aqueos.
Agamenón saltó á la patria tierra,
Y su suelo natal, lleno de gozo
Tocándolo, besó, vertiendo ardiente
Raudal de llanto. ¡Tal placer sentía
Al mirar su país! De una atalaya
Le vió venir un hombre en ella puesto
Por el pérfido Egisto, con promesa
De dos talentos de oro; un año hacía
Que estaba allí de acecho, temeroso
De que llegando oculto usar pudiese
De sus terribles fuerzas el Atrida.
Corrió, pues, al palacio á dar la nueva
Al jefe de soldados, y la pérfida
Asechanza urdió Egisto de esta suerte:

Veinte hombres escogidos en acecho
Puso, y por otra parte una gran cena
Aderezar mandó, y él mismo, infamias
Sin cuento maquinando, con gran séquito
De carros y caballos, salió en busca
De Agamenón para invitarle, y pudo
Al héroe, del fin no receloso,
Llevarse, y degollarle, cual se mata
Á un indefenso buey junto al pesebre.
De Agamenón no conservó la vida
Ni un soldado, ni un cómplice de Egisto.
Todos en el palacio fenecieron.»
Así dijo, y sentí despedazarse
Mi pobre corazón, y en las arenas
Sin consuelo lloraba, deseando
No vivir, ni ver más del sol las luces.
Mas cuando de llorar y revolverme
En el suelo me vió harto, dijo el Viejo
Verídico del mar estas palabras:
«Hijo de Atreo, cese ya ese lloro
Sin medida y sin fin, pues á tus males
No hallaremos remedio: ahora procura
Volver cuanto antes á tu patria tierra,
Y vivo áun le hallarás, ó le habrá dado
Ya muerte Orestes, y verás su entierro.»
Así habló; y aunque aun triste, dilatarse
Por el gozo sentí dentro del pecho
De nuevo el corazón y ánima noble,

Y dirigí á Proteo estas palabras:
«Ya conozco su suerte: díme ahora
El nombre del tercero, que padece
Preso en medio del mar, si es que no ha muerto
[Pues saberlo deseo, aunque estoy triste].»
Así dije, y al punto respondióme:
«El hijo de Laertes, cuya casa
En Ítaca se asienta. Yo le he visto
Verter copioso llanto en una isla,
Morada de Calipso, ninfa augusta,
Que por fuerza á su lado le detiene,
Pues regresar no puede al suelo patrio
Porque ni tiene naves bien provistas
De remos, ni excelentes compañeros
Que le lleven del mar sobre la espalda.
Á tí los hados, Menelao augusto,
Prole del sumo Júpiter, te tienen
Destinado que en Argos, fértil madre
De bridones fogosos, no perezcas
Y des fin á tu vida. Los eternos
Dioses te llevarán al campo Elíseo,
Al extremo del mundo, donde mora
El rubio Radamanto (30); allí es dichosa
La vida de los hombres; los inviernos
Largos no son, ni nieva, ni graniza,
Ni diluvia jamás, y de contino
El Océano envía, para grata
Frescura del mortal, las auras suaves

Del rumoroso Céfiro. Los núnenes
Allí te enviarán, porque de Jove,
Siendo esposo de Helena, eres el yerno.»
Dijo, y despareció en las espumosas
Olas del mar. Volvíme á las galeras
Con mis buenos amigos, mil proyectos
En el fondo del alma madurando.
Al llegar á las naves y á la orilla,
Preparamos la cena, y cuando vino
La noche celestial, nos acostamos
Del resonante mar sobre la playa.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Echamos lo primero las galeras
En el divino mar, y les pusimos
Sus mástiles, y velas y aparejos.
Subieron los remeros prontamente,
Y sentados por orden, azotaron
Con sus remos la mar, blanca de espuma.
Volvíme al río Egipto, que de Júpiter
Fluye, y echando el ancla de mis naves
Sacrifiqué perfectas hecatombes.
Después de haber las iras aplacado
De los eternos núnenes, un túmulo
Erigí á Agamenón, para que fuese
Su gloria inextinguible. Hecho todo esto,
Partíme, pues los dioses me otorgaron
Viento tan favorable, que en la patria

Adorada me puso en tiempo breve.
«¡Ea! quédate doce ú once días
En mi palacio, oh príncipe, y pasados
Yo te despediré con dones ricos,
Prenda de mi cariño. Tres corceles
Te daré y un buen carro, y rica copa
Para que me recuerdes, cuando ofrezcas
Á los eternos dioses libaciones.»
«Oh generoso Atrida, le repuso
El prudente Telémaco, no intentes
Detenerme á tu lado, pues gustoso
Junto á tí me estaría un año entero
Escuchándote hablar, sin acordarme
(¡Con tal placer te escucho!) de mi casa
Y de mis tristes padres; mas sin duda
Mientras aquí me tienes, los amigos
Que en Pilos he dejado cuidadosos
Por mi tardar se afligen. Pero sean,
Rey augusto, los dones que te plazca
Darme, tales que puedan conservarse.
Á mi tierra, por eso, tus bridones
No me quiero llevar, sino dejártelos
Aquí, donde con ellos te deleites.
En tu reino hay campiñas dilatadas,
Abundantes en juncia, alfalfa, trigo
Y espelta y cebadales; pero en Ítaca
No hay llanos donde corran los corceles
Generosos, ni prados, porque es tierra

Más propia para cabras que bridones.
Falta de verdes prados, no es idónea
Para criar caballos isla alguna
De las que el mar rodea, mas la mía
Es la peor, en verdad.» Así le dijo,
Y el fuerte Menelao, acariciándole
Una mano, repuso sonriendo (31):
«Bien se ve, hijo querido, en lo que dices
Tu noble sangre. Cambiaré el presente,
Ya que puedo, y daréte el más hermoso
Y rico que reservo en mi palacio.
Yo tengo un cratera primorosa,
Toda de plata, con el borde de oro
Finísimo cercado; obra admirable
Del experto Vulcano. Al gran Fedimo
Señor de los Sidonios (32), á mi vuelta,
Como don hospital, le plugo dármela,
Y quiero yo á mi vez dártela ahora.»
Tales eran sus pláticas, y en tanto
Entraron los ilustres comensales
En la casa del Rey, trayendo ovejas
Y confortante vino, y sus mujeres,
De bella cinta la cabeza orlada,
Trajéronles el pan. Así se hacían
De comer los aprestos en palacio.
Delante de la casa del prudente
Ulises divertíanse, á tal tiempo,
Los procos en lanzar dardos y discos

Sobre artístico suelo, do solían
Ejercer tiempo hacía su insolencia.
Antínoo y Eurímaco, de formas
Hermosas como un dios, los más ilustres
Y bravos de los procos, asentados
Estaban, cuando á ellos vino el hijo
De Fronio, Noemón, y dirigiéndose
Á Antínoo, le dijo de esta suerte:
«Antínoo, ¿sabemos por ventura,
Ó no, cuándo de Pilos la arenosa
Piensa volver Telémaco? Mi nave
Llevóse, y me hace falta para irme
Á la Élide espaciosa, donde tengo
Doce yeguas de vientre, con sufridos
Mulos sin desbravar, y yo quería
Traerme alguno aquí para domarlo.»
Así dijo: y suspensos al oirle
Quedáronse, pues cierto no pensaban
Que se hubiera ido á Pilos de Neleo,
Sino que estaba allá en sus heredades,
Ó viendo á su porquero y sus ovejas.
Y de Eupites el hijo, el bravo Antínoo,
Respondió á Noemón: «Dí sin mentira:
¿Cuándo se fué? ¿qué mozos le siguieron?
¿De los mejores de Ítaca, ó esclavos
Y asalariados suyos? que uno y otro
Bien pudo hacer. Responde sin ambajes,
Pues me importa saberlo, si el navío

Por fuerza te tomó, ó si se le diste
Tú, después de pedírtele, de grado.
—Díselo yo de grado, respondióles
El noble Noemón: ¿pudiera alguno
No hacerlo, si persona tan ilustre
Y llena de cuidados lo pidiera?
No sería el negárselo tan fácil.
Son sus acompañantes de los nuestros
Jóvenes distinguidos, y el piloto
(Yo embarcarse le ví) Mentor, ó un numen
Semejante á Mentor. Y á fe que atónito
Me tiene el haber visto, cuando el alba
Clareaba, á Mentor en nuestro pueblo,
Siendo así que embarcóse para Pilos.»
Dijo, y partióse á casa de su padre,
Dejando estupefacta el alma altiva
De Eurímaco y Antínoo. Dejando,
Al punto, de jugar los pretendientes,
Se sentaron; y Antínoo abatido,
De sangre hinchado el iracundo pecho
Y despidiendo llamas por los ojos,
Así entre ellos habló: «¡Supremos dioses!
¡Qué hazaña tan audaz con ese viaje
Ha emprendido Telémaco! ¡Y decíamos
Que no había de hacerlo! Ese muchacho,
Contra el gusto de todos, una nave
Equipando, y consigo los mejores
Llevándose del pueblo, se ha atrevido

Á partir para Pilos. Me presagia
Este audaz principiar males futuros.
¡Destruya el sumo Júpiter sus bríos
Antes que nos infiera ningún daño!
Mas ¡ea! dadme, amigos, una nave
Y veinte compañeros escogidos,
Y espiando su vuelta, me prometo
Que caiga en mi poder, en la angostura
Que hay entre Ítaca y Same, y hacer vano
Y en daño suyo el viaje que del padre
En busca de noticias ha emprendido.»
Dijo, y todos unánimes su idea
Aprobaron, y á Antínoo excitaron
Á cumplirla. Y después en la morada
Fueron entrando del prudente Ulises.
No ignoró mucho tiempo los proyectos
Que los procos urdían en el fondo
De su alma depravada, la discreta
Penélope. Medón, leal heraldo,
Que oyóles desde el patio cuanto hablaban,
Fué corriendo á decírselo. Al mirarle
En el pulido umbral de su aposento,
Le dijo así la Reina: «¿A qué te envían,
Heraldo, mis ilustres pretendientes?
¿Á que mandes quizás á las criadas
Del divinal Ulises que dejando
Su labor les preparen el convite?
¡Ojalá abandonando la importuna

Persecución y juntas en mi casa
Vosotros, que acudiendo de contino
Devoráis tantos bienes, rica herencia
De mi amado Telémaco, tuvierais
Hoy la última comida en el palacio!
¿Nunca oisteis decir á vuestros padres,
Cuando áun erais infantes, de qué modo
Ulises les trataba? No les hizo
Injuria alguna, ni palabra mala
Dijo á nadie jamás; y, aunque sea uso
De los divinos reyes amar á éste,
Y á estotro aborrecer, él no hizo nunca
Daño á ningún mortal. Pero vosotros
Bien con vuestros infames atentados
Mostráis vuestra intención. ¡Sus beneficios
Así le agradecéis!» El buen heraldo:
«¡Pluguiera al cielo, oh Reina, que ese fuera,
Repuso, el mal mayor! Pero tus procos
Están otros más grandes y perversos
Fraguando, que los dioses no permitan
Ver logrados jamás. Con duro bronce
Piensan matar á tu hijo cuando vuelva
De Pilos y de Esparta, á donde ha ido
Para saber noticias de su padre
En su tierra natal.» A tal noticia
El alma y las rodillas flaqueáronle
Á la triste Penélope, y suspensa
Tuvo el habla un gran rato. Se llenaron

De lágrimas sus ojos, extinguida
Quedó su dulce voz, y al fin repuso:
«Díme, heraldo Medón, ¿por qué Telémaco
De su casa partió? No era preciso
Que él, joven é inexperto, se embarcase
En las naves, que á modo de corceles
Sirven para cruzar del mar inmenso
Las húmedas llanuras. ¿Quiere acaso
Borrarse del recuerdo de los hombres?»
El heraldo prudente le repuso:
«No sé si por consejo de algún numen
Ó por impulso propio, partió á Pilos
Para saber la vuelta de su padre,
Ó cómo pereció.» Dijo, y salióse
Por la morada del prudente Ulises.
Del dolor que los ánimos destruye
Quedó presa la Reina, y no pudiendo
Tenerse en una silla (aunque eran muchas
Las que había en palacio), en los umbrales
De su estancia magnífica sentóse
Llorando sin consuelo. En torno suyo,
Todas las servidoras del palacio,
Igual viejas que jóvenes, lanzaban
Ayes agudos; pero al fin la Reina
Desdichada les dijo: «Amigas mías,
Escuchad mis lamentos, pues los dioses
Quieren que yo padezca más pesares
Que todas las mujeres que nacieron

Y crecieron conmigo. El noble esposo,
Varón en toda suerte de virtudes
Superior á los Griegos [cuya gloria
En Argos penetró y corrió la Hélade],
Perdí primero, y ahora al hijo caro,
Sin conocer siquiera su partida,
Róbanme tan sin fama las tormentas.
¡Crueles! ¿Por qué causa no quisisteis
Despertarme, sabiendo ciertamente
Cuándo se fué á embarcar en el navío?
Que si supiera yo que él pretendía
Emprender este viaje, ó desistiera,
Á pesar de su anhelo, de efectuarlo,
O muerta en el palacio me dejara.
Mas vaya alguna, y al anciano Dolio,
Esclavo que mi padre cuando vine
Aquí me regaló, y el huerto lleno
De árboles cuida ahora, prontamente
Haga venir, para que al punto corra
Á contar á Laertes cuanto ocurre.
Quizá, algún expediente imaginando,
Dejará su retiro y ante el pueblo
Se quejará de todos los que quieren
Acabar su linaje y el de Ulises.»

Oyendo esto, Euriclea, su querida
Nodriza, así le dijo: «Hija adorada,
Ya me mates con hierro sanguinario,
Ya en palacio me dejes, yo no puedo

La verdad ocultarte. Yo sabía
Cuanto ha pasado; yo le he dado todo
Cuanto pidió para su viaje: el trigo
Y el vino delicioso; mas juréle
No revelarte nada de su viaje
Hasta pasados once ó doce días,
A no ser que el no verle te afligiese
O supieses su marcha, temeroso
Que á tu cuerpo gentil dañase el llanto.
Pero lavate ahora, ponte puros
Vestidos, y á lo alto de la casa
Sube con tus sirvientas, y á la diosa
Palas, hija de Júpiter, suplica,
Y ella salvará tu hijo de la muerte.
Y no aflijas al viejo, harto afligido,
Pues no creo que sea por los dioses
El linaje de Arcesio (33) detestado
Á tal punto que un héroe no deje
Poseedor de la casa de alto techo,
Y las vastas y pingües heredades.»
Así dijo; calmaron sus palabras
El dolor de Penélope; y secáronse
Las lágrimas ardientes de sus ojos.
La Reina se lavó; vistióse puro
Vestido, y subió á lo alto de la casa
Con todas sus sirvientas; pusó molas
En un cestillo, é invocó á Minerva:
«Oye, dijo, hija invicta del gran Júpiter

De égida portador, si en su palacio
Alguna vez el ingenioso Ulises
Quemó en obsequio tuyo gordas piernas
De oveja ó buey, recuérdalas ahora,
Y salva al hijo mío, y de los planes
Líbranos de los vanos pretendientes.»
Después de esto lanzó el sagrado grito,
Y la diosa escuchó sus oraciones.
Entretanto los procos en tumulto
Por el palacio oscuro se agitaban;
Y uno de aquellos jóvenes altivos
Hablaba de esta suerte: «Ya la Reina,
Cuyo tálamo dulce porfiamos,
Apareja sus bodas, ignorante
De la muerte á su hijo aparejada.»
Así dijo, porque ellos no sabían
Las cosas sucedidas en palacio.
Pero Antínoo arengóles de esta suerte:
«Necios, dejaos todos de expresiones
Tan imprudentes, no haya acaso alguno
Que las cuente allá dentro. Levantémonos,
Ea, en silencio, y á poner en obra
El proyecto que á todos nos agrada
Vamos sin dilación.» No lo hubo dicho,
Cuando eligiendo veinte compañeros
De los más bravos, fueron á la orilla
De la mar á buscar la leve nao.
Sacáronla primero al mar profundo;

Acomodaron palos y velamen
En el negro navío; á sus correas
Sujetaron los remos, y las blancas
Velas izaron; sus valientes fámulos
Trajéronles las armas, y al hallarse
En las olas inquietas, embarcáronse
Y, esperando á la noche, allí cenaron.
La prudente Penélope en el piso
Superior de la casa estaba ayuna,
Sin probar ni comida ni bebida,
Pensando en si su hijo libertarse
Podría de la muerte, ó si matarlo
Lograrían los procos insolentes.
Como duda un león á quien rodea
Turba de cazadores, viendo el cerco
Falaz en que le envuelven aterrado,
Así estaba Penélope agitada,
Cuando el süave sueño sorprendióla:
Recostóse en el lecho, y al dormirse,
Sus delicados miembros descansaron.
Minerva, la deidad de verdes ojos,
Ordenó por entonces otra cosa:
Un fantasma formó, que en la figura
Se parecía á Iftima, hija de Icario,
Casada con Eumelo, que vivía
En la Tesalia Feres, y á la casa
De Ulises enviólo, á que aplacase
El llanto y los gemidos angustiosos

De la triste Penélope llorosa.
Entró, pues, el fantasma en su aposento
Por el leve resquicio que en la puerta
Dejaba la correa del pestillo,
Y sobre su cabeza deteniéndose,
Dijo, como un susurro, estas palabras:
«Oh Penélope, ¿duermes, contristado
Tu pobre corazón? Los inmortales,
De feliz existencia, no permiten
Que llores ni te aflijas: tu querido
Hijo habrá de volver; pues no ha pecado
Jamás contra los dioses.» La discreta
Penélope, dormida suavemente
En las puertas del sueño, respondióle:
«¿Á qué has venido, hermana? Como habitas
Muy distante de aquí, nunca, hasta ahora,
Frecuentaste estos sitios. Calmar quieres
La aflicción y los males desmedidos
Que devoran mi alma. El noble esposo,
Varón en toda suerte de virtudes
Superior á los Griegos [cuya gloria
En Argos penetró y corrió la Hélade],
Perdí primero; y ahora el hijo caro,
Niño inexperto en penas y negocios,
Partióse de mi lado en nave leve.
Cáusame éste más pena que su padre;
Por éste lloro, y temo no padezca
Algún daño en el pueblo donde ha ido,

O en el profundo mar, porque asechanzas
Le tienden enemigos numerosos
Que desean matarlo antes que vuelva
A su tierra nativa.» Respondióle
El oscuro fantasma misterioso:
«Confía, y no revuelvas en tu pecho
Excesivo temor. Lleva tu hijo
Una tal compañía, que quisiéranla
Para sí (¡tanto puede!) muchos hombres:
Es la diosa Minerva, que, apiadada
De tu dolor, envíame á decírtelo.»
Penélope repuso: «Si eres diosa,
Y la voz de una diosa oíste, díme
De aquel triste si áun vive y de la lumbre
Goza del claro sol, ó si ya ha muerto
Y al reino de Plutón ha descendido.»
El oscuro fantasma respondióle:
«No te diré, tan claro como quieres,
Si vive ó si ya ha muerto, porque es malo
Hablar palabras vanas.» Esto dicho,
Junto á la cerradura de la puerta
Disolvióse en el aire. De su sueño
La bella hija de Icario despertóse,
Y llenósele el pecho de alegría
Por aquel claro ensueño que enviado
Le fuera entre las sombras de la noche.
Los procos embarcados navegaban
Por la llanura líquida, en su mente

Muerte cruel á Telémaco trazando.
En el medio de Ítaca y de Same
Hay en el mar una isla pedregosa,
De pequeña extensión, llamada Asteris,
Con dos puertos muy buenos y accesibles
Á las naves: y allí se colocaron
En asechanza pérfida los procos.

LIBRO QUINTO.

Cuando la Aurora, abandonando el lecho
Del ilustre Titón (1), la luz traía
Para los inmortales y los hombres,
Los dioses fueron juntos á sentarse
En consejo; y estando en medio Júpiter,
El del alto tronar, dios potentísimo,
Minerva les traía á la memoria
Los trabajos innúmeros de Ulises,
Pues por él, que Calipso detenía
Á la sazón, la diosa se cuidaba.
«Padre Júpiter, dijo, sempiternos
Y bienaventurados inmortales,
Que no sea jamás dulce y benigno,
Ni justo, ningún rey de los que llevan
Cetro, sino antes bien injusto y duro,
Pues de todos los súbditos que Ulises
Gobernó, cariñoso como un padre,

Nadie se acuerda de él, cuando padece
Graves penas, cerrado en una isla,
Morada de Calipso, ninfa augusta,
Que por fuerza á su lado le detiene,
Sin que él pueda tornarse al suelo patrio,
Porque ni tiene naves bien provistas
De remos, ni excelentes compañeros
Que le lleven del mar sobre las olas.
Y ahora quieren matarle el hijo caro
Cuando regrese de la sacra Pilos
Y de Lacedemonia la divina,
Donde fué á inquirir nuevas de su padre.»
Júpiter, que las nubes amontona,
Replicóle: «Hja mía, ¡qué palabras
Se te huyeron del cerco de los dientes!
¿No decidiste tú que el sabio Ulises
Se vengaría de ellos al regreso?
Sé tú (que bien lo puedes) cauto guía
De Telémaco, y haz que vuelva incólume
Á su suelo natal, y que los procos,
Burlados en su intento, den la vuelta.»
Así habló, y dirigiéndose á Mercurio,
Su hijo querido, díjole: «Pues eres
De los eternos dioses el correo,
Irás luego á decir á aquella ninfa,
De hermosa cabellera, que mi augusta
Voluntad es que torne el grande Ulises,
No guiado por dioses ni por hombres,

Sino sólo, bogando en una balsa (2)
De ataduras sinnúmero, y que al cabo
De veinte días, con trabajos duros
Llegue á la Esqueria (3) fértil, donde moran
Los Feacios, cercanos á los dioses (4).
Allí como á un gran numen honraránle,
Y en una nave á su querida tierra
Le llevarán, y le darán tal copia
De bronce y oro y trajes, como nunca
De Troya traer pudiera, aunque sin daño
Con su parte del saco regresara.
Así decreta el hado que consiga
Á sus amigos ver; y á su morada
De alto techo llegar, y natal tierra.»
Dijo; y el Argicida, mensajero
De los dioses, al punto obedecióle.
Á los pies se ciñó el calzado de oro
Hermoso é inmortal, que lo conduce
Ya por el vasto mar, ya por la tierra
Inmensa, tan ligero como el viento;
Y tomó la varita (5) con que aduerme,
Si le aplace, los ojos de los hombres,
Ó del sueño los saca. El poderoso
Argicida, llevándola en la mano,
Tendió el vuelo, y bajando á la Pieria (6),
Dejóse caer del éter, sobre el ponto,
Y por las crespas olas, semejante
Á una blanca gaviota que, pescando,

Á través de los senos espumosos
Del infecundo mar, sabrosos peces,
Moja á menudo en las salobres ondas
Sus poderosas alas, así el numen
Por el inmenso mar iba volando;
Pero al llegar á la isla remotísima
Dejó la mar profunda, y á la costa
Salió, siguiendo al punto su camino,
Hasta llegar á la espaciosa gruta
Donde moraba la graciosa ninfa.
Entonces un gran fuego en los hogares
Ardía, y al quemarse el cedro seco
Y la aromosa tuya despedían
Por la isla su olor. Dentro Calipso
Cantaba dulcemente, dedicada
Á tejer una tela, manejando
La lanzadera de oro. Verde selva
De álamos y de chopos y cipreses
De penetrante olor, donde anidaban
Sin fin de aves de vuelo arrebatado,
Autillos, gavilanes, y cornejas
Marinas, de ancha lengua, cuyo gusto
Son las cosas del mar, crecido había
En torno de la gruta, y junto á ella
Una lozana vid, cargada de uvas,
Extendía sus brazos, y manaban
Cuatro límpidas fuentes, tan en orden,
Que, aunque cerca una de otra, sus raudales

En dirección diversa se escurrían;
Y en fin, en los contornos verdeaban
Floridos prados de apios y violetas (7).
Hasta un dios, al llegar á aquéllos sitios,
En el fondo de su alma se alegrara,
Y atónito quedara al contemplarlos.
Allí el fuerte Argicida, de los dioses
Mensajero, asombrado se detuvo;
Y después de admirar todo en silencio,
Entró en la vasta gruta. Conocióle
La diosa nobilísima Calipso
Al punto que lo vió (pues aunque vivan
Muy remotos, conócense los númenes).
No halló allí al grande Ulises, porque estaba
Llorando en la ribera, donde siempre
Lanzando ayes y lágrimas del pecho,
Roto por el dolor, el infecundo
Mar miraba, llorando acerbamente.
Entretanto Calipso, augusta diosa,
Preguntaba á Mercurio, en admirable
Silla sentado ya: «¿Por qué, querido,
Venerable Mercurio, el de áurea vara,
Vienes á visitarme? Que antes nunca
Llegabas por aquí. Díme qué quieres,
Pues mi alma, si es cosa que yo puedo
O que es realizable, está dispuesta
Á hacer tu voluntad. [Pero antes sígueme,
Que quiero con los dones obsequiarte

De la hospitalidad]. «En diciendo esto
Rica mesa le puso, de ambrosía
Colme, mezclada con el néctar rojo.
Él comía y bebía, y terminada
Su cena, y con las viandas confortado,
Dió respuesta á Calipso en estos términos:
«Preguntas, diosa, á un dios por qué ha venido.
Y diré la verdad, pues me lo ordenas.
Júpiter me ha mandado que viniese,
Mal mi grado; pues ¿quién por gusto suyo
Tan dilatado espacio cruzaría
De aguas salobres, sin hallar al paso
Ni una ciudad donde á los dioses hagan
Los hombres sacrificios y hecatombes?
Pero á los demás númenes no es lícito
Quebrantar ó eludir mandato alguno
Del soberano Júpiter. Tú, ninfa,
Tienes aquí al más triste de los Griegos
Que, durante nueve años, cabe Troya
Pelearon valientes, y arruinándola
Al décimo, volvieron á sus lares.
Mas ofendiendo á Palas en su vuelta,
La diosa desató tremendas olas
Y borrascas y vientos espantosos.
Así de Ulises todos perecieron
Los compañeros bravos, y á esta playa
Él fué por las borrascas impelido.
Manda el supremo Jove que le pongas

Al punto en libertad; que no es su suerte
Morir aquí apartado de sus deudos,
Porque el hado decreta que consiga
Á sus amigos ver; y á su morada
De alto techo llegar, y natal tierra.»
Dijo, y horrorizada al escucharle
Calipso, diosa augusta entre las diosas,
Con aladas palabras respondióle:
«¡Malignos sois los dioses y envidiosos
Como nadie en verdad! Cuando una diosa
Á un mortal en su tálamo recibe
Y para amado esposo lo designa,
Sentís acerba envidia. Cuando el Alba
De sonrosados dedos, por marido
Tomó á Orión (8), los felices inmortales
No dejasteis de odiarle, hasta que Diana,
La del áureo trono, en la isla Ortigia (9)
Le atacó y le mató con sus saetas.
Cuando la rubia venerable Ceres,
Cediendo á su pasión, amor y tálamo
Compartió con Jasión, en un barbecho (10)
Tres veces trabajado, al punto Júpiter,
Que lo supo, matólo con un golpe
Del coruscante rayo; y todos ahora
Lleváis á mal el que á mi lado tenga
Un amable mortal en esta isla.
Yo le salvé cuando bogaba solo,
En pie sobre la quilla de su nao,

De Jove por el rayo coruscante
En el oscuro mar rajada y rota.
[Allí todos sus bravos compañeros
Perecieron, y él fué por las borrascas
Impelido á esta costa]. Yo amigable
Hospedaje le he dado y alimentos;
Yo la inmortalidad le he prometido
Y de vejez librarle para siempre;
Pero como no es lícito á los númenes
Quebrantar ó eludir mandato alguno
Del soberano Júpiter, que afronte,
Pues se lo manda aquél, las bravas sirtes
Del infecundo mar; pero, á lo menos,
Yo no lo enviaré, porque ni naos
Tengo con remos, ni hombres que le lleven
Por las altas honduras de los mares.
Bien que no dejaré de prevenirle,
Sin ocultarle cosa con que pueda
Á su tierra natal llegar incólume.»
Mercurio respondióle: «Ninfa hermosa,
Envíale al instante, y teme la ira
De Júpiter, no sea que, irritado,
Se ensañe contra tí más adelante.»
Dijo y despareció súbitamente.
Recibidas las órdenes de Júpiter,
La venerable ninfa salió en busca
Del magnánimo Ulises. En la playa
Asentado le halló: nunca en sus ojos

Se secaban las lágrimas, y el tiempo
De la dulce existencia consumía
En gemir por la vuelta, pues ya gusto
En Calípso no hallaba. Mas, por fuerza,
Á las noches dormíase en la gruta
Con la que le quería, mal su grado,
Y de día en las rocas de la orilla
Sentado [lanzando ayes de su pecho
Roto por el dolor], el infecundo
Mar miraba, llorando acerbamente.
Llegando cerca de él, la augusta diosa
Le dijo de esta suerte: «Desdichado,
No llores más aquí ni más consumas
Tu existencia, que estoy ya decidida
Á que partas. Cortando largos troncos,
Lábrate á hierro duro una ancha balsa,
Y ponle alto combés, para que pueda
Por el sombrío ponto conducirte.
Yo en ella harina y agua y vino rojo
Que de tí el hambre aparten, y vestidos,
Gustosa te pondré, y un viento próspero
Te enviaré además, para que puedas
Incólume llegar al patrio suelo,
Si así aplace á los dioses habitantes
Del vasto cielo, que mejor entienden
Que yo en obras, consejos y razones.»
Dijo; y, horrorizado al escucharla,
Ulises respondióle: «Creo, Ninfa,

Que en mi vuelta no piensas, sino en otra
Cosa, cuando me mandas que atraviese
En una frágil balsa los abismos
Inmensos de la mar, siempre terribles,
Aun con próspero viento, para naos
Bien hechas y ligeras. Á esa balsa
No he de subir, contra tu gusto, si antes
De no causarme ningún mal, oh Ninfa,
No prestas juramento.» Así le dijo.
Sonrióse Calipso, y, halagándole
Una mano, repuso complaciente;
«Astuto y suspicaz eres, Ulises,
Cuando tales palabras se te ocurren.
Por la tierra y la bóveda celeste (11)
Que la cubre, y las aguas subterráneas
De la Estigia, te juro (de los dioses
Este es el juramento más terrible)
Que no trato de hacerte daño alguno,
Sino que te propongo y aconsejo
Lo que á mí propia, si en tan grave caso
Me viera, propondríame. Que es recta
Mi intención, y yo guardo en mis entrañas
Un corazón piadoso y no de hierro.»
Dijo así, y echó á andar rápidamente,
Y Ulises la siguió. Cuando llegaron
Á la profunda gruta, ocupó el héroe
La silla que acababa el Argicida
Mercurio de dejar, y los manjares

Que comer y beber suelen los hombres
Sirvióle la deidad. Sentóse enfrente
Del grande Ulises ella, y sus criadas
La ambrosía y el néctar le sirvieron.
Ambos á los manjares preparados
Y servidos las manos extendían;
Y cuando ya quitaron el deseo
De comer y beber, la augusta diosa
Calipso empezó á hablarle de esta suerte:
«Noble hijo de Laertes, sabio Ulises,
¿Es posible que quieras sin tardanza
Á tu querida casa y patrio suelo
Ahora regresar? Vé enhorabuena;
Mas si tu ánimo experto conociese
Cuántos duros trabajos te es preciso
Vencer antes que llegues á la patria,
Sin duda en esta isla quedaríaste
Guardando esta mansión y disfrutando
De la inmortalidad; por más que anheles
Tanto ver á la esposa, por quien gime
Tan triste sin cesar. Yo no me tengo
Por inferior á ella ni en belleza
Ni en buena condición, pues no le es dado
Á una mortal en formas y hermosura
Competir con las diosas inmortales.»
Ulises respondióle: «No te enojes,
Venerable deidad: yo reconozco
Que, comparada á tí, queda Penélope

Muy inferior en talle y hermosura
Que ella es mortal, y tú inmortal y libre
De la vejez. Mas, aun así, yo anhelo
Regresar á mi hogar y ver el día
Dichoso de la vuelta. Si algún numen
Quiere en el mar profundo destruirme,
Sufrirélo con calma, que ya tengo
Endurecido el pecho á la desgracia.
Si infinitos trabajos y dolores
He padecido, y resistido males
Innúmeros entre olas y batallas,
¡Agréguese este nuevo á los pasados!»
Dijo, y el sol se puso, y las tinieblas
Cayeron sobre el mundo. Ambos entonces
Á lo más retirado de la gruta
Se fueron, y en los brazos uno de otro
Disfrutaron de amor dulces placeres.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Al momento la túnica y el manto
Vistióse Ulises: amplia vestidura
De nevada color, fina y hermosa,
Vistió la ninfa; cinturón precioso
De oro ciñó á su talle; la cabeza
Con un velo cubrióse, y la partida
Comenzó á disponer del noble Ulises.
Dióle un hacha de bronce, de dos filos,
Grande y de buen manejo, con el ástil

De olivo, bien labrado y ajustado,
Y una afilada azuela; á espeso bosque
Al extremo de la isla, donde habían
Crecido grandes árboles, el chopo,
El álamo, el abeto, cuya copa
Es vecina del cielo, todos secos
Hacía tiempo, y duros y adecuados
Para flotar, guió la augusta ninfa,
Y, después de mostrarle dónde estaban
Los árboles más grandes, á su gruta
Regresó velozmente. Empezó el héroe
Á cortar troncos secos; y en su obra
Avanzaba veloz, porque en espacio
Breve derribó veinte, y con el hacha
Los desbastó, escuadrólos hábilmente,
Y rectos los dejó. Calipso, en tanto,
Le trajo unos barrenos con que todas
Las piezas taladró; juntólas luego,
Y con sendas clavijas y con muescas
Las apretó. Largura semejante
Á la que hábil maestro da á la quilla
De un navío de carga, grande y largo,
Ulises dió á su balsa. El combés hizo
Con vigas y tablones sobrepuestos.
Construyó un alto mástil y la antena,
Y el gobernalle de la balsa guía,
Y, en fin, para reparo de las olas,
Cercóla toda en torno de un tejido

De mimbre, y la lastró con muchos leños.
Entretanto la diosa lienzos trajo
Para las velas, que el mañoso Ulises
Dispuso pronto y bien; ató á la balsa
Las cuerdas y maromas y bolinas,
Y con unos parales poco á poco
Arrojóla, por fin, al mar divino.
Al cuarto día terminada estaba
La balsa, y en el quinto despidióle,
Con vestido oloroso y bien bañado,
De su isla la ninfa venerable.
Puso en la balsa, á más, dos grandes odres,
Uno lleno de vino y otro de agua,
Y una alforja repleta, abastecida
Para el penoso viaje, con sabrosos,
Delicados manjares; y propicio
Levantó suave viento. Izó la vela,
Con él alegre, Ulises, y sentado
Al gobernalle, diestro dirigía
La balsa, y nunca al sueño delicioso
Cerró sus ojos, mientras vió las Pléyades (12),
Y el Boyero (13), tardío en ocultarse,
Ó la llamada el Carro, Osa luciente (14),
Que, única en no bañarse en el Océano,
Gira, acechando á Orión, siempre en un puesto.
Calipso le mandó que á mano izquierda
Siempre tuviese este astro en su camino.
Así en el ponto días diez y siete

Anduvo navegando, y al diez y ocho,
De los Feacios los umbrosos montes,
En los cabos más próximos, el héroe
Distinguió, y algo, á modo de un escudo,
Creyó ver sobre el piélago sombrío.
A esta sazón, volviendo de Etiopía,
El numen poderoso que quebranta
La tierra, desde lejos de los montes
Solimos (15), divisóle navegando,
Y más que nunca airado, sacudiendo
La cabeza, exclamó para sí mismo:
«¡Ah, durante mi ausencia en Etiopía,
Sin duda revocaron sus decretos
Contra Ulises los dioses! Ya la tierra
Toca de los Feacios, que el destino
Da por fin de sus males, pero aun pienso
Que habrá de sufrir mucho.» Así se dijo,
Y alzando su tridente irresistible,
Juntó las nubes, conturbó las aguas;
Las iras todas concitó de todos
Los impetuosos vientos, y la tierra
Y el mar cubrió de nubarrones: hórrida
Cayó del cielo tempestuosa noche.
El Euro, el Noto y el vehemente Céfiro (16),
Con el sereno Bóreas, inmensas
Olas alzando, sobre el mar lanzáronse.
Flaquear el corazón y las rodillas
Sintió el prudente Ulises, y gimiendo

Dijo en su corazón: «¡Ay desdichado
¿Qué va á ser de mí ahora? Lo que dijo
La diosa al anunciarme mil lacerias
En el furioso ponto, antes de hallarme
En la anhelada patria, sale cierto.
¡Todo cúmplese ahora! ¡Con qué nubes
Cubre los cielos Jove y alborota
El proceloso mar! ¡Cómo batallan
Concitados los vientos! ¡Ya es segura
Mi perdición! ¡Oh tres y cuatro veces
Felices los Aqueos que espirasteis
En la espaciosa Troya combatiendo
Por los nobles Atridas! ¡Así hubiera
Muerto yo allí y cumplido mi destino
Cuando tantos Troyanos me arrojaron
Sus férreas lanzas, al luchar en torno
Del cadáver del hijo de Peleo!
Honrosa sepultura entonces diéranme
Los Griegos, y ensalzaran mi memoria.
Mas ahora con muerte desastrada
Me toca perecer.» Mientras dolíase
Hirióle en la cabeza una ola inmensa,
Que con ímpetu horrendo girar hizo
La leve embarcación, y á él, arrancándole
De la mano el timón, lanzóle lejos.
Quebróse el mástil, y á distancia enorme
Fueron velas y antena. Bajo el agua,
Sin poder salir fuera por las gruesas

Olas, estuvo el héroe, abrumado
Por sus ropas, presente de la Ninfa.
Salió, por fin, á flote, y de la boca
Despidió el agua amarga, que del rostro
Y cabellos corríale. En su angustia
No se olvidó, con todo, de la balsa;
Y, siguiéndola en medio de las olas,
La alcanzó, y asentado encima de ella
Esquivaba la muerte, y las enormes
Ondas acá y allá le revolvían.
Como por el otoño el Bóreas suele
Por el campo arrastrar de cardos secos
Montón inestricable, así llevaban
La balsa por el mar, enfurecidos
Acá y allá los vientos; ora el Noto
Se la arrojaba al Bóreas helado,
Ora impetuoso el Euro despedíala
Para que el recio Céfiro la echase.
La de los bellos pies, hija de Cadmo,
Ino (17), que fué mortal un tiempo, y luego,
Llamándose Leucótea, disfruta
De divinos honores, errabundo
Vió al afligido Ulises, y apiadada,
Volando como un mergo, de las olas
Salió, y posada en la mezquina balsa
Diestramente ajustada: «Desdichado,
Le dijo, ¿por qué el numen poderoso
Que quebranta la tierra te persigue

Tan airado, y maquina en daño tuyo
Tanto daño cruel? Pero, aunque quiera,
No logrará matarte. Tú, que en juicio
No pareces escaso, oye mis órdenes:
Quítate esos vestidos; abandona
A los vientos la balsa, y busca á nado
De los Feacios el país, en donde
El hado ha decretado que te salves.
Este divino velo toma y ciñelo
A tu pecho; y llevándolo, no temas
Al dolor ni á la muerte. Cuando toques
Con tus manos la costa, te lo quitas,
Y volviendo á otro lado la cabeza,
Me lo arrojas al ponto desde lejos.»
Dijo así: le entregó el velo divino,
Y, semejante á un mergo, sumergióse
Nuevamente en el ponto alborotado,
Donde las negras olas la cubrieron.
Quedó perplejo Ulises, y en el fondo
De su animoso pecho lamentándose:
«¡Ay, dijo para sí, temo que un numen
Mandándome apartarme de mi balsa,
Maquine contra mí nuevos engaños!
Mas no obedeceré; porque aun distante
Percibieron mis ojos esa tierra
Donde salvarme debo. De este modo
(Que entiendo es el mejor) obrar intento:
Mientras se mantuvieren bien unidos

Estos troncos, sobre ellos sostenerme
Resistiendo paciente mis trabajos;
Y cuando los desuna el oleaje,
Entonces nadaré, pues no habrá forma
De pensar y escoger mejor consejo.»
Mientras él revolvía estas ideas
En su alma y corazón, el dios Neptuno,
Que quebranta la tierra, una ola enorme
Levantó, alta, tremenda y pavorosa,
Que arrebató al cuitado. Como suele
Revolver un montón de pajas secas
El impetuoso viento, dispersándolas
En todas direcciones, tal la ola
Esparció de la balsa los tablones;
Pero el héroe montóse en un madero,
Y cual corcel de silla fué guiándolo.
Desnudóse las ropas que Calipso
Le había dado; el velo de Leucótea
Se puso bajo el pecho, y de cabeza
Cayó al mar, con las manos extendidas,
Preparado á nadar. Así Neptuno,
Poderosa deidad, vióle, y moviendo
La cabeza exclamó para sí mismo:
«Vaga ahora, sufriendo mil torturas
De ese modo en el mar, hasta que llegues
Á esos hombres por Júpiter amados:
No tendrás que quejarte, á lo que pienso,
De haber sufrido poco, aunque así sea.»

Dijo así, y castigando sus corceles
De bellísima crin, partióse á Egas (18),
Donde tiene un gran templo. Entonces Palas
Otra cosa ordenó: cerró á los vientos
Sus caminos; mandóles sosegarse
A todos y dormirse; y dando suelta
Al Bóreas veloz, calmó las olas
Hasta que á los Feacios, dedicados
Á la navegación, llegase Ulises,
Libre ya de la muerte y del destino.
En las olas dos días y dos noches
Anduvo el héroe errante, prediciéndole
Su fin el corazón á cada instante;
Mas cuando el Alba, de doradas trenzas,
Dió principio al tercero, cayó el viento,
Y quedó el agua en calma y sosegada,
Y él, la vista aguzando, de la cima
De una ola grande distinguió ya próxima
La deseada tierra: como alegre
Mira sanar un hijo al padre amado,
Á quien maligna enfermedad, de vivos
Dolores lleno y consumido, tuvo
Largo tiempo postrado, porque un numen
Le acosaba funesto, hasta que libre
Del mal otras deidades le dejaron;
Tal de gozoso Ulises vió las tierras
Y los umbríos bosques. Con gran fuerza
Nadaba, pues, tratando en tierra firme

De hacer pie; y al hallarse de la orilla
Á distancia en que un grito oirse puede,
Oyó el sordo rumor con que en las peñas
Se rompía la mar; olas enormes
Quebrábanse rugientes, envolviéndolo
Todo en amarga espuma. Allí no había
Puertos de acceso fácil á las naves,
Sino un acantilado inaccesible.
Sintió Ulises al verlo las rodillas
Y el corazón flaquearle, y en el fondo
De su alma lamentóse. «¡Ay triste! dijo.
¡Cuando por fin permite el sumo Jove
Que, contra mi esperanza, vea tierra
Y la onda cana de surcar acabe,
Del verdinegro mar efugio no hallo!
Salen del agua agudas peñas; ruge
En torno suyo fiero el oleaje;
Lisa se alza la roca; muy profunda
Es el agua debajo; y no es posible
Afirmar ambos pies y huir del daño:
Una ola enorme puede arrebatarme
Y estrellarme, al salir, contra la roca,
Haciendo inútil mi conato; puede,
Si en busca de una playa ó de un abrigo
Nado, más adelante hacerme presa
De nuevo la borrasca, y arrastrarme,
Á pesar de mi llanto, al mar piscoso;
Si no es que el dios Neptuno no me envía

Algún cetáceo enorme, de los muchos
Criados de Anfitrite en las regiones.
¡Bien sé con cuánta furia me aborrece!»
Mientras en su agitado pensamiento
Estas cosas perplejo revolvía,
Una ola enorme le arrastró á las rocas
De la áspera ribera, donde todo
Se desollara, y se rompiera á un tiempo
Los huesos, si la diosa de ojos verdes
No le inspirara la feliz idea
De saltar y de asir con ambas manos
El peñasco, del cual cogido estuvo
Con no poco dolor, hasta que la ola
Pasó por él á la ida sin dañarle;
Mas, al volver, tan brava acometióle,
Que muy adentro lo arrojó del ponto.
Como á los brazos múltiples de un pulpo
De su cueva arrancado, muchas piedras
Suelen salir pegadas; tal sus manos
Desgarradas dejaron en la roca
La piel, y recubriólo la ola enorme.
Entonces, á despecho del destino,
Allí acabara el héroe infelice,
Si la ojos verdes Palas no infundiérale
Extremada prudencia en aquel trance.
Luégo que salió á flote de las olas
Que iban hacia la costa, en torno de ésta,
Siempre mirando á tierra, fué nadando

Para ver si encontraba alguna playa
Ó algun puerto del mar de acceso suave;
Y al llegar á la boca de un gran río
De muy mansa corriente, parecióle,
Al fin, el mejor sitio, porque estaba
Sin peñas y abrigado de los vientos,
Y conociendo que era un río, humilde
Suplicóle en su alma de esta suerte:
«Oyeme, oh dios, cualquiera que tú seas;
Á tí, tan deseado, del mar vengo,
Huyendo de las iras de Neptuno.
Es, aun para los dioses inmortales,
Respetable el mortal que fugitivo
A ellos acude, como yo. Agobiado
De males mil, me acerco á tus rodillas,
Entrando en tu corriente. Oh dios, apiádate
De mí, que suplicándote me honro.»
Dijo así; y al instante su corriente
Suspendió el río, y sosegó sus ondas;
Hizo reinar la protectora calma,
Y á su boca llevólo sano y salvo.
Dobló Ulises, al fin, las dos rodillas
Y los nervudos brazos, muy rendido
De luchar con el mar; tenía el cuerpo
Hinchado todo; por nariz y boca
Salíale gran copia de agua amarga;
Y sin voz, sin aliento, y casi inerte
Estuvo largo rato. ¡Tan terrible

Fatiga le acosó! Mas cuando pudo
Alentar, y tornar á su sentido,
El velo de la diosa desatóse
Y al río lo arrojó para que fuese
Á parar á la mar. Una ola grande,
Agua abajo arrastrólo en el instante,
De Leucótea á las manos compasivas.
Saliendo, pues, del río, en unos juncos
Echóse Ulises y besó la tierra
Sustento del mortal. Luégo, gimiendo,
Dijo así para su alma generosa:
«¡Desdichado de mí! ¿qué haré? ¿qué penas
Deberé de sufrir? Si inquieta noche
Pasó al lado del río, el frío intenso
Y el rocío fecundo, acaso juntos,
Tan débil como estoy, mi vida acaben;
Que glacial viento antes del alba suele
Salir del río. Si, subiendo al monte
Y á la frondosa selva, en los cerrados
Matorrales me duermo, aunque disfrute,
Insensible al frescor y á la fatiga,
De un sueño delicioso, ser la presa
De animales voraces temo mucho.»
Después de bien pensado, parecióle
Esto último mejor. Fué, pues, al bosque,
Que estaba en una altura, junto al agua;
Y halló dos arbolillos, que nacían
En un mismo lugar; uno era olivo

Y el otro era acebuche; mas tan juntos,
Que ni los soplos húmedos del viento,
Ni los brillantes rayos del sol claro,
Ni la lluvia jamás entrar podían
Por ellos; tan espesos uno y otro
Y abrazados crecieron: allí Ulises
Se metió, y al instante una ancha cama
Dispuso de hojas secas, de que había
Una abundancia tal, que en el invierno,
Por muy crudo que fuese, se pudieran
Con ellas cubrir bien dos ó tres hombres.
Viendo lo cual el animoso Ulises
Holgóse mucho, y se acostó en el medio,
Cubriéndose después con muchas hojas.
Como esconde el que, lejos de poblado,
Habita en algún campo muy remoto,
En la negra ceniza, un tizón grande
Para guardar el fuego, que no puede
Prender en otro hogar; así en las hojas
Se ocultó Ulises, y Minerva al punto,
Para dar breve término á sus penas
Infundió á sus pupilas dulce sueño,
Cerrándole los párpados hermosos.

LIBRO SEXTO.

Mientras, rendido al sueño y la fatiga,
Descansaba allí Ulises, fué Minerva
Al país y ciudad de los Feacios,
Que habitaron, un tiempo, en la espaciosa
Hiperia (1), confinante con los Cíclopes (2),
Gente descomunal, que les dañaba,
De sus fuerzas mayores abusando.
Nausítoo, á los dioses semejante,
De allí por tal razón partir les hizo,
Y, lejos de los hombres industriosos (3),
En Esqueria los puso; de alto muro
Rodeó esta ciudad, construyó casas,
Alzó á los dioses templos, y las tierras
Repartió. Mas vencido por el Hado,
Ya al reino de Plutón bajado había,
Y Alcínoo, instruído por los dioses,
Reinaba á la sazón. A casa de éste

Á preparar de Ulises el regreso
Fué Minerva, y entróse en una estancia,
Dormitorio precioso de Nausícaa,
Hija del grande Alcínoo, semejante
En formas y en carácter á una diosa;
Dos criadas, de pródiga hermosura
Dotadas por las Gracias, á ambos lados
Estaban de la puerta, que tenía
Las primorosas hojas bien cerradas.
La diosa como leve vientecillo
Al lecho se acercó de la doncella,
Y sobre su cabeza deteniéndose,
Del navegante célebre Dimante
Semejando á una hija, grande amiga
De Nausícaa, á quien era igual en años,
La ojos verdes hablóle de esta suerte:
«Nausícaa, ¿por qué tan perezosa
Te ha parido tu madre? Abandonadas
Tienes tus ricas ropas; y están cerca
Tus bodas, en que es fuerza que te vistas
Las más hermosas, y que des algunas
Á los hombres que formen tu cortejo (4).
Así se logra buena fama; y gusto
Se da al padre y la madre venerables.
Salgamos, pues, con el lucir del alba
Á lavarlos; yo iré en tu compañía
Para ayudarte, á fin de que aparejes
Todo cuanto antes; porque en breve, amiga,

Ya no serás doncella, pues te piden
Los más nobles Feacios, cuyo ilustre
Linaje es también tuyo, para esposa.
Ruega á tu padre que, al rayar el alba,
Te dispongan un carro con dos mulas
Para llevar los velos, y los ricos
Mantos y ceñidores. Te conviene
Más ir así que á pie, pues muy distantes
Están de la ciudad los lavaderos.»
Esto dicho, la diosa de ojos verdes
Al Olimpo volvió, donde los dioses
Diz que tienen morada inquebrantable:
Nunca la agitan vientos, ni la riegan
Lluvias, ni cubren nieves; sino siempre
Un ambiente purísimo, sin nubes,
Y un resplandor brillante la circundan.
Allá gozan los dioses inmortales
De perdurable dicha; y allá Palas
Fué, después de exhortar á la doncella.
Cuando la clara Aurora en trono de oro
Apareció en Oriente, despertóse
La princesa, y pasmada de su sueño
Corrió á contarlo á sus amados padres.
En su cámara hallólos. Rodeada
De sus siervas, hilando lana roja
Sentada junto al fuego halló á su madre.
El Rey ya estaba fuera y preparándose
Á asistir á un consejo, convocado

Por los más distinguidos Feacenses.
Acercándose á él: «Padre querido,
Le dijo la princesa, ¿no podrías
Ordenar que me den un alto carro
De ruedas muy veloces, en que pueda
Ir al río á lavar las bellas ropas
Que he ensuciado y tengo separadas?
Tú también necesitas limpias túnicas
Para cuando celebres tu consejo
Con nobles principales. A más tienes
Cinco queridos hijos: dos casados;
Pero otros tres solteros, y muy mozos,
Que al baile con vestidos recién limpios
Quieren siempre acudir. Y á cuenta mía
Están estos cuidados, como sabes.»
Así dijo, callando al padre amado
Lo de las bodas próximas; mas éste,
Que lo entendía todo, respondióle:
«Hija, yo no te niego ni las mulas
Ni cosa alguna. Véte; los criados
El alto carro te darán, provisto
De ágiles ruedas y profundo cofre.»
Dijo, y mandó á sus siervos, que obedientes
Sus órdenes cumplieron. Lo primero
Sacaron fuera el elegante carro
De buenas ruedas, y las fuertes mulas
Enyugaron y uncieron. De su estancia
Trajo la joven los vestidos bellos

Y en el pulido carro acomodólos.
Entrególe su madre en una cesta
Manjares muy sabrosos y variados,
Y, en un odre de cabra, dulce vino;
Y, á tiempo en que la joven se subía
Al carro, le alargó, en ampolla de oro,
Un óleo delicado, para ungirse
Ella y las que á lavar acompañábanla.
Cogió el crujiente látigo Nausícaa
Y el brillante rendaje, y á las mulas
Castigó, que estruendosas arrancaron
Llevando infatigables los vestidos
Y á la joven, seguida de sus siervas.
Cuando al río de límpida corriente
Llegaron, y á los grandes lavaderos
De perenne agua clara, en que podría
Limpiarse cualquier cosa, aunque estuviese
De muy antiguo tiempo no lavada,
Unas del alto carro las dos mulas
Desuncieron, y al río vorticoso
Á pacer dulce grama las echaron;
Otras del bello carro los vestidos
Tomando, y en el agua sumergiéndolos,
En celo compitiendo, pisoteáronlos
En las profundas pilas; y ya limpios
Tendiéronlos con orden en un vasto
Pedregal de la costa, cuyas piedras
Á menudo la mar lavar solía.

Hecho esto, se lavaron y se ungieron;
Y, mientras á los rayos del sol claro
Y luciente, las ropas se secaban,
Hicieron su comida junto al río.
Cuando ya las doncellas y Nausícaa
Hubieron su apetito satisfecho,
Se quitaron los velos, y jugaron (5)
Juntas á la pelota: la princesa,
De níveo brazo, el juego dirigía.
Como en las agrias cumbres del Taigeto (6)
Ó el Erimanto (7), Diana cazadora,
Holgándose en seguir ciervos veloces
Y fieros jabalíes, rodeada
De las ninfas del campo, hijas de Jove,
De égida portador, corre, y Latona
Con maternal orgullo la contempla,
Pues su frente y cabeza sobrepujan
Las de todas y es fácil distinguirla,
Aunque todas son bellas; tal la casta
Virgen sobresalía entre sus siervas.
Mas llegada la hora de volverse
Á palacio, enyugadas ya la mulas
Y plegadas las ropas, otra cosa
Minerva preparó para que Ulises,
Despertando del sueño, viese á aquella
Joven de lindos ojos, que debía
Al pueblo Feacense conducirle.
Arrojó la princesa la pelota

Á una doncella, que la erró, y al agua
Fué á caer en un hondo remolino.
Gritaron todas. El divino Ulises
Despertóse, y sentándose, en su mente
Diversos pensamientos revolvía.
«¡Ay! ¿qué hombres vivirán en estas tierras
Donde he llegado? dijo. ¿Serán crueles,
Injustos y violentos, ó benignos
Y hospitalarios, justos y piadosos?
Á mis oídos voces femeninas
Llegaron de las ninfas que en las cumbres
De los montes habitan, ó en las fuentes
De los ríos y prados pantanosos:
Si no es que estoy cercano, por ventura,
Á mortales de voz articulada,
Lo cual, si me es posible, voy á verlo.»
Esto dicho, salió de los arbustos,
Y con robusta mano, de la espesa
Selva arrancó una rama llena de hojas,
Con la cual encubrió sus desnudeces.
Como un león criado entre breñales,
Confiado en su fuerza, aunque azotado
Por el viento y la lluvia, echando fuego
Por los ojos, camina, y á los tóros
Y carneros y ciervos acomete,
Y, hostigado del hambre, los ganados
Se atreve á perseguir hasta el aprisco;
Tal Ulises, desnudo, pues urgía

Ya la necesidad, á las doncellas
De hermosas cabelleras presentóse.
Parecióles horrible, con el moho
Del mar desfigurado, y, aterradas,
Huyeron en diversas direcciones
Por la escarpada orilla. Quedó sola
La hija del rey Alcínoo, pues Palas
Infundióle valor y quitó el miedo
Á sus miembros. Quedóse, pues, inmóvil.
Dudaba en tanto Ulises, si abrazado
Á las rodillas de la virgen bella,
Humilde suplicarle, ó desde lejos
Pedir con suavidad que le mostrara
La ciudad y le diese algún vestido;
Y al fin le pareció la mejor cosa
Rogarle desde lejos blandamente,
No se fuese á irritar si sus rodillas
Suplicante abrazaba, y con dulzura
Insinuante le dijo desde lejos:
«Seas diosa ó mortal, á suplicarte
Vengo, oh reina. Si diosa eres acaso
De las que en el inmenso cielo habitan,
Á Diana, hija de Júpiter, en talle,
Majestad y belleza te comparo.
Si mortal, habitante de la tierra,
Feliz tres veces el ilustre padre
Que te dió el ser; feliz tu madre augusta;
Felices tus hermanos, pues tu gracia

De júbilo dulcísimo su pecho
Llenará, á lo que pienso, cuando al baile,
Oh delicada flor, salir te vean.
Pero feliz mil veces sobre todos
El que, dándote espléndidos regalos,
Á su casa te lleve por esposa.
Nunca persona alguna parecida
Á tí, hombre ni mujer, mis ojos vieron;
Y me asombra la vista de tu gracia.
Cuando con una hueste numerosa
Hice á Delos (8) el viaje que debía
Serme de tan fatales consecuencias,
Junto al ara de Apolo (9) un ramo tierno
De palmera ví alzarse, y asombrado
Á su vista, lo mismo que á la tuya,
Largo rato quedé de pasmo absorto,
Pues nunca planta igual brotó la tierra.
Así, oh mujer, te admiro y te contemplo,
Y temo el abrazarme á tus rodillas.
Mas un dolor cruel me agobia el alma:
Después de veinte días, ayer libre
Me ví del hondo mar, donde las olas
Y violentas borrascas de continò
Desde la isla Ogigia me azotaron;
Y aquí me arrojó un dios, quizá á que sufra
Nuevos trabajos. Que acabar no pienso
De sufrir, pues resérvanme los dioses
Quizá tremendos males todavía.

Ten, oh reina, piedad; tú, la primera
Á quien, tras de dolores infinitos,
Me acerco, porque á nadie más conozco
De los que este país y pueblo habitan,
Muéstrame la ciudad; dame algún paño
Con que cubrir mi desnudez, si alguno,
Para envolver las ropas, te trajiste.
Y así te den los dioses cuanto anhele
Tu corazon: esposo fiel, familia
Y concordia feliz; pues no hay ventura
Cual la de dos esposos que, concordes,
Administran su casa: mucha pena
Da esto á sus enemigos, y alegría
Á sus amigos, y á ellos más que todos.»
La de nevados brazos virgen bella
Respondióle: «Extranjero, no pareces
De raza vil, ni necio; pero Júpiter,
Á su placer, á buenos y á perversos,
Á cada hombre reparte la ventura;
Y pues á tí te ha dado tantos males,
Debes sin impaciencia tolerarlos.
Pero ya que has llegado á nuestra isla,
No han de faltarte ahora ni vestidos
Ni nada de las cosas que se deben
Á un triste suplicante. No rehuso
Mostrarte la ciudad y revelarte
El nombre de las gentes que la habitan:
Son los Feacios, y del noble Alcínoo,

En quien la suma autoridad reside
De esta ilustre nación, yo soy la hija.»
Respondió así, y mandando á las criadas:
«Deteneos, les dijo; ¿á dónde huisteis
Por ver á un hombre? ¿imaginasteis que era
Quizá algún enemigo? No ha nacido
Ni nacerá quien ose á los Feacios
Venir en son de guerra, pues les aman
Infinito los dioses inmortales,
Y en un extremo, á más, del mar undoso,
Separados de todos los vivientes
Y sin trato con ellos, habitamos.
Este es un infeliz que anda perdido,
Y es preciso acorrerle, porque todos
Los pobres y extranjeros son de Jove,
Y cualquier leve don les es muy grato.
De comer y beber dadle; y al río,
Resguardado del viento, id á lavarle.»
Así les dijo, y se pararon todas;
Y una á otra animándose, pusieron,
Como la hija de Alcínoo ordenara,
Á Ulises en un sitio resguardado,
Y cerca de él un manto y una túnica
Para vestirse, y en redoma de oro
Un óleo delicado, y en el agua
Corriente le invitaron á lavarse.
Entonces él les dijo de esta suerte:
«Muchachas, algo lejos apartaos,

Para que yo me quite el moho sucio
Del mar, y ungirme pueda con este óleo,
Pues muchos días hace no lo hice.
Mas nunca yo en presencia de vosotras
Me lavaré, porque me da vergüenza
Entre tantas hermosas desnudarme.»
Dijo así, y las muchachas se apartaron,
Y el dicho repitieron á su dueña.
Ulises, entretanto, con el agua
Del río se lavó la amarga espuma
Que cubría su espalda y anchos hombros,
Y limpió su cabeza de los sarros
Del infecundo mar. Se puso, á luégo
De lavarse y ungirse, los vestidos,
Regalo de la virgen; y Minerva,
Hija de Jove, aparecer más alto
Y más grueso le hizo, y que cayesen
De su cabeza los cabellos crespos
A manera de flores de jacinto (10).
Como el hábil maestro á quien Vulcano
Y Palas instruyeron en las artes
De toda especie, cerca de oro fino
La plata, obras preciosas cincelando;
Así divina gracia infundió á Ulises
Minerva en la cabeza y en los hombros.
Sentóse luego el héroe en la ribera
Del mar, un poco de ellas apartado,
Tan brillante de gracia y hermosura,

Que á sus criadas, de admirables trenzas,
La púdica princesa: «Oíd, muchachas
De blanquísimos brazos, con asombro
De mirarle les dijo. No á disgusto
De todas las olímpicas deidades
Vino, sin duda, ese hombre á los Feacios,
Iguales á los dioses. Parecióme
Un hombre muy vulgar á lo primero;
Mas ahora á los númenes que el vasto
Cielo habitan lo encuentro parecido.
¡Así me fuera dado hallar esposo
Aquí tal como él! ¡Así pluguiérale
Quedarse en nuestra tierra largo tiempo!
Pero, vamos, muchachas, dad al huésped
De comer y beber.» Así les dijo,
Y las lindas doncellas, presurosas
Obedeciendo, el vino y los manjares
Presentaron á Ulises, que con ansia
Comió y bebió, como que tanto tiempo
Hacía estaba el infeliz ayuno.
La princesa gentil, de niveos brazos,
Cuidóse, mientras tanto, de otras cosas:
En el hermoso carro los vestidos
Colocó, ya plegados; las dos mulas
De callo resistente enganchó, y luégo
Subió al carro, y á Ulises, animándole,
Dirigió estas palabras voladoras:
«Levántate ya, huésped, y partamos

Á la ciudad, á fin de que te lleve
Á la mansión de mi prudente padre,
Donde, pienso, hallarás lo más selecto
De todos los Feacios. Pero escucha
Cómo debes obrar (pues no pareces
Desprovisto de juicio): mientras campos
Y tierras de labor atravesemos,
Vente con mis doncellas muy á prisa
Tras del carro y las mulas, y el camino
Yo os enseñaré: luégo entraremos
En la ciudad, que un alto muro ciñe,
Y tiene á cada lado un puerto hermoso (11)
De estrecha boca, donde corvas naves
Se hallan ancladas, pues cada uno tiene
Su estación especial. Cerca de un templo
Muy bello de Neptuno hay una plaza,
Empedrada con losas, en la tierra
Profundamente hundidas, donde suelen
Hacer las armazones de las naves,
Velas, remos y cables los Feacios,
Que no se cuidan de arcos ni de aljabas,
Sino de remos, mástiles, antenas
Y cóncavos navíos, con que surcan
Á gusto las llanuras del mar cano.
De éstos temo la lengua maldiciente,
Y que alguno á mi espalda me murmure
(Pues no faltan audaces entre el vulgo).
Quizá el más vil de todos al hallarme

Se atreviera á decir:—¿Quién será ese
Extranjero, tan alto y tan gallardo,
Que á Nausícaa sigue? ¿La princesa
Dónde lo habrá encontrado? O es su esposo,
Ó un extranjero que en el mar perdido
Recogió la doncella, pues limítrofes
No tenemos nosotros, ó algún numen
Que, cediendo á sus ruegos importunos,
Para estarse con ella mientras viva
Ha bajado del cielo. Muy bien hizo,
Si ella, que á los Feacios más ilustres,
De conseguirla ansiosos, da repulsas,
Halló por fin marido forastero.—
Así dirán, cubriéndome de oprobio;
Y yo misma, si en otra lo mirase,
También censuraría que á disgusto
De sus padres queridos anduviese,
Antes de ser casada, con los hombres.
Oye bien, extranjero, mis palabras,
Para que lograr puedas de mi padre
Pronto para tu vuelta lo preciso.
Hay cerca del camino un bello bosque
De álamos, á Minerva consagrado;
Corre en él una fuente, y en su torno
Se extiende verde prado. Allí mi padre
Tiene un campo, con huerta floreciente,
Lejos de la ciudad cuanto alcanzara
Á ser oído el que llamase á voces.

Mientras por la ciudad vamos nosotras
Y al palacio llegamos, breve rato
Detente en aquel sitio, y cuando juzgues
Que ya estamos en casa, entra y pregunta
Por la casa de Alcínoo. Es muy fácil
Distinguirla, y podrá cualquiera niño
Mostrártela, pues no hay morada alguna
Que á la del Rey mi padre se asemeje.
Cuando al palacio llegues y á su patio,
Cruza sin detenerte una gran sala,
Hasta que al cabo encuentres á mi madre
Ante el hogar que la ilumina el rostro.
Ella se está arrimada á una columna
Hilando, con asombro de la vista,
Una lana purpúrea; sus siervas
Detrás están sentadas. Adosado
Al hogar está el trono de mi padre,
En donde suele, semejante á un numen,
Á su gusto beber vino dulcísimo.
Pasa delante de él; tiende las manos
A las rodillas de mi madre, y pronto,
Por muy lejos que te halles de tus tierras,
Veras el día de tu vuelta alegre.
[Si ella te acoge bien, ten esperanza
De volver pronto á tus amigos caros,
Y á tu país, y á tu palacio rico.]»
Dijo así, y con el látigo brillante
Á las mulas pegó, que con presteza

De la orilla del río se alejaron,
Pues corrían, golpeando el duro suelo.
Con el sonoro casco muy gallardas!
Nausícaa las guiaba diestramente,
Pegándoles de modo que pudieran
Ir las siervas y Ulises tras del carro.
Ponía se ya el sol cuando á aquel bosque
De Minerva llegaron, donde Ulises
Sentóse, y al instante, fervoroso,
Invocó así á Minerva: «Oyeme, hija
Del soberano Jove, invicta Palas;
Acórreme por fin, ya que negaste
Oído á mi aflicción cuando juguete
Era yo de las iras de Neptuno,
Y piedad y benigno acogimiento
Permíteme encontrar en los Feacios.»
Dijo, y Palas le oyó; mas claramente
No se le apareció, porque temía
A su tío paterno (12), cuya furia
Duró hasta tanto que al nativo suelo
Tornó Ulises, á un numen semejante.

LIBRO SÉPTIMO.

Así rogaba el héroe, y en tanto
Era llevada la gentil princesa
Á la ciudad por las sufridas mulas.
Cuando llegó al palacio de su padre
Detúvose en la puerta, y acudieron,
Á dioses semejantes, sus hermanos;
Desuncieron las mulas, y las ropas
Solícitos entraron. La princesa
Fuése á su bella estancia, en donde fuego
Encendía la anciana Eurimedusa,
De Apira natural (1), de donde hacía
Largo tiempo en sus naves los Feacios
La trajeron, y dádiva preciosa
Hicieron de ella á Alcínoo, que imperio

Ya sobre ellos tenía y cual á un numen
Le respetaba el pueblo. Eurimedusa
Crió á la hermosa niña en el palacio,
Y á la sazón la lumbre le encendía
Y aderezaba su sabrosa cena.
El animoso Ulises levantóse
Para ir á la ciudad; y cuidadosa
De su bien, le cercó de niebla oscura
Palas, temiendo que insultara al héroe
Algún Feacio altivo, preguntándole
Arrogante quién era. Cuando estaba
Para entrar en las calles de la bella
Populosa ciudad, salió á su encuentro
La ojos verdes Minerva, en la figura
De una niña pequeña, con un cántaro,
Y se detuvo ante él. El noble Ulises:
«Hija, le preguntó, ¿querrás llevarme
Al palacio de Alcínoo, que manda
Á los de este país? Soy un cuitado
Forastero, que aquí, de lejas tierras
Llegado, no conozco aun á ninguno
De los que en este pueblo y tierra habitan.»
La ojos verdes Minerva: «Padre huésped,
Le respondió, el palacio que me dices
Te enseñaré gustosa, porque cerca
Está de la morada de mi padre.
Pero ve tú callando, y yo el camino
Te mostraré, y no mires ni preguntes

Á nadie, pues los hombres de esta tierra
No gustan de tratar con extranjeros,
Ni reciben amables al que viene
De remoto país. Muy confiados,
En sus leves y rápidas galeras,
Por favor de Neptuno, los abismos
Del mar surcan en naves tan veloces
Como un ave ó el raudo pensamiento.»
Dijo, y fué por delante muy ligera
Del héroe seguida; y los Feacios,
Expertos navegantes, aunque entre ellos
Pasaba, no le vieron; pues la invicta
Deidad de trenzas bellas, cuidadosa
De su bien le envolvía en una niebla
Divina y ocultábalo á sus ojos.
Atónito miraba el grande Ulises
Los puertos, las simétricas galeras,
Las plazas, reunión de héroes ilustres,
La muralia alta y larga, de estacadas
(Obra maravillosa) guarnecida.
Y en llegando al magnífico palacio
Del espléndido Rey, la invicta diosa:
«Padre huésped, le dijo, ésa es la casa
Que preguntabas; hallarás en ella
Á los monarcas, prole del gran Júpiter,
Celebrando un banquete: véte adentro
Sin temor; que el audaz, en cuanto emprende
Sale mejor librado, aun cuando venga

De remotas regiones. Lo primero
Hallarás á la Reina en el palacio:
Llámase Arete, y es de igual linaje
Que el magnánimo Alcínoo, su esposo.
Primero hubo á Nausítoo Neptuno,
De Peribea, hermosa cual ninguna,
E hija menor de Eurimedón, monarca
De los gigantes (2), cuya raza impía
Ya se extinguió con él. De ésta el gran numen
Tuvo, pues, al magnánimo Nausítoo,
Que rigió á los Feacios largos años.
Nausítoo, á su vez, dos hijos tuvo,
Alcínoo y Rejenor, y á éste, aun recientes
Sus bodas y sin prole masculina,
Mató con arco argénteo el rubio Apolo (3),
Y dejó una hija sola, que es Arete.
Tomóla el grande Alcínoo por esposa,
Y honróla como nunca se habrá honrado
Á ninguna mujer de cuantas tienen
En su casa obedientes los maridos.
Así es que cordialmente ha sido honrada
Y lo es por sus hijos, por su propio
Marido, y por su pueblo, que la mira
Como á una augusta diosa, y la recibe
Con murmullo muy grato cuantas veces
Pasa por la ciudad. Porque de juicio
Discreto no carece, y las cuestiones
De sus queridos súbditos arregla.

Si ella te acoge bien, firme esperanza
Ten de volver á tus amigos caros
Y á tu país y á tu palacio rico.»
Dijo, y al punto la excelente diosa
Lanzóse al mar estéril, y la Esqueria
Amable abandonó; llegó volando
Á Maratón y á Atenas, de anchas calles,
Y entró en la fuerte casa de Erecteo (4).
Ulises entretanto se acercaba
De Alcínoo al riquísimo palacio,
Y antes de entrar por el umbral de bronce
Se paró, mil ideas revolviendo.
Como el brillo del sol y de la luna,
Así era el esplendor de aquella casa.
Desde el umbral al fondo dos paredes
De bronce se extendían, con su friso
De azulado metal. Dos puertas de oro
Cerraban la morada inquebrantable
Por dentro; y del umbral de hermoso bronce
Dos argénteos postes arrancaban,
Sosteniendo el dintel de plata pura,
Y la aldaba era de oro. A entrambos lados
Estaban unos perros de oro y plata (5),
Obra del dios Vulcano, que les puso
Vísceras sabias, y los hizo inmunes
De muerte y de vejez para custodia
De la mansión de Alcínoo magnánimo.
Desde el umbral al fondo de la casa

Había aquí y allá preciosas sillas
Adosadas al muro, con tapices,
Finísima labor de las mujeres,
Cubiertas, en las cuales asentarse
Solían los Feacios más ilustres
Á comer y beber, pues sus festines
Eran sin fin. Sobre unos pedestales
De preciosa labor, mancebos de oro (6)
Sostenían antorchas encendidas
Para alumbrar de noche los banquetes.
Cincuenta hábiles siervas en la casa
Prestaban su servicio; unas molían
Trigo en la dura muela; hilaban otras
Y tejían sentadas, y sus manos,
Cual las hojas del álamo, agitábanse,
Resplandeciendo las brillantes telas
Como si fino aceite destilaran;
Que tanto como exceden en el arte
De regir una nave por el ponto
Á los demás mortales los Feacios,
Otro tanto en tejidos sus mujeres,
Pues Palas, en trabajos primorosos
Les concedió la palma y exquisita
Habilidad y gusto delicado.
Fuera del patio y á las puertas próximo,
Cercado en derredor de vivo seto,
Había un gran jardín de cuatro obradas.
Grandes y verdes árboles crecían

En él, ricos perales y granados,
Dulces higueras, de pintadas pomas
Altos manzanos, y verdoso olivo.
Nunca su fruta ni en el crudo invierno (7)
Ni en el ardiente estío se perdía,
Y perenne duraba; pues tan suave
Soplaba siempre el Céfiro, que un fruto
Al sazonarse el otro aparecía.
Maduraba la pera tras la pera,
La poma tras la poma, y tras los higos
Y las uvas, los higos y las uvas.
Había en el jardín viña lozana (8)
De tan rara virtud, que el sol ardiente
En lo abrigado y llano sus racimos
Secaba; en otra parte vendimiábanlos,
Y en otra los pisaban; mas las uvas
Acá estaban en flor, allá en agraces,
Acullá ya maduras. En el fondo
Del huerto, con buen orden, alineadas
Crecían las legumbres y hortalizas
En profusión lozana; y bullidoras
Manaban dentro, en fin, dos claras fuentes
De copioso raudal: una corría
La huerta toda, y otra ante el palacio,
Bajo el umbral magnífico saliendo,
Su cristalino humor al pueblo daba.
Tales eran los dones de los dioses
En la mansión de Alcínoo magnánimo.

Á mirarlos detúvose el sufrido
Ulises un momento, y cuando todo
Lo hubo visto en silencio, con presteza
Salvó el umbral y penetró en la casa.
Á los jefes y príncipes Feacios
Haciendo libaciones á Mercurio,
Perspicaz Argicida, halló, pues siempre
La última le ofrecían al marcharse
Á acostar. Encubierto con la densa
Niebla de que Minerva rodeóle,
Atravesó el salón, y hallando á Alcínoo
Y á su consorte Arete, á las rodillas
Se abrazó de la Reina. Disipóse
En aquel mismo instante la admirable
Niebla que le envolvía. Silenciosos,
Con el mayor asombro, contemplaban
Todos los circunstantes á aquel hombre,
Que habló de esta manera: «Ilustre Arete,
Hija de Rejenor, igual á un numen;
Tras de inmensos dolores, á tus plantas
Llego, y á las del Rey, y á las de todos
Estos ilustres príncipes presentes.
¡Plegue á los inmortales concederos
Una vida feliz! ¡Sin menoscabo
Quieran que os hereden vuestros hijos
Los bienes de la casa y los honores
Que os otorga el pueblo! Mas mi viaje
Apresurad, para que al suelo patrio

En breve vuelva; porque ha mucho sufro,
Lejos de mis amigos, grandes males.»
Dijo, y en el hogar, junto á la lumbre,
Sobre la vil ceniza, tomó asiento (9):
Nadie en tanto los labios desplegaba;
Pero al fin Equeneo, el más anciano
De los Feacios, héroe elocuente,
Dotado de vastísima experiencia,
Dijo así, con benévolas palabras:
«Alcínoo, no está bien, ni es decoroso,
Que ese extranjero esté en el suelo duro
Sentado en la ceniza. Aquí nos tienes
Esperando á que hables. ¡Ea! en silla
De clavazón de plata hazle sentarse;
Manda que los heraldos nos ofrezcan
Dulce vino, y hagamos libaciones
Á Júpiter tonante, que acompaña
Al suplicante venerable, y luégo
Sírvale la honorable despensera
Los manjares que tiene á su cuidado.»
Alcínoo, al oir esto, al cauto Ulises
Tomó una mano, y del hogar alzóle,
Y sentarse le hizo en rica silla,
Mandando levantarse al valeroso
Laodamante, su hijo, que sentado
Estaba junto al Rey, pues le quería
Con el mayor extremo. Una doncella
Con una jarra de oro primorosa,

En argéntea aljofaina vertió el agua,
Y aparejó una mesa muy pulida.
El pan la despensera venerable
Trajo después, y viandas diferentes
Le sirvió con largueza. El sabio Ulises
Comió y bebió, y en tanto el Rey: «Pontónoo,
Dijo á un heraldo, mezcla en la cratera
El vino, y sirve á todos, y ofrezcamos
Libaciones á Júpiter, que á todo
Suplicante infeliz siempre acompaña.»
Dijo, y mezcló Pontónoo el dulce vino,
Y escanció de él á todos, mas libando
Él primero en cada una de las copas.
Y cuando ya libaron y bebieron
Cuanto les plugo, Alcínoo les dijo:
«Oid, jefes y príncipes Feacios,
Lo que en el pecho el corazón me dicta.
Pues terminó la cena, idos ahora
Á vuestras casas á dormir: mañana
Podremos convocar á mayor número
De ancianos á una junta, y en palacio
Dar hospitalidad á este extranjero,
Y ofrecer sacrificios á los dioses.
Trataremos, después, de su partida
Y de mirar que vuelva á sus hogares
Sin pena ni trabajo, alegremente
Y pronto, por muy lejos que se hallen,
Para que ningún mal ni daño sufra

Antes de entrar en el nativo suelo,
Y cumpla en él la suerte que el destino
Y las temibles Parcas, al parirle
Su venerable madre, le han hilado.
Si acaso es nuestro huésped algún numen
Bajado del Olimpo, es que sin duda
Los dioses algo nuevo nos preparan;
Pues hasta ahora, siempre bajo formas
Claras se nos mostraron, cuantas veces
Les ofrecimos regias hecatombes,
Y aun han tomado asiento al lado nuestro,
Y parte en los banquetes; pues si acaso
Algún viajero sólo los encuentra,
No se le ocultan nunca, porque somos
Tan cercanos á ellos en linaje,
Cual los gigantes fieros y los cíclopes.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Cambia de pensamiento, rey Alcínoo;
Yo no soy semejante á las deidades
Que el vasto cielo habitan, ni en el rostro
Ni en talle y majestad, sino á los hombres;
Y si conocéis hombres sometidos
Al más cruel infortunio, á esos yo triste
Soy á los que en infortunios me parezco.
¡Ay! ¡y si á enumerar los míos fuera,
Más que nadie tendría tolerados
Por el decreto augusto de los dioses!
Mas dejadme cenar, aunque afligido.

Nada hay tan importuno como el hambre;
Fuerza es obedecer su ley odiosa,
Aunque tristes estemos y apenados.
Así, á pesar del luto de mi alma,
Á comer y á beber me obliga siempre;
Y haciéndome olvidar pasados males,
Satisfacción exige á mi apetito.
Vosotros, en seguida que la Aurora
Luzca en el cielo, apresurad la vuelta
Á su tierra natal de un desdichado
Que ya lleva sufridos tantos males.
¡Ojalá muera en cuanto ver consiga
Mis dominios, mis siervos y mi casa!»
Dijo, y agradó á todos, que exhortaron
Al Rey á que á su casa devolviese
Aquel discreto huésped. Cuando hubieron
Á su placer bebido, y libaciones
Hecho con abundancia, cada uno
Partióse á su morada, y quedó Ulises
En palacio, sentado al par de Arete
Y del divino Alcínoo; y en tanto
Que quitaban los siervos la vasija,
Empezó á hablar la Reina, porque viendo
La túnica y el manto de su huésped,
Conoció las hermosas vestiduras
Que ella había tejido con sus siervas,
Y así le dijo con aladas voces:
«Huésped, quiero primero preguntarte

Quién eres, de qué tierra, y quién te ha dado
Esos vestidos que tú traes: ¿no dices
Que llegaste perdido por el ponto?»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Difícil es, oh Reina, una por una
Referirte las penas numerosas
Que los dioses celestes me causaron;
Contestaré, pues, sólo á lo que inquieres.
Hay lejos, en el mar, cierta isla Ogigia,
Donde mora Calipso, hija de Atlante,
Diosa astuta y terrible, que no trata
Con ningún inmortal ni ningún hombre;
Sólo á mí desdichado á sus dominios
Me llevó un dios maligno, cuando el rayo
Coruscante de Júpiter, en medio
Del mar, rajó mi voladora nave.
Allí perdí mis compañeros dulces;
Y yo abrazado á la encorvada quilla,
Nueve días fuí burla de las ondas.
Al décimo, en las sombras de la noche,
Los dioses inmortales me arrojaron
En la isla Ogigia, do Calipso, ninfa
De bellas trenzas, su morada tiene.
Acogióme la diosa, y blandamente
Me trató y me mantuvo, asegurándome
Que me haría inmortal y siempre libre
De la vejez; mas nunca de mi pecho
Logró doblar su halago la firmeza

Allí estuve siete años detenido,
Siempre con tristes lágrimas regando
Los vestidos, regalo de la ninfa;
Y al llegar el octavo, ó bien por orden
De Júpiter, ó acaso por mudanza
De su propia intención, al fin partirme
Me mandó y dar la vuelta á mis hogares.
Envióme en una balsa bien unida;
Dióme pan y buen vino con largueza,
É inmortales vestidos, y muy próspero
Hizo soplar un viento sosegado.
Así en el ponto diez y siete días
Anduve navegando, y al diez y ocho
Se me mostraron los umbrosos montes
De vuestra tierra; con lo cual mi pecho
Se llenó de alegría. ¡Ay, que ignoraba
Cuánto mal la deidad que el continente
Sacude me tenía aún reservado!
Para impedirme el viaje, dió á los vientos
Suelta Neptuno, y revolvió los mares;
De suerte que las olas me impedían
Bogar, lleno de espantos, en mi balsa.
Desbaratóse al fin; y yo las olas
Medí nadando ansioso, hasta que á tierra
Los vientos y las ondas me arrojaron.
Si yo hubiera intentado en aquel sitio
Salir á tierra, el férvido oleaje
Diera fin á mi vida, de la costa

Contra agudo peñasco destrozándome:
Retrocedí nadando, hasta que un río
Hallé, al fin, que lugar harto seguro,
Como limpio de peñas y guardado
Del soplo de los vientos, parecióme,
Echéme en tierra á recobrar las fuerzas.
Vino la noche, abandoné aquel río
Que de Júpiter fluye, y acostéme
Entre unas matas y árboles pequeños,
Á donde me cubrí con muchas hojas;
Y un dios me envió un sueño tan profundo,
Que aunque tenía el ánimo tan triste,
Dormí sin recordar toda la noche
Y toda la mañana, y aquel día
Hasta la tarde, y cuando ya al ocaso
Bajaba el sol, dejóme el dulce sueño,
Y ví jugando en la arenosa playa
Las criadas de tu hija, que entre todas
Una deidad celeste parecióme.
La imploré, y demostró tener un juicio
No de esperar en tan escasos años,
Pues siempre obran los jóvenes sin seso.
Dióme pan abundante y vino dulce;
Me hizo lavar, y estos vestidos dióme.
Cuanto te he dicho, aunque apenado, oh Reina,
Es la pura verdad de lo ocurrido.»
El Rey entonces: «Huésped, le repuso,
Ha faltado mi hija al no traerte

Consigo y sus doncellas á esta casa,
Pues que á ella la primera suplicaste.»
Respondióle á su vez el noble Ulises:
«Rey, no reprendas á la niña bella:
Mandóme ella seguirla, acompañando
Á sus criadas, pero yo neguéme
Por respeto, temiendo que tú, al verme
Con ella, te enojases, porque somos
Siempre muy recelosos los mortales.»
Alcínoo, á su vez: «Huésped, le dijo,
No tengo un corazón que tan sin causa
Vaya á enojarse; sino siempre creo
Mejor lo que es más justo. ¡Así pluguiese
Al padre Jove, á Apolo y á Minerva
Que, siendo tal como eres y pensando
Como yo, te casases con mi hija
Y fueses yerno mío! Si quisieses
Quedarte aquí, riquezas y morada
Yo te daría; mas ningún Feacio
Te detendrá contra tu gusto; que esto
Enojaría al soberano Jove:
Yo desde ahora de tu marcha el día,
Entiéndelo tu bien, fijo en mañana.
Y mientras goces de apacible sueño,
Nuestros marinos las tranquilas olas
Herirán con el remo, hasta que llegues
Á tu patria y tu casa, como gustes;
Aunque se halle más lejos que la Eubea,

La cual dicen que está muy apartada
Los Feacios ancianos que llevaron
Al rubio Radamanto á ver á Ticio (10),
Hijo que fué engendrado de la Tierra,
Y con todo en un día el viaje hicieron,
Y en el mismo volvieron á su patria.
Ya verás por tí mismo qué excelentes
Son mis naves, y que hábiles los jóvenes
En azotar las olas con el remo.»
Dijo así, y se alegró el valiente Ulises,
Y orando fervoroso: «Padre Júpiter,
Dijo, ¡pueda cumplirme su promesa
Alcínoo magnánimo! Su gloria
Sería así en la tierra perdurable,
Y yo á mi patria amada tornaría.»
Mientras en estas pláticas estaban,
La de los blancos brazos, bella Arete,
Mandó á sus siervas bajo el rico pórtico
Poner un lecho, con preciosas telas
De púrpura, y cubrirlo con tapices,
Y encima colocar para envolturas
Lanudas colchas. Ellas de la sala
Salieron alumbrándose con teas,
Y después de poner muy diligentes
El blando lecho para Ulises, fueron
Á llamarle y le hablaron de este modo:
«Levántate, extranjero, y vete al lecho,
Que ya está preparado.» Parecióle

Grato al héroe dormir; y bajo el pórtico
Se acostó en una cama primorosa
En lo más apartado del palacio,
Alcínoo durmió, donde la Reina
Le había aderezado el rico lecho.

LIBRO OCTAVO.

Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
La sacra potestad del rey Alcínoo
Se levantó del lecho, y el ilustre
Destructor de ciudades, triste Ulises,
Se levantó también. El Rey augusto
Precedióle al consejo de Feacios,
Que á un lugar inmediato á las galeras (1)
Estaban convocados. Cuando entraban
En él, se iban sentando en unas piedras
Bien labradas, muy juntos; y entretanto,
De un heraldo de Alcínoo en la forma,
Iba por la ciudad la diosa Palas
Preparando la vuelta del divino
Ulises y parando á cada uno:
«Ea, jefes y príncipes Feacios,
Les decía, id al punto á la asamblea,
Para que conozcáis á ese extranjero

Que, después de vagar sobre los mares,
Llegó ha poco de Alcínoo al palacio,
Y parece en su talle un dios augusto.»
Á cada cual, con estas expresiones,
El interés y el ánimo movía;
De suerte que muy pronto los asientos
Y la plaza llenáronse, admirándose
Muchos al ver al hijo de Laertes,
Pues Palas una gracia sobrehumana
Derramó en su cabeza y en sus hombros,
Y le hizo aparecer más alto y grueso,
A fin de que por todos los Feacios
Fuese amado y temido, y en los muchos
Certámenes con que ellos intentaban
Probarle, la victoria consiguiese.
Luégo, pues, que acudieron y juntáronse,
Arengóles Alcínoo de este modo:
«Lo que en el pecho el corazón me dicta,
Oid, jefes y príncipes Feacios.
Este desconocido forastero,
Que á mi casa ha llegado peregrino,
No sé si de las tierras de la Aurora
Ó de las de Poniente, nos suplica
Auxilio para el viaje, y ruega humilde
Que otorgado le sea. Apresuremos,
Según es uso, su partida. Nunca
Huésped alguno que llegó á mi casa
Gimió, esperando largo tiempo el día

De su vuelta. Llevemos, pues, al hondo
Mar una negra nave, no estrenada;
Cincuenta y dos mancebos, los mejores
Elíjanse del pueblo, y sujetados
Á los cabos los remos, dejad todos
El mar; é improvisando un gran convite
Venid á mi palacio, donde quiero
Regalaros sin tasa. Esto os mando
A los mancebos; mas vosotros, reyes,
Portadores de cetro, á mi morada
Venid y cordialmente festejemos
En ella al huésped. Nadie se me niegue.
Llamad también al inmortal Demódoco (2),
Aëda celestial, á quien un numen
Inspira siempre la canción más grata
Doquier que el estro que le inflama lleve.»
Dijo esto y echó andar, y tras él todos
Los que llevaban cetro; y el heraldo
Partióse en busca del divino aëda.
Los cincuenta y dos mozos elegidos
Fueron, según Alcínoo ordenara,
Del no sembrado mar hacia la orilla,
Y llegados al mar y á la galera,
Echáronla muy diestros en el agua,
Pusieron luégo el mástil y el velamen,
Ataron bien los remos con correas,
Todo según conviene; y extendiendo
Las blancas velas, en las hondas olas

Amarraron la nave, y en seguida
Á la masión de Alcínoo se fueron.
Los pórticos, los patios y las salas
Llenos estában de hombres [pues había
Muchos, unos ancianos y otros mozos].
Mató, para obsequiarlos, doce ovejas
El generoso Rey, más ocho puercos
De blanco diente y dos pesados bueyes,
Los cuales desollados y partidos,
Opíparo convite les brindaban.
Llegó pronto el heraldo, acompañando
Á aquel amable vate á quien la Musa
Amaba inmensamente, aunque los bienes
Le dió á males mezclados; pues los ojos
Le quitó, al propio tiempo que del canto
Más divino dotóle. Rica silla
Claveteada de plata, á una columna
Adosada, Pontónoo ofrecióle,
Y el heraldo, después, de un áureo clavo,
Encima del cantante, la forminge
Armoniosa colgó, diciendo cómo
La podía coger para tañerla.
Luego púsole cerca un canastillo
Y una pulida mesa y una taza
Llena de vino, que beber podría
Cuando tuviese gusto. A los manjares
Los convidados, pues, echaban mano;
Y luego que saciaron su apetito

De comer y beber, la Musa al vate
Excitó á que cantase los varones
Cuya gloria hasta el vasto firmamento
Volaba entonces. Era la contienda
De Ulises con Aquiles (3), que de insultos
Se llenaron, en medio del banquete
De un sacrificio espléndido. El atrida
Agamenón gozaba entre sí mismo
Mirando á los Aqueos principales
Disputar, pues era esto lo que Apolo
Vaticinóle (4) en la divina Pito (5),
Cuando el marmóreo umbral pasó, en consulta
Del oráculo, el cual la cruda guerra
Le anunció empezaría á deshacerse
Entonces sobre Griegos y Troyanos,
Según sumo decreto del gran Jove.
Esto cantaba el ínclito poeta:
Y en tanto el héroe con sus manos fuertes
El vestido de púrpura se puso
Delante de los ojos, por encima
De la cabeza, y se cubrió la cara,
Pues le daba vergüenza que le viesen
Derramar triste llanto los Feacios.
Mas cuando terminó el cantor divino,
Los ojos se secó, de la cabeza
Quitóse el manto, y á los altos númenes
Hizo con doble copa libaciones.
Pero cuando de nuevo, suplicado

Por los nobles Feacios, que gustaban
De sus versos, tornaba á sus cantares,
El héroe cubríase de nuevo
Y tornaba á llorar. Su triste llanto
Á todos se escondía, y sólo Alcínoo,
Que junto á él se sentaba, vió sus lágrimas
Y oyó el hondo gemido de su pecho.
Y al punto á los Feacios, que se gozan
En las cosas del mar, dijo prudente:
«Oíd, jefes y príncipes Feacios,
Pues de las viandas ya y de la forminge,
De los grandes festines compañera,
Hemos gozado en el común banquete,
Salgamos fuera, y en linajes varios
De luchas y certámenes probémonos,
Para que cuando vuelva á su morada
Les cuente el forastero á sus amigos
Cuánto sobrepujamos á otras gentes
En puños, en correr, en lucha y salto.»
Dijo así, y echó á andar, y tras él todos.
Y el heraldo colgando la forminge
Del clavo, y á Demódoco tomando
De la mano, sacóle de la sala,
Y le sirvió de guía en el camino
Por donde iban los nobles á los juegos.
Seguidos de una turba numerosa,
Llegaron de las juntas á la plaza.
Allí muchos mancebos, y muy fuertes

Se levantaron: Acroneo, Ocialo (6),
Elatreo y Nauteo con Primneo,
Eretmeo, Ponteo, Anquialo, Tóon,
Próreo, Anasibéneo, el Tectónida
Hijo de Polineo, ágil Anfíalo,
Euríalo, al dios Marte parecido,
Naubólides en cuerpo y hermosura
El principal después del intachable
Laodamas. También se levantaron
Tres hijos nobilísimos de Alcínoo,
Laodamas, con Halio y Clitoneo,
Igual á una deidad. En la carrera
Se probaron primero; de la raya
Que ante ellos largo trecho se extendía
Partieron todos á una, y muy veloces
Volaban levantando el leve polvo.
En correr ganó á todos Clitoneo.
Cuanto un tiro de mulas adelanta
Á los pesados bueyes en un campo,
Tanto él llevó ventaja á sus rivales;
Así es que volvió al pueblo atrás dejándolos.
Otros luégo en la lucha trabajosa
Se probaron las fuerzas, siendo en ella
Euríalo vencedor. Ganó en el salto
La palma Anfíalo; en arrojar los discos
Elatreo, y el bravo Laodamas,
Hijo de Alcínoo, en el herir de puños.
Laodamas, después que recrearon

Sus almas en la lucha: «Amigos míos,
Les dijo, preguntemos á mi huésped
Si sabe ejercitarse en algún juego;
No es mediano su aspecto: ved sus muslos,
Sus piernas, sus dos brazos, su robusta
Cerviz y su ancho pecho; y no carece
De vigor juvenil; mas debilítanle
Numerosas fatigas, pues no hay cosa,
Á mi entender, peor que el mar bravío
Para acabar al hombre más robusto.»
Eurialo repuso: «Es muy discreto
Todo lo que has hablado, Laodamas.
Ve, pues, á provocarle y á decírselo.»
Oído esto, de Alcínoo el hijo ilustre
Adelantóse al medio de la junta,
Y ante Ulises parándose, le dijo:
«Ven también, padre huésped, á probarte
En nuestros juegos, si aprendiste alguno;
Que es muy justo que tú de ellos entiendas,
Pues la gloria mayor mientras se existe
Es, ó mostrar la fuerza de los brazos,
Ó de los leves pies la ligereza.
¡Ea! ven á probarte; echa del alma
La pena que la agobia; tu partida
Ya no ha de diferirse, pues ya tienes
La nave y los remeros preparados.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«¿Por qué me provocáis, oh Laodamas,

Con vuestras expresiones insinuantes?
Más ganas de llorar que de peleas
Tengo, tras de sufrir tantos trabajos
Y tan grandes dolores. Si en la junta
Ahora tomo asiento es porque imploro
Del monarca y del pueblo mi regreso.»
Eurialo, ya insultándole á las claras:
«Forastero, le dijo, no pareces
Una de esas personas entendidas
En los juegos usados por los hombres,
Sino un patrón de nave que se pasa
La existencia en los bancos de remeros,
Anotando la carga y vigilando
Las vituallas y el lucro conseguido
Á fuerza de rapiñas. No un atleta.»
El ingenioso Ulises, una torva
Mirada dirigiéndole, repuso:
«No hablas bien, extranjero, y me pareces
Un joven insensato. No reparten,
Juntas todas sus gracias deseadas
Los dioses: la belleza, y el ingenio
Y la amable elocuencia. Tal carece
De hermosura, y un numen con la gracia
Del decir le embellece, y se le mira
Con placer; y él razona con modesta
Seguridad, y brilla en los consejos,
Y como á un dios contémplanle las gentes
Cuando la ciudad cruza. Otro es hermoso

Como un dios, pero fáltale el encanto
De la palabra alada. Así tú gozas
De tan rara hermosura, que intachable
La juzgaría un numen; mas tu ingenio
Es rudo por demás. Tú has encendido
La cólera en mi pecho, dirigiéndome
Insolentes palabras. Yo ignorante
No soy de esos combates, como dices,
Antes pienso que fuí de los primeros,
Cuando en mi juventud y en estas manos
Estuve confiado; pero ahora
Me agobian los dolores y fatigas,
Pues males infinitos he sufrido,
Ya en las guerras crueles, ya luchando
Con las feroces olas. Mas, con todo,
Terciaré en vuestras luchas, pues despiertan
Tus mordaces palabras mi coraje.»
Dijo, y sin desnudarse, cogió un disco
Mucho mayor, más grueso y más pesado
Del que para probarse usado habían
Los mozos Feacenses. Varias vueltas
En el aire le dió, y con vigoroso
Brazo arrojólo: al ímpetu silbando
Partió la piedra; al suelo los peritos
Marinos inclinarónse, y más lejos
Cayó el disco del punto señalado.
En figura de un hombre puso Palas
Señal donde cayó, y á Ulises dijo:

«Hasta un ciego, extranjero, juzgaría
La señal de tu golpe con tocarla;
Porque no está mezclada con las otras,
Sino mucho más lejos. Tú en el triunfo
Del certamen confía, porque nadie
Ni pasará, ni alcanzará tu golpe.»
Dijo así, y alegróse el héroe Ulises
De hallar tan buen amigo en la contienda;
Y habló ya más afable á los Feacios:
«Llegad á mi señal, jóvenes, y otro
Igual, si no mayor, veréisme en breve
Arrojar, según pienso. Si hay alguno
Que en los demás certámenes conmigo
Quiera medir sus fuerzas, en la lucha,
En puños ó en correr, salga á la arena,
Pues mucho me irritasteis. No rehuso
Á nadie, sino al bravo Laodamas.
Mi huésped es, ¿y quién con un amigo
Que en su casa le acoge reñiría?
Insensato es, por cierto, y miserable,
Y todas sus empresas entorpece
El que en un pueblo extraño, á quien le alberga
Provoca á pelear. Mas á ninguno
De los otros rechazo, ni desprecio,
Y estoy con todos á la luz del día
Pronto á probarme, porque soy perito
En todas las contiendas de los hombres.
Sé manejar el arco reluciente

Tan bien, que yo en herir fuera el primero
Á un enemigo de la adversa hueste,
Aunque cien compañeros á mi lado
Contra ella disparasen. Sólo, en Troya,
Filoctetes (7), de todos cuantos Griegos
Disparábamos flechas, me vencía
En manejar el arco. Mas á todos
Los hombres que de trigo se alimentan (8)
Me precio de llevar ventaja grande.
Con los antiguos competir no intento,
Como Hércules y Eurito el Ecaliense,
Los cuales á los mismos inmortales
En el arco la palma disputaron,
Por lo cual pereció el ilustre Eurito,
Antes de envejecer en su morada;
Porque el celeste Apolo, á quien el héroe
Desafió á tirar, matóle airado.
Si es con la lanza, alcanzo donde nadie
Llega con una jara. Sólo temo
Que en la carrera alguno de vosotros
Me gane, porque estoy muy quebrantado
Por las olas del mar, donde en la nave
No tuve ni vituallas muchas veces,
Así es que están mis miembros descaídos.»
Dijo, y todos callaron; el Rey sólo
Respondióle: «Extranjero, tus palabras
No nos han sido ingratas, pues se entiende
Que sólo por los dichos atrevidos

De ese joven airado, pretendiste
Demostrar la virtud que te acompaña;
Virtud que ningún hombre que se precie
De hablar como es debido, ha de negarte.
Con atención escucha mis palabras
A fin de que en tu casa, noble huésped,
Á la mesa sentado entre tus hijos
Y tu cara mujer, al acordarte
De nuestra gran virtud, puedas decirle
Á algún varón ilustre cuáles méritos
Desde antiguo nos tiene dados Jove.
En la lucha y el rudo pugilato
No somos, en verdad, muy distinguidos;
Pero sí en la carrera, y los mejores
En gobernar las naves. Los festines,
La cítara, la danza, el variar mucho
De vestidos, los baños muy templados
Y los mullidos lechos nos agradan.
Ea, pues, excelentes danzadores,
Salid, para que pueda el huésped mio
Decir á sus amigos, en su tierra,
Cuánto á los demás hombres superamos
En el correr y en naútica pericia,
En los bailes y el canto. Traiga alguno
De mi palacio real donde ha quedado,
Á Demódoco, al punto, la forminge.»
Así les dijo Alcínoo, semejante
Á los dioses; y al punto del palacio

Fué á traer un heraldo la forminge.
Luégo, á una. salieron nueve jueces,
Escogidos del pueblo y encargados
De cuanto á aquellos juegos concernía,
Y allanaron el suelo, y ancho corro
Formaron para el baile. Llegó entonces
El heraldo veloz con la forminge.
Salió al medio el cantor. Gallardos mozos
Hábiles en la danza le cercaron
Y el ancho corro con tan noble gracia
Y movimientos ágiles midieron,
Que Ulises, contemplando las figuras
Rápidas de sus pies, estaba absorto.
El divino poeta, la forminge
Pulsando, comenzó de Marte y Venus
Á cantar el amor, y su furtivo
Primer abrazo, en la mansión augusta
Del marido Vulcano, cuyo tálamo
Marte infamó, á la esposa, con la oferta
De riquísimos dones, seduciendo
El alto Sol, que la amorosa culpa (9)
Vió, refirióla al ultrajado esposo.
Corrió Vulcano, en cuanto oyó la infausta
Nueva, á su fragua, en el herido pecho
Venganzas maquinando. Enorme yunque
Puso en el tajo, y redes imposibles
De romper y soltar, para prenderles
Firmemente á los dos, hizo á martillo.

Urdido ya el engaño, en ira ardiendo
Contra Marte, á la estancia en que tenía
El tálamo subió; tendió unos lazos
Al pié del rico lecho, de manera
Que lo cercaran todo; y como hilos
De araña sutilísimos, pendientes
De las labradas vigas, con tal arte
Puso otros, que ni á verlos alcanzara
La mirada de un numen. Cuando á gusto
Aparejó la red, fingió ir á Lemnos (10),
Ciudad bien construída y de su agrado
Más que otra alguna. Vigilante estaba
Marte que enfrena con rendaje de oro
Los briosos corceles, y llevado
Del amor que por Venus, coronada,
De preciosa diadema, le encendía,
Apenas vió al artífice divino
Partirse para Lemnos, al palacio
Magnífico voló. Recién venida
De casa de su padre, el prepotente
Saturno, estaba Venus, y sentada
Marte, al llegar, hallóla, y de una mano
Cogiéndola, le dijo: «nos espera,
Amada mía, el solitario lecho.
Ven, Vulcano no está: partió hace poco
Á la isla de Lemnos, y á los Sintios (11)
De bárbaro lenguaje.» A Venus plugo
La invitación de Marte, y en el lecho

Se echaron confiados; mas las redes
Del astuto Vulcano, sin dejarles
Mover ni levantarse, les prendieron.
Entonces conocieron lo imposible
De evadirse de allí. Volvió Vulcano,
Sin llegar hasta Lemnos, porque todo
El Sol, á quien dejó de centinela,
Le contó puntualmente. [A su palacio
Llegó, de aflicción lleno.] En el vestíbulo
Detúvose iracundo, y tales voces
Dió que los otros dioses las oyeron.
«Padre Jove, gritaba, sempiternas
Y felices deidades, á mi casa
Venid y ved qué cosas tan ridículas
Al par que intolerables. Afrodite,
Hija de Jove, á mí, porque soy cojo,
Me infama á todas horas, y de Marte,
Porque es gallardo y bello y tiene sanos
Los pies, y yo imperfectos y torcidos,
Se prenda sin pudor: ¿A quién la culpa
De tal infamia echar? Sólo á mis padres
Que no debieron flaco y contrahecho
Darme á luz. Ya veréis cuán amorosos
En mi lecho nupcial yacen unidos.
¡Triste vista á un esposo! Pero creo
Que, aunque tanto se adoran, ni un instante
Dormirán juntos ya; sino veloces
Querrán huir del tálamo infamado.

Mas mis redes en él los tendrán presos,
Mientras el padre Júpiter la dote (12),
Que por esa hija impúdica le he dado,
Integra no me vuelva. Bella es Venus,
En verdad; pero, en cambio, en sus pasiones
No hay freno, ni templanza.» A la morada
De pavimento de metal, los númenes
Acudieron: el ínclito Neptuno,
Cercador de la tierra; el gran arquero
Apolo y el autor de cosas útiles,
Argicida Mercurio. En sus mansiones,
Por decoro quedáronse las diosas.
En el umbral los númenes benéficos
Se pararon, y al ver el artificio
Del prudente Vulcano acometióles
Inextinguible risa. Al más cercano
Uno dijo: «Jamás las obras malas
Pueden tener buen fin: al más ligero
Suele alcanzar el tardo. Aunque está cojo,
Con qué maña al más ágil de los dioses
Ha cogido Vulcano y en justicia
Le hará pagar la multa de adulterio.»
Así hablaban los dioses. A Mercurio
Dijo el flechero Apolo: «¿No querrías,
Bondadoso correo del Olimpo,
Hallarte detenido entre esas redes
Á trueque de dormir con la áurea Venus?»
«Gran tirador Apolo, respondióle

El Argicida astuto, aunque estuvieseis,
En tres veces más lazos detenido,
Dioses y diosas viéndome, querría
El lecho compartir con la áurea Venus.»
Dijo y causó una risa inextinguible
A los dioses presentes; mas Neptuno,
Logrando refrenarse, suplicaba
Á Vulcano que á Marte desatase.
«Suéltalo, le decía, y yo respondo
De que te pagará todo lo justo.»
Y el ínclito Vulcano: «No me exijas,
Le respondió, oh Neptuno, nada de eso,
Pésimo es responder por los malvados (13).
¿Cómo podré apremiarte ante los dioses,
Si huye Marte, y se libra, de la deuda
Y la red con la fuga, á un tiempo mismo?»
«Vulcano, si huye Marte sin pagarte,
Yo pagaré por él», dijo Neptuno.
«Negarme ya, ni es justo, ni decente»,
Dijo el ilustre cojo, y con un golpe
Rompió á seguida los estrechos lazos.
Ellos, al verse libres, se pusieron
En pie al instante: huyó á la Tracia Marte (14);
Y Afrodite risueña á Chipre y Pafos (15),
Donde un bosque y altares olorosos
Tiene siempre. Laváronla las Gracias,
Y la ungieron del óleo divino
Que aumenta la belleza de los dioses,

Y envidiables vestidos, tan hermosos
Que asombraba el mirarlos, le pusieron.
Esto cantaba el ínclito poeta,
Con no poco placer del grande Ulises,
Y de aquellos Feacios, en los remos
Y naúticas faenas tan peritos.
A sus hijos Italio y Laodamas
Mandó después Alcínoo que bailasen
Solos, porque con ellos no podía
Competir nadie. Y ellos, obedientes,
Una bola purpúrea, precioso
Trabajo de Polibo, con las manos
Tomando antes, el uno á las oscuras
Nubes, atrás echándose, la echaba,
Y el otro, levantándose del suelo,
En el aire, ligero la cogía.
Luego de terminado este ejercicio
De arrojarse la bola en línea recta,
En la alma tierra alternativamente
Á danzar comenzaron, con aplauso
Y gritos entusiastas de los mozos
Restantes, que de pie los contemplaban.
Entonces dijo el animoso Ulises:
«Alcínoo poderoso, el más ilustre
De todos estos pueblos, danzadores
Excelentes me habías anunciado,
Y en verdad se han cumplido tus promesas
De un modo tal que los contemplo absorto.»

Gozó la sacra potestad de Alcínoo,
Y vuelto á los Feacios, cuyo gusto
Son las cosas del mar, así arengóles:
«Oid, jefes y príncipes feacios;
Paréceme este huésped muy discreto.
¡Ea, pues! démosle, como es costumbre,
El don hospitalario. Aquí, elegidos
Del pueblo hay doce reyes, que del mando
Tenéis las riendas, y conmigo trece.
Traiga cada uno un manto y una túnica
Y un precioso talento, y reunido
Entreguémoslo todo al extranjero,
Para que á nuestra cena asista alegre.
Con palabras y un don se reconcilie,
Con el huésped también, el noble Eurialo,
Pues no estuvo, en verdad, muy comedido.»
Así les dijo, y lo aprobaron todo
Y pusieron en obra, á por los dones
Enviando un heraldo cada uno.
Eurialo habló á su vez, y dijo á Alcínoo:
«Oh poderoso Alcínoo, el más ilustre
De todos estos pueblos, yo estoy pronto
A aplacar, como mandas, á tu huésped.
Una preciosa espada, cuya hoja
Es de bronce, de fina plata el puño
Y de blanco marfil la recia vaina,
Le daré, y él verá que es de gran precio.»
Dijo, y la rica espada, guarnecida

De clavillos de plata, entregó á Ulises,
Y en alta voz le dijo: «Padre huésped,
Salud y bienandanza; si yo alguna
Palabra que te ofenda he proferido,
Los torbellinos recios se la lleven.
Plegue á los inmortales que tú veas
A tu esposa, y regreses á tu pátria,
Pues tanto, lejos de ella, vas sufriendo.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«¡Salud, amigo mío, y que los númenes
Te den dichas sin cuento! Ojalá nunca
Te pese haberme dado aquesta espada,
Después que con palabras me aplacaste.»
Dijo, y la rica espada, guarnecida
De clavillos de plata, echóse al hombro.
Caía el sol, y los regalos ricos
Le fueron presentando, y los heraldos
Los llevaron de Alcínoo á la casa,
Donde los recibieron los ilustres
Hijos del Rey, y de su augusta madre
Al lado los pusieron. Los Feacios
En altas, ricas sillas, precedidos
De Alcínoo, sentáronse, y á Arete
Dijo del Rey la potestad sagrada:
«El cofre más hermoso (16) y de más precio
Saca, mujer, y pon un limpio manto
Y una túnica en él. Una caldera
Poned al fuego y que se temple el agua.

Y después que se lave, y haya visto
Bien arreglados todos los presentes
Que los nobles Feacios le trajeron,
Recréese en la mesa y en el canto,
Y yo, porque se acuerde cada día
De mí cuando en su casa libaciones
Á Júpiter ofrezca y á otros númenes,
Mi más preciosa copa darle pienso.»
Dijo, y ordenó Arete á las criadas
Que cuanto antes pusieran unas trébedes
Muy grandes sobre el fuego. Lo ordenado
Cumpliendo ellas, pusieron en la lumbre
Lás trébedes del baño, y agua limpia
Echando en el caldero, mucha leña
Hacinaron debajo, y pronto llamas
Vivaces rodearon el caldero
Y templaron el agua. En tanto Arete,
De su aposento el cofre primoroso
Para el huésped sacó, y en él los dones
Ricos de los Feacios, los vestidos
Y el oro puso, y además un manto
Y una túnica hermosa por su parte,
Y estas aladas voces dirigióle:
«Mira tú mismo la cubierta, y échale
Pronto un nudo, no sea que en el viaje
Te robe alguno mientras tú disfrutas
De delicioso sueño en el navío.»
Apenas el audaz sufrido Ulises

Escuchó estas palabras, la cubierta
Sujetó con un nudo complicado
Que le enseñara la divina Circe.
La intendente después vino á invitarle
Á bañarse y lavarse; y él holgóse
En extremo de ver la agua caliente,
Pues no había tenido esta delicia
Desque á Calipso, de cabello hermoso,
Dejó, pues allí siempre, comó á un numen,
Estos gratos cuidados se le daban.
Luégo que las criadas le lavaron
Y le ungieron con óleo, y le vistieron
Un manto muy hermoso y una túnica,
Él, saliendo del baño, encaminábase
Hacia los bebedores; mas Nausícaa,
Bella por privilegio de los dioses,
Que estaba en pie á la puerta de la sala
De firme construcción, vióle, y atónita
Mirándole, le habló de esta manera:
«Salud, noble extranjero, y cuando tornes
Á tu país natal, recuerda siempre
Que yo fuí la primera en ampararte.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Hija gentil de Alcínoo magnánimo,
¡Plegue al tonante Júpiter, esposo
De Juno, que yo llegue á mi morada
Y de mi vuelta, al fin, el día vea!
Y yo todos los días de mi vida

Te invocaré como á una augusta diosa,
Pues la existencia, á no dudar, te debo.»
Dijo así, y fué á sentarse junto á Alcínoo
En una rica silla. Comenzaron
A repartir las viandas, y á servirles
Negro vino. A Demódoco, el amable
Cantor, honrado por las gentes todas,
Trajo en breve un heraldo, y en el medio
De aquellos convidados, arrimado
A una esbelta columna, le dió silla.
Entonces al heraldo el ingenioso
Ulises, separando una tajada
De los lomos de un cerdo de albo diente,
Del cual aun le quedaba mucha parte
Rodeada de grasa suculenta,
Le dijo de esta suerte: «Ven, heraldo,
Y llévale á Demódoco este trozo;
Pues aunque triste estoy, quiero obsequiarle.
Todos los hombres que en la tierra viven
Reverencia y honor á los aedas
Deben, porque les dicta sus canciones
La Musa, protectora de su raza.»
Dijo así, y el heraldo llevó el trozo
Al héroe Demódoco, que alegre
Lo recibió. Y en tanto á los manjares
Los otros convidados extendían
Las manos; y después que el apetito
De comer y beber satisficieron,

Á Demódoco dijo el sabio Ulises:
«Demódoco, te aprecio ciertamente
Más que á todos los hombres, que ó la Musa,
Hija del alto Júpiter, ó Apolo
Te han debido enseñar, según el arte
Eximio con que cantas el destino,
Las hazañas, trabajos y dolores
De los Griegos, bien hayas presenciado
Tú mismo los sucesos, bien los hayas
Oído referir á quien los viera.
Pero pasa á otro asunto, y canta ahora
El ardid del caballo de madera,
Que ayudado de Palas hizo Epeo,
Y que el divino Ulises, por astucia,
Lleno el cóncavo vientre de soldados
Que á Troya destruyeron, introdujo
En el excelso alcázar. Si celebras
Bien esta hazaña, por el mundo todo
Divulgar te prometo que del canto
El don te ha dado una deidad celeste.»
Dijo así, é inspirado por un numen,
Su dulce canto comenzó el aeda.
Principió en el momento en que una parte
De los héroes griegos, emboscados
En sus rápidas naves, bien provistas
De remeros, zarparon, dando fuego
Á sus tiendas, en tanto que los otros,
Con Ulises estaban escondidos

En el lígneo caballo, ya en el medio
De la plaza de Ilión, pues los Troyanos
Lo habían arrastrado hasta el alcázar.
Allí el caballo estaba, y muy confusos
En redor los Troyanos discutían,
Entre tres decisiones vacilantes:
Si pedazarlo con el duro acero,
Si echarlo de una roca á una honda sima,
O conservarlo allí como una ofrenda
Para aplacar á los augustos dioses.
Prevaleció por fin este consejo;
Pues decretado estaba por los hados
Que la ilustre ciudad perecería
Cuando tuviese dentro aquel enorme
Caballo de madera, cuyos senos
Encerraban los Griegos más valientes,
Á matar y á incendiar apercibidos.
Cantó cómo, dejando los Aqueos
La máquina engañosa, saquearon
La esclarecida Troya, y por diversas
Direcciones partiendo la arruinaban,
Y cómo, á Marte semejante, Ulises,
Con el divino Menelao, fuése
De Deífobo al palacio, y empeñóse
En reñido combate, del que al cabo
Pudo vencer con el favor de Palas.
Esto cantaba el excelente aeda,
Y Ulises entretanto consumíase.

Y lágrimas ardientes de sus ojos
Caían, sus mejillas escaldando.
Como abrazada al cuerpo de su esposo,
Que cayó ante el ejército y los muros
De su pueblo natal, en la defensa
De su amada ciudad y de su prole,
Llora la triste esposa, y en las ansias
Viéndole de la muerte, más le estrecha
Y lanza aullidos de dolor, y en tanto,
Pegándole en la espalda y en los hombros
Con las lanzas, la arrastra el enemigo
Á triste esclavitud, donde la esperan
Miserias y trabajo, y sus mejillas
La fuerza del dolor hunde y deshace;
Así el mísero Ulises de sus ojos
Lágrimas derramaba. Mas ninguno
Advirtió allí su llanto, sino Alcínoo,
Que, á su lado sentado, oyó los hondos
Gemidos de su pecho, y á los nobles
Concurrentes: «Oidme, dijo, al punto,
Nobles jefes y príncipes Feacios;
Haga callar Demódoco su lira,
Que no agradan sus cánticos á todos;
Pues desde que á la mesa nos pusimos
Y empezó el dulce aeda, no ha cesado
De llorar nuestro huésped; que, sin duda,
Un agudo dolor siente en el alma.
Cese, pues, de cantar, para que todos,

Huéspedes y hospedado, disfrutemos
De todo por igual. Esto es lo justo,
Porque para este huésped venerable
El viaje y los regalos amistosos
De la hospitalidad hemos dispuesto,
Y el suplicante y extranjero debe,
Hasta por el más corto de talento,
De ser siempre mirado como hermano.
Contéstame tú ahora sin rebozo,
Pues esto es lo mejor, á mis preguntas.
Dí el nombre que te dan tus nobles padres
Y los demás que en tu país habitan,
Pues no existe sin nombre hombre ninguno,
Sea bueno ni malo; que en naciendo,
Sus amorosos padres se lo imponen.
Díme cuál es tu tierra, cuál tu pueblo
Y tu ciudad, para que allá mis naves,
De sentido dotadas, te conduzcan;
Pues no creas tenemos los Feacios
En las naves pilotos, ni timones
Como en las de otros pueblos, sino que ellas
Saben los pensamientos y deseos
De los hombres; conocen las ciudades
Y los campos de todos; y de brumas
Y de nubes envueltas, cruzan raudas
Las sirtes de la mar, y nó hay peligro
De que jamás se dañen ó se pierdan.
Aunque yo oí á Nausítoo, mi padre,

Un dicho de Neptuno, que nos odia
Porque á todos sin daño conducimos.
Decía, pues, que una galera nuestra
Naufragaría al retornar de un viaje
Por el profundo mar, y que un gran monte
La ciudad cubriría con su sombra.
Así lo anunció el viejo; y el suceso,
Según le plazca al numen, cumpliráse
O no sucederá de modo alguno.
Pero, vamos, refiéreme verídico
Qué tierras extraviado recorriste,
Á qué extrañas regiones arribaste;
Describe sus ciudades y sus gentes;
Si son crueles, injustas y feroces,
O bien hospitalarias y piadosas.
Díme por qué te afliges sin consuelo
Al oir de los Griegos las desgracias
Y de la excelsa Troya. Sus autores
Fueron los dioses, y ellos destinaron
Los hombres á la muerte, para asunto
De cantos de los hombres posteriores.
¿Perdiste, por ventura, ante los muros
De Ilión algún pariente, ó algún yerno,
O suegro, que nos son los más queridos
Después de los ligados por la sangre?
¿Ó bien un compañero amable y fuerte?
Un leal y prudente compañero
Que el hermano mejor menos no vale.»

LIBRO NOVENO.

El héroe respondióle: «Rey Alcínoo,
De todos estos pueblos el más noble,
Hermoso es, en verdad, oir aedas
Como éste, cuyo acento rivaliza
Con el de un inmortal. Nada más dulce,
Á mi juicio, que ver al pueblo entero
De gozo poseído, y en palacio
Mirar á tus ilustres comensales
Asentados en orden á las mesas
Llenas de pan y carnes, escuchando
Al divino cantor, mientras el vino
Toma de las crateras el copero
Y lo vierte en los vasos. Sí, no hay cosa,
Á mi entender, más bella y más amable.
Mas á tí el pensamiento te ha ocurrido
De que yo cuente ahora mis desgracias,

Para aumentar, si cabe, mi infortunio.
¿Por dónde empezaré? ¿cuál el postrero
Será de mis relatos? Pues con triste
Profusión los celestes inmortales
Me dieron los trabajos. Por mi nombre
Empezaré á contar, para que siempre,
Libre ya de la muerte, huésped vuestro
Sea, aunque en tierras apartadas more.
Soy Ulises, el hijo de Laertes,
Tan conocido por mi astucia y artes
De todos los mortales, pues mi fama
Hasta los altos cielos ha llegado.
Vivo en la isla de Ítaca, al Poniente
Puesta, en la que hay un monte que de lejos
Se ve, y es el Nerito nemoroso:
Cércanla muchas islas muy pobladas
Y próximas, cual son Duliquio, Same,
La frondosa Zacinto. Álzase poco
La mía sobre el mar, hacia el Ocaso
(Las otras miran al Oriente); es áspera,
Pero sustenta jóvenes valientes;
Y en verdad yo no puedo, ni podría
Ver cosa más amable que, mi patria.
Calipso, diosa ilustre entre las diosas,
[En su gruta me tuvo, deseando
Hacerme su marido], y Circe astuta
Me detuvo igualmente en su morada
Con igual intención; mas no pudieron

Rendir jamás mi corazón sus dolos.
Que no hay nada más dulce para el hombre
Que su patria y sus padres, aunque habite
En lujosa mansión, en tierra extraña,
Lejos de su familia. Pero ahora
Te contaré mi lastimosa vuelta,
Con los males que Jove me ha enviado
Desque dejé de Troya las orillas.
De Ilión me llevó el viento á los Cicones (1),
Á Ismaro, gran ciudad que destruimos,
Matando á sus vecinos, y partiendo
Después, con la igualdad más exquisita,
Los conquistados bienes y mujeres.
De seguida á escapar con pies veloces
Exhorté á mis amigos, pero necios
No quisieron oirme; y mientras vino
Consumían sin tasa en la ribera,
Y mataban innúmeros carneros
Y bueyes de andar tardo, los Cicones
Fugitivos socorro demandaban
Á otros del interior, más numerosos
Y valientes, y expertos en las luchas
Á caballo, y á pie si era preciso.
Vinieron, pues, al apuntar el día
Tantos como las flores y las hojas
Que en primavera nacen. Y ya entonces
Contra nosotros tristes la enemiga
De Júpiter mostróse, condenándonos

Á sufrir infortunios infinitos.
Los Ciconios, en orden de batalla,
Cerca de los navíos comenzaron
Á pelear furiosos, y los míos
Y ellos con las ferradas picas dábanse.
Mientras duró la aurora, y fué creciendo
El sacro día, resistir sus fuerzas,
Aunque más numerosas, conseguimos.
Mas cuando el sol, al declinar, la hora
Trajo de desatar los tardos bueyes,
Los furiosos Ciconios la ventaja
Llevaron, y cedimos el terreno.
Seis compañeros de preciosas grebas
De cada negra nave nos mataron.
Los demás escapamos de un fin triste.
Alegres por salvar la dulce vida,
Mas por la triste pérdida apenados
De nuestros compañeros, á la vela
Nos dimos, no sin que antes se llamara
Tres veces á los míseros amigos
Muertos por los Cicones en la orilla.
Júpiter, que las nubes amontona,
Envió un recio Bóreas á las naves,
Con furiosas borrascas, y la tierra
Cubrió y el mar de nubarrones densos.
Cayó del cielo pavorosa noche;
Las naves iban de través, sin rumbo;
En tres ó cuatro partes rasgó el viento

Las velas; y temiendo por la vida
Hubimos de amainarlas, y varamos
Á toda prisa en tierra firme, donde
Dos días y dos noches estuvimos
Agobiados de penas y fatigas;
Mas cuando ya la Aurora, de dorados
Cabellos, al tercero dió principio,
Levantamos los mástiles; las velas
Izamos, nos sentamos á los remos,
Y el viento y los pilotos gobernaron
Las simétricas naves. Y ya incólume
Iba á llegar á mi país querido,
Cuando al doblar el cabo de Malea,
De Citera (2), arrojándome muy lejos,
Me apartaron el Bóreas y las olas.
Nueve días enteros me llevaron
Por el piscoso mar vientos adversos,
Y al décimo arribamos al remoto
País de los Lotófagos (3), que comen
Un florido manjar. Desembarcamos
Allí y cogimos agua, y su comida
Mis compañeros al instante hicieron
Junto á las raudas naves. Satisfechas
Hambre y sed, envié de exploradores
Tres hombres: dos soldados escogidos
Y un heraldo el tercero, á que mirasen
Cuáles gentes de trigo se nutrían
En aquella región. Obedeciéronme,

Y pronto á los Lotófagos hallaron,
Que lejos de matar á mis amigos
Les dieron á comer el dulce loto (4).
Cuantos probaron del sabroso fruto
Ni querian volver, ni darnos nuevas
Del país, sino estar con los Lotófagos,
Y comer dulces lotos, olvidados
De volver á su patria. Al fin, por fuerza
Me los llevé, llorando, á mis navíos,
Y atélos á los bancos; á los otros
Queridos compañeros exhortéles
Á embarcarse en seguida, por si acaso,
Comiendo lotos, de la vuelta alguno
No llegara á olvidarse. Obedeciéronme
Todos sin dilación, y con los remos,
Asentados por orden en los bancos,
Azotaron del mar las canas olas.
Prosiguiendo afligidos nuestra ruta,
Llegamos al país de los altivos
Descomunales Cíclopes (5), linaje
Sin ley (6), que nunca, á los celestes dioses
Fiando este trabajo, el campo labran,
Ni ponen por su mano árbol ninguno,
Sino que todo allí, cebadas, trigos,
Vides, que encierran en las gruesas uvas
Apetitoso vino, acrecentado
Por las lluvias de Júpiter, sin siembra,
Ni arado, en abundancia se produce.

Carecen de asambleas y de leyes;
Habitan hondas cuevas en la cima
De los excelsos montes, y gobierna
Cada cual sus mujeres y sus hijos,
Sin cuidarse los unos de los otros.
Enfrente de esta tierra (7), ni muy lejos
Ni cerca, hay una isla, aparejada
Para el cultivo, de espesuras llena,
Donde nacen en número infinito
Monteses cabras, pues jamás el paso
Del hombre las asusta, ni á seguirlas
Entran los cazadores, padeciendo
Innúmeras fatigas, por las selvas
Y cumbres de los montes. Ni ganados
De otra suerte, ni menos labradores
Hay en ella; y ni arada, ni sembrada,
Siempre vacía de hombres, apacienta
Sólo balantes cabras; pues las naves
De purpúreos flancos no conocen
Los Cíclopes, ni tienen carpinteros
Que fabricarlas puedan, bien provistas
De remos, que les lleven cuando quieran
Á otras ricas ciudades (como suelen
Los hombres que los hondos mares cruzan
Á fin de visitarse), y que su isla
Pudieran trasformar en rica tierra,
Pues no es del todo mala, y á su tiempo
Podría producir todas las frutas;

Pues á orillas del mar praderas tiene
Muy blandas y regadas, donde nunca
La vid se perdería. Es de arar fácil,
Y en sazón altas mieses brindaría,
Porque el suelo es muy craso. A más un puerto
Tiene de acceso fácil, tan seguro,
Que no son menester anclas (8) ni cables,
Ni sujetar las naves con amarras,
Pues pueden sin cuidado los marinos
Estar allí, mientras partir no quieran
Y salga el viento necesario. Corre
En el fondo del puerto un claro arroyo,
Cuya fuente se encuentra en una gruta
De álamos sombreada. Conducidos
Por algún dios, llegamos á esta isla
En noche oscura, sin llegar á verla;
Que envueltas nuestras naves por la bruma,
Sin luz la luna, pues cubría el cielo
Denso manto de nubes, nadie pudo
Ver la isla, y las olas temerosas
Que azotaban la orilla, hasta que en ella
Tocaron nuestras naves. Arribados,
Plegamos nuestras velas; á la orilla
Del cano mar saltamos, y dormidos
Esperamos la vuelta de la Aurora.
Cuando ya el Alba de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Llenos de asombro la isla recorrimos.

Las Ninfas, que son hijas del gran Júpiter,
Para dar á mis hombres alimento,
Las montesinas cabras levantaron.
Los corvos arcos y las largas jaras
Al instante cogimos de las naves;
Y en tres grupos partidos, disparábamos;
Y un dios nos dió una caza venturosa.
Doce naves seguíanme, y cada una,
En el reparto, nueve cabras tuvo;
Yo me reservé diez para mí solo.
Así, el resto del día, hasta el ocaso
Del sol, pasamos, abundantes carnes
Comiendo allí sentados, y bebiendo
Dulce vino; pues aun en las galeras
Guardábamos el tinto de que hicimos
Al tomar la ciudad de los Cicones
Provisión abundante en sendos cántaros.
Mirábamos, en tanto, de muy cerca
El país de los Cíclopes y el humo,
Y oíamos sus voces y el balido
De sus cabras y ovejas. Al ponerse
El sol, cediendo el cielo á las tinieblas,
En la arenosa playa nos echamos.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Junté á mis compañeros, y les dije:
—Esperadme, queridos compañeros;
Yo parto con mi nave y con su gente

Á explorar quiénes son nuestros vecinos;
Si son crueles, injustos y feroces,
Ó bien hospitalarios y piadosos.—
Dije, y subí á mi nave, y á mis gentes
Mandé que me siguiesen y soltasen
Las amarras. Al punto obedeciéronme,
Y sentándose al remo, cadenciosos
El mar cano azotaban; y en un cabo
De la cercana tierra distinguimos,
Próxima al mar, la boca de una gruta,
Sombreada de laureles; sesteaban
Al pie de ella de cabras y de ovejas
Numerosos rebaños, y alto muro
De peñas enclavadas en el suelo,
De altísimas encinas y de pinos,
Formando vasta cerca, la ceñía.
Allí habitaba un hombre gigantesco (9),
Que sólo su ganado apacentaba,
Muy lejos y apartado de los otros,
Y de aviesa intención el alma henchida;
Horrendo monstruo, en nada semejante
Al mortal que de trigo se alimenta,
Y sí á la abrupta cumbre de selvosa
Montaña que entre todas se destaca.
»Mandé yo á mis queridos compañeros
Quedarse para guardia de la nave,
Y me partí con doce de confianza.
Tomé un odre de negro y dulce vino,

Regalo de Marón, hijo de Evánteo,
Sacerdote de Apolo, á cuya guarda
Ismaro se encomienda; yo y mis gentes
Le habíamos piadosos defendido,
Y á sus hijos y esposa, que moraban
En el espeso bosque consagrado
Al vivífico Apolo. Ricos dones
Él en cambio nos dió: siete talentos
De oro fino; una copa de maciza
Plata, y de un vino puro, delicioso,
Süave y celestial, ánforas doce,
Llenas hasta la boca; ningún siervo
Ni esclava del palacio conocía
Aquel dulce licor, sólo gustado
Por Marón y su esposa y despensera.
Para beberlo echaban á una copa
Una parte de vino, y de agua veinte;
Y perfume tan grato y delicioso
La crátera exhalaba, que ninguno
Resistiera á su encanto. Un odre henchido
De este vino tomé, y un saco lleno
De víveres; pues mi alma presentía
Que iba á hallar algún ser de fuerza extraña,
Y feroz, sin justicia y sin derecho.
Llegados á la cueva, no le hallamos,
Porque entonces andaba en los herbosos
Prados apacentando sus ovejas.
Dentro del antro ya, cosa por cosa

Mirábamos atónitos: los zarzos
Abrumados de quesos; los apriscos
Llenos de cabritillos y corderos,
Pero en grupos distintos, los mayores
En una parte, en otra los medianos,
Y en otra recentales; las vasijas
Desbordando de suero, y bien dispuestas
Tazas para el ordeño aparejadas.
Todos mis compañeros intranquilos
Pidiéronme que al punto nos saliésemos
Tomando algunos quesos, y querían
Á toda prisa del salvaje aprisco
Cabritos y corderos á la nave
Echar, y el mar salado surcar luégo.
Mas no les atendí (y hubiera sido
Atenderlos mejor), porque anhelaba
Ver al monstruo y probar si me daría
De la hospitalidad los dones ricos.
Mas no había de ser para mis gentes,
En verdad, su presencia deleitable.
Encendiendo, pues, fuego, un sacrificio
Hicimos á los dioses; y tomamos
Y comimos algunos de los quesos;
Y la vuelta del Cíclope, en la gruta
Sentados, esperábamos. Traía,
Para guisar su cena, un haz enorme
De leña seca, y al llegar, al suelo,
Fuera del antro, echólo, con tal ruido,

Que á lo más hondo de la vasta gruta,
Llenos de espanto, huimos. En el antro
Hizo entrar las ovejas, que quería
Ordeñar, á la puerta los cabrones
Y carneros dejando, sin que entrasen
Al establo espacioso. Inmensa peña,
Que veintidós carretas solidísimas,
Todas de cuatro ruedas, no lograran
Arrancar de la tierra (tan enorme
Era el trozo de roca, que de puerta
Al Cíclope servía), cogió á pulso,
Y con ella cerró la entrada única.
Sentóse, y ordeñó con todo esmero
Las ovejas y cabras baladoras,
Y aplicó un tierno hijuelo á cada una.
La mitad de la leche que sacaba
Cuajó, y acomodóla en canastillos,
Y la otra media en adecuados tarros
Para beberla para cena puso.
Y cuando terminada esta faena
Con toda prontitud, lumbre encendía,
Nos vió al fin é irritado preguntónos:
«¿Quiénes sois, extranjeros? ¿de qué tierras
Vinisteis por los húmedos caminos?
¿Venís á algún negocio, ó cual piratas,
Que sus vidas exponen y hacen daño
Al extranjero, recorréis las ondas?»
Dijo, y sentimos que el horror rompía

Nuestro querido corazón: tan hórridos
Eran su voz y aspecto monstruosísimo.
«Nosotros somos Griegos que venimos,
Pude al fin responder al fiero Cíclope,
Perdidos desde Troya, por los vastos
Abismos de la mar, siendo juguete
Del viento y de las olas. Á la patria
Volvíamos, cuando otro derrotero
Y distinto camino hemos seguido,
Por voluntad de Júpiter, sin duda.
De ser bravos soldados nos preciamos
De Agamenón, ilustre hijo de Atreo,
Cuya sublime fama al cielo llega,
Pues ha arruinado una ciudad gloriosa,
Y degollado innúmeras naciones.
Llegando á tí, abrazamos tus rodillas,
Para que el don hospitalario, ú otro
Cualquier presente, de los que es costumbre
Dar á los extranjeros, nos concedas.
Excelente varón, teme á los dioses,
Pues á tí nos llegamos suplicantes;
Y Jove hospitalario, que acompaña
Á todo huésped respetable, venga
Al extranjero suplicante y triste.»
Así le hablaba yo; mas él me dijo
Con ánimo cruel: «Eres un necio,
Extranjero, al venir de lejas tierras,
Para recomendarme que vencre

Y que tema á los dioses. Ni de Júpiter,
Ni de los otros dioses, á los Cíclopes
Se nos importa nada, porque somos
Más poderosos que ellos; y así puedes
Creer que por temor á Jove, nunca,
Si mi ánimo otra cosa me mandase,
Perdonaría á tí y á tus amigos.
Mas dí: ¿en dónde tu sólida galera
Has dejado? ¿Aquí cerca, por ventura,
Ó muy lejos? pues quiero conocerlo.»
Así dijo, queriendo sorprenderme;
Pero no se dejó mi ingenio agudo
Coger, y le engañé de esta manera:
«Neptuno, que sacude el continente,
Mi galera rompió contra unas rocas,
En un cabo, al extremo de esta tierra;
El viento arrastró al mar todos los trozos,
Y yo y éstos huímos de la muerte.»
Así le hablé, y él nada me repuso;
Mas con ánimo atroz, dos compañeros
Arrebató de pronto, y con tal fuerza,
Como á dos cachorritos, arrojólos
Contra la dura tierra, que saltaron
Y rodaron sus sesos por el suelo.
Despedazó sus miembros, y la cena
Aparejó; y después, carnes, entrañas
Y medulosos huesos, como suele
Montesino león, fué devorando.

Mientras nosotros, su nefanda cena
Llorosos viendo, alzábamos dolientes,
Al soberano Júpiter las manos.
Cuando de carne humana llenó el Cíclope
Su vientre inmenso, se atracó de leche,
Y se tendió á dormir en la caverna,
En medio del ganado. Pensé entonces,
En mi pecho magnánimo, acercarme,
Y sacando la espada que tenía
Colgada á la cintura, el duro pecho,
Por donde el pericardio envuelve al hígado,
Con ella atravesarle. Mas me tuvo
Un nuevo pensamiento; pues sin duda,
Míseramente todos perecido
Hubiéramos allí, porque imposible
Nos fuera el separar la peña enorme
Con que él cerró la cueva. Así, llorosos
Esperamos la vuelta de la Aurora.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Encendió lumbre y ordeñó las reses
Con todo esmero, y aplicó á la teta
De cada una su hijuelo, y cuando diestro
Terminó su faena, otra vez crudo
Arrebató dos compañeros, é hizo
Con ellos la comida. Terminado
Su nefando festín, las gordas reses
Sacó de la caverna, levantando

Sin esfuerzo la peña de la boca,
Que volvió á colocar, como si fuera
Á un carcaj ajustar la tapa leve.
Mientras con gran estrépito hacia el monte
Llevaba sus rebaños, yo, encerrado,
Mil siniestros proyectos revolvía,
Pensando en la venganza, si ventura
Palas darme quería. Al fin, la idea,
Que á referiros voy, creí excelente.
La gran clava del Cíclope (10) tendida
Estaba en el corral. Era un olivo
Verde, que él arrancó para afirmarse
En él después de seco; á nuestros ojos
Tan grande como el mástil parecía
De una nave de carga, que al impulso
De veinte remos cruza el mar. ¡Tan gruesa
Del espantoso monstruo era la clava!
Acerquéme á ella, pues, y corté un trozo
De una braza, que dí á mis compañeros
Para que lo puliesen é igualasen;
Y luégo que lo hicieron, por la punta
Agucélo muy bien, y en el ardiente
Fuego metido, endurecílo mucho;
Escondiéndolo, en fin, bajo el estiércol
Que en abundancia había por doquiera.
Entonces invité á mis compañeros
Á sortearse, por ver quién debería
Conmigo levantar aquella estaca,

Y clavarla del Cíclope en el ojo
Cuando el sueño apacible le rindiera.
La suerte, por ventura, tocó á aquellos
Que yo hubiera elegido; y fueron cuatro,
Siendo el quinto yo entre ellos elegido.
Á la tarde, del pasto volvió el Cíclope
Con su hermoso rebaño, y encerrólo
Todo en la vasta gruta; y por recelo,
Ó inspiración de un dios, ninguno fuera
Del aprisco dejó. Luégo el peñasco
Cogió á pulso y cerró, como solía.
Sentóse y ordeñó con todo esmero
Las ovejas y cabras baladoras,
Y aplicó un tierno hijuelo á cada una.
Y cuando diestro terminó el trabajo,
Arrebató de nuevo dos amigos,
Y preparó su cena. Al monstruo entonces
Con una taza del licor precioso
Acerquéme, y le hablé de esta manera:
« Ya que de carne humana te has hartado,
Toma, Cíclope, y bebe dulce vino,
Para que sepas qué licor guardaba
Nuestra nave. Yo aquí, para ofrecerte
Una copiosa libación, traíalo,
En la esperanza de que tú, piadoso,
Á mi querida casa llevaríasme;
Pero no tiene límites tu furia.
¡Inicuo! ¿Qué mortal en adelante

Querrá acercarse á tí? Contra justicia,
Oh Cíclope, has obrado.» Así le dije,
Y él lo tomó y bebió, y tan bien le supo,
Que me pidió otra vez que le sirviese.
«Dame de buena gana, dijo, y díme
En seguida tu nombre, porque quiero
Un don hospitalario concederte
Que mucho te holgará. La fértil tierra
Ciertamente á los Cíclopes nos brinda
Vino en las gruesas uvas, aumentadas
Por las lluvias de Júpiter; pero éste
Es mixtura de néctar y ambrosía.»
Dijo, y yo nuevamente le dí vino;
Tres veces se lo dí, y el insensato
Tres veces lo bebió, sin miramiento.
Y cuando ví que el vino le subía
Á la cabeza, con palabras blandas:
«Oh Cíclope, le dije, me preguntas
Mi nombre, y á decirlo me apresuro,
Para que el don me des que has prometido.
Yo me llamo Ninguno (11); así me llaman
Mis padres y mis buenos compañeros.»
Dije así; y él con ánimo sañudo:
«Ninguno, contestó, pienso comerte
Á la postre de todos tus amigos;
Los demás serán antes devorados.
Este es el don que regalarte quiero.»
Dijo, y cayó en el suelo boca arriba,

Y la gorda cerviz doblando, al punto
Al sueño domador de toda cosa
Cedió el nefando monstruo. Le salía
De la enorme garganta, entremezclado
Con carne humana, el líquido Marónico,
Y eructaba, vencido por el vino.
En la ardiente ceniza, hasta encenderla,
Metí la enorme estaca, y temeroso
De que el valor á alguno le faltase,
Exhorté á mis dolientes compañeros.
Luégo que ya la estaca estaba á punto,
Aunque verde, de arder, y relucía
Con vivo resplandor, de la ceniza
Ardiente retiréla, y mis amigos
En mi redor de pie se colocaron.
Un gran valor nos inspiró algún numen.
Cogieron ellos la aguzada estaca
Y del ojo en el centro se la hincaron
Al Cíclope, y yo, alzado, la movía
Con furia alrededor por la otra punta.
Como cuando la viga de una nave
Taladra un carpintero, otros debajo
Tiran con un cordel á un lado y á otro
Del barreno, que gira sin pararse;
Así, cogiendo la encendida estaca
La hacíamos girar dentro del ojo.
Y hervía en torno de la ampollosa sangre;
Quemada la pupila, el vaho ardiente

Abrasóle los párpados y cejas,
Y la raíz del ojo crepitaba.
Como cuando un herrero en agua fría
Sumerge, rechinantes, para darles
El temple, que es la fuerza del acero,
Una hacha ó una azada; así la estaca
En el ojo de Cíclope crujía.
Lanzó un gemido horrendo y pavoroso;
La peña retumbó; de espanto llenos
Escapamos nosotros. El la estaca
Del ojo se sacó, llena de sangre,
Y loco de dolor, la arrojó lejos.
Luégo, con grandes gritos, á los Cíclopes
Que en los cabos batidos por el viento,
Habitaban las cuevas del contorno,
Á llamar comenzó; vinieron muchos
Á sus gritos, de puntos diferentes;
Y á la puerta parados de la gruta,
De su dolor la causa preguntábanle:
«¿Qué desgracia te obliga, Polifemo,
Á gritar de ese modo en la divina
Noche, turbando nuestro sueño? ¿Acaso
Algún mortal te roba las ovejas?
¿Ó mátante con fuerza ó con astucia?»
Del interior del antro, Polifemo
Les respondió: «Ninguno, amigos míos,
Me ha muerto con astucia, no con fuerza.»
Y ellos le respondieron: «Pues ninguno

Te daña, estando solo, mal que envía
Jove es inevitable; mas con todo,
Á tu padre Neptuno ora ferviente.»
Dicho esto se alejaron, y en el fondo
Del corazón reíme del efecto
De mi nombre y mi astucia. Desgarrado
Por acerbo dolor, anduvo á tientas,
Gimiendo mucho, el Cíclope en la gruta,
Y separó la peña de la entrada.
Sentóse en medio de ella, con los brazos
Abiertos, para ver si acaso alguno,
Que intentara salir con las ovejas,
Conseguía coger. ¡Tan desprovisto
De juicio me creía! Mas yo, en tanto,
Algún medio buscaba de salvarme
Con mis buenos amigos, y trazaba
Toda clase de astucias y proyectos,
Pues nos iba la vida, y el inmenso
Peligro era inminente. Ved la idea
Que mejor parecióme. Unos carneros
Había allí muy gordos y crecidos
De lana oscura y densa: con los mimbres
Del lecho de aquel monstruo, até callado
De tres en tres algunos, de manera
Que el del medio llevaba á un compañero,
Y los de entrambos lados lo cubrían.
Llevaban, pues, entre los tres un hombre,
Y yo, viendo un carnero más crecido

Que todos los demás, me así á su lomo,
Deslicéme después bajo su vientre
Vedijudo, y allí, á su lana asido,
Firme y constante estuve. Y así, tristes
Esperamos que el día comenzase.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Los machos á los pastos de costumbre
Presurosos salieron, y las hembras
Por el redil balaban, retesadas
Las no ordeñadas tetas. Afligido
Por acerbo dolor, iba tentando
Su dueño el cerro y lomo á las ovejas
Que salían del antro; pero el torpe
No advirtió que mis tristes compañeros
Bajo el vientre de aquellos animales,
De copioso vellón, iban atados.
El último de todos mi carnero,
Cargado de su lana y de mí mismo,
Que mil cosas forjaba, salió fuera:
«Oh carnero querido (Polifemo
Con la mano tentándole, le dijo),
¿Cómo así tú el postrero del rebaño
Me sales hoy? Nunca antes te quedabas
Detrás de las ovejas. Tú pacías
El primero la flor de las praderas,
Que veloz recorrías; tú el primero
Llegabas á los ríos, y á la tarde

Tú el primero el redil apetecías.
¡Y eres ahora el postrero! ¿Acaso sientes
La pérdida del ojo de tu dueño?
¡Ay! un hombre perverso, con ayuda
De su gente dañina, me ha cegado
Turbándome las mientes con el vino;
Ninguno, aun no librado, según creo,
De una muerte espantosa. Si sintieras,
Carnero mío, lo que yo, y pudieses
Hablar, tú me dirías dónde burla
Mi fuerza el miserable; rodarían
Sus estrellados sesos por la cueva,
Y mi alma aliviaríase del daño
Que le ha causado el infernal Ninguno.»
Dijo, y soltó el carnero, y lo echó fuera.
Luégo de estar un poco separados
Del redil y la cueva, yo el primero
Desatéme, y después á mis amigos
Solté de los carneros. Á seguida
Echamos por delante hacia la nave
Mucho de aquel ganado ágil y gordo,
Y lo guiamos, dando un gran rodeo.
Con inefable gozo los amigos
Que en la nave quedaron recibiéronnos
Á los que nos salvamos de la muerte;
Mas lloraban la suerte de los otros.
Yo no lo consentí, y con una seña
De las cejas mandaba á cada uno

Que el llanto suspendiese, y en la nave
Ordenéles meter muchas cabezas
Del de hermoso vellón lúcio ganado,
Y lanzarse á la mar. Obedeciéronme
Al punto, y se embarcaron, y á los remos
Asentados, del piélago espumoso
Azotaron las olas verdinegras.
Pero cuando ya estuve á la distancia
En que una voz con claridad se entiende,
Dije al feroz gigante estas injurias:
«Miserable, abusando de tu fuerza,
No debiste comer los compañeros
De un hombre sin defensa. No podía
Faltar pena condigna á tu delito.
Tú, sin respeto alguno, en tu morada
Devoraste á tus huéspedes, y airados
Jove y los otros númenes los vengan.»
Dije así, y en su pecho ardió la ira
Con más grande furor. De un alto monte
Desencajó la cumbre y arrojónosla.
Ante la proa azul cayó (12), y á poco
Alcanza y despedaza el gobernalle.
Hirvió la mar al golpe; y el reflujo
De las olas la nave hacia la tierra
Llevara de través, si no tomara
Un largo remo yo, y al mar de nuevo
Con esfuerzo empujárala, mandando
Con solo un movimiento de cabeza

Á todos que remaran vigorosos,
Para escapar del riesgo. Ellos remaron
Sobre el remo encorvados. Mas, ya lejos
Dos veces otro tanto sobre el agua,
Hablar quería al monstruo y disuadíanme
Con palabras afables mis amigos:
«Temerario, decíanme, ¿á qué quieres
Irritar á esa fiera, que hace poco
Al lanzar sobre el piélago una roca,
Á pique ha estado de llevar la nave
Á tierra, y ya por muertos nos tuvimos?
Si hablar ó vocear oyese á alguno,
Puede aplastarnos la cabeza y trizas
Hacer la nave con inmenso bloque.
¡Tan terrible es la fuerza de su brazo!»
Así decían; pero no pudieron
De mi intento valiente disuadirme,
Y díjele de nuevo, ardiendo en ira:
«Si algún mortal la causa te pregunta
De tu horrible ceguera, dí que el ojo
Te sacó el destructor de las ciudades,
Ulises, hijo astuto de Laertes,
Habitante de la Ítaca.» Así dije;
Y él: «¡Oh dioses! gimiendo me repuso:
¡Cumplióse en mí la antigua profecía!
Hubo aquí un adivino ilustre y fuerte,
Idemo, hijo de Eurimo, como nadie
Hábil en predecir, que entre los Cíclopes

Vaticinando envejeció, que todo
Cuanto me ha sucedido me predijo.
Él dijo que sin vista dejaríame
Ulises; pero yo siempre esperaba
Que sería un varón prócer y hermoso,
Dotado de gran fuerza; mas ahora
Un menguado hombrecillo, sin denuedo
Y sin bríos, del ojo me ha privado,
Después que me venció con dulce vino.
Pero ven hacia acá, que quiero darte
Los dones de los huéspedes, Ulises,
Y pedir que apresure tu regreso
Al ínclito Neptuno: soy su hijo,
Y él se precia también de ser mi padre,
Y, si le place, curará mi ojo,
Sin auxilio de númenes, ni de hombres.»
Dijo y yo respondíle de esta suerte:
«Ojalá del aliento y de la vida
Te pudiera privar, para enviarte
De Plutón á la casa, como es cierto
Que no te sanará Neptuno el ojo.»
Dije, y él á Neptuno orando, al cielo
Estrellado las manos levantaba:
«Oyéme, le decía, rey Neptuno,
Deidad de azul cabello, que sacudes
El continente, si en verdad tu hijo
Soy y te precias tú de ser mi padre,
Haz que jamás á su mansión querida

Regrese el destructor de fortalezas,
Ulises, hijo astuto de Laertes,
De la Ítaca habitante; mas si el hado
Tiene ordenado que á su casa arribe
Y á su patria y amigos, sea tarde
Y lleno de dolor, perdidos todos
Sus compañeros, en ajena nao,
Y á encontrar en su hogar cuitas mayores.»
Esta fué su oración, que oyó Neptuno.
Y tomando de nuevo una gran piedra
Mayor que la primera, con enorme
Fuerza la echó girando por el viento.
Ante la proa azul cayó, y á poco
Alcanza y despedaza el gobernalle:
Hirvió la mar al golpe; y el reflujo
De las olas la nave hacia la costa
Con tal ímpetu echó, que en nada estuvo
De embarrancar en la enemiga tierra.
Cuando al fin arribamos á la isla
Donde estaban varadas mis restantes
Galeras y en redor mis compañeros
Esperando llorosos, á la arena
Nuestra nave sacamos, y á la orilla
Bajamos de la mar. Luégo sacamos
Los ganados cogidos en la gruta
Del Cíclope, y partímoslos de modo
Que á todos parte igual correspondiese.
Partidas las ovejas, un carnero

Mis compañeros, de preciosas grebas,
Me dieron además, para mí solo,
Y en la marina á Júpiter Saturnio,
Que amontona las nubes, y domina
En todo, lo inmolé, las gordas piernas
Quemando; mas el dios, indiferente
Á mi ofrenda, sin duda meditaba
Cómo romper mis sólidos navíos
Y aniquilar mis tristes compañeros.
Luégo el resto del día, hasta el ocaso
Del sol, pasamos abundantes carnes
Comiendo allí sentados, y bebiendo
Muy dulce vino; y cuando ya se puso
El sol, cediendo el cielo á las tinieblas,
En la arenosa playa nos echamos.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Mandé á mis compañeros embarcarse
Y soltar de las naves las amarras.
Obedecieron, y en los remos puestos,
Á compás azotaban el mar cano.
Y entonces continuamos nuestra ruta
Contentos por salvar la dulce vida,
Mas tristes por los muertos compañeros.

LIBRO DÉCIMO.

Hasta la isla Eolia (1) navegamos.
Eolo, muy querido de los dioses,
Hijo del grande Hipotas, habitaba
En la isla accesible (2). Un fuerte muro
De bronce la rodea, y lisa roca
Se alza en su derredor. En el palacio
Le nacieron seis hijos y seis hijas (3)
De muy florida edad, y él á los hijos
Con las hijas casó. Junto á la augusta
Madre y el padre muy querido, pasan
La vida en un festín, y siempre tienen
Servidas ricas viandas. Por el día,
La casa perfumada, con las notas
De las flautas resuena, y á la noche,
Sobre tapices y torneados lechos
Duermen al lado de la esposa casta.

Á su ciudad y á su mansión magnífica
Llegamos pues. Eolo un mes entero
Mé obsequió muy amigo, preguntándome
Muchas cosas de Ilión, de las galeras
Argivas y la vuelta de los Griegos,
Que yo le referí punto por punto.
Cuando quise partirme, y la licencia
Para marchar pedíle, accedió luégo,
Y preparó mi viaje. Dióme un odre (4)
De un buey de nueve años, donde estaban
Encerrados los vientos impetuosos,
Pues Júpiter la guarda de los vientos
Le dió con el poder de refrenarlos
O darles libertad, según quisiese.
Con un cable de plata, de manera
Que ni el soplo menor salir podía,
Ató el odre en el fondo de la nave
Y dejó en libertad, para seguros
Llevarnos en las naves, sólo al Céfiro (5);
Mas no logróse su intención; pues, víctimas
De la propia imprudencia, nos perdimos.
Durante nueve días con sus noches
Sin parar navegábamos, y al décimo
Divisábamos ya la tierra patria,
Y sus fuegos cercanos distinguíamos.
Entonces de mis miembros fatigados
Apoderóse el sueño, pues yo siempre
Había el gobernalle dirigido

Sin confiarlo á nadie, con el ánimo
De llegar prontamente á nuestra tierra.
Hablaban entre sí mis compañeros,
Y pensando que yo grande tesoro
De oro y plata traía, regalado
Por el hijo de Hipotas, dirigiéndose
Cada cual al más próximo, decía:
«¡Oh dioses! ¡qué querido y apreciado
Es por todos los hombres este Ulises
En cualquiera país á donde llega!
¡Qué de objetos preciosos y admirables
Trae del saco de Troya; mas nosotros,
Que igual viaje hemos hecho, nos venimos
Con las manos vacías. Eolo ahora,
Para de su amistad darle una prueba,
Ese presente le ha hecho. Ea, veámos
Sin dilación el oro y rica plata
Que en ese odre encerrados se contienen.»
Así decían: la imprudente idea
Predominó por fin. El odre abrieron,
Y los vientos furiosos se escaparon.
Al punto un huracán irresistible
Los arrastró, llorando, mar adentro,
Lejos del patrio suelo. Despertándome,
Vacilé entre arrojarme del navío
Y morir en el mar, ó resignado
Seguir entre los vivos. Resignéme
Y me quedé; y cubierta la cabeza

Acostéme en la nao (6). El torbellino
De los revueltos vientos, nuevamente
Hasta la isla Eolia nos condujo,
Con llanto de mis hombres. Á la tierra
Descendimos allí, y tomamos agua;
Y á seguida mis tristes compañeros
Comieron en los rápidos navíos.
Luégo que la comida y la bebida
Gustamos, dirigíme hacia la casa
Magnífica de Eolo, acompañado
De un compañero y de un heraldo. En ella
Hallé al Rey en la mesa, con su esposa
Y sus hijos, y entrando en su morada,
En el suelo, en la puerta nos sentamos.
Ellos llenos de asombro nos dijeron:
«¿Cómo de vuelta, Ulises? ¿Qué enemiga
Deidad en tí se ensaña? Pues nosotros
Con cuidado exquisito aseguramos
Tu regreso á tu tierra y á tu casa,
Como más te agradara.» Así decían,
Y yo les respondí lleno de angustia:
«Me han perdido mis necios compañeros
Y á más un sueño infausto: socorredme,
Pues que podéis hacerlo, amigos míos.»
Así les dije, con palabras dulces
Tratando de ablandarlos; pero todos
Quedaron en silencio, hasta que el padre:
«Vete pronto, me dijo, de esta isla,

Tú el peor de los hombres. No es posible
Que acoja yo, ni ayude al que aborrecen
Los dioses inmortales. Pues su cólera
Hasta aquí te ha traído, vete pronto.»
Dicho esto, aunque gemía amargamente,
Me arrojó de su casa. Entonces, tristes
Nos dimos á la mar, y decaía
El brío de mi gente en aquel viaje,
Por la propia imprudencia tan penoso,
Y á más sin esperanza de regreso.
Seis días navegamos con sus noches
Sin parar, y ya al sétimo llegamos
Á Telepilo (7), la ciudad excelsa
De Lamo en Lestrigonia, en la cual suele
Un pastor, al volver con su rebaño,
Llamar á otro pastor, que le oye y saca
El suyo al pingüe pasto. Doble sueldo
Ganar podría (8) allí quien no durmiese;
Uno, guardando bueyes, y otro al pasto
Llevando los carneros; pues se tocan
Los caminos del día y de la noche.
Hallamos un gran puerto muy seguro (9);
Ciérralo en derredor una alta peña;
Y dos montes opuestos se adelantan
Á la entrada, formando puerta angosta.
Allí todos mis hombres dirigieron
Sus simétricas naves, y en el fondo
De aquel profundo abrigo las ataron

Unas junto á las otras; porque nunca
Ola ninguna grande ni pequeña
Se levantaba en él, reinando siempre
La más risueña calma. Yo tan sólo
Apartado quedé con mi navío
Al extremo del puerto; y cuando lo hube
Amarrado con cables á la roca,
Subí á un pico escarpado, y de atalaya
Allí parado estuve. No veía
Por aquellos contornos traza alguna
De trabajos de bueyes, ni de hombres,
Y sólo el humo denso que se alzaba
De la tierra. Á saber qué gente en ella
De pan se alimentaba, envié mi gente,
Eligiendo, al efecto, dos guerreros
En compañía de un heraldo. Al punto
Fueron por un camino liso y llano,
Por donde en las carretas se llevaba
Al pueblo la madera de los montes.
Cerca de la ciudad una doncella
Que iba á por agua hallaron; la robusta
Hija del rey de Lestrigonia Antífates,
Que á la límpida y clara fuente Artacia,
Que de agua surte á la ciudad, venía.
Á ella, pues, se acercaron, preguntándole
Por el Rey y la gente de su tierra;
Y la joven, al punto, la alta casa
De su padre mostróles. Cuando entraron

En la mansión magnífica, á la Reina,
Semejante la cima de un gran monte,
Hallaron lo primero, y sin aliento
Quedaron á su vista. Ella al instante
De la plaza llamó al glorioso Antífates,
Su esposo, que una muerte pavorosa
Les preparó. Cogiendo á un compañero,
Lo devoró; los otros dos, veloces,
Llegaron fugitivos á las naves;
Mas él lanzaba gritos por el pueblo,
Y acudieron en número infinito,
De todas partes, Lestrigones fuertes
A gigantes, no á humanos, semejantes.
Desde las altas rocas escarpadas,
Enormísimas piedras nos lanzaron:
Horrible estruendo de hombres moribundos
Y de navíos rotos llenó el aire;
Y después, arponando como á peces
Á mis pobres amigos, para horrible
Festín se los llevaban. Mientras daban
Muerte á mis compañeros en el fondo
Del muy profundo puerto, yo del lado
Me desceñí la espada, y corté al punto
De mi navío de azulada proa
Las robustas amarras, ordenando
A mis remeros maniobrar briosos
Para poder librarnos de la muerte.
Todos á un golpe, ante el horrible riesgo,

Azotaron el mar, y mi navío,
Libre ya de las rocas que avanzaban
Sobre el agua, escapó dichosamente,
Y los demás hundiéronse en el puerto.
Alegres por salvarnos, mas llorosos
Por el fin de los caros compañeros,
Seguimos navegando y arribamos
A la isla de Eea (10), donde Circe,
Poderosa deidad, de voz dulcísima
Y muy hermosas trenzas, habitaba.
Era hermana de Eetas el prudente,
Pues del Sol, que ilumina á los mortales,
Y de Persa, hija augusta del Océano,
Entrambos eran hijos. En silencio
Á un espacioso puerto de esta isla
Entramos, conducidos por un numen.
Allí desembarcamos y estuvimos
Dos días con sus noches sin movernos,
Agobiados de penas y fatigas;
Mas cuando ya la Aurora sonrosada
Amaneció el tercero, yo mi aguda
Espada y mi lanzón cogí, partíme
De mi nave, y subíme á un alto risco
Por ver si desde allí se descubrían
Trabajos de hombres, ó se oían voces.
Llegado á una alta cumbre, me detuve
Á observar, y ví el humo que subía
De la espaciosa tierra, del palacio

De Circe, entre encinales muy espesos.
Dudoso estuve un rato, cuando el humo
Ví salir, si ir yo mismo á descubrirlo;
Mas, después de pensarlo, parecióme
Lo mejor regresar á mi galera,
Al borde de la mar; dar la comida
A mi gente, y después enviar á algunos
Como de descubierta. Mas estando
Ya cerca de mi nave, un dios, piadoso,
En mi propio camino puso un ciervo
De cuernos enramados, que bajaba
De la selva á beber al fresco río,
Pues ya el calor del sol le enardecía.
Al salir de la selva, herílo en medio
Del espinazo, y con la lanza aguda
De parte á parte lo pasé; en el polvo
Exánime cayó, y perdió la vida.
Arrojéme sobre él, saqué la lanza
De la herida y dejéla sobre el suelo.
Menudas ramas y flexibles mimbres
Arranqué luégo, y resistente cuerda
Formé con ellos, que á los pies enormes
Del animal até, y después al cuello
Me lo colgué, apoyándome en la lanza,
Para á la nave conducirlo. Nunca
Lo pudiera llevar con ambas manos;
Solamente en el hombro: ¡tan enorme
Era aquel animal! Ante el navío

Dejélo, y á mis hombres, con afables
Palabras animándoles, les dije:
«Amigos, aunque tristes, nunca habremos
De bajar de Plutón á la morada,
Mientras no llegue el día decretado
Por el hado inflexible. Pues comida
Y bebida en el rápido navío
Tenemos, ¡á comer! no nos dejemos
Dominar por el hambre.» Así les dije,
Y ellos obedeciéronme solícitos.
Arrojaron las velas con que habían
Cubierto su cabeza, y en la costa
Del infructuoso mar, estupefactos
Contemplaban el ciervo: ¡tan enorme
Era aquel animal! y ya los ojos
Hartos de contemplarle, se lavaron
Las manos y apararon el convite.
Así todo aquel día, hasta ponerse
El sol, pasamos abundantes carnes
Comiendo allí sentados, y bebiendo
Muy dulce vino; y cuando ya se puso
El sol, cediendo el cielo á las tinieblas,
En la arenosa playa nos echamos.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Yo, convocando á todos mis amigos:
«Compañeros y amigos, mis palabras
Oid, les dije, aunque sufrís mil penas:

No sabemos en dónde está el Poniente,
Dónde la Aurora, y dónde el sol, antorcha
De los hombres, se oculta ni renace.
Veamos, pues, cuanto antes, si nos queda
Algún consejo salvador; yo creo
Que ninguno nos resta, pues de lo alto
De un escarpado pico, he visto una isla
Que ciñe en derredor un mar sin límites.
Es baja, y en el medio alzarse el humo
De un espeso encinal he distinguido.»
Con esto que les dije quebrantóse
Su triste corazón, y á la memoria
Del Lestrigón Antífates trayendo
La matanza, y del Cíclope espantoso
Los sangrientos festines, grandes ayes
Lanzaban, y vertían de los ojos
De lágrimas torrentes; mas de nada
Les servía su llanto. En dos secciones
Mis compañeros de preciosas grebas
Dividí, dando un jefe á cada una;
El primero fuí yo, y el otro Eurílocо,
Á un numen semejante. Echamos luégo
Las suertes en un casco, y la del bravo
Eurílocо salió. Partió á seguida
Con veintidós valientes compañeros (11)
Que lloraban, quedándonos nosotros
Muy llorosos también. En hondo valle,
Descubrieron de Circe la morada,

En lugar descubierto, hecha de piedra
Bien labrada. En redor había lobos
Monteses, y leones que con drogas
Domesticado había, así es que, mansos,
En vez de acometer á mis amigos,
Las largas colas meneando, alzábanse,
Viniendo á acariciarles. Como suelen,
Meneando la cola, á sus señores
Acercarse los perros á su vuelta
De algún festín, pues siempre les traen algo
De comer; así andaban los leones,
Y lobos de uñas fuertes halagándoles;
Mas ellos, espantados del prodigio,
Grande temor sintieron. Á la puerta
Del soberbio palacio de la diosa
De rizado cabello, se pararon,
Y la oyeron cantar muy dulcemente,
Dentro de su mansión, donde tejía
Una tela muy grande y primorosa,
De esas bellas, sutiles y brillantes
Que á trabajar las diosas acostumbran.
Dirigióles entonces la palabra
Mi querido Polites, jefe ilustre
De mi gente, y por mí muy respetado,
Y dijo: «Compañeros, he sentido
Que allí dentro, tejiendo, canta alguna
Diosa ó mujer, á cuya voz süave
El espacio resuena. Vamos pronto.»

Dijo, y todos sus voces levantaron
Para llamarla. Circe alzóse al punto,
Abrió las bellas puertas, invitándoles
Á entrar, como lo hicieron imprudentes
Todos, menos Eurílоco, que fuera
Se quedó, sospechando algún engaño.
La diosa, dentro ya, sentar les hizo
En sillas y sitiales, y para ellos
Amasó harina, miel, queso, y de Pramne (12)
Dulce vino; y mezcló drogas maléficas
Al manjar, para que ellos de la patria
Se olvidasen. Apenas el brebaje
Tomaron, les tocó con su varita (13)
Y en las viles pocilgas encerrólos.
La cabeza, la voz, el cuerpo y cerdas
Tenían de los puercos; mas las mientes
Conservaban como antes. En tal forma
Encerrólos, llorando. Circe echóles
Hayucos y bellotas, que es el pienso
De los puercos que se echan en la tierra.
Eurílоco volvióse presuroso
Á la rápida nave, á referirnos
La desgracia espantosa de su gente.
Mas no podía hablar, aunque quería,
Tan grande era el dolor que le agobiaba;
Sus ojos arrasábanse de llanto,
Y su pecho en llorar pensaba sólo.
Mas cuando con innúmeras preguntas

Todos le estimulamos, la desdicha
Nos contó de los otros compañeros.
«Fuímos al encinal como mandaste,
Ínclito Ulises, dijo, y encontramos
En un claro de un valle una alta casa
De bien labrada piedra, en la cual una
Diosa ó mujer cantaba dulcemente,
Tejiendo una gran tela. La llamaron,
Levantando la voz, mis compañeros.
Alzóse de su asiento, y vino al punto
Á abrir las bellas puertas, invitándoles
Á entrar, como lo hicieron imprudentes;
Mas yo quedéme fuera, algún engaño
Sospechando. Y allí todos á un tiempo
Han desaparecido, y ya ninguno
He visto aparecer, aunque me estuve
En acecho esperando largo rato.»
En oyendo esto, me colgué del hombro
Mi gran espada, guarnecida toda
De clavillos de plata, y cogí el arco.
Ordené luego á Euríloco guiase
Por donde vino; mas ciñendo triste
Con ambas manos mis rodillas, dijo,
Llorando, estas palabras voladoras:
«No allá abajo me lleves, mal mi grado,
Oh Ulises, descendiente del gran Jove;
Déjame en estos sitios; que estoy cierto
De que ni has de volver, ni has de traerte

Á ningún compañero. Huyamos pronto
Con éstos que nos quedan. Aún, por dicha,
De la muerte podemos evadirnos.»
Así dijo, y al punto respondíle:
«Quédate, pues, Euríloco, comiendo
Y bebiendo, cercano á nuestra nave;
Mas yo iré allí, pues á ello la imperiosa
Necesidad me obliga.» En diciendo esto
Alejéme del mar y del navío.
Había ya pasado el sacro valle
É iba á llegar á la mansión magnífica
De la hechicera Circe, cuando á tiempo
De acercarme al palacio, aparecióseme
Mercurio, de áurea vara, en la figura
De un bello mozo, de naciente barba,
En la edad más florida, y de la mano
Tomándome, me dijo de esta suerte:
«¿Hacia dónde, infeliz, por los oteros
Caminas, sin saber estos lugares?
Tus compañeros en la regia casa
De Circe como cerdos miserables
Quedaron en las cuadras encerrados.
¿Vienes á libertarlos? Yo no creo
Que tú vuelvas tampoco; antes lo mismo
Que ellos te quedarás. Mas preservarte
De males quiero yo: toma esta yerba,
Que apartará de tí todo infortunio.
Y vé á casa de Circe, cuyo intento

Perverso te diré. Dulce brebaje
Te dará, y mezclará con la comida
Unas drogas maléficas; mas nunca
Podrá hechizarte, pues sabrá impedírselo
La virtud de la yerba que he de darte.
Diréte lo restante: cuando Circe
Con su larga varita te sacuda,
Desenvaina la espada y acométela
Como si pretendieras darle muerte.
Ella espantada, á compartir su lecho
Te invitará. Tú nunca lo rehuses,
Para poder librar tus compañeros
Y que te acoja bien; pero antes mándale
Con el gran juramento de los dioses
Prometer que no intenta daño alguno
Hacerte, no te vaya á hacer cobarde
Y vil, después de desarmarte astuta.»
Dicho esto, el Argicida aquella planta
Arrancó de la tierra, y enseñóme
Su admirable virtud: tenía negra
La raíz, y la flor como la leche.
La llaman Moli los eternos númenes;
Para todo mortal es muy difícil
De arrancar, mas los dioses pueden todo.
Mercurio encaminóse al vasto Olimpo
Por la frondosa isla, y yo al palacio
De la hechicera Circe, revolviendo
En la agitada mente mil ideas.

Paréme ante la puerta de la diosa,
Y comencé á llamar; ella al oirme
Salió al punto y abrió las puertas bellas,
Y me invitó á pasar; y yo seguíla
Llena de pena el alma: una vez dentro,
En un rico sitial, muy bien labrado
Con clavillos de plata y su banquillo
Para los pies, me hizo sentar, y en copa
De oro sirvióme una bebida extraña,
En la cual, con designios tenebrosos,
Yerbas mezclado había. Yo apuréla,
Mas no logro encantarme, y con la vara
Pegándome después: «Á la pocilga
Véte, dijo, á dormir con tus amigos.»
Dijóme así; y entonces del costado
Desciñendo la espada, sobre Circe
Me arrojé en ademán de darle muerte.
Lanzó ella agudo grito y se echó al suelo,
Y llorando abrazada á mis rodillas,
Me dijo estas aladas expresiones:
«¿Quién eres tú? ¿de qué país? ¿tus padres
Y tu ciudad natal en dónde se hallan?
Estupefacta estoy de que bebiendo
Mis brebajes no te hayas encantado,
Pues no ha habido jamás hombre ninguno
Que con sólo llegarlos á la boca
Su inmensa fuerza resistir lograra.
Tú debes ser, sin duda, el cauto Ulises;

Que el dios de áurea vara me ha predicho
Muchas veces que aquí, en tu negra nave,
De regreso de Troya, llegarías.
Ea, envaina esa espada, y á mi lecho
Vamos, y allí, entre abrazos amorosos,
Crecerá entre nosotros la confianza.»

Así dijo, y yo: « Oh Circe, le repuse,
¿Cómo puedes pedirme que me ablande,
Cuando en este palacio has convertido
En cerdos á mis hombres, y pretendes
Detenerme á mí mismo, y mil engaños
Maquinando, me brindas con tu lecho
Para después de desarmarme, hacerme
Un cobarde y un vil? No esperes, diosa,
Que yo á tu lecho suba, antes que jures
Con el gran juramento de los dioses
Que no piensas hacerme ningún daño.»

Así dije, y juró, como quería,
Y luego que acabó su juramento,
Subí con Circe al tálamo precioso.
Entonces le servían cuatro jóvenes,
Hijas de las florestas, de las fuentes
Y de los ríos que á la mar se llevan,
Adscriptas al servicio del palacio.
Una puso purpúreos tapices
En las hermosas sillas, que debajo
Finos lienzos tenían; otra mesas
De plata ante las sillas preparaba,

Cubriéndolas con áureos canastillos;
La tercera mezclaba en las crateras
El dulce vino, y en las copas de oro
Lo escanciaba; y la cuarta agua traía,
Encendía la lumbre, y en gran trípode
El agua calentaba. Cuando estuvo
En la limpia caldera el agua tibia,
Conduciéndome á un baño, me lavaron,
Vertiendo en mi cabeza y en mis hombros
El agua suavemente hasta quitarme
De los rendidos miembros la fatiga
Que me roía el alma. Ya lavado
Y ungido, y de una túnica preciosa
Y un buen mantó vestido, me pusieron
Un hermoso sitial, rico y de plata
Claveteado, y al pie bello banquillo.
Una doncella de la jarra de oro
En la argéntea aljofaina vertió el agua,
Y aparejó una mesa muy pulida.
Luégo la venerable despensera
Sacó muchos manjares deliciosos,
Y me invitó á comerlos; mas ninguna
Gana de ello tenía, pues mi alma,
Estando allí sentado, presentía
Desgracias solamente. Al verme Circe
Sentado, sin tender á los manjares
La mano, devorado por la pena,
Acercóseme y dijo estas palabras:

«¿Por qué así estás, Ulises, como un mudo,
Consumiéndote el alma, y ni las viandas
Ni la bebida pruebas? Ciertamente
Algún dolor sospechas: nada temas,
Pues ya presté el solemne juramento.»
Así dijo, y yo: «¡Oh Circe! le repuse,
¿Qué hombre, por poco justo que sería,
Pudiera ni aun probar de tus manjares,
Sin ver primero libres á los suyos?
Si quieres, en verdad, que coma y beba,
Da libertad á mis amigos caros,
Para que yo los vea con mis ojos.»
Así dije; y la mágica varita
Llevando en una mano, cruzó Circe
El suntuoso palacio, y salió fuera,
Y abriendo la pocilga, en la figura
De cerdos de nueve años, salir hizo
Á mis tristes amigos. De mí enfrente
Ellos se detuvieron, y la diosa
Con una droga untaba á cada uno.
De sus miembros caíanse las cerdas
Que produjera el filtro pernicioso
De la temible Circe, y al instante,
En hombres más gallardos, y más jóvenes
Y más altos que enantes se trocaron.
Me conocieron; y cada uno, alegre,
Las manos me apretaba; un dulce lloro
Á todos les entró, con que el suntuoso

Palacio retumbaba: hasta la diosa
Conmovióse al oirlos, y acercándose:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Me dijo, vé al momento á la marina,
Y vara lo primero en las arenas
De la playa tu nave; luégo esconde
En cuevas tus tesoros y tus armas;
Y vuelve al fin con tus amigos fieles.»
Así habló Circe; y mi alma generosa
Se dejó persuadir. Partí á la orilla
Del mar, hacia mi rápido navío;
Hallé en redor á mis amigos caros,
Gimiendo tristemente, y con el rostro
Inundado de lágrimas. Cual suelen
Las blandas ternerillas que encerradas
Han estado en las cuadras, al regreso
De las vacas que vuelven de los pastos
Hartas de yerba ya, salir alegres,
Y las vallas saltando, mugidoras,
De sus madres en torno amontonarse;
Así en derredor mío, al verme, todos
Llorando se agolparon, pareciéndoles
Como si ya tornasen á su tierra
Y á su ciudad en la Ítaca quebrada,
Donde engendrados fueron, y decíanme,
Llorando en torno mío, cariñosos:
«Tu vuelta, ilustre Ulises, nos alegra
Tanto como si hubiésemos llegado

Á Ítaca nuestra patria. Mas refiérenos
De los demás amigos el fin triste.»
Así dijeron ellos, y con blandas
Palabras respondíles: «Lo primero,
Varemos en la playa nuestra nave;
Y después escondamos en las cuevas
Las armas y riquezas; y á seguida
Apresuraos á seguirme todos,
Á fin de que veáis en la sagrada
Mansión de Circe á los demás amigos
Cómo beben y comen, porque tienen
De todo en abundancia.» Así les dije;
Y todos al instante obedecieron.
Sólo Euríloco á todos detenía,
Diciendo estas palabras voladoras:
«¡Ay tristes! ¿dónde vamos? ¿por qué, en busca
De vuestra perdición, á la morada
Queréis bajar de Circe, que nos puede,
Para que le guardemos el palacio,
Cambiar en lobos, cerdos ó leones?
Así el Cíclope lo hizo, cuando á Ulises
Acompañando entraron en su cuadra
Aquellos compañeros, que murieron
Por la insensata audacia de ese hombre.»
Así dijo; y yo estuve ya pensando
En desceñirme la terrible espada
Del vigoroso muslo, y aunque próximo
Pariente mío (14), echar de un tajo al suelo

Del audaz la cabeza; mas mi ira
Con sus blandas palabras aplacaban
Algunos compañeros: «Noble Ulises,
Me decían, dejémosle, si quieres,
Aquí para que guarde la galera:
Guíanos tú de Circe á la morada.»
Dicho esto, de la nave se alejaron
Y del profundo mar, y ni á quedarse
En el navío Euríloco atrevióse,
Pues nos siguió aterrado por mis iras.
En tanto Circe á los demás amigos
Con esmero lavó y ungió de aceite
Delicada en su casa, y mantos bellos
Y túnicas les puso; y de convite
Á todos, al llegar, los encontramos.
Luégo, pues, que se vieron unos á otros
Y todo se contaron, agriamente
Á llorar principiaron, y la casa
Con su llanto sonaba. Circe, entonces,
Diosa augusta, acercándose me dijo:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Refrenad vuestras lágrimas copiosas;
Ya sé cuántos trabajos y fatigas
Habéis sufrido por el mar piscoso,
Y cuántos daños fieros enemigos
En la tierra os causaron. Dejad eso,
Y comed, y bebed del negro vino,
Hasta que recobréis aquellos ánimos

Que, al partir de vuestra Ítaca quebrada,
Teníais al principio; pues ahora
Estáis desanimados y cobardes,
Siempre asediados del recuerdo triste
Del muy penoso viaje, y vuestro pecho,
Con tanto padecer, siempre cerrado
Á la dulce alegría.» Así nos dijo
La deidad, y nuestra alma generosa
Se dejó persuadir. Allí los días
Hasta acabar el año, saboreando
Carne copiosa y vino delicioso,
Pasamos; mas el año concluído,
Y vueltas ya las nuevas estaciones,
Y acortados los días, con el curso
De los meses, mis caros compañeros
Me llamaron aparte: «Desdichado,
Me dijeron, ya es hora que te acuerdes
De la tierra natal, si tu destino
Es salvarte y volver á tu morada
De alta techumbre, y á tu patria tierra.»
Dijeron esto, y mi alma generosa
Se dejó persuadir; y así aquel día,
Hasta ocultarse el sol, permanecimos
Carne copiosa y vino delicioso
Saborëando; y cuando ya se puso
El sol, cediendo el cielo á las tinieblas,
En la oscura mansión á dormir fueron.
Subiendo entonces al precioso tálamo

De la diosa, abrazado á sus rodillas
Supliquéle rendido, y ella afable
Mi súplica escuchó, y así le dije:
«Circe divina, cumple tu promesa
De enviarme á mi casa; ya mi alma
Y las de mis amigos, que destrozan
Mi corazón llorando en torno mío
En cuanto tú te alejas, piden esto.»
Dije; y al punto la deidad augusta,
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Me respondió, no más en mi morada
Estéis sin vuestro gusto; mas te advierto
Que antes debes de hacer un nuevo viaje,
De Plutón y la augusta Proserpina
Á la mansión, á consultar la sombra
Del Tebano Tiresias, vate ciego,
Que tiene aún su inteligencia clara.
Sólo á este muerto, Proserpina augusta
Dejó el entendimiento. Leves sombras,
Impalpables y vanas son los otros.»
Dijo; y sentí mi corazón quebrarse,
Y lloraba en el lecho, y no quería
Vivir ni ver ya más del sol los rayos;
Mas cuando de agitarme sobre el lecho
Y de llorar me harté, dije á la diosa:
«Oh Circe, ¿quién mi guía en ese viaje
Podrá ser? pues al Orco no ha llegado
Ninguno en negra nave todavía.»

Dije, y la augusta diosa replicóme:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
No te cuides de guía para el viaje.
Alzado el mástil y la vela izada,
Siéntate; que del Bóreas el soplo
Conducirá la nave. Cuando cruces
Con tu nave el Océano, una costa
Baja hallarás, y la floresta umbría
De Proserpina, con sus grandes álamos
Y sauces infructuosos. Á esta playa
Del vorticoso Océano, tu nave
Saca, y vete á la casa tenebrosa
Del terrible Plutón. Al Aqueronte (15)
Allí llevan sus aguas el Cocito,
Que es un robusto brazo de la Estigia,
Y el Piriflegetón, y hay una roca
De ambos en la estruendosa confluencia.
Cerca de ella abrirás, héroe, un hoyo
De un codo á cada lado, y á los muertos
Ofrecerás sagradas libaciones:
La primera con dulce miel mezclada,
La segunda de vino, y la tercera
De agua, y el hoyo rociarás de harina.
Orarás á las sombras impotentes
De los tristes finados, ofreciéndoles
En cuanto llegues á Ítaca, en tu casa
Sacrificarles una vaca estéril,
Y arrojar á la pira ricas cosas.

Aparte de los otros, á Tiresias
Harás el sacrificio de un carnero
Todo negro, el mejor de vuestras reses.
Cuando á la turba ilustre de las sombras
Hayas orado fervoroso, inmólales
Otro carnero y una oveja negra,
Dirigiendo hacia el Érebo tu rostro,
Mas la vista apartando y hacia el río
Las manos extendiendo; y á seguida
Acudirán las ánimas sinnúmero.
Pide y manda á tus fieles compañeros
Que desuellen entonces y que quemen
Las ovejas que inmóviles al golpe
Del hierro yazgan, y á los altos númenes
Plutón y Proserpina alzar sus preces.
Tú, desciñendo la tajante espada,
Quédate allí y no dejes á las sombras
Vanas de los finados acercarse
A la sangre, hasta tanto que á Tiresias
Hayas tú consultado. El adivino
Se presentará al punto, adalid bravo,
Y te dirá el camino y sus distancias
Y la mejor manera de volverte
Á la patria á través del mar piscoso.»
Dijo así; y al momento en el Oriente
Empezó á alzarse el Alba sonrosada.
La primorosa túnica y el manto
Me puse yo: una blanca vestidura

De amplios pliegues muy fina y muy hermosa
Vistió la ninfa; cinturón precioso
De oro ciñó á su talle, y la cabeza
Se cubrió con un velo. Yo el palacio
Recorrí despertando á mis amigos,
Y á cada uno acercándome decíale
Estas blandas palabras: «Despertaos
Y dejad de gozar del dulce sueño;
Partamos ya: la diosa nos lo ordena.»
Así les dije, y su alma generosa
Se dejó persuadir. Pero no pude
Llevarme á todos sanos á la nave,
Pues un tal Elpenor, de pocos años,
Ni muy bravo en la guerra, ni de ingenio
Muy agudo tampoco, que aturdido
Por el vino, buscando la frescura,
Dormido había aparte de los otros,
Oyendo el vocerío y el estrépito
De sus amigos, levantóse á prisa.
No pensó en dirigirse á la escalera
Para bajar, y de cabeza al suelo
Cayó desde el terrado; desnucóse,
Y al reino de Plutón voló su alma.
Viniendo, pues, los míos, yo les dije:
«Creéis sin duda que al hogar querido
Y á la patria volvéis; mas otro viaje
Circe nos ha ordenado á las regiones
Donde reinan Plutón y Proserpina,

Á consultar el alma de Tiresias.»
Así les dije; y en el triste pecho
El corazón quebróseles, y echados
En el suelo lloraban, y arrancábanse
Los cabellos; mas nada les servían
Sus acerbos lamentos. Á la nave
Y á la orilla del mar íbamos tristes,
Llenos de amargas lágrimas los ojos.
En tanto vino Circe, y una oveja
Negra, con un carnero, ató en el mástil,
Sin ser vista pasando fácilmente.
¿Quién, si ocultarse quiere, puede á un numen
Ver en sus raudas idas y venidas?

LIBRO UNDÉCIMO (1).

Cuando á la mar llegamos y á la nave,
Al agua la sacamos lo primero,
Y pusimos el mástil y las velas.
Á seguida las víctimas metimos,
Y en fin nos embarcamos, contristados,
Muy abundantes lágrimas vertiendo.
Tras la galera de azulada proa
Un favorable viento sopló pronto,
Y las velas hinchó; buen compañero,
Que la augusta deidad, de bellas trenzas
Y delicada voz, nos enviaba.
Puestos los aparejos, nos sentamos
En los bancos, y el viento y el piloto
Dirigieron la nave. Todo el día
Bogamos con las velas desplegadas
Por el mar; cayó el sol, y las tinieblas
Por todos los caminos se extendieron.

Al confín del Océano profundo
Llegamos. Allí, envueltos en perpetuas
Nieblas y nubes, la ciudad y el pueblo
Está de los Cinmerios (2). El sol claro
Nunca los ilumina, ni si sube
Al estrellado cielo, ni si baja
De nuevo hacia la tierra; sino siempre
La noche perniciosa á los mortales
Desdichados envuelve. La galera,
Al llegar á aquel sitio, en la marina
Varamos, y sacando nuestras reses,
Bordeamos el Océano, y seguimos
La costa hasta llegar á aquel paraje
Que la hechicera Circe nos dijera.
Perimedes y Euríloco las víctimas
Sostuvieron, y yo, la aguda espada
Desciñendo del muslo, cavé un hoyo
De un codo á cada lado, y á los manes
Ofrecí las sagradas libaciones:
La primera con dulce miel mezclada;
La segunda de vino, y la tercera
De agua, y el hoyo rocié de harina.
Oré después á las inanes sombras
De los tristes finados, ofreciéndoles,
Al llegar á mi Ítaca, en mi casa
Sacrificarles una vaca estéril,
Y arrojar á la pira ricas cosas.
Aparte de los otros, á Tiresias

Ofrecí el sacrificio de un carnero
Todo negro, el mejor de nuestras reses.
Y cuando hube aplacado con mis votos
Y oraciones las almas de los muertos,
Degollé sobre el hoyo las ovejas.
Corrió la negra sangre, y acudieron
Del Érebo los manes impotentes:
[Bellas jóvenes, mozos, con ancianos
Que sufrieron mil males, niñas, víctimas
De reciente dolor, muchos guerreros
Muertos en el combate al golpe rudo
De la lanza de bronce, con las armas
Todas ensangrentadas, rodeaban
El hoyo con clamores infinitos;
Y el pálido temor me heló la sangre].
Pedí y mandé á mis fieles compañeros
Que las reses, que al golpe del cuchillo
Inmóviles yacían, desollasen
Y quemasen, y luégo que á los dioses
Proserpina y Plutón votos hiciesen.
Yo, desciñendo la tajante espada,
Quedéme allí, impidiendo que las sombras
Á la sangre llegasen, hasta tanto
Que al Tebano Tiresias consultase.
La primera llegó la sombra triste
De Elpenor (3), cuyo cuerpo aun no yacía
Bajo la inmensa tierra, pues dejámosle
Insepulto y sin honras funerarias

De Circe en el palacio; que trabajos
Más grandes nos urgían. Lloré al verle,
Y me compadecí, y así le dije:
«¿Cómo, Elpenor, á esta región oscura
Has venido, llegando, á pie, primero
Que yo, que vine en rápido navío?»
Dije así, y él llorando amargamente:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Respondióme, sin duda un mal demonio
Y el exceso del vino me perdieron.
Acostado de Circe en el palacio,
No pensé en dirigirme á la escalera
Para bajar, y de cabeza al suelo,
Caí desde el terrado, desnuquéme,
Y al reino de Plutón voló mi alma.
Mas yo, discreto Ulises, por aquellos
Que están de tí alejados, por el padre,
Guarda de tu niñez, por tu querida
Esposa, por Telémaco, hijo único
Que en tu casa dejaste (pues conozco
Que, cuando de Plutón dejes el reino,
Volverás en tu nave á la isla Eea),
Te ruego por piedad que no me olvides,
Y que sin darme tierra y tributarme
El llanto acostumbrado, aquellos sitios
No abandones, por miedo de que excite
Contra tí la venganza de los dioses;
Quemarás mi cadáver con mis armas;

Erigirásme un túmulo en la orilla
Del espumoso mar, para que sepan
Las venideras gentes mi infortunio,
Y pondrás en la tumba el largo remo (4)
Con que remaba en tu velera nave,
Cuando entre mis amigos aun vivía.»
Dijo así; y yo: «Infeliz, cuanto me imploras,
Se hará punto por punto, respondíle.»
Estas tristes palabras nos decíamos
Asentados los dos; yo, un poco aparte,
Con la espada extendida sobre el hoyo;
La sombra de Elpenor, al otro lado
Hablando largamente. Presentóse
Después el alma de mi madre amada
Anticlea, de Autólico hija augusta,
Á la cual, al partirme para Troya,
Viva y sana dejé. Lloré, al mirarla,
Y apiadéme infinito, mas con todo,
Á pesar de mi pena, aproximarse
No la dejé á la sangre, hasta á la sombra
Consultar de Tiresias, que al fin vino
Trayendo un cetro de oro, y conociéndome:
«[Noble hijo de Laertes, cauto Ulises],
Me dijo, ¿á qué viniste, desdichado,
La luz del sol dejando, á ver los manes
Y su odiosa mansión? Ya de la fosa
Apártate, y retira el hierro agudo
Para que beba de la sangre, y pueda

La verdad revelarte claramente.»
Dijo, y al punto en la preciosa vaina,
Claveteada de plata, mi arma puse;
Y en cuanto se bebió la negra sangre,
El adivino ilustre así me dijo:
«Aspiras, noble Ulises, á la dicha
De volver, mas un dios la hará difícil;
Pues no te esconderás, creo, á Neptuno,
Airado contra ti, porque su hijo
Querido le cegaste. Mas á Ítaca
Con todo llegaréis, bien que agobiados
Por innúmeros males, si consigues
Refrenar tu apetito y el de todos
Tus hombres, cuando libre de las olas
Del violáceo mar, llegue tu nave
Á la isla de Trinacria (5). Allí, paciendo
Las vacas y gordísimas ovejas
Del Sol, que lo ve todo y oye todo,
Hallaréis, y si logras no tocarlas
Á Ítaca volveréis, aunque agobiados
De males; mas si no, te profetizo
De tu nave y tus fieles compañeros
La destrucción total. Tú de la muerte
Te librarás, mas volverás muy tarde,
Y mal, y en nave ajena, y triste y solo;
Y hallarás en tu casa desdichada
Unos hombres altivos, que destruyen
Tus bienes y pretenden á tu esposa,

Y le ofrecen regalos de esponsales;
Mas tú, cuando regreses, sus violencias
Por fin castigarás. Luégo que muerte
Con el agudo acero, por astucia
Ó por fuerza, les des en tu palacio
Á los altivos procos, parte, un remo
En la mano llevando (6), hasta que llegues
Á unos pueblos que el ponto desconocen,
Y con sal no sazonan sus manjares (7),
Y de las naves de rojizas proas,
Y de sus alas los potentes remos
Desconocen el uso. Una infalible
Señal diréte ahora. Cuando encuentres
Un viajero que diga que en el hombro
Llevas un trillo (8), el remo bien labrado
Hinca en la tierra y á Neptuno ofrece
Hermosos sacrificios: un carnero,
Un toro y un verraco (9); y á tu casa
Vuelve entonces, y sacras hecatombes
Á los dioses que el vasto cielo habitan
Ofréceles á todos, uno á uno.
Fuera del mar (10), en fin, tranquila y dulce
Te llevará la muerte, en el extremo
De una honrada vejez, y en torno tuyo
Feliz vivirá el pueblo. Cuanto digo
Es la verdad, Ulises.» Así hablóme
El famoso adivino; yo le dije:
«Tiresias, tal, sin duda, es el destino

Que los augustos dioses han hilado.
Mas respóndeme afable á esta pregunta:
Aquí el ánima veo de mi madre;
Más allá está sentada, silenciosa,
Junto á la sangre, y ni á mirar se atreve
Cara á cara á su hijo, ni á decirle
Una palabra. Oh rey, ¿de qué manera
Podría la infeliz reconocerme?»
Dije, y al punto el vate respondióme:
«Nada más fácil de decir; medita
Tú mi respuesta: El ánima á quien dejes
Acercarse á la sangre, las verdades
Te dirá; la que no, se irá callada.»
Dijo, y al reino de Plutón volvióse,
Después de revelarme lo futuro,
La sombra de Tiresias. Yo constante
Allí permanecía, hasta que al hoyo
Mi madre se acercó y la sangre negra
Bebió, y me conoció, y estas aladas
Palabras, sollozando, dirigióme:
«¿Cómo, hijo mío, á esta región sombría
En vida has descendido? Es muy difícil
Á los vivos llegar á estos lugares.
[Cércanlos fieros, caudalosos ríos
É impetuosas corrientes, y el Océano
Inmenso lo primero, y no es posible
Á pie llegar sin excelente nave.]
Tras de andar peregrino largo tiempo

De regreso de Troya, ¿acaso vienes
Aquí con tu galera y con tus hombres?
¿No has regresado á Ítaca? ¿No has visto
Tu gran palacio y á tu fiel Penélope?»
Dijo así, y al momento respondíle:
«La cruel necesidad, madre querida,
Me ha obligado á bajar al reino lóbrego
De Plutón, de Tiresias el Tebano
Á consultar el ánima. Aun no he vuelto
Á Grecia, ni á mi patria; pues sin tregua
Ando perdido y sufro desde el día
En que al divino Agamenón, á Troya,
En corceles fecunda, seguí ansioso
De combatir. Mas tú, responde, madre,
Sin ninguna ficción: ¿cómo la muerte,
Que tiende á los mortales en la tumba,
Se apoderó de tí? ¿Con una larga
Enfermedad acaso? ¿Ó la flechera
Diana te hirió con apacible dardo
Y te arrancó la vida? De mi padre
Háblame, y de mi hijo, que en la Ítaca
Con lágrimas dejé: ¿tienen el trono,
O alguno lo usurpó, de mi regreso
Ya dudoso quizás? ¿Qué es lo que piensa
Y medita Penélope? ¿Mantúvose
Al lado de mi hijo, custodiándome
Todos mis bienes, ó de ilustre Griego
Pasó de nuevo al tálamo?» Repúsome

Mi madre venerable: «Sí, afligida,
Encerrada en tu casa, permanece
Tu Penélope fiel; y en llanto amargo
Se consumen sus días y sus noches,
Con zozobra continua. Nadie usurpa
Tu reino; mas Telémaco cultiva
Tus dominios en paz; y á los festines,
Á un príncipe dichoso naturales,
Asiste, pues le invita todo el mundo.
Tu padre vive ahora en la campiña,
Y á la ciudad no acude. Ya no gasta
Lechos, ni bellas colchas, ni vestidos
De blanda lana: en el invierno duerme
Con sus esclavos en la vil ceníza
Junto al hogar; de vestidura humilde
Cubre su cuerpo; y al llegar la bella
Florecida estación, de secas hojas
Un lecho le aparejan en los surcos
De su viña lozana. Allí, afligido,
Acreciendo las penas de su pecho
Yace, llorando por tu suerte infausta,
Y á más la vejez triste le acomete.
Oye cómo yo he muerto y he cumplido
Mi destino fatal. La casta Diana
No me hirió con sus flechas apacibles
En mi mansión, ni me arrancó la vida
Ninguna enfermedad de las que roban
El vigor á los miembros doloridos

Con pavorosa consunción. El ansia
De verte, dulce Ulises, y el cuidado
De tí; y de tu cariño los recuerdos,
Acabaron, por fin, con mi existencia.»
Dijo, y movido de mi amor quería
De mi madre adorada asir el ánima.
Tres veces lo intenté, por el deseo
De abrazarla impulsado, y otras tantas
De entre mis brazos se escapó, cual sombra
Ó leve sueño. Pena más aguda
Nació en mi corazón, y dirigíla
Llorando estas palabras voladoras:
«Madre, ¿por qué no esperas á tu hijo
Ansioso de abrazarte, para que uno
En los brazos del otro, áun en el Orco,
Nos saciemos de lágrimas amargas?
¿Eres tan sólo acaso un vano espectro
Que á aumentar los raudales de mi llanto
Envió aquí la augusta Proserpina?»
Dije así, y al instante me repuso
Mi venerable madre: «¡Ay! hijo mío,
El más infortunado de los hombres,
No te engaña la ilustre Proserpina.
Esta es la condición de los mortales
Cuando mueren: ni carnes ya, ni huesos
Á sus nervios les quedan; de la llama
La irresistible fuerza los consume,
Así que abandonados de la vida

Quedan los blancos huesos, y cual sueño
El alma vuela. Pero vuelve pronto,
Hijo, á la luz, y acuérdate de todas
Las cosas que te he dicho, y se las cuentas
Más tarde á tu Penélope.» Así hablábamos,
Cuando fueron llegando, suscitadas
Por Proserpina augusta, unas mujeres.
Eran esposas é hijas de héroes claros,
Y en torno se agolparon de la sangre.
Pensé en el modo de ir á cada una
Preguntando, y hallé el más oportuno
Desenvainar la espada, que ceñida
Llevaba al muslo, é impedir que todas
Juntas bebiesen de la negra sangre.
Ellas una tras otra se acercaban
Y una á una por orden preguntábales.
Ví la primera á Giro, hija de ilustre
Progenitor. Debía á Salmoneo,
Según dijo, la vida, y dulces bodas
Concertó con Creteo, hijo de Eolo.
De Enipeo (11), el más bello de los ríos
Que corren por la tierra, enamorada,
Venía con frecuencia á sus orillas,
Y Neptuno, que ciñe el continente,
Tomando la figura de Enipeo,
En la boca del río vorticoso
Con ella se acostó: la onda purpúrea
Alzóse y redondeóse como un monte,

Á la mortal y al Númen ocultando.
Soltóle el dios la virginal cintura
Y dulce sueño le infundió. Mas luégo
Que su amor satisfizo, por la mano
Tomándola, le dijo: «Regocíjate,
Mujer, con este amor: al dar la vuelta
El año parirás dos nobles hijos,
Pues nunca son sin fruto las uniones
De los dioses augustos; criaráslos
Amorosa y solícita: y ahora
Vé á casa y sé discreta, y no me nombres;
Yo soy Neptuno, el que la tierra cerca.»
Dijo, y se hundió en el ponto alborotado.
Y ella quedó preñada, y á Neleo
Parió y Pelias, que fueron distinguidos
Servidores de Júpiter entrambos:
Habitó Pelias la espaciosa Iolcos (12),
Abundante en ganado; y la arenosa
Pilos, Neleo. Y además la reina
Dió á Creteo otros hijos, Esón, Feres
Y Amitaón, aficionado á carros.
Después de ésta ví á Antiope, hija de Asopo,
Que en los brazos de Jove se preciaba
De haber dormido, dándole dos hijos,
Zeto y Anfión, que de la excelsa Tebas (13),
La de las siete puertas, los cimientos
Echaron, rodeándola de torres;
Pues nunca, aunque valientes, habitarla

Sin murallas fortísimas pudieran.
Tras de Antiope ví á Alcmena, bella esposa
De Anfitrión, que de Júpiter en brazos
Á Hércules concibió, varón valiente,
De ánimo de león; y ví á la hija
De Creonte, Megara, con el hijo
Infatigable de Anfitrión casada.
Ví á la madre de Edipo, la bellísima
Epicasta (14), que un crimen espantoso
Por ignorancia cometió, casándose
Con su hijo, que á su padre muerto había
Antes de unirse á ella; cuyo crimen
Pronto los altos dioses revelaron.
Pero Edipo infelice gobernaba
En la preciosa Tebas, por decreto
Cruel de los inmortales, á la prole
De Cadmo; mas la mísera Epicasta,
Vencida por la pena, ató á las vigas
De su alta habitación lazo funesto,
Y al Orco descendió de firmes puertas;
Dejándole al morir todos los males
Que el furor de una madre causar puede.
Á Cloris ví también, beldad divina,
Con quien casó, prendado de sus gracias,
Neleo en otro tiempo, no sin darle
Mil presentes de bodas. Era la hija
Más pequeña de Anfión, hijo de Iaso,
Que mandaba el Orcómeno Mineo (15):

Reinaba aquélla en Pilos la arenosa,
Y parió ilustres hijos, Néstor, Cromio
Y el grande Periclémenes, y luégo
Á la célebre Pero, de los hombres
Admiración, de todos sus vecinos
Buscada por esposa; mas Neleo
No la quería dar sino al que, osado,
Al vigoroso Ificlo las novillas
Robase y de Filace (16) las trajese;
¡Grande hazaña que sólo un adivino (17)
Acometer osó! Mas el mandato
Fatal de un numen, y cadenas crueles,
Y salvajes boyeros le impidieron
Realizar su intento. Y ya los días
Y los meses pasados, cuando al curso
Del año renováronse las horas,
El vigoroso Ificlo al adivino,
Que le reveló todo, dejó libre,
Y de Jove cumpliéronse los hados.
Y ví á Leda, con Tíndaro casada,
Que en el rico palacio de su esposo
Dió á luz dos grandes hijos; Cástor uno,
Domador de corceles, y otro Pólux,
Invencible en el rudo pugilato.
El alma tierra vivos los sustenta,
Y en lo profundo de ella, el sumo Jove
Hónralos, de manera que por turno
Viven un día y otro día mueren,

Disfrutando igual honra que los dioses.
Vino después á hablarme Ifimedía,
De Aloéo mujer, que se preciaba
De haber cohabitado con Neptuno.
Dos hijos, de brevísima existencia,
Dió á luz, Oto, á los dioses parecido,
Y el famoso Efiáltes, los mayores
Y más hermosos que nutrió la Tierra
Después de Orión; pues á los años nueve
Ya de anchura tenían nueve codos,
Y nueve brazas de altos. Pretendieron,
Temerarios, llevar hasta el Olimpo
Contra los inmortales el tumulto
De la luctuosa guerra. Se esforzaron
En colocar sobre el Olimpo el Osa
Y sobre éste el Pelión (18), de bosques lleno,
Para escalar el cielo: y lo lograran,
Si ya á la pubertad llegado hubieran.
Pero el hijo de Jove, á quien Latona,
De rizado cabello, parió en Delos,
Los mató antes que el vello floreciese
En sus tersas mejillas, y la barba
De pelusilla suave les cubriera.
A Fedra ví, y á Procris y á la hermosa
Ariadna, hija de Minos el doloso,
A la cual desde Creta el gran Teseo
Trajo á los campos fértiles de Atenas;
Mas no la poseyó, porque antes Diana,

Oyendo el testimonio del dios Baco,
La dió en la isla de Día (19) cruda muerte.
Ví á Clímena y á Mera y á la odiosa
Erifile (20), la cual á su marido
Por vil oro vendió. Y, en fin, á tantas
Mujeres é hijas de héroes ilustres,
Que ni citarlas ni nombrarlas puedo,
Pues, antes de acabar, la noche augusta
Hubiéra terminado. Mas ya es hora
De dormir, y partirme á la galera
Donde se halla mi gente, ó de quedarme
Aquí; pues á los dioses y á vosotros
Corresponde el cuidado de mi vuelta.
Así dijo: y pasmados en silencio
Estaban todos, y el placer de oirle
En las oscuras cámaras teníalos.
Por fin la blanca Arete dijo á todos:
«Feacios, ¿qué os parece este extranjero?
¿Su hermosura, y su talle y su alto juicio
Igual á su belleza? Él es mi huésped,
En verdad; mas de esta honra participa
Cada uno de vosotros: por lo tanto,
Ni debéis daros prisa á despedirle,
Ni á su pobreza escatimar presentes,
Ya que abunda en riquezas vuestra casa,
Merced á las bondades de los dioses.»
Equeneo, el Feacio más anciano,
Dijo, cuando acabó la blanca Arete:

«Amigos, lo que ha dicho nuestra Reina
Es á la vez honroso y conveniente;
Obedecedla, pues; á Alcínoo toca
Dar con palabra y obras el ejemplo.»
Dijo, y al punto Alcínoo repuso:
«Sí, en verdad; cumpliráse esta palabra
Mientras yo viva y mande en los Feacios,
Diestros en navegar. Que el extranjero,
Aunque de su regreso codicioso,
Se resigne á esperar hasta mañana,
Para que yo reuna mis presentes;
Todos procuraremos su regreso,
Y sobre todos yo, que ejerzo el mando
En el pueblo.» Después: «Oh rey Alcínoo,
El héroe repuso, el más ilustre
De estos pueblos, si tú me suplicases
Que aquí estuviese un año, y prepararais
Mi vuelta, y ricos dones me ofrecierais,
Yo te obedecería; que me fuera
Mejor tornar á Ítaca de bienes
Envidiables henchido, pues más honra
Y más amor los hombres, que de vuelta
En mi patria me viesen, me tendrían.»
Dijo á seguida el Rey: «Héroe Ulises,
Al verte no pensamos que tú seas
Un falaz impostor, como andan muchos
Por el mundo diciendo mil mentiras
De lo que nadie ha visto. No, tú tienes

Agradable palabra y juicio sabio,
Y has hecho, con el arte de un aeda,
De tus propias desdichas una historia
Y de las de lòs Griegos. Pero díme
Si entre las vanas sombras encontraste
Alguno de los bravos compañeros
Con quienes fuiste á Troya, y que pagaron
Su tributo á la muerte. Larga, inmensa
Es la noche, áun no es tiempo de acostarse;
Narra esas maravillas. Hasta el alba
Te estaría escuchando, si quisieras
Relatar en Palacio tus acciones
El ingenioso Ulises, contestándole:
«Rey Alcínoo, le dijo, el más ilustre
De estos pueblos, hay horas apropiadas
Para hablar, y otras propias para el sueño.
Mas si oirme deseas, no rehuso
El contarte la suerte miserable
De algunos compañeros desdichados,
Que, libres de la guerra desastrosa
De los Troyanos, en la alegre vuelta
Por una mala esposa perecieron.»
Después que ya la casta Proserpina
Las almas dispersó de las mujeres,
Llegó de Agamenón, de Atreo hijo,
La sombra dolorida. En torno suyo
Venían las de aquellos que murieron
Con él, y terminaron su existencia

En la casa de Egisto. En el instante
De beber de la sangre conocióme:
Lanzaba agudos gritos, derramando
De lágrimas un río, y extendía
Sus manos hacia mí, queriendo asirme.
Mas ya ni aquella fuerza poderosa,
Ni potencia ninguna le quedaba
De las que tuvo en los flexibles miembros.
Yo, al mirarle, lloré compadecido,
Y estas aladas frases dirigíle:
«Glorioso Atrida, rey de los soldados,
Amado Agamenón, ¿cómo á la muerte,
Que tiende á los mortales en la tumba,
Pudiste sucumbir? ¿En tus galeras,
Concitando la furia de los vientos,
Naufragar te hizo acaso el gran Neptuno?
¿O bien en tierra firme te han matado
Los enemigos, cuando tú llevabas
Sus bueyes y gordísimas ovejas,
Ó al defender sus pueblos y mujeres?»
Dije, y la augusta sombra respondióme:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Ni me hizo perecer el gran Neptuno,
Concitando la furia de los vientos,
Ni en tierra los soldados enemigos.
Egisto fué el traidor que tuvo urdida
Mi perdición y muerte, y fué su cómplice
Mi pérfida mujer, que á su morada

Llamándome á un convite, me mataron
Como se mata á un buey junto al pesebre.
Así tuve un fin mísero; y en torno
Perecieron también mis compañeros,
Cual cerdos de albo diente que un magnate
Opulento degüella en su palacio,
Para unas bodas ó banquete á escote,
Ó bien en un espléndido convite.
Ya has presenciado tú tristes matanzas
De un tropel de guerreros, que son muertos,
Aislados, en el bárbaro combate;
Pero más compasión dado te hubiese
El mirarnos tendidos en la sala,
De la crátera en torno y de las mesas
Cargadas de manjares, por el suelo
Inundado de sangre. Yo oí el grito
Horrible de Casandra, hija de Príamo,
Á la cual la dolosa Clitemnestra
Mataba junto á mí; yo, moribundo
En el suelo, las manos levantaba
Para coger la espada, mas mi impúdica
Mujer se retiró, y aunque moría,
No fué para cerrarme con sus dedos
Los párpados pesados y la boca.
Sí; no hay sér más impúdico y odioso
Que la mujer cuya menguada mente
Concibió algún proyecto semejante
Al crimen perpetrado por la inicua

Que preparó á su esposo muerte horrible.
Yo esperaba acogida cariñosa
De mis hijos y fieles servidores
Hallar en mis hogares; mas la pérfida,
Docta en fraguar los crímenes, de infamia
Se llenó y ha llenado á las mujeres
Futuras, por virtuosas que ya sean.»
Así dijo, y yo al punto: «¡Justos dioses!
Respondíle, en verdad el sumo Júpiter,
Desde un principio, por la causa sólo
De sus mujeres odia á los Atridas:
Multitud hemos muerto por Helena;
Y Clitemnestra á tí te ha preparado
En la ausencia una muerte lastimosa.»
Dije, y él respondióme de seguida:
«Nunca, pues, con tu esposa complaciente
Seas, Ulises, ni jamás le digas
Todo lo que tú sepas, porque es útil
Decirles una cosa y callar otras.
Mas tú no moriras, seguramente,
Á manos de tu esposa; pues discreta
Y de muy razonables pensamientos
Es de Icario la hija. La dejamos
Recién casada cuando á Ilión partimos;
Su hijo mamaba aún, y no sabía
Hablar; mas ya sin duda se le cuenta
Entre los hombres. ¡Cuán feliz! Su padre
Querido, cuando vuelva, podrá verle,

Y él le podrá abrazar, como es lo justo.
Mi mujer no dejó que yo mis ojos
Saciase viendo al mío, pues la muerte
Antes de verlo dióme. Esta advertencia
Que voy á hacerte graba en tu memoria:
Con secreto, y oculto, á tu querido
País arribarás; pues no se puede
Fiar ya en las mujeres. Ahora díme,
Sin ninguna ficción: ¿oiste acaso
Si mi hijo vive aún? ¿está en Orcómeno,
Ó en la arenosa Pilos, ó en Esparta
La espaciosa, del fuerte Menelao
En la rica mansión? pues el divino
Orestes no ha espirado todavía.»
Así dijo la sombra, y respondíle:
«Atrida, ¿á qué preguntas esas cosas?
Nada sé de si vive ó de si ha muerto;
Y el malgastar palabras nunca es útil.»
Estas tristes palabras nos decíamos
En pie, y vertiendo lágrimas innúmeras.
Acudieron después las leves sombras
De Aquiles, de Patroclo, del eximio
Antíloco, y de Ayax, el más célebre
De los Griegos en talla y hermosura,
Después del hijo eximio de Peleo.
El Eácida Aquiles, de pies raudos,
Reconocióme al punto, y, con aladas
Palabras, lamentándose, me dijo:

«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
¿Qué designio áun mayor, infortunado
Tu mente ha concebido? ¿Á qué te atreves
Á descender al Orco, donde habitan
Las insensibles sombras, simulacro
No más de los humanos que murieron?»
Así dijo, y yo al punto respondíle:
«Oh Aquiles de Peleo, el más valiente
De los valientes Griegos, he venido
Á consultar el alma de Tiresias,
Y á saber por su oráculo la forma
De á la quebrada Ítaca volverme:
Que aun no he logrado á la querida Acaya
Acercarme, ni he puesto todavía
El pie en nuestro país; pues nos acosan
Trabajos incesantes. Mas tú, Aquiles,
Eres el más feliz de los mortales
Que han sido y que serán. En vida, todos
Los Griegos como á un dios te venerábamos;
Y ahora que estás aquí, mandas las almas
Con soberana fuerza. No te quejes,
Pues, de haber muerto, valeroso Aquiles.»
Así dije; mas él: «¡Ay, no procures,
Respondió, de mi muerte consolarme.
Desearía más labrar la tierra
Al servicio de un pobre, sin recursos,
Que mandar en las almas de los muertos.
Pero háblame de mi hijo nobilísimo.

¿Te siguió ó no al combate, codicioso
De ser primero en él? Díme si oíste
Algo del gran Peleo. ¿Es áun honrado
Del pueblo Mirmidón, ó bien desprécianle
En Helade y en Ptía (21), porque tiene
Por la vejez los brazos decaídos
Y las veloces piernas? Yo no puedo
Á los rayos del Sol allí ayudarle,
Tal como se me vió en la vasta Troya,
Matando gente innúmera, en defensa
De los ilustres Griegos. Si pudiese,
Tal como era yo entonces, un instante
Penetrar de mi padre en el palacio,
Ya haría yo sentir el grave peso
De mi mano invencible á cualesquiera
Que osasen violentarle y usurparle
Los honores que tiene merecidos.»
Dijo así, y al momento respondíle:
«Nada oí, á la verdad, del gran Peleo;
Pero de tu querido Neoptólemo
Te diré la verdad, como deseas.
Yo mismo en mi simétrico navío
Le traje desde Esciros (22) á los Griegos
De primorosas grebas. Cuantas veces
Ante Ilión el consejo reuníamos,
Él hablaba el primero, y sus palabras
Jamás eran erradas, pues tan sólo
Néstor y yo igualarle en juicio sano

Podíamos, y siempre que de Troya
En torno combatíamos, no andaba
Rezagado en la lucha, confundido
Entre la multitud, sino adelante
Lanzábase, y, á nadie en valentía
Cediendo, muchos hombres degollaba
En el atroz combate. Ni decirte
Ni nombrarte podré la gente innúmera
Que él mató peleando por los Griegos·
Y sólo te diré que fué su espada
La que arrancó la vida al hijo ilustre
De Telefo, Euripilo, á cuyo lado
Los valientes Ceteos (23), sus guerreros,
Morían en tropel, por los presentes
Á una mujer donados. No ví nunca,
Después del gran Memnón, héroe más bello.
Y cuando en el caballo, de Epéo obra,
Los mejores aqueos penetramos,
Y á mí me cupo el cargo de dar orden
De abrir y de cerrar la infausta máquina,
Los jefes y los príncipes aqueos
Se enjugaban las lágrimas, y todos
Se temblaban; mas nunca de Neoptólemo
Ví cambiar la color al rostro bello,
Ni que enjugase el llanto; antes quería
Salirse del caballo, é impaciente
Acariciaba de su espada el puño
Y blandía la lanza, meditando

Mil males contra Ilión. Cuando la excelsa
Ciudad del triste Príamo, implacables,
Saqueamos, con parte grande y rica
Del botín embarcóse en sus navíos,
Sano, sin que de cerca con las armas
Le hiriesen y de lejos mucho menos,
Como acontecer suele en los combates
Cuando en tumulto Marte se enfurece.»
Dije; y el alma del valiente Aquiles
Se marchó á grandes pasos por el campo
Cubierto de gamones, muy gozosa
De oir que era su hijo un héroe ilustre.
Las otras sombras de los tristes muertos
Quedaron condoliéndose y contando
Sus cuitas cada una. Sólo el alma
De Áyax de Telamón estaba aparte,
Aun airada del triunfo conseguido
Por mí, cuando en redor de las galeras,
Por las armas de Aquiles, que su augusta
Madre sacó á concurso, adjudicándolas
Los Troyanos (24) y Palas, disputamos.
¡Nunca hubiera vencido en tal certamen,
Causa de que cabeza tan ilustre
Cual la de Áyax, el héroe más célebre
En belleza y hazañas, tras de Aquiles,
La tierra se tragase! Mas entonces
Dije á su leve sombra estas palabras:
«Áyax, de Telamón hijo intachable,

¿Ni aun en el seno mismo de la muerte
Habías de olvidar tus graves iras
Contra mí, por las armas que instrumento
De destrucción en manos de los dioses
Fueron contra los Griegos? Pereciste
Por ellos, tú, su muro inquebrantable;
Y nosotros tu muerte deploramos
Con tan grande dolor, cual la de Aquiles.
Ninguno fué culpable: sólo Júpiter,
Que al ejército griego aborrecía,
Dió fin á tu existencia. Pero acércate,
Oh rey, á oir mis voces y oraciones:
Refrena de tu pecho la ira ardiente.»
Así dije; pero él, sin contestarme,
Fué á juntarse en el Érebo á otras sombras.
Allí quizá, aunque airado, respondiérame;
Mas yo en mi corazón apetecía
Ver las de otros difuntos tan ilustres.
Allí al hijo de Júpiter, á Minos
Con un áureo cetro ví en un trono
Juzgando á los difuntos, que, sentados
Ó de pie, en la morada de anchas puertas
De Plutón, sometíanle sus vidas.
Al gigantesco Orión, después de Minos,
Por un prado alfombrado de gamones
Ví echando por delante muchas fieras,
Muertas en las montañas solitarias.
Una clava de bronce inquebrantable

El gigante llevaba entre sus manos.
Á Ticio, hijo monstruoso de la Tierra,
Ví tendido; ocupaba con su cuerpo
Nueve yugadas, y á su lado había
Dos buitres, que ahondando en sus entrañas,
Le roían el hígado, y echarlos
No podía de sí: tal de su intento
De forzar á Latona, noble esposa
De Jove, al ir á Pito, por la amena
Panopea (25), ciudad de bellas danzas,
Era el cruel castigo. Luego á Tántalo
Atormentado ví de atroz manera:
De pie estaba en un lago, cuya linfa
Le llegaba á la barba; allí sediento
Estaba sin beber, pues cuantas veces
Se inclinaba el anciano, deseoso
De beber, otras tantas disipábase
El agua, y á sus pies la negra tierra,
Que desecaba un Dios, aparecía.
Árboles altos, sus sabrosas frutas
Suspendían sobre él; verdes perales,
Dulces higos, granados y manzanos
De pomas bellas y el verdoso olivo;
Mas cuando á asirlos se lanzaba el viejo,
El viento las subía hasta las nubes.
Ví á Sísifo también, atroces penas
Sufriendo al intentar peñasco enorme
Á pulso levantar. Con gran fatiga

Con las manos y pies hasta la cumbre
Lo subía de un monte, y cuando estaba
Para doblar la cima, nuevamente
Hasta el valle caía dando tumbos.
Volvía él á empujarlo con esfuerzo,
Y el sudor de los miembros le fluía,
Y envolvía su frente el sucio polvo.
Del vigoroso Alcides ví la imagen (26)
Después, pues él se asienta en los convites
De los eternos dioses, desposado
Con la de lindos pies, Hebe [de Júpiter
Hija y de Juno de sandalias de oro].
En su redor las ánimas gritaban,
Como aves que espantadas van volando
En todas direcciones. Semejante
Á la lóbrega noche, sostenía
Desnudo el arco, armado de una flecha,
Y en actitud de disparar, lanzaba
Miradas pavorosas. Sobre el pecho
Traía un tahalí de horrenda vista,
Con su cinto de oro, en que admirables
Obras trazó el artista, osos, leones,
Agrestes jabalíes y batallas,
Combates y matanzas y homicidios.
No, á pesar de su industria, no podría
Quien hizo aquel prodigio, en otro, idéntico
En mérito, igualarse. Conocióme
Hércules al instante, y con aladas

Expresiones me dijo, lamentándose:
«Noble hijo de Laértes, cauto Ulises,
Sin duda, desdichado, algún destino
Funesto, como aquel que á mí me cupo
Sufrir, cuando vivía, te persigue.
Hijo era yo de Júpiter Saturnio,
Y tuve que sufrir males sin cuento,
Porque á un hombre inferior sujeto estaba
Que trabajos me impuso penosísimos;
Y pensando que era éste el más terrible,
Aquí envióme en busca del Cerbero;
Mas yo con el auxilio de Mercurio,
Y la ojos verdes Palas, arrancarlo
Conseguí del infierno.» Así me dijo,
Y tornó á las moradas tenebrosas.
Mas yo á pie firme estaba, en la esperanza
De que aún algunos héroes llegasen
De los que habían muerto anteriormente,
Y quizá hubiera visto á los antiguos
Varones que quería [á Pirítoo
Y á Teseo, hijos grandes de los númenes];
Mas con fragor inmenso se agolparon
Infinidad de muertos; apresóme
El pálido temor de que del Orco
La augusta Proserpina me enviase
De la horrible Gorgona (27) la cabeza.
Y volvíme al navío. Á mis amigos
Embarcarse mandé y soltar los cables;

Ellos obedeciéronme, y al punto
Al remo se sentaron, y la onda
Llevó por la corriente del Océano
Nuestra nave, primero con los remos,
Y después con un viento favorable.

LIBRO DUODÉCIMO.

Cuando del río Océano el navío
La corriente dejó, y llegó á las olas
Del vasto mar y de Éea á la isla,
Donde están de la Aurora sonrosada
La mansión y las danzas, y el brillante
Orto del Sol, varámoslo en la arena;
Bajamos á la orilla y esperamos,
Descansando, la vuelta de la Aurora.
Cuando ya el Alba de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Envié mis compañeros al palacio
De Circe á que trajeran el cadáver
Del mísero Elpenor, y de seguida,
Después de haber cortado sendas leñas,
En el punto más alto de la costa
El funeral le hicimos, derramando

Llanto copioso; y cuando ya la pira
Las armas y el cadáver insensible
Consumió voracísima, un gran túmulo,
Con alto pico encima, le erigimos,
Y en el centro su remo colocamos.
Mientras con todo esmero estos deberes
Cumplíamos, á Circe nuestra vuelta
No se ocultó, y llegóse presurosa,
Después de engalanarse: las criadas
Nos traían con ella pan y carnes
Abundantes y un vino como fuego.
Cuando al medio llegó la augusta diosa
De nosotros, nos dijo deteniéndose:
«¡Desdichados, que vivos descendisteis
Al reino de Plutón; dos veces muertos,
Cuando los demás hombres mueren una!
Comed aquí y bebed todo este día;
Que ya navegaréis, en cuanto el alba
De nuevo luzca. Os mostraré el camino,
Y os haré las precisas advertencias,
Para que en tierra ó mar, por imprudente
Consejo, no sufraís trabajo alguno.»
Así dijo, y nuestra alma generosa
Se dejó persuadir, y hasta la puesta
Del sol pasamos abundantes carnes
Comiendo allí sentados, y bebiendo
Muy dulce vino; y cuando ya se puso
El sol, cediendo el cielo á las tinieblas,

Mis hombres se acostaron en la playa
Cerca de las amarras del navío.
Y Circe, de la mano, lejos de ellos
Llevóme, é invitándome á sentarme,
Colocóse á mi lado, y preguntóme
Noticias de mi viaje; y yo gustoso
Todo se lo conté. Díjome Circe:
«He ahí cómo todo se ha cumplido.
Oye ahora lo que digo, y lo que un numen
Te pondrá por sí mismo en la memoria.
Encontraréis primero á las Sirenas (1),
Encantadoras pérfidas del hombre
Que se aproxima á ellas. Quien atiende
Imprudente su voz y se aproxima
Á ellas, nunca jamás su bella esposa
Y caros pequeñuelos, á la puerta
De la casa verá regocijados
Esperando su vuelta. Pues encantan
Con su voz deliciosa, en verde prado
Sentadas, rodeadas de osamentas
Humanas, y de cueros que se pudren
En horrible montón. Pasa de largo,
Y cierra los oídos á tu gente
Con blanda cera, porque no las oigan:
Óyelas tú, si quieres; mas procura
Ir atado en el rápido navío
De pie, con gruesas cuerdas, á la base
Del mástil para oir á las Sirenas.

Si pides á tus caros compañeros
Ó les mandas soltarte, que te pongan
Cuerdas más resistentes todavía.
Cuando tus compañeros estos sitios
Dejen atrás, no sé precisamente
Qué ruta designarte: á tí te toca
Escogerla; mas yo podré decirte
Los dos caminos que hay: á un lado se alzan
Unas cóncavas peñas, donde rugen
Con inmenso fragor las grandes olas
De la azul Anfitrite; y los felices
Inmortales *erráticas* las llaman (2).
Por entre ellas no pasan ni las aves,
Ni áun las palomas tímidas (3) que llevan
Á Jove la ambrosía; pues la roca
Siempre arrebata alguna, aunque el gran Numen
Con otra igual su número completa.
Jamás nave ninguna, que acercarse
Á ellas osó, salvóse, pues las tablas
Y los cuerpos humanos juntamente
Son por las recias olas y los vientos
De fuego destructor, arrebatados.
Sólo cruzando el mar pudo franquearlas
El *Argos* (4), tan famoso, de regreso
De la mansión de Eetas; y sin duda
Contra las grandes peñas se estrellara,
Si Juno, que á Jasón favorecía,
No lo hiciera pasar. A la otra parte

Hay dos escollos: el agudo pico
Del uno llega al cielo, siempre envuelto
En una nube oscura, de manera
Que jamás se despeja aquella cumbre
Ni en el fructuoso otoño ni en estío.
Ningún hombre mortal, aunque tuviese
Veinte manos y pies, subir pudiera
Ni bajar de este escollo, pues la roca
Como á mano pulida está de lisa.
Hacia Poniente, en dirección al Erebo,
Hay en medio una cueva muy oscura,
Por donde puedes dirigir tu barco,
Noble Ulises. Un joven no podría,
Arrojando una flecha de la nave,
Hasta el fondo llegar de aquella cueva.
En ella mora Escila, horrendamente
Aullando, con ladrido semejante
Al de joven perrilla; monstruo horrible
Cuya vista ni á un dios agradaría:
Doce pies tiene enormes, y seis cuellos
Disformes, y en cada uno una cabeza
Con tres filas de dientes apretados,
Llenos de muerte atroz. Tiene metido
Medio cuerpo tan sólo en la caverna,
Y fuera del abismo las horribles
Cabezas saca, y registrando en torno,
Perros de mar, delfines, y los monstruos
Mayores que en sus ondas rumorosas

Cría Anfitrite, pesca. No hay marino
Que se precie de haber, sin daño alguno,
Ante Escila pasado, pues cada una
De sus cabezas arrebata un hombre
De los navíos de azuladas proas.
El otro escollo, Ulises, es más bajo,
Como ya lo verás, pues de uno á otro
Hay un tiro de flecha. Allí, al abrigo
De un cabrahigo hojoso, está Caribdis,
Sorbiendo el agua negra, pues tres veces (5)
La sorbe cada día y otras tantas
Horrenda la vomita: ten cuidado
De no encontrarte allí cuando la absorbe,
Pues ni el poder inmenso de Neptuno
Te libraría de ella. El alto escollo
De la Escila es mejor que tú costees
Y pases velozmente, pues más vale
Perder seis compañeros, que no todos.»
Así dijo, y yo entonces respondíle:
«Ahora, sin engaño, amable diosa,
Á mi pregunta pido que contestes:
Si consigo librarme del peligro
De la feroz Caribdis, ¿habrá medio
De rechazar á Escila, cuando quiera
Arrebar mis dulces compañeros?»
Dije, y la augusta diosa: «¡Desdichado!
Me respondió, ¿en hazañas belicosas
Puedes pensar aún, y ni siquiera

Á los eternos dioses ceder quieres?
Escila es inmortal; es un eterno
Monstruo, cruel, terrible, inatacable;
Contra ella no hay defensa, y es el único
Remedio de ella huir. Si te detienes;
Si tus armas al lado del escollo
Esgrimes, temo mucho que, saliendo
De nuevo, te arrebate tantos hombres
Como cabezas tiene. Muy de prisa
Pasa, pues, y al pasar invoca á Crateis,
Madre del monstruo atroz, para que logre
Calmarla, y que de nuevo no acometa.
Llegarás á la isla de Trinacria,
Donde pacen en número infinito
Las ovejas y vacas del Sol claro.
Tiene siete rebaños, de cincuenta
Cabezas cada uno, de unas y otras,
Que aunque entre sí jamás se reproducen,
Jamás menguan en número. Sus guardas
Son deidades: las ninfas Faetusa
Y Lampecia, que al Sol, de Hipérion hijo,
Dió Neera, la cual después de darlas
Á luz y de criarlas, de sí lejos
Las relegó á Trinacria, á ser pastoras
De las vacas de corva cornamenta
Y las ovejas de su padre augusto.
Si piensas en tu vuelta, y no las tocas,
Á Ítaca tornaréis, aunque agobiados

De males; mas si no, te profetizo
De tu nave y tus fieles compañeros
La destrucción total. Tú de la muerte
Te librarás, más volverás muy tarde,
Y mal, perdidos todos tus amigos.»
Dijo, y el Alba de dorado trono
Apareció al instante. Por la isla
Se fué la diosa, y me volví al navío,
Y de embarcarse y de soltar los cables
Órdenes dí á mi gente; obedeciéronme,
Y al remo se sentaron [azotando
De seguida á compás las olas canas].
Tras la galera de azulada proa
Un favorable viento sopló pronto,
Y las velas hinchó; buen compañero
Que la augusta deidad de bellas trenzas
Y delicada voz, nos enviaba.
Puestos los aparejos, nos sentamos
En los bancos, y el viento y el piloto
Dirigían la nave. Entonces triste
Hablé así á mis queridos compañeros:
«Amigos, no conviene que sepamos
Uno tan sólo ó dos los vaticinios
Revelados por Circe; así es que ahora
Os los voy á decir, y conocida
Por todos la verdad, ó moriremos
O escaparemos á la triste muerte.
Nos ordena el oráculo divino

Evitar lo primero de las pérfidas
Sirenas las praderas y los cánticos:
Yo sólo debo oirlas; pero atadme
Firmemente con lazos resistentes
Á la base del mástil, y si os pido
Y os ordeno soltarme, con más cuerdas
Deberéis sujetarme todavía.»
Mientras así instruía á mis amigos
En todas estas cosas, la galera
Empujada por viento favorable
Llegó de las Sirenas á la isla.
Al acercarnos serenóse el viento,
Y un numen amansó las crespas olas.
Alzáronse mis hombres y plegaron
Las velas, arrojándolas al fondo
De la nave, y después con los pulidos
Remos las canas olas azotaban.
Una bola de cera con mi acero
Corté á seguida en diminutos trozos;
Amaséla en mis manos vigorosas,
Y ablandóse al instante, con la fuerza
Con que yo la apretaba y con los rayos
Del Sol, de Hipérion hijo. Uno á uno
Tapé á mis compañeros los oídos,
Y ellos, manos y pies al propio tiempo,
Dejándome derecho, contra el mástil
Con resistentes cuerdas me amarraron,
Y volviendo á sus bancos azotaban

El mar, blanco de espuma, con los remos.
Y cuando navegando raudamente,
Á la distancia á que la voz alcanza
Llegamos, no escapó nuestro navío
Á sus miradas, y al instante alzaron
Las Sirenas su canto delicioso:
«¡Ven, acércate acá, famoso Ulises,
Gran gloria de los Griegos! Tu galera
Detén para que escuches nuestras voces.
Nadie ha pasado en rápido navío
Delante de esta isla, sin que oyese
Nuestro canto melífluo, volviéndose
Deleitado y sabido de mil cosas,
Porque sabemos todas las fatigas
Que Griegos y Troyanos resistieron
En Troya por decreto de los dioses,
Y cuanto ocurre en la espaciosa tierra.»
Esto decían con hermoso canto;
Y yo ansiando escucharlas, ordenaba,
Enarcando las cejas, á mis hombres
Que me soltasen; mas remaron ellos
Sobre el banco encorvados; y al instante
Perimedes y Euríloco con nuevas
Cuerdas me ataron al robusto palo.
Y cuando ya pasamos y no oíamos
La voz de las Sirenas, ni sus dulces
Cantos, mis compañeros al instante
Se quitaron la cera del oído,

Y á mí me desataron de los lazos.
Apenas apartados de la isla,
Ví humo, y grandes olas, y un estruendo
Muy temeroso oí: mis compañeros,
Espantados, soltaron de las manos
Los remos, que cayeron sobre el agua
Con no poco fragor; y de su impulso
Privada la galera, quedó inmóvil.
Yo iba por el navío, con afables
Palabras animando á cada uno.
«Amigos, les decía, no son nuevos
Para nosotros los peligros. Este
No es mayor, en verdad, que el que corrimos
Cuando, con fuerza incontrastable, el Cíclope
Nos encerró en su cueva, y con mi audacia
Y mi astucia os salvé, según entiendo
Que no habréis olvidado. Obedecedme
Ahora puntualmente en cuanto os mande.
Sentados en el banco, herid vosotros
Con los remos del mar las hondas olas;
Quizá Jove permita que escapemos
Por esta vez siquiera de la muerte;
Tú, piloto, tendrás (graba mis órdenes
En tu mente, pues vas al gobernalle)
Bien separado el cóncavo navío
De ese humo y de esas olas; mira siempre
Al escollo, no vaya desviada
La nave á destrozarnos mal tu grado.»

Dije así, y al momento obedecieron.
No les hablé de Escila, irremediable
Peligro, pues temía que aterrados
Dejasen de remar, para esconderse
Del navío en el fondo. Olvidé entonces
De Circe un penosísimo consejo,
Porque me había prohibido armarme.
Ceñíme, pues, la espléndida armadura,
Y tomando dos lanzas, de la proa
Al tablado subí; pues ver pensaba
Desde él, antes que nadie, del peñasco
Salir la atroz Escila, estrago triste
De mis pobres amigos; mas no pude
Verla por ningún lado, y ya mis ojos
Se cansaban de andar por todas partes
Registrando el negrísimo peñasco.
Pasábamos llorando aquel estrecho:
Á un lado estaba Escila, á otro Caribdis
Tragándose del mar las acres olas.
Cuando las devolvía, se encrespaba
Toda con gran rumor, como un caldero
Sobre una grande hoguera; y despedía
Tan furiosa la espuma, que las cumbres
De los altos escollos se mojaban.
Mas cuando las sorbía, interiormente
Parecía agitada; del peñasco
En derredor mugía pavorosa,
Y en lo hondo descubríase la tierra,

Con la cerúlea arena entremezclada.
El pálido temor de mis amigos
Apoderóse entonces, y entretanto
Que á Caribdis mirábamos, temiendo
La muerte, arrebató de la galera
Escila seis queridos compañeros
De los más vigorosos y esforzados.
Al echar á la vez sobre el navío
Y mis hombres la vista, ya en el aire
Ví las manos y pies de aquellos tristes
Que con dolientes gritos me llamaban,
Ya por la vez postrera, por mi nombre:
Como hábil pescador, desde alta peña,
De larga caña armado, el cebo pérfido
Echa á los pececillos, arrojando
Al mar de un buey salvaje el asta dura,
Y al que pica lo arroja palpitante
Fuera del agua; así á mis compañeros,
Palpitantes también, á los peñascos
Escila se llevaba, y en la puerta
De su horrible caverna los comía,
Y ellos ¡ay infelices! me llamaban
Tendiendo á mí sus brazos desmayados
Inútilmente en su terrible cüita.
¡En mis crueles desdichas por los mares
Trance tan lastimoso no ví nunca!
Apenas alejados de las rocas
De la horrenda Caribdis y de Escila,

Llegamos del Sol claro á la isla bella.
Allí las gordas vacas de ancha frente
Y las lucias ovejas infinitas
Del dios, de Hipérion hijo, se encontraban.
Desde el mar, en la nave, los mugidos
De las vacas, cerradas en establos,
Y el balar de las tímidas ovejas
Oí distintamente; y acordéme
De las palabras del profeta ciego
El Tebano Tiresias y de Circe,
Que con vivas instancias me mandaban
La isla del Sol, delicias de los hombres,
Evitar cuidadoso; y condolido
Hablé á mis compañeros de esta suerte:
«Escuchad, compañeros, aunque innúmeros
Males habéis sufrido, mis palabras,
Y os diré los oráculos verídicos
Del Tebano Tiresias y de Circe,
Que con vivas instancias me mandaron
La isla del Sol, delicias de los hombres,
Evitar cuidadoso, pues gravísimo
Mal nos aguarda en ella. Ea, pasemos
De largo, con la nave, ante la isla.»
Dije, y el triste corazón quebróseles;
Y Euríloco repuso amargamente:
«Eres cruel, Ulises; eres recio;
Nunca sientes fatigas, y sin duda
Son de hierro tus miembros, pues no quieres

Que tus tristes amigos, quebrantados
De fatiga y de sueño, á tierra salten
En esa isla cercada de las olas,
Donde aparar podrían rica cena.
¿Quieres que lejos de ella, en el oscuro
Ponto, andemos errantes por la noche
Veloz, en la que nacen, para ruina
De las naves, los vientos más contrarios?
¿Cómo evitar la muerte si de pronto
Surge alguna borrasca levantada
Por el Noto ó el Céfiro violento,
Que son los que, á despecho de los númenes,
Hunden mejor las naves? Á la noche
Obedezcamos, pues; nuestra comida
Cabe el negro navío preparemos;
Y mañana, al lucir la nueva Aurora,
Cruzaremos de nuevo el vasto ponto.»
Así Euríloco dijo, y lo aprobaran
Los demás compañeros, y ya entonces
Conocí que algún mal un dios urdía,
Y con aladas voces respondiéndole:
«Euríloco, le dije, á la violencia
Que me hacéis, siendo solo, al fin me rindo.
Mas prestadme solemne juramento
De que, si una torada ó un rebaño
De ovejas encontramos, imprudente
No ha de matar ninguno ni una vaca,
Ni otra cualquiera res, sino en reposo

Comeréis los manjares de que Circe,
De melodiosa voz, nos ha provisto.»
Dije; y ellos al punto me juraron
Cuanto les exigía. Y el solemne
Juramento prestado, en ancho puerto
Junto á una dulce fuente, nuestra nave
Bien fabricada anclamos, y saltando
Á la orilla mis hombres, diestramente
Prepararon la cena. Cuando el hambre
Y la sed aplacaron, en memoria
De aquellos compañeros, que arrancados
De la nave tragó la atroz Escila,
Lloraron largamente, y áun llorosos
Los cogió el dulce sueño. En la tercera
Vigilia de la noche, cuando á ocaso
Bajaban las estrellas, el gran Jove
Que amontona las nubes, fuerte viento
Levantó, con horrendo torbellino:
Las nubes envolvieron tierras y aguas
Y del cielo cayó profunda noche.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Nuestra nave pusimos al abrigo
De una gruta profunda, donde asientos
Y danzas de las Ninfas se veían.
Entonces á mis hombres convocando:
«Compañeros, les dije, en el navío
Hay comida y bebida; no toquemos

Á ganado ninguno, no nos venga
Algún daño terrible; pues las vacas
Y las lucias ovejas pertenecen
Á una deidad augusta y vengativa:
Al Sol, que lo ve todo y todo lo oye.»
Así les dije, y su alma generosa
Se dejó persuadir. Un mes entero
Soplando estuvo el Noto, y fuera de éste
Y el Euro, no soplaba viento alguno.
Mis gentes, mientras pan y rojo vino
Tuvieron, deseosos de salvarse,
No tocaron las vacas; y acabadas
Todas las provisiones del camino,
En busca de comida, aguijoneados
Por la necesidad, vagar solían
Á coger cuantos pájaros y peces
Venían á sus manos, con anzuelos
Encorvados armados; pues el hambre
Les molestaba mucho. Por la isla
Alejéme yo entonces, deseoso
De pedir á algún dios que de la vuelta
Me mostrase el camino. Y cuando lejos
De mis hombres estuve, con las manos
Lavadas, y del viento guarecido,
Suplicaba á los dioses inmortales,
Del Olimpo habitantes, que infundieron
Dulce sueño á mis párpados. En tanto
Euríloco, á mis hombres proponía

Un consejo funesto: «Mis palabras
Compañeros que tanto habéis sufrido,
Les decía, escuchad. Todas las muertes
Son, en verdad, odiosas á los hombres;
Pero la muerte de hambre es la más triste.
Ea, matemos las mejores vacas
Del Sol, de Hipérion hijo, y ofrezcamos
Un sacrificio á los augustos númenes
Que el vasto cielo habitan. Si volvemos
Á Ítaca, nuestra tierra, un templo rico
Al Sol dedicaremos, con ofrendas
Muy preciosas y muchas. Mas si quiere,
Airado por la muerte de sus vacas
De altos cuernos, perder nuestro navío
El dios, y los demás se lo toleran,
Prefiero de una vez perder la vida
Tragando agua salada, á consumirme
En esta isla desierta poco á poco.»
Así Euríloco dijo, y lo aprobaron
Los demás compañeros. Y al instante
Fueron á perseguir las más hermosas
Vacas del Sol, sin apartarse mucho
(Pues las hermosas reses de ancha frente
Y cuernos encorvados, bien cercanas
Á la galera rápida pacían),
Cercáronlas, y votos á los dioses
Dirigieron, después de haber cogido
De una alta encina delicadas hojas,

Pues ya blanca cebada no tenían
En la sólida nave, y terminada
La oración, las mataron, desolláronlas,
Les cortaron las piernas, que cubrieron
Con doble capa de redaño untuoso,
Colocaron encima los tasajos
De carne cruda, y como no tenían
Vino para regar el fuego sacro,
Asaron, rociándolos con agua,
Todos los intestinos. Consumidas
Las piernas, y probadas por mis hombres
Las entrañas, partiendo lo restante
En largos asadores lo clavaron.
Entonces de mis párpados el sueño
Huyó, y á mi navío y á la orilla
Del mar me dirigí: y estando cerca
De mi nave simétrica, un perfume
Gratísimo de grasa hasta mí vino,
Y entonces invoque á los altos dioses:
«¡Padre Jove, gemí, dioses felices!
Para mi mal, sin duda, me enviasteis
Aquel pérfido sueño, pues mi gente
Un crimen en mi ausencia ha cometido.»
Lampecia, de amplio velo revestida,
Rápida mensajera, anunció al punto
Al Sol, de Hipérion hijo, aquel destrozo
Que mis hombres hicieron en sus vacas.
Y airado el numen, al instante dijo

En el alto consejo de los dioses:
«Padre Júpiter, dioses inmortales
Y bienaventurados, es preciso
Castigar á los malos compañeros
Del hijo de Laertes, cauto Ulises,
Que han tenido la audacia de matarme
Las vacas, mis delicias, cuando al cielo
Estrellado subía, ó descendía
Á la tierra de nuevo. Si no logro
Justa compensación de este delito,
Descenderé del Orco á las regiones
Y alumbraré á los muertos.» El gran Júpiter,
Que amontona las nubes, le repuso:
«Oh Sol, sigue como antes alumbrando
A los dioses eternos y á los hombres
Mortales que en el alma tierra viven;
Pronto su nave con ardiente rayo
Haré menudos trozos en el ponto.»
Esto me refirió la bella diosa
Calipso, que lo oyó del Argicida
Mercurio, mensajero de los dioses.
Cuando llegué á la orilla y á la nave
Fuí de modo diverso reprendiendo
Á cada cual, pero remedio alguno
No pudimos hallar, pues degolladas
Estaban ya la reses. A seguida
Mil prodigios los dioses les mostraron:
Los cueros serpeaban como vivos;

Las carnes, tanto asadas como crudas,
En derredor del asador mugían,
Y se oía un rumor como de vacas.
Seis días mis queridos compañeros
Estuvieron comiendo las más bellas
Vacas del Sol, y al séptimo el Saturnio
Júpiter caer hizo el viento fuerte
Que alzaba las borrascas; embarcámonos
Entonces y zarpamos, y las velas
Izamos antes y el robusto mástil.
Mas cuando ya la isla abandonamos,
Y no había ya tierra á nuestra vista,
Sino el cielo y el mar, sobre la nave
Suspendió el alto Jove negra nube
Que oscureció las ondas agitadas.
No anduvo mi galera largo trecho,
Porque en breve del Céfiro los silbos
Resonaron, alzando una deshecha,
Horrible tempestad: rompió la furia
Del viento los dos cables del gran mástil,
Que se cayó hacia atrás, en la sentina
De la nave las jarcias arrojando:
Hirió aquél al piloto en la cabeza
Magullándole el cráneo y los sesos,
Y arrojólo á la mar desde el tablado
Igual á un somormujo, y su alma noble
Abandonó los huesos. Tronó Júpiter
Entonces y lanzó su rayo ardiente

Sobre la nave, que giró, llenándose
Dé sulfúreo olor; cayeron de ella
Mis compañeros; y en las crespas olas
Á modo de cornejas se agitaban
En torno de la nave; pero en vano,
Que el placer del regreso un dios quitóles.
Yo andaba por la nave, cuando el ímpetu
Del mar soltó las tablas de la quilla,
Que en el agua flotó desarbolada;
Rompióse hasta ella el mástil, sujetado
Por correa fortísima, del cuero
De un buey grande sacada, y yo con ella
Mástil y quilla sujeté, y á gusto
Del fiero viento arrebatar dejéme.
El Céfiro violento cesó entonces
De concitar borrascas, y de pronto
El Noto sobrevino, con espanto
Para mi corazón, pues me obligaba
Á volver hacia la hórrida Caribdis.
Toda la noche anduve de este modo,
Y á los escollos con el sol naciente
Llegué de Escila y de Caribdis hórrida.
Sorbió ésta entonces las saladas aguas,
Y alzándome con fuerza, al cabrahigo
Logré asirme, quedando de él colgado
Como negro murciélago; mas nunca
Pude hacer hincapié ni remontarme,
Pues estaban muy lejos las raíces,

Y no menos remotas, grandes y altas
Las ramas que á Caribdis daban sombra.
Mantúveme cogido reciamente,
Hasta que nuevamente vomitase
La carena y el mástil; y mi anhelo
Cumplido miré al fin. A la hora misma
En que la plaza pública abandona,
Para irse á cenar, el que ha juzgado
De jóvenes pleitistas mil litigios,
Los leños del abismo al fin salieron;
Para bogar, sobre ellos pies y manos
Coloqué, y en el medio, con gran ruido
Caí; me acomodé y usé por remos
Los vigorosos brazos. El augusto
Padre de los mortales y los dioses
Consintió que la Escila no me viese;
De otro modo mi muerte era segura.
Así anduve perdido nueve días,
Y en la noche del décimo, los dioses
A la isla de Ogigia, donde mora
La gran diosa Calipso, de cabellos
Hermosos y voz dulce, que acogida
Favorable me dió y amable albergue,
Me llevaron por fin. ¿A qué contarte
Esto? Ya ayer lo referí en tu casa
A ti y á tu mujer; y lo narrado
Una vez, no es discreto repetirlo.

NOTAS.

LIBRO PRIMERO.

(1) *Dime, oh Musa, del héroe ingenioso.*—El principio modesto de *La Odisea* ha sido justamente aplaudido. Los elogios que le tributa Horacio en su *Epistola ad Pisones* son demasiado conocidos para que haya necesidad de recordarlos. Los sensatos preceptos del vate Venusino y el ejemplo de Homero no siempre han podido reprimir los bríos jactanciosos de algunos poetas épicos. Testigo Claudiano, que empieza poseído de ficticio entusiasmo:

> . . . . . *Audaci promere cantu*
> *Mens congesta jubet, gressus removete, profani:*
> *Jam furor humanos nostro de pectore sensus*
> *Expulit, et totum spirant praecordia Phoebum.*

Los buenos poetas han seguido las huellas de *La Iliada* y *La Odisea*. Virgilio comienza su *Eneida* con recomendable modestia, imitada por Tasso y Ariosto, Camoens y nuestro Ercilla; y en cuanto á Dante, llega al extremo de suprimir toda invocación y proposición, entrando de lleno en la narración que constituye el maravilloso tejido de *La Divina Comedia*.

Traducimos *ingenioso*, el πολύτροπον del texto, por parecernos más expresiva y fiel esta versión que la de astuto, artificioso, hábil ó prudente que de ordinario suele dársele. Hombre ingenioso es, en efecto, el que posee en alto grado la facultad de

discurrir é inventar pronta y fácilmente, y de emplear maña y artificios para conseguir lo que desea, cosa característica de Ulises en este poema y en *La Ilíada*. Además, este epíteto ha recibido una sanción magistral en nuestro idioma. Cervantes llamó también á su héroe: *El ingenioso Hidalgo*.

(2) *Que, después de arrasar la sacra Troya.*—Homero atribuye á Ulises la gloria de la destrucción de Troya, porque en el asedio verificó hazañas sin las cuales nunca hubiera podido ser tomada la ciudad de Príamo. Él trajo á Aquiles á la famosa guerra; él sustrajo las cenizas de Laomedonte, que se guardaban sobre las puertas Esceas, y el Paladión, *imagen* venerada de Minerva; él arrebató los caballos de Reso, antes de que probasen las aguas del Janto; él contuvo la fuga de los Griegos; él en fin, entre otras muchas proezas, imaginó el célebre caballo de madera, y lo introdujo en la ciudadela de Ilión, según referirá él mismo en el libro VIII, asintiendo á lo cantado por Demódoco. De aquí el epítero de πτολιπόρθος (*destructor de ciudades*) con que le distingue el poeta.

(3) *Viendo muchas ciudades, y costumbres—sin cuento conociendo.*—Mad. Dacier en sus doctos comentarios á *La Odisea* (tomo I, pág. 48), hace notar, á propósito de estas palabras, la gran estimación en que tenían los antiguos á los que habían viajado mucho. Los viajes de Hércules y de Baco son una prueba de ello. Pero distinguían acertadamente los viajes útiles y fructuosos, como los de Ulises, de los perjudiciales y de mero pasatiempo. De aquí las cortapisas de Licurgo á las licencias para viajes, que se cree inspiraron á Platón lo que sobre el particular consigna en el libro XII de *Las Leyes*.

(4) *Pero inútil—fué su afán.* Homero se refiere aquí en particular á los cuarenta y cuatro compañeros que Ulises tenía en su nave, pues sólo éstos comieron las vacas del Sol. Los otros habían perecido en las diferentes aventuras relatadas en el decurso del poema.

(5) *De Hiperión hijo.*—Cicerón (*De Natura Deorum*) distingue cinco soles: 1.°, hijo de Jove y nieto de Eter; 2.°. hijo de Hiperión; 3.°, hijo de Vulcano y nieto del Nilo; 4.°, el hijo de Acanto y nacido en Rodas, y 5.°, el que engendró en Colcos á Eta y á Circe. En el nombre de *Hiperión*, hijo del Cielo y de

la Tierra, podría hallar el Sr. Sánchez Calvo una nueva comprobación á las hipótesis sobre la onomatopeya *Ber*, que desarrolló en su ingenioso, eruditísimo y por demás curioso libro *Los Nombres de los Dioses* (Madrid, 1884).

(6) *Calipso.*—El nombre de esta diosa sale del verbo καλύπτω, ocultar ó cubrir. De aquí deducen los comentaristas que Homero quiere dar á entender alegóricamente la necesidad de que un héroe destinado á gobernar hábilmente sus Estados, aprenda ante todo el arte de disimular y de guardar los secretos. Otros ven una manera poética de decir que Ulises estuvo siete años sin que nadie tuviese noticia de su existencia y paradero.

(7) *Neptuno—que no cejó en sus iras contra el héroe.*—La causa de la cólera de Neptuno la dice poco más adelante Júpiter, respondiendo á las quejas de Minerva. En el libro IX se refiere detalladamente la aventura de Ulises en la cueva del Cíclope Polifemo, hijo del dios de los mares.

(8) *Al remoto confín de los Etiopes.*—Estrabón hace una larga disertación sobre este pasaje, elogiando con tal motivo la pericia geográfica de Homero, á quien llama *príncipe de la geografía* (lib. I, cap. II). Plinio (lib. V, cap. VIII) dice, describiendo este país con más brevedad que el geógrafo griego: «En el interior del África, al Mediodía, sobre los Gétulos, y después de atravesar los desiertos, se hallan, primero los Libio-egipcios, y después los Leucetiopes; más lejos, las naciones etiópicas: los Nigritas, que tomaron su nombre del río; los Gimnetas y Farusios, que tocan ya al Océano, y los citados Perorcos en los límites de la Mauritania. Separan á estos pueblos por Oriente vastas soledades, hasta los Garamantas, Augilas y Trogloditas: exactísima es la opinión de los que colocan allende los desiertos de África las dos Etiopías, y ante todos, Homero, que divide en dos los Etiopes, orientales y occidentales.»

(9) *De nosotros—vienen, dicen, los males.*—Este pasaje es sumamente notable, porque marca una idea verdaderamente avanzada acerca de la libertad humana combinada con la presciencia divina, y echa por tierra la opinión de los que suponen ciegamente fatalistas á los Griegos. Por ella se ve que ya en los tiempos homéricos se consideraba á la divinidad, en medio del

laberinto á veces escandaloso de las fábulas, como el supremo bien y la absoluta justicia.

(10) *Argicida.* Dase este nombre á Mercurio, porque logró dar muerte á Argos, no obstante sus muchos ojos. Un cuadro de Velázquez ha hecho popular entre nosotros esta aventura del habilísimo ratero olímpico.

(11) *Atlante* ó *Atlas.*—Hijo de Júpiter y de Clímene ó de la Ninfa Asia, hermano de Prometeo y rey de Mauritania. Perseo lo convirtió en el altísimo monte de África que lleva su nombre, mostrándole la cabeza de Medusa, en castigo de no haberle acogido dignamente. Otra fábula supone que por haberse rebelado contra Júpiter condenóle éste á sostener el cielo sobre sus hombros. Quizá en este mito se esconde, como suponen algunos y hacen pensar los epítetos de Homero, un profundo conocedor de la astronomía, de las matemáticas y de la geografía.

(12) *Ogigia.*—Dicen que esta isla tomó su nombre de Ogiges, rey de los Tebanos. Era la de Gaulus, hoy Gozzo, próxima á la de Melita (Malta). No debe confundirse con otra de igual nombre, cercana á la de Creta, citada en las Actas de los Apóstoles. Homero (*jure poëtico*, dice Ricci) la trasladó al Océano Atlántico (Vid. Estrabón, lib. I, cap. II). Plinio (lib. IV, capítulo XIX) cree que es la llamada de Calipso, á 10.000 pasos del promontorio Lacinio.

(13) *Dijo, y calzóse las sandalias de oro.*—Observa Mme. Dacier que el poeta da á Minerva talares como á Mercurio, detalle digno de ser tenido en cuenta por los pintores. Flaxman, á menudo feliz intérprete gráfico de Homero, descuidó este particular en la bella lámina que representa á Minerva dirigiéndose á Ítaca para aconsejar á Telémaco. (Vid. *Obras de Flaxman, grabadas al contorno* por *D. Joaquín Pi y Margall.* Madrid, 1860. *Odisea*, lám. 2.ª)

(14) *Guarnecida—de agudo bronce.*—Homero da la preferencia al bronce sobre el hierro en las armas y utensilios que cita en sus poemas. Ricci (*Disertationes Homericae.* Florentiæ, MDCCXL, Dissertatio XVI) discurre largamente sobre el particular. No se crea, sin embargo, que Homero desconocía el hierro, pues repetidas veces lo nombra en sus poemas. Quizá, conforme con la tradición poética y la historia, quiso dar á en-

tender la antigüedad del uso de aquel metal relativamente al bronce. Nadie ignora que, según Hesiodo, la edad de bronce precedió á la de hierro, como después dijo Lucrecio (lib. v, *De Rerum Natura*):

Posterius ferri vis est, ærisque reperta;
Et prior æris erat, quam ferri cognitus usus,
Inde minutatim processit ferreus ensis.
Versaque in opprobrium species est falcis ahenæ.

Los estudios modernos han comprobado esto mismo. El uso del hierro es de nuestra era en Escandinavia, y posterior en Rusia y Siberia; en la Galia se empleó 800 años a. d. C.; en Etruria, 1400; en Grecia algo más de 1200, y 4000 en Egipto.—(Ernest-Chantre. *Etudes paléoethnologiques dans le bassin du Rhône.* Lyón, 1875-1876.)

(15) *Mentes.*—La tradición supone que Mentes fué un célebre negociante de Leucade que llevó en sus naves á Homero en los diferentes viajes que hizo este poeta. Para honrar su memoria le cita en su poema, haciendo que Minerva tome su figura con preferencia á la de cualquier otro príncipe de las inmediaciones de Ítaca. Tiquio (en la *Ilíada*), Mentor y el aeda Femio llevan también nombres de otros tantos amigos del agradecido vate.

(16) *Tafios.*—Habitaban en la isla de Tafos ó Tafios (Ταφιοῦς ἡ Ταφος), muy próxima á la de Cefalenia. (Estrabón, lib. x, cap. xi.)

(17) *Procos.*—Exigencias métricas nos obligan á traducir á menudo Μνηστὴρ, *proco*, en vez de *pretendiente*, palabra menos arcaica, pero de más difícil acomodo dentro del endecasílabo. Inútil es advertir á los doctos lectores que ni μνηστὴρ, ni *procus*, se tomaban en sus respectivos idiomas á mala parte.

(18) *En jugar con los dados.*—No se sabe con precisión en qué consistía el juego llamado πεττεία, á que alude el texto homérico. Ateneo cuenta que Apión de Alejandría supo por un Itacense llamado Ctesón, que este juego era como sigue: Los ciento ocho pretendientes de Penélope se dividían en dos bandos de á cincuenta y cuatro; cada jugador ponía su ficha, dama ó peón en una casilla frente á las de los otros; entre las calles paralelas había un espacio vacío, en medio del cual se colocaba

la pieza principal, objeto del ataque. El que con su dama desalojaba la que podemos llamar Reina, la ponía en su lugar, y si tocaba á ésta sin tropezar á ninguna de las otras ganaba un juego: el partido se componía de un número determinado de juegos, y el vencedor consideraba su triunfo como augurio favorable para las pretensiones amorosas. Palamedes fué, según algunos, el inventor de este juego en la guerra de Troya; otros, como Platón (*Fedro*), atribuyen su invención á los Egipcios, juntamente con la Astronomía, la Aritmética y la Geometría.

(19) *Otros con las esponjas.* — El uso de los manteles y servilletas era desconocido entre los Griegos.

(20) *En las sillas y sitiales.*—Había distinción en los asientos según la categoría de las personas. El de menos pretensiones (κλίσμός) le llamamos en la versión *silla*. y aunque no sea rigurosamente exacta la palabra *sitial*, al más rico y elegante (θρονὸς). De todos modos siempre creemos preferible *sitial* á *trono* ó *sillón*.

(21) *Manjares delicados.*—Los que las venerables despenseras presentan en este y otros pasajes, parece que eran los que se servían fríos y eran susceptibles de ser guardados. Á próposito de esto, dice Eustacio que habiendo concedido Demetrio Falereo á Moscón los sobrantes de su mesa, recogió éste de su venta en dos años dinero suficiente para comprar tres campos.

(22) *La cítara.*—Instrumento de cuerda muy parecido á la forminge. Se componía de dos mástiles, cuya parte superior se encorvaba hacia fuera y caía redondeándose; caja oblonga ó rectangular; dos yugos ó travesaños para unir los mástiles superior é inferiormente, y cuerdas de número no bien precisado, aunque primitivamente tuvo tres ó cuatro, tensibles por medio de clavijas. Homero, que nunca cita la lira, no distingue la cítara de la forminge, y á veces habla de *citarizar con la forminge;* así como en este pasaje dice formingear con la cítara. El autor del Himno á Mercurio confunde la forminge, la cítara y la lira. (Vid. *Conversaciones de Lauriso Tragiense, pastor árcade.* Madrid, 1798, págs. 119 y siguientes.)

(23) *Femio.*—Las tradiciones populares suponen también que Femio fué un grande amigo de Homero, inmortalizado por el cariño del poeta.

(24) *La ojos verdes.*— Otros intérpretes traducen cerúleos ó brillantes. Ya en una nota á la Anacreóntica XXVIII hemos demostrado la exactitud de verter γλαυκῶπις como lo hacemos ahora. (Vid. *Poetas líricos griegos*, trad. en verso castell. Madrid, 1884, pág. 251.)

(25) *Témesa.*—Hubo dos ciudades de este nombre, ambas célebres por el bronce que en ellas se fabricaba; una en el Brucio, al Sur de Italia, y otra en Chipre. Estrabón (lib. VI, cap. I), cree que Homero se refiere á la primera; pues Ítaca se halla en el camino de Tafos á la ciudad citada. Los Fenicios debieron dar á ambas el nombre que llevan de *Temes*, que en su lengua significa *fundición.*

(26) *Que de Ulises—hijo soy asegura.*—Extraña es semejante respuesta en boca de Telémaco, que podía estar bien seguro de la inquebrantable fidelidad de su madre, probada en veinte años de resistencia á las pretensiones amorosas más legítimas. Eustacio cree que el intento del poeta no va más allá de hacer decir al Príncipe unas palabras pueriles y sencillas para imitar el natural (μιμητικῶς), aquí (fuerza es confesarlo) con alguna inconveniencia. Los comentaristas citan frases análogas de Sófocles, de Eurípides y de Menandro, y las opiniones de los jurisconsultos romanos y de Hugo Grocio. *Mater certa esse dicitur*, dice éste, *quia inveniuntur qui quæve partui et educationi adfuerint. At de patre hujus gradus certitudo haberi non potest.*

(27) *¿Por qué es este banquete?*—Minerva menciona aquí las tres clases de comidas sobre las cuales diserta Ateneo (lib. VIII, cap. XII): ἔρανος, comida á escote; γάμος, convite de bodas; ἑλαπίνη, gran festín en que uno solo paga el gasto de todos.

(28) *Pero con muerte oscura las Harpías.*—Expresión proverbial para designar una muerte incierta y desconocida. Las Harpías eran unos monstruos con rostro de mujer y cuerpo, pico y garras de buitre, hijas de Neptuno y del Mar, ó, según Hesiodo, de Taunias y Electra, hija del Océano. Este mito quizá designa los piratas que infestaban las costas é islas del Mediterráneo; y no sin intención supone Telémaco que su padre en sus viajes marítimos haya podido ser víctima de ellas.

(29) *Same.*—Ciudad (Estrabón, lib. X, cap. II) de Ce-

falenia, que daba también su nombre á toda esta isla. Había ya desaparecido en tiempos del geógrafo citado, conservándose sólo algunas ruinas hacia la mitad del camino á Ítaca. Plinio la cita también (lib. IV, cap. XIX).

(30) *Duliquio.*— Isla del mar Jonio; una de las Equínadas, situada entre las de Zacinto y Cefalenia: estaba sujeta al mando de Ulises. Algunos la han confundido con Cefalenia (Vid. Estrabón, lib. X, cap. II).

(31) *Zacinto.*—Isla del mar Jónico (hoy *Zante*), á 25.000 pasos de Cefalenia. Llamóse también Hiria, y tenía en tiempo de Plinio (lib. IV, cap. XIX) una ciudad magnífica. Era célebre su monte Elato, de 36.000 pasos de perímetro. Ítaca, capital de los estados Ulíseos, se hallaba á 15.000 pasos de Zacinto.

(32) *Efira.*—Había varias ciudades de este nombre. Homero parece referirse aquí á la de Tesprocia, llamada también Ciquiro. En la *Iliada* (lib. II, v. 269) habla de otra Efira próxima al río Seleis, en el país de los Corintios.

(33) *Ilo—el Mermérida.*—La Cronología fabulosa suponía que Medea se había detenido en Efira algún tiempo, enseñando á sus habitantes el arte de confeccionar venenos. Su rey Ilo, hijo de Mérmero y nieto de Feres, era biznieto de la terrible hechicera.

(34) *Pilos.*— Había en el Peloponeso tres ciudades de este nombre. Mme. Dacier cree que Homero no se refiere aquí ni á la Pilos de Elide sobre el río Seleis, por estar demasiado próxima á Ítaca, ni á la de Mesenia, casi al Sur del Peloponeso, excesivamente distante, sino á la que existía entre ambas á orillas del Amato. (Vid. *L'Odyssée d'Homère traduite en françois*, tomo I, p. 228). Sin embargo, la circunstancia de ser puerto de mar la Pilos Mesénica, circunstancia que no existe ni en la de Elide ni en la de Trifilia, nos inclinan á creer que Homero se refiere á la primera. La mayor ó menor velocidad del viaje significa poco cuando una deidad se encarga de guiar la nave.

(35) *La vuelta funestísima de Troya—decretada por Palas á los Griegos.* — La causa de la cólera de Minerva fué el ultraje inferido á su sacerdotisa Casandra por Ayax Oileo.

(36) *Las nuevas—canciones son más gratas.*—Lo mismo dijo Píndaro (Olímpica IX. Trad. de Montes de Oca):

Al paladar agrada
El cáliz en que hierve el vino anejo;
Pero líricas flores
Mientras más nuevas son, suenan mejores.

LIBRO SEGUNDO.

(1) *Y dos ligeros—perros iban trás él.*—En los tiempos heroicos eran muy usados los perros. Aquíles en la *Ilíada* tenía siete enormes para guardar sus rebaños. Es sencilla y bella la idea de presentar al joven príncipe seguido de dos fieles animales; el burlarse de ello acusa estragado gusto. Virgilio, grande imitador de Homero, no despreció este detalle. Evandro lleva en el libro VIII de la *Eneida* igual acompañamiento. Más adelante el episodio de la muerte del Argos, perro de Ulises, será una elocuentísima muestra del arte con que Homero toca todos los asuntos.

(2) *Su hijo Antífo.*—Gran cuestión entre intérpretes y comentadores sobre la frase un tanto anfibológica πὺματον δ' ὡπλίσατο δόρπον, *hizo con él su última comida.* ¿Fué Antífo el último compañero de Ulises devorado por Polifemo? ¿Fué el que le sirvió para la última comida del día, ó sea para la cena? ¿Murió el Cíclope después de haberlo comido á consecuencia de haber sido cegado por Ulises? El dilucidarlo importa poco. Por eso el poeta no se cuidó sin duda de expresar con precisión escrupulosa punto de tan mínima importancia.

(3) *Y tomando el grave cetro.*—Los reyes y príncipes llevaban su cetro á los consejos y juntas, ó tenían á su lado heraldos encargados de entregárselo en el momento en que iban á usar de la palabra. En la liturgia cristiana se ha conservado esta costumbre de dirigir los prelados de la Iglesia la palabra á los fieles con el báculo, variante llena de simbolismo del cetro. En el libro XIII de la *Ilíada* se expresa más detalladamente la costumbre de que ahora se hace mérito.

(4) *Temis—que reune y disuelve los consejos.*—Eustacio cree que el poeta hace referencia á alguna costumbre de llevar á las juntas una estatua de Temis y de retirarla á su terminación. Otros, no viendo comprobado por ningún dato este uso, dan sentido alegórico á la frase homérica, y suponen significa que la diosa hace prevalecer las decisiones justas y anula las viciosas.

(5) *Un velo.*—Tal es el significado de la palabra φαρὸς. En la conversación ordinaria se la llama *tela;* pero esto importa poco, pues no escrupulizando mucho en tecnicismos indumentarios, no creo que haya gran inconveniente en llamar tela á un velo.

(6) *Micene—la de hermosa corona.*—Hija de Inaco y de Melia, hija del Océano, según un Escoliasta.

(7) *Alcmena.*—Hija de Electrión, rey de Micenas, y madre de Hércules. Muerto su primer marido el tebano Anfitrión, contrajo segundas nupcias con Radamanto.

(8) *Tiro.*—Bellísima hija de Salmoneo. En el canto XI refiere el poeta un episodio de su vida. Fué madre de Neleo, y abuela paterna, por consiguiente, de Néstor, rey de Pilos.

(9) *Pagar gran suma á Icario.*—El hijo que despedía á su madre de casa debía devolverle la dote que aportó á su matrimonio. No sucedía esto cuando la madre salía para contraer nuevas nupcias. Preocupaba bastante á los héroes de la *Odisea,* como se ve en este y otros pasajes, la cuestión de intereses.

(10) *Sobre mí las Furias—tremendas llamaría.*—Las Furias, Erimnias y por antífrasis Euménides, personificación del remordimiento, eran las encargadas de castigar todo género de maldades; pero muy especialmente las cometidas contra los padres y hermanos mayores. Nadie desconoce el importantísimo papel que desempeñan en la *Orestiada,* admirable Trilogía de Esquilo. En la *Ilíada* (libs. IX, XV y XXI) hay pasajes análogos al que motiva esta nota.

(11) *Si más justo os parece.*—El trozo que así principia es idéntico á otro del libro I, vs. 375 y siguientes. Estas repeticiones son muy frecuentes en Homero, que no lleva el afán de la variedad hasta evitar nimiamente el reproducir, no sólo palabras, sino sendos trozos que abarcan á veces no pocos versos.

Ricci (*Dissertaciones Homericæ*, tomo I, pág. 58) defendió hábilmente á nuestro poeta de los que con tal motivo le reprenden.

(12) *Dos águilas.*—Mme. Dacier, convertida en arúspice, explica ingeniosamente la significación de este oráculo. « *Las dos águilas*, dice, son Ulises y Télemaco. *Júpiter las hace partir*, porque ambos son movidos y guiados por este númen. *Vienen de la montaña*, porque los dos vienen de su casa de campo donde han concertado su venganza. *Al principio no hacen más que cernerse en el aire*, porque al principio no hacen gran ruido y se presentan con tranquila apariencia. *Se hallan siempre juntas*, porque padre é hijo se auxilian y van al mismo objeto. *Pero cuando llegan sobre la junta hacen gran estrépito*, como Ulises y Telémaco al llegar á la sala donde los pretendientes comen. *Marcan con sus miradas la cabeza de los procos de Penélope*, es decir que los matan unos tras otros. *Se ensangrientan la cabeza y el cuello*, como queriendo indicar que al inmolar á un súbdito culpable, un príncipe se desangra á sí mismo. *Atraviesan la ciudad y vuelven á su retiro*, como después de la terrible ejecución se retiraron Ulises y su hijo á la casa de campo de Laertes, que es como su propia casa.»

(13) *Mentor.*—Nombre de otro de los supuestos amigos de Homero. Recibióle en Ítaca, cuando regresaba de España, y le dió gratísima hospitalidad, mientras le duró una molesta oftalmía que impedía al poeta continuar su viaje.

(14) *Ama.*—Euriclea, nodriza de Ulises, no pudo serlo de Telémaco; pero el príncipe le da este nombre, sea por cariño, sea porque así sería designada y conocida en el palacio.

(15) *En unos cueros recios.*—Al hacer notar esta costumbre de encerrar en cueros la harina para los viajes, dice el comentarista Juan Sponde: « In patria mea, *prope Cantabros*, veterem morem sequuntur: nam utribus eam de loco ad locum transferunt.»

(16) *Á Noemón, ilustre hijo de Fronio.*—Lo doctísima Dacier, cuya perspicacia va muchas veces más allá del objeto examinado, halla en la etimología de los nombres *Noemón* (prudente) y *Fronio* (sensato) un precepto de moral profunda. Hay, dice, un hombre en Ítaca, bastante fiel á su príncipe para

no temer el resentimiento de los procos, ¿y qué hace el poeta? darle los nombres citados, con lo cual indica que la mejor muestra de prudencia y de sensatez que puede dar un súbdito es conservarse leal á su príncipe.

LIBRO TERCERO.

(1) *Neleo.*—Hijo de Neptuno y de la Ninfa Tiro, hija de Salmoneo. Arrojado de la Tesalia por su hermano Pelias, fundó la ciudad de Pilos en Mesenia. Tuvo de Cromis, hija de Anfión, doce hijos, que, juntamente con su padre, fueron muertos por Hércules, excepto Néstor, que no estaba presente cuando la horrible matanza.

(2) *Un sacrificio de toros todos negros.*—Los sacrificios de los Pilios á Neptuno se verificaban, según Estrabón (lib. VIII, cap. III), en un templo á Neptuno Samio, en Samico, tenido en suma veneración. Pero Homero parece referirse claramente á una capital de los estados de Néstor, que no podía ser, como ya queda dicho (N. 34 al lib. I.), otra que la *Pilos ad Coryphasium* ó de Mesenia, pues la Trifílica ó Lepreática, llamada ἠμαθόεντα en los poemas homéricos, estaba á treinta ó más estadios (5.400 metros) del mar.

(3) *Nueve asientos kabía.*—Uno, sin duda, por cada ciudad sometida al mando de Néstor. Véase cómo los enumera el canto II de la *Iliada* (traducción de Hermosilla):

> Trajera Néstor en noventa naves,
> y en las lides mandaba, los guerreros
> de Pilos y de Arene deliciosa;
> de Trío, do el Alfeo es vadeable;
> Epi, de hermosas casas; Ciparisa,
> Aufigenia, Pteleo, Helos y Dorio...

(4) *Dióles de entrañas.*—Cuando las piernas de las víctimas sacrificadas eran consumidas por el fuego, todos los asistentes

recibían una pequeña porción de las entrañas, con lo cual se tomaba parte en el sacrificio y en las gracias que de él se esperaban. Por eso Pisístrato principia por ofrecer á los forasteros una porción de las entrañas, y más tarde les invita á tomar parte en el banquete en que se comía el resto de los animales inmolados.

(5) *Domador de Gerenia.*—Sobre este título con que el poeta cita frecuentemente á Néstor, dice Hermosilla (Traducción de la *Iliada*, Madrid, 1878, tomo III, pág. 314): «Este epíteto, que hoy sería innoble tratándose de un príncipe, era entonces un título de honor; y por eso le he conservado la primera vez que se presenta, aunque en otros pasajes lo he suprimido por ser uno de los que pudieran llamarse de mera fórmula.»

(6) *Piratas.*—No debe sorprender que Néstor, tan afable con sus huéspedes, les pregunte si son *piratas*, lo cual constituiría hoy atroz insulto. «Tal industria, dice Tucídides (lib. I, cap. V), lejos de ser ignominiosa, era más bien honorífica; como lo prueban ciertos pueblos continentales, que hoy mismo se precían de sobresalir en ella, y el testimonio de los poetas antiguos, que jamás dejan de preguntar á los recién llegados si son piratas, mostrando así que los hombres á quienes tal pregunta se hace no ocultan su profesión y que no es tampoco injuria por parte de los que tienen sus razones para dirigirla.»

(7) *Monte Neyo.*—Estrabón (lib. X, cap. II) dice que es dudoso si este monte es el mismo que el Nerito, también itacense. En la carta VIII, *Hellas. Peloponnesus*, que acompaña á la edición de aquel geógrafo por Fermín Didot, París, 1858, se coloca el Nerito al Norte, y el Neyo al Sur de Ítaca.

(8) *De gallarda cintura.*—Así traducimos el βαθυζώνους τε γυναῖκας, que significa literalmente *profundeque — cinctas mulieres.*

(9) *Tenedos.*—Isla del Archipiélago, frente á la Troade, á cinco mil pasos del Continente, de ocho estadios de circuito. Quedó abandonada después de la ruina de Troya. En la *Iliada* juega principal papel por haber servido de retiro á los Griegos mientras concertaban sus últimas medidas para la terminación de la guerra. Su nombre actual es *Bogdja.*

(10) *El rubio Menelao.*—El color rubio es muy alabado en

los cabellos por los poetas. Por eso Homero rara vez se olvida de adornar á Menelao con el epíteto ξανθὸς, con intento de poner de relieve una cualidad tan apreciada.

(11) *Lesbos.*—Hoy Metellin. Isla importantísima en la historia y en la literatura griega. Sus principales ciudades eran *Mitilene* (Metellin), patria de Pítaco, Alceo y Safo; *Metimna* (Molivo); *Antisa* (Sigri) y *Eresa* (Ereso), donde nació Teofrasto.

(12) *Quío.*—Isla del Egeo, enfrente de la Lidia, después Jonia. Su capital, del mismo nombre, era una de la siete ciudades que pretendían ser cuna de Homero. Llámase actualmente *Scio*, *Sachez* ó *Chiod.*

(13) *Psiria.*—Pequeña isla del Egeo á ochenta estadios del Oeste de la de Quío.

(14) *Mimas.*—Montaña del Asia Menor, en la península Eritrea. Hay otras del mismo nombre. El viaje entre este monte ó sea la costa oriental de Asia y la occidental de Quío, era el más corto, dada la posición de los bajeles griegos, aunque también más peligroso y difícil.

(15) *Geresto.*—Promontorio al Sur de Eubea, con un templo consagrado á Neptuno. Era, según Estrabón, el lugar más cómodo para los que partían de Asia con dirección á Grecia. Su nombre actual es cabo *Mandili.*

(16) *Mirmidones.*—Pueblos de la Tesalia, que acompañaron á Aquiles á la guerra de Troya.

(17) *Tan sólo de la muerte, igual á todos.*—Horacio (oda, VII, lib. IV) también consigna la imposibilidad de que un dios vuelva á la vida al mortal que ha pagado su tributo á la l'arca:

Infernis neque enim tenebris Diana pudicum
Liberat Hippolytum;
Nec Letaea valet Theseus abrumpere caro
Vincula Pirithoo.

(18) *Que en tres generaciones ha reinado.*—Cada generación se contaba por 30 años, de suerte que Néstor tenía ya noventa y cuatro ó noventa y cinco años, según el cómputo de Mad. Dacier, cuando recibió á Telémaco en Pilos (Vid. *L'Iliade*, tomo I, pág. 75, y *L'Odissée*, tomo I, pág. 245).

(19) *Malea.*—Promontorio al Sudeste de la Laconia. Hoy cabo *Malio*. El mar era muy peligroso en sus inmediaciones. De aquí el proverbio *doblar el cabo de Malea*, equivalente á correr un gran riesgo.

(20) *El país de los Cidones.*—Estaba en la parte occidental de la isla de Creta. Su ciudad principal era Cidonia (*Khanta*), cuya fundación se atribuía á Minos.

(21) *Las corrientes del Iardano.*—Había otro río de igual nombre en la Pisátide (hoy río *Skafidia*). Estrabón no menciona el Iardano Cretense.

(22) *Gortina.*—Ciudad opulentísima de la isla de Creta, proxima á la actual *Hagios Deka*. Trata extensamente de su situación é historia Estrabón en el lib. x, cap. IV.

(23) *Micenas.*—Ciudad de la Argólida, fundada por Perseo. Agamenón, según una cronología algo dudosa, era su quincuagésimo monarca. El engrandecimiento de Argos fué causa de su decadencia. Fué destruída el 280 antes de J. C.

(24) *Trajo consigo gran riqueza.*—Menelao la obtuvo indudablemente, parte por la piratería, medio no deshonroso en la época heróica, como ya queda dicho; parte por los regalos que era costumbre hacer á las personas de distinción á quienes se concedía hospedaje. En el libro IV de la *Odisea* se habla de algunos preciosos regalos hechos en Egipto á Menelao y á Helena.

(25) *Cortad las lenguas.*—Los banquetes de los sacrificios terminaban por el de las lenguas de las víctimas, en honor de Mercurio, seguido de las últimas libaciones.

(26) *Los Caucones.*—Eran pueblos sometidos á Néstor, que habitaban en la Trifilia, cerca de Lepreo.

(27) *Las molas.*—Eran granos de cebada reducidos á harina por medio de piedras ó *muelas*, de donde les vino el nombre latino. Era costumbre el mezclarlas con sal, por lo cual Virgilio lás llama *fruges salsas*. Rociaban con ellas, no sólo la frente y otros miembros de la víctima, sino el altar y los cuchillos. La palabra *in-molar* tiene su origen en este rito.

(28) *El grito místico.*—El original ὀλόλυξαν, significa orar dando un grito. El Escoliasta de Esquilo dice que esta voz sólo se empleaba en las oraciones de las mujeres á Minerva.

(29) *Feras.*—Ciudad que estaba á mitad del camino entre Pilos y Esparta, sobre el lago de la Mesenia y á orillas del río Pamiso.

LIBRO CUARTO.

(1) *A la vasta ciudad lacedemonia.*—Traducimos κητώεσσαν, vasta. El adjetivo griego se deriva de κῆτος, *cetáceo* ó *ballena*, y sirvió para formar un pintoresco epíteto, aplicable á cosas grandes ó extensas. Suponer á Esparta, siendo una ciudad interior, llena de ballenas, sería soberanamente ridículo. Traducir κητώεσσαν, *cavernosa*, tampoco es atinado; pues aunque semejante denominación pudiera convenir á todo el territorio, minado y quebrantado por temblores de tierra, de ningún modo á su capital opulentísima.

(2) *Sita en un hondo valle.*—El original dice simplemente κοίλην, *hueca ó cóncava*. El suelo de la Laconia era sumamente accidentado y montañoso. Estrabón la llamó «baja, rodeada de montañas, áspera y de difícil acceso al enemigo.»

(3) *Enviaba su hija al primogénito—del invencible Aquiles.*—Hermione á Pirro ó Neoptólemo. Según una tradición posterior, aceptada por Sófocles al decir de Eustacio, Hermione había sido prometida antes á Orestes por Tíndaro su abuelo materno. Muerto Pirro á manos de Macareo, fué entregada á Orestes, á quien dió un hijo llamado Tisámeno para perpetuar la memoria de la venganza que su padre tomó de los asesinos de Agamenón, Egisto y Clitemnestra. Otros dicen que Pirro fué muerto por el mismo Orestes.

(4) *A su hijo Megapentes.*—Aristóteles, según Ateneo (libro XIII), se admiraba de que Homero no diese concubina alguna á Menelao, cosa corriente en aquellos heróicos tiempos. Pero este pasaje de la ODISEA contradice la opinión del célebre filósofo, á no ser que se entienda que se refería sólo á la *Iliada*, en cuyo caso no habría error alguno. Menelao llamó *Megapentes*

á su hijo para demostrar la gravísima pena que sentía por la infidelidad y ausencia de su legítima esposa.

(5) *Desque dió á luz á Hermione.*—Los comentaristas, que lo explican todo, hasta lo más misterioso é íntimo, dan por causa de la poca fecundidad de Helena el deseo de que no se perdiese su hermosura con la repetición de partos. Sin embargo, según heróicas hablillas, Helena había tenido otro hijo de Menelao, llamado Nicóstrato, y otro, Corinto ó Heleno, del hermoso Páris.

(6) [*Así por el palacio.*—Estos versos y los que en el trascurso del poema aparecen encerrados entre paréntesis de esta forma [ ] se creen apócrifos ó mal colocados.

(7) *Echándoles un pienso.*—Los alimentos de los caballos, según Pólux, eran: cebada, trigo candeal, espelta y heno. Homero habla también del loto y del apio silvestre.

(8) *Viendo ellos su grandeza iban absortos.*—Plutarco reprende agriamente á Telémaco por el asombro con que contempla las riquezas acumuladas en el palacio de Menelao, acusándole de ignorancia, de grosería y de falta de discreción para apreciar las cosas verdaderamente útiles. Homero, como observa á este propósito Mme. Dacier, siguió en este pasaje, como en casi todos los de su inmortal poema, las huellas del natural, y cumplió con admirable tino el *notandæ sunt tibi mores* del discretísimo Horacio. No fué un Sócrates ó un Diógenes como el biógrafo de Queronea pretende; pero fué lo que debía de ser. Además, estuvo dentro de lo que las conveniencias sociales, digámoslo así, y la urbanidad debían prescribir entonces, á juzgar por lo que ordenaron después (Ateneo, lib. IV). Se aconseja, en efecto, al que por primera vez se presenta á comer en una casa, que antes de sentarse á la mesa admire y elogie las cosas de mérito que haya en el salón. Bdelicleón dice también á su padre en *Las Avispas*, de Aristófanes: «Déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta; elogia después los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio.....» (Vid. Nuestra tradución de las *Comedias de Aristófanes*, tom. II, página 86.)

(9) *El electro.*—Metal desconocido, mezcla, creen algunos, de cobre, plata y oro.

(10) *Chipre, Fenicia, Egipto, los Etiopes.*—Aristónico pretende que la Etiopía en que estuvo Menelao era la meridional, á la cual llegó dando la vuelta por el Océano Atlántico. Estrabón refuta victoriosamente esta suposición, y prueba que habiendo llegado hasta Tebas de Egipto, pudo fácilmente penetrar el Atrida en la Etiopía, que se extendía hasta Siena, próxima á aquella capital, aun sin contar con el auxilio que le prestaban los Egipcios y el Rey de esta nación.

(11) *Los Sidonios.*—Creemos que son los habitantes de Sidón, en Fenicia, sin necesidad de ir á buscarlos en las costas del Océano, como algunos comentaristas quieren. Menelao, aunque ya ha citado la Fenicia, hace mención especial de los Sidonios, sin duda por haberse detenido en su capital, como lo da á entender más tarde al hablar de los regalos de Fédimo, rey de la opulenta Sidón.

(12) *Los Erembos.*—Son los Arabes troglodítas en las costas del mar Rojo, próximas á Egipto. Aunque, según Brochart, *Erembo* y Arabe son una misma palabra, derivadas ambas de *Arab*, negro ó moreno obscuro, en hebreo. La primera no tiene más variantes que la debilitación de la *a* en *e* y la epéntesis de una *m* para reforzar el radical. Algunos han propuesto la corrección innecesaria del texto homérico, sustituyendo καὶ Ἐρεμβοὺς por Ἀραβάς τε.

(13) *Donde tan pronto al corderillo tierno.*—Citando Herodoto (*Melpómene*, XXIX) este verso de Homero, dice: «Bien dicho, por cierto; pues en los países calientes desde luego salen los cuernos; pero en los climas muy helados, ó nunca los sacan los animales, ó bien los sacan tarde y mal, y así me confirmo en que el frío es la causa de ello.» Dejamos íntegra al padre de la historia la responsabilidad de esta afirmación.

(14) *Salió la reina Helena.*—Como se ve, el poeta supone que Menelao volvió á recibir á Helena en su tálamo. Muchos Griegos quisieron que fuese muerta después de la destrucción de Troya; pero se salvó por el amor de Menelao y la intercesión de Ulises.

(15) *Por mi impudor vinisteis los Aqueos.*—El texto dice ὅτ'ἐμεῖο κυνώπιδος, que tradujo con cruda exactitud el secretario Gonzalo Pérez: *por mi cara de perra.*

(16) *Polidamna.*—Eliano (*De los Animales*, lib. IX, capítulo XXI), refiere sobre este particular la siguiente fábula: Tonis, rey de Egipto, quedó encargado, durante los viajes de Menelao, de guardar á Helena; prendóse de esta princesa, que reveló su pasión á su esposa Polidamna. Temerosa ésta de que su marido la expusiese en la isla de Faros al furor de las infinitas serpientes venenosas que la infestaban, dió á Helena una hierba que, plantada en la isla, produjo una semilla mortal para los terribles ofidios. Polidamna debió dar también á la bella Argiva otras plantas, entre ellas la que menciona el texto, llamada *nepenthes*, ó sea *antídoto del llanto y del dolor*, que es como traducimos este vocablo.

Tonis, dice Estrabón, reinaba en una ciudad cerca de Canopo, y Herodoto averiguó que era el gobernador de esta última.

(17) *Egipto..... con médicos mejores—que en el resto del mundo.*—Herodoto (*Euterpe*, LXXXIV) no dice que sean los mejores; pero sí en infinito número: «Reparten en tantos ramos la medicina, que cada enfermedad tiene su médico, y nunca basta uno solo para diversas dolencias. Hierve en médicos el Egipto: médicos hay para los ojos; médicos para la cabeza, para las muelas, para el vientre; médicos, en fin, para los achaques ocultos.» Véase cuán antiguos son los especialistas.

(18) *Peón.* — Médico de los dioses. Curó las heridas de Marte y de Plutón.

(19) *Dióse él mismo de golpes.*—Estratagema usada varias veces, como se cuenta de Zopiro y Megabises. Pisístrato también la empleó, aunque con menos noble objeto, lo cual le valió la célebre respuesta de Solón (Vid. Plutarco, *Vida de Solón*): «Hijo de Hipócrates, representas mal el Ulises de Homero; tú te has destrozado el cuerpo para engañar á tus conciudadanos, y aquél para engañar á sus enemigos.»

(20) *Deifobo.*—Hijo de Príamo y de Hécuba. Helena se casó con él después de la muerte de Páris, y para congraciarse con Menelao, se lo entregó después de la destrucción de Troya.

(21) *Imitando la voz de sus mujeres.*—Helena tenía la habilidad de imitar la voz de cualquier mujer, por poco que la hubiera oído, por lo cual fué llamada *Eco*. Era un don de Venus,

para que el día en que Menelao se prendase de otra, pudiera sorprenderle fácilmente imitando de pronto la voz de la mujer amada.

(22) *Filomelides.*— Rey de Lesbos, que desafiaba á todos los extranjeros que entraban en su isla.

(23) *Faro.*—La isla de Faro no estaba tan distante de Canopo como supone Homero. A no ser que los aluviones del Nilo hubieran acrecido rápidamente, lo que no es creíble, la costa septentrional de Egipto, hasta el extremo de aproximarla ya mucho á la referida isla en tiempo de los escritores de Geografía. Véanse, para más detalles, Mela (lib. II), y Estrabón (lib. I y XVII).

(24) *Proteo.*—Llevó este nombre un rey de Egipto, en Menfis. En su corte, según una tradición referida por Herodoto (*Euterpe*, CXII y siguientes), estuvo Helena durante la guerra de Troya; pues Alejandro ó Páris no logró llevarla á aquella ciudad. Homero, según el historiador citado, no debió ignorar estos sucesos; «pero como la verdad de esta narración no sea tan apta y grandiosa para la belleza y majestad de su epopeya como la fábula de que se sirvió, omitióla con tal motivo, contentándose con manifestar que bien conocida la tenía.» Proteo restituyó su esposa á Menelao. Eurípides, en su *Helena* y su *Electra*, siguió con preferencia la tradición referida por Herodoto.

Por otra parte, Proteo disfrutó en Egipto de honores divinos, pues tenía (Herodoto, *id. ibid.*) un templo en Menfis, rodeado de un hermoso bosque, en el que había otro lugar consagrado á Venus y á la huéspeda (Helena). Gozaba de gran fama de mago y astrólogo, y la facultad de transformarse que le atribuyeron los Griegos se debió, ó á esta fama que tenía, ó á las varias figuras y jeroglíficos con que los reyes egipcios adornaban sus cabezas.

Sabida es la bellísima imitación que de este pasaje homérico hizo Virgilio en el libro IV de sus áureas *Geórgicas.*

(25) *Halosidne.*— Sobrenombre de Anfitrite, que significa la que *se mueve*, ó *alimenta en el mar.*

(26) *Pues hedían — atrozmente las pieles.*—El olor de las focas era desagradabilísimo para el olfato griego. Aristófanes lo

emplea como lo más hediondo, suponiéndoselo á Cleón en *Los Caballeros* y en *Las Avispas*. La piel de la foca gozaba de varias virtudes maravillosas, según los antiguos: una de ellas, el no ser nunca heridas por el rayo (Plinio, lib. II, cap. XII). Eran muy dormilonas, por lo cual no es de extrañar que Homero las saque del mar á dormir su siesta al mediodía. Por esto mismo dijo Marcial en un epigrama:

Dormitis nimium glires, vitulique marini.

Eran, en fin, domesticables, y animal φιλανθρωπον al decir de Eliano (*De Anim.*, lib. IV, cap. LVI).

(27) *Río Egipto.*—Homero siempre llama Egipto al Nilo en sus poesías.

(28) *Hecatombes.*—Eran sacrificios de cien víctimas, como lo indica el nombre. Sin embargo, recibía también esta denominación todo aquel en que se inmolaban muchas, aun cuando su número no llegara á cien, como se comprueba por varios pasajes del mismo Homero.

(29) *A los grandes peñascos de Girea.*—Estaban cerca del cabo Cafareo en Eubea.

(30) *El rubio Radamanto.*—Rey de Licia, hijo de Júpiter y Europa. Su rectitud en la administración de justicia le valió el ser nombrado juez de los infiernos, en unión de Eaco y Minos.

(31) *Repuso sonriendo.*—La sonrisa de Menelao es sin duda por la ingenuidad y franqueza de Telémaco.

(32) *Fedimo—Señor de los Sidonios.*—Otros intérpretes creen que φαίδιμος no se usa aquí como nombre propio, sino como adjetivo en su significación de *ilustre*. Otros creen que este rey Sidonio se llamaba *Sobatus*, y otros *Sethlon*.

(33) *Arcesio.*—Hijo de Júpiter y Euriodia, y padre de Laertes.

LIBRO QUINTO.

(1) *Titón.* — Hijo de Laomedonte, de quien se prendó la Aurora. Prometióle una larguísima vida, y cuando llegó á una extrema vejez lo convirtió en cigarra. Tuvo de aquella deidad un hijo llamado Menmón. La efigie de éste en bronce era una de las maravillas de Egipto. Al ser herido por los primeros rayos del Sol, despedía dulces sonidos como saludando á su madre. Esto es lo que Mery llama graciosamente la cavatina del hijo de la Aurora.

(2) *Bogando en una balsa.* — *Balsa* es la verdadera significación Σχεδία, definida por Hesiquio: μικρὰ ναῦς ἢ ξύλα ἃ συνδέουσι καὶ οὕτωπλέουσι, pequeña embarcación, ó maderas unidas sobre las cuales se navega.

(3) *Esqueria.* — Se cree que Homero se refiere á la isla de Corcira, hoy Corfú.

(4) *Los Feacios, cercanos á los dioses.* — Homero llama á los Feacios *cercanos á los dioses* (ἀγχίθεα), ó por su linaje, pues su patriarca Feax era hijo de Neptuno, ó por su dicha y bienandanza, ó por la virtud de la hospitalidad que con tanto cuidado practicaban.

(5) *Y tomó la varita.* — Virgilio (*Eneida*, IV) y Horacio *Oda* X, del libro I) dan más detalles en la descripción poética de la poderosa varita de Mercurio. Dice el primero:

> Tum virgam capit: hac animas ille evocat Orco
> Pallentes, allias sub tristia Tartara mittit:
> Dat somnos, adimitque; et lumina morte resignat.

Y el segundo:

> Tu pias lætis animas reponis
> Sedibus, virgaque levem coërces
> Aurea turbam, superis deorum
> Gratus et imis.

(6) *Pieria.*— Comarca de la Macedonia, llamada también Ematia, entre los rios Asio y Aliacmón. Fué consagrada á las Musas, que recibieron de ella el sobrenombre de Piérides.

(7) *Y violetas.*— Algunos (entre ellos Tolomeo Evérgetes) prefirieron leer en el texto homérico en vez de ἴου (violeta) σίου (especie de perejil). No veo la necesidad de la corrección, y bien están las violetas con su perfume y bello color como remate de tan hermoso cuadro. Fenelón lo imitó discretamente en el principio de su *Telémaco*, de que es precioso pasaje esta descripción.

(8) *Orión.*— Gigante nacido de la orina de Júpiter, Neptuno y Mercurio. Fué muerto á flechazos por Diana, quizá por celos de cazador, pues lo era mucho, y la diosa, como es sabido, se preciaba de no tener rival en materia venatoria. Fué transportado al cielo, en donde forma una brillante constelación al pie del Toro. Los poetas le llaman proceloso, maligno, etc.; porque aparece en invierno.

(9) *Ortigia.*—Es la isla de Delos, donde nacieron Apolo y Diana.

(10) *Compartió con Jasión, en un barbecho.*— Parece esta aventura amorosa un gracioso mito para indicar que la tierra (Ceres) favorece al que la cultiva con incesante esmero.

(11) *Por la tierra y la bóveda celeste.*—Parece que era ésta la fórmula de los juramentos más solemnes, en los cuales se hacía intervenir á toda la naturaleza para que castigase al que incurriera en perjurio. El juramento por la Estigia lleva siempre como complemento la frase *terrible aun para los mismos dioses.* El castigo para el numen infractor, según decreto de Júpiter, aprobado en junta general por las demás deidades (Vid. Hesiodo, *Teogonía*), era privación durante un año y algunos días de la ambrosía y del néctar.

(12) *Las Pléyades.*—Siete estrellas colocadas sobre la frente del Toro (V. mi Traducción de Anacreonte. Ap. *Poetas líricos griegos.* Madrid, 1884, pág. 246).

(13) *El Boyero.*—Constelación próxima á la Osa mayor, á la cual sigue como un conductor á su carro. Su nombre técnico es Bootes. Sus relaciones mitológico-astronómicas son citadas muchas veces. Vaya como muestra el principio de la tercera anacreóntica:

Era la media noche;
En el sereno cielo
La Osa revolvía
Su giro hacia el Boyero.

(14) *Y la llamada Carro, Osa luciente.*—Nótese cuán antigua es la denominación vulgar de la Osa. Esta constelación tiene su leyenda en la raza eúskara. «Érase entonces un gran labrador, dice la tradición recogida por Mr. Cerquand. Dos ladrones le robaron un par de bueyes. Envió su muchacho tras los ladrones, y como aquél no volvía, envió á la muchacha en su busca, y el perro de la casa siguió á la muchacha. Algunos días después, viendo que ninguno parecía, fué él mismo á buscarlos. Pero como no los hallaba en parte alguna, empezó á maldecir y blasfemar, y el Señor para castigarle condenó al labrador, criados, bueyes y ladrones á que anden unos tras otros mientras dure el mundo, y los colocó en las siete estrellas del cielo que constituyen la grande Osa. Los bueyes están en las dos primeras estrellas; los ladrones en las dos siguientes; el criado en la que le sigue; la criada en la otra, y á su lado el perro en una estrella pequeña, y, en fin, el labrador después de todos, en la séptima estrella.» Es de notar en esta descripción que los ojos euskaros han visto en la constelación una estrella más que los Griegos, la llamada *Alcor* (en vasco *itzar txipiñi*), rara vez visible á la simple vista, y correspondiente al perro de la referida conseja.

(15) *De los montes Solimos.*— Los montes Solimos están en la Licia (al Sur del Asia menor), formando el límite septentrional de la Pisidia. Se ha supuesto que Homero llamó Solimos á algunos montes de la Etiopía meridional, quizá por su parecido á los de la Pisidia y Licia; pues los de esta última región están muy apartados del derrotero de Ulises y Neptuno. Sin embargo, una divinidad podía ver desde cualquier punto al objeto de su odio encarnizado y hacer su viaje por el camino más largo, siempre corto para sus poderosos medios de locomoción. Neptuno en la *Iliada* salva en pocos pasos la enorme distancia que hay entre el cielo y la tierra. Dada, pues, la intervención de la máquina, no hay que variar de lugar los montes citados en el texto.

(16) *El Euro, el Noto y el vehemente Céfiro—con el sereno Bóreas.*—Son los cuatro vientos que se citan en las poesías homéricas. Corresponden respectivamente al Este, Sur, Oeste y Norte.

(17) *Ino.*—Hija de Cadmo y de Hermione. Creyéndose leona mató á sus dos hijos y se arrojó desesperada al mar, donde Neptuno la trasformó en Ninfa. Desde entonces, sin duda, no olvidando sus desgracias, era el numen tutelar de los míseros náufragos.

(18) *Egas.*—Ciudad de la isla de Eubea (Negro ponto). Tenía un magnífico templo á Neptuno. Hubo otras del mismo nombre en Acaya, también con templo á la misma deidad, y en la Eólida, no lejos de Cumas.

LIBRO SEXTO.

(1) *Hiperia.*—Región de Sicilia, regada por el Hiparis, de donde es sin duda el nombre que le da Homero. La ciudad de Camarina, población principal de ella, quizá se distinguió con igual denominación.

(2) *Los Cíclopes.*—En las notas al libro noveno habrá ocasión de hablar de esta raza descomunal y gigantesca.

(3) *Y lejos de los hombres industriosos.*—Mme. Dacier cree que la intención del poeta en esta frase es preparar el ánimo de oyentes y lectores para que no crean inverosímil la credulidad y sencillez con que los Feacios acogen las maravillosas relaciones de Ulises. Pero el mismo Homero las toma en serio y se sirve de ellas para realzar á su protagonista, de suerte que no debió ser tal su objeto al colocar á los Feacios lejos de los hombres industriosos, ni mucho menos el suponer á los habitantes de Esqueria desprovistos de habilidad é ingenio, pues en los cantos sucesivos demuestra lo contrario. Quizá el epíteto industrioso es un calificativo sin intención alguna.

(4) *Y que des algunas* (ropas)—*á los hombres que formen tu cortejo.*—Costumbre notable, acaso traída á Corcira por los Fenicios. En los libros santos, Sansón, contemporáneo de Ulises, antes de casarse con una Filistea dió también á sus amigos en la fiesta de bodas treinta mantos y treinta túnicas que se ganaron descifrando un enigma.

(5) *Se quitaron los velos y jugaron.*— Según Eustacio, este juego consistía en engañarse, fingiendo arrojar á uno de los jugadores la pelota y tirándosela á otro por sorpresa.

(6) *Taigeto.*— Cadena de montañas de la Laconia.

(7) *Erimanto.*— Monte de la Arcadia, en que hizo sus estragos el célebre jabalí enviado por Diana y muerto por Hércules.

(8) *Delos.*— La más pequeña y la más célebre de las Cíclades. Alcanzó un altísimo grado de esplendor. Barthelemy, apoyado en autores antiguos, la describe así en conjunto (*Voyage d'Anacharsis*, tom. VI, cap. LXVI): «Recorrimos con ávidos ojos aquellos edificios soberbios, aquellos elegantes pórticos, aquellos bosques de columnas que la adornan por doquier, y este espectáculo, que variaba á medida que nos aproximábamos, refrenaba en nosotros el deseo de llegar.»

(9) *Junto al ara de Apolo.*—La palmera de que Ulises habla es la que, según la tradición, sirvió de apoyo á Latona cuando dió á luz á Apolo y á Diana. Era tenida por inmortal y se conservaba en tiempo de Cicerón y de Plinio (Vid. *Leyes*, lib. I, é *Historia natural*, lib. XIV, cap. XLIV).

(10) *A manera de flores de jacinto.*—No creo que la comparación se refiera precisamente al color de los cabellos, sino á la forma que tomaron después de lavados, rizándose graciosamente por efecto de la humedad. Los cabellos rubios eran los más estimados, como ya hemos dicho en otro lugar; y aunque en una anacreóntica se elogien los cabellos negros de Batilo, hay que tener en cuenta que la pintura que allí se hace está tomada del natural, aparte además de que el gusto particular de un escritor no hace el general. Teócrito, por ejemplo, describió una beldad cejijunta, cosa que estaba infinitamente lejos de ser considerada como una belleza por el gusto universal.

(11) *Y tiene á cada lado un puerto hermoso.*—Esta descrip-

ción de la capital de Esqueria se aclara perfectamente con la observación de un Escoliasta de Dionisio Periegetes: «La isla de los Feacios tiene dos puertos; uno llamado el puerto de Alcínoo, y el otro el puerto de Hilo, por lo cual Calímaco la llama Feacia de doble puerto.»

(12) *A su tío paterno.*—Neptuno, hermano de Júpiter, padre de Minerva.

LIBRO SÉPTIMO.

(1) *De Apira natural.*— La posición geográfica de esta ciudad ó región, patria de Eurimedusa, es hoy desconocida.

(2) *Eurimedón, monarca—de los gigantes.*— Mme. Dacier deduce de este pasaje que los gigantes fueron exterminados cuarenta ó cincuenta años antes de la guerra de Troya, lo cual concuerda con la tradición, que atribuye á Hércules y Teseo el exterminio de aquella impía raza. Plutarco (*Vida de Teseo*) describe admirablemente aquella gente (bandoleros que todo lo infestaban): « Porque aquella época, dice, fué fecunda en hombres de aventajadas é infatigables fuerzas para los trabajos normales, y de grandísima ligereza de pies; pero que en nada moderado ó provechoso empleaban estas dotes, sino que se complacían en la violencia, abusaban con crueldad y aspereza de su poder, y si aspiraban á dominar era para sujetar y destruir cuanto se les ponía por delante; pareciéndoles que la modestia, la justicia, la igualdad y la humanidad no estaban en ninguna manera bien á los que más podían, pues que si todos los otros hombres los alaban, es por falta de atrevimiento para injuriar y por miedo de ser injuriados.»

(3) *Mató con arco argénteo el rubio Apolo.*— Quiere decir que murió súbitamente, pues todas las muertes repentinas se atribuían á las invisibles saetas de Apolo y Diana.

(4) *En la fuerte casa de Erecteo.*— Erecteo fué un rey de

Atenas que ilustró su reinado con establecimientos útiles. Los Atenienses le consagraron un templo. Aquí se trata sin duda de alguno erigido por aquel monarca á la diosa Minerva, patrona de Atenas.

(5) *Estaban unos perros de oro y plata.*—Las maravillas artísticas y mecánicas de Vulcano son traídas á colación frecuentemente en los poemas homéricos. Recuérdanse en la *Ilíada* los trípodes que iban y venían por sí mismos á las asambleas; las dos esclavas de oro, en que se presenta apoyado el dios herrero á la divina Tetis; las maravillosas armas que en breve tiempo fabrica para Aquiles, etc., etc.

(6) *Mancebos de oro.*—Estas esplendideces fueron imitadas por Lucrecio en el libro II de su poema *De rerum Natura.*

(7) *Nunca su fruta ni en el crudo invierno.*—Ideal de la fertilidad de la tierra. En España hay plantas de fruto perenne (naranjos y limoneros), como los celebrados en el huerto de Alcínoo; por eso quizá supusieron los antiguos que en el delicioso suelo de la Bética se asentaban los Campos Elíseos.

(8) *Había en el jardín viña lozana.*—Para comprender este pasaje, conviene tener presente la manera de vendimiar y fabricar el vino en Grecia. Hesiodo (*Trabajos y Días*, lib. II, v. 233 y siguientes) la describe á maravilla. Véase la versión que de sus preceptos hizo Castillo y Ayensa:

Cuando el triste Orión y Sirio ardiente
Hayan llegado á la mitad del cielo,
Y mire á Arturo la rosada Aurora;
Entonce, oh Persa, los racimos todos
Coge, y cercanos al lagar los tiende.
Del sol expuestos á los rayos sean
Diez días, y diez noches al sereno,
Y estén luego á la sombra cinco días;
Al sexto saca del alegre Baco
El don precioso, y los toneles llena.

Así se explica que en la viña de Alcínoo hubiera racimos en tres situaciones diferentes: curándose al sol unos; recién cortados otros, y otros, en fin, soltando su dulce jugo para llenar las cubas ó toneles. La razón de ser esto posible la da en seguida el poeta con su exactitud acostumbrada.

(9) *Sobre la vil ceniza tomó asiento.*—El hogar, como dedi-

cado á Vesta, era un lugar sagrado. Era la manera más segura y elocuente de suplicar al dueño de la casa. Así lo hizo Temístocles cuando se refugió en el palacio de Admeto, rey de los Molosos. «Sentóse en medio de su hogar, entre sus dioses domésticos», dice Plutarco en la vida de aquel repúblico.

(10) *Al rubio Radamanto á ver á Ticio.*—Homero, en todo lo que se refiere á la Esqueria, trata de hacer verosímil la ficción en virtud de la cual la ha trasladado á los límites del Océano.

LIBRO OCTAVO.

(1) *Que á un lugar inmediato á las galeras.*—La plaza donde se celebraban las asambleas en la capital de Esqueria estaba entre los dos puertos de que se ha hecho mención antes.

(2) *Al inmortal Demódoco.*—Hallamos aquí un nuevo aeda de los que embellecían, como Femio y el Cantor de Agamenón, las moradas de los reyes en los tiempos heróicos. Todos los comentaristas de Homero están conformes en que se retrató á sí mismo en Demódoco, y de aquí dimana indudablemente todo cuanto se ha dicho, sin fundamento sólido, sobre falta de vista del tan á menudo llamado por esta razón perifrásticamente «el ciego de Quíos.»

(3) *Era la contienda —de Ulises con Aquiles.*—El motivo de esta disputa era si se había de atacar á viva fuerza la ciudad de Troya, ó si había de emplearse la astucia. Aquiles era partidario del primer medio; Ulises del segundo, que prevaleció á la postre.

(4) *Era lo que Apolo —vaticinóle.*— El oráculo de Apolo en Delfos, consultado por Agamenón, respondió á este monarca: «Troya será tomada cuando dos jefes, superiores á los demás en valor y prudencia, disputen en un banquete.»

(5) *En la divina Pito.*—Nombre antiguo de Delfos, en la

Fócida, donde estaban el oráculo y el templo de Apolo Pitio, tan célebre en la historia griega.

(6) *Acroneo, Ocialo*.....—Todos estos nombres de los jóvenes Feacios, excepto Laodamas, se refieren al arte de la navegación, ocupación favorita de los Esquerios: *Acronco* significa el que está al extremo de un navío; *Oquialo*, mar veloz; *Anquialo*, vecino al mar, etc.

(7) *Filoctetes*.—Hijo de Melaneo y de Estratónice, y rey de Ecalia, en Tesalia ó Mesenia.

(8) *Los hombres que de trigo se alimentan*.—Así designa Homero las naciones civilizadas. En las naciones bárbaras el uso del trigo debía ser desconocido.

(9) *De pronto el Sol, que la amorosa culpa*.—Este papel, no muy simpático, del Sol, dió asunto á Velázquez para un bellísimo cuadro, que se conserva en el Museo de Pinturas de Madrid.

(10) *Lemnos*.— Isla del mar Egeo, donde se suponía que Vulcano tenía establecidas las fraguas á causa de sus fuegos subterráneos. En ella cayó cuando le arrojaron malamente del cielo.

(11) *A los Sintios*.—Eran originarios de Tracia y se habían establecido en Lemnos. Su lenguaje estaba, sin duda, lleno de barbarismos.

(12) *Hasta que toda — la dote que le dí por esa hija*.—Nótese esta jurisprudencia de los tiempos heróicos. El padre de la adúltera debía restituir al marido los regalos que le había hecho por razón del matrimonio, que es la especie de dote de que aquí habla el texto. Este es quizá el abolengo de nuestras *arras*, comúnmente creídas de origen exclusivamente germánico.

(13) *Pésimo es responder por los malvados*.— La repugnancia á salir fiador es de todos los tiempos. Salomón ya lo dijo: *Stultus homo plaudet manibus cum spoponderit pro amico* (Proverbios XVII, 18).

(14) *A Tracia*.—Marte huye á Tracia porque sus habitantes son de humor belicoso.

(15) *A Pafos*.—Venus elige para su retiro á Pafos y Chipre porque sus habitantes, muelles, afeminados y holgazanes, merecían la preferencia de la diosa del aomr, que allí tenía infinitos templos y adoradores.

(16) *El cofre más hermoso.*— La gala mayor de las mujeres de los tiempos heróicos era el tener bellos cofres. A ellos se refiere el Salmo XLIV al decir: *Myrrha et gutta, casia a vestimentis tuis e domibus eburneis.* Hoy ha renacido esta afición á las bellas arcas, y muchas, que estuvieron siglos ocultas en desvanes, se pavonean en lindas antesalas, no henchidas de cosas útiles como en sus buenos tiempos, pero en cambio abrumadas bajo infinitos *bibelots* sin sustancia.

LIBRO NOVENO.

(1) *Los Cicones.*—Pueblo de Tracia. En la guerra de Troya peleó á favor de los Troyanos. Quizá por este motivo fueron atacados por Ulises.

(2) *Citera.*—Isla al Sur de la Laconia.

(3) *País de los Lotófagos.*—Se cree que era una pequeña isla, de 300 estadios de longitud, cerca de la pequeña Sirte, en las costas septentrionales del Africa, de las cuales la separa una distancia de 350 pasos próximamente. Llámase *Meninx* por los geógrafos antiguos, y *Girba* (hoy Gerbi) por los árabes. Otros colocan los Lotófagos en la misma costa africana, frente á la citada isla, en el territorio de los Libiofenices. La *syrtis minor* es llamada también *Lotophagitis.*

El nombre *Lotófago*, como está al alcance del menos helenista, significa *comedor de lotos.*

(4) *Les dieron á comer el dulce loto.*— Hay varias clases de lotos completamente diversas. Una servía de pasto á los animales, y crecía en abundancia en los prados de Grecia. Era una especie de trébol, y según Ateneo (cap. I, lib. III, de *Aegiptia Faba*), era oloroso, se usaba para coronas, y sumamente fresco; por lo cual el autor de la Anacreóntica IV desea beber tendido en un lecho de frescos lotos. Otra llamada *Lotos aegiptia*, especie de lirio, nenúfar ó ninfea (hablo con referencia á autores antiguos, sin entrar en tecnicismos botánicos, á los que soy pro-

fano), tenía algunas partes comestibles. Dice al efecto Herodoto (lib. II, 92): «Cuando la campiña (de Egipto) queda convertida en mar, durante la avenida del río, suelen criarse dentro del agua misma muchos lirios, que llaman *lotos* los naturales, de los que, después de segados y secos al sol, extraen la semilla, parecida, en medio de la planta, á la de la adormidera, amasando con ella sus panes y cociéndolos al horno. Sírveles también de alimento la raíz del mismo loto, de figura algo redonda y del tamaño de una manzana.» Y, en fin, Polibo, citado por Ateneo, describe una tercera especie, á la cual creen comunmente los comentaristas que hizo referencia Homero: «El loto es un arbusto áspero y espinoso, de hoja verde como la zarza, aunque más densa y ancha. Su fruto se parece, al principio, en tamaño y color, á las bayas del mirto, pero al crecer toma un vivo matiz purpúreo. Su grueso es el de una aceituna redonda, con un huesecillo muy pequeño. Se recoge cuando está maduro; se muele mezclado con trigo, y se guarda en vasijas para alimento de los esclavos. Tiene el sabor del higo y de los dátiles, y mucho más grato aroma. Macerándolo y moliendolo en agua, da un vino muy agradable, de gusto parecido al común mezclado con miel convenientemente.»

(5) *Descomunales Cíclopes.*—Recibieron su nombre de κύκλος (círculo) y ὤψ (ojo), por suponerse que tenían un solo ojo de forma circular en medio de la frente. La Mitología los hace hijos de Neptuno, habitantes de la Sicilia, y ayudantes de Vulcano en la tarea de forjar los rayos para Júpiter. Se cree que el mito de los Cíclopes recuerda los primeros hombres que se dedicaron á la explotación de las minas, llevando para alumbrarse en sus trabajos subterráneos una lámpara sujeta á la frente por medio de una correa.

(6) *Linaje—sin ley.*—En una nota á nuestra traducción de *El Cíclope* de Euripides, llamamos la atención sobre la enérgica concisión con que este poeta trágico describe la independencia absoluta en que vivían los Cíclopes: Ἀκούει δ' ὀὖδεν οὐδεὶς οὐδενός, nadie obedece á nadie en nada.

(7) *Enfrente de esta tierra..... hay una isla.*—Suponiendo que los Cíclopes habitaban en Sicilia, la pequeña isla de que el texto habla, debe ser la llamada *Egusæ*, que vale tanto como

isla de las cabras. La descripción homérica cuadra perfectamente á la naturaleza de su suelo y producciones.

(8) *No son menester anclas.*—El uso de las anclas verdaderamente tales, era desconocido, por lo cual siempre que las nombramos entiéndase que son las gruesas piedras que, arrojadas al fondo por medio de cables, servían para sujetar los navíos.

(9) *Allí habitaba un hombre gigantesco.*—Homero no se excede mucho en la pintura de Polifemo. Poetas posteriores no fueron tan prudentes. Virgilio, detallando el tamaño del ojo único del monstruo (*Eneida*, III, 835), lo compara á un escudo y al disco de la luna:

Ingens (lumen) *quod torva solum sub fronte latebat,*
Argolici Clipei aut Poebea lampadis instar.

Nuestro Góngora dice (en el *Polifemo*):

Era un monte de miembros eminentes
Este que, de Neptuno hijo fiero,
De un ojo ilustra el orbe de su frente
Emulo casi del mayor lucero.

En nuestros cuentos la tradición del Cíclope se ha conservado en el *Ojanco* ú *Ojarancón* (Vid. Menéndez y Pelayo, *Hist. de los Heter. Esp.* Tom. I, pág. 247), cuyo parentesco con el *Basojaun* euskaro es evidente.

(10) *La gran clava del Ciclope.*—Tal parece que era el arma predilecta de los gigantes. El giganté Perifetes fué llamado por lo mismo *Corinetes*, ó sea *portaclava.*

(11) *Yo me llamo Ninguno.*—Traducimos οὔτις *ninguno*, y no *nadie*, para conformarnos con la tradición literaria de Lope de Vega, en *La Circe.* Por iguales razones conservamos esdrújula la voz *Cíclope*, aunque debiera, con arreglo á su etimología, pronunciarse grave, según lo hace Caro en su magnífica versión de la *Eneida.*

(12) *Ante la proa azul cayó.*—Es célebre la hiperbóle empleada por Lope de Vega (*La Circe*, II) para describir los efectos de la caída de la peña lanzada por Polifemo:

De una mina de mármoles previene
Un gran peñasco, y tan feroz le arroja
Que la cara del sol retira y moja.

LIBRO DÉCIMO.

(1) *La isla Eolia.*—Una de las siete islas llamadas Liparias (hoy de *Lipari*), en el mar Tirreno, sobre la de Sicilia. Estrabón opina que es la llamada *Strongyle* (*Stromboli*), la más septentrional de todas. Objetóse á esto el que, habiendo llegado desde ella Ulises directamente á Ítaca, empujado por el Céfiro, viento oeste, debe ser colocada la isla Eolia en el extremo meridional de Sicilia, entre esta isla y el Africa. Nada puede, sin embargo asegurarse; pues no obstante la pericia geográfica de Homero, siempre estaba éste en su derecho al emplear, sin avisarlo, el *quidlibet audendi*, concedido á todo poeta. Ya sobre el afán de fijar con toda escrupulosidad y exactitud los lugares homéricos, dijo con alguna exageración el geógrafo Eratóstenes: «Se hallarán todos los lugares recorridos por Ulises cuando se halle los que recorrió el odre donde estaban encerrados los vientos.»

(2) *Isla accesible.*—Otros entienden *flotante*, pretendiendo que Homero le dió este epíteto á causa de los frecuentes temblores de tierra que remueven su suelo, ó por algún otro motivo. Había ejemplos de otras islas flotantes (*relata refero*), como la de Delos y la de Equemis, cerca de Egipto, y una ciudad de Baco, en la Libia, que jamás se hallaban dos veces en el mismo sitio.

(3) *Le nacieron seis hijos y seis hijas.*—Alegoría que Eustacio explica diciendo que Eolo es el año, que tiene doce meses. Pero ¿por qué unos meses varones y otros hembras? Madame Dacier opina que quiere decir que siendo Eolo el rey de los vientos, tiene á su disposición los doce principales. Pero esta explicación tropieza con el inconveniente de que Homero, al parecer, como en otro lugar decimos, sólo conocía cuatro.

(4) *Dióme un odre.*—Con esta ficción creen los comentaris-

tas que se designa un rey peritísimo en cosas de meteorología.

(5) *Sólo al Céfiro.*—Porque siendo el viento de Poniente, era el único favorable para la ida á Ítaca, situada orientalmente respecto á la isla Eolia, fuera la que fuera.

(6) *Cubierta la cabeza—me acosté en el navío.*—Era costumbre de los antiguos envolverse la cabeza en sus ropas en los grandes infortunios.

(7) *Telépilo.*—Se cree sea Formias, en la Campania (Italia). Así lo aseguran, entre otros, Plinio (lib. III, cap. V): «*Oppidum Formiae, Hormiae ante dictum, ut existimavere antiqua Laestrygonia.*»

(8) *Doble sueldo—ganar podría allí.*—Diversas explicaciones se han dado de este pasaje, un tanto oscuro ciertamente. La abundancia de tábanos era tal en la Lestrigonia, dicen unos, que obligaba á retener durante el día en los corrales á los bueyes y caballos, más expuestos á sus picaduras por lo poco espeso de su pelo, mientras los carneros, protegidos por densos vellones, podían pacer sin tanto inconveniente. Pacían, pues, éstos de día y aquéllos de noche. De aquí que el pastor que no durmiese pudiera ganar doble salario. Otros creen que los Lestrigones tenían su asiento en una tierra bajo la cabeza del Dragón, de cuya cabeza asegura Arato que se confundían en ella el orto y el ocaso del sol, ó sea que los días eran muy largos y brevísimas las noches; al contrario de los Cimmerios, cuyos períodos de luz y oscuridad estaban en relación inversa. Esta opinión dió motivo á una refutación de Escalígero, que no ha puesto, sin embargo, en claro este pasaje al interpretar el verso de Manilio:

Vixque ortus, occasus erit.

Quizá no hay más explicación posible que atribuirlo todo á ficción del poeta, y contentarse, aceptando la interpretación de Dídimo y Eustacio, con entender que Homero quiere decir que, los pastos del día y de la noche se hallaban próximos á la capital lestrigónica.

(9) *Un gran puerto muy seguro.*— De esta circunstancia, según Estrabón, tiene su nombre Formias. Φορμίαι, ὁρμίαι λεγόμενον, πρότερον δία τὸ εὖ ὅρμον

(10) *A la isla de Eea.*— Montaña próxima á Formias, lla-

mada monte Circeo, á 220 estadios. Llámasela isla por estar rodeada de mar y de pantanos. En ella estaba la ciudad de Circe y un templo consagrado á Minerva, donde se enseñaba una patera de Ulises.

(11) *Con veintidós valientes compañeros.*—La tripulación de cada nave de Ulises se componía de cincuenta hombres. Descontados los seis devorados por el Cíclope, quedaban 44, cuya mitad exacta son los veintidós, enviados de avanzada al palacio de Circe.

(12) *Amasó harina, miel, queso y de Pramne—dulce vino.*—Esta pasta constituía un bocado exquisito para los Griegos. El vino de Pramne se cogía, según Plinio (lib. XIX, cap. V), en las tierras de Esmirna, junto á un templo consagrado á la madre de los dioses. Otros creen que Pramne es una roca de la isla de Ícaro.

(13) *Les tocó con su varita.*—Este instrumento juega un principal papel en todos los hechos extraordinarios. Su historia es larguísima: arranca de Moisés, Mercurio, Minerva y Circe; anda en manos de todas las hadas y nigrománticos; y figura todavía en las de los prestidigitadores modernos, llamados así no sé si por la ligereza de sus dedos, ó por sus falsas maravillas (*prestigia*).

(14) *Aunque próximo—pariente mío.*—Euríloco estaba casado con Clímene, hermana de Ulises.

(15) *Al Aqueronte.*—Homero parece haberse referido, al colocar la entrada del reino de Plutón, á un lugar entre Bayas y Cumas, cerca del lago Averno.

LIBRO UNDÉCIMO.

(1) El libro XI de la *Odisea* fué titulado por los gramáticos Νεκυομαντεία, la *Necromancia*, ó sea adivinación por medio de los muertos. Sobre el carácter de este episodio, que ameniza con su variedad el discurso del poema, dice el Sr. Menéndez Pelayo con su exactitud acostumbrada: «Todo es de suave color en la *Odisea*, menos la *Necromancia* ó evocación de los muertos en el canto XI, que tiene el carácter de una verdadera *goetia*.» (*Hist. de los Heter. Esp.*, tom. I, pág. 224).

(2) *Los Cimerios.*—Sobre esta ficción homérica dice Estrabón, para demostrar que tiene también su fondo de verdad: «Homero conoció los Cimerios del Bósforo, que habitan hacia el Norte en un país perpetuamente cubierto de nieblas. El poeta debió conocerlos, porque, casi en sus tiempos, hicieron correrías hasta la Jonia.»

(3) *Elpenor.*—Sabida es la extraordinaria importancia de ultratumba que los honores fúnebres tenían entre los pueblos antiguos; por eso Elpenor se presenta á reclamarlos con tanto empeño.

(4) *Y pondrás en mi tumba un largo remo.*—Para indicar su profesión, según una antigua costumbre.

(5) *Trinacria.*—Es la Sicilia, denominada así por su forma triangular, con tres promontorios en cada uno de sus vértices, llamados *Paquino*, *Péloro* y *Lilibeo*. Creen algunos que Homero no se refiere á la Sicilia, que opinan le era poco ó nada conocida.

(6) *Un remo—en la mano llevando.*—Como para dar á conocer á Neptuno en los países donde no era adorado.

(7) *Que con sal no sazonan sus manjares.*—Debe referirse á la sal marina.

(8) *Llevas un trillo.*—Los trillos de mano para separar el grano de la paja tenían, sin duda, forma parecida á los remos.

(9) *Un carnero, un toro y un verraco.*—El carnero, dicen, para indicar la placidez del mar cuando está tranquilo; el toro para designar su furor y sus bramidos cuando está alborotado; y el verraco para simbolizar su fecundidad extraordinaria.

(10) *Fuera del mar.*—Esto significa ἐξ ἁλὸς. Mme. Dacier traduce *du sein de la mer sortira le trait fatal qui vous donnera la mort*, y acude para explicar este pasaje á la tradición que suponía que Ulises fué muerto por Telégono, hijo suyo y de Circe, con un dardo cuya asta era el hueso de un pez llamado *Turtur marina*. Así, el fin pronosticado al héroe de la *Odisea* nada tenía de lisonjero, lo que del otro modo sí lo es ciertamente el morir *lejos del mar*, donde tantas desventuras sufría, con inseguridad de salir á salvo de ellas.

(11) *Enipeo.*—Río de Tesalia, de cuyo país era rey Salmoneo. Nacía en el monte Otris, y recibía el caudal del Apidano. Otros creen que se trata de otro de igual nombre en la Elida, afluente del Alfeo.

(12) *Iolcos.*—Ciudad de Tesalia, en la orilla del golfo Pagasético.

(13) *Tebas.*—Se trata de la Tebas de Beocia, en la margen del Ismeno. La fábula de las maravillas arquitectónicas de la lira de Anfión no era sin duda conocida de Homero, ó es posterior á su época.

(14) *Epicasta.*—Nombre de Yocasta. Homero, llamado por Aristóteles padre de toda poesía, suministró aquí los principales materiales para el *Edipo* de Sófocles, una de las mejores, ó la mejor tragedia del teatro griego; así como en el canto IX, dió á Eurípides los de *El Cíclope*, único drama satírico que ha llegado hasta nosotros.

(15) *Orcómeno Mineo.*—Ciudad de Beocia, en la desembocadura del Cefiso. La llamada *Mineo*, porque los Minios, pueblo antiquísimo, habían reinado en ella.

(16) *Filace*, ó Filax.—Nombre de otra ciudad de la Tesalia.

(17) *Un adivino.*—Melampo, de quien se trata más adelante, en el libro XV.

(18) *En colocar sobre el Olimpo el Osa—y sobre éste el Pelión.*—Estas tres montañas estaban en la Tesalia. El Olimpo era la mayor, siguiéndole en tamaño el Osa, y á éste el Pelión.

Homero demuestra conocer á fondo su extensión, según el orden con que enumera su proyectado amontonamiento.

(19) *Día.*—Isla al Norte de la de Creta.

(20) *Erífile.*—Aunque su esposo Anfiara sabía que había de morir en la guerra contra Tebas, su mujer Erífile le obligó á partir, seducida por las promesas de Polínice.

(21) *Hélade y Ptia.*—Ciudades de la Ptiótida (Tesalia) sometidas al mando de Aquiles.

(22) *Esciros.*—Isla del mar Egeo.

(23) *Los valientes Ceteos.*—Pueblo de la Misia, así llamado, del río Ceteo, que pasa por sus tierras. Príamo, para obligar á su hermana Astioque á enviarle su hijo Euripilo, rey de los Ceteos, le mandó magníficos regalos, á los cuales alude el texto.

(24) *Adjudicándolas los Troyanos.*—Interrogados los prisioneros troyanos por Agamenón acerca de cuál caudillo les había causado mayores males, respondieron que Ulises, y por eso le adjudicaron á éste las armas de Aquiles con preferencia al otro pretendiente Ayax Telamonio.

(25) *Panopea.*—Designa este nombre los alrededores del Parnaso, en la Fócida.

(26) *Del vigoroso Alcides vi la imagen.*—Para entender este pasaje conviene tener presente que en las poesías homéricas se distinguen tres partes en el hombre: 1.ª, cuerpo material ó terrestre, que consumían las llamas de la pira, á la cual eran entregados los cadáveres; 2.ª, espíritu inteligente (θυμὸς y φρένες), que volaba al cielo; y 3.ª, alma, ψυχή, cuerpo delicado y sútil, revestimiento del espíritu que bajaba á los infiernos. Esta especie de *perispíritu*, llamada *ídolo* é *imagen*, era lo que vagaba de Hércules en los lugares plutónicos. En Tiresias, por única excepción, hemos visto que el alma, sombra ó perispíritu se había conservado unida al espíritu inteligente (φρένες) después de la muerte.

(27) *De la horrible Gorgona.*—Tenía la virtud de petrificar á los que la veían.

LIBRO DUODÉCIMO.

(1) *Las Sirenas.*—Eran tres, según la opinión vulgar, aunque Homero sólo habla de dos, llamadas, al decir de Eustacio, Aglaofono y Telxiepia. Habitaban en las islas Sirenusas, que eran tres, muy pequeñas, pedregosas y estériles, al Este del promontorio de Minerva, en la Campania, en el pequeño golfo formado por la costa cerca de Sirrento. Comunmente se cree que la fábula de las Sirenas es un mito formado á consecuencia de las infinitas cortesanas que había por aquellos tiempos, especialmente en los puertos de mar, para explotar y perder á los marineros y comerciantes que en ellos desembarcaban.

(2) *Erráticas las llaman.*—En griego πλαγκταὶ. Homero fingió estos escollos en el mar de Sicilia, á la manera de las islas Simplégades en el ponto Euxino (mar Negro), junto al Bósforo de Tracia llamadas también *cúaneas;* probablemente por el color agrisado que sus peñascos tenían. El nombre de Simplégades se les dió de συμπλέκεσθαι, *unirse* ó *plegarse*, pues estaban separadas por tan pequeño intervalo que, si vistas de cerca se presentaban, en efecto, separadas, á no muy larga distancia parecían una sola. De esta particularidad de mostrarse tan pronto unidas en la apariencia, como separadas, se cree dimane el nombre de *erráticas*, aplicado por el poeta á los escollos sículos.

(3) *Ni aun las palomas tímidas.*—Para explicar este pasaje, supuso una bizantina llamada *Mero*, citada con elogio por Mme. Dacier, que la palabra πέλειαι, comunmente interpretada *palomas*, debía entenderse *pléyades*, hijas de Atlante, y constelación vulgarmente llamada entre nosotros *las siete Cabrillas.* Su orto y su ocaso marcan las estaciones y el tiempo de la siembra y la cosecha, por lo cual Homero supuso que llevaban á Júpiter la ambrosía, porque las estaciones y la recolección de frutos suministran los sacrificios y libaciones. Como

hay dos damas de por medio, se debe confesar que, cuando menos, la explicación es ingeniosa.

(4) *El Argos.*—Nombre del maravilloso bajel en que hicieron los argonautas su expedición á la Cólquide para conquistar el vellocino de oro. Fué fabricado de encina del bosque de Dódona, por lo cual se permitía pronunciar de cuando en cuando algún oráculo.

(5) *Sorbiendo el agua negra, pues tres veces.*—Estrabón cree que Homero conoció el flujo y reflujo del Océano, y que dió prueba de ello en este pasaje. Como las mareas son sólo dos, opina que por error de algún copista fué viciado el texto, poniendo τρίς (tres veces) en vez de δίς (dos veces), con lo cual se hubiera aludido con más exactitud á aquel fenómeno.

BIBLIOTECA CLASICA.

LA BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.° elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamenteal editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid*, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas* y *cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, *tres pesetas* y *cincuenta céntimos*.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscrición recibiendo el suscritor mensualmente los tomos que desee.

El suscritor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

	Tomos.
HOMERO.—*La Ilíada*, traducción en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla	3
HERODOTO.—*Los Nueve libros de la historia*, traducción del padre Bartolomé Pou	2
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traducción de D. Antonio Ranz Romanillos	5
ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—(*Teócrito, Bión y Moseo.*) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico)	1
ODAS DE PÍNDARO.—Traducción en verso del mismo	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traducción de D. Fernando Brieva Salvatierra	1
XENOFONTE.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco	1
— *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor*, traducción del mismo	
LUCIANO.—*Obras completas*, traducción de D. Cristóbal Vidal. Se ha publicado el tomo I.	4
ARRIANO.—*Expediciones de Alejandro*, traducción de D. Federico Baráibar	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa	1
POLIBIO.—*Historia Universal*, traducción de D. Ambrosio Ruí Bamba con todos los fragmentos descubiertos hasta ahora	3
PLATÓN.—*La República*, traducción de D. José Tomás y García	2

Clásicos latinos.

VIRGILIO.—*La Eneida*, traducción en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro	2
— *Las églogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traducción en verso, de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo	1

Tomos.

CICERÓN.—*Obras completas*, traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro..... 14
Se han publicado 10 tomos.
TÁCITO.—*Los anales*, traducción de D. Carlos Coloma..... 2
— *Las Historias*, traducción del mismo..... 1
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo..... 1
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*, traducción de D. José Goya y Muniain..... 2
SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, traducción de D. F. Norberto Castilla..... 1
SÉNECA.—*Epístolas morales*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo..... 1
— *Tratados filosóficos*, traducción de D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo..... 2
OVIDIO.—*Las Heroídas*, traducción de Diego Mexía..... 1
FLORO.—*Compendio de la Historia Romana*, traducción de D. Eloy Díaz Jiménez..... 1

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*..... 2
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo..... 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*..... 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*..... 1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*..... 2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*..... 1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*..... 1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política Militar*..... 1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos.* Traducción de M. Juderías Bénder..... 5
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción de M. Juderías Bénder y Daniel López..... 4
— *Discursos parlamentarios*, traducción de Daniel López..... 1
— *Vidas de políticos ingleses*, traducción del mismo..... 1
— *Historia del Reinado de Guillermo III*, continuación de la *Revolución de Inglaterra*, traducción del mismo..... 6
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz. 2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot..... 5
Se han publicado tres tomos.

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.... 1
— *La Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro.... 1

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier..... 3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción en verso, de D. José J. Herrero..... 1

Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bénder..... 2

BIBLIOTECA CLASICA.

CADA TOMO EN RÚSTICA tres pesetas Y ENCUADERNADO EN TELA cuatro pesetas.

Los pedidos al editor, D. Luis Navarro, Isabel la Católica, 25, Madrid.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.—HOMERO: *La Ilíada*, traducción en verso de Hermosilla, 3 tomos (1, 2 y 3).—HERODOTO: *Los nueve libros de la historia*, traducción del P. Pou, 2 t. (6 y 7).—PLUTARCO: *Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos, 5 t. (21, 22, 23, 24 y 28).—ARISTÓFANES: *Teatro completo*, traducción de Baraibar, 3 t. (27, 34 y 42).—ESQUILO: *Teatro completo*, traducción de Brieva Salvatierra, 1 t. (32).—POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: (*Demócrito, Bión y Mosco*), traducción en verso de Montes de Oca, 1 t. (29).—XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia.—La Cyropedia*, traducción de Gracián, 2 t. (46 y 48).—LUCIANO: *Obras completas*. Se ha publicado el tomo primero (55).—PÍNDARO: *Odas*, traducción en verso de Montes de Oca, 1 t. (57).—ARRIANO: *Las expediciones de Alejandro*, traducción de Baráibar, 1 t. (58).—POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *Anacreonte, Safo, Tirteo*, etc., traducción en verso de Baraibar, Menéndez Pelayo, Conde y Canga Argüelles, 1 t. (69).—POLIBIO: *Historia Romana*, traducción de Ruí Bamba, 3 t. (71, 72 y 74).—PLATÓN: *La República*, traducción de D. José Tomás y García, 2 t. (93 y 94).

Clásicos latinos.—VIRGILIO: *La Eneida*, traducción en verso de Caro, 2 t. (9 y 10).—*Églogas y geórgicas*, traducción en verso de Hidalgo y Caro, 1 t. (20).—CICERÓN: *Obras didácticas*, traducción de Menéndez Pelayo, 2 t. (14 y 26).—*Obras filosóficas*, traducción de Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro, 4 t. (59, 60, 73 y 75).—*Epístolas familiares*, traducción de Simón Abril, 2 t. (77 y 79).—*Cartas políticas*, traducción de Navarro, 2 t. (83 y 86).—TÁCITO: *Los Anales*, traducción de Coloma, 2 t. (17 y 18).—*Las Historias*, traducción de Coloma, 1 t. (40).—SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del infante D. Gabriel, 1 t. (15).—CÉSAR: *Los comentarios*, traducción de Goya Muniain, 2 t. (44 y 45).—SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*, traducción de Castilla, 1 t. (64).—SÉNECA: *Tratados filosóficos*, traducción de Navarrete y Navarro, 2 t. (67 y 70).—*Epístolas morales*, traducción de Navarro, 1 t. (66).—OVIDIO: *Las Heroidas*, traducción en verso de Mexía, 1 t. (76).—FLORO *Compendio de la historia romana*, traducción de Díaz Jiménez, 1 t. (84).

Clásicos españoles.—CERVANTES: *Novelas ejemplares* y *viaje del Parnaso*, 2 t. (4 y 5).—CALDERÓN: *Teatro selecto*, 4 t. (36, 37, 38 y 39).—HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*, 1 t. (41).—QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*, 1 t. (33).—QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*, 2 t. (12 y 13).—DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*, 1 t. (35).—ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*, 1 t. (8).—MELO: *Guerra de Cataluña* y *política militar*, 1 t. (65).

Clásicos ingleses.—MACAULAY: *Estudios literarios, históricos, políticos, biográficos* y *críticos*, traducción de Juderías Bender, 5 t. (11, 16, 19, 25 y 30).—*Discursos parlamentarios*, traducción de López, 1 t. (78).—*Vidas de políticos ingleses*, traducción de Juderías, 1 t. (82).—*Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción de Juderías y López, 4 t. (47, 56, 63 y 68).—*Reinado de Guillermo III*, (continuación de la *Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción de López, 6 t. (87, 88, 89, 90, 91 y 92).—MILTON: *El Paraíso perdido*, traducción en verso de Escoiquiz, 2 t. (50 y 51).—SHAKESPEARE: *Teatro selecto*, traducción de Macpherson, 3 t. (80, 81 y 85).

Clásicos italianos.—MANZONI: *Los novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego, 1 t. (31).—*La moral católica*, traducción de Navarro, 1 t. (52).

Clásicos alemanes.—SCHILLER: *Teatro completo*, traducción de Mier, 3 t. (43, 49 y 62).—HEINE: *Poemas y fantasías*, traducción en verso de Herrero, 1 t. (61).

Clásicos franceses.—LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*, traducción de Castilla y Juderías, 2 t. (53 y 54).

EN PRENSA.

La Odisea, traducción en verso de D. Federico Baráibar, tomo II.

BIBLIOTECA CLASICA.

HOMERO

LA ODISEA

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO II

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
ISABEL LA CATÓLICA, 25
1886

HOMERO

LA ODISEA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, 20.

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XCVI

HOMERO

LA ODISEA

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO II

LA BATRACOMIOMAQUIA

TRADUCCIÓN DE

D. JENARO ALENDA

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
ISABEL LA CATÓLICA, 25

1886

LA ODISEA.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

Dijo, y todos quedaron en silencio,
Y en las oscuras cámaras estaban
Por el placer inmóviles. Al cabo
Dijo el Rey: «pues viniste á mi morada
De metálico umbral y alta techumbre,
Espero has de volver á tu nativo
País, sin vagar más, por muchos males
Que hasta ahora hayas sufrido. Mas vosotros,
Que sin cesar bebéis en mi palacio
El vino del honor, lleno de fuego,
Y oís á mi cantor, sabed las órdenes
Que recomiendo á cada cual. Cerrados
Están ya en rico cofre los vestidos,
Las bellas joyas de oro, y los presentes
Restantes que á mi huésped le trajeron

Aquí los Feacenses consejeros.
Pues bien; démosle ahora cada uno
Un caldero y un trípode; y hagamos
Después en todo el pueblo una colecta
Para cobrarnos de ello; que es gravoso
Á uno solo el hacer tan ricos dones.»
Dijo, y gustó el proyecto á los Feacios,
Que á dormir se marcharon á sus casas.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Fueron apresurados á la nave
Con los bronces, decoro de sus dueños.
La sacra majestad del rey Alcínoo
Bajó también á la galera, y puso
Los presentes debajo de los bancos,
Para que al inclinarse sobre el remo
No se fuesen á herir los navegantes.
Vueltos después á la morada regia,
La sabrosa comida aderezaron.
La sacra majestad del rey Alcínoo
Sacrificó, en su honor, al sumo Jove,
Deidad que envuelta en nubes manda á todos,
Un gordo buey, y luego de quemadas
Las piernas de la víctima, sentáronse
Á la mesa, comiendo placenteros
De los ricos manjares. Dulces cantos
El divino Demódoco, por todos
Muy honrado, entonaba; mas Ulises,

Ganoso de volver, al sol espléndido
Á menudo volvía la cabeza
Deseando se pusiese. Como ansía
La cena el labrador á quien los bueyes
Por un duro barbecho el día entero
Llevan tras del arado, y ve con júbilo,
Con el ponerse el sol, llegar la hora
De cenar, y el cansancio las rodillas
Al regresar le dobla; así de alegre
Miró ponerse el sol el noble Ulises.
Y al punto á los Feacios, que se gozan
En la navegación, y sobre todos
Dirigiéndose á Alcínoo, les dijo:
«Oh Rey, el más augusto de estos pueblos,
Haced las libaciones, y dejadme
Salvo partir después; quedad vosotros
Con dicha y con salud. Ya se han cumplido
Cuantas cosas mi pecho apetecía;
La nave y los riquísimos presentes,
¡Plegue á los dioses que en el cielo moran
Que sean por mi bien! ¡Halle á mi vuelta,
Junto al hogar, la esposa irreprochable,
Y sanos los amigos! ¡Y á vosotros,
Que os quedáis aquí, quieran los dioses
Que seáis largo tiempo el puro gozo
De la esposa y los hijos, y otorgaros
Toda clase de dichas, sin que nunca
El más pequeño mal aflija al pueblo!»

Dijo; aplaudieron todos, y ordenaron
Que partiese aquel huésped, de tan gratas
Palabras; y á su heraldo el rey Alcínoo:
«Pontónoo, le dijo, en la cratera
Mezcla el sabroso vino, y distribúyelo
Á todos los presentes; y roguemos
Á soberano Júpiter que al huésped
Sano y salvo á su patria conduzcamos.»
Dijo, y Pontónoo el vino en la cratera
Vertió, y distribuyólo á los presentes,
Que desde sus sitiales ofrecieron
Á los eternos dioses libaciones:
El valeroso Ulises de su silla
Levantóse, y poniendo un vaso doble
En las manos de Arete, estas aladas
Palabras dirigióle: «Augusta reina,
Te deseo una dicha imperturbable,
Hasta que la vejez venga y la muerte
De todos los humanos patrimonio.
Yo parto: tú disfruta en tu palacio
Del amor de tus hijos, de tu pueblo
Y de tu esposo Alcínoo.» Así dijo,
Y traspasó el umbral el noble Ulises.
Alcínoo envió para guiarle
Á la orilla del mar y á la galera
Un heraldo, y Arete tres criadas;
Con un manto muy limpio y una túnica
Para Ulises la una; con el rico

Henchido cofre la otra, y la tercera
Con provisión de vino y pan sabroso.
Luégo que al mar llegaron y á la nave,
En su fondo los bravos compañeros,
Tomándolos de manos de las siervas,
Pusieron los objetos que traían,
Y el vino y comestibles; y tendieron
Del cóncavo navío en la cubierta,
Y cerca de la popa, blanda colcha
Y una tela de lino, donde Ulises
Se pudiera dormir profundamente.
Subió el héroe á la popa, y en silencio
Se acostó; los remeros en los bancos
Sentáronse con orden, y soltaron
De una piedra, por medio agujereada,
La amarra de la nave; é inclinándose
Hacia atrás, golpearon con el remo
El verdinegro mar. Sueño profundo
Cayó en tanto en los párpados de Ulises,
Tan dulcísimo y grato, que tenía
Semejanza á la muerte. Como suele
De briosos corceles la cuadriga
Arrancando á la vez, al golpe rudo
Del látigo, volar, con la cabeza
Erguida por el campo; así se alzaba
La proa de la nave, y en la popa
El rumoroso mar olas enormes
Y negras levantaba. Con un curso

Tan seguro é igual iba bogando,
Que un neblí, que es el ave de más vuelo,
No pudiera alcanzarla; tan aprisa
Cortaba el hondo mar, llevando á bordo
Un hombre en los consejos semejante
Á los eternos dioses, que, teniendo
Sufridos ya trabajos sin medida
En las guerras crueles y en las olas,
Dormía blandamente, sin memoria
De todo lo pasado. Cuando el astro,
Que de la Aurora anuncia la llegada,
Apareció brillante en el Oriente,
Navegando llegaron á la isla.
Hay en la tierra de Ítaca un buen puerto
Á Forcis consagrado (1), anciano augusto
Habitante del mar: dos escarpadas
Orillas avanzándose le forman,
Y, al exterior, protegen contra el soplo
Impetuoso del viento la onda inmensa;
Y sin amarras dentro están seguras
Las de fuerte combés, galeras raudas.
Al extremo del puerto hay un olivo
De larguísimas ramas, y una gruta
Á su lado, profunda y agradable,
Á las Náyades ninfas (2) consagrada,
Su panal diligentes las abejas
Dentro fabrican; y crateras y ánforas
Hay de piedra, y grandísimos telares

Tallados en la roca, donde tejen
De púrpura los mantos ostentosos
Las adorables ninfas; cristalina
Fluye en el antro inagotable fuente.
Dos puertas tiene: al Bóreas la una,
Que da acceso á los hombres; otra al Noto;
Mas divina, cerrada á los mortales,
Sirve para los dioses. Los Feacios
En aquel puerto, de antes conocido,
Entraron, y su rápida galera
Encalló en las arenas de la playa
Casi hasta la mitad; ¡tan grande impulso
Los remeros le dieron! A la tierra
Saltaron de la nave, y lo primero
Al héroe bajaron con la colcha
Y el tapiz primoroso en que yacía,
Y dormido dejáronlo en la arena.
Después desembarcaron los tesoros
Que, inspirados por Palas, los ilustres
Feacios entregáronle, á su vuelta,
Y en montón los pusieron, apartados
De la senda, y al pie del viejo olivo,
Para evitar que acaso un transeunte
Antes de despertar el noble Ulises
Los pudiera robar. Y en fin volvieron
Á su patrio país. Pero Neptuno,
No olvidando las recias amenazas
Que hizo al principio á Ulises, del gran Júpiter

La intención sondeando, le decía:
«Padre Jove, no más entre los númenes
Seré honrado, pues débiles mortales
Como los Feacenses, que han salido
De mi raza, me humillan y desprecian.
Pensaba yo que Ulises tornaría
A su patria sufriendo muchos males,
Pues no intenté oponerme á su regreso
Que tú primeramente permitiste.
Mas ahora los Feacios le han traído
Dormido blandamente por el ponto,
Y lo han dejado en Ítaca, entregándole
Abundantes regalos y tal copia
De oro, bronce y vestidos, como nunca
De Troya traer pudiera, aunque sin daño
Con su parte del saco regresara.»
Júpiter que las nubes amontona,
Así le respondió: «¿Qué es lo que dices,
Poderoso Neptuno? No, los dioses
No te desprecian; imposible fuera
Despreciar al más alto y poderoso.
Pero si algún mortal, fiando necio
En sus fuerzas, no te honra, está en tu mano
Castigar siempre el inferido ultraje.
Haz, pues, alta deidad, lo que te plazca.»
Neptuno, que sacude el continente:
«Yo haré lo que tú dices, le repuso,
Dios de las negras nubes, pero temo

Tu ira funesta y de evitarla trato.
Hoy en el hondo mar la nave hermosa
Intento destruir de los Feacios
Al tornar de su viaje, por que dejen
En adelante de llevar mortales;
Y ocultar su ciudad tras un gran monte.»
Jove, congregador de negras nubes:
«Amigo, le repuso, me parece
El consejo mejor, que cuando todos
Los Feacios, saliendo á la marina,
Vean adelantarse á puro remo
El navío, coloques muy cercano,
Para asombro de todos los mortales,
A la costa un peñasco á él parecido,
Y ocultes la ciudad tras un gran monte »
Oído esto, Neptuno, que sacude
El continente, encaminóse á Esqueria,
País de los Feacios, y, en llegando
Á ella, se detuvo. Pronto vino
Con curso rapidísimo la nave
Bogando sobre el mar: el gran Neptuno
Se le acercó, y poniéndole la mano
Encima, convirtióla en una peña,
La arraigó en lo profundo, y alejóse.
En tanto los Feacios, peritísimos
Navegantes que largos remos usan,
Con aladas palabras se decían,
Mirando cada cual al más vecino:

«¿Quién la nave veloz ha encadenado
Cuando llegaba al puerto y se veía
Toda ya sobre el mar?» Así decíanse
Uno á otro, y á nadie se alcanzaba
El modo de efectuarse aquel prodigio.
Mas entonces, Alcínoo arengándoles:
«¡Justo cielo! exclamó, ya los oráculos
De mi padre querido en mí se cumplen.
Predijo que, irritado el gran Neptuno
Porque somos seguros conductores
De todos los viajeros, de regreso
De un viaje perdería un gran navío
En el profundo mar, y con un monte
Muy grande cubriría nuestro pueblo.
Así decía el viejo; y ahora todo
Se ha cumplido. Mas ¡ea! obedecedme
En todo lo que os diga. Desistamos
De conducir ningún mortal que venga
A nuestra capital. Sacrifiquemos
Doce escogidos toros á Neptuno,
Para ver de aplacarle y que no cubra
Nuestra hermosa ciudad con un gran monte.»
Dijo así, y los Feacios, aterrados
Las víctimas trajeron. Mientras todos
Los señores y príncipes del pueblo
Feacense á Neptuno suplicaban
En torno del altar, despertó Ulises
Sobre la tierra patria, que no pudo

Reconocer: ¡tan larga fué su ausencia!
Y Palas, además, hija de Júpiter,
Le cercó de una niebla que le hiciese
Desconocido á él mismo, para darle
Todas las necesarias instrucciones,
A fin de que ni esposa, ni vecinos
Ni amigos, hasta tanto que vengase
La injuria de los vanos pretendientes,
Pudieran conocerle. Así, en distinta
Forma se presentaban los objetos
Al valeroso rey, las largas sendas,
Los muy seguros puertos, y las rocas
Abruptas, y los árboles frondosos.
Levantóse muy presto, y fijamente
Miró la patria tierra, dió un gemido,
Se golpeó los muslos con las palmas
De las manos, y dijo entre sollozos:
«¡Ay de mí! ¿qué mortales esta tierra,
Donde al fin llegué, habitan? ¿Son crueles,
Injustos y violentos, ó piadosos
Con los dioses y afables con los hombres?
¿Á dónde llevaré tantas riquezas?
¿Á dónde iré yo mismo? ¡Así me hubiese
En Esqueria quedado! Allí á otro príncipe
Dirigido me hubiera, y obtenido
Buena acogida y vuelta favorable.
Ni sé dónde ocultar estos tesoros,
Ni á dejarlos aquí me determino,

No vayan á robármelos. ¡Oh dioses!
Los señores y jefes Feacenses
Estaban, pues, del todo desprovistos
De justicia y prudencia, pues faltando
Á sus firmes promesas de traerme
A la occidental Ítaca, me dejan
En extraña región. ¡Ojalá Jove,
De suplicantes protector, que mira
Á los demás mortales y al que falta
Impone correctivo, les castigue!
¡Ea! contaré ahora mis tesoros,
Y veré si al partir se me han llevado
Alguno los Feacios en la nave.»
Esto dicho, contó los bellos trípodes,
Los calderos, el oro, y los vestidos
De tejidos preciosos; y aunque nada
Echó de menos, por su patria tierra
Suspiraba, arrastrándose á la orilla
Del resonante mar con llanto acerbo.
En la figura de pastor de ovejas,
Joven y delicado como el hijo
De un rey, se le acercó Minerva Palas.
Llevaba un manto doble (3) bien cortado;
En los brillantes pies sandalias ricas,
Y en la mano una lanza muy aguda.
Jubiloso veíala acercársele
Ulises, y saliéndole al encuentro
Le dijo estas palabras voladoras:

«Salud, amigo mío, pues tú eres
El primero á quien hallo en estos sitios,
Quiera el cielo que á mí no te aproximes
Con dañada intención. Salva estas cosas
Y sálvame á mí mismo. Te lo ruego
Como á un dios, abrazando tus rodillas.
Díme ahora la verdad: ¿qué pueblo es éste?
¿Qué región? ¿qué varones hay en ella?
¿Es una isla conspicua, ó el extremo
De un fértil, dilatado continente
Que en el inmenso mar sus pies afirma?»
La ojos verdes Minerva respondióle:
«O eres un simple, ó vienes de muy lejos,
Extranjero, al hacer tales preguntas
Acerca de esta tierra; pues famosa
Es ciertamente, y la conocen muchos
De los que donde el Sol y el Alba nacen
Viven, ó en las regiones tenebrosas
Donde fenece el día. Aunque es quebrada
Y no cría caballos, no es estéril
Tampoco, aunque pequeña. Vino y trigo
En gran copia da el suelo, nunca falto
De rocíos y lluvias; es muy bueno
Para cabras y bueyes; cría bosques
De todas clases, y perennes fuentes
Brotan en ella. Por lo cual, de Ítaca
Llegó el nombre hasta Troya, que de Grecia,
Según oigo decir, se halla muy lejos.»

Dijo así; y al hallarse en su nativa
Tierra, según las verdes ojos Palas,
Hija de Jove portador de la égida,
De decirle acababa, el noble Ulises
Alegróse infinito, y le repuso
Con aladas palabras, ocultando
La verdad, porque siempre revolvía
En su hábil pensamiento mil astucias:
«He oído hablar de Ítaca muy lejos,
En la espaciosa Creta, allende el ponto.
Yo, después de dejar á mis amados
Hijos iguales bienes, vengo ahora
Con aquestos de Creta, fugitivo
Por haber dado muerte al predilecto
Hijo de Idomeneo, el raudo Orsíloco,
Que en el correr vencía á cuantos hombres
Hay en aquella tierra. Díle muerte
Porque todo el botín que gané en Troya,
Pasando mil trabajos en la guerra
Y en las olas terribles, pretendía
Arrebatarme, atento á que á su padre
No quise complacer, bajo sus órdenes
Sirviendo, pues mandaba otros soldados.
Cuando con un amigo regresaba
Del campo, colocándome al acecho
Muy cerca del camino, atraveséle
Con mi lanza de bronce: noche oscura
Envolvía los cielos, nadie viónos,

Y á hurto de todo el mundo díle muerte.
Después que le arranqué la dulce vida
Con el agudo bronce, á una galera
Fuí, y pedí á los Fenicios, entregándoles
Gran parte del botín, que me trajesen
Á Pilos, ó á la Elide divina,
Tierra de los Epeos; mas la fuerza
Del viento arrebatólos, mal su grado,
En otra dirección, pues no intentaban
Engañarme, y perdidos, por la noche
Arribamos aquí, y á puro remo
Entramos en el puerto pesarosos;
Y aunque necesitados de comida,
No pensamos en ella, y en la playa,
La nave abandonando, nos echamos.
Un dulce sueño me cogió rendido;
Y ellos, sacando de la hueca nave
Todos mis bienes, junto á mí, en la arena,
Donde dormido estaba, los dejaron.
Después, reembarcándose, partieron
De Sidón á las costas muy pobladas,
Y yo quedéme aquí lleno de angustia.»
Dijo: la diosa Palas sonrióse;
Tocóle suavemente con la mano,
Y de bella mujer, alta, entendida
En hermosos trabajos, la figura
Tomando, respondióle de esta suerte:
«¡Bien agudo y falaz que ser tendría,

Aunque una deidad fuera, el que en engaños
Te pudiera vencer! Mortal astuto,
Temerario, y en fraudes infinito,
¿Ni aun en el caro suelo de tu patria
Á las finas astucias, y mentidas
Palabras, que te son desde la cuna
Familiares, renuncias? Mas no hablemos
De esto más, pues en fraudes somos ambos
Maestros; tú el mejor de los mortales
En palabra y consejo; y yo famosa
Por lo mismo y honrada entre los dioses.
¡Cómo! ¡no reconoces á Minerva,
Hija de Jove, que te asisto y salvo
En todos tus trabajos, y te he hecho
Á los nobles Feacios agradable!
Ahora he venido aquí para decirte
Mi consejo, y guardar los ricos dones
Que por mi inspiración te han regalado
Los ilustres Feacios, al volverte.
Te diré los dolores que aun te quedan
Por sufrir en tu casa bien labrada;
Forzoso te es sufrirlos, y á ninguno,
Ni mujer ni varón, que fugitivo
Has llegado decir; sino en silencio
Sufrir muchos dolores, y paciente
Soportar de los procos las injurias.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«Difícil es, oh diosa, para un hombre,

Aunque sea muy hábil, conocerte;
Pues de forma varías. Bien conozco
Que me fuiste benigna en otro tiempo,
Cuando ante Ilión excelsa peleábamos
Los hijos de los Griegos; mas no he vuelto
Á verte, hija de Jove, desde el día
En que, saqueada Troya, nos partimos
Á las naves y un numen irritado
Dispersó los Aqueos, en mi barco
Librándome de daños [sino siempre,
Con el alma de pena desgarrada,
He andado perdido, hasta el momento
En que del mal los dioses me libraron,
Y hasta que en la ciudad rica y excelsa
De los nobles Feacios, me serviste
De guía y con palabras me animaste].
Ahora, por tu padre te lo ruego
(Pues no creo que á la Ítaca he venido,
Sino á alguna otra tierra, y que tú dices
Eso sólo por burlas y engañarme),
Díme si es cierto, diosa veneranda,
Que á mi querida patria he arribado.»
Respondióle la diosa de ojos verdes:
«Siempre es el mismo tu esforzado pecho;
Por eso yo no puedo abandonarte
En tu infelicidad, porque eres vivo
De ingenio, y muy discreto y elocuente.
Otro que tú, al volver de su destierro,

Con impaciencia hubiera apetecido
Los adorados hijos y la esposa
Ver en el caro hogar, mas tú no quieres,
Ni aun preguntar por ellos, sin primero
Á prueba someter la mujer bella.
La cual sigue constante en tu morada,
Pasando en llanto acerbo por tu ausencia
Las noches luctüosas y los días.
Yo jamás tuve en duda, pues sabíalo
De antemano, que al cabo volverías,
Perdidos tus amables compañeros;
Mas no quise oponerme al gran Neptuno,
Hermano de mi padre, enfurecido
Contra tí porque un hijo le cegaste.
Ahora voy á mostrarte el suelo de Ítaca
Para que tú me creas. Mira el puerto
Del viejo de la mar Forcis augusto;
Mira á su extremo del antiguo olivo
El inmenso ramaje [y á su lado
La amable, fresca y misteriosa gruta
Consagrada á las Ninfas, que se llaman
Náyades]; antro oscuro en que ofreciste
Hecatombes perfectas tantas veces
Á las amables Ninfas; mira el monte
Nerito, de altas selvas circundado.»
Dijo la diosa; y disipó la nube,
Y apareció la tierra: inmenso júbilo
Sintió el divino Ulises, su nativo

País al contemplar. El alma tierra
Besó, y alzando las robustas manos
Suplicó al punto á las amables Ninfas:
«Ninfas Náyades, dijo, hijas de Júpiter,
Nunca más pensé veros: yo os saludo
Con mis más dulces votos, y os prometo
Sacrificios como antes, si es que Palas,
Amiga de botín, vivir me deja,
Y permite crecer á mi hijo amado.»
La ojos verdes Minerva respondióle:
«Tranquilízate y echa de tu pecho
Esos cuidados ya. Guardemos ahora
De la divina gruta en lo más hondo,
Para que en ella intactos se conserven,
Estos ricos tesoros, y tratemos
De la forma mejor de hacer las cosas.»
Diciendo esto, la diosa entró en la gruta,
Buscando un escondrijo. Llevó Ulises
Rápido los tesoros á sus huecos;
El oro, el bronce indómito, los trajes
Bien hechos, rico don de los Feacios.
Colocólos en sitio conveniente,
Y sobre ellos Minerva, hija de Júpiter,
De égida portador, puso una losa.
Sentándose después en las raíces
Del olivo sagrado, de los procos
Insolentes la muerte concertaron,
Diciendo la primera la ojos verdes:

«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Piensa cómo has de hacer sentir lo grave
De tu mano robusta en los altivos
Pretendientes, que mandan en tu casa
Ya va para tres años, pretendiendo
Á tu divina esposa y ofreciéndole
Los regalos nupciales; por más que ella
Siempre anhelando triste tu regreso,
Da esperanzas á todos, y á cada uno
Sus recados envía, mas medita
Otras cosas su triste pensamiento.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«¡Justos dioses! sin duda yo debía
Morir de mala muerte en mi palacio
Como el Atrida Agamenón, si todo
Tú no me hubieras dicho, augusta diosa.
Mas dame algún consejo, con que pueda
Castigarles; y acórreme inspirándome
Fuerza y valor igual al que me diste
Cuando las fuertes y brillantes puertas
Rompíamos en Troya. Si lo mismo
Te pluguiese asistirme, con trescientos
Hombres pelearía, confiado,
Veneranda deidad, en tu socorro.»
La ojos verdes Minerva respondióle:
«Sí, yo estaré á tu lado, y de tu vista
Jamás me apartaré, cuando empecemos
La obra á realizar; y más de alguno

De esos procos soberbios que consumen
Tu caudal, manchará la tierra inmensa
Con su sangre y sus sesos. Mas ahora,
Á todo hombre mortal desconocido
Te quiero hacer; voy á secar la fresca
Piel de tus miembros ágiles; la rubia
Cabellera á quitarte; á revestirte
De un andrajoso manto que repugne
Mirarlo, y á afear tus claros ojos
Tan bellísimos antes, y á la vista
De todos los altivos pretendientes
De tu esposa, y del hijo que dejaste
En tu mansión, parecerás deforme.
Tú busca lo primero al porquerizo
Guarda de tu rebaño, amigo tuyo
Muy fiel, y de tu esposa discretísima
Y de tu hijo Telémaco. Hallaróslo
Vigilando tus cerdos, que en la peña
Del Cuervo (4) y en la fuente de Aretusa
Pacen, comiendo las bellotas dulces
Y bebiendo aguas negras, que del cerdo
Las sabrosas grosuras desarrollan.
Quédate allí y entérate de todo,
Mientras á Esparta, en bellas abundante,
Parto para traerte, noble Ulises,
Á tu caro Telémaco, que á casa
Del rubio Menelao, en la espaciosa
Lacedemonia, fué, de si vivías

Y en qué pueblo solícito á enterarse.»
Replicóle á su vez el cauto Ulises:
«¿Por qué no se lo has dicho, augusta diosa,
Si todo lo sabías? ¿Es acaso
Para que, como yo, por el estéril
Ponto vague perdido, con mil penas,
Mientras otros consumen sus caudales?»
La ojos verdes Minerva le repuso:
«No te inquietes por él. Yo misma le hice
Partir porque adquiriese ilustre fama
Allá abajo. No pasa pena alguna,
Sino tranquilo en la morada rica
Del rubio Atrida está, donde le sirven
De todo en abundancia. Y aunque es cierto
Que unos mozos soberbios, apostados
En galera embreada, por matarle
Antes que vuelva á su país, le acechan,
No lo conseguirán, á lo que pienso;
Y antes la tierra cubrirá á más de uno
[De los soberbios que tu bien destruyen.]»
Dicho esto, tocó á Ulises con su vara
La diosa, y desecó la piel brillante
De sus ágiles miembros, despójole
De los cabellos rubios la cabeza,
Y de anciano decrépito á su cuerpo
Las apariencias dió; sus hermosísimos
Ojos enrojeció; puso en sus hombros
Un manto destrozado y una túnica

Viejos, descoloridos y manchados
De humo sucio; de ciervo corpulento
El cuero sin pelaje echóle encima;
Completando además con un garrote
Y un astroso zurrón, con su correa
Muy retorcida, el miserable equipo.
Después de concertarse, separáronse;
Y Palas á traer el hijo caro
De Ulises se partió á Lacedemonia.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Ulises desde el puerto encaminóse
Por una áspera senda, entre montañas
Y enmarañados bosques, hacia el sitio
Donde le dijo Palas que estaría
El porquero, de todos los criados
Comprados por el Rey el que guardaba
Con más solicitud sus pingües bienes.
Sentado halló al pastor ante la puerta
Del corral, donde en sitio ventilado
Se elevaba la cuadra, grande, hermosa
Y en círculo trazada: el porquerizo
La había construído por sí propio,
En ausencia del rey y sin mandárselo
El anciano Laertes, ni la reina,
Trayendo grandes piedras y cercándola
De un espinoso seto. Había hincado
Por defuera una línea muy espesa
De estacas resistentes, al oscuro

Corazón de los robles arrancadas.
Y dentro del corral, muy inmediatos,
Había construído doce cortes
Para albergar los cerdos, y en cada uno
Cincuenta hembras paridas encerraba
Echadas en el suelo. Los verracos
Al sereno dormían, y eran menos
Porque los pretendientes, á los dioses
Iguales, en sus mesas los mermaban,
Pues el más gordo de ellos, cada día
Les llevaba el porquero; mas, con todo,
Aun había trescientos y sesenta.
Junto á ellos, cuatro perros, semejantes
A fieras, siempre estaban. El porquero,
Jefe de los pastores, los había
Criado para el caso. Estaba entonces
Ajustando á sus pies unas sandalias,
Que cortaba en la piel de color vivo
De un buey, el fiel Eumeo. Los restantes
Pastores ya no estaban, pues habían
Partido tres en varias direcciones
Guiando los rebaños de los puercos,
Y el cuarto á la ciudad, para llevarles
Á los soberbios procos insolentes,
Según su imposición, un cerdo gordo,
Para que, degollándolo, saciasen
Con la carne grasienta el apetito.
Al ver aparecer de pronto á Ulises

Los ladradores perros (1), se lanzaron
Furiosos hacia él; pero sentóse
Astuto, y el garrote que llevaba
Se le cayó. Y entonces en la laceria
De sus propios establos gran trabajo
Quizá hubiera sufrido, si el porquero
No acudiera veloz, por el vestíbulo
Corriendo tan aprisa, que el pedazo
De piel se le cayó. Dispersó á gritos
Y á pedradas los perros, y á seguida:
«Anciano, dijo al rey, cerca estuviste
De ser despedazado por mis perros,
Cubriéndome de oprobio. Ya los dioses
Me han dado de gemidos y de penas
Motivos harto graves, pues á un dueño
Igual á un dios llorando, aquí resido;
Y mientras sus lucidos cerdos guardo,
Para que otros los coman, quizá hambriento
Andará él en un pueblo y una tierra
De lengua diferente, si es que aun vive
Y ve la luz del sol. Á mi cabaña
Sígueme, buen anciano; allí, de vino
Y de pan satisfecho, relatarme
Podrás tus desventuras y tu patria.»
Diciendo esto, el divino porquerizo (2)
Llevóle á su cabaña, y dentro de ella
Sentar le hizo en un haz de largos mimbres,
Que cubrió con la piel ancha y peluda

De una cabra montés que le servía
De lecho; y de acogida tan benévola
Ulises encantado: «¡Ojalá Júpiter
Y los restantes númenes te otorguen
Lo que apetezcas más, huésped, en premio
De tan amable acogimiento!» dijo.
Á esto el porquero Eumeo respondióle:
«Extranjero, no es lícito, aunque fuera
Más astroso que tú, con menosprecio
Tratar á ningún huésped; porque vienen
Todos los extranjeros y mendigos
De Jove, y el regalo más pequeño,
Viniendo de nosotros, les es grato.
Dar poco, de los siervos, temerosos
Siempre, es el patrimonio, mientras mandan
Amos jóvenes. ¡Ay! sin duda alguna
Los dioses han cerrado los caminos
De la vuelta al señor que, interesándose
Por mí, me hubiera dado generoso
Una casa y un campo y una esposa
De todos envidiada, y cuantos bienes
Dar suele un amo bueno á aquel que mucho
Por él ha trabajado, y al que un numen,
Como con la labor en que yo entiendo,
Ha hecho que prosperasen sus trabajos.
Así, si mi señor en estos sitios
Hubiera envejecido, me tratara;
Mas ha muerto: ¡ojalá antes pereciera

El linaje de Helena, que á la tumba
Tantos héroes llevó! porque mi dueño,
Honrando á Agamenón, partió á la guerra
De la en bridones fértil, Troya sacra.»
Dicho esto, con presteza sujetóse
Con el cinto la túnica, y al punto
Se fué hacia las pocilgas, donde estaban
Encerrados los puercos; y se vino
Con dos, que degolló é hizo pedazos
Después de chamuscarlos, y los puso
En sendos asadores; y aun calientes,
Presentólos á Ulises, sin quitarlos
Del asador; los polvoreó de harina,
Y en un vaso de yedra un vino dulce
Como la miel mezcló. Sentóse enfrente
De su dueño, y le dijo estas palabras:
«Come ahora, extranjero, de estas carnes
De puerco que nos dan á los criados,
Pues las de los más gordos se reservan
Para los pretendientes, que se olvidan
De toda compasión y del castigo
Del cielo, pues los númenes felices
No aman las obras malas, sino que honran
Las buenas y las justas. El pirata
Y el enemigo fiero, que asaltando
Extranjero país, de botín ricos,
Por permisión de Júpiter, se vuelven
En las repletas naves á sus casas,

Sienten de las venganzas celestiales
El vehemente temor cercar su pecho.
Mas esos saben algo y han oído
La voz de un dios, que de mi dueño el triste
Fin les habrá anunciado, pues no quieren
Pretender á su esposa, según uso (3),
Ni volver á sus casas; y tranquilos,
Sin el menor respeto, las haciendas
De mi señor destruyen. Cuantas noches
Y días nos da Jove, no les basta
Matar una ó dos víctimas, y el vino,
Sin medida bebiendo, le consumen.
Ciertamente su hacienda era copiosa;
Ningún héroe del negro continente
Ni de la misma Ítaca, ni juntos
Veinte príncipes, tienen las riquezas
Que mi dueño reune: á enumerártelas
Voy ahora: en el negro continente
Tiene doce vacadas, y otros tantos
Rebaños de carneros y de cerdos
Y triscadoras cabras, que pastores
Y gente asalariada le apacientan.
Á más once rebaños numerosos
De cabras hay aquí, que de la isla
En el extremo pacen, custodiados
Por seguros zagales, y cada uno
El más gordo cabrito cada día
Lleva á los pretendientes, y yo el cerdo

Más gordo de la piara les escojo.»
Así dijo; y en tanto ávidamente,
En silencio las carnes devoraba
Y se bebía el vino el noble Ulises
La muerte de los procos maquinando.
Y después que cenó y con los manjares
Sus ánimos repuso, le dió Eumeo
Lleno de vino el vaso en que bebía.
Regocijado Ulises, aceptólo,
Y dijo estas palabras al porquero:
«Oh amigo, ¿quién es, pues, el hombre ilustre
Tan opulento y bravo, según cuentas,
Que con caudal cuantioso te ha adquirido?
¿Dices que ha perecido por la honra
Del grande Agamenón? Habla, que acaso
Yo le haya conocido. Saben Júpiter
Y las demás deidades si yo puedo
Darte noticias de él pues he corrido
Infinitos lugares vagabundo.»
El mayoral Eumeo: «Buen anciano,
Jamás le darán crédito, repuso,
Á ningún vagabundo que les traiga
Noticias de mi dueño, ni su esposa
Ni su hijo querido; pues de auxilio
Necesitados, sin reparo inventan
Y no quieren decir lo que hay de cierto.
Porque cuantos mendigos á la isla
De Ítaca llegan, á mi dueña acuden

Y le cuentan mentiras: ella afable
Les acoge, y mil cosas les pregunta,
Y vierte dolorida, como es propio
De la buena mujer que su marido
Ha perdido, un raudal de llanto ardiente.
Tú mismo inventarías al instante
Cualquier ficción [si un manto y una túnica
Para vestir te diesen]. Ya los perros
Y las veloces aves han debido
Las carnes de los huesos arrancarle;
Ya le dejó la vida; ó bien los peces
En el fondo del mar le han devorado,
Y su osamenta yace en playa ignota
Envuelta en mucha arena. Así habrá muerto,
Dejando, como herencia, á sus amigos,
Y especialmente á mí, pesares sólo:
Porque no hallaré nunca amo tan bueno,
Donde quiera que vaya, ni en la casa
De mi padre y mi madre, donde al mundo
Vine y con tanto mimo me criaron.
Y en verdad, no los lloro ni deseo
Tanto; aunque, de mi patria codicioso,
Mucho apetezco verlos: mas la pena
De la ausencia de Ulises me domina.
No me atrevo, extranjero, por su nombre
Á llamarle, aunque ausente; pues me amaba
Mucho y me protegía, y, aunque lejos
Está, siempre le llamo amado mío.»

Contestóle el audaz divino Ulises:
«Oh amigo, aunque porfíes en negarlo,
Y tu alma, siempre incrédula, se oponga
Á creer en su vuelta, yo te afirmo,
No en vano, y sí con firme juramento,
Que Ulises volverá; y albricias sean
En el instante en que á su casa llegue
[Un manto y una túnica preciosos
Para vestirme]; aunque soy pobre, nada
Antes aceptaré. Porque abomino
Tanto como á las puertas del Averno
Al hombre que, cediendo á la miseria,
Engaña sin decoro. Pongo á Júpiter,
Primero de los dioses, por testigo,
Y á esta mesa hospital, y á estos hogares
De Ulises divinal, donde me siento,
De que habrá de cumplirse cuanto he dicho.
Sí, en el año que corre vendrá Ulises.
Al fin del mes presente, ó al comienzo
Del otro (4), dará vuelta á sus hogares,
Y vengará al que injurie en estos sitios
Á su querida esposa é hijo ilustre.»
El porquerizo Eumeo respondióle:
«No te daré yo, anciano, esas albricias,
Ni volverá ya Ulises á su casa;
Pero bebe tranquilo: de otra cosa
Hablemos, y no más me mientes esa,
Pues se aflige mi pecho cuando alguno

Del venerable rey hace membranza.
Dejemos los solemnes juramentos:
¡Ojalá, como anhelo, y como ansían
Penélope y Laertes y Telémaco
Semejante á los dioses, vuelva Ulises!
Ahora yo la suerte desdichada
Deploro de su hijo, pues criado
Como gallardo arbusto por los dioses,
Yo creí que en talento y hermosura
Á su querido padre igualaría
Cuando á adulto llegase; mas un numen
Ó algún mortal la clara inteligencia
Que residía en él ha perturbado,
Y á averiguar noticias de su padre
Partióse para Pilos, y los procos
Soberbios á su vuelta le preparan
Asechanzas, queriendo que sin gloria
Desaparezca de Ítaca el linaje
De Arcesio, igual á un dios. Pero dejémosle
Correr su suerte, ya sucumba ó logre
Librarse y que el Saturnio le proteja.
Mas tú, anciano, refiéreme tus cuitas;
Contesta sin rebozo á mis preguntas:
¿Quién eres? ¿de qué pueblo? ¿de qué padres?
¿En qué nave has venido? ¿qué marinos
Te han traído á esta isla, y de qué tierra
Dicen ellos que son? pues según creo
Llegar aquí por tierra no pudiste.»

El ingenioso Ulises respondióle:
«Yo voy á contestarte puntualmente
Á cuanto me preguntas. Si tuviésemos
Dulce vino y comida para estarnos
Mucho tiempo en la choza, á nuestro gusto
Celebrando un festín, mientras los otros
Trabajaban, difícil me sería
En un año acabar la larga historia
De los muchos trabajos que he sufrido
Por voluntad augusta de los dioses.
Yo me precio de haber en la espaciosa
Creta nacido, de varón muy rico.
Nacieron y conmigo se criaron
Otros muchos hermanos en la casa,
Mas de esposa legítima; y yo era
Hijo de una comprada concubina (5),
Aunque al igual de aquéllos me apreciaba
Aquel de cuya raza ser me precio,
Cástor, hijo de Hílax, como un numen
Por el pueblo cretense venerado
Á causa de su honor, de sus riquezas
Y sus ilustres hijos; mas las Parcas
Al Orco lo llevaron, y sus hijos
Su caudal dividieron y sortearon,
Y á mí sólo me dieron una casa.
Con la hija del más rico de los hombres
Casé, después, por méritos tan sólo
De mi valor, pues no era despreciable

Entonces yo, ni tímido en la guerra;
Hoy ya perdí mis bríos, aunque creo
Que juzgarás del grano por la paja:
Pero los muchos males me aniquilan.
Marte y Minerva audacia y ardor bélico
Me dieron; y al partir con lo escogido
De mi gente á apostarme en emboscada
Contra mis enemigos, de la muerte
Jamás el pensamiento ante los ojos
Me ponía la imagen; sino, bravo
El primero de todos, me arrojaba
Lanza en mano, y mataba al enemigo
Que no me aventajaba en la carrera.
Tal era yo en la guerra; las labores
Del campo y el cuidado de la casa
Que ilustres hijos cría, desplacíanme.
Mi gusto eran los barcos, guarnecidos
De remos, y las guerras, y las flechas,
Y los pulidos dardos, cosas tristes
Que á los demás mortales horrorizan.
Mas para mí eran gratas, pues un numen
Me dió esta inclinación; porque cada hombre
En cosas diferentes cifra el gusto.
Antes de que los hijos de los Griegos
Partiesen para Troya, nueve veces
Mandé tropa y llevé ligeras naves
Contra extranjeras gentes, sucediéndome
Bien todo á maravilla: de las presas

Yo escogía á mi gusto, y el sorteo
Parte preciosa luégo me añadía.
Creció en breve mi casa, y poderoso
Y respetado fuí por los Cretenses;
Mas cuando el sumo Júpiter tonante
Decretó el viaje odioso que á la tumba
Echó tanto varón esclarecido,
Á mí y á Idomeneo nos mandaron
Ser jefes de sus naves contra Troya;
Y pues la voz del pueblo lo exigía,
No hallé para negarme medio alguno.
Nueve años combatimos los Aqueos
Allí, y al fin al décimo saqueamos
La capital de Príamo, y partimos
Al nativo país; pero algún numen
Nos dispersó á los Griegos. Providente
Júpiter preparaba grandes males
Para mí, desdichado. Un mes tan sólo
Permanecí en mi casa, recreándome
Con mi esposa legítima, mis hijos
Y mis cuantiosos bienes; á seguida
Á navegar á Egipto, con mis barcos
Bien provistos y nobles compañeros,
Mi inclinación llevóme; nueve naves
Equipé, y prontamente las precisas
Tropas logré juntar. En los siguientes
Seis días, mis queridos compañeros
Celebraron festines, pues les daba

Para los sacrificios á los dioses
Y sus comidas víctimas bastantes.
Al séptimo zarpamos de la inmensa
Creta, y con viento Bóreas (6) muy recio
Y próspero bogamos felizmente
Como por manso río; ni una nave
Sufrió avería alguna, y bien dispuestos
Y sanos, nos estábamos sentados,
Mientras el recio viento y el piloto
Dirigían la nave. Al quinto día
Entramos en las aguas (7) del Egipto,
Y en sus dulces y límpidas corrientes
Eché las anclas y ordene á mis caros
Compañeros que allí, mientras andaban
Explorando el terreno mis espías,
Custodiando las naves estuviesen.
Mas ellos sucumbiendo á su insolencia,
Y siguiendo su gusto, devastaron
Las fértiles campiñas del Egipto,
Trajéronse los niños y mujeres,
Y mataron los hombres. Pero pronto
Llegó hasta la ciudad el clamoreo,
Y atraídos por él, cuando la aurora
Comenzaba á lucir, inmenso número
De Egipcios acudió. Todos los campos
Se cuajaron de infantes y jinetes
De relucientes armas. Torpe fuga,
Jove, que se divierte en lanzar rayos,

A los unos mandó: ninguno supo
Oponer resistencia, y por doquiera
Les cercaban mil males. Los Egipcios
Me degollaron muchos con el duro
Bronce, y otros cautivos me llevaron
Para sus menesteres. Una traza
Me inspiró entonces Jove (¡ojalá hubiese
Muerto allí y terminado mi destino!
¡Y no hubiera sufrido después tanto.)
Quitéme al punto yo de la cabeza
El bien labrado yelmo, y de los hombros
El escudo; tiré la recia lanza,
Y yendo hacia los rápidos corceles
Del rey, me abracé humilde á sus rodillas:
Salvóme compasivo, y á su carro
Haciéndome subir, vertiendo lágrimas,
Me llevó á su palacio. Acometiéndome
Con sus lanzas de fresno, pretendían
Darme la muerte muchos (pues estaban
Airados por demás); mas temeroso
De las iras de Jove hospitalario,
Á quien indignan obras miserables,
El rey los apartaba. Allí me estuve
Siete años y junté muchos tesoros,
Pues todos me entregaron ricas cosas;
Mas al octavo, un hombre de Fenicia,
Falaz como ninguno (8) y engañoso,
Que ya había causado muchos males,

Vino á Egipto y llevóseme, vencido
Por sus pérfidos dichos á su patria,
Donde estaban su casa y sus riquezas.
Permanecí en Fenicia un año entero;
Mas cuando ya los días y los meses
Del año con el giro terminaron,
Y volvieron las nuevas estaciones,
Inventó nuevos fraudes, y obligóme
Á embarcarme en su nave para Libia,
Só color de llevar un cargamento,
Pero en realidad para venderme
Y obtener de mi venta lucro pingüe.
Pero, aunque receloso, en su navío
Fuí por necesidad. Por impetuoso
Y favorable Bóreas impulsada
Corría en plena mar nuestra galera
A la altura de Creta; pero Júpiter
Meditaba su ruina. Cuando hubimos
Dejado á Creta, y territorio alguno
No había á nuestra vista, sino el cielo
Y el agua por doquier, sobre la cóncava
Nave puso el Saturnio negra nube
Que oscureció las ondas. Tronó Jove
Con terrible frecuencia, y lanzó el rayo
Sobre la nave, que giró, llenándose
De súlfureo olor: cayeron todos
Al agua, y semejantes á cornejas
Eran llevados junto al negro barco,

Sobre las crespas olas; pero un numen
La dicha del regreso les quitaba.
El mismo Jove á mí, aunque con trabajos
Me probaba, me puso el largo mástil
Entre las manos, de la horrible muerte
Para librarme aún. A él abrazado
Floté á gusto del viento pernicioso
Durante nueve días, y en la décima
Negra y profunda noche, una ola enorme
Arrojóme al país de los Tesprotas (9).
Fidón, su rey, benigno recibióme
Sin exigirme pago, pues su amado
Hijo, habiéndome hallado casi exánime
De frío y de fatiga, cariñoso
Me tomó de la mano, y á la casa
Me llevó de su padre, y una túnica
Y un buen manto me dió para cubrirme.
Allí oí hablar de Ulises, pues me dijo
El rey que en su mansión le había dado
Benigno acogimiento, de regreso
Á su patria. Mostróme la riqueza
Por Ulises traída, el oro, el bronce
Y el hierro bien labrado. Con aquello
Un hombre con su prole, hasta la décima
Generación, podría alimentarse:
¡Tantas preciosidades le guardaban
En la casa del príncipe! A Dodona (10)
Me dijo que había ido, á oir de Júpiter,

Desde la excelsa encina, la manera
De regresar á la Ítaca fecunda,
Tras una larga ausencia, y si entraría
En ella abiertamente ó encubierto.
Juró con libaciones á los dioses,
Hechas en mi presencia, que ya estaban
El barco y compañeros preparados
Para á su amada patria devolverle.
Á mí me envió antes, pues partía
Á Duliquio, en cereales abundosa,
De Tesprotas un barco. Encomendóles
Mucho que al rey Acasto me llevasen
Con gran solicitud; mas concibieron
Ellos, respecto á mí, la inicua traza
Que en sima de infortunios despeñóme.
En cuanto, navegando por las olas,
Lejos de tierra nuestra nave estuvo,
La libertad quitarme pretendieron,
La túnica y el manto que vestía
Entonces me robaron, y este astroso
Paño que estás mirando, y esta rota
Túnica, me arrojaron á la espalda.
Á la tarde llegamos á los campos
De la occidental Ítaca, y entonces
Con retorcida cuerda en el navío
De sólida cubierta firmemente
Me ataron, y bajando á toda prisa
Á la playa, su cena prepararon.

Pero los mismos dioses mis prisiones
Sin esfuerzo soltaron: deslicéme,
Envuelta en el andrajo la cabeza,
Á lo largo del liso gobernalle
Hasta que el agua me llegó á los pechos.
Y nadé entonces, con entrambas manos
Separando las olas, y muy pronto
Encontréme muy lejos de su alcance.
Tomé tierra en un punto donde había
Una selva de encinas florecientes;
Echéme allí; y en tanto ellos gimiendo
Iban aquí y allá, mas no quisieron
Llevar más adelante sus pesquisas.
Volvieron á la cóncava galera.
Los dioses me ocultaron fácilmente,
Y guiando mis pasos, me trajeron,
Pues continuar viviendo es mi destino
De un prudente varón á las majadas.»
El porquerizo Eumeo respondióle:
«¡Extranjero infeliz! profundamente
Me ha conmovido el corazón la historia
De tantas correrías y trabajos.
Mas no has sido sincero, ni á creerlo
Me podrás persuadir, en lo que has dicho
Del excelente Ulises. ¿Qué te importa,
Siendo quien eres tú, tan sin motivo
Mentir? Bien sé lo que hay en el regreso
De mi señor: Ulises era odioso

A todas las deidades, pues en Troya
No le hicieron morir, ó entre los brazos
De sus buenos amigos, acabada
La guerra, porque entonces los Aqueos
Le erigieran un túmulo, que á su hijo
Fuera de grande honor en lo futuro.
Mas acaso sin gloria las Harpías
Nos lo han arrebatado. Yo aquí, en medio
De sus cerdos, me estoy: jamás visito
La ciudad, á no ser que la prudente
Penélope me llame, cuando llega
Alguna nueva de él. Del forastero
En derredor sentados, mil preguntas
Le dirigen entonces los que sienten
Del rey la larga ausencia y los que gozan
Comiendo impunemente sus haciendas.
Pero á mí no me es grato interrogarles,
Desde que un vil Etolio, que á mi casa
Llegó, tras de correr por muchas tierras
Por haber muerto á un hombre, con fingido
Relato me engañó. Yo afablemente
Le acogí, y él me dijo que arreglando
Sus naves, quebrantadas por las olas,
En Creta, con el rey Idomeneo,
Había visto á Ulises, que al estío
Ó al otoño siguiente volvería
Con todos sus amigos y tesoros.
Y tú, anciano infeliz, ya que á mi casa

Un numen te ha traído, no procures
Con tan gratas ficciones halagarme.
No te honraré ni te amaré por eso,
Sino por compasión de tu desdicha
Y por temor á Jove hospitalario.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«Incrédulo es el ánimo que encierras,
Oh huésped, en tu pecho, pues no pude,
Ni aun con mis juramentos, inducirlo
Á confiar en mí, ni persuadirte.
Mas una apuesta hagamos y de lo alto
Del vasto Olimpo á entrambos de testigos
Sírvannos sus eternos moradores.
Si vuelve tu señor á tu morada,
Me darás una túnica y un manto
Y me conducirás hasta Duliquio,
Donde mi corazón quiere llevarme;
Pero, si como afirmo, no viniese,
Ordena á tus criados que me arrojen
De una alta peña, y sirva de escarmiento
Para que otros mendigos no te engañen.»
El divino porquero le repuso:
«¡Buena fama, extranjero, ganaría
Ciertamente de gloria y de virtudes
Ahora y para siempre entre los hombres,
Si después de acogerte en mi cabaña
Y ofrecerte los dones hospitales,
Te fuese á dar la muerte y á privarte

De la dulce existencia, y me atreviera
Á orar después al hijo de Saturno!
Ya es hora de cenar: mis compañeros
Volverán al instante, y en la choza
Nos aparejarán sabrosa cena.»
Tales eran sus pláticas. Muy pronto
Llegaron con los cerdos los pastóres,
Y encerraron las bestias en las cuadras.
Al penetrar los cerdos en sus cortes,
Dieron un grito inmenso. El porquerizo
Ordenó á sus criados de esta suerte:
«Traed el mejor cerdo, que lo quiero
Sacrificar en honra de este huésped
De remoto país. Del sacrificio
Gozaremos también, ya que pasamos
Tanto tiempo los cerdos de albo diente
Guardando, para que otros, sin fatiga,
De nuestro afán el fruto nos devoren.»
Después de hablar así, partió unas leñas
Con el agudo bronce, y los zagales
Un gordísimo cerdo de cinco años
Trajeron al instante y lo pusieron
Junto al hogar; mas el pastor piadoso
No echó en olvido á los eternos dioses,
Porque era de buen alma, y dió principio
Al sacrificio por echar al fuego
Pelos de la cabeza de la víctima,
Á todas las deidades suplicando

Que á sus hogares regresara Ulises.
Alzando luégo el brazo, con un tronco
De encina, que dejara al hacer leñas,
Dió un gran golpe á la víctima, que exánime
Cayó al suelo; los otros degolláronla,
La socarraron y la hicieron trozos.
El pastor, eligiendo de los miembros
Del cerdo las primicias, los pedazos
Crudos envolvió en grasa, y echó algunos
Al fuego, polvoreándolos de harina.
Los zagales partieron en tajadas
Menudas los restantes, y clavándolos
En asadores, con destreza suma
Los asaron, sacáronlos del fuego,
Y en mesas los pusieron todos juntos.
Levantóse el porquero á repartirlos,
Pues su alma conocía la justicia;
É hizo siete porciones de las carnes.
Reservó una á las Ninfas y á Mercurio,
Hijo de Maya, á quien oró, y el resto
Repartió á cada cual; mas deseando
Honrar á Ulises, del de blancos dientes
Grueso cerdo, sirvióle todo el lomo,
Regocijando el alma de su dueño.
El ingenioso Ulises, dirigiéndole
Entonces la palabra: «¡Ojalá seas,
Buen Eumeo, le dijo, tan amado
Como por mí, por Júpiter, pues siendo

Quien soy, con tales dones me regalas.»
El porquerizo Eumeo le repuso:
«Come, triste extranjero, y de los bienes
Que se te dan disfruta: el gran Saturnio,
Á su antojo en su augusta omnipotencia,
Nos concede ó nos niega sus favores.»
Dijo así, y á los dioses sempiternos
Ofreció las primicias, y libando
Del negro vino, la colmada copa
Puso en manos de Ulises, el terrible
Destructor de ciudades, que sentado
Junto á su parte estaba. Repartióles
El pan Mesaulio, que el leal porquero
En la ausencia del rey, sin consultarse
Con el viejo Laertes ni la reina,
Por sí había adquirido, dé sus bienes
Pagándolo á unos Tafios. A las viandas
Ante ellos preparadas y servidas
Echaron todos mano, y, satisfecho
De comer y beber el apetito,
Retiró el pan Mesaulio, y todos hartos
De carne y pan, corrieron á sus lechos.
Sobrevino la noche oscura y triste,
Júpiter llover hizo en toda ella,
Y sopló sin cesar con grande furia
El céfiro lluvioso. La palabra
Tomó Ulises, por ver si el porquerizo
Se quitaría el manto para dárselo,

Ó mandaría á alguno que lo hiciese,
Ya que de él tan solícito cuidábanse:
«Buen Eumeo, le dijo, óyeme ahora,
Y vosotros también, sus compañeros.
Voy á alabarme un poco, porque el vino,
Que turba la razón y hasta al más sabio
A cantar y á reir alegremente
Y á bailar y á hablar cosas que valiera
Mejor callar incita, me lo manda;
Mas, pues he roto á hablar, ya no me callo.
¡Ay! ¡si estuviera ahora en lo florido
De la edad, con los bríos no mermados,
Como cuando de Troya bajo el muro
Preparamos aquellas emboscadas!
Las mandaban Ulises y el Atrida
Menelao, y cumpliendo sus mandatos,
Era yo el tercer jefe. Cuando cerca
De la ciudad y de sus altos muros
Llegamos por espesos matorrales,
Nos tendimos debajo de las armas
En los cañaverales de un pantano.
Sobrevino la noche oscura y fría,
Porque el Bóreas soplaba, y desde el cielo
Una menuda nieve, semejante
Á la escarcha, caía y los escudos
De una capa de hielo nos cubría.
Los otros, que tenían gruesos mantos
Y túnicas dormían muy tranquilos

Cubiertos con su escudo; mas yo había
Dejado neciamente á mis amigos
Mi manto al separarme, no creyendo
Sentir frío, y partí con el escudo
Y el sayo solamente. Pero cuando
Llegó el tercio postrero de la noche
Y cayeron los astros, con el codo
Tocando á Ulises, que me estaba cerca,
Le hablé, y él al instante oyóme atento:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Le dije, poco tiempo entre los vivos
Voy á estar, porque el frío me asesina;
Un numen me ha engañado, permitiéndome
Partir con sólo el sayo, y ya no hay modo
De evitar este mal.» Así le dije;
Y él, como era tan docto en los consejos
Como en el pelear, tuvo una idea
Feliz, y contestándome en voz baja:
«Calla ahora, me dijo, no te escuche
Alguno de los Griegos.» Y en el codo
La cabeza apoyando: «Amigos míos,
Escuchadme, les dijo; acabo un sueño
Divino de tener, mientras dormía.
Como estamos muy lejos de las naves,
Vaya alguno á decir al hijo ilustre
De Atreo, Agamenón, bravo caudillo,
Que, si le place, envíe de los barcos
Algún refuerzo.» Dijo, y al instante

El hijo de Andremón, Toas, alzóse,
Dejó el manto de púrpura, y corriendo
Dirigióse á las naves; y yo alegre
Me acosté bien envuelto en su vestido,
Y amaneció la aurora en su áureo trono.
¡Ay! ¡si ahora en la flor de la existencia,
Con mis fuerzas enteras estuviese!
Uno de los porqueros de estas cuadras,
Por afecto á la vez y por respeto
Á un valiente guerrero, me daría
Su manto; mas ahora me desprecian
Porque me ven con traje miserable.»
El porquerizo Eumeo respondióle:
«Ingeniosa es tu historia, buen anciano;
Y en todas tus palabras ni una vana
Ó inconveniente has dicho. Por lo mismo,
No te ha de faltar ahora ni la ropa
Ni los demás auxilios que se deben
Á un suplicante mísero. Mañana
Volverás á ponerte tus vestidos,
Porque aquí no tenemos muchos mantos
Ni sayos para mudas, pues cada uno
Lleva encima su ropa. [Pero luégo
Que de mi dueño vuelva el hijo amado,
Te dará buena ropa, manto y túnica,
Y te conducirá donde desees.]»
Dicho esto, levantóse, y junto al fuego
Le preparó una cama, echando encima

Blandas pieles de cabras y de ovejas.
Tendióse en ella Ulises, y el porquero
Echó sobre él un manto grueso y ancho,
Que solía servirle para muda
Cuando venían recios temporales.
Así se acostó Ulises, y á su lado
Los jóvenes zagales; mas no quiso
El mayoral distante de los cerdos
Dormir en la cabaña, y equipóse
Para salir afuera. El noble Ulises
Con júbilo veía los cuidados
Que, en su ausencia, tomaba de sus cosas.
Colgó primero Eumeo de sus hombros
Robustos una espada muy aguda,
Vistióse un grueso manto, buen reparo
Contra el viento; tomó de recia cabra,
Bien criada, la piel, y contra perros
Y hombres se armó de un dardo muy agudo.
Y fué á dormir, en el paraje mismo
Donde los cerdos de albo diente estaban
Echados en el hueco de una peña,
Del Bóreas helador reparo fuerte.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

En tanto fué Minerva á la espaciosa
Lacedemonia á aconsejar al hijo
Del magnánimo Ulises que tornase,
Y á estimular su vuelta. Halló á Telémaco
Y al grande hijo de Néstor acostados
En el portal sonoro de la casa
Del fuerte Menelao. El blando sueño
Tenía al gran Nestórida vencido,
Mas no había podido señorearse
Del ínclito Telémaco, á quien toda
La noche mantuvieron sin dormirse
Las penas que tenía por su padre.
Acercándose á él Palas Minerva:
«No conviene, Telémaco, le dijo,
Que andes más tiempo lejos de tu casa,
Dejando en tu palacio los caudales

Á merced de unos hombres temerarios.
Guarda que, repartiéndose tus bienes,
No los consuman todos, y hayas hecho
Un infructuoso viaje. Insta al Atrida,
De belicoso grito, á que te deje
Partir lo antes posible, si deseas
Hallar áun á tu madre en tu morada,
Pues ya su mismo padre y sus hermanos (1)
La mandan con Eurímaco casarse,
Que es, de todos los procos, quien le ofrece
Más dote y ricos dones. De tu casa
Mira no se te lleve, á pesar tuyo
Algún precioso objeto; pues ya sabes
De la mujer la mente: la memoria
Del marido difunto y de sus hijos
Primeros olvidar, y la morada
Enriquecer de su segundo esposo.
Por eso, cuando vuelvas, te conviene
Encomendar tu hacienda á la sirvienta
Que creas más leal, hasta que el cielo
Te otorgue al cabo una mujer ilustre.
Aun te diré otra cosa, que en el ánimo
Debes grabar: los procos más ilustres
En acecho te esperan alevosos
Queriendo asesinarte antes que llegues
Á tu patrio país, en el estrecho
Que hay entre Ítaca y Same pedregosa.
Mas no lo lograrán, y entiendo que antes

La tierra ha de cubrir más de algún proco
De los que las haciendas te devoran.
Procura, pues, tu sólida galera
Alejar de esas islas, y de noche
Navega, pues el dios que te protege
Y vela sobre tí, viento propicio
Enviará á tu popa. En cuanto arribes
De Ítaca al punto extremo, enviar debes
Á la ciudad tu nave y compañeros;
Y véte tú primero á la cabaña
De Eumeo, que custodia tus rebaños
De cerdos, y apetece tu ventura.
Pasa la noche allí, y al ser de día
Mándale á la ciudad para que anuncie
Á tu madre Penélope tu vuelta
De Pilos, y que te hallas sano y bueno.»
Dicho esto, tornó Palas al Olimpo.
De su sueño dulcísimo á Pisístrato
Telémaco sacó, con el pie dándole,
Y le dijo: «Levántate, Nestórida,
Y trae y unce en el carro los solípedos
Corceles y á tu casa regresemos.»
Pero el hijo de Néstor le repuso:
«No es posible, Telémaco, aunque grande
Sea tu prisa, en la sombría noche
Caminar: volverá presto la Aurora.
Espera, pues, á que tu ilustre Atrida
Menelao, habilísimo lancero,

Traiga y ponga sus dones en el carro,
Y con dulces palabras te despida.
Recuerdo eterno el forastero guarda
De quien le dió acogida cariñosa.»
Dijo; y al punto en su dorado trono
Apareció la Aurora. En cuanto el lecho
De Helena, de cabellos hermosísimos,
Menelao dejó, vino á buscarles.
Apenas divisóle el hijo amado
Del magnánimo Ulises, bella túnica
Vistióse, y amplio manto á las espaldas
Fortísimas se echó; salióse fuera,
Y acercándose al príncipe le dijo:
«Atrida Menelao, ilustre jefe
De soldados, progenie del gran Júpiter,
Permíteme partir á mi querida
Tierra natal, pues siento ya un deseo
Ardiente de volver á mis hogares.»
El fuerte Menelao le repuso:
«Telémaco, pues te hallas impaciente
Por volver á tu casa, ya no quiero
Detenerte aquí más; porque abomino
Tanto al que á un huésped honra sin medida,
Como al que sin medida le desprecia.
La templanza es mejor; pues es tan malo
Hacer partir al huésped que partirse
No quiere, como hacerle detenerse
Contra su voluntad. [Al forastero

Se debe agasajar, pero dejarle
Que marche cuando quiera.] Pero aguarda
Á que te traiga al carro hermosos dones,
Y á verlos, y á que diga á las mujeres
Que con las provisiones de reserva
Reparador almuerzo nos dispongan.
Gloria, honor y provecho, todo junto,
Hay si se come, al emprender un viaje
Sobre la tierra inmensa. Si deseas
La Hélada atravesar y el centro de Argos,
Yo mandaré que enganchen mis corceles,
Y te acompañaré, para llevarte
Por las ciudades, de las cuales nadie
Nos dejará marcharnos sin regalos,
Y nos dará cada uno, bien un trípode
Ó un caldero de bronce reluciente,
Ó dos mulos, ó un vaso de oro puro.»
El príncipe prudente respondióle:
«Oh Atrida Menelao, ilustre jefe
De soldados, progenie del gran Júpiter,
Quiero volver ahora á mis hogares;
Porque no dejé en ellos quien me cuide
Los bienes, y quizás, mientras en busca
Voy de un padre á los dioses semejante,
Perezca yo, ó perezca algún objeto
De los de más valor de mi palacio.»
Apenas el Atrida valeroso
Escuchó estas palabras, á su esposa

Y siervas ordenó que preparasen
Un almuerzo en palacio con las viandas
Que había en la despensa. Llegó entonces,
Apenas dejó el lecho, pues vivía
Cerca de allí, Eteoneo, su criado,
Hijo de Boetoo, y el valiente
Menelao mandóle encender fuego
Y asar las carnes, y el sirviente activo
Obedeció al momento. Él á una cámara
Perfumada bajó (2); pero no solo,
Sino de Megapentes y de Helena
Acompañado. Y al llegar al sitio
Donde guardado estaba su tesoro,
Tomó el hijo de Atreo un vaso doble (3),
Y mandó á Megapentes que llevase
Una cratera argéntea. De las arcas
Que encerraban los velos preciosísimos
Fabricados por ella, Helena, ilustre
Cual ninguna mujer, el más hermoso
Por sus varios colores y el más grande
Tomó, que como un astro relucía,
Y se guardaba el último (4). Salieron
Por la casa después hasta que hallaron
Al divino Telémaco, á quien dijo
El rubio Menelao estas palabras:
«Telémaco, ¡así á Júpiter, de Juno
Esposo tronador, plegue otorgarte
Un regreso feliz, como deseas!

De todos los tesoros que yo guardo
En mi morada, te daré el más bello
Y el de mayor valor. Una cratera
Te daré, muy artística: es de plata
Toda, con cerco de oro, obra admirable
De Vulcano, que el rey de los Sidonios,
Fédimo, regalóme, cuando obtuve
En su casa, al volver, grato hospedaje,
Y ahora, á mi vez, deseo regalártela.»
Dicho esto, el noble Atrida, el vaso doble
En las manos le puso. Megapentes,
Á su vez, entrególe la cratera
De reluciente plata; y la de rostro
Hermosísimo, Helena, aproximóse,
Con el velo en las manos, y le dijo:
«Hijo querido, toma de mi parte
También este regalo, por recuerdo
Del trabajo de Helena (5), á fin que el día
De las ansiadas nupcias, se lo ofrezcas
Á tu mujer; y mientras tanto guárdelo
Tu muy querida madre. ¡Quiera el cielo
Que me llegues radiante de alegría
Á tu rica mansión y tierra patria!»
Dicho esto, se lo puso entre las manos,
Y él lo aceptó gozoso. Los presentes
Tomó el héroe Pisistrato y los puso
En la cesta del carro, contemplándolos
Lleno de admiración. El rubio Atrida

Se los llevó al palacio, y se sentaron
En sillas y sitiales. Una fámula
Les trajo el aguamanos, y ligera
Del rico aguamanil de oro finísimo
En la argéntea aljofaina vertió el agua,
Y aderezó una mesa bien servida.
Luégo la venerable despensera
Trajo pan, y sirvióles largamente
Manjares delicados: Eteoneo
Trinchaba y repartía las porciones,
Y escanciábales vino el hijo ilustre
Del rubio Menelao. Ellos las manos
A las viandas servidas extendían,
Y después que quitaron el deseo
De comer y beber, el hijo ilustre
De Néstor y Telémaco engancharon
Los caballos; y al carro primoroso
Subiendo, lo sacaron del vestíbulo
Y del sonoro pórtico. Tras ellos
Iba el hijo de Atreo con un vaso
De oro, lleno de vino, en la derecha,
Para que lo libasen al partirse.
Púsoseles delante, y presentándoles
El vaso: «Salud, jóvenes, les dijo,
Saludad de mi parte á Néstor, jefe
De soldados, que fué benigno padre
Para mí, cuando allá en la excelsa Troya
Los hijos de los Griegos peleábamos.»

El prudente Telémaco repuso:
«Todo cuanto nos dices, oh progenie
De Júpiter, á Néstor en llegando
Se lo referiremos. ¡Así pueda,
Al regresar á Ítaca, decirle
En su palacio á Ulises que retorno
Colmado de favores y que objetos
Muchos y preciosísimos me traigo!»
Dicho esto, á su derecha voló un ave:
Era un águila enorme que en las uñas
Llevaba un ánsar blanco muy crecido,
En el corral criado: la seguían
Gritando un tropel de hombres y mujeres:
Al acercarse al carro, á la derecha
Pasando ante sus ojos, torció el vuelo;
Alegróles tal vista, y jubiloso
Les latió el corazón. El gran Pisístrato
Fué el primero que habló, diciendo: «Mira,
Caudillo Menelao, si á nosotros
Ó á tí nos muestra un dios ese presagio.»
Dijo, y el noble Atrida, favorito
De Marte, una respuesta meditaba
Que fuera conveniente. Pero Helena,
La del undoso manto, adelantándose:
«Escuchadme, exclamó; yo el pensamiento
Que ahora los inmortales me sugieren
Y que se cumplirá voy á deciros.
Como esta veloz águila, bajando

Del monte en que nació y sus crías tiene,
El ánsar mantenido en los corrales
Consiguió arrebatar, el grande Ulises,
Tras luengas correrías y trabajos,
Volverá á su mansión para vengarse;
Ó quizá está ya en ella, contra todos
Los procos el castigo preparando.»
Telémaco repuso: «¡Que así sea
Plegue al excelso Júpiter, de Juno
Esposo tronador, y como á un numen
Te invocaré yo, entonces, allá abajo!»
Dijo, y dió con el látigo á los potros,
Que por el campo rápidos corrieron
Dejando la ciudad; y todo el día
Sacudiendo su yugo caminaron.
Se ocultó el sol, y todos los caminos
Llenaba ya la noche, cuando á Feras,
Á casa del ilustre hijo de Orsíloco,
Diocles, nieto de Alfeo, al fin llegaron.
Allí se detuvieron, y la noche
Pasaron, pues brindóles su hospedaje.
Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Uncieron los caballos; y en el carro
Subiendo, lo sacaron del vestíbulo
Y del sonoro pórtico: Pisístrato
Sacudió con el látigo á los potros,
Que fogosos partieron, y al instante

En la famosa Pilos penetraron.
Dijo entonces Telémaco á Pisístrato:
«¿Me prometes, Pisístrato, cumplirme
Lo que voy á pedirte? Ambos á dicha
Tendremos el haber, por el cariño
De nuestros buenos padres, sido huéspedes
Uno de otro; ambos somos casi iguales
En años; y este viaje nuestro afecto,
Ya grande, aumentará. No me conduzcas
Mas allá de mi nave, sino déjame
Aquí, prole de Júpiter, no sea
Que el anciano, queriendo agasajarme,
Me tenga, mal mi grado, en su palacio;
Pues yo volver cuanto antes necesito.»
Dijo así, y el Nestórida pensaba
Cómo cumplir de modo conveniente
Su promesa; y al cabo parecióle
Este el mejor consejo: los caballos
Volvió hacia la galera y á la orilla
Del mar; dejó en la popa de la nave
Los hermosos presentes, los vestidos
Y el oro que le diera Menelao;
Y á Telémaco dijo estas palabras:
«Embárcate al instante, y á tu gente
Manda que haga lo mismo, antes que torne
Yo á casa y cuente al padre lo que ocurre,
Pues bien me dice el corazón que siendo
De vehemente carácter el anciano

No dejará que partas, y en persona
Te vendrá á convidar, y yo no creo
Que se vuelva sin tí, porque su cólera
Sería, si no, inmensa.» Así le dijo;
Y la ciudad de Pilos sus corceles
De hermosa crin volvió, llegando pronto
Á su rico palacio. En tanto daba
Sus órdenes Telémaco, y decía:
«Disponed, compañeros, los avíos
De la embreada nave, y embarquémonos
Para emprender el viaje.» Así ordenóles,
Y ellos, obedeciéndole sumisos,
Se embarcaron al punto, y se sentaron
En los bancos. Telémaco sufría
Y suplicaba á un tiempo, y cuando á Palas
De la nave en la popa un sacrificio
Ofrecía, acercóse un extranjero,
Fugitivo de Argos, donde á un hombre
Había dado muerte: era adivino,
Del ilustre linaje de Melampo,
Que en la arenosa Pilos, criadora
De rebaños, muy rico y con magnífica
Mansión vivió algún tiempo. Pero luégo
Se trasladó á otro pueblo, de su patria
Huyendo y de Neleo, el más ilustre
De los hombres, que un año le retuvo
Gran parte de sus bienes por la fuerza.
Todo este tiempo estuvo aprisionado

Con muy duras cadenas en la casa
De Fílaco, sufriendo mil tormentos
Por causa de la hija del magnánimo
Neleo, y de la idea perniciosa
Que la terrible Erinnis sugirióle.
Pero evitó la muerte, y de Filace
Trajo á Pilos las vacas; la perfidia
Castigó de Neleo, y á su hermano
Esposa le llevó. Y él á otro pueblo,
Al de Argos, fecundísima en corceles,
Se trasladó, porque era su destino
Vivir allí, la autoridad suprema
Sobre muchos Argivos disfrutando.
Allí contrajo nupcias; una casa
Soberbia edificó; tuvo dos hijos,
Antífates y Mancio. Del primero
Nació el grande Oicleo, que dió vida
Al guerrero Anfiarao, cordialmente
Con un cariño extremo por Apolo
Y Jove, portaégida, querido;
Más de la vejez triste á los umbrales
No llegó, pues á causa de los dones
Dados á una mujer, pereció en Tebas.
Anfíloco y Alcmeón sus hijos fueron.
Mancio engendró á Polífides y á Clito.
La Aurora, de áureo trono, enamorada
De la beldad de Clito, arrebatóle
Para que entre los númenes viviese.

Fallecido Anfiarao, el dios Apolo,
El más diestro adivino de la tierra
Hizo al grande Polífides que, airado
Con su padre, á Hiperesia (6) retiróse,
Donde anunció el futuro á los mortales.
Su hijo Teoclímeno era el hombre
Que se acercó á Telémaco. Encontró al príncipe
Orando y ofreciendo libaciones
Junto á la negra nave, y con palabras
Voladoras: «Oh amigo, pues te encuentro,
Dijo, sacrificando en este sitio,
Por ese sacrificio, por el numen
A quien lo ofreces, por tu propia vida
Y la de tus leales compañeros,
Te ruego que me digas sin engaño
Ni disimulo alguno de dónde eres
Y cuáles son tus padres y tu pueblo.»
El príncipe prudente respondióle:
«Contestaré, extranjero, á tus preguntas
Con toda claridad. Soy Itacense,
Es Ulises mi padre, ó mejor, lo era,
Pues ya ha tenido muerte desastrosa;
Por lo cual con aquestos compañeros,
Y este barco, he venido de mi padre,
Ya tanto tiempo ausente, á inquirir nuevas.»
Teoclímeno, á un numen parecido,
Le respondió de nuevo: «Yo he dejado
También mi amada patria, porque he muerto

Á un hombre de mi tribu, que en la tierra
De Argos, rica en corceles, tiene hermanos
Y muchos compañeros poderosos.
Huyo para evitar la triste muerte (7)
Con que ellos me amenazan, y la fiera
Parca, porque es mi sino andar errante
Ahora entre los hombres. Pero admíteme,
Ya que en mi inquieta fuga te suplico,
En tu ligera nave, no me maten,
Pues creo que iracundos me persiguen.»
El prudente Telémaco repuso:
«Puesto que tú deseas embarcarte,
No te rechazaré de mi galera;
Sígueme, y allá abajo, en la medida
De mi caudal, serás bien recibido.»
Dijo y tomó á Teoclímeno la lanza
De bronce y la dejó sobre el tablado
De la nave simétrica, del ponto
Surcadora veloz; subió á ella luégo
Y se sentó en la popa, y á su lado
Hizo sentarse al triste Teoclímeno.
Soltaron los marinos las amarras;
La jarcia aparejar manda Telémaco;
Obedécenle presto; el grueso mástil
En el hueco central de la traviesa
Alzan y lo sujetan con maromas,
Y al fin con corregüelas retorcidas
Izan las blancas velas. La ojos verdes

Minerva, un fuerte viento favorable
Les envió para que el mar salado
Raudamente surcase la galera.
[Por delante de Calcis (8), de aguas claras,
Pasaron y de Cruni (9). El sol se puso,
Y todas las veredas se ensombraron.
Por el soplo de Júpiter propicio
Impulsada la nave, tocó en Feas (10)
Y en la divina Élide, en que mandan
Los Epeos, y luégo hacia las islas
Agudas (11) la llevó, no muy seguro
De si sería muerto ó libraríase.
Ulises y el divino porquerizo
Cenaban entretanto en la cabaña,
Y con ellos cenaban los pastores.
Y luégo que la gana apaciguaron
De comer y beber, queriendo el héroe
Probar si el fiel Eumeo seguiría
Tratándole tan bien y reteniéndolo
Junto á él en los apriscos, ó si irse
Le mandaría á la ciudad, le dijo:
«Escucha ahora, Eumeo, y escuchadme
Sus demás compañeros. Por no seros
Gravoso, á la ciudad irme mañana
Deseo á mendigar; pero dame antes
Un consejo leal y un hábil guia
Que me conduzca á ella, donde trato
Por cruel necesidad de andar pidiendo;

Y quizás me darán algún mendrugo,
Ó algún vaso de vino. Iré á la casa
Del divinal Ulises, y á Penélope
Daré noticias vuestras. Con los procos
Altivos mezclaréme, por si quieren,
Ellos que tienen viandas abundantes,
Darme algo de comer. Estoy dispuesto
Á servirles en todo cuanto quieran.
Porque yo te prevengo (oye y atiende)
Que merced á Mercurio, mensajero
De los dioses, que otorga precio y gracia
A las obras del hombre, no ha nacido
Quien en servil oficio me aventaje:
En rajar leña seca, en disponerla
Para que arda á la hora, en trinchar carnes
Y asarlas, y escanciar el dulce vino,
Y en cuanto al rico el indigente sirve.»
Lleno de indignación, porquero Eumeo,
Le respondiste (12): «¿Semejante idea,
Extranjero infeliz, cómo has tenido?
Tú quieres perecer, sin duda alguna,
Si piensas á la turba de los procos,
Cuya insolencia y perversión al férreo
Cielo llegan, mezclarte. Sus sirvientes
No són como tú eres; sino jóvenes
Bien vestidos de túnicas y mantos,
De brillante cabello y lindo rostro:
Tales son sus criados. Sus pulidas

Mesas siempre de pan, de vino y carne
Están cargadas. Quédate conmigo,
Porque aquí á nadie estorba tu presencia,
Ni á mí ni á estos pastores. Cuando torne
El hijo de mi dueño, blanda túnica
Y manto te dará para vestirte,
Y te conducirá donde desees.»
El valeroso Ulises le repuso:
«¡Ojalá el sumo Júpiter te quiera
Como te quiero yo, benigno Eumeo,
Por haber puesto un término á mis cuitas,
Y á mis penosos viajes! ¡Ah! ¡no hay cosa
Peor que andar vagando á la ventura;
Porque el hambre cruel causa mil penas,
Desgracias y dolores al cuitado
Vagabundo infeliz! Mas ya que ahora
Detenerme me mandas y que aguarde
La vuelta de Telémaco, refiéreme
Si la madre de Ulises, el divino,
Y el padre, á quien dejó cuando partióse
En el umbral de la vejez, aun gozan
De los rayos del sol, ó fallecidos
Están ya de Plutón en las mansiones.»
El porquerizo, de pastores jefe,
Le respondió de nuevo: «A referirte
Voy todo puntualmente, huésped mío.
Laertes vive aún, siempre pidiendo
Á Jove que los miembros le abandone

El alma en su mansión; pues agriamente
Al hijo ausente llora y á la esposa
Discreta, cuya muerte sobre todo
Le llenó de tristeza, anticipándole
La vejez. Ella ha muerto tristemente
Por el pesar de su hijo. ¡Nunca muera
De esta suerte quienquiera que me ame
Y beneficios me haga en estos sitios!
Mientras ella vivía, aunque apenada,
Holgábame yo mucho preguntándole
Mil cosas, pues me había por sí misma
Criado junto á Ctimena, su hermosa
Hija, de largo velo, la más joven
De cuantos hijos tuvo; á mí con ella
Crióme, y poco menos me quería.
Cuando á la pubertad apetecible
Llegamos ambos, á ella la casaron
Con un rico de Same, recibiendo
Infinitos regalos. Anticlea,
Tras de darme vestidos muy hermosos,
Un manto y blanda túnica y calzado,
Al campo me envió, pues me quería
De día en día más. Fáltanme ahora
Aquellos bienes; mas los altos númenes
Han hecho que prosperen mis trabajos,
Y que pueda comer, beber y auxilios
Dar á los venerables suplicantes.
De mi noble señora ni oir puedo

Una dulce palabra, ni ninguna
Buena merced lograr, desde que ha entrado
La desdicha en la casa, con los procos.
Y en verdad los criados necesitan
Para saber sus órdenes, hablarle,
Y comer y beber, y luégo al campo
Volver con algún dón de esos que alegran
Siempre el alma á los fieles servidores.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«¡Dioses! eras entonces tierno niño
Cuando fuiste llevado de tu patria
Y tus padres tan lejos. Pero díme
Ahora puntualmente si es que el pueblo
De anchas calles, en donde tus queridos
Padre y madre vivían, fué arrasado,
O si algunos piratas, encontrándote
Sólo entre las ovejas y los bueyes,
Lleváronte á su nave, y te vendieron,
Por buen precio, al señor de esta morada.»
El mayoral Eumeo: «Huésped mío,
Dijo, ya que preguntas, en silencio
Presta atención, y dulce vino bebe
Sentado en el hogar; pues que las noches
Son ahora interminables, y hay espacio
Para dormir y recrearse oyendo
Narraciones, y á más no te conviene
Ir á dormir sin tiempo, porque es malo
El excesivo sueño. Mas si alguno

De los demás lo quiere, que se vaya
Á acostar, y mañana, cuando luzca
La aurora, desayúnese y los cerdos
Del señor lleve al pasto. Mas nosotros
Comiendo aquí y bebiendo, y acordándonos
De nuestros sufrimientos, disfrutemos;
Que hasta con sus desdichas se recrea
Quien mucho padeció y anduvo mucho.
Voy á decirte, pues, lo que preguntas
Y deseas saber, buen extranjero.
Hay sobre la isla Ortigia, donde vuelve
Su giro el claro sol (13), otra llamada
Siria (14), de la que acaso hayas oído
Hablar. No es populosa, pero fértil,
Rica en pastos y ovejas, y abundante
En vino y cereales. Nunca al pueblo
Castiga el hambre, ni jamás afligen
Tristes enfermedades á los hombres;
Sino cuando las gentes envejecen
En la ciudad, Apolo, el de arco argénteo,
Y Diana vienen, y con dulces flechas
Las hieren y las matan. Dos ciudades
Tiene, que el territorio se dividen
En iguales porciones, cuyo imperio
Ctesio, idéntico á un numen, padre mío
Y del grande Órmeno hijo, disfrutaba.
Unos Fenicios, gente muy famosa
En la marina, aunque falaz, vinieron

Á mi patria, trayendo en su galera
Sin fin de extrañas joyas. En la casa
De mi padre servía una Fenicia
Alta, hermosa, en difíciles labores
Peritísima á más, y los Fenicios
Lograron seducirla. Alguno de ellos
Que la encontró lavando, junto al cóncavo
Bajel, partió con ella amor y cama;
Cosas que de las débiles mujeres
Perturban la razón, aunque virtuosas
Y laboriosas sean. Que quien era
Le preguntó después, y cómo había
Venido allí, y al punto de mi padre
Le mostró ella el magnífico palacio.
«En Sidón, rica en bronce, yo me precio
De haber nacido, díjole; soy hija
Del opulento Aribas (15): me robaron
Al volverme del campo unos piratas
De Tafos; me trajeron y vendiéronme
Á buen precio al señor de esa morada.»
El hombre que con ella había estado
En secreto, le dijo: «¿No querrías
Venirte con nosotros á tu tierra,
Para volver á ver la excelsa casa
De tus padres y á ellos, que opulentos
Y poderosos viven todavía?»
«Eso será posible, respondióles
La mujer, si queréis con juramento

Obligaros, marinos, á llevarme
Sana y salva á mi patria deseada.»
Así les dijo, y todos, cual quería,
Juraron. Y después de concluído
El firme juramento, habló de nuevo
La mujer y les dijo de esta suerte:
«¡Cautela ahora, pues! no me hable nadie
De vuestros compañeros, si me encuentra
En la fuente ó la calle, no haya alguno
Que vaya á referírselo al palacio
Á mi anciano y señor, y, receloso,
Me ate á mí sin piedad, y cruda muerte
Os prepare á vosotros. El secreto
Guardadme, pues; y apresurad la compra
De provisiones para el viaje; y cuando
Ya esté la nave llena de vituallas,
Venga alguno á palacio de seguida
Á hacérmelo saber. Yo todo el oro
Que halle á mano traeré, y á más intento
Daros por mi pasaje otra gran cosa.
Yo del rey, mi señor, cuido en palacio
Un hijo muy agudo, que conmigo
Suele corretear fuera: he de traerlo
Á la nave, y vendido en tierra extraña
Obtendréis de él considerable lucro.»
Dijo y volvió al magnífico palacio.
Ellos entre nosotros estuvieron
Todo un año, comprando muchas cosas

En su cóncava nave; y cuando el barco
Cargado estuvo y á volver dispuesto,
Un mensajero enviaron á la pérfida
Mujer para decírselo. A la casa
De mi padre llegó un Fenicio astuto
Con un collar de oro entremezclado
De cuentas de bello ámbar. Las sirvientas
De palacio, y mi madre, lo tomaban
En la mano y mirábanlo, ofreciendo
Un precio; y él, en tanto, hizo una seña
Á la Fenicia sin hablar, y al barco
Cóncavo se volvió. Después tomándome
La mujer por la mano, de la casa
Me sacó, y encontrando en el vestíbulo
Los vasos y las mesas de los hombres
Que frecuentaban el palacio, y fuera
Entonces á la junta habían ido
Y asamblea del pueblo, cogió al punto
Tres copas y escondiólas en el seno;
Yo la seguí inocente. Se ponía
El sol y se ensombraban los caminos,
Cuando con paso rápido llegamos
Al puerto famosísimo en que estaba
El bajel. Los Fenicios embarcáronse,
Nos hicieron subir, y por los líquidos
Caminos navegaron; el gran Júpiter
Les envió un buen viento favorable.
Seis días con sus noches navegamos,

Y cuando trajo el hijo de Saturno
El séptimo, por fin, Diana, á quien placen
Las agudas saetas, á la pérfida
Fenicia hirió, que con terrible ruido,
Como una gran gaviota, en la sentina
Cayó, y después la echaron á las olas
Para pasto de focas y de peces,
Quedándome yo solo y afligido.
Las aguas y los vientos les trajeron
Á esta isla de Ítaca, y Laertes
Me compró con sus bienes. De este modo
Mis ojos esta tierra contemplaron.»
Respondióle después el noble Ulises:
«Mi corazón, oh Eumeo, has conmovido
Con el puntual relato de tus cuitas.
Mas ciertamente Júpiter te ha puesto
Cerca de un mal un bien, pues tras de tantas
Penas, en la mansión de un dueño amable,
Que no te tasa el pan, ni la bebida,
Has conseguido entrar; tú la existencia
Muy dulcemente pasas, mas yo llego
Á estos sitios tras luengas correrías.»
Tales eran sus pláticas. No mucho
Durmieron, sino un poco; porque en breve
En su áureo trono aparecióse el Alba.
Mientras, los compañeros de Telémaco,
Próximos á la costa, desataron
Las velas, derribaron el gran mástil

Y por fuerza de remos en el puerto
Entraron el navío; echaron anclas,
Y ataron las amarras, y bajando
Á la orilla del mar, sabrosa cena
Prepararon, mezclando negro vino,
Y cuando apaciguaron el deseo
De comer y beber, el muy prudente
Telémaco les dijo estas palabras:
«Á la ciudad llevad la negra nave
Vosotros, pues yo voy á la campiña
Á ver á mis pastores, y, en mirando
Mis tierras, volveré cuando se oculte
El sol á la ciudad. En cuanto luzca
El día de mañana, un gran banquete
De carnes y buen vino, como premio
Del efectuado viaje, quiero daros.»
Teoclímeno, á un numen semejante:
«¿Y yo adónde me voy, hijo querido?
Le dijo. ¿Á la morada de cuál hombre
De los que en la áspera Ítaca dominan
Deberé de acercarme? ¿Ó bien derecho
Iré á tu madre y á tu propia casa?»
El prudente Telémaco repuso:
«En otro tiempo, oh huésped, te diría
Que á mi casa vinieras, pues no falta
En ella cosa alguna con que pueda
Agasajarse á un huésped; pero ahora
Lo pasarías mal, porque yo tengo

Que estar lejos de tí y á más mi madre
Tampoco te verá, pues no se muestra
Sino muy rara vez en el palacio
Á los procos, y lejos de esta turba
Teje en los pisos altos de la casa.
Pero diréte un hombre á quien te puedes
Dirigir. Es Eurímaco, hijo ilustre
Del prudente Polibo, á quien en Ítaca
Se mira como á un dios. Ganando á todos
En mérito, apetece cual ninguno
Casarse con mi madre y de los cargos
Gozar del grande Ulises. Pero Júpiter
Olímpico, del Éter habitante,
Es el que sabe si antes de esas bodas
No amanecerá el día de su muerte.»
Al decir esto, á su derecha una ave,
El neblí, mensajero rapidísimo
De Apolo, echó á volar, entre las garras
Llevando una paloma, cuyas plumas
Caían á la tierra, entre la nave
Y Telémaco. Entonces Teoclímeno
Llamando al héroe aparte, y por la mano
Trabándole, le dijo de esta suerte:
«No sin expresa voluntad de un numen
Voló esa ave á tu diestra; la he mirado
De frente, y que es agüero he conocido.
No hay familia más regia que la vuestra
En Ítaca, y será su imperio vuestro.»

El prudente Telémaco repuso:
«¡Ojalá se cumpliese esa palabra,
Extranjero, y en breve conocieras
Mi amistad, recibiendo de mi mano
Tantos dones, que alguno al encontrarte
Te tendría por hombre felicísimo.»
Tras esto, dirigiéndose á Pireo,
Su compañero fiel: «Hijo de Clitio,
Le dijo, tú que has sido el más gustoso
En servirme de todos los que al viaje
Me habéis acompañado, este extranjero
Llévame ahora á tu casa y como amigo
Hónrale cariñoso hasta mi vuelta.»
Pireo, hábil lancero, respondióle:
«Aunque aquí detenerte mucho tiempo,
Telémaco, debieras, cuidaréle
Y nada ha de faltarle en mi hospedaje.»
Dice, y sube al navío y á los otros
Ordena hacer lo mismo y levar anclas.
Ellos suben al punto, y á los remos
Se sientan. Ciñe el príncipe unas bellas
Sandalias á sus pies, y del tablado
Toma la fuerte lanza, de una aguda
Punta de bronce armada. Los marinos
Levan las anclas; salen al mar vasto,
Y á la ciudad conducen la galera
Cumpliendo lo mandado por el hijo
Carísimo de Ulises, que con rápido

Paso el campo atraviesa hasta las cuadras
De sus cerdos innúmeros, en medio
De los cuales dormía el porquerizo
Siempre lleno de celo por sus amos.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

En tanto en la cabaña el noble Ulises
Y el porquero, al volver la rubia Aurora,
Después de encender fuego, el desayuno (1)
Dispusieron, y al campo los pastores
Con los cerdos en grupos enviaron.
Cuando llegó Telémaco, los perros
De latir resonante, sin ladrarle,
Agitaron las colas. Viendo Ulises
Esto y oyendo ruido de pisadas,
Á Eumeo con palabras voladoras
Le dijo: «Aquí sin duda se aproxima
Un compañero tuyo ó conocido,
Pues, en vez de ladrar, mueven la cola
Los perros, y oigo el ruido de unos pasos.
Aun no acabó de hablar, cuando su hijo
Apareció en la puerta. Levantóse

Atónito el porquero, y de las manos
Se le cayó la taza en que mezclaba
El delicioso vino: hacia su dueño
Se abalanzó, besóle entrambos ojos,
Y la cabeza y manos, derramando
Un torrente de lágrimas. Cual suele
Un amoroso padre á su hijo único,
Habido en la vejez, por quien dolores
Sin fin ha padecido, cuando torna
De remoto país, tras de diez años
De no verlo, abrazarse delirante;
Así al bello Telémaco estrechaba
Eumeo entre sus brazos, y de besos
Le cubría, al igual que si se hubiera
Salvado de la muerte, y sollozando
Le díjo con palabras voladoras:
«¡Ya has venido, Telémaco, luz mía!
No creí verte más desde que á Pilos
Te partiste en la nave. Pero entra,
Hijo mío querido, entra, que quiero
Hartarme de mirarte, ya que vienes
Aquí apenas llegado de tu viaje,
Porque tú no visitas á menudo
Tus campos y pastores, y te huelgas
En estar en el pueblo, vigilando
El tropel pernicioso de los procos.»
El prudente Telémaco repuso:
«Así, padre, lo haré: por tí he venido

Aquí; sólo por verte con mis ojos
Y escuchar de tu boca si mi madre
Está en palacio aún, ó si ha tomado
Un nuevo esposo; y si el honrado lecho
De mi olvidado padre está de telas
De araña ya cubierto.» El porquerizo
Respondióle á su vez: «En tu palacio
Sigue aquella infeliz, noches y días
En lágrimas acerbas consumiendo.»
Después de hablar así, tomó la lanza
De manos de Telémaco, que al punto,
Franqueando el pétreo umbral, entró en la choza.
Su padre Ulises cuando entró cedióle
Su asiento, pero el príncipe no quiso
Aceptarlo, diciéndole: «Extranjero,
Siéntate; que no puede á mí una silla
Faltarme en esta casa; y más hallándose
Presente aquí quien puede preparármela.»
Dijo así, y volvió Ulises á su asiento.
Eumeo echó en el suelo verdes ramas,
Las cubrió de una piel, y al punto en ella
El gallardo Telémaco sentóse.
Sirvióles el porquero sendos trozos
De las carnes sobrantes de la víspera;
Acumuló solícito en los cestos
El pan; en una copa de madera
Dulce vino mezcló; después enfrente
De Ulises se sentó, y á los manjares

Preparados las manos extendieron.
Luego que de comida y de bebida
Quitaron el deseo, preguntóle
Telémaco al porquero de esta suerte:
«Padre, ¿de dónde viene este extranjero?
¿Cómo los marineros le han traído
Á Ítaca y quiénes son? pues á pie firme
No creo haya llegado á estos lugares.»
El divino porquéro respondióle:
«Te lo contaré todo, hijo querido.
Dice que es natural de la espaciosa
Creta y que en dilatadas correrías
Ha visto muchos hombres y ciudades;
Porque así lo ha querido su destino.
Ha buscado un refugio en estas cuadras
Huyendo de una nave de Tesprotas.
Yo lo pongo en tus manos; lo que gustes
Haz, pues tu suplicante se declara.»
El prudente Telémaco repuso:
«Eumeo, lo que has dicho me entristece.
¿Cómo podré acoger en mi palacio
Á este extranjero? Demasiado mozo
Soy, y aun no fío mucho de mi fuerza
Para poder al hombre que me ataque
Primero rechazar. Mi madre duda
Entre dos decisiones: si á mi lado
Permanecer, cuidando de la casa,
Por respetos al tálamo de Ulises

Y á la opinión del pueblo; ó si casarse
Con el más distinguido de los Griegos
Que pretenden su amor, y que ha de hacerle
Los mejores regalos. Mas, con todo,
Ya que ha entrado este huésped en tu casa,
Yo le daré vestidos, manto y túnica
Muy hermosos, espada de dos filos,
Y sandalias; y haré que á donde quiera
Su dolorido pecho le trasladen.
Guárdalo, si tú quieres, en tu establo,
Y cuida de él; yo aquí traje y comida
Os he de enviar, á fin de que no sea
Gravoso á tí ni á tus pastores fieles.
No puedo permitirle que á mi casa
Vaya para mezclarse entre los procos;
Pues son tan insolentes y soberbios,
Que acaso le insultaran; y sería
Para mí inmensa pena. Pues difícil
Es que un hombre combata, aunque valiente
Contra muchos, que á más son poderosos.»
El valeroso y divinal Ulises
Le replicó de nuevo: «Amigo mío
(Justo es que yo responda), se me parte
El corazón, cuando oigo las violencias
Que mal tu grado, y siendo ya quien eres,
Cometen esos procos en tu casa.
Dime si los toleras por tu gusto,
Ó si escuchando á un dios, te odian tus pueblos,

Ó si enojado estás con tus hermanos,
En los cuales confía cualquier hombre,
Aunque estalle una lucha formidable.
¡Ojalá con los bríos que me animan
La juventud tuviese! ¡ojalá fuera
Hijo yo de ese Ulises intachable,
Ó si no, el mismo Ulises [de regreso
De sus inmensos viajes, pues existe
Aun no poca esperanza], y que ahora mismo
Me corte la cabeza un extranjero,
Si apenas penetrara en el palacio
Del hijo de Laertes, no les diera
Á todos cruda muerte. Pues si solo
Estando yo, ante el número caía,
Prefiriera ser muerto en mi morada
Á ver esos continuos desacatos:
Atropellados huéspedes; sirvientas
De mi casa violadas sin decoro;
Consumido mi vino, y devoradas
Mis vituallas, sin orden ni concierto,
Al acaso, sin fin y sin medida.»
El prudente Telémaco repuso:
«Voy á hablarte, extranjero, sin rebozo:
Ni me detesta y odia todo el pueblo,
Ni estoy con mis hermanos enojado,
En los cuales confía cualquier hombre,
Aunque estalle una lucha temerosa;
Pero en nuestro linaje el sumo Júpiter

Un hijo solamente hace que nazca.
Arcesio engendró sólo al gran Laertes,
Que á su vez engendró tan sólo á Ulises,
Y éste me dejó solo en el palacio,
Sin gozar de mi amor. Por esta causa
Tengo la casa llena de enemigos,
Pues cuantos en las islas señorean,
En Same ó en Duliquio ó en la hojosa
Zacinto, y los señores de esta isla,
Á mi madre requiebran importunos
Y destruyen la casa. Ella ni acepta
Ni rechaza la boda aborrecida,
Pero en tanto derrochan en convites
Mis haciendas, y en breve de mí mismo
Darán cuenta también. Pero todo esto
Está puesto en las manos de los dioses.
Tú, padre mío, vete prontamente
A la ciudad, y dile á la discreta
Penélope que he vuelto ya de Pilos
Y que me tiene en salvo. Yo te espero
Aquí: tú vuelve pronto en cuanto avises
Sólo á mi madre; que ninguno sepa
De los otros Aqueos mi venida,
Pues muchos son los que mi ruina fraguan.»
El porquerizo Eumeo le repuso:
«Lo comprendo, lo sé; dictas tus órdenes
Á quien puede entenderlas; pero díme
Con entera franqueza: ¿la noticia

Deberé dar, de paso, al desdichado
Laertes? Hasta ahora, aunque afligido
Por su Ulises, sus campos vigilaba
Y comía y bebía con sus siervos
Cuando se le ocurría; pero en cuanto
Te marchastes á Pilos en la nave,
Ni come ya, ni bebe, ni vigila
Sus labores como antes; y entre lágrimas
Y suspiros, sentado se lamenta,
Y la piel se le seca sobre el hueso.»
El prudente Telémaco repuso:
«Triste es; pero dejémosle, aunque cause
Pena á mi corazón: porque si todo
Quedase á la elección de los mortales,
La vuelta de mi padre elegiríamos
Nosotros lo primero. Tú retorna
En cuanto des la nueva, y no te vayas
Por los campos á dársela á Laertes,
Sino dile á mi madre que le envíe
En secreto una dueña; y el anciano
Sepa por ella mi feliz arribo.»
Dijo, y dió prisa á Eumeo; éste al instante
Cogió el calzado, se lo ató á las plantas
Y partió á la ciudad. A la ojos verdes
No se ocultó que Eumeo del establo
Partido había y se acercó en figura
De una hermosa mujer, alta y perita
En preciosas labores. Deteniéndose

Á la puerta, mostróse al noble Ulises,
Sin que el hijo del héroe la viese
Ni reparase en nada (pues los dioses
No se muestran á todos). No la vieron
Más que el héroe y los perros, que aterrados,
En lugar de ladrarle, en otro sitio
De la cuadra gruñendo se escondieron.
Palas hizo una seña con las cejas;
Ulises comprendióla, y de la choza
Salió y del alto muro del establo
Y se detuvo ante ella, que le dijo:
«Noble hijo de Laertes, cauto Ulises,
Habla ya con tu hijo, y no le ocultes
Nada, para que luégo que la muerte
Concertéis de los procos, vayáis juntos
Á la ciudad. Yo, ansiosa de combate,
No me apartaré mucho de vosotros.»
Dijo; y con la áurea vara tocó á Ulises.
Cubrióle lo primero de una túnica
Y un limpio manto el pecho; mayor fuerza
Y estatura le dió; volvió moreno
Su color; puso tersas sus mejillas
Y ennegreció su barba. Retiróse
Hecha la metamórfosis, y Ulises
Á la choza tornó. Volvió espantado
Telémaco los ojos, temeroso
De que fuese algún dios (2), y al fin con frases
Voladoras le dijo: «Huésped mío,

¡Cuán distinto de enantes te me muestras!
Tu vestidura es otra, otro tu cuerpo.
Sin duda eres del cielo un habitante.
Séme propicio, pues, y sacrificios
Gratos te ofreceremos; y áureos dones
De artística labor serán mi ofrenda.
Pero perdónanos.» El grande Ulises,
«No soy un dios, le dijo. ¿A qué á los númenes
Eternos me comparas? Soy tu padre (3);
Tu padre, por quien penas infinitas
Y mil crueles injurias vas sufriendo.»
Dijo así, y abrazóle estrechamente;
Y surcando su rostro, hasta la tierra
El llanto, contenido con esfuerzo
Sobrehumano hasta entonces, le caía.
Telémaco (dudando de que fuera
Su padre) respondióle estas palabras:
«No eres mi padre Ulises, sino un numen
Que me engaña, queriendo que se aumente
Mi profundo dolor: un hombre sólo
No puede obrar por sí prodigios tales,
Si no le ayuda un dios, para volverse
Bien joven, bien anciano, cuando quiere.
Tú ha poco eras un viejo mal vestido
Y ahora un dios de los cielos me pareces.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«Telémaco, no es justo que te espantes
Ni que te admires tanto porque veas

Aquí dentro á tu padre idolatrado.
No, no vendrá á estos sitios otro Ulises.
Yo soy, sí, el que después de haber sufrido
Tantos males vagando por el mundo,
Vuelvo al fin á mi patria apetecida
Al cabo de veinte años. Lo que miras
Es obra de Minerva, que me cambia
Según le place, pues lo puede, en viejo
Mendigo derrotado, ó en robusto
Joven, de hermosa túnica ceñido;
Pues para un dios del cielo es cosa fácil
Glorificar ó envilecer á un hombre.»
Diciendo así, sentóse. A su buen padre
El joven abrazado, sollozaba
Y derramaba lágrimas. Cediendo
De llorar al deseo, daban gritos
Ambos, como las águilas ó buitres
De aduncа garra á quien hurtó algún rústico,
Antes de que volasen, los polluelos.
Así, lágrimas tiernas les caían
Copiosas de los párpados, y acaso
La luz del sol al fenecer dejárales
Gimiendo, si Telémaco de pronto
No hablase así á su padre: «¿En qué galera
Á Ítaca, padre amado, te han traído
Los marineros? ¿Quiénes son? pues creo
Que á pie no habrás venido á estos lugares.»
El valeroso Ulises respondióle:

«Te diré la verdad, hijo adorado.
Los Feacios, peritos navegantes
Que vuelven á su patria á cuantos huéspedes
Arriban á la suya, me han traído.
Después de conducirme por el ponto
En rápido bajel, rendido al sueño
Me dejaron en Ítaca, entregándome
Espléndidos presentes; bronces, oro
Y vestidos, que ocultos, por aviso
De los númenes, tengo en honda cueva.
Por consejo de Palas he venido
Aquí, para trazar la muerte justa
De nuestros enemigos. Por lo tanto,
Enumérame tú los viles procos,
Para que sepa yo cuántos y quiénes
Son, y piense y resuelva si con todos
Solos los dos podremos, ó si acaso
Deberemos buscarnos auxiliares.»
El prudente Telémaco repuso:
«Siempre he oído celebrar la fuerza
De tu robusto brazo en el combate
Y de tu agudo ingenio en los consejos;
Pero es, oh padre mío, en demasía
Grande lo que pretendes, y me espanta.
¡Dos hombres solos pelear con tantos
Y tan fuertes rivales! Pues los procos
No son ni diez ni veinte, sino muchos;
Vas á saber su número al instante:

Cincuenta y dos mancebos escogidos
De Duliquio, y con ellos seis criados;
Veinticuatro de Same; veinte mozos
De Zacinto, y de Ítaca otros doce;
Todos de lo mejor. Medón entre ellos,
Un divino cantor y dos criados,
En preparar las viandas peritísimos.
Si á todos, pues, cuando estén dentro, quieres
Atacar, yo me temo que viniendo
Á castigarles; sufras dolorosa
Y muy terrible suerte. Considera,
Por tanto, si en la empresa quien ayude
Con buena voluntad hallarse puede.»
El valeroso Ulises replicóle:
«Oye con atención lo que te digo.
¿Serán bastantes Palas y el gran Júpiter,
O deberé buscar más auxlíares?»
Respondióle Telémaco: «Excelentes
Defensores son esos que has nombrado,
Aunque en alto sentados sobre nubes:
Pues en los otros hombres, ambos mandan
Y en los augustos dioses inmortales.»
Respondióle otra vez el grande Ulises:
«Ambas deidades de la recia lucha
No estarán lejos mucho tiempo, en cuanto
Marte impetuoso en el palacio juzgue
Entre nosotros y los procos viles.
Vé á casaahora, en cuanto luzca el día,

Y á los soberbios pretendientes mézclate.
Yo iré más tarde con el fiel Eumeo,
En la figura de un mendigo astroso,
Cargado de años. Si en mi propia casa
Me ultrajan ellos, tu furor refrena,
Sufra yo lo que sufra. Aunque me arrojen
Por los pies arrastrándome, ó saetas
Me tiren, mira y calla; y sólo ruégales
Con afables palabras que abandonen
Sus locuras; pero ellos no han de oirte,
Pues ya ha llegado el día de su muerte.
[Tengo otra cosa que decirte; grábala
En la memoria. En cuanto á Palas plegue
Sugerirlo á mi mente, haré una seña
Con la cabeza. Las guerreras armas
Que en el palacio se custodian, llévate
Cuando la veas, y de mi alto tálamo
En el rincón más retirado escóndelas.
Si, deseosos de tenerlas, quieren
Saber do se hallan los soberbios procos,
Engáñales con lisonjeras frases:
Lejos del humo las he puesto, díles;
No son ni sombra de lo que eran cuando
Partió mi padre á la famosa Troya;
Con los vapores de la llama, feas
Están y sucias. Además, el hijo
Del gran Saturno otra razón mas fuerte
Me ha sugerido; pues de vino llenos,

Temo que un día entre vosotros surja
Contienda atroz, y la anhelada boda
Y los festines, mancilléis hiriéndoos
Unos á otros; porque el hierro al hombre
Con fuerza atrae (4). Para nosotros, deja
Dos lanzas, dos espadas, dos escudos
Que armen nuestra siniestra en el combate;
Palas y Jove previsor, los bríos
Quebrantarán de los soberbios procos.]
Tengo otra cosa que decirte; grábala
En la memoria. Si en verdad mi hijo
Eres y sangre y de mi sangre, nadie
Que Ulises se halla en su morada sepa.
No lo sepan Eumeo, ni Laertes,
Ni criado ninguno, ni mi esposa.
Solos tú y yo indaguemos lo que piensan
Las mujeres, y á prueba sometamos
Á algún siervo, y sepamos quién nos honra
Y venera y quién, siendo lo que eres,
Ni se cuida de tí, ni te respeta.»
El ilustre Telémaco repuso:
«Padre mío, yo creo que más tarde
Conocerás mi corazón. No manda
En mí ningún temor; pero preveo
Que ningún fruto nos dará esa idea.
Medítalo tú bien. Tiempo precioso
Perderás si recorres tus haciendas
Probando á cada uno, mientras ellos,

Tranquilos en palacio, te destruyen
Sin reparo los bienes; pues no guardan
Moderación alguna. Yo te invito,
Pues, á explorar lo que las siervas piensan,
Y á distinguir culpadas de inocentes;
Mas no debemos ir de cuadra en cuadra
Explorando á los siervos; y si Júpiter,
De égida portador, te ha enviado un signo,
Quede para más tarde ese cuidado.»
Así hablaban los dos mientras la nave
Que al príncipe y sus fieles compañeros
Trajo de Pilos á Ítaca llegaba.
Estos al punto en el profundo puerto
Entraron, y vararon en la negra
Tierra la nao; servidores leales
Retiraron las armas, y á la casa
De Clitio preciosísimos presentes
Llevaron al instante. Un mensajero,
Del magnánimo Ulises al palacio
Fué á decir á Penélope que su hijo,
Después de haber mandado que trajesen
La nave á la ciudad, en la campiña
Quedaba; pues si no, de espanto llena,
En lágrimas la Reina se anegara.
El heraldo y Eumeo, portadores
De igual nueva á Penélope, encontráronse;
Y cuando penetraron en la casa
Del Rey, dijo el heraldo entre las siervas:

«Reina, ya ha regresado tu hijo amado.»
El porquero, acercándose á Penélope,
Le dijo cuantas cosas le ordenara
Su hijo querido, y, la misión cumplida,
Se salió de la sala; pasó el muro
Del palacio y tornóse á sus rebaños.
Mucho se contristaron y afligieron
En su ánimo los procos. De la sala
Saliéronse, y del atrio el alto muro
Franqueando, se sentaron á la puerta.
El hijo de Polibo, el noble Eurímaco
Habló el primero, y dijo: «¡Grande hazaña
Ha sido, amigos míos, este viaje
Audazmente efectuado por Telémaco!
¡Y nosotros creíamos que nunca
Lo podría acabar! Mas ¡ea! al agua
Botemos el mejor de los navíos;
En él pongamos hábiles remeros
Y á los nuestros avisen, sin demora,
Que retornen á casa prontamente.»
Aun no había acabado, cuando Anfínomo,
En el puerto, al volverse, vió una nave,
Y unos marinos amainando velas,
Ó teniendo los remos en la mano,
Y dijo á sus amigos, sonriéndose:
«No hace falta el recado. Ó por aviso
De un dios, ó porque viendo la galera
No han podido alcanzarla, ya están dentro.»

Dijo, y se levantaron, y á la orilla
Fueron del mar, y al punto en tierra firme
El navío pusieron, y los fieles
Servidores las armas se llevaron.
Después todos los procos á una junta
Fueron, y á ningún hombre aproximarse
Permitieron, ni viejo ni muchacho.
En ella habló primero Antínoo, el hijo
De Eupites, exclamando: «¡Cielo justo!
¡Es posible que á ese hombre de la muerte
Libertaran los dioses! Atalayas
En las aéreas cumbres por el día
Sin descanso acechaban, sucediéndose
Sin intervalo, y en la noche nunca
Regresamos á tierra, sino el ponto,
En cuanto el sol moría, recorríamos
En la nave veloz, del alba rósea
Esperando la vuelta, en asechanza
De ese soberbio mozo, para hacerle
Prisionero y matarle. Pero un numen
Lo ha traído á su patria. Preparémosle
Una muerte terrible, y que no pueda
Escaparse de nuevo, pues no creo
Que nuestro plan se logre mientras viva.
Lleno está ya de discreción y juicio,
Y el pueblo no nos es muy favorable.
Antes de que reuna la asamblea
De los Griegos, obremos (pues supongo

Que, lejos de cejar, ardiendo en ira
Ha de arengar á todos, refiriéndoles
Nuestro plan de matarle y su fracaso,
Y ellos no aplaudirán, seguramente,
Nuestra perversa acción, y mucho temo
Que nos maltraten, y que al fin lanzados
De nuestra patria, en extranjera tierra
Tengamos que buscar nuevo refugio):
Fuerza es, pues, prevenirnos, y matarle
En el camino ó en el campo, lejos
De la ciudad; partirnos sus tesoros
Y bienes por igual, pero dejando
El palacio á su madre y al esposo
Que le plazca elegir. Si no os agrada
Mi proyecto y queréis que viva el príncipe
Dueño del bien paterno, suspendamos
Nuestras juntas aquí, para comernos
Sus preciosas riquezas, y cada uno
En su casa pretenda de Penélope
El matrimonio, hasta que al fin se case
Con quien más dé y el hado le destine.»
Así Antínoo dijo, y silenciosos
Todos quedaron; pero al fin Anfínomo,
Hijo de Niso, y del monarca Arecio
Nieto, rompió el silencio de la junta.
Éste había venido de la herbosa
Duliquio, en pastos rica, y de los procos
Se hallaba á la cabeza, y siendo de alma

Honrada, sus discursos eran gratos
Á la reina Penélope. Queriendo
Serles útil, les dijo de este modo:
«Oh amigos, por mi parte no quisiera
Arrancar á Telémaco la vida;
Pues á un hombre matar de regia estirpe
Es cosa atroz, sin duda. Interroguemos
Primero los consejos de los dioses.
Si del supremo Júpiter los hados
Su muerte aprueban, yo seré el primero
En herir y en mandároslo á vosotros;
Mas si los altos dioses lo reprueban,
Que desechéis el plan os aconsejo.»
Así Anfínomo dijo, y sus palabras
Fueron gratas á todos. Á seguida
Se levantaron, y del noble Ulises
Se fueron al palacio, y en sus sillas
Bien labradas inquietos se sentaron.
La discreta Penélope, de idea
Cambiando, resolvió á los pretendientes,
Henchidos de soberbia, presentarse.
Sabía que la muerte de su hijo
Andaban maquinando, porque todo
Le había referido el buen heraldo
Medón, que á sus consejos asistía.
Acompañada, pues, de sus criadas
Se dirigió á la sala de los procos,
Y el velo brillantísimo en las bellas

Mejillas recogiendo, se detuvo
Ante la puerta de labor prolija,
Y á Antínoo increpó de esta manera:
«Á tí, insolente Antínoo, de crímenes
Forjador, en consejo y en palabra
Por superior en Ítaca te tienen
Á todos tus iguales; mas no es cierto.
¿Por qué, monstruo, maquinas de Telémaco
La muerte y destrucción, y no te cuidas
Del suplicante, á quien el sumo Júpiter
Servirá de testigo? No, no es lícito
Prepararse asechanzas mutuamente.
No sabes que tu padre á refugiarse
Vino aquí, por huir de la venganza
Del pueblo, justamente enfurecido
Porque en unión de los piratas Tafios
Á los Tesprotas, aliados nuestros,
Se atrevió á combatir. Ya pretendían
Matarle, y despojarle de la dulce
Existencia, y partirse sus caudales
Inmensos; pero pudo el grande Ulises
Su furia reprimir. Y en pago ahora
Tú destruyes su casa, y apeteces
Su mujer, y asesinas á su hijo,
Y de dolor me abrumas. Pon ya término
Á tus violencias, y ponerlo manda,
Yo te lo pido, á los restantes procos.»
Eurímaco, hijo ilustre de Polibo:

«Penélope prudente, hija de Icario,
Respondióle, no temas, y desecha
Esa inquietud del pecho. No hay un hombre
Aquí, ni habrá, ni habido, que en tu hijo
Se atreva á poner mano mientras viva
Yo y del luciente sol vea la lumbre.
Lo digo así, y así será; al instante
Su negra sangre bañará mi lanza,
Porque á mí, cuando niño, el grande Ulises
Más de una vez me tuvo en sus rodillas
Y me dió carne asada y rojo vino.
Por eso me es Telémaco el más caro
De los hombres. No tema, pues, la muerte
Por los procos; la dada por los dioses
Es siempre inevitable.» Así le dijo
Para tranquilizarla; mas tramaba
En su pecho la muerte de Telémaco.
Retiróse á su cámara brillante
La Reina, y á su esposo idolatrado
Llorando estuvo, hasta que dulce sueño
Minerva Palas envió á sus ojos.
Al declinar la tarde, el porquerizo
Volvió al lado de Ulises y Telémaco,
Que, con un cerdo añal, sabrosa cena
Estaban preparando. Entonces Palas
Con la varita de oro tocó á Ulises
Y convirtióle nuevamente en viejo
Con andrajos vestido, temerosa

De que viéndole Eumeo cara á cara,
Le conociese, y sin poder callarse,
Fuese todo á contárselo á Penélope.
Dirigióle primero la palabra
Telémaco, diciéndole: «Ya, Eumeo,
Estás de vuelta. ¿Qué noticias corren
Por la ciudad? ¿Tornaron ya los procos
De su emboscada, ó todavía acechan
Mi regreso á la isla?» Respondióle
El divino porquero: «No he pensado
En inquirir ni averiguar todo eso
Al cruzar la ciudad; mi empeño todo
Fué, en cumplir mi misión, volver á casa
Cuanto antes. Enviado por tu gente
Un heraldo encontré, veloz aviso,
Que habló antes á tu madre; y otra cosa
También he visto. Cuando yo venía
Lejos de la ciudad, junto al otero
De Mercurio, observé ligera nave
Que entraba en nuestro puerto, tripulada
Por muchos hombres, y cargada toda
De escudos y de lanzas de dos filos:
Supongo que serían los soberbios
Pretendientes; mas nada sé de cierto.»
Así dijo; y echando una mirada
A su querido padre, sonrióse
El divino Telémaco, cuidándose
De no ser sorprendido por Eumeo.

Y puesta ya la cena, y preparada
La mesa, se sentaron, y comieron
Las viandas igualmente repartidas.
Y luego de saciado el apetito
De comer y beber, en acostarse
Pensaron, y gozaron dulce sueño.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

Cuando la Aurora de rosados dedos,
Hija de la mañana, anunció el día,
Ató al punto á sus pies sandalias bellas
El divino Telémaco, y la fuerte
Lanza, para sus manos apropiada,
Tomando, estas palabras al porquero,
Pronto á partir á la ciudad, le dijo:
«A la ciudad voy, padre, á que me vea
Mi madre, porque pienso que sus ayes
No tendrán fin, ni sus ardientes lágrimas,
Mientras no me presente. Á tí te mando
Que acompañes al pueblo á ese extranjero
A que mendigue allí: déle quien quiera,
Pan y un vaso de vino. Con los males
Que sufro, yo no puedo á cargo mío
Tomar todos los hombres. Si por esto

El extranjero se enojase mucho,
Tanto peor para él; á mí me gusta
Hablar sinceramente.» Á lo que Ulises:
«Tampoco yo deseo, respondióle,
Permanecer aquí. Para un mendigo
Que vive de limosna, es preferible
Al campo la ciudad. Á más, mis años
No son para vivir en estas cuadras,
En lo que mande obedeciendo á un dueño.
Véte, pues: á mí, Eumeo, en cuanto logre
Calentarme y creciendo con el día
Vaya el calor (1), me guiará. Mi ropa
Está tan destrozada, que al rocío
De la mañana temo, y á más se halla,
Según decís, la capital muy lejos.»
Así dijo; y Telémaco salióse
De las cuadras, y anduvo velozmente
Meditando la ruina de los procos.
Al llegar al magnífico palacio,
En una alta columna recostada
Dejó la lanza, y el umbral lapídeo
Atravesando, entró. La ama Euriclea,
Que las sillas artísticas cubría
Con pieles, divisóle antes que nadie,
Y á su encuentro corrió vertiendo lágrimas,
Y las otras criadas del intrépido
Ulises en los hombros y en la frente
Besándole, rodearon á Telémaco.

Á Diana semejante y la áurea Venus,
Descendió de su cámara Penélope;
Abrazó á su hijo amado sollozando,
Y estampando mil besos en su frente
Y en sus brillantes ojos, entre lágrimas
Le dijo con aladas expresiones:
«¡Ya has venido, Telémaco, luz mía!
No creí verte más desde que á Pilos,
Á hurto mío, partiste en la galera
Para inquirir noticias de tu padre.
Pero cuenta, hijo mío, lo que has visto.»
El prudente Telémaco repuso:
«Madre mía, mi llanto no provoques,
Ni conmuevas el fondo de mi pecho,
Ya que pude evitar terrible muerte.
Bien lavada y ceñida de vestidos
Purificados [con tus siervas sube
Al piso superior] y en él haz voto
De hecatombes perfectas á los dioses
Sacrificar, si á Júpiter le place
Que se logre algún día mi venganza.
Á la plaza de juntas voy yo ahora
Para llamar á un huésped que ha venido
Conmigo desde Pilos. Por delante
Le envié con mis buenos compañeros,
Y á Pireo rogué que á su morada
Le llevase y que en ella amable trato
Solícito le diese hasta mi vuelta.»

Dijo así, y á la Reina ni una frase
Se le escapó, y bañándose y ciñéndose
Vestidos puros, ofreció á los númenes
Sacrificar perfectas hecatombes,
Si al soberano Júpiter placía
Que se lograse un día la venganza.
Telémaco salió de su palacio
Con su lanza en la mano; dos veloces
Perros iban tras él. Palas Minerva
Gracia divina tal daba á su rostro,
Que todos los del pueblo le miraban
Pasar, llenos de asombro. Los soberbios
Pretendientes rodeáronle, con dichos
Buenos, mientras su muerte apetecían
En el fondo del alma. De su turba
Apartóse Telémaco, y al sitio
Donde Mentor, Antifo y Haliterses,
Invariables amigos de su padre,
Estaban, dirigiéndose, á su lado
Tomó asiento. Y aquéllos mil preguntas
Le hicieron sobre el viaje. Aproximóse
Pireo, hábil lancero, á la asamblea
Por la ciudad guiando á Teoclímeno.
Telémaco, apartado de su huésped,
No estuvo mucho tiempo, y acercósele,
Y Pireo le dijo estas palabras:
«Envía sin tardanza tus mujeres,
Telémaco, á mi casa, á que recojan

Los dones del ilustre Menelao.»
Telémaco repuso: «No sabemos
Cómo esto acabará. Si los altivos
Pretendientes acaso por sorpresa
Me matan, y los bienes de mi padre
Se reparten, prefiero que esos dones
Guardes tú y los disfrutes, mejor que ellos;
Mas si logro su ruina y mi venganza,
Tú tendrás un placer en entregármelos
Y yo no poco gozo en recibirlos.»
Después de hablar así, llevó á su casa
Al huésped infeliz. Cuando estuvieron
En la morada espléndida, en las sillas
Y sitiales sus túnicas dejaron,
Y pasando á los baños primorosos,
Se lavaron á gusto. Las criadas
Los limpiaron después y los ungieron
Con aceite; y vestidos de una túnica
Y de un manto finísimos, del baño
Salieron y sentáronse en las sillas.
Agua para las manos una sierva
Trajo, y del jarro de oro reluciente
En la argéntea aljofaina vertió el agua,
Y aparejó una mesa bien servida.
Después la venerable despensera
Trajo pan y manjares escogidos,
Sin economizar sus provisiones.
Penélope, sentada enfrente de ellos,

No lejos de la puerta, reclinada
En su sitial, hilaba lana pura.
Ellos á los manjares preparados
Y servidos las manos alargaban,
Y cuando de comida y de bebida
Quitaron el deseo, la prudente
Penélope empezó de esta manera:
«Voy á subir, Telémaco, á mi cámara,
Y acostarme en el lecho que mi llanto
Riega constantemente desde el día
En que con los Atridas partió Ulises
A la famosa Ilión, y no me has dicho,
Antes de que mis vanos pretendientes
Á este palacio vengan, qué noticias
De tu infelice padre has indagado.»
El prudente Telémaco repuso:
«Te diré la verdad, mi buena madre.
De aquí fuimos á Pilos, donde Néstor,
Ilustre domador, en su palacio
Recibióme gozoso, como á un hijo
Que vuelve de una ausencia dilatada
Acoge un padre tierno: así de afables
Él y sus nobles hijos me trataron.
Confesóme que nunca había oído
A nadie si vivía ó no vivía
El valeroso Ulises. Y envióme
En un carro de rápidos corceles
Al famoso lancero Menelao,

Sangre del grande Atreo. Allí á la Argiva
Helena ví, cuya infinita gracia,
Por voluntad del cielo, tantos males
Ha ocasionado á Griegos y Troyanos.
El fuerte Menelao preguntóme
Por qué á Lacedemonia la divina
Era mi viaje, y al contarle toda
La verdad, exclamó de esta manera:
«¡Justos dioses! ¡querrían en el lecho
Del héroe invencible ellos, cobardes,
Recogerse á dormir! Como á la cierva
Que los tiernos hijuelos, aun de leche,
De espantoso león dejó en el antro,
Y los herbosos valles y los bosques
Corrió de pasto en busca, cuando torna
El león á su cueva se los mata;
Así les dará Ulises cruda muerte.
¡Ojalá, padre Júpiter, Minerva
Y Apolo, como en Lesbos la magnífica
Le vimos levantarse de la lucha
Con un Filomelides, á quien hizo,
Entre unánime aplauso de los Griegos,
Con vigoroso esfuerzo caer en tierra,
Ulises á los procos se mostrase,
Muerte en breve tendrían y las bodas
Les saldrían amargas. Mas no temas
Ocultación ó engaño en lo que pienso
Rcsponderte, Telémaco, pues nada

De cuanto el veraz viejo de los mares
Me tiene revelado callaréte.
Díjome que á tu padre, en una isla,
Morada de Calipso, ninfa augusta,
Que por fuerza á su lado le detiene,
Llorando amargamente había visto;
Pues no puede volver al suelo patrio,
Porque ni tiene naves bien provistas
De remos, ni excelentes compañeros
Que le lleven del mar sobre las olas.»—
Así me dijo el rubio Menelao,
De belicosa voz, hábil lancero.
Después de esto, volví, y los inmortales
Con favorable viento me han traído
Á mi querida patria sin demora.»
Dijo así, y conmovióse de Penélope
El tierno corazón. El extranjero
Teoclímeno, á un numen semejante:
«Casta esposa del hijo de Laertes,
Dijo entonces, no sabe Menelao
Nada con claridad; atención presta
Á mis palabras, que decirte quiero
La completa verdad, sin callar nada.
Pongo al tonante Jove, soberano
Primero de los dioses, por testigo,
Y á esta mesa hospital y á estos hogares
Del héroe intachable donde me hallo,
De que se halla ya Ulises en su tierra

Sentado ó en camino, y de que sabe
Todas estas violencias y prepara
La ruina de los procos insolentes.
Así el ave observada en la galera
De sólido combés, como á Telémaco
He referido ya, me lo ha augurado.»
La discreta Penélope repuso:
«¡Ojalá se cumpliese esa palabra,
Extranjero, y en breve conocieras
Mi amistad, recibiendo de mi mano
Tantos dones, que alguno al encontrarte
Por mortal te tendría felicísimo!»
Tales eran sus pláticas. En tanto,
Delante de la casa del prudente
Ulises valeroso, divertíanse
Los procos en lanzar dardos y discos
Sobre artístico suelo, do solían
Ejercer tiempo hacía su insolencia.
Á la hora de cenar, cuando las reses
Llegaron de los campos conducidas
Por sus propios pastores, la palabra
Medón, que era su heraldo predilecto
Y asistía á sus fiestas, dirigióles:
«Jóvenes, les gritó, puesto que todos
Os habéis ya en los juegos divertido,
Entrad y preparemos el convite;
Que no hay cosa mejor que la comida
En sazón oportuna.» Dijo, y ellos

Levantándose todos, y obedientes
Á su voz, penetraron en la casa;
Y dejando en las sillas sus vestidos,
El festín prepararon, degollando
Grandes carneros, suculentas cabras,
Sabrosos cerdos y una vaca enorme.
Ulises y el porquero su venida
Del campo á la ciudad apresuraban
En tanto. La palabra el fiel Eumeo
Tomó primero, y dijo: «Ya que quieres
Ir hoy á la ciudad, como lo ordena
Mi señor (yo en verdad preferiría
Que aquí hubieses estado, nuestras cuadras
Guardando; pero al Príncipe respeto
Y temo que se enoje, pues son graves
Las iras de los dueños), ea, vamos
Ahora sin tardar; pues ya del día
Lo mejor ha pasado, y pronto el frío
Se dejará sentir hacia la tarde.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Lo comprendo, lo sé; dicta tus órdenes
Á quien puede entenderlas: sí, partamos;
Sírveme tú de guía; y si por dicha
Tienes cortado un palo que de apoyo
Pueda servirme, dámelo; pues dices
Que tan resbaladiza está la senda.»
Dijo, y echóse al hombro un zurrón viejo
Lleno de desgarrones, con mezquina

Cuerda para colgarle. De buen grado
Le dió un garrote Eumeo, y para guarda
Dejando del establo á los pastores
Y los perros, partióse acompañando
Al Rey á la ciudad en la figura
De viejo pordiosero miserable,
Apoyado en su palo, y mal cubierto
De harapos lastimosos. Caminando
Por áspero sendero, y ya muy cerca
De la ciudad, llegaron á la fuente
De bella construcción y claras linfas
Que á la capital surte: obra acabada
De Ítaco, de Nerito y de Polictor,
Que un bosquecillo de lozanos chopos,
Hijos de la humedad, umbrío cerca.
Huye de lo alto de una peña el agua,
Helada siempre; y un altar encima
Tiene á las Ninfas consagrado, en donde
Todo viajero sus ofrendas deja.
En aquel sitio los halló Melánteo,
Hijo de Dolio, que de dos pastores
Acompañado, las mejores cabras
Del rebaño á los procos insolentes
Para cenar llevaba. Al ver á entrambos,
Insultóles grosero, con palabras
Tan duras é injuriosas que de Ulises
El corazón de cólera inflamaron:
« Ahora ó nunca se ve cómo es seguro

Que un ruin lleva á otro ruin y que un dios junta
Siempre con cada oveja su pareja!
¿Á dónde, despreciable porquerizo
Llevas á ese glotón, ese importuno
Pordiosero, carcoma de festines,
Que parado en los postes de las puertas
Se rompe las espaldas, mendigando,
No calderas, ni trípodes brillantes,
Sino duros mendrugos? Si quisieras
Para limpiar los cerdos y las cuadras
Y llevar el forraje á los cabritos
Dejármelo, quizás, bebiendo suero,
Gordo muslo echaría. Pero sabio
Sólo en las malas artes, le disgusta
El trabajo, y prefiere andar pidiendo
Por la ciudad, para llenar su vientre,
Jamás de comer harto. Te lo digo,
Y así ha de ser: si del divino Ulises
Va á la casa quizás, en sus costillas
Se romperan no pocos escabeles,
Que harán llover de su cabeza en torno
Los nobles pretendientes.» Así dijo,
Y acercándose al Rey, le dió, insensato,
Un puntapié en las nalgas; mas no pudo
Echarle de la senda, porque firme
Ulises se mantuvo, y un momento
Dudó entre acometerle con el palo
Y arrancarle la vida, ó, levantándole

En el aire, estrellarle la cabeza
Contra el suelo; mas pudo resignarse
Y contener su cólera. El porquero
A Melánteo mirando cara á cara,
Reprendióle; y oró fervientemente
Con las manos alzadas: « Sacras Ninfas
De esta fuente, exclamó, prole de Júpiter,
Si piernas de cabritos y corderos
En pingüe grasa envueltas ha quemado
Alguna vez Ulises en esta ara,
Mis votos escuchad y haced que vuelva,
Y que un dios nos lo traiga; porque entonces
Castigaría la insolencia loca
Que ahora despliegas, holgazán cabrero,
Que estás siempre en el pueblo, mientras hunden
Desleales pastores el rebaño.»
El cabrero Melánteo le repuso:
«¿Qué ha dicho, justos dioses, ese perro,
Maestro en obrar mal? De Ítaca lejos,
En rápido navío bien armado,
Me lo voy á llevar el mejor día
Y á venderlo á buen precio. ¡Ojalá Febo,
El del arco de plata, en su palacio
Matase hoy á Telémaco, ó los procos
Acabasen con él, como es seguro
Que el día de la vuelta se ha perdido
Ya para el rey Ulises.» Así dijo,
Y como iban despacio, adelantóse,

Siguiendo su camino. En breve tiempo
Llegó al palacio real, entró, y al punto
Sentóse entre los procos, frente á Eurímaco (2),
Á quien amaba mucho. Los criados
Grandes trozos de carne le sirvieron,
Y para su comida trajo al punto
El pan la despensera venerable.
Ulises y el divino porquerizo
Detuviéronse cerca del palacio,
Donde llegó hasta ellos el sonido
De la hueca forminge, porque Femio
Principiaba á cantarles á los procos.
Cogiendo el héroe entonces por la mano
Al porquero, le dijo: «Esa es, sin duda,
De tu rey la bellísima morada,
Fácil de distinguir, aunque se viese
Entre mil más, pues tiene varios pisos,
Patio con cerca y muro y puertas sólidas
De dos hojas; de suerte que sería
Imposible forzarla á un hombre solo.
Conozco que celebran un banquete
En ella mucha gente, pues despide
Olor á carne asada, y he oído
Resonar la forminge, que los dioses
Han hecho compañera del banquete.»
El porquerizo Eumeo: «No es difícil,
Respondióle, que lo hayas conocido,
Pues tienes discreción para otras cosas;

Pero hay que decidir lo que ha de hacerse:
Ó tú primero en la mansión magnífica
Penetras y te mezclas á los procos,
Mientras yo aquí me quedo; ó si te agrada,
Aguarda, y yo entraré antes; mas no tardes,
No te vean afuera y te golpee
Ó te despida alguno. Piensa en esto.»
El valeroso Ulises le repuso:
«Bien se me alcanza, Eumeo, lo que dices,
Que hablas á quien entiende. Vé delante;
Yo me aguardaré aquí; pues ya probado
Tengo lo que son golpes, y mi alma
Está ya acostumbrada á resistirlos
Con tantas desventuras padecidas
En el mar y en la guerra; las presentes
Sumaránse á las otras. No es posible
Disimular del hambre la violencia,
Causa de tanto mal. Ella las naves
Solidísimas arma, que llevando
La ruina al enemigo, raudas surcan
Del infructuoso mar las olas verdes.»
Tales eran sus pláticas. Y un perro,
Que allí estaba tendido, la cabeza
Y las orejas levantó: era el *Argos* (3),
Que aunque lo crió Ulises, no lo pudo
Utilizar, porque partió á la guerra
De la sagrada Troya. Cuando joven,
Le solían llevar á seguir liebres,

Cabras de monte y ciervos, los mancebos;
Mas ya ausente su dueño, despreciado
Yacía carcomido por las moscas
En el montón de estiércol de las mulas
Y los bueyes que estaba ante la casa,
Hasta que los esclavos lo sacasen
Para abonar los campos. Á su dueño
Conoció el perro, y meneó la cola
Y agachó las orejas, mas no pudo
Allegarse hasta él. Enjugó Ulises,
Al ver esto, una lágrima furtiva
Sin que le viera Eumeo, y al instante
Preguntó así al porquero: «Es asombroso
Que yazga abandonado en la basura
Un perro de esta traza. Pues su cuerpo
Es hermoso en verdad, por más que ignoro
Si unió la agilidad á la belleza,
Ó si fué uno de tantos comensales
De sus dueños, que sólo para gusto
De los ojos los crían.» Respondióle
El porquero: «Ese perro fué de un hombre
Que murió de aquí lejos. Si tuviese
La actividad y cuerpo que tenía
Cuando Ulises fué á Troya, te asombraran
Su agilidad y fuerza. Toda fiera
Levantada por él, no se le iba
Ni en la más densa selva, pues insigne
Era en seguir un rastro. Mas ahora

El infeliz padece. Su amo ha muerto
Fuera de su país, y no le cuidan
Las perezosas siervas. Pues si el amo
No manda, los criados ya no cumplen
Sus deberes; que Júpiter tonante
La mitad de su fuerza quita al hombre
El triste día en que le torna esclavo.»
Dijo así, y penetrando en la magnífica
Mansión, se fué derecho hasta la sala
De los ilustres procos; y del perro
Argos la negra parca de la muerte
Se apoderaba, en tanto, cuando al cabo
De veinte años veía á su amo Ulises (4).
Telémaco, á los dioses semejante,
Mucho antes que ninguno, al porquerizo
Distinguió, y le llamó con una seña;
Miró el porquero en torno, y una silla
Donde solía estar el encargado
De repartir las viandas á los procos,
Cuando allí banqueteaban, cogió y cerca
De la mesa del príncipe la puso;
Sentóse frente á él, y de seguida
Una ración le presentó el heraldo,
Y á más pan que tomó de un canastillo.
Entró poco después el grande Ulises
De un anciano mendigo en la figura,
Apoyado en su palo, y con harapos
Miserables vestido, y en el suelo,

Que era de fresno, se sentó, á la parte
Interior de la puerta, recostado
En una de sus jambas, que con arte
Eximio, y á cordel, hábil obrero
Hiciera de un ciprés. Llamó Telémaco
Al porquero, y tomando de un cestillo
Un pan sin empezar, y cuanta carne
Le cabía en las manos: «Llévale esto,
Le dijo, al extranjero, y recomiéndale
Que pida á cada uno de los procos,
Pues no cuadra vergüenza en un mendigo.»
Dijo así, y obediente á sus palabras,
Se levantó el porquero, y acercándose
Á Ulises: «Extranjero, esto Telémaco
Te envía por mi mano, y te encomienda
Que pidas á cada uno de los procos,
Pues no cuadra vergüenza en un mendigo.»
Y el ingenioso Ulises le repuso:
«¡Plegue al supremo Júpiter que sea
Siempre feliz Telémaco y que logre
Cuanto en su noble corazón medita!»
Dijo, y tomando con entrambas manos
Las viandas, á sus pies, sobre la alforja
Miserable, dejólas, y comía
Mientras cantaba el melodioso aeda.
Acabó de comer cuando el divino
Músico de cantar. Los insolentes
Procos un grande estruendo por la sala

Empezaron á hacer. Minerva entonces
Se acercó al Rey y le excitó pedirles,
Para que averiguase de este modo
Cuáles eran benignos ó perversos;
Aunque ninguno de ellos de la muerte
Se había de librar. Se puso en marcha
Para hacer su colecta, y principiando
Por la derecha, á cada cual la mano
Alargaba, lo mismo que si fuese
Consumado mendigo (5). Con asombro
Mirándole y piedad, y preguntándose
Entre ellos de dónde era y quién sería,
Dábanle algo los procos. El cabrero
Melánteo dijo entonces: «Pretendientes
Ilustres de Penélope, escuchadme
Algo de ese extranjero. Yo lo he visto
Antes, del porquerizo acompañado,
Aunque ignoro cuál sea su familia.»
Dijo, y Antínoo entonces al porquero
Reprendió de esta suerte: «¿Á qué nos traes,
Porquero demasiado conocido,
Ese hombre á la ciudad? ¿No hay suficientes
Vagabundos en ella, é importunos
Pordioseros, carcoma de festines?
¿Ó te parece poco que la turba
Que se reune aquí coma los bienes
De tu señor, y traes ese mendigo?»
Entonces, buen Eumeo, respondiste:

«Antínoo, por más que eres discreto,
No has hablado con juicio ni cordura.
¿Quién va á buscar á nadie, que no sea
Alguno de esos hombres para todos
Útiles en verdad, como adivinos,
Ebanistas y médicos, y aedas
De deliciosa voz? Sólo se llama
Á éstos entre las gentes infinitas
De la espaciosa tierra; pero nunca
Se invita á un pordiosero, que sería
Insoportable carga. Mas tú has sido
Siempre el más desabrido de los procos
Para los servidores de mi dueño,
Y especialmente para mí; mas nada
Me importa, mientras vivan la discreta
Penélope y Telémaco en palacio.»
El prudente Telémaco le dijo:
«Calla y no le respondas más, Eumeo;
Pues Antínoo tiene por costumbre
Injuriarnos con ásperas palabras,
Y aun provocar á los demás presentes.»
Dijo, y á Antínoo con aladas voces
Habló después así: «Sin duda es cierto
Que, por mí te interesas como un padre
Por su querido hijo, cuando quieres
Que con duras palabras, de mi casa
Arroje á ese extranjero. ¡No permita
Un numen que eso sea! Toma y dale

De grado alguna cosa: no lo estorbo;
Antes quiero que lo hagas; y no temas
Que ni mi madre ni criado alguno
De la casa de Ulises á mal lleven
Una acción semejante. Mas ya veo
Que no piensas tal cosa, y que prefieres
Comértelo tú todo á darle á nadie.»
Así dijo, y Antínoo repuso:
«Altanero Telémaco, alma indómita,
¿Qué has osado decir? Si cada proco
Le diese tanto como yo, tu huésped
No saldría en tres meses de esta casa.»
Así dijo, sacando de debajo
De la mesa, y mostrando el lindo asiento
En que los pies brillantes apoyaba.
Los restantes le dieron, y de carne
Y pan el zurroncillo le llenaron.
Pero al irse de nuevo á los umbrales
Para comer los dones de los Griegos,
Se detuvo ante Antínoo y le dijo:
«Dame, amigo: de todos los presentes
No pareces el peor, sino el más noble,
Pues á un rey te asemejas. Debes darme
Más pan, por consiguiente, que los otros,
Y yo te alabaré por todo el mundo.
También feliz un tiempo en opulenta
Mansión vivía yo, y á todo pobre,
Fuese quien fuera, aquello que pedía

Le solía yo dar. Pues mis criados
Eran muchos, y muchas las riquezas
Con las que bien se vive y dan de rico
Buena fama al mortal. Pero al Saturnio
Jove le plugo aniquilarlos todos
Dándome, acompañado de piratas,
La idea de ir á Egipto: largo viaje,
Que fué mi perdición. En la corriente
Del río Egipto anclé mis leves naos
Y ordené á mis queridos compañeros
Que allí permaneciesen custodiándolas
Mientras iban expertos emisarios
Á explorar el vecino territorio;
Mas ellos, sucumbiendo á su insolencia
Y siguiendo su gusto, devastaron
Las fértiles campiñas del Egipto;
Trajéronse los niños y mujeres
Y mataron los hombres. Pero pronto
Llegó hasta la ciudad el clamoreo,
Y atraídos por él, cuando la Aurora
Comenzaba á lucir, inmenso número
De Egipcios acudieron. Todo el campo
Se cuajó de caballos y de infantes
De relucientes armas. Torpe fuga
Jove, que en lanzar rayos se divierte,
Á los míos mandó; nadie fué osado
Á oponer resistencia; y por doquiera
Cercáronles mil males. Los Egipcios

Me degollaron muchos con el duro
Bronce, y á otros cautivos se llevaron
Para sus menesteres. Entregáronme
Á un extranjero, que en su tierra estaba
Entonces casualmente, el cual á Chipre
Me llevó: era Dmetor, hijo de Iaso,
Señor de aquella isla, y de ella vengo
Agora, padeciendo mil dolores.»
Antínoo gritaba, respondiéndole:
«¿Qué Dios nos ha enviado este castigo,
Turbador del convite? Ponte en medio
De la sala y distante de mi mesa,
Si no quieres volver á la amargura
Del Egipto y de Chipre, tan seguro
Como eres un mendigo sin vergüenza.
Les pides uno á uno, y te dan todos
Sin consideración; porque derrochan
El bien ajeno, aunque en su casa tienen
Cada cual sus caudales y riquezas.»
Retrocediendo el ingenioso Ulises,
«¡Justos Dioses! le dijo, no parece
Que en tí acompañe el juicio á la hermosura.
No, ni aun sal le darías de seguro
Á tu costa á un mendigo, pues estando
Sentado á mesa ajena no me diste
Ni un mendrugo de pan, habiendo tanta
Abundancia en la casa.» Así le dijo.
Aumentóse de Antínoo la ira,

Miróle torvamente, y con aladas
Expresiones le dijo: «Yo no creo
Que salgas hoy con bien de este palacio,
Pues á decirme injurias ya te atreves.»
Dijo, y cogió un banquillo, y en el hombro
Derecho y al extremo de la espalda
Hiriόle; pero Ulises se mantuvo
Firme como una roca: y sin que el golpe
De Antínoo le moviese, la cabeza
Sacudió sin hablar, pensando sólo
En su pronta venganza. Volvió al suelo
Del umbral, donde echó la llena alforja,
Y dijo á los soberbios pretendientes:
«Ilustres amadores de la Reina,
Oíd, que á decir voy lo que me dicta
Mi pobre corazón. No siente el alma
Dolores ni pesar cuando es herido
Un hombre defendiendo sus haciendas,
Ó sus blancas ovejas ó sus toros;
Pero á los por me ha herido por la odiosa
Funesta hambre, que á los hombres
Causa males sin cuento. Mas si hay númenes
Protectores del pobre, y negras furias,
Antes de su himeneo, sobre Antínoo
Caiga la parca fiera de la muerte.»
«Come en paz, extranjero, replicóle
Antínoo nuevamente, ó á otro sitio
Retírate, no sea que te arrastren

De los pies, ó las manos, por el suelo
Nuestros mozos, y en pena de tu audacia
Te despedacen todo.» Dichos tales
Indignación causaron á los procos,
Y alguno de ellos dijo: «Mal hiciste,
Antínoo, al pegar á ese mendigo.
¡Desdichado! ¡quizás un numen sea!
Pues los dioses recorren las ciudades
En figura de errantes extranjeros,
Y toman formas varias, deseosos
De conocer la injuria ó la justicia
De los simples mortales.» Así hablaban;
Pero él no se cuidaba de sus dichos.
Telémaco sintió pena profunda
Agolpársele al pecho, al ver la injuria
Hecha á su pobre huésped; mas contuvo
En sus ojos el llanto, y la cabeza
Sacudió, sin hablar, pensando sólo
En la pronta venganza que Ulises,
Cuando supo Penélope que [illegible]re
Había sido herido en el palacio,
Exclamó entre sus siervas: «Plegue á Apolo,
Ínclito flechador, de igual manera
Tratarte á tí, insensato.» La intendente
Eurínome repuso: «Si escuchasen
Nuestros votos los dioses, ni uno de ellos
Vería aparecer la nueva aurora.»
Penélope añadió: «Nodriza mía,

Los aborrezco á todos, porque fraguan
Crímenes espantosos; pero á Antínoo
Como á la negra muerte. Un extranjero,
Desdichado mendigo, en el palacio
Iba pidiendo á todos, pues le apremia
La cruel necesidad; le dan los otros
Y le llenan la alforja, pero Antínoo
Con su escabel le hiere en el extremo
De la espalda derecha.» Así en su cámara,
Mientras cenaba Ulises, les decía
Á sus siervas la Reina. Al porquerizo
Mandó llamar después: «Divino Eumeo,
Le dijo, vete en busca de ese pobre
Y mándale subir; deseo hablarle,
Para saber si ha oído alguna cosa
Del animoso Ulises, ó lo ha visto,
Pues parece que ha andado muchas tierras.»
Tú, porquerizo Eumeo, respondiste:
«¡Ojalá se callasen los Aqueos,
Y sus palabras, Reina, encantarían
Tu dulce corazón! Yo le he tenido
En mi choza tres días y tres noches
(Porque yo fuí el primero á quien ese hombre
Acudió, al escaparse de la nave),
Y no acabó el relato de sus cuitas.
Como se tiene fija la mirada
En el hábil aeda, á quien los dioses
Dictan cantos dulcísimos, queriendo

Que de cantar no acabe; así sentado
Á mi lado ese huésped me hechizaba.
Afirma que por parte de su padre
Es de tu esposo huésped, y que vive
En la isla de Creta, donde impera
La progenie de Minos (6). Ha venido
De allí con mil angustias, y vagando
Por infinitas tierras. Asegura
Haber oído que tu esposo se halla
Lleno de vida, cerca, en el fecundo
País de los Tesprotas, y que trae
Á su casa riquísimos tesoros.»
La prudente Penélope le dijo:
«Véte, y hazle venir para que cuente
Todo eso en mi presencia. Que los procos
Se diviertan sentados á la puerta,
Ó dentro del palacio, pues alegre
Tienen el corazón. Intactos guardan
Los bienes en su casa, el pan y el vino,
Que gastan sus criados, y á la mía
Vienen todos los días, y degüellan
Bueyes, carneros, suculentas cabras,
Y se están de convite, y beben vino
Sin tasa, y lo mejor de nuestros bienes
Nos van ya destruyendo, porque ahora
No tenemos un hombre como Ulises,
Que si á su hogar tornase, por su hijo
Ayudado, bien pronto de su injuria

Con ejemplar castigo se vengara.»
Así dijo; y Telémaco á tal punto
Tan fuerte estornudó (7), que horrendamente
Sonó la casa. Se rió Penélope,
Y con aladas voces dijo á Eumeo:
«Véte, y trae á ese huésped á mi cámara.
¿No ves cómo mi hijo ha estornudado
Á todas mis palabras? Eso indica
Que ha de alcanzar la muerte á todos ellos,
Y que ninguno escapará á la Parca.
Aun te diré otra cosa; pero ocúltala
En el fondo de tu alma. Si conozco
Que la verdad me dice ese extranjero,
Le he de dar una túnica y un manto.»
Dijo, y apenas acabó, salióse
Eumeo, y acercándose al oído,
Habló de esta manera al grande Ulises:
«Padre huésped, la madre de Telémaco,
La prudente Penélope, te llama;
Su corazón le impulsa á preguntarte
Acerca de su esposo y de tus cuitas.
Si conoce que en todo sin engaño
Le hablas, te dará un manto y una túnica
Que tanto necesitas; y pidiendo
Luégo el pan por el pueblo, de tu vientre
Podrás saciar el hambre, y el que quiera
Limosna te dará.» Respondió Ulises:
«Yo ahora mismo diría á la prudente

Hija de Icario la verdad completa,
Porque conozco á Ulises, y sufrimos
Ambos iguales penas; pero temo
Á la insolente turba de los procos,
Cuya violencia inicua ya ha subido
Hasta el cielo de hierro. Porque ahora,
Al herirme ese hombre, cuando andaba
Sin hacer ningún daño, ni Telémaco
Ni otro alguno intentaron disuadirle.
Ruega, pues, á Penélope que espere,
Por más que esté impaciente, hasta el ocaso
Del sol, y podrá entonces preguntarme
De la vuelta de Ulises, cuando cerca
De la lumbre me ponga, pues no ignoras
Tú, á quien primero aquí yo he suplicado,
Cuán destrozados tengo los vestidos.»
Dijo, y apenas acabó, apartóse
Eumeo, y al llegar junto á la puerta,
Penélope le dijo: «¿No le traes,
Buen Eumeo? ¿Qué idea á ese mendigo
Se le ha ocurrido ahora? ¿Tiene á alguno
Temor exagerado, ó se avergüenza
Por cualquier otra causa? A fe que es malo
Para mendigo el ser tan vergonzoso.»
El porquerizo Eumeo le repuso:
«Habla con discreción, como cualquiera
Pensaría en su caso, pues procura
Evitar la violencia de los procos.

Te aconseja que esperes al ocaso
Del sol; y te será más conveniente
Consultar á ese huésped sin testigos.»
Penélope de nuevo: «Ese extranjero,
Dijo, sea quienquiera, no parece
Desprovisto de seso; pues no se halla,
En parte alguna, gente tan soberbia
Y tan maquinadora de delitos.»
Así dijo la Reina, y el porquero,
Cuando acabó de hablar, incorporóse
Á la turba de procos, y al instante
Acercando su rostro al de Telémaco
Para no ser oído por los otros,
Le dijo con aladas expresiones:
«Parto ahora á guardar, amigo mío,
Los cerdos y rebaños, subsistencia
Tuya y mía. Tú cuida de estas cosas.
Piensa primero en tu salud, y luégo
Evita todo daño, pues hay muchos
Contra tí conjurados. ¡Plegue á Júpiter,
Antes de que nos dañen, destruirlos!»
Respondióle Telémaco prudente:
«Así, padre, lo haré: márchate ahora
Después de merendar, y ven mañana
Á la aurora, con víctimas selectas.
De todo esto los dioses inmortales
Y yo nos cuidaremos.» Así dijo.
Sentóse nuevamente en una silla

Bien trabajada Eumeo; y cuando á gusto
Comió y bebió, partióse á su majada,
Cruzando el vasto patio y el palacio,
De convidados lleno que, venidas
Las horas de la tarde, deleitábanse
Á su placer con cánticos y danzas.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

Llegó después un pordiosero público
Que mendigaba en Ítaca; era célebre
Por su vientre insaciable; no cesaba
De comer y beber; y aunque á los ojos
Su estatura era prócer, carecía
De fuerza y de valor: llamóle Arneo,
Desque nació, su madre (1); mas los jóvenes
Solían llamarle Iro (2), porque todos
Los mandados solícito llevaba.
Quiso en cuanto llegó, al valiente Ulises
Arrojar de su casa, é insultándole:
«¡Véte de este vestíbulo, le dijo
Con aladas palabras, si no quieres
Que por los pies te saque, triste viejo!
¿No observas cómo todos me hacen señas
Mandándome arrastrarte? Sin embargo,

Me repugna el hacerlo. Ea, levántate,
No sea que pasemos á las obras,
Si no bastan palabras.» El astuto
Ulises con colérica mirada:
«Desdichado, repuso, no te digo
Ni te hago ningún mal, ni impido á nadie
Que te dé por muy pródigo que sea.
Hay en aqueste umbral sitio sobrado
Para los dos; no debe codiciarse
El bien ajeno: un pobre me pareces
Como yo; y á los númenes les toca
Repartir las riquezas. No me incites
Á reñir, ni mi cólera provoques;
No sea que, aunque viejo, pecho y labios
Te manche con tu sangre. Así mañana
Más tranquilo estaría; pues no creo
Que á la casa del hijo de Laertes
Volvieses á venir.» Enfurecido,
Iro le dijo así: «¡Supremos dioses!
¡Con cuánto desparpajo habla este hambriento!
¡Si parece una vieja acostumbrada
Á estar entre tizones! Pero pronto
Le arreglaría yo, si le pegase
Dos guantadas, saltándole los dientes
Como á un cerdo que pace en mies ajena.
Ea, disponte, y juzguen nuestra lucha
Los presentes. ¿Mas cómo, con un hombre
Más joven reñirás?» Así en las altas

Puertas, sobre el pulido pavimento
Disputaban los dos furiosamente.
Antínoo advirtiólo, y al instante
Dijo así, sonriéndose, á los procos:
«Amigos, nunca ha habido en esta casa
Diversión semejante á la que un numen
Trajo ahora. El mendigo forastero
É Iro riñen, y quieren á las manos
Venir: vamos á hacer que lo ejecuten.»
Así dijo, y riendo á carcajadas
Se levantaron todos, y pusiéronse
En corro alrededor de los mendigos.
«Escuchad mis palabras, nobles procos,
Dijo el divino Antínoo. De esos vientres
De cabra (3) que, rellenos de gordura
Y sangre, junto al fuego hemos dejado
Para cenar, escoja el que le plazca
Aquel que de estos dos venza y sujete
Á su rival, y á más de nuestra mesa
Participará siempre, y á otro pobre
No admitiremos nunca en esta sala.»
Así habló Antínoo, y todos aplaudieron.
El ingenioso Ulises, una astucia
Meditando, les dijo: «Amigos míos,
Entre un joven robusto y un anciano
Gastado por los males, la pelea
No es igual; pero el hambre maldecida
Me incita á combatir, aunque me hunda

Á golpes. Mas jurad solemnemente
Que ninguno, ayudando á mi contrario,
Me herirá á traición con mano ruda
Para que Iro me venza.» Así les dijo,
Y cuanto deseaba le juraron.
[Y después de jurar solemnemente],
Dijo el grande Télemaco: «Extranjero,
Si tu valor y pecho generoso
Á pelear te incitan con ese hombre,
No temas que te toque ningún otro
De los Griegos presentes, pues tendría
Otros muchos en contra. Yo el primero,
Que soy el amo aquí, y los sabios reyes
Eurímaco y Antínoo, que aprueban
Mi sentir.» Así dijo, y agradaron
Sus palabras á todos. Ciñó Ulises
En tanto á sus vergüenzas el astroso
Vestido, y enseñó los fuertes muslos
Grandes y hermosos, los nervudos brazos,
Los anchos hombros y el robusto pecho;
Y aun aumentó sus miembros vigorosos
La ojos verdes Minerva. Sorprendidos
Le miraban los procos, y decía
Cada cual dirigiéndose al más próximo:
«Iro no será Iro ciertamente
Dentro de poco ya, pues ha encontrado
El daño que buscaba, si se juzga
Por el muslo que el viejo nos enseña

Desnudo de sus trapos.» Así hablaban;
Y se agitaba el ánimo de Iro
Con horrible temor. Pero los siervos
Le trajeron, ceñido á viva fuerza
Á pesar de su espanto, pues las carnes
En torno de los miembros le temblaban,
E increpándole Antínoo, le dijo:
«Mejor para tí fuera, jactancioso,
Ó no existir ahora, ó no haber nunca
Nacido, si te tiemblas y acobardas
Ante un viejo acabado por los males
Que le han acometido. Te lo digo,
Y te lo cumpliré: si te sujeta
Y te vence, te arrojo á la sentina
De una nave y te llevo al vasto Epiro,
Al rey Équeto, plaga de los hombres (4),
Para que la nariz y las orejas
Con hierro cruel te corte, y arrancándote
Las partes genitales, las arroje
Palpitantes y crudas á los perros.»
Dijo, y creció el temblor del insolente
Con esto más y más. Le colocaron
En el centro del corro, y ambos á una
Levantaron las manos. Dudó Ulises
Si herirle de manera que cayese
Sin vida al primer golpe, ó si pegarle
Sin fuerza y arrojarlo contra el suelo;
Y después de pensado, parecióle

Lo mejor golpearle sin violencia,
Para evitar que acaso conociesen
Los Aqueos quién era. Altas las manos,
Iro en el hombro diestro pegó á Ulises,
Y éste á Iro en la cerviz, bajo la oreja,
Y le rompió por dentro el duro hueso;
Brotó al punto la sangre por la boca,
Cayó en el suelo, rechinó los dientes,
Pateando frenético. Los procos,
Levantando las manos, se morían
De risa (5). Lo arrastró por el vestíbulo
Ulises por un pie, y lo sacó fuera
Al patio, hasta la entrada del gran pórtico,
Donde lo recostó contra el cercado,
Y en la mano poniéndole un garrote,
Le dijo con palabras voladoras:
«Estáte ahí, apartando de la puerta
Los cerdos y los perros, y no intentes,
Siendo un vil, imponerte como dueño
A extranjeros y pobres; no te ocurra
Algún daño mayor.» Así le dijo,
Y á los hombros le echó la sucia alforja
Rasgada por mil sitios, con su cuerda
Para poder colgarla; y á su puesto
Sobre el umbral volvió. Los pretendientes
Entraron con gran risa, y con afables
Palabras le dijeron: «¡Plegue á Júpiter,
Y á los restantes dioses, concederte

Lo que más apetezcas en tu ánimo,
Por haber dado fin á las constantes
Giras de ese insaciable por el pueblo.
Pronto lo llevaremos al Epiro,
Á Équeto, destrucción de los mortales.»
Así dijeron, y el feliz augurio
Llenó de gozo á Ulises. Un enorme
Vientre de cabra lleno de gordura
Y de sangre sirvióle el agrio Antínoo;
Y Anfínomo, tomando de una cesta
Dos panes, se los dió, y en copa de oro
Á su salud bebió: «¡Salud, oh huésped
Venerable, diciendo, ojalá seas
Tan dichoso después, como eres ahora
De males infinitos presa triste!»
El ingenioso Ulises: «Me pareces
Anfínomo, le dijo, muy discreto:
Tal fué también tu padre. Yo he oído
Hablar muy bien, por opulento y bravo,
Del Duliquiense Niso, y, según dicen,
Tú de él naciste, y bien se te conoce
Que eres bueno y humano. Escucha ahora,
Y graba mis palabras en tu mente:
No sustenta la tierra un ser más débil
Que el hombre, entre los muchos que respiran
Y caminan por ella; porque juzga
Que no ha de sucederle mal alguno,
Mientras los inmortales le conservan

La dicha y vigorizan sus jarretes;
Mas cuando al fin le envían infortunios,
Los tiene que sufrir, mal de su grado,
Porque es el pensamiento de los hombres
De tal naturaleza, que se cambia
Según el día que el supremo Júpiter,
Padre de hombres y dioses, les concede.
Así, fuí yo feliz en la apariencia
En algún tiempo alegre, mas fiado
En mi poder y fuerza, y en la ayuda
De mi padre y hermanos, muchos hechos
Injustos perpetré. Nadie se muestre,
Por lo tanto, enemigo de lo justo,
Sino disfrute en paz de la ventura
Que le otorguen los dioses. Pero veo
Que los procos maquinan mil infamias,
Y consumen los bienes, y persiguen
Á la esposa de un hombre que imagino
No ha de estar alejado mucho tiempo
De su patria y amigos, pues se halla
Muy cerca de ellos ya. ¡Plegue á algún numen
Llevarte de esta casa y sustraerte
Á su vista, cuando él retorne al suelo
Querido de su patria! Pues sin sangre
No ha de acabar su lucha con los procos
Cuando de su mansión los suelos pise.»
Dijo, y después de hacer las libaciones
Bebió del dulce vino, y puso el vaso

De nuevo en manos del caudillo ilustre.
Cruzó el palacio Anfínomo, afligido,
Moviendo la cabeza, pues su alma
Ya presentía el daño; mas no pudo
Sustraerse á la muerte, pues Minerva
Le detuvo también, para que fuese
Víctima de la lanza de Telémaco;
Y volvióse á la silla que dejara.
Á la hija de Icario, á la prudente
Penélope, inspiró Minerva entonces
La idea de mostrarse á sus amantes,
Para alegrar el alma de los procos
Y hacer que pareciese más honrada
Que nunca ante los ojos de su hijo
Y de su amado esposo. Sonriéndose
Con forzada sonrisa, á la intendente:
«Eurínome, le dijo, quiero ahora
(Lo que nunca he querido) presentarme
Á los procos, por más que los detesto,
Para dar á mi hijo el provechoso
Consejo de dejar la compañía
Constante de los procos, que le fingen
Bondad en las palabras, mientras piensan
En horrendos delitos.» La intendente:
«Cuanto has dicho, hija mía, respondióle,
Es, sin duda, muy justo. Ve, pues, y háblale,
Y no le ocultes nada; pero el cuerpo
Lávate antes de ir, y las mejillas

Úngete, y con el rostro por las lágrimas
Afeado no vayas; no conviene
Llorar siempre sin tasa: pues tu hijo
Ya está en aquella edad á la cual tanto
Pedias á los dioses que llegase.»
La discreta Penélope repuso:
«No me digas, Eurínome, solícita
Por mi bien, que me lave ni me unja.
Los dioses del Olimpo me quitaron
La hermosura en el día en que en las cóncavas
Naves partió mi esposo. Dí que vengan
Hipodamia y Autónoe, y me sigan,
Pues me avergonzaría de entrar sola
Á donde tantos hombres.» Así dijo;
Y salió de la cámara la anciana
Para llamar á las criadas, y orden
Darles de que vinieran. La ojos verdes
Palas concibió entonces otra idea.
Derramó un dulce sueño por los párpados
De la hija de Icario. Sobre el lecho
Se recostó Penélope, durmióse,
Y en grata flojedad quedaron todos
Sus bellísimos miembros; entretanto
Dones divinos la deidad augusta
Le dió para admirar á los Aqueos.
Iluminó su rostro con aquella
Belleza celestial de que se adorna
Venus, bien coronada, cuando al coro

Amable de las Gracias se dirige;
Le dió más gallardía y más altura,
Y blancura mayor que la que ostenta
El labrado marfil. Después la augusta
Deidad se retiró. Con mucho ruido
Las siervas, de albos brazos, en la cámara,
Llegando del palacio, penetraron;
El dulce sueño abandonó á Penélope,
Que, enjugándose el rostro, de esta suerte
Les habló: «A la verdad, un blando sueño,
En medio de mis penas, me ha cogido.
¡Ojalá me enviase en este instante
Muerte dulce, como él, la casta Diana!
Así no gastaría mi existencia
En llorar sin consuelo, deseando
Las nobles cualidades de mi esposo,
Que era el más excelente de los Griegos.»
Dicho esto, de su cámara brillante
Descendió acompañada de dos siervas,
Y al llegar á la sala de los procos
Esta mujer divina, se detuvo
En el sólido umbral; el lindo velo
Extendió sobre el rostro, y á ambos lados
Se le pusieron las honradas siervas.
Entonces flaquearles las rodillas
Sintieron sus amantes, y la llama
Del amor derritió sus corazones,
Queriendo todos compartir su lecho.

Ella habló así á Telémaco, su hijo:
«No tienes ya, Telémaco, firmeza
Ni juicio. Cuando niño, parecías
Más discreto y prudente; pero ahora,
Cuando ya eres adulto y en la meta
De la florida pubertad te hallas;
Cuando al ver tu estatura y gallardía
Un extraño entendiera que eras hijo
De opulento varón, ya ni prudencia
Tienes, ni sentimientos de justicia.
¡Perpetrarse tal obra en el palacio!
¡Permitir que maltraten á ese huésped!
Si un extranjero en nuestra propia casa
Sufre tan dolorosas vejaciones,
¡Qué deshonras y oprobios no te esperan!»
El discreto Telémaco repuso:
«Madre, tu indignación encuentro justa,
Porque ya sé y distingo de lo malo
Lo bueno (no como antes que era un niño),
Pero me es imposible dar á todo
Prudente solución, porque me acosan
Estos hombres perversos que se sientan
Á mi lado, y no tengo quien me ayude.
Tampoco ha sido cosa de los procos
La contienda de Iro con el huésped
Extranjero, que ha sido el más forzudo.
¡Ojalá al padre Júpiter, á Palas
Y á Apolo les pluguiese hacer que ahora,

Doblada la cabeza, con los músculos
Sin vigor desatados, estuviesen
Cuáles dentro de casa, cuáles fuera,
En el patio, vencidos estos procos,
Como es verdad que Iro en este instante
Á la puerta del patio está sentado,
Doblada la cabeza, y á manera
De un hombre ebrio, incapaz de sostenerse
Sobre sus pies y de volver á casa,
Disipada la fuerza de sus músculos.»
Tales eran sus pláticas. Eurímaco
Dirigió estas palabras á Penélope:
«Discreta hija de Icario, si te viesen
Todos los Griegos que hay desparramados
En el Argos de Iaso (6), de seguro
Aun más procos habría desde el alba
Comiendo en tu palacio; porque vences
Á las demás mujeres en belleza
Y en estatura y pensamientos justos.»
La prudente Penélope le dijo:
«Eurímaco, los dioses esas dotes,
La belleza y la altura, me quitaron
El día en que partieron para Troya
Los Griegos, y con ellos mi marido.
Si él volviese y cuidase de mi vida,
Mayor fuera mi dicha y mi hermosura;
Ahora el dolor me agobia; ¡tantos males
Me envía una deidad! Al alejarse

De su querida tierra, mi derecha
Tomando con la suya: «Esposa mía,
Me dijo, yo no creo que volvamos
De la guerra de Ilión todos los Griegos
De primorosas grebas, porque dicen
Que los Troyanos son gente guerrera,
Diestros en el manejo de la lanza
Y del arco, habilísimos jinetes,
Y prontos, cuando hay luchas pavorosas,
En decidir el triunfo en su provecho.
Ignoro, pues, si he de volver de Troya
Por voluntad de un dios, ó si en sus campos
He de morir. Tú cuida aquí de todo;
Acuérdate, como ahora, de mi padre
Y de mi augusta madre en esta casa,
Y aun más, mientras mi ausencia. Cuando llegue
Mi hijo á la pubertad, con quien te agrade
Cásate, y deja esta mansión » Me dijo
Así, y se cumplen sus palabras ahora.
Ya se acerca la noche en que esta triste,
Á quien Jove quitó toda ventura,
Contraiga odioso enlace. Pero llena
Mi alma y mi corazón el dolor grave
De ver que antes así no procedían
Los nobles pretendientes. Los que buscan
Una mujer honrada, hija de un rico,
Y disputan su amor, de sus hogares
Traen ovejas y bueyes en obsequio

De los amigos de la novia, y á ésta
Le dan ricos regalos, y no gastan
Impunemente las haciendas de otro.»
Así dijo Penélope: alegróle
Al valeroso Ulises ver su intento
De arrancarles presentes, con afables
Palabras lisonjeándoles, en tanto
Que otra cosa en su mente meditaba.
«Hija de Icario, Antínoo repuso,
Penélope discreta, los regalos
Que te ofrezca cualquiera de estos Griegos
Acéptalos aquí, pues no es decente
Rehusar ningún don. Pero nosotros
No hemos de regresar á nuestros campos
Ni á ninguna otra parte, sin que elijas
Por marido al mejor de los Aqueos.»
Así le dijo Antínoo y á todos
Gustaron sus palabras; y cada uno
Un heraldo envió á buscar presentes.
El de Antínoo trajo un grande velo
Muy hermoso y bordado de colores,
Con doce broches de oro, bien prendidos
En anillos con gracia contorneados.
El de Eurímaco, al punto un admirable
Artístico collar, de oro con cuentas
De ámbar, como el sol claro reluciente;
Dos siervos de Euridamas, dos zarcillos
Con tres perlas, labor bella y prolija,

De gracia indefinible; el de Pisandro,
Hijo del rey Polictor, un magnífico
Collar, hermoso adorno; y cada Aqueo
Trajo un bello presente, y á seguida
La divina mujer subió á su estancia,
Acompañada de las siervas fieles
Que llevaban los dones preciosísimos.
Los procos deleitábanse en el canto
Y en la danza, esperando que el crepúsculo
Llegase de la tarde; y divirtiéndose
Les sorprendió la sombra de la noche.
Para alumbrar la sala colocaron
Tres braserillos llenos de inflamable
Leña seca, cortada tiempo hacía
Y recién hecha rajas, y en los huecos
Sendas antorchas; y del grande Ulises
Las sirvientes por turno se cuidaban
De mantener la luz. Á ellas el héroe
Les dijo estas palabras: «Servidoras
De Ulises, de ese rey ha tanto tiempo
Lejos de su mansión, id á la estancia
De vuestra augusta Reina, y á su lado
Haced girar el huso, y divertidla
Sentadas en su cámara, ó la lana
Cardad con vuestras manos. Yo me encargo
De alumbrarles á todos; aunque quieran
Esperar á la Aurora de áureo trono,
No me fatigarán, porque ya tengo

Costumbre de sufrir grandes trabajos.»
Así les dijo, y ellas se miraban
Entre sí y se reían; y la hermosa
Melanto, hija de Dolio, que Penélope
Tomó bajo su amparo y como á hija
La criaba y le daba cuantos gustos
Podía apetecer, aunque insensible
Al dolor de su dueña, amaba á Eurímaco
Y con él se mezclaba, injurió á Ulises
Con groseras palabras: «¡Miserable
Extranjero, le dijo, tú estás loco
Sin género de duda! En vez de irte
Á dormir á una fragua, ó algún público
Mentidero, te estás con gran descaro
Hablando en demasía [entre estos príncipes
Sin respeto ninguno. Ciertamente
El seso te ha turbado el mucho vino,
Ó siempre eres así; por eso dices
Tanta sandez]. ¿Acaso el vencimiento
De Iro te desvanece? Pues cuidado
No salga otro más fuerte, que te maje
La cabeza con brazo vigoroso
Y te arroje sangrando de la casa.»
El ingenioso Ulises, dirigiéndole
Una torva mirada, respondióle:
«Ahora mismo, perra, voy en busca
Del Príncipe á contarle lo que has dicho,
Para que te haga cuartos al instante.»

Dijo así, y espantó con sus palabras
Á todas las mujeres, que se fueron
Por la casa, flaqueándoles las piernas
Por efecto del miedo, pues creían
Que no era cosa vana su amenaza.
Y él quedóse de pie, ante los braseros
Que atizaba, mirándoles á todos;
Pero en su pensamiento revolvía
Otras cosas que habían de cumplirse.
Palas no permitió que los soberbios
Procos de hacerle injurias dolorosas
Acabasen, queriendo que apurase
Aun más dolor el hijo de Laertes.
É insultándole el hijo de Polibo,
Eurímaco, la risa provocando
De sus amigos, empezó á decirles:
«Escuchad, pretendientes de una reina,
Lo que sincero el corazón me dicta:
No sin expresa voluntad de un numen
Vino ese hombre á esta casa. Su cabeza
Luce, á mi ver, lo mismo que una antorcha,
Pues no le queda un pelo» Y encarándose
Con el valiente destructor de pueblos:
«Extranjero, le dijo, ¿no querrías,
Si te admitiese yo, como criado
Con jornal suficiente, en los confines
De mis campos servirme en la limpieza
Del espinoso seto y el plantío

De los excelsos árboles? Tendrías
Allí pan y vestidos y sandalias.
Pero avezado al mal, huyes el hombro
Del trabajo, y prefieres, mendigando
Para llenar tu estómago insaciable,
Por el pueblo vagar de puerta en puerta.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Si á segar en un prado contendiésemos,
En la estación vernal, cuando los días
Son más largos, armado cada uno
De la encorvada hoz, para ensayarse
En el duro trabajo y en ayunas
Hasta la negra noche, sin que hierba
Para segar faltase; ó si tuviésemos
Que guiar unos bueyes excelentes,
Grandes, rojos, nutridos en buen pasto,
Parejos en la edad, en fuerza iguales,
De incansable vigor, en espacioso
Campo de cuatro obradas, con tempero
Favorable al arado, ya verías
Cómo ante mí rompía en línea recta
Interminable surco. En fin, si Jove
La guerra hoy donde quiera suscitase,
Y me diesen dos lanzas, un escudo
Y un buen casco de bronce, que á mis sienes
Se adaptase, veríasme en las filas
Delanteras luchar, y de insaciable
Á mi estómago entonces no acusaras.

Injurioso es tu obrar, tu alma inclemente,
Y te precias de ilustre personaje
Porque estás aquí siempre rodeado
De gente poca y ruin. Mas si á su patria
Volviese el grande Ulises, esas puertas,
Aunque tan anchas son, para tí angostas
Fueran, cuando tratases de evadirte
Por la gran portalada del palacio.»
Así dijo; creció la ardiente cólera
De Eurímaco, y mirándole furioso
Le dijo estas palabras voladoras:
«¡Ah, miserable! voy á castigarte
Tu descarado hablar entre estos príncipes
Sin respeto ninguno. Ciertamente
El seso te ha turbado el mucho vino,
Ó siempre eres así; por eso dices
Tanta sandez. [¿Ó acaso el vencimiento
De Iro te desvanéce?] » Así le dijo,
Y cogió un escabel; para evitarlo
Del Duliquiense Anfínomo sentóse
Ulises á los pies; lanzo el banquillo
Eurímaco, y pegó en la mano diestra
A un copero; cayó la jarra al suelo
Con espantoso ruido, y el sirviente
Se desplomó de espaldas en el polvo,
Dando un agudo grito. Alborótaronse
Los procos en las cámaras oscuras,
Y cada cual decía al más cercano:

«¡Ojalá hubiera muerto ese mendigo
Antes de entrar aquí, y así no habría
Motivo de tumulto! Disputamos
Por menguados mendigos; y el alegre
Convite perderá sus atractivos,
Puesto que triunfa el mal.» Así decían,
Y la majestad sacra de Télemaco
Les habló de esta suerte: «Desdichados,
Perdéis el seso, y de comida y vino
Mostráis bien vuestro hartazgo y que os agita
Algún numen sin duda. ¡Ea! á su casa
Váyase á descansar, bien confortado,
Quien quiera, que yo á nadie le despido.»
Dijo, y todos los labios se mordieron,
Admirando el aplomo con que hablaba
El divino Telémaco; y Anfínomo
[Hijo de Niso, y del monarca Areto
Nieto ilustre] les dijo: «Amigos míos,
Nadie se irrite y con violentas frases
Responda al dicho justo de Telémaco;
Nadie maltrate al huésped, ni á ninguno
De los criados del divino Ulises.
¡Ea! ofrezca en las tazas dulce vino,
Después de degustarlas, el copero,
Y hechas las libaciones, cada uno
Retírese á dormir. Quede en palacio
El huésped al cuidado de Telémaco,
Pues acudió á su casa.» Así les dijo,

Y todos aprobaron sus palabras.
El héroe Mulio, heraldo Duliquiense
Y criado de Anfínomo, para ellos
Mezcló en una cratera el dulce vino,
Y lo repartió á todos, manteniéndose
En pie delante de ellos. Ofrecida
La libación á los eternos númenes,
Apuraron las tazas; y acabada
La libación, y á su placer bebidos,
Fué á dormir cada cual á su palacio.

LIBRO DÉCIMONONO.

Ulises quedó dentro del palacio,
Pensando con Minerva en la manera
De dar muerte á los procos; y á Telémaco
Dirigió estas palabras voladoras:
«Conviene ahora las guerreras armas
Esconder. Si por ellas te preguntan
Acaso los soberbios pretendientes,
Engáñales con lisonjeras frases:
«Lejos del humo las he puesto, diles;
No son ni sombra de lo que eran, cuando
Partió mi padre á la famosa Troya;
Con los vapores de la llama sucias
Están, y á más me ha sugerido un numen
Otra razón, porque de vino llenos
Temo que un día entre vosotros surja
Contienda atroz, y la anhelada boda
Y los festines mancilléis, hiriéndoos

Unos á otros; porque el hierro al hombre
Atrae con fuerza misteriosa.» Dijo;
Obedeció Telémaco á su padre,
Y llamando á Euriclea su nodriza:
«Ea, dijo, tendrás á las mujeres
En sus habitaciones encerradas,
Mientras en otra cámara coloco
Las excelentes armas de mi padre,
Que, descuidadas en su ausencia, el humo
Me estropea en la casa. Hasta hoy un niño
Era en verdad, y quiero colocarlas
Donde el vaho del fuego no las toque.»
Contestó la nodriza cariñosa:
«¡Ojalá la prudencia suficiente
Para cuidar tu casa y tus haciendas
Tengas por fin, Telémaco adorado!
¿Pero quién, con la luz, irá contigo,
Si no quieres que salgan las criadas
Para alumbrar tus pasos?» Respondióle
El príncipe: «Este huésped, pues no quiero
Permitir que el que coma de mi mesa,
Aunque de lejos venga, se esté ocioso.»
Dijo así; y sin hablar una palabra,
De las hermosas cámaras las puertas
Euriclea cerró, y á toda prisa
Adentro padre é hijo se llevaron
Los cascos, las rodelas umbonadas
Y las agudas lanzas. Precedíales,

Con espléndida lámpara de oro (1),
Que daba hermosa luz, la diosa Palas.
Entonces á su padre de repente
Dijo el noble Telémaco: «¡Qué asombro
Están viendo mis ojos, padre mío!
Los muros del palacio, y los pilares
Elevados, y el bello intercolumnio,
Y las vigas de abeto, se aparecen
Como de fuego á mis pasmados ojos.
Sin duda un inmortal de los que pueblan
El vasto cielo á nuestro lado se halla.»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Calla, guarda en el pecho lo que sientes
Y no preguntes más. Esa es costumbre
De los dioses felices del Olimpo.
Pero véte á dormir; yo aquí me quedo,
Á hablar con tus criados y tu madre,
Que de seguro, en su aflicción, mil cosas
Me querrá preguntar.» Dijo, y Telémaco
De la sala salió para acostarse,
Á la luz de las teas, en la estancia
Donde dormir solía cuando el dulce
Sueño le dominaba. En ella entonces
Acostóse también, y de la Aurora
Esperó la venida; pero Ulises
Permaneció en la sala, con Minerva
Meditando la muerte de los procos.
La prudente Penélope, á la hermosa

Diana ó á la áurea Venus semejante,
Descendió de su cámara. La silla
Que acostumbraba á usar, de fina plata
Y marfil guarnecida, obra de Icmalio,
Que además le agregó lindo banquillo
Con una piel cubierto, junto al fuego
Le pusieron, y en ella la prudente
Penélope sentóse. Las sirvientas,
De blancos brazos, acudieron luégo
De dentro de la casa, y retiraron
El mucho pan, las mesas y las copas
De los soberbios procos; y en el suelo
Vaciando los braseros, muchas leñas,
Para calor y luz, sobre las ascuas
Que de aquéllos cayeron hacinaron.
Entonces insultó de nuevo á Ulises
La insolente Melanto: «Forastero,
Le dijo, ¿importunarnos esta noche
Piensas también rondando por la casa,
Acechando lo que hacen las mujeres?
Véte de aquí, mendigo, y con la cena
Que has logrado conténtate, ó bien pronto
Te echaremos afuera á tizonazos.»
El ingenioso Ulises, dirigiéndole
Una torva mirada, respondióle:
«¡Desdichada! ¿por qué con tanta ira
Me insultas sin cesar? ¿porque estoy sucio
Y mal vestido y ando mendigando

En el pueblo el sustento, constreñido
Por la necesidad? Los pordioseros
Y vagabundos así son. Un tiempo
Fuí yo también feliz, y en opulenta
Mansión vivía, y al mendigo errante,
Fuese quien fuese, aquello que podía
Acostumbraba á dar. Pues mis criados
Eran muchos y muchas las riquezas,
Con las que bien se vive, y dan de rico
Buena fama al mortal. Pero al Saturnio
Le plugo destruírmelas. Por tanto,
Teme, necia mujer, que esa hermosura
Que entre las otras siervas te realza,
No se disipe ahora, ó que tu dueña
Te maltrate irritada, ó que retorne,
Como esperanzas hay, el grande Ulises.
Mas si él hubiera muerto y no volviera,
Aun por la voluntad del rubio Apolo
Queda su hijo, á quien nada se le oculta
(Pues no es un niño ya) de las maldades
Que cometen sus siervas en palacio.»
Replicó así, y oyóle la prudente
Penélope, y riñendo á la muchacha:
«Perra desvergonzada y atrevida,
Dijo, tu vil acción no se me oculta,
Y me la pagarás con tu cabeza.
Demasiado sabías, pues lo oiste
De mi boca, que á ese hombre en mi palacio

Quería preguntarle de mi esposo,
Porque estoy abrumada de desdichas.»
Habló así, y dirigiendo la palabra
Á la intendente Eurínome, le dijo:
«Trae una silla, Eurínome, y encima
Pon una piel, para que aquí sentado
Me escuche ese extranjero y me responda,
Pues quiero interrogarle.» Así le dijo;
Y apresurada Eurínome, una silla
Muy bien labrada trajo y puso en ella
Blanda piel. Asentóse el noble Ulises,
Y su discreta esposa de esta suerte
La plática empezó: «Quiero, ante todo,
Hacerte estas preguntas, extranjero:
¿Quién eres? ¿á qué pueblo perteneces?
¿Dónde está tu ciudad? ¿Dónde tus padres?»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Mujer, ningún mortal puede en la tierra
Inmensa censurarte. Cual la gloria
De un ilustre, divino, irreprochable
Rey, que en estado fuerte y numeroso
Practica la justicia, y por su recta
Buena administración, cebada y trigo
La negra tierra da, grava los árboles
El abundante fruto, las robustas
Reses paren, el mar sus peces brinda
Y feliz vive el pueblo, así tu gloria
Hasta los cielos llega. Mas pregúntame

De cualquiera otra cosa, y no me pidas
Que te hable de mi cuna y de mi patria,
Y aumentes, recordándola, la angustia
De mi afligido pecho. Harto cuitado
Estoy ya, y no conviene en casa ajena
Lamentarse y llorar; porque no es bueno
Llorar sin fin ni tregua. Una criada,
Ó tú misma quizás, decir pudieras,
Enfadada de mí, que lloro tanto
Porque el mucho beber turbóme el alma.»
La prudente Penélope repuso:
«Los dioses, extranjero, me quitaron
Esas dotes, la gracia y la belleza,
El día en que partieron para Troya
Los Griegos, y con ellos mi marido.
Si él volviese y cuidase de mi vida,
Fuera mayor mi dicha y mi hermosura.
Ahora el dolor me agobia; ¡tantos males
Me envía una deidad! [Cuantos señores
En las vecinas islas tienen mando,
En Same, y en Duliquio, y en Zacinto
La selvosa, y de la Ítaca los príncipes,
Contra mi voluntad me solicitan
Y destruyen la casa.] Yo, por esto,
No me cuido de pobres, ni de huéspedes,
Ni de heraldos, del público ministros,
Sino en llorar á Ulises, y consumo
Mi corazón doliente. Ellos mis bodas

Tratan de apresurar; yo trazo fraudes.
Un numen me inspiró primeramente
La idea de empezar en mi morada
El tejido de un velo inmenso, largo
Y sutil, y á mis procos dije astuta:
«Jóvenes pretendientes, pues ha muerto
El divinal Ulises, una tregua
Permitid á mis bodas, hasta tanto
Que de tejer acabe esta mortaja
Para el héroe Laertes (pues me temo
Que se me pierda el hilo) para el día
En que la negra parca le derribe.
Quizá murmuraría alguna Griega
Si sepultar dejase sin mortaja
Á un anciano tan rico.» Así les dije,
Y su alma generosa me dió crédito.
Y yo entonces tejía por el día
El velo inmenso, y en la negra noche
Deshacía á la luz de las antorchas
Mi prolija labor. Así tres años
Burlar su afán logré; mas cuando vino
[Con el giro constante de los meses
Y de no pocos días y estaciones]
El año cuarto, al fin, por las criadas,
Perras sin miramiento, sorprendiéronme
Los procos, y mi fraude censuraron;
Y mal mi grado concluí la tela
Por la necesidad. Ahora ni puedo

Mis bodas eludir, ni otro recurso
Hallo para evitarlas; pues mis padres
Me mandan que apresure mi himeneo,
Y se indigna mi hijo al ver que acaban
Con sus bienes los procos; y ya es hombre
Para cuidar su casa, y del gran Júpiter
Recibir suma gloria. Pero díme
Tu linaje y tu patria, pues nacido
No serás de una encina ó de una roca.»

El ingenioso Ulises respondióle:
«Noble esposa del hijo de Laertes,
¿De preguntar mi cuna no desistes?
¡Pues bien! te la diré. Mis crueles penas
Aumentarás, sin duda; pues sucede
Esto al hombre que ha estado tanto tiempo,
Como yo, desterrado de su patria,
Y corriendo ciudades infinitas,
Con trabajos sin fin. Pero con todo
Voy á satisfacer á tus preguntas.

Es Creta una fecunda, hermosa isla,
Sita en medio del mar, toda cercada
De verdinegras olas; numerosos
Sus habitantes son; tiene noventa
Populosas ciudades (2), y se hablan
En ella idiomas varios. Allí habitan
Los Aqueos (3), los Dorios (4) en tres tribus
Divididos, los nobles Eteocretes (5),
Los divinos Pelasgos (6) y Cidones (7).

Entre los demás pueblos se distingue
Cnosos (8), ciudad famosa, donde Minos,
Familiar del gran Júpiter, y padre
De Deucalión, mi padre generoso,
Nueve años imperó. Deucalión tuvo
Dos hijos, yo y el rey Idomeneo;
Pero éste se partió con los Atridas
En las cóncavas naves á la guerra
De Ilión. Á mí, más joven, me pusieron
Por nombre Etón. Mi hermano, más valiente
Y de más edad era. Allí ví á Ulises
Y le tuve por huésped. Porque el viento
Le arrebató del cabo de Malea
Cuando iba para Troya, y obligóle
Á detenerse en Creta. Echó las anclas
En peligroso puerto, del Amniso (9)
En la boca, tocando con la gruta
Veneranda de Ilitia, y con trabajo
Escapó á la tormenta. Vino luégo
Á la ciudad, y por su amado huésped
Idomeneo preguntó solícito;
Pero ya por vez décima ó undécima
Salido había el Alba, desque á Troya
Había aquél partido. Á mi morada
Conduje al noble Ulises; los presentes
Hospitales le dí, y con todo esmero
Le traté, pues mi casa era opulenta.
Á él y á sus compañeros de fatigas,

De una colecta pública, buen vino
Procuramos y harina, y muchos bueyes
Para los sacrificios y sabrosa
Satisfacción del hambre. Allí estuvieron
Los divinos Aqueos doce días
Parados, porque el Bóreas soplaba
Con vehemencia tal, que ni aun en tierra
Se podía estar firme; un dios sin duda
Lo desató enemigo; al fin, al trece
Sosegóse su furia, y se partieron.»
Así, con apariencia de verdades
Decía mil mentiras; y Penélope
Deshacíase en llanto al escucharlas.
Cual la nieve que el Céfiro ha esparcido
En las altas montañas se deshace
Á los soplos del Euro, y al fundirse
Acrecienta el caudal de los torrentes;
Así se derretían las hermosas
Mejillas de Penélope, al esposo
Que estaba junto á ella lamentando.
Ulises en el fondo de su pecho
De su doliente esposa se apiadaba,
Mas pudo mantener fijos los ojos
Como de hierro ó cuerno, refrenando
Con astucia sus lágrimas. Rendida
Y harta de acerbo llanto, nuevamente
Penélope le dijo: «Quiero ahora
Probar si, como dices, en tu casa

Es verdad que acogiste á mi marido
Con todos sus divinos compañeros.
Díme, pues, qué vestidos rodeaban
Su cuerpo, y quiénes eran sus amigos.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«Después de tanto tiempo es muy difícil
El recordarlos, Reina: van veinte años
Desque de allí partió, dejando el suelo
De mi patria querida. Mas con todo
Te lo describiré, como mi mente
Me lo presenta ahora. El grande Ulises
Llevaba un manto rojo, espeso y doble,
Con su broche de oro atravesado
Por dos agujeritos; por delante
Un bordado tenía, en que un gran perro
Agitarse miraba entre sus patas
Á un tierno cervatillo de colores;
Maravillando á todos el que, de oro
Siendo ambos animales, parecía
Que el perro fijamente al cervatillo
Miraba al ahogarlo, mientras éste,
Queriendo huir, entre sus fuertes patas
Se agitaba sin fruto. Sobre el cuerpo
De Ulises ví también brillante túnica
Como una tela seca de cebolla;
Tal era de sutil, y tan brillante
Como el sol; por lo cual muchas mujeres
Se asombraron al verla. Pero graba

Lo que voy á decirte en la memoria:
Yo no sé si tenía estos vestidos
Ya en Ítaca tu esposo, ó si regalo
Eran de algún amigo al embarcarse,
Ó si los recibió de un extranjero,
Porque era muy querido; pues había
Pocos Griegos á Ulises semejantes.
Yo mismo le dí un manto rojo y doble,
Una espada de bronce y una túnica
Talar, y con grande honra hasta el navío
De sólido combés acompañéle.
Con él iba un heraldo algo más viejo;
Sus señas te daré: gibado de hombros,
Negra tez, encrespada cabellera,
Y por nombre Euribates; tu marido
Más que á sus otras gentes le apreciaba,
Porque iban en ideas siempre acordes.»
Dijo; y sintió Penélope más vivo
Deseo de llorar, cuando las señas
Reconoció, que Ulises le decía
Con tanta exactitud. Al fin, saciada
De llorar sin consuelo, nuevamente:
«Extranjero, le dijo, si al principio
Compadecí tu suerte, en adelante
Serás en esta casa respetado
Y querido por mí. Yo misma, es cierto,
Los vestidos, que has dicho, de mi cámara
Bien plegados saqué, y el rico broche

Para mayor adorno puse encima.
Pero á él no espero verle, de regreso
En su hogar y en su patria deseada;
Pues con malos auspicios partió Ulises
En su cóncava nave, á esa maldita
Ilión, nombre funesto.» Así le dijo;
Y el ingenioso Ulises le repuso:
«Noble esposa del hijo de Laertes,
Tu bellísimo cuerpo no destruyas,
Ni atormentes tu alma lamentando
La muerte de tu esposo. No censuro
Tu conducta, en verdad; pues toda esposa
Deploraría así la falta triste
Del hombre á quien, unida de doncella,
Parió excelentes hijos, aunque fuese
Muy inferior á Ulises, semejante,
Dicen, á un inmortal. Pero tu llanto
Suspende y oye atenta mis palabras,
Pues voy á referirte sin rebozo
Lo que oí de la vuelta de tu Ulises.
Tu esposo vive; en la comarca fértil
De los Tesprotas se halla; trae innúmeros
Tesoros recogidos entre el pueblo.
Pero perdió sus compañeros caros
Y su cóncava nave, al retirarse
De la isla de Trinacria, donde la ira
De Júpiter y el Sol, porque su gente
Mató las vacas de éste, persiguióle.

Todos sus compañeros en las olas
Perecieron del mar, y él en la quilla
De su velera nave fué arrojado
Á la costa, á la isla donde imperan
Los casi divinales Feacenses.
Con afecto sincero, como á un numen
Le honraron, le colmaron de regalos
Y querían traerle á sus hogares,
Sin detrimento alguno; pero á Ulises
Le pareció mejor por muchas tierras
Caminar en demanda de tesoros:
Porque él es superior á todo el mundo
En astucias y fraudes, y no hay hombre
Que con él luchar pueda. Esto me dijo
Fidón, rey de Tesprocia, asegurando
Con juramento y sendas libaciones,
Hechas en mi presencia, que ya estaban
Prevenidos el barco y compañeros
Para traerle á su país querido.
Á mí me envió antes, pues partía
Un barco de Tesprotas á la en granos
Abundosa Duliquio. Los tesoros
Enseñóme de Ulises, con los cuales
Un hombre con su prole, hasta la décima
Generación podrían mantenerse.
¡Tantas preciosidades le guardaban
En la casa del príncipe! Á Dodona
Me dijo que había ido, á oir de Júpiter,

Desde la excelsa encina, la manera
De regresar á la Ítaca fecunda,
Tras una larga ausencia, y si entraría
En ella abiertamente ó encubierto.
Vivo está, pues, y volverá muy pronto;
Y no estará ya mucho de su tierra
Y sus amigos lejos. Con solemne
Juramento lo afirmo. Pongo á Júpiter,
El mejor de los dioses, por testigo
Primeramente, y luégo estos hogares
De Ulises divinal, donde me siento,
De que habrá de cumplirse cuanto he dicho.
Sí, en el año presente vendrá Ulises,
Y en este mes ó al comenzar el nuevo.»
La discreta Penélope repuso:
«¡Ojalá se cumpliera esa palabra,
Extranjero, y en breve conocieras
Mi amistad, recibiendo de mi mano
Tantos dones, que alguno, al encontrarte,
Por mortal te tendría felicísimo!
Pero mi corazón ya me predice
Lo que ha de suceder. Á su morada
Ulises no vendrá, ni tú los medios
Obtendrás de volverte, porque todos
Los que mandan aquí, no son como era
(¡Por qué no lo es aún!) el noble Ulises,
Dispuestos á acoger benignamente
Y á volver á su casa al extranjero,

Digno de compasión. Pero lavadle,
Sirvientes de mi casa, y blando lecho
Disponedle en el atrio, con magníficas
Colchas y blandas mantas, y así en dulce
Calor la vuelta esperará del Alba.
Mañana muy temprano lavaréisle
Y le perfumaréis, porque deseo
Que almuerce con Telémaco aquí mismo.
Y ¡ay de aquel pretendiente que irritado
Se atreva á maltratarle! Porque ¿cómo,
Huésped mío, sabrías que en ingenio
Y prudencia les gano á otras mujeres,
Si sucio y andrajoso te dejase
Compartir nuestra mesa? Poco vive
El hombre; y al que es duro é inhumano
Todos, mientras existe, le desean
Males futuros; todos, cuando muere,
Maldicen su memoria. Pero al bueno,
Al intachable, cólmanle de gloria
Por el mundo sus huéspedes, y aclaman
Mil labios su bondad.» El ingenioso
Ulises respondióle: «Esposa augusta
Del hijo de Laertes, yo abomino
Las mantas y magníficas cubiertas,
Desque perdí de vista, al alejarme
En mi nave veloz de luengos remos,
Las nivosas montañas de mi patria.
Me acostaré aquí, pues, como en las noches

Pasadas en insomnio. En verdad, muchas
En miserable lecho he descansado
Esperando el regreso de la Aurora.
Los baños de los pies tampoco agradan
Á mi ánimo afligido; no me toque,
Pues, ninguna mujer de tu servicio,
Sino es alguna anciana, fiel y buena,
Que haya sobrellevado tantas cuitas
Como he sufrido yo. Sólo á ésta dejo
Que me toque los pies.» Luego Penélope:
«Querido huésped, respondió, entre tantos
Huéspedes como aquí de lejas tierras
Han venido, ninguno tan prudente
Se mostró como tú. Todos tus dichos
Son de un tino admirable. Hay, en efecto,
En palacio una anciana muy aguda
Que de aquel infeliz nodriza y aya
Fué desde el punto en que á luz del día
Le dió su augusta madre, la cual puede,
Aunque débil esté, los pies lavarte.
Ea, levántate, buena Euriclea,
Y lava á ese extranjero, igual en años
A tu señor, los pies. Tales, sin duda,
Los tendrá ya y las manos, pues el hombre
En el dolor muy pronto se envejece.»
Así dijo; cubrióse con las manos
Euriclea la cara, y un torrente
De lágrimas vertiendo: «¡Desdichada,

Exclamó sollozando, que no puedo,
Hijo mío, salvarte! Sí, sin duda,
Como á ningún otro hombre, aunque tu alma
Fué tan piadosa, Jove te aborrece.
Pues nadie para honor del alto numen
Que en el rayo se goza, ha consumido
Tantas piernas de víctimas, ni nadie
Tan ricas hecatombes, suplicándole
Una vejez feliz y la crianza
De tu hijo generoso, y á tí sólo
Aquel dios la delicia del regreso
Te ha quitado. Quizás la servidumbre
De los lejanos huéspedes, que al mísero
En sus ricos palacios acogieron,
Se habrá reído de él, como esas perras,
De tí, anciano extranjero. Tú, sin duda,
Por evitar sus burlas y denuestos
No quieres que te laven; yo gustosa
Obedezco el mandato de Penélope,
Discreta hija de Icario, y por afecto
Á ella misma y á tí, huésped cuitado,
Te lavaré los pies, porque en el fondo
De mi alma el dolor hierve. Pero escúchame
Una palabra ahora: muchos huéspedes
Han venido á esta casa, mas ninguno
En los pies, en la voz y en la estatura
Se parecía, como tú, á mi Ulises.»
El ingenioso Ulises: «Buena vieja,

Le respondió, eso dicen los que á entrambos
Nos han visto: que somos parecidos
Él y yo, como tú bien advertiste.»
Así dijo: cogió la buena anciana
Un brillante caldero, destinado
Para lavar los pies; echó agua fría
En grande cantidad, y encima luégo
Derramó otra caliente. El noble Ulises,
Que estaba junto al fuego, de repente
Se volvió hacia lo oscuro, pues la súbita
Sospecha le ocurrió de que la anciana,
Al tocarle, quizás repararía
En una cicatriz y destruído
Quedaría el incógnito. Euriclea
Acercóse á lavarle, y al momento
Reconoció la cicatriz del golpe
Que le dió un jabalí, cuando en las breñas
Del agreste Parnaso (10) iba buscando
Á los hijos de Autólico y á Autólico,
Gran padre de su madre, peritísimo,
Como ningún mortal, en el perjurio
Y el robo (11), cualidades que debía
Al dios Mercurio, en cuyo altar mil veces
Quemado había piernas de cabritos
Y de gordos corderos, y por esto
Solía el mismo dios acompañarle
Con el mayor placer. Habiendo Autólico
Venido al pueblo de Ítaca, halló un niño

Recién nacido de su hija; al postre
De la cena, Euriclea en las rodillas
Del abuelo lo puso, y de esta suerte
Le dijo: «Busca, Autólico, algún nombre
Para ponérselo ahora al caro nieto
Que tanto has deseado.» Por respuesta
Autólico le dijo: «Yerno mío
É hija mía, poned al niño el nombre
Que yo os voy á decir. Como aquí vengo
Contra infinitos hombres y mujeres
De la alma tierra airado, el nombre lleve
De Ulises este niño (12). Cuando crezca,
Y al Parnaso, al palacio de su madre,
Donde guardo mis bienes, él acuda,
Le daré parte de ellos, y contento
Retornará á su casa.» El ir en busca
De tan ricos regalos, fué la causa
Del camino de Ulises. Recibiéronle
Autólico y sus hijos con afables
Palabras y apretándole las manos;
Y su abuela Anfitea, muchos besos,
Abrazándose á él, le dió en los ojos
Y en la hermosa cabeza. Mandó Autólico
Á sus gloriosos hijos la comida
Aparejar. Trajeron obedientes
Un toro de cinco años; desolláronlo,
Lo aderezaron, lo partieron todo,
Y después de cortarlo diestramente

Clavaron en las pértigas las carnes,
Las asaron muy bien y las raciones
Con equidad partieron. Todo el día
Hasta ponerse el sol, en el banquete
Estuvieron, y el vientre de manjares
Bien partidos llenaron. Cuando á ocaso
Llegó el sol y vinieron las tinieblas,
Se acostaron por fin, y las delicias
Disfrutaron del sueño. Cuando el Alba,
Hija de la mañana, con sus dedos
De rosa trajo el día, se marcharon
Á caza con sus perros los gloriosos
Hijos del grande Autólico: subieron
Al selvoso Parnaso, y en sus breñas,
Azotadas del viento, penetraron.
El sol, recién salido del profundo
Océano tranquilo, comenzaba
Á iluminar el campo. Ellos á un valle
Llegaban precedidos por sus perros,
Que seguían el rastro de un enorme,
Cerdoso jabalí; detrás venían
De Autólico los hijos, y á su lado,
Junto á los animales, iba Ulises
Blandiendo una gran lanza. Allí en el fondo
Del monte el jabalí tendido estaba:
Ni el impetuoso soplo de los vientos,
Cargados de humedad, ni los ardientes
Rayos del sol, ni la copiosa lluvia

Penetraban jamás en lo intrincado
De aquel cerrado bosque: ¡tan espeso
Era en verdad! Gran copia de hoja seca
Había amontonada. Cuando entraron
Los cazadores, de sus pies el ruido
Y el ladrar incesante de los perros
Llegó hasta el jabalí: todo erizado
El pelo y arrojando viva lumbre
De los sañudos ojos, á su encuentro,
Saltando de la cama, se abalanza
El monstruoso animal; párase cerca
De ellos: el grande Ulises el primero
Le acomete, y levanta con robusta
Mano la larga lanza, deseando
Herirle; pero el monstruo elude el golpe,
Pégale de través sobre la rótula,
Y arranca con el diente mucha carne,
Aunque no llega al hueso. Sobre el lomo
Derecho dale Ulises tal lanzada,
Que la brillante punta por el vientre
De la fiera aparece. Cae el monstruo
Desplomado en el suelo y vuela su alma.
En torno del herido se juntaron
Al momento de Autólico los hijos;
Vendaron hábilmente la ancha herida
Del divïnal Ulises, y la sangre
Con eficaz ensalmo restañaron;
Luégo, del padre amado se volvieron

Á la espléndida casa. El grande Autólico
Y sus hijos, después de bien curado,
Con mutuo regocijo, de presentes
Magníficos colmándole, á su amada
Ítaca le enviaron. Su regreso
Holgó mucho á sus padres: preguntáronle
Lo que había pasado y el motivo
De aquella cicatriz; y él puntualmente
Contóles de qué modo, yendo á caza
Con los hijos de Autólico al Parnaso,
Le había el jabalí tremendo herido.
Habiendo, pues, la vieja con las palmas
De las manos tocado de esta herida
La cicatriz, reconocióla al tacto
Y soltó el pie de Ulises. Al caldero
Volvió la pierna abandonada. El bronce
Retumbó con estrépito, y, torciéndose,
Despidió al suelo el agua. Pena y gozo
Simultáneos el alma de Euriclea
Invadieron entonces: arrasáronse
De lágrimas sus ojos, y ahogósele
La voz en la garganta; al fin á Ulises
Pudo decir, cogiéndole la barba:
«Tú eres sin duda Ulises, tú, hijo mío;
¡Simple de mí que hasta que te he tocado
No he conocido á mi señor!» Los ojos
Volvió luégo á Penélope, queriendo
Darle á entender que dentro de la casa

Tenía á su marido; mas Penélope,
Aunque estaba de frente, no la pudo
Observar ni entender, porque Minerva
Distrajo su atención. En tanto Ulises
Con la mano derecha la garganta
De la anciana cogiendo, y con la otra
Atrayéndola á sí, con voz sumisa:
«Ama Euriclea, dijo, ¿por qué quieres
Perderme? Sí, tú misma me has criado
Á tus pechos, y vuelvo á mis hogares
Á los veinte años, tras amargas cuitas;
Mas, pues me has conocido, y algún numen
Tu mente ha iluminado, calla, y nadie
Lo oiga en esta mansión; pues te lo digo,
Y lo habré de aumplir: si un dios permite
Que en mi palacio á los soberbios procos
Logre matar, ni aun tú, con ser mi ama,
Te librarás cuando á las otras siervas
De mi morada mate.» Le repuso
La prudente Euriclea: «¡Qué expresiones
Se te huyeron del cerco de los dientes!
Bien sabes, hijo mío, que mi alma
Es indomable y firme; y como peña
Solidísima ó hierro, tu secreto
Sabré guardar. Pero óyeme otra cosa,
Y grábala en tu mente. Si permite
Un dios que á los soberbios pretendientes
Logres matar, yo te diré qué siervas,

De las que sirven en palacio, han sido
Fieles á tu memoria, y cuáles malas.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«Ama, ¿por qué decirlas? No es preciso.
Yo las observaré, y una por una
Las conoceré pronto; mas silencio,
Y deja obrar á los eternos númenes.»
Así dijo; y en busca de otro baño,
Pues se vertió el primero, de la sala
Euriclea salió. Y á luégo el héroe
De lavado y frotado con aceite,
Su silla acercó al fuego, cuidadoso
La cicatriz tapando con los paños.
La discreta Penélope de nuevo
La plática empezando: «Una pregunta
Te he de hacer nada más, porque ya pronto
La hora va á llegar del sueño plácido,
Para el que, aunque esté triste, lo consigue;
Pues yo, afligida por dolor inmenso,
Paso el día en el llanto deleitándome
Y en los hondos gemidos, y mirando
La labor de mis siervas y la mía;
Y en la callada noche, cuando todos
De descanso disfrutan, yo en mi lecho
Insomne yazgo, y punzadoras penas
Me asedian y acongojan. Como canta,
Posada entre las frondas, al principio
De la estación vernal, la verde Aédon (13),

De Pandaréo hija, y en mil tonos
Su voz modula, al adorado Itilo
Hijo suyo y de Zeto, de su furia
Y de su acero víctima, llorando;
Así anda aquí y allá mi mente incierta,
Dudando si quedarme con mi hijo,
Guardando todo intacto: mis haciendas
Las siervas, el magnífico palacio,
El lecho respetable del esposo,
Y la opinión del pueblo, ó si casarme
Con el más distinguido de los Griegos
Que pretenden mi amor y que me brindan
Con cuantiosos regalos. Mientras mi hijo
Fué inexperto muchacho, no quería
Que me casase yo y abandonase
La casa de mi padre; pero ahora,
Adulto ya y entrado en lo florido
De la edad juvenil, sin duda ansía
Que salga del palacio, donde airado
Mira á los Griegos destruir sus bienes.
Pero escúchame ahora un sueño mío,
É interprétamelo. Tengo en mi casa
Veinte gansos, que en agua remojado
Comen sabroso trigo, y me divierto
En mirarles comer. Águila inmensa,
De adunco pico, descendió del monte,
Les rompió el cuello y los mató, y cayeron
Uno sobre otro en el corral; el águila

Tornó á subir por el divino éter.
Yo, aunque en sueños, gemía y sollozaba;
Las bien trenzadas Griegas reuníanse
En derredor de mí, que amargamente
Deploraban la muerte de mis gansos.
Entonces volvió el águila, y posándose
En el borde del techo, con humana
Voz me dijo: «No temas, hija ilustre
Del celebrado Icario; esto no es sueño,
Sino visión veraz que ha de cumplirse.
Los gansos son tus procos; yo, que un águila
Antes he parecido, soy tu esposo,
Que muerte ignominiosa les he dado
Á todos, á mi vuelta.» Así me dijo;
Dejóme el dulce sueño; y la mirada
En derredor tendiendo, ví á los gansos
Que, como antes, comían en la artesa
El trigo remojado.» Respondióle
El ingenioso Ulises: «No es posible
Dar, mujer, á tu sueño otro sentido;
Puesto que el mismo Ulises te ha explicado
Cómo lo va á cumplir. Clara se muestra
La ruina de los procos, y ninguno
Escapará á las parcas de la muerte.»
La prudente Penélope le dijo:
«Huésped, inescrutables son los sueños;
Oscuro su lenguaje, y no se cumple
Siempre lo que predicen. Hay dos puertas

Para los leves sueños (14); de cuerno una,
Y de marfil la otra. Los que salen
Por el marfil pulido, nos engañan,
Y traen palabras vanas; los que vienen
Por el brillante cuerno, traen verdades
Para el mortal á quien visitan. Temo
Que mi sueño de aquí no haya venido
De otra suerte. ¡Cuán grato no sería
Á mí y á mi Telémaco! Otra cosa
Voy á decirte; grábala en tu mente.
Ya llega el triste día de partirme
De la casa de Ulises, y un certamen
Les voy á proponer: el de las hachas,
Que en número de doce, mi marido
En orden colocaba á la manera
Del costillaje de un navío, y luégo,
De gran distancia, voladores dardos
Pasaba por los huecos. Tal certamen
Les propondré, y al que mejor maneje
El arco, y pase por los doce huecos
De las hachas los dardos, seguiréle
Como esposa, dejando esta morada
De mi edad juvenil; este palacio
Tan lleno de riquezas, tan hermoso,
Que tendré hasta durmiendo en la memoria.»

El ingenioso Ulises respondióle:
«Noble esposa del hijo de Laertes,
No has de diferir mucho esa contienda;

Pues llegará á esta casa el cauto Ulises
Antes de que tus procos, manejando
El arco bien pulido, tender logren
La cuerda y despedir el hierro agudo.»
La prudente Penélope: «Extranjero,
Respondió, si esta plática agradable
Quisieras prolongar, aquí sentado,
Jamás sobre mis párpados caería
El dulce sueño. Pero no es posible
Que sin dormir los hombres permanezcan;
Pues en el alma tierra, en cada cosa
Los dioses señalaron su destino
A cada hombre mortal. Voy á mi estancia
Á subir, y á tenderme en aquel lecho,
Causa de mis dolores, empapado
Siempre en mi acerbo lloro, desde el día
En que á la infame Ilión, nombre maldito,
Ulises se partió. Noble extranjero,
Allí me acostaré; tú en esta sala,
En pieles sobre el suelo echarte puedes,
Ó en un lecho que pongan mis criadas.»
Después de esto, á su cámara magnífica
Subió: y no estaba sola, porque muchas
Siervas la acompañaban. Y en subiendo
Á su estancia con todas las criadas,
Lloró al amado Ulises, su marido,
Hasta que la deidad de verdes ojos
Derramó en sus pupilas dulce sueño.

LIBRO VIGÉSIMO.

Entretanto acostóse en el vestíbulo
El divinal Ulises. La piel cruda
De un buey tendió en el suelo, y por encima
Otras de las ovejas que mataban
Los Aqueos. Y Eurínome un gran manto
Le echó cuando á dormir dispuesto estuvo.
Allí yacía insomne el grande Ulises
Meditando la muerte de los procos;
Y entonces de la cámara salieron,
Riendo y divirtiéndose, las siervas
Que con los pretendientes se mezclaban.
Sintió el héroe latir violentamente
Su corazón airado, y mucho tiempo
Deliberó en su mente, si lanzarse
Sobre ellas y matarlas una á una,
Ó si aun por una vez, pero postrera,

Permitir que á los procos se entregasen.
Frenético en el pecho le aullaba
El corazón (1). Como á un desconocido
Ladra y quiere morder la brava perra
Que anda con sus cachorros, así dentro,
De esta infamia indignado, le aullaba
El corazón á Ulises; pero al cabo,
Golpeándose el pecho, de esta suerte
Se reprendió á sí mismo (2): «¡Haya paciencia
Un poco, corazón! que algo más grave
Sufriste cuando el Cíclope invencible
Mis fuertes compañeros devoraba;
Y tú te resististe hasta el momento
En que del antro en que morir pensaste
La astucia te sacó.» Tal reprendía
Á su gran corazón, que se mantuvo
Resignado en el pecho; pero el héroe
Se agitaba en el lecho á un lado y á otro.
Como cuando á un gran fuego muy activo
Asa un hombre algún vientre, de gordura
Y negra sangre lleno, y con el ansia
De verlo asado pronto, á todos lados
Le hace dar muchas vueltas, así Ulises
Se agitaba en el lecho, la manera
De hacer pesar su brazo vigoroso
Sobre los vanos procos, siendo él uno
Y ellos muchos y fuertes, discurriendo.
Bajó del cielo Palas, y en figura

De mujer acercósele, y parándose
Sobre su cabecera: «Desdichado
Sobre todos los hombres, ¿por qué velas
Todavía? le dijo; esta es tu casa,
Y en esta casa están tu amada esposa
Y un hijo tal que todos parecido
Lo quisieran tener.» El cauto Ulises
Respondió de esta suerte: «Cuanto hablaste
Es muy discreto, diosa; pero pienso
En mi alma y en mi mente la manera
De hacer pesar mi brazo vigoroso
Sobre los necios procos, siendo yo uno,
Y ellos tantos y unidos en mi casa.
Turba además mi espíritu otra duda
De mayor entidad: si les doy muerte,
Gracias á tí y á Júpiter, ¿en dónde
Me podré refugiar? Yo te suplico
Que en esto pienses, diosa.» La ojos verdes
Le contestó á su vez: «¡Desventurado!
¡Cuántos fían su suerte á un compañero
Peor, á un mortal triste que no llega
Con mucho á mi saber! Y yo soy diosa,
Y te protejo siempre en cuantas cuitas
Te ocurren, infeliz. Mas quiero hablarte
Con toda claridad: aunque estuviésemos
Cercados por cincuenta compañías
De hombres, de voz articulada, ansiosos
De matarnos luchando, las ovejas

Y bueyes quitaríasles. Al sueño
Ríndete, pues. Es triste desvelado
Pasar toda la noche, y ya muy pronto
Se acabará tu mal.» Así le dijo,
Y derramó en sus párpados el sueño.
Y cuando el sueño, olvidador de males
Y aflojador de los cansados miembros,
Á Ulises dominaba, al vasto Olimpo
La augusta diosa regresó. Á tal tiempo
Despertóse Penélope, y sentada
En el mullido lecho, acerbo llanto
Vertió, hasta que harta de llorar, á Diana
Oró primeramente de este modo:
«¡Oh venerable Diana, hija de Júpiter,
Ojalá en este instante, dirigiéndome
Un dardo al corazón, me arrebatases
La vida desdichada! ¡Ojalá horrenda
Tempestad por los aires me llevase
Al Océano inmenso que circunda
La dilatada tierra, como un tiempo
Á las hijas de Pándaro! (3). Los dioses
Les mataron sus padres, y quedaron
Huérfanas en su casa; pero Venus
Con queso, dulce miel y suave vino
Se dignó alimentarlas; dióles Juno
Un juicio y hermosura superiores
Al de toda mujer; alta estatura
La casta Diana (4), é instrucción vastísima

En bellas obras, Palas. Pero en tanto
Que la divina Venus al Olimpo
Iba á pedir á Júpiter, que goza
Lanzando el rayo, afortunado enlace
Para las niñas (pues aquél conoce
Todas las cosas y el destino triste
O feliz del mortal), arrebatáronlas
Las horrendas Harpías, para siervas
De las odiosas Furias. ¡Plegue á todos
Los habitantes del celeste Olimpo
Darme una suerte igual! ¡Plegue á la casta
Diana, de hermosas trenzas, traspasarme
Con un dardo mortal, para que lleve
La imagen de mi Ulises hasta el fondo
Del horror infernal, y nunca otro hombre
Inferior á aquel héroe mi mente
Logré regocijar! Es soportable
Al menos el dolor, cuando se pasan
Los días en llorar, llena la mente
De perpétua aflicción; mas á la noche
El sueño, que al posarse en nuestros párpados
De males y de bienes nos olvida,
Nos brinda su dulzor; pero á mí un numen
Pavorosos ensueños suele enviarme.
En esta misma noche, un hombre idéntico
Á Ulises, tal cual era cuando á Troya
Partió con el ejército, acostóse
Junto á mí, y se alegraba el alma mía

Porque visión real, no falso sueño,
Lo llegaba á creer.» Dijo; y al punto
En su áureo trono apareció la Aurora.
El cauto Ulises de su esposa amada
Oyó la voz llorosa, y meditando
Sobre ello, imaginóse que le había
Reconocido y que iba á presentársele.
Y el manto y los vellones donde estaba
Acostado quitó, y en una silla
Los dejó de la sala, y en la puerta
La piel cruda de buey, y alzando al cielo
Las manos, invocaba al sumo Jove:
«Padre Jove, decía, si á mi patria
Después de mil dolores me has traído
De tu grado, por tierras y por mares,
Haz que oiga, de esos hombres que despiertan
Adentro, alguna voz de buen agüero,
Y que fuera se muestre otro prodigio
De tu excelsa deidad.» Así rogaba.
El providente Júpiter oyólo,
Y al instante de lo alto de las nubes
Tronó en el claro Olimpo, y una sierva
Moledora de grano, la palabra
De favorable agüero, entonces dijo
En la vecina estancia, donde Ulises
Tenía su tahona. Doce siervas
Solícitas habían trabajado
En las piedras molarias, blanca harina,

Sustento del mortal, de rubio trigo
Y verdusca cebada fabricando.
Dormían, terminada su tarea,
Las otras, menos ella, que muy flaca
Aun no había acabado. Deteniendo
Pues, su piedra, exclamó, siendo un augurio
Para el Rey su señor: «Oh padre Júpiter,
Rey de hombres y de dioses, desde el cielo
Estrellado y sin nubes, has tronado
Con fuerza singular, y esto es sin duda
Un signo para alguno. Escucha ahora
La oración de esta triste: ¡Ojalá gocen
Hoy por postrera vez en el alegre
Festín en esta casa esos soberbios
Procos, que ¡ay infeliz! me han quebrantado
Con la faena atroz de la molienda
Las débiles rodillas! ¡Así cenen
Hoy por última vez!» Tal su plegaria
Fué; y con aquel augurio y con el trueno
El divinal Ulises, esperando
Vengar sus atropellos, alegróse.
Mientras las otras siervas reunidas
En la casa magnífica atizaban
En el hogar el fuego infatigable,
Telémaco, del lecho, igual á numen,
Se levantó y vistióse: aguda espada
Suspendióse del hombro; á los brillantes
Pies se calzó sandalias primorosas,

Y gruesa lanza, en aguzado bronce
Terminada, cogió. Cuando salía
Se paró en el umbral, y de esta suerte
Dirigióse á Euriclea: «¿Habéis tratado
Bien, nodriza querida, al extranjero,
Dándole lecho y cena? ¿Ó le dejasteis
Sin cuidaros ya de él? Porque la Reina,
Mi madre, aunque discreta, es tal, que á veces
Neciamente agasaja al menos digno
De los hombres, y en otras, sin honrarlo,
Despide al que más honras se merece.»
La prudente Euriclea respondióle:
«No la acuses ahora, hijo querido,
De faltas que no ha hecho. Porque el huésped
Bebió cuanto le plugo; y que comida
No deseaba, dijo, al preguntárselo.
Y cuando en acostarse y en dormirse
Pensó, tu madre un lecho á sus criadas
Aderezar mandó; mas él, cual mísero
Afligido mortal, en blando lecho
No quiso reposar, y en una cruda
Piel de buey y vellones de carneros
Tendióse en el vestíbulo, y nosotras
Con un manto muy grande le cubrimos.»
Así dijo. Cruzando por la sala
El joven lanza en mano, de dos ágiles
Perros acompañado, salió fuera
Y á la junta se fué de los Aqueos,

De grebas primorosas. Á las fámulas
La divina Euriclea, hija de Opos
Y de Pisenor nieta, sus recados
Ordenaba en la casa. «Ea, decía,
Barred y rociad unas los suelos,
Y las pulidas sillas con tapices
De púrpura cubrid; enjugad otras
Con esponjas las mesas, y los vasos
Artísticos limpiad y las crateras;
Y otras id á la fuente, y sin tardanza
Traed agua, pues ya los pretendientes
No estarán mucho tiempo del palacio
Lejos, y acudirán muy de mañana,
Porque hoy día de fiesta es para todos» (5).
Dijo, y le obedecieron presurosas;
Veinte á la fuente de profundas aguas
Fueron al punto, y las demás quedaron
Haciendo diestramente sus labores.
Acudieron en breve los criados
De los procos; y leñas á seguida
Diestramente partieron: las sirvientas
Volvieron de la fuente, y el porquero
Con tres cerdos llegó, los más hermosos
De toda la pïara, y en el patio
Dejándolos pacer, dirigió á Ulises
Estas dulces palabras: «Extranjero,
¿Te tratan ya mejor los pretendientes,
Ó siguen ultrajándote como antes?»

El ingenioso Ulises respondióle:
«¡Ojalá las maldades que esos hombres
Soberbios é insolentes en la casa
De otro están cometiendo, castigasen
Ya los eternos dioses, pues ni sombra
Tienen, buen porquerizo, de vergüenza.»
Así entre ellos hablaban. Acercóseles
Melánteo, el cabrerizo, conduciendo
Las cabras más hermosas del rebaño
Para el festín cercano. Acompañábanle
Dos pastores, y luégo que en el pórtico
Ató los animales, insultaba
Así al ilustre Ulises: «Extranjero,
¿Aun piensas molestarnos mendigando
Hoy durante el festín? ¿No piensas irte
De esta casa jamás? Ya me imagino
Que, sin medir las fuerzas, no podremos
Separarnos los dos, porque mendigas
Con mucha impertinencia. ¿No hay más casas
Donde poder pedir?» Dijo, y Ulises
Nada le respondió, pero en silencio
Meneó la cabeza, preparando
Su muerte en lo profundo de su alma.
Filecio, mayoral de los pastores,
El tercero llegó. Cabras gordísimas
Y una vaca infecunda para cena
De los procos traía: los barqueros,
Como á todos los hombres que les buscan,

Habían transportado (6) á él y sus reses.
Atólas en el pórtico sonoro
Con diligencia suma, y acercándose
Á Eumeo: «Porquerizo, preguntóle,
¿Quién es ese extranjero que ha venido
Poco hace á nuestra casa? ¿De qué gente
Se dice descendencia? ¿Dónde se hallan
Su patria y su familia? ¡Desdichado!
¡Cuánto al rey, nuestro dueño, se asemeja!
Mas los dioses sumergen en los males
Al mortal vagabundo, cuando abruman
Con tamañas desdichas á los reyes.»
Dijo, y aproximándose al cuitado
Ulises, le cogió la mano diestra,
Y elevando la voz, estas aladas
Expresiones le dijo: «Venerable
Extranjero, salud, y que la dicha
Te asista en adelante, ya que ahora
Te abruman tantos males. No hay un numen
Que te iguale en crueldad, supremo Jove,
Pues á los tristes hombres, implacable,
Después de darles vida, los agobias
Con penas y mortales pesadumbres.
Estremecíme al verte, y se arrasaron
De lágrimas mis ojos, acordándome
Del intachable Ulises; porque pienso
Que él también, andrajoso, entre los hombres
Andará vagabundo, si es que aun vive

Y ve la luz del sol. Pero si ha muerto,
Y está en el Orco triste, ¡qué desdicha
Para mí! á quien de niño, ya el cuidado
Me dió de sus vacadas, en la tierra
De los Cefalonienses. Hoy sus vacas
Innumerables son, y ningún hombre
Multiplicar podría hasta tal punto
Las reses de ancha frente; pero ordénanme
Unas gentes extrañas que las traiga
Aquí para sus fiestas; sin cuidarse
Del hijo de la casa y sin recelo
Del castigo celeste, pues ansían
Los bienes de mi dueño ha tanto ausente
Repartirse entre sí. Muchos proyectos
Mi corazón agitan; malo fuera
Sin duda irme á otro pueblo con las vacas
Cuando aún el hijo vive; pero es duro
Estar aquí cuidando ajenas reses
Y sufrir mil trabajos. Mucho tiempo
Ha ya que hubiera huído á refugiarme
Junto á un rey poderoso, pues tal suerte
No puede resistirse; pero aguardo
Que aun aquel desdichado vuelva y lance
Á los soberbios procos de su casa.»
El ingenioso Ulises le repuso:
«Vaquero, pues perverso ni insensato
No pareces, que bien se te conoce
La rectitud del alma, te lo digo

Y con firme jurar lo corroboro:
Yo, antes de otras deidades, pongo á Júpiter
Supremo por testigo, y á esta mesa
Hospital, y al hogar del grande Ulises
Donde acogida hallé, de que aquel héroe,
Antes de que te partas, á su casa
Volverá, y de que tú, si lo deseas,
Con tus ojos verás la cruda muerte
De los procos, que hoy mandan en palacio.»
El vaquero Filecio replicóle:
«¡Plegue al grande Saturnio tus palabras,
Extranjero, cumplir, y conocieras
La terrible violencia de mi brazo!»
También Eumeo suplicó á los dioses
Que volviesen á Ulises á su casa.
Tales eran sus pláticas. Los procos,
En tanto, de la muerte de Telémaco
Trataban, cuando un águila á su izquierda
Voló á una gran altura, entre sus garras
Llevando una paloma, y el ilustre
Anfínomo les dijo: «Amigos míos,
No ha de tener buen éxito la empresa
De matar á Telémaco; ocupémonos
Del banquete.» Así dijo y sus palabras
Agradaron á todos, y al palacio
Entrando del gran rey, sus mantos ricos
En las sillas dejaron, y á seguida
Degollaron carneros corpulentos,

Cerdos cebados, suculentas cabras,
Y una vaca, ornamento del rebaño.
Las entrañas asadas repartieron;
Mezclaron dulce vino en las crateras,
Y el porquerizo les sirvió las copas.
Filecio, mayoral de los pastores,
Repartió el pan en lindos canastillos,
Y Melánteo el vino. Ellos las manos
Á las viandas servidas dirigieron.
Telémaco, fraguando mil astucias,
Hizo sentarse á Ulises, de la sala
En el umbral de piedra; aderezóle
Allí una pobre silla y una mesa;
Sirvióle una porción de las entrañas,
Y escanciándole vino en áurea copa,
Le dijo de esta suerte: «Entre estos hombres
Siéntate y bebe vino. Los insultos
Y fieros de estos procos por mi mano
Yo sabré reprimir. Pues no es taberna
Pública esta mansión, sino de Ulises,
Que la hizo para mí. Vosotros, procos,
Dejad las amenazas y los golpes,
No surja alguna riña desastrosa.»
Así les dijo, y todos despechados
Se mordieron los labios, aturdidos
De tán audaz lenguaje; y á los procos
Dijo Antínoo al fin: «Por más que sean
Molestas sus palabras, resignémonos,

Pues nos ha hablado el joven con un tono
Muy amenazador. No lo ha querido
El hijo de Saturnio; de otra suerte
Ya, en su propio palacio, esa sonora
Voz refrenado hubiéramos, amigos.»
Así decía Antínoo, y Telémaco
No hizo de su palabra aprecio alguno.
La sagrada hecatombe de los dioses
Conducían en tanto los heraldos
Por la ciudad; y los crinados Griegos
Se iban juntando en el umbrío bosque
Consagrado al flechero, rubio Apolo.
Á luégo que los nobles pretendientes
Asaron ya las carnes superiores
Y de la viva llama las sacaron,
Hiciéronlas tajadas, y un espléndido
Banquete celebraron. Los sirvientes,
Por orden de Telémaco, querido
Hijo del grande Ulises, le sirvieron
Parte igual á la que á ellos les tocara.
Palas no permitió que los altivos
Procos de hacerle injurias dolorosas
Acabasen, queriendo que más pena
El corazón de Ulises apurase.
Había entre los procos uno de alma
Aviesa, cuyo nombre era Ctesipo,
Domiciliado en Same. Éste, fiado
En su riqueza inmensa, pretendía

Hacía mucho á la divina esposa
Del divinal Ulises. Á los procos
Dijo, pues, este tal: «Nobles amigos,
Escuchad mis palabras: pues ya tiene
Parte igual á la nuestra el extranjero,
Como es lo regular, pues nunca fuera
Ni justo ni decente en cosa alguna
Agraviar de Telémaco á los huéspedes,
Vengan de donde vengan, yo un regalo
Hospital quiero darle, con que pueda
Gratificar él mismo, ó al bañero,
O algún otro criado de la casa.»
Diciendo esto, cogió de un canastillo
Una pata de buey, y á la cabeza
Arrojóla de Ulises, que, inclinándose,
Hurtó el golpe traidor y sonrióse
Con amarga ironía (7). En el artístico
Muro fué aquélla á dar. El gran Telémaco
Reprendió así á Ctesipo: «Gran fortuna
Has tenido en no herirle, y en que el golpe
Haya podido huir. Pues de otra suerte
Te hubiera atravesado con mi lanza,
Y en vez de tu himeneo, tus exequias
Hubiera aquí tu padre celebrado.
Nadie, pues, haga alarde en esta casa
De altivez é insolencia, porque ahora
Ya lo comprendo todo, y ya distingo
Lo bueno de lo malo; y antes era

Un niño todavía. Sin quejarnos
Hemos visto hasta hoy vuestros excesos,
Las reses degolladas y el derroche
De mi vino y mi pan, porque es difícil
Que uno reprima á muchos. Pero cese
De afligirme vuestro odio. Si matarme
Queréis con cruel acero, yo lo quiero
También, pues el morir es preferible
Á estar siempre mirando las injurias
Que cometéis; á ver honrados huéspedes
Expulsados, y siervas de la casa
Violentadas vilmente.» Así les dijo,
Y todos se callaron, y Agelao,
Hijo de Damastor, rompió el silencio
Por fin de esta manera: «No se irrite
Ninguno, amigos míos, y responda
Á sus justas palabras con ofensas:
No maltratéis al huésped ni á ninguno
De los criados que en la excelsa casa
Hay del divino Ulises. Yo á Telémaco
Y á su madre hablaré en lenguaje afable,
Que espero sea á entrambos lisonjero.
Mientras en lo profundo de la mente
Se abrigó la esperanza de que Ulises
Volviese á su país, daño no había
En aguardar y en retener con fraudes
Á los procos aquí: que era sin duda
El partido mejor, si á su morada

El héroe hubiera vuelto. Mas ya es claro
Que no ha de regresar. Ve, pues, en busca
De tu madre, é invitala á casarse
Con el hombre más noble de nosotros
Que la dé más regalos; y así alegre
Gozarás en comidas y bebidas
De los bienes paternos, y tu madre
Cuidará la morada de otro esposo.»
Respondió así Telémaco: «Te juro
Agelao, por Jove omnipotente
Y por los sufrimientos de mi padre,
Que ha muerto ó anda errante y desdichado
Lejos de su país, que no demoro
Las bodas de mi madre; antes le suelo
Excitar á casarse con el hombre
Que le plazca; y á más tengo de hacerle
Muchísimos regalos. Pero nunca
De aquí la arrojaré, mal de su grado,
Con violentas palabras. ¡Plegue al cielo
Que no llegue jamás trance tan duro!»
Así dijo Telémaco, y Minerva
Les produjo una risa inextinguible,
Y turbó su razón. Pero reían
Tan sin placer, como con labios de otro;
Y mientras devoraban los tasajos
De las cruentas carnes, se llenaban
De lágrimas sus ojos, y su mente
Auguraba gemidos. Dirigióles

Entonces el divino Teoclímeno
La palabra, y les dijo: «¡Infortunados!
¿Qué desdicha es la vuestra? En noche oscura
Vuestros gestos, cabezas y rodillas
Sumergidos están; lúgubre aullido
Se escucha por doquier; copioso llanto
Vuestras mejillas surca; manan sangre
Las paredes y techos; el vestíbulo
Y el patio están ya llenos de fantasmas
Que descienden al Erebo, y del cielo
Caído el sol, oscuridad horrible
Invade cuanto existe.» Así decía,
Y ellos, desatinados, se rieron
De todo alegremente. Al fin Eurímaco
Principió á hablar, y dijo: «Ese extranjero
Recién llegado es loco. Ea, arrojadlo
Fuera de aquí, al instante, y que se vaya
Á la plaza de juntas, ya que todo
Le parece tan negro.» Teoclímeno
Respondió de esta suerte: «No te pido,
Eurímaco, que nadie me acompañe,
Para guiar mis pasos. Ojos tengo,
Y oídos y dos pies, é inteligencia
Sin ningún menoscabo. Con su auxilio
Saldré de esta mansión. Bien claro veo
El mal que os amenaza; y ni evadirse
Ni libertarse de él podrá ninguno
De vosotros, oh procos, que en la casa

Del ingenioso Ulises, insultando
Á los hombres, hacéis injurias graves.»
Dicho esto, se salió de la magnífica
Morada, y se fué á casa de Pireo,
Que le acogió benévolo. Mirándose
Unos á otros los procos, procuraban
Molestar á Telémaco, riéndose
De sus amados huéspedes; y un joven
Engreído decíale: «No hay otro
En asunto de huéspedes, Telémaco,
De peor suerte que tú: mendigo es uno,
Sin pan ni vino, habilidad ni fuerza,
Carga inútil del mundo; y ahora el otro,
Sin saber cómo, á hacer el adivino
Se nos ha levantado. Si quisieses
Creerme (y esto fuera lo discreto),
Meteríamos á ambos en un barco,
Con muy buenos remeros, y á Sicilia,
Para obtener un precio razonable
De ellos, los llevaríamos.» Así hablaban
Los procos, y Telémaco sus dichos
Despreciaba, y mirando silencioso
Á su padre, esperaba el anhelado
Instante en que su brazo caería
Sobre los altaneros pretendientes.
Sentada enfrente en silla primorosa,
Oía la prudente hija de Icario
Todo lo que en la sala se decía;

Y los procos riéndose, un alegre
Banquete preparaban, degollando
Sinnúmero de reses. Jamás cena
Más triste haber pudiera que la que iban
Á servirles bien pronto, por castigo
De su maldad, el héroe y la diosa.

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

Palas, la de ojos verdes, á Penélope,
Discreta hija de Icario, en su propósito
De presentar el arco y blanco hierro
De Ulises á los procos, el certamen,
Principio de su muerte, proponiéndoles,
Entonces confirmó. La alta escalera
Subió, pues, de su casa, y una llave
Muy hermosa, de bronce, con el cabo
De marfil, bien labrada, con su mano
Blanca y gruesa tomó. Después, seguida
De algunas siervas, fuése al aposento
Más interior, en donde los tesoros
Del Rey se custodiaban: oro, bronce,
Y bien labrado hierro. Allí yacían
El arco corvo y el carcaj, y muchas
Luctuosas flechas, valioso obsequio

Que su huésped Ifito, hijo de Eurito,
Le hizo en Lacedemonia, cuando juntos
Se hallaron en Mesena, en la morada
De Orsíloco el prudente. Había Ulises
Venido á la sazón, para cobrarse
De una cuantiosa deuda, contraída
Por el pueblo Mesenio, cuyos hombres,
En sus veloces naves, de su patria
Habían exportado hasta trescientas
Ovejas y pastores; y aun muy joven
Hizo, con tal motivo, el grande Ulises
Tan dilatado viaje, por su padre
Y otros ancianos príncipes enviado.
Buscando andaba Ifito doce yeguas
Que con las fuertes mulas que criaban
Se le habían perdido; causa triste
Más tarde de su muerte desastrosa,
Cuando llegado á la mansión del hijo
Magnánimo de Júpiter, del héroe
Hércules, sin rival en altos hechos,
Éste, sin respetar los fueros sacros
Del hospedaje, lo mató en su casa.
¡Inicuo! despreciando de los dioses
La venganza, y la mesa para el mísero
Aparejada ya, le dió la muerte,
Y retuvo las yeguas en sus cuadras.
Yendo, pues, en su busca, entregó á Ulises
Ifito el arco aquel, que de su padre

Eurito fué primero, y en herencia
Al hijo lo dejó cuando la muerte
Le derribó en su casa. El noble Ulises
Dióle una aguda espada y una lanza
Fortísima, principio del benévolo
Hospedaje pactado; pero nunca
Se vieron en la mesa, porque el hijo
De Júpiter mató antes al Eurítida,
Igual á un inmortal, que le dió el arco.
No lo llevaba nunca el grande Ulises
Cuando á la guerra en sus navíos negros
Se solía partir; y lo dejaba
Como dulce recuerdo en el palacio,
Usándolo en su patria solamente.
Cuando á aquel aposento la divina
Penélope llegó, y el pavimento
Pisó de encina, que excelente artífice
Pulió con arte sumo, levantando
Á cordel los dos postes elegantes
En que la puerta espléndida ajustaba,
Desató prontamente del anillo
La correa, metió la linda llave,
Y empujando hacia dentro, los cerrojos
Levantó de la puerta. Como muge
Paciendo un bravo toro, así la puerta
Sonó, al impulso de la llave hermosa,
Y se abrió al punto. Al elevado estante
Donde de los vestidos olorosos

Se guardaban los cofres, la prudente
Reina subió, y de allí tendiendo el brazo,
Descolgó de su clavo, con la caja
Brillante, el arco corvo. Y allí mismo,
Sentada, con la caja en las rodillas,
Lloró ruidosamente, pero al cabo
Sacó el arco del Rey. Al fin de lágrimas
Y de gemidos harta, dirigióse
Al salón de sus procos, en la mano
Llevando el arco corvo, y de luctuosas
Flechas llena la aljaba. Las sirvientas
De su acompañamiento, en una caja
Traían hierro y bronces que servían
Para regios certámenes. Llegando
La divina mujer á los umbrales
Del sólido salón, el lindo velo
Extendió sobre el rostro, y dos honradas
Sirvientas se pusieron á su lado,
Y al punto á los altivos pretendientes:
«Oíd, les dijo, procos que á esta casa,
Por comer y beber á todas horas,
Acudís, á favor del prolongado
Destierro de su dueño, otro motivo
No hallando á vuestra hazaña que el deseo
De hacerme vuestra esposa. Yo os propongo
Este nuevo certamen. Aquí el arco
Coloco de mi rey; al que lo tienda
Con más facilidad, y un dardo pase

Por entre las doce hachas, seguiréle
Como esposa, dejando esta morada
De mi edad juvenil, este palacio
Tan lleno de riquezas, tan hermoso
Que tendré, hasta durmiendo, en la memoria.»
Así dijo, y mandó al divino Eumeo
Que entregase á los procos el brillante
Hierro (1) y el arco corvo. Sollozando
El leal porquerizo, recibiólo
Y lo dejó en la sala; y por su parte
También lloró el boyero, al ver el arco
De su señor querido. Reprendiéndoles
El iracundo Antínoo, les dijo:
«¡Necios pastores, que pensáis tan sólo
En el día presente! ¿Á qué, infelices,
Lloráis para ablandar el tierno pecho
De la reina Penélope? ¿No yace
Su alma ya en el dolor desque al marido
Adorado perdió? Comed callados,
Ó idos fuera á llorar, dejando el arma,
Objeto de contienda harto difícil
Para los pretendientes; porque creo
Ardua empresa el tender arco tan fuerte.
No, no hay, entre estos héroes, ninguno
Tan fuerte como Ulises, á quien, siendo
Yo un niño, hago memoria de haber visto.»
Así dijo, aunque en su ánimo tenía
Esperanzas de armar el arco Ulíseo

Y de pasar las flechas; bien ajeno
De creer que debía la primera
Lanzada por el Rey, al que ofendía
Tiempo hacía en su casa establecido,
Y contra el cual á todos incitaba,
Clavársele en el pecho. «¡Justos dioses!
Dijo entonces Telémaco, sin duda
El hijo de Saturno ha trastornado
Mi lúcida razón. ¡Mi amada madre
Dice, aunque tan discreta, que esta casa
Va á dejar y á seguir á otro marido,
Y yo, insensato, río y me divierto!
¡Ea! ya que por premio de la lucha
Se ofrece una mujer como no hay otra
En la tierra de Acaya, ni en Micenas,
Argos, ni Pilos [ni en la misma Ítaca
Y el negro continente]..... pero siendo
Esto notorio á todos, ¿á qué elogio
Á mi madre querida? los retrasos
Fútiles dejad, pues, y sin demora
De la tensión del arco haced la prueba,
Para que os veamos. Yo pretendo
Probar también mi fuerza, y si lo doblo
Y por el hierro las saetas paso,
Me evitaré el dolor de que mi madre,
Por seguir á otro esposo, esta morada
Abandone, dejando un hijo en ella
Capaz de conseguir un rico premio

En las nobles contiendas de su padre.»
Dijo así, y levantándose de pronto,
El purpúreo manto de la espalda
Arrojó, y desciñóse el hierro agudo
Pendiente á su costado. Dió principio
Por colocar las hachas, hondo surco
Para todas abriendo; á cordel luégo
Las alineó, y en fin copiosa tierra
Les puso en derredor, causando á todos
Asombro su destreza, cuando nunca
Viera antes cosa igual. Volviendo entonces
Al umbral, se detuvo, é hizo prueba
Con el arco fortísimo. Tres veces
Intentó doblegarlo, y otras tantas
Suspendió sus esfuerzos, esperando
Siempre tender la cuerda y con la flecha
Atravesar el hierro; y su propósito
Consiguiera á la cuarta, si su padre
No le hubiese atajado, con un signo
Refrenando su ardor. La sacra fuerza
De Telémaco entonces á los procos
Habló de nuevo así: «¡Supremos dioses!
Ó he de ser siempre débil y sin bríos,
Ó soy tan mozo aún que no me puedo,
Para poder vencer al que me ataque,
Confiar en mi brazo. ¡Ea! vosotros,
Más robustos que yo, probad el arco
Y acabe este certamen.» Diciendo esto,

Dejó el arco en el suelo, en la pulida
Bella puerta apoyado, y la saeta
Veloz en el anillo primoroso
Del arma de su padre, y fué de nuevo
Á sentarse en la silla. Antínoo, el hijo
De Eupíteo, dijo entonces á los procos:
«Moveos, compañeros, y empecemos
Por la mano derecha, uno por uno,
Desde donde se escancia el negro vino.»
Así les dijo Antínoo, y á todos
Gustaron sus palabras. El primero
Se levantó Liodes, de Énope hijo,
Que era entre ellos arúspice, y sentado
Siempre estaba en el fondo de la sala,
Cerca de la cratera (2), de los procos
Altivos detestando las maldades,
Y á veces reprendiéndoles su infamia.
Este, pues, tomó el arco y la saeta
Veloz antes que todos, y saliendo
Al umbral, probó el arco; mas no pudo
Tenderlo, pues sus manos inexpertas,
Y blandas se rindieron sin lograrlo.
Dijo, pues, á los procos: «No consigo,
Tenderlo, amigos míos; tómelo otro.
Este arco privará de aliento y vida
Á muchos grandes príncipes. Más vale,
Es verdad, el morir, que despojados
Del bien que aquí nos junta y nos mantiene

En espera continua, vivir tristes.
Cada cual, en verdad, ahora desea
Casarse con Penélope, la esposa
Del ingenioso Ulises; pero luego
Que maneje y que vea el arco Ulíseo,
Yo le aconsejaría que otra Griega
De las de ricos velos para esposa,
Con cumplidos regalos, pretendiese,
Pues ésta lo será del más espléndido
Por el hado elegido.» Dejó el arco
En el suelo, dicho esto, en la pulida
Bella puerta apoyado, y la saeta
Veloz en el anillo primoroso
Del arma abandonada, y fué de nuevo
Á sentarse en la silla. Reprendiéndole,
Antínoo le dijo: «¡Qué palabras
Tan graves y molestas que me llenan
De indignación, Liodes, te han salido
Del cerco de los dientes! Tu nos dices
Que ese arco privará de aliento y vida
Á muchos grandes príncipes, sin duda
Porque no has conseguido doblegarlo,
Porque no te parió tu augusta madre
Para tratar con arcos ni saetas;
Mas ya lo doblarán seguramente
Otros ilustres procos sin tardanza.»
Dijo así, y á Melánteo el cabrerizo
Dictó al punto estas órdenes: «Enciende

En la sala un buen fuego; pon al lado
Una silla y encima un buen pellejo,
Y tráete de dentro una gran bola
De sebo, y probaremos si los jóvenes,
Untando y calentando el arco regio,
Damos fin al certamen.» Así dijo,
Y Melánteo el cabrero encendió al punto
El fuego infatigable, y á su lado
Acomodó una silla guarnecida
De blanda piel, y trajo una gran bola
De sebo, con la cual aquellos mozos,
Untando y calentando el arco regio,
Intentaban doblarlo; pero nunca
Lo podían lograr, porque su fuerza
Era asaz desmedrada para el caso.
Sólo, pues, en su intento persistían
El arrogante Antínoo, y Eurímaco,
Parejo á un inmortal, porque eran jefes
De los ilustres procos, excediendo
Á todos infinito en fama y fuerzas.
En tal sazón salieron de la sala
Á la vez el boyero y el porquero
Del divinal Ulises, y á seguida
El héroe tras ellos, y alcanzándoles
Fuera ya de las puertas y del patio,
Díjoles con palabras cariñosas:
«Boyero, y tú, porquero, ¿debo hablaros
Ú ocultar lo que siento? No, que el alma

Á explicarme me incita. ¿De qué modo
Al Rey, vuestro señor, si de improviso
Llegase aquí ó un numen le trajese,
Recibiríais ambos? ¿Prestaríais
Vuestro favor á Ulises ó á los procos?
Decid sinceramente vuestra idea.»
Respondióle el boyero: «Sumo Jove,
Si ese voto cumplieses y llegase
El héroe, traído por un numen,
Conocieras entonces de mis brazos
Los incansables bríos.» El porquero
Pidió á todos los dioses de igual modo
La vuelta de su dueño. Cuando Ulises
Conoció su intención: «Aquí presente,
Les dijo, lo tenéis; yo soy, que al cabo
De veinte años é inmensas desventuras
Vuelvo al país natal. Sólo vosotros,
Como he visto, anhelabais mi regreso,
Pues no oí á otros criados que quisieran
Verme vuelto á mi hogar. Á revelaros
Voy lo que ha de cumplirse. Si consigo
Que un dios haga caer bajo mis golpes
Á los ilustres procos, os prometo
Daros mujer, riquezas, y, á la mía
Próximas, buenas casas, y trataros
Como amigos y hermanos de Telémaco.
Ahora, para que en mí tengáis confianza
Conociéndome bien, una infalible

Señal voy á mostraros: la que el diente
Blanco de un jabalí me hizo cazando
En el monte Parnaso con los hijos
Del ingenioso Autólico.» Dicho esto,
Separó sus harapos, y la grande
Cicatriz les mostró. Después de vista
Y examinada bien, copioso llanto,
Abrazados á Ulises y besándole
La cabeza y los hombros, derramaban.
El Rey también besaba cariñoso
Sus hombros y cabeza; y á su ocaso
Llegara el rubio Sol sin que acabasen
Sus lágrimas ardientes, si su dueño
No se las atajase y les dijese:
«Cesen ya vuestros llantos y gemidos,
No salga alguno, y nos sorprenda y vaya
Á contarlo allá dentro. Uno por uno,
No á la vez, penetremos en palacio;
Yo el primero entraré; detrás vosotros,
Y convengamos la señal. Sin duda
Se opondrán los ilustres pretendientes
Á que me entreguen el carcaj y el arco;
Mas tú, divino Eumeo, lo recoges,
Atraviesas la sala y me lo traes.
Dices á las mujeres que las sólidas
Puertas de sus estancias fuertemente
Cierren, y que si se oye algún estruendo
O gemido en la sala de los hombres,

Que no salga ninguna y se estén fijas
Cada una en su labor. Á tí, divino
Filecio, te encomiendo que con llave
Cierres del patio las pesadas puertas
Y que con fuerte lazo las sujetes.»
Dicho esto, entró al magnífico palacio
Y se volvió á sentar en el asiento
Que había abandonado, y á seguida
Acudieron también los dos sirvientes.
Ya Eurímaco tenía entre sus manos
El arco, y al calor del rojo fuego
Le daba muchas vueltas; mas con todo
No lograba tenderlo, con no poca
Angustia de su alma. Al fin, lanzando
Un profundo suspiro: «¡Justos dioses!
Exclamó, gran dolor y pena tengo
Por mí y por vuestra causa; y no me pesa
Tanto, aunque la anhelaba, por la boda
Deshecha (pues no faltan las mujeres
Sea en la fértil Ítaca, ceñida
De mar, ó en las ciudades comarcanas),
Como al considerar cuán inferiores
Somos en fuerza á Ulises, cuando su arco
Doblegar no podemos. ¡Qué deshonra
La nuestra entre los hombres venideros!»
Y Antínoo repuso: «Como sabes,
Eso no será así, divino Eurímaco.
Hoy el pueblo celebra la sagrada

Festividad de un numen: ¿quién el arco
Podrá, pues, doblegar? Dejadlo, amigos,
Y dejemos las hachas, que no creo
Que haya nadie que, entrando en la morada
Del hijo de Laertes, la osadía
Tenga de sustraerlas. ¡Ea! escancie
Vino el copero; hagamos libaciones
Para dejar el arco, y á Melánteo
El cabrero ordenad que las mejores
Cabras traiga mañana. Quemaremos
En honor del arquero incomparable,
Apolo celestial, las gordas piernas,
Y probaremos de acabar la lucha
Con el arco encorvado.» Así les dijo,
Y todos sus palabras aplaudieron.
Agua para las manos los heraldos
Les sirvieron; los mozos las crateras
Coronaron de vino, y en las copas,
Libándolas primero, lo sirvieron
Á todos los presentes. Cuando á gusto
Libaron y bebieron, dijo Ulises
Fraguando un nuevo engaño: «Oídme, procos
De una famosa reina, lo que el pecho
Me impulsa á revelaros. Yo os suplico,
Principalmente á Eurímaco, y al grande
Antínoo, que ha dicho estas palabras
Oportunas: «dejad ahora el arco,
Encomendad las cosas á los dioses,

Y mañana á quien quiera dará un numen
La fuerza y la victoria», el bien pulido
Arco dádmelo á mí, para que pruebe
El vigor de mi brazo, y si aun me quedan
Aquellos grandes bríos que tenía
En mis flexibles miembros, ó si acaso
Las lacerias y vida vagabunda
Me los han destruído.» Así les dijo,
Y todos se indignaron, temerosos
De que el arco pulido doblegara.
Y Antínoo, encarándose irritado
Con el astuto Ulises: «¡Vil mendigo,
Le dijo, ya sin duda no te queda
De juicio ni una sombra! ¿No te basta
Comer tranquilamente entre los nobles
Amantes de Penélope, y no sólo
Gozar de su festín, sino escucharles
Cuanto departen y hablan? No hay ejemplo
De que licencia tal á otro mendigo
Jamás se permitiera. Te trastorna
Sin duda el dulce vino, como suele
Al que con avidez y sin templanza
Acostumbra á beberlo. El dulce vino
Cegó un tiempo á Euritión, noble centauro (3),
Cuando huésped del grande Piritóo
Era entre los Lapitas. Perturbado
Por el licor ardiente, mil excesos
Cometió en el palacio. Enfurecidos

Los héroes ilustres, se arrojaron
Sobre él. Nariz y orejas con el duro
Acero le cortaron, y á la puerta
Del palacio arrastráronle; y él, loco,
Iba llevando en su ánimo demente
El terrible dolor. De aquí la lucha
Nació entre los Lapitas y Centauros;
Pero Eurición, turbado por el vino,
Fué el primer castigado. Yo te anuncio
Una desdicha igual, si el arco tiendes;
No hallarás quien te acorra en este pueblo;
Y á Equeto, perdición de los mortales,
De cuyas crueles manos imposible
Te sería escapar, en nave negra
Serás llevado al punto. Te conviene,
Pues, el beber tranquilo, y no empeñarte
En contender con jóvenes briosos.»
La discreta Penélope le dijo:
«No es, Antínoo, justo ni decente
Maltratar á los huéspedes que admite
Telémaco en su casa. ¿Crees acaso
Que si ése, confiado en el esfuerzo
De su robusto brazo, el arco Ulíseo
Consiguiese tender, me llevaría,
Haciéndome su esposa, á su morada?
Ni creo que él esa esperanza abrigue
Dentro del corazón, ni que afligiros,
Ilustres convidados, deba nunca

Idea semejante, tan extraña
Á toda conveniencia.» «Hija de Icario,
Eurímaco repuso, no creemos,
Porque es cosa imposible, que ese huésped
Consiga ser tu esposo; mas del vulgo
Tememos las hablillas. Quizás diga
Algún Aqueo oscuro:—¡Qué inferiores
Son esos pretendientes al ilustre
Varón cuya mujer tanto ambicionan!
No podían tender su arco, y un pobre
Peregrino logrólo fácilmente
Y atravesar el hierro.—Estas palabras
Murmurarán cubriéndonos de oprobio.»
La prudente Penélope repuso:
«¡Ah!, no es posible, Eurímaco, que goce
Buena fama en el pueblo quien la casa
De un ilustre varón hunde y arruina.
¿Qué vergüenza hay en esto? El extranjero
Es alto y bien formado, y descendiente
De raza esclarecida. El arco Ulíseo
Dadle, pues, y veamos. Yo declaro
Y lo habré de cumplir: como tenderlo
Consiga y le dé Apolo la victoria,
Daréle un bello traje, manto y túnica;
Una aguzada jara, apartadora
De hombres y perros; reluciente espada
De doble filo, y sólido calzado
Para los pies, y á más á donde quiera

Haré que lo conduzcan.» El prudente
Telémaco repuso: «Madre mía,
Para dar ó negar el arco Ulíseo
No tiene como yo tanto derecho
Ningún Aqueo; igual los que gobiernan
En la quebrada Ítaca, que todos
Los que en las islas próximas de la Élide,
En corceles fecunda, son señores.
Nadie podrá forzarme, aunque quisiese
Al huésped regalar el arco Ulíseo.
Sube á tu habitación, y cuida sólo
De cosas mujeriles, de la rueca,
Del telar y de hacer que á sus trabajos
Acudan tus mujeres. Á los hombres
Corresponde hablar de esto, y más que á todos
A mí, que soy el dueño de esta casa.»
Atónita Penélope, á su estancia
Se volvió, las palabras de su hijo
Tan discretas grabando en la memoria.
Y en cuanto allí subió con sus doncellas,
Rompió á llorar por el perdido esposo,
Hasta que un dulce sueño á las pupilas
Minerva, la ojos verdes, envióle.
Entretanto el divino porquerizo
Tomando el arco corvo lo llevaba
Al divinal Ulises; é irritados
Todos los pretendientes, con furiosas
Palabras le increpaban, y decían

Los engreídos mozos: «¡Insensato,
Vil porquerizo! ¿á dónde el arco corvo
Llevas por fin? Los perros que criaste,
Pronto junto á tus cerdos, alejado
De todo humano auxilio, si nos oyen
Apolo y los restantes inmortales,
Te habrán de devorar.» Así dijeron;
Y espantado al oir las amenazas
Del tropel de los procos, se detuvo
Y soltó el arco el triste porquerizo.
Mas entonces Telémaco, con voces
Terribles, le gritó por otra parte:
«Padre Eumeo, adelante con el arco;
Pronto, si no, verás que no conviene
Obedecer á todos. Aunque joven,
Puedo al campo á pedradas arrojarte,
Porque tengo más fuerzas. ¡Ah, si tanto
En brazo y en vigor á los que infestan
Esta casa ganase! en este punto
Expulsaría á alguno sin decoro,
Porque están siempre infamias meditando.»
Dijo, y todos los procos suavemente
Del dicho se rieron, apagándose
Su ira contra Telémaco. La sala
Cruzó, llevando el arco, el porquerizo;
Detúvose ante Ulises, y en sus manos
Dejó el arma terrible. Llamó luego
Á Euriclea y le dijo: «Ama discreta,

Ordénate Telémaco que cierres
Las firmísimas puertas de la estancia
De las mujeres, y si alguna ruido
Ó gemir en la sala de los hombres
Llega á oir, que no salga, y se esté quieta
Sin dejar su labor.» Así le dijo,
Y no se le escapó palabra alguna
Á la discreta anciana, que las puertas
Cerró de las magníficas estancias.
Filecio, bruscamente, por su parte
Salió sin decir nada, y en seguida
Cerró las puertas sólidas del patio
De fortísima cerca; y bajo el pórtico
Habiendo hallado el cable de papiro (4)
De una cóncava nave, un lazo fuerte
Con él echó á las puertas (5); y á la sala
Volvió y acomodóse nuevamente
En su silla, teniendo siempre fijos
Los ojos en Ulises. Éste, en tanto,
En todas direcciones revolvía
El arco para ver si la carcoma,
En su ausencia, roído había el cuerno,
Por lo cual más de un proco á su vecino
Decía de esta suerte: «Inteligente
Es en arcos sin duda; quizá tenga
Alguno semejante, ó se proponga
Construirlo: mirad cómo lo vuelve
En todas direcciones el mendigo,

Maestro en malas obras.» Otro joven
Presuntuoso decía: «¡Así sus votos
Se cumplan, como es cierto que en la vida
Conseguirá tenderlo!» Así los necios
Procos decían. Entretanto el héroe,
Como un hombre versado en la forminge
Y en el arte del canto sin esfuerzo
Sube con la clavija el retorcido
Intestino de oveja, que por ambos
Extremos sujetó; tendió sin pena
El arco pavoroso, y la estirada
Cuerda probando con la diestra mano,
Arrancóle un sonido tan agudo
Como la voz de rauda golondrina.
Grande dolor tuvieron al mirarle
Los engreídos procos, y mudóseles
Á todos la color. Al propio tiempo
Tronó Jove con ímpetu, su excelsa
Voluntad revelando. El claro signo
Del hijo de Saturno llenó á Ulises
De júbilo inefable. De la próxima
Mesa donde yacía abandonada,
Pues las otras, que pronto á los Aqueos
Darían que sentir, aun escondidas
En el carcaj estaban, una flecha
Voladora tomó, y acomodándola
Al arco, sin moverse de su silla,
Apuntando de frente, de la cuerda

Y la muesca tiró, y el dardo agudo
Despidió con violencia. Ni una sola
Erró de las doce hachas, del primero
Al último agujero, y en la puerta
Fué á dar la aguda flecha, atravesándola.
Entonces dijo al príncipe: «Telémaco,
Ya ves que el extranjero no deshonra
La casa en que se asienta; no he marrado
El golpe, ni el tender el arco Ulíseo
Me costó gran fatiga. Íntegras tengo
Mis fuerzas, y no pueden injuriarme
Como enantes los procos. Mas la hora
Llegó de prepararles una cena
Mientras hay luz; para que luégo gocen
Con el canto y la lira, del convite
Ornamento divino.» Así le dijo,
Haciéndole una seña con las cejas.
Y su hijo muy amado ciñó al punto
La espada aguda, recogió la lanza,
Y armado con el bronce reluciente
Se acomodó á su lado en una silla.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

El ingenioso Ulises desnudóse
Entonces de sus ropas miserables,
Y saltó al vasto umbral, llevando el arco,
Y el carcaj bien provisto de saetas;
Vaciólo en el suelo ante sus plantas,
Y dijo así á los vanos amadores:
«Concluído un certamen fatigoso,
Voy á apuntar á un blanco, que ninguno
Ha tocado hasta ahora: ya veremos
Si me da el rubio Apolo la victoria.»
Dijo, y el dardo amargo apuntó á Antínoo.
Éste, en aquel instante levantaba
La bella copa de oro, de asa doble;
Y ya, para beber, entre las manos
La tenía, bien lejos de cuidarse
De la inminente Parca. ¿Quién creyera
Que uno solo, entre tantos, por valiente

Que fuese, á darle muerte desastrosa
Y destino infeliz se atrevería?
Ulises atinóle; en la garganta
Penetró su saeta, cuya punta
Por la tierna cerviz salió tremenda.
Cayó de lado Antínoo; la copa
Se escurrió de sus manos; negro chorro
De sangre le brotó de las narices,
Y dando con el pie en la rica mesa,
Hizo rodar las viandas por el suelo,
Donde panes y carnes se mancharon.
En inmenso tumulto revolviéronse
Por la casa los procos, cuando al príncipe
Vieron caer; de las preciosas sillas
Saltaron, y corriendo por la sala
Recorrían con ojos asombrados
Sus sólidas paredes, donde escudos,
Ya no vieron ni lanzas que pudieran
Servirles para armarse. Llenos de ira,
Increpaban á Ulises: «¡Extranjero,
Mal hiciste en tirar contra los hombres!
No tomarás ya parte en más certámenes:
Fin terrible te aguarda. Has dado muerte
Al hombre más ilustre y distinguido
De los jóvenes de Ítaca; y por esto
Serás aquí la presa de los buitres.»
Así todos decían, engañados,
Creyendo que le había dado muerte

Contra su voluntad. No comprendían
¡Ciegos! que para todos se acercaba
El postrimer aliento. El cauto Ulises
Mirándoles entonces torvamente:
«Perros viles, les dijo, no creíais
Que de la excelsa Troya volvería
Yo jamás á mi patria, y devorabais
Mi casa, y violentabais mis sirvientas,
Y en vida mía, sin temor piadoso
Á los celestes dioses, ni recelo
De ninguna venganza de los hombres,
Á mi esposa leal solicitabais.
Mas hoy, por fin, el postrimer instante
Llegó para vosotros.» Así dijo;
Y el pálido temor invadió á todos:
[Miraba cada cual cómo librarse
De la espantosa muerte]. Sólo Eurímaco
Se atrevió á responderle: «Si de veras
Eres Ulises de Ítaca, tornado
Á su hogar, justamente te querellas
De tantos atropellos cometidos
Por los varones griegos en tu casa
Y en tus fértiles campos. Pero yace
En tierra ya el que causa fué de todo,
Antínoo; ése fué quien maquinaba
Todas las malas obras. No contento
Con pedir tu mujer, ambicionaba
Otras cosas que el hijo de Saturno

No quiso concederle; pues quería
Alzarse con el reino y señorío
De la poblada Ítaca, matando
Á tu hijo con traición. Ahora que muerto
Muy justamente está, misericordia
Ten de tus pueblos, y después nosotros
De aplacarte, entregándote cada uno
Valor de veinte bueyes, por el gasto
De comida y bebida de tu casa,
Oro y bronce además te entregaremos
Hasta alegrar tu pecho. Mientras tanto
Tu indignación es justa.» Dirigiéndole
Una torva mirada, dijo Ulises:
«Eurímaco, si todos me entregaseis
El patrimonio entero, y las haciendas
Que al presente tenéis, y aun añadieseis
Otros bienes mayores, ni á tal precio
De matar dejarían estas manos,
Hasta que hayan pagado sus infamias
Todos los pretendientes. ¡Ea! ahora
Escoged: ó luchar, ó huir quien pueda
Librarse de la muerte; pero creo
Que nadie ha de evitar la horrible parca.»
Así dijo, y á todos las rodillás
Y el triste corazón les flaquearon.
Y habló de nuevo Eurímaco, diciéndoles:
«No contendrá sus brazos indomables,
Amigos, este hombre: ahora que el arco

Y el carcaj ha cogido, sus saetas
Disparará desde el umbral pulido
Hasta que mate á todos. Defendámonos.
Sacad vuestras espadas; contra el golpe
De la mortal saeta, como escudo
Las mesas oponed: acometámosle
Todos hechos un haz; y de la puerta
Probemos de arrojarle, y acudamos
Á la ciudad, á reclamar auxilio
Con toda prontitud. Seguramente
Entonces lanzaría sus saetas
Hoy por última vez.» Dijo, y la aguda
Espada de dos filos esgrimiendo,
Con un grito terrible sobre el héroe
Furioso se lanzó; pero en el mismo
Tiempo el invicto Ulises, disparando,
Hirióle en la tetilla, y en el hígado
El dardo le clavó; soltó la espada
Eurímaco, y cayó sobre la mesa,
De espaldas, dando vueltas; los manjares
Y la copa tiró; y en el trasporte
De su dolor, golpeó la tierra dura
Con la soberbia frente. Con entrambos
Pies pegando á su silla, derribóla,
Y densa niebla oscureció sus ojos.
Anfínomo de frente sobre Ulises
Arrojóse después, desenvainando
La espada, en la esperanza de obligarle

Á dejar libre el paso. Mas Telémaco
Hirióle por la espalda, entre ambos hombros,
Con su lanza de bronce, atravesándole
El pecho generoso: con horrendo
Fragor cayó en el polvo, y en la tierra
Dió de plano su frente. Retiróse
Velozmente Telémaco, dejando
En el cuerpo de Anfínomo la lanza,
Temeroso de ser, de filo ó punta,
Herido por la espalda, de algún proco,
Mientras en arrancar se detenía
El arma matadora. Saltó rápido
Y corrió á reunirse con su padre,
Á quien dijo: «Á traerte, padre mío,
Corro dos grandes lanzas, un escudo
Y un casco, todo bronce, á tu cabeza
Adaptable; pondréme yo mis armas,
Y daré otras á Eumeo y al boyero,
Pues siempre es preferible estar armados.»
Y respondióle el ingenioso Ulises:
—«Tráelas volando, mientras quedan flechas
Para atacarles, pues, si no, me pueden
Atropellar cuando me vean solo.»
Dijo; y, al padre amado obedeciendo,
Fué el joven al salón donde tenían
Las excelentes armas: ocho lanzas,
Cuatro grandes escudos y otros tantos
Cascos, todos de bronce, guarnecidos

De cimera de crin, cogió, y corriendo
Volvió al amado padre. Antes cubrióse
Todo el cuerpo de bronce; los criados
Se armaron igualmente y se pusieron
Junto al astuto Ulises. Mientras flechas
Éste tuvo, apuntaba y daba muerte
Uno á uno á los procos, que caían
En horrible montón. Mas agotadas
Con tanto disparar las raudas flechas,
En la sólida jamba dejó el arco
Sobre el brillante muro; echóse al hombro
Un recio escudo cuádruple; ciñóse
Á la fuerte cabeza la celada
De crinado penacho, cuyas cerdas
Amenazando muertes se movían;
Y dos lanzas tomó, cuyas robustas
Astas en bronce agudo remataban.
Un postigo (1), con arte sumo abierto,
Del fondo de la sala en el macizo
Paredón existía, que á la calle
Tenía la salida. Fuerte puerta
De tablas lo cerraba. Mandó Ulises
Al leal porquerizo colocarse
Allí para guardarlo, pues acceso
Sólo á un lado tenía. Dijo á todos
Entonces Agelao: «¿No podría
Alguno, amigos míos, al postigo
Subir, y á la ciudad la voz de alarma

Llevar con prontitud? Seguramente
Ese hombre lanzaría sus saetas
Hoy por última vez.» El cabrerizo
Melánteo respondióle: «No es posible,
Agelao, hacer eso: está muy cerca
La salida del patio, y tan difícil
Es la que da á la calle, que uno solo,
Como sea valiente, bastaría
Contra todos nosotros. ¡Sus! ahora
Voy á traeros armas de la cámara,
Donde las hay sin duda; pues Ulises
Y su glorioso hijo en otra parte
No han debido esconderlas.» Diciendo esto,
Subió, por la escalera de la sala (2),
Á la cámara regia el cabrerizo:
Cogió allí doce lanzas, doce escudos
Y doce cascos férreos, ornados
De crinadas cimeras, y corriendo
Se los trajo á los procos. Flaqueáronle
Al Rey el corazón y las rodillas
Cuando los vió ceñirse con sus armas
Y blandir sendas lanzas en las manos.
¡Tan grave parecíale la lucha!
Y á Telémaco al punto estas aladas
Palabras dirigió: «Ó alguna sierva,
Ó el cabrero Melánteo, promueven
Una terrible guerra contra entrambos.»
Telémaco repuso: «Culpa mía

Es, oh padre, y no de otro, pues la puerta
Sólo dejé entornada; y es más hábil
Que yo su infame espía. Pero corre,
Buen Eumeo, y la puerta de la cámara
Cierra sólidamente, é investiga
Si lo hizo alguna sierva, ó, como pienso,
Melánteo el cabrerizo, hijo de Dolio.»
Tales eran sus pláticas. Melánteo
El cabrero, de nuevo fué á la cámara,
Para traer más armas: el divino
Porquero lo observó, y aproximándose
Á su señor, le dijo: «Cauto Ulises,
Hijo del gran Laertes, el perverso
Hombre en quien sospechábamos, ya sube
Otra vez á tu cámara. Revélame
Claramente tu gusto: ¿he de matarle,
Si consigo vencerle, ó te lo traigo
Para que expíe aquí las muchas culpas
Que cometió en tu casa?» Respondióle
El ingenioso Ulises: «Yo y Telémaco
Á los altivos procos, por muy grande
Que sea su furor, en esta sala
Podremos contener. Tú con Filecio,
Después de sujetarle pies y manos
Hacía atrás, arrojad al cabrerizo
Al fondo de la cámara. Las puertas
Cerrad tras de vosotros; amarradle
Con un lazo muy fuerte; á lo más alto

De una columna izadle, y suspendido
De la viga dejadle, donde viva
Largo rato, sufriendo horrible pena.»
Así les dijo, y ellos puntualmente
Sus órdenes cumplieron. A la cámara
Subieron, sin ser vistos de Melánteo,
Que estaba dentro ya, en lo más oculto
Buscando nuevas armas, y esperáronle
Pegados á los postes de la puerta.
Cuando el traidor cabrero atravesaba
El umbral, con un casco en una mano,
Y en la otra un ancho escudo, carcomido
Por la herrumbre, que el héroe Laertes
Usaba cuando joven, y que entonces
Desechado con todas las correas
Descosidas estaba, se arrojaron
Sobre él los dos sirvientes, le cogieron
Por los crespos cabellos, y en la cámara
Arrastrando lo entraron: derribáronle,
Á pesar de sus gritos, y lo ataron
Atrás manos y pies, con lazo fuerte
Según mandara el ingenioso Ulises,
Hijo del gran Laertes. Luego atándole
Una fuerte correa, á lo más alto
De una columna izáronle, y pendiente
De las vigas dejáronle. Y entonces
Tú, divino porquero, con sangrienta
Ironía dijiste: «Al fin, Melánteo,

La noche pasarás, como mereces,
Tendido en blando lecho. Cuando surja
En su trono de oro, de las olas
Del Océano el Alba sonrosada,
No dejarás de verla, á la hora misma
En que, para el festín de los soberbios
Procos, traes tus cabras al palacio.»
Dicho esto, lo dejaron suspendido
Del doloroso lazo; se ciñeron
Las armas; y cerrando los batientes
De la brillante puerta, se juntaron
Al ingenioso Ulises. Allí llenos
De incontrastable audacia mantuviéronse.
Cuatro eran, pues, los del umbral, y muchos,
Y valientes también, los de la sala.
Bien pronto, con la voz y la figura
Del héroe Mentor, aparecióseles
Minerva, hija de Júpiter. Con júbilo
Vióla el prudente Ulises, y le dijo:
«Mentor, del mal apártanos; acuérdate
De tu buen compañero, que te ha hecho
Todo el bien que ha podido, porque somos
Entrambos de una edad.» Así le dijo,
Aunque entendía bien que era Minerva,
Turbadora de pueblos. Increpábanle
De otra parte los procos en la sala,
Y el hijo de Damástor, Agelao,
Le amenazó el primero: «No te induzca,

Gritóle, buen Mentor, á combatirnos
En su defensa Ulises con palabras
Capciosas; pues pensamos (y lo haremos,
Á lo que me imagino), cuando hayamos
Muerto al padre y al hijo, por castigo
De lo que hacer pretendes, inmolarte
Con ellos, y que pagues con la vida
Tu temeraria acción; y cuando el bronce
Corte vuestras violencias, mezclaremos
Los bienes de tu casa y de tus campos
Con los del rey Ulises; á tus hijos
Ni á tus hijas vivir en tu morada
No les permitiremos, ni á tu esposa
Permanecer en Itaca.» Así dijo;
Aumentóse la cólera de Palas,
É increpó con palabras de ira llenas
Al ingenioso Ulises: «Ya no tienes,
Le dijo, aquel esfuerzo y energía
Que durante nueve años, sin descanso
Ni tregua combatiendo por Helena,
La hija de blancos brazos de la estirpe
Más noble que ha existido, demostraste,
Matando tantos hombres en la ruda
Contienda á los Troyanos, y tomándose,
Merced á tus consejos, la de vastas
Calles ciudad de Príamo. ¿Pues como,
Agora que has entrado en tus dominios
Y en tu anhelado hogar, vacilar puedes

En mostrar tu valor contra los procos?
¡Ea! ponte á mi lado, amigo, y mírame
Obrar, para que veas cómo sabe,
Mentor, hijo de Alquimo, devolverte
Entre los enemigos tus favores.»
Dijo así; manteniendo la victoria
Sin decidir aún, porque quería
Probar la fortaleza y el denuedo
De Ulises y su hijo; y alejándose
Súbitamente, en la ahumada viga
Del techo fué á ponerse, en la figura
De negra golondrina. Mientras tanto
Anfimedón, Eurínomo, y el hijo
De Polictor, Pisandro, y Demoptólemo,
El discreto Polibo, y Agelao,
Concitaban los procos, como en mucho
Superiores en fuerza á los que vivos
Quedaban todavía, y peleaban
Por defender sus vidas: de los otros
El arco y las densísimas saetas
Ya habían dado cuenta. Dirigiéndose
A todos Agelao: «Amigos míos,
Dijo, llegó el instante en que ese hombre
Va á contener sus manos invencibles.
Mentor se ha retirado, profiriendo
Inútiles bravatas; vedlos solos
En las primeras puertas: todos juntos
No arrojéis vuestras lanzas: seis primero

Lanzadlas, y si Júpiter permite
Que alcancemos á Ulises, nuestro el triunfo
Será, pues á los otros no los temo,
Una vez rendido éste.» Así les dijo,
Y todos, de ardor llenos, arrojaron,
Como mandó, sus lanzas; pero inútiles
Las volvió todas Palas: en un poste
Del sólido salón pegó la una;
Otra en la firme puerta, y en el muro
Fué á dar el tercer fresno guarnecido
De metálica punta. Cuando libres
Se vieron de los tiros de los procos,
El animoso Ulises: «Ahora, dijo,
Yo también os invito á que tiremos
Sobre esa turba vil que tras los muchos
Males que nos han hecho, están ansiosos
De matarnos.» Tal dijo, y todos, á una
Apuntando á su frente, dispararon
Sus lanzas: mató el Rey á Demoptólemo;
Á Euríades, Telémaco; el boyero
Á Pisandro, y á Elato el porquerizo.
Y los cuatro á la vez el suelo vasto
Con los dientes mordieron. Retiráronse
Al fondo del salón los pretendientes:
El Rey y sus amigos avanzaron
Y arrancaron sus lanzas de los muertos.
Nuevamente, los procos, sus agudas
Lanzas les arrojaron, pero inútiles

Las volvió todas Palas: en un poste
Del sólido salón pegó la una,
Otra en la firme puerta, y en el muro
Fué á dar el tercer fresno, guarnecido
De metálica punta. Anfimedonte
Hirió ligeramente en una mano
Al príncipe Telémaco, rozándole
La epidermis el bronce. Con su larga
Lanza, tocó Ctesipo sobre el hombro
Al porquerizo Eumeo, y por encima
Del escudo pasando fué á clavarse
En el inmenso suelo. Los amigos
Del esforzado Ulises dispararon
Nuevamente sus lanzas á la turba
De los soberbios procos. Á Euridamas
Hirió entonces el Rey, á Anfimedonte
Telémaco, á Polibo el porquerizo;
El boyero en seguida hirió en el pecho
Á Ctesipo y le dijo jactancioso:
«Politérsida, amigo de las burlas,
No hables nunca jamás con vanagloria;
Y deja que los dioses, con exceso
Superiores á tí, sus obras cumplan
Como mejor les plazca. Por la pierna
De buey, que ha poco á Ulises arrojaste,
Cuando andaba pidiendo por su casa,
Yo te devuelvo este hospital regalo.»
Así el pastor de los robustos bueyes

De corva cornamenta, habló, y Ulises
En tanto hirió de cerca con su lanza
De Damastor al hijo: con la suya
Telémaco á Leócrito, hijo ilustre
De Evenor, dió en el vientre, traspasándole
Con el agudo bronce todo el cuerpo.
Cayó el triste de bruces y la tierra
Golpeó con la frente. Entonces Palas
De lo alto del techo su homicida
Égida descubrió (3), y los pretendientes
Se llenaron de espanto y por la sala
Corrían sin concierto, como bueyes
Que, en los ya largos días del verano,
Persigue y pica el tábano ligero.
Cual los vóraces buitres (4) de ganchudas
Uñas y pico adunco, precipítanse
Sobre las aves tímidas de lo alto
De los abruptos montes; y aunque bajan
De las nubes al campo, las persiguen
Y las matan feroces, sin que puedan
Resistirse ni huir; y su captura
Á los hombres divierte: así el astuto
Rey y sus compañeros, arrojándose
Á traves del salón sobre los procos,
Herían por doquiera: horrendo grito
Respondía á los golpes homicidas
Que en sus cabezas daban; y la sangre
Inundaba los suelos. Arrojóse

Liódes á los pies del Rey, y entrambas
Rodillas abrazándole, le dijo
Con aladas palabras: «Humillado
Yo te suplico, Ulises; compadécete
De mí que nunca he dicho, ni hecho nada
Criminal á las siervas del palacio;
Antes bien, reprendía las violencias
De los procos soberbios; pero nunca
Atenderme quisieron, ni abstenerse
De hacer iniquidades, que ahora expían
Con muerte desastrosa. Y yo, su arúspice,
Que ningún mal he hecho, ¿de igual modo
Habré de perecer? ¡No es éste el premio
Á grandes beneficios reservado!»
El ingenioso Ulises, dirigiéndole
Una torva mirada, respondióle:
«Si tú has sido su arúspice, mil veces
Has debido querer, que de mi vuelta
El dulcísimo instante retardase
Para llevarte mi adorada esposa,
Y tener hijos de ella; y tú por esto
No has de evitar la inexorable muerte.»
Dicho esto, apoderóse de la espada
Formidable, que el misero Agelao
Dejó en tierra al ser muerto, y en el cuello
Se la hundió; y aún hablaba, cuando al polvo
La cabeza cayó. Mas de la Parca
Femio, el hijo de Terpio, que forzado

Cantaba entre los procos, libertóse.
De pie, junto al postigo, con la cóncava
Forminge entre las manos, vacilaba
Entre dos decisiones: si salirse
De la sala y sentarse en el artístico
Altar del sumo Júpiter, patrono
De la casa, en el cual en otro tiempo
Tantas piernas de víctimas quemaron
Ulises y Laertes; ó arrojarse
A las plantas de Ulises humildoso.
Al fin, dejando en tierra la forminge
Entre su bella silla claveteada
De plata y la cratera, adelantóse
Hasta el Rey, y abrazado á sus rodillas,
Le dijo estas palabras suplicantes:
«Humillado á tus plantas, te suplico:
Ten de mí compasión; grande tu pena
Será en lo porvenir, si sacrificas
A un cantor de los hombres y los dioses.
Aeda soy; maestro de mí mismo (5),
Toda suerte de cantos en mi mente
Colocó un inmortal; y celebrarte
Puedo á la par de un dios. La breve vida
No me arrebates, pues. Tu hijo adorado
Puede decirte á más, que si he venido
A cantar á tu casa, en los festines
De los soberbios procos, no por gusto
Ni por miseria ha sido, sino de ellos

Que eran muchos y fuertes, obligado.»
Dijo y la sacra fuerza de Telémaco
Le oyó, y al grande Ulises al instante
Habló así: «Cesa, padre; á ese inocente
No hieras con el bronce; perdonemos
Asimismo á Medón, el fiel heraldo
Guardián de mi niñez; si el porquerizo
O Filecio, ó tú mismo al arrojarte
Á través de la sala, por desdicha
No le habéis ya inmolado.» Así le dijo,
Y el discreto Medón, que estaba oculto
Debajo de una silla, y por librarse
De la terrible Parca se envolvía
En un cuero de buey; oyóle, y rápido,
Dejando su refugio y arrojando
La piel que le cubría, abalanzóse
Al Príncipe, y tomando suplicante
Sus rodillas, le dijo estas palabras:
«Amigo, aquí estoy yo; detén tu brazo,
Y pídele á tu padre que, en su furia
Contra los pretendientes destructores
De su hacienda, y á más de tu persona
Despreciadores necios, no me hiera
Con el agudo bronce.» Sonriéndose
Ulises respondióle: «tranquilízate,
Ya que éste te ha salvado; y reconoce
Y dilo á los demás, cuánto más útil
Es obrar bien que mal. Pero apartaos.

Y al patio id á sentaros, de estas muertes
Lejos, tú y el cantor, mientras termino
Lo que tengo que hacer en mi palacio.»
Así les dijo, y ellos se salieron,
Y fueron á sentarse junto al ara
Del soberano Júpiter (6), la vista
En derredor girando, temerosos
De recibir la muerte á cada instante.
Con ojo perspicaz registró Ulises
Todo el vasto salón, viendo, si aun vivo
Alguno de los procos se escondía
Por evitar la muerte; pero á todos
En el polvo y la sangre derribados
Los vió en montón atroz. Como los peces,
Que en la red de mil mallas, á la corva
Playa sacan del mar los pescadores,
Y en la arena tendidos, y gimiendo
Por las amargas ondas, arrebátales
La vida el sol luciente, así los procos
Hacinados yacían. Á Telémaco
Dijo por fin Ulises: «Vé, hijo mío,
Á llamar á Euriclea, tu nodriza,
Para que yo le diga lo que pienso.»
Obedeció Telémaco á su padre,
Y pegando en la puerta, dijo: «Anciana,
Que cuidas de las siervas de palacio,
Ven, mi padre te llama para hablarte.»
Dijo: y no se perdieron sus palabras

Para la fiel nodríza. Abrió las puertas
De las suntuosas cámaras, y al punto
Echó á andar tras Telémaco. A su dueño
Halló entre los cadáveres, manchado
De polvo y sangre. Cual león que acaba
De devorar á un toro montesino,
Aparece espantoso, rojo el pecho
De sangre y las quijadas; así Ulises
Sucios los pies y de las fuertes manos
El envés presentaba. Cuando el ama
Ante los cuerpos muertos, y el inmenso
Lago de sangre vióse, lanzar quiso
Un grito jubiloso, la grande obra
Viendo por fin cumplida; pero Ulises
Reprimió sus vehemencias: «En el fondo
De tu pecho, le dijo, regocíjate;
Pero conténte y calla, que es impío
Gozarse con la muerte de los hombres.
La justicia del cielo y sus inícuas
Obras les han perdido. Ellos á nadie
Que se les presentó, bueno ó perverso,
Jamás han respetado, y muerte horrenda
Castiga su maldad. Pero, ea, cuéntame
Las siervas inocentes y las viles
Que ultrajáronme aquí.» La cariñosa
Nodriza respondióle: «Sí, hijo mío,
Te diré la verdad. Hay en palacio
Cincuenta servidoras, en labores

Diversas por nosotras enseñadas,
Como á cardar la lana, y á habituarse
Á servir sin pesar; y de ellas sólo
Doce se han descarriado, sin respeto
Ni á la reina, ni á mí. Pues tu hijo ha sido
Hasta hace poco un niño, y no quería
Su madre que mandase á las criadas;
Pero voy á subir á su aposento
Y á avisar á tu esposa, á la que un numen
Dulce sueño infundió.» Respondió Ulises:
«No la despiertes aún, y dí que acudan
Solamente las siervas, que en mi ausencia
Se han conducido mal.» Dijo, y la anciana
De la sala salió, para decirles
Que bajasen al punto. En tanto el héroe
Llamando á parte á su hijo y los pastores.
«Comenzad por llevaros los cadáveres,
Les dijo, y que os ayuden las criadas,
Limpiad después con agua y con ojosas
Esponjas los magníficos sitiales.
Y las mesas: y luégo que la sala
De arreglar terminéis, sacad las siervas
Del sólido palacio; y en el medio
De la cerca del patio y la rotonda (7)
Heridlas con la espada hasta que entreguen
El ánima y se olviden de los goces
De sus ayuntamientos clandestinos
Con los procos.» Tal dijo, y á este punto

Llegaron todas juntas las mujeres
Lanzando horribles gritos, y de lágrimas
Un raudal derramando. Los cadáveres
Se llevaron primero, y bajo el pórtico
Del bien cerrado patio, los pusieron
Una en otra apoyándose. El Rey mismo
Las órdenes les dió; que ellas, por fuerza,
Hubieron de cumplir: después con agua
Y esponjas llenas de ojos, los magníficos
Sillones y las mesas asearon;
Telémaco, el boyero y el porquero
Rascaron con badiles de la sala
El pavimento sólido, y las siervas
Los resíduos llevároнse, dejándolos
Luego en el exterior. Puesto ya en orden
Todo lo de la sala, á las criadas
Sacaron del palacio, y en el medio
De la cerca del patio y la rotonda,
En un espacio angosto, de donde era
Imposible escapar, las encerraron.
Á los fieles pastores dijo entonces
El prudente Telémaco: «No quiero
Dar una muerte honrosa á esta mujeres,
Que á mi madre y á mí nos han llenado
De oprobio, con los procos ayuntándose.»
Dijo así, y un gran cable de navío
Ató á una alta columna, y la rotonda
Cercó con él, á altura suficiente

Para que con los pies llegar al suelo
No pudiese ninguna. Cual los tordos
De rápido volar ó las palomas,
Caen en un lazo oculto en el ramaje;
Y al penetrar en él hallan el nido
Más doloroso y triste; así tenían
Las cabezas en línea las mujeres
Y un lazo á la garganta, para darles
Muerte atroz: un momento, pero corto,
Se agitaron sus pies y fenecieron.
Enseguida arrastraron á Melánteo
Por el atrio y el patio; las orejas
Y la nariz con el agudo bronce
Le cortaron; las partes genitales
Le arrancaron, y crudas á los perros
Se las dieron; y en fin, ciegos de cólera
Los dos pies y las manos le amputaron.
Ya su misión cumplida, se volvieron
A donde estaba Ulises, no sin antes
Lavarse pies y manos. A Euriclea
Dijo el héroe entonces: «Tráeme azufre (8),
Anciana venerable, y tráeme fuego,
Para purgar la sala: di á Penélope
Que baje aquí con todas sus criadas;
Y ordena á las sirvientes del palacio
Que acudan al salón.» Á esto Euriclea,
Su nodriza querida, le repuso:
«Hijo, cuanto has hablado es muy discreto;

Pero voy á traerte unos vestidos,
Un manto y una túnica; no debes
Permanecer cubierta con harapos
La ancha espalda en tu casa; pues no es digno
De tu gran majestad.» Y le repuso
El ingenioso Ulises: «Lo primero
Que ahora necesito en mi palacio,
Es el fuego, Euriclea.» Así le dijo.
Obedeció solícita la anciana:
Trájole azufre y fuego, y purgó Ulises
La sala y el vestíbulo y el patio.
Á las ricas estancias la nodriza
Subió luégo á llamar á las criadas,
Y á mandarlas bajar. Con una tea
En la mano dejaron su aposento.
En derredor del héroe agolpáronse
Saludándole afables, y besando
Su cabeza y sus hombros, y oprimiéndole
Las manos dulcemente. Enternecido
Vivo afan de llorar, al conocerlas
Á todas sintió Ulises en su alma.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

Euriclea subió regocijada
Al piso superior, á dar la nueva
De que estaba ya dentro del palacio
El deseado esposo, á su señora.
Firmemente movía las rodillas,
Y saltaban sus pies. Sobre la bella
Cabeza de Penélope inclinada,
«Despiértate, Penélope, hija mía,
Le dijo, para ver lo que tus ojos
Piden todos los días. ¡Ya ha venido!
Ya, tras mortal ausencia, está en palacio
Ulises, mi señor; y á los soberbios
Procos que su morada contristaban
Y hundían sus haciendas y á su hijo
Trataban con violencia, ha dado muerte.»
La prudente Penélope repuso:
«Sin duda, ama querida, te han turbado
Los dioses la razón. Ellos, que pueden

Tornar necio al más sabio, y seso y ciencia
Al más imbécil dar, tu claro juicio
Han turbado, en verdad; pues tan discreta
Fuiste siempre hasta hoy. ¿Por qué burlarte
Con tan burdas patrañas, de este pecho
Sumido en el dolor? ¿Á qué del dulce
Sueño que me tenía encadenada
Venirme á despertar? Jamás tan suave
Dormir logré tener, desde que á Troya
Mi esposo se partió. Vamos, retírate
Ya, y desciende al salón. Si otra cualquiera,
Con esa falsa nueva á despertarme
Se atreviera á venir, bien pronto airada
La hubiera despedido, y del palacio
Mandado al interior; mas tu defensa
Es, ama, la vejez.» La cariñosa
Nodriza contestó: «No, no me burlo,
Hija mía, de tí. De veras hablo.
Ulises ha venido; está en palacio.
Es aquel extranjero á quien llenaban
Todos de oprobio ayer. Ya conocía
Hace tiempo Telémaco su vuelta,
Mas lo disimulaba, por prudente
Consejo de su padre, enderezado
Á castigar la turba pretenciosa
De los desaforados pretendientes.»
Dijo así: y transportada de alegría
Penélope saltó del blando lecho

Y á la anciana abrazó: lágrimas puras
Cayeron de sus párpados y dijo
Con aladas palabras: «Ama mía,
Vamos, dí la verdad: ¿es, según dices,
Cierto que aquí se halla? ¿Cómo pudo
Vencer y castigar á mis soberbios
Procos, siendo uno solo y ellos tantos
Siempre juntos aquí?» La cariñosa
Nodriza respondióle: «Ni lo he visto
Ni sé cómo ello fué: sólo sus ayes,
Al ser muertos, oí: todas nosotras
Sentadas en el fondo de la cámara
Estuvimos medrosas, con la puerta
Firmemente cerrada, hasta que tu hijo,
Enviado á avisarme por Ulises,
Me llamó del salón. Hallé á mi dueño
De pie entre los cadáveres; los procos
Cubriendo el pavimento, en torno suyo
Yacían en montón. [Al verle lleno,
Como fiero león, de polvo y sangre,
Lloraras de placer]. Ahora están todos
En las puertas del patio amontonados;
Y él, encendido el fuego, purifica
Con azufre el palacio, y á llamarte
Me envía. Pero sígueme, y al júbilo
Después de tantos males y miserias
Lanza tu corazón. ¡Ya se ha cumplido
El perdurable anhelo! ¡al fin ha vuelto

Vivo al amado hogar, y en él ha hallado
El hijo y la mujer! ¡al fin venganza
De todos sus dañosos enemigos
Cumplida consiguió!» Dijo Penélope
Á su nodriza amada: «No, no debes
Exaltarte, Euriclea, trastornada
Por extremo plaçer. Sabes cuán grato
Su regreso al palacio fuera á todos,
Y mayormente á mí y al hijo ilustre
De nuestro firme amor; pero no es cierto
Nada de lo que dices. Algún númen
De tantos desafueros y violencias
Indignado quizá, la causa ha sido
De su muerte cruel; pues nunca á nadie
Que se les presentó perverso ó bueno
Ellos han respetado, y tal castigo
Recibe su maldad; mas para Ulises,
Muy lejos de la Acaya la esperanza
De volver, murió ya y ha muerto él mismo.»
La querida nodriza le repuso:
«¡Qué palabra, hija mía, se ha escapado
Del cerco de tus dientes! Ya tu esposo
Está aquí, en el hogar, y tú me dices
Que nunca tornará. ¡Siempre tu alma
Incrédula ha de ser! Mas otra seña
Muy clara te he de dar, la que le hizo
Con su blanco colmillo, en otro tiempo,
Un fiero jabalí. Reconocíla

Al lavarle, y quería revelártela,
Pero él, con previsión maravillosa,
Tapándome la boca con las manos,
Hablar no me dejó. Pero tú sígueme;
Yo empeño mi persona, y si te miento,
Con la muerte más cruda que conozcas
Tú me puedes matar.» Respondió al punto
La discreta Penélope: «Difícil
Es, por mucho que sepas, los arcanos
Del cielo comprender; pero con todo,
En busca de Telémaco, Euriclea,
Bajemos, para ver de mis amantes
Los sangrientos despojos, y al valiente
Mortal que los mató.» Dijo y al punto
Descendió de la cámara, bulléndole
En la mente mil cosas, y dudando
Si interrogar aparte á su marido,
Ó arrojarse en sus brazos y besarle
La adorada cabeza. Cuando estuvo
Dentro y pasó el umbral, sentóse enfrente
De su esposo, á la luz del vivo fuego,
En la opuesta pared, y él con la vista
Baja, en un alto poste recostado,
Permanecía atento á qué diría,
Después de haberle visto, su excelente
Y discreta mujer. Mas silenciosa
Se estuvo largo rato, como presa
De profundo estupor; ya le miraba

Fijamente á los ojos; ya creía
Desconocer su cuerpo entre las ropas
Harapientas del héroe. Telémaco:
«Madre, madre cruel, muy duro tienes,
Le dijo, el corazón. ¿Por qué te apartas
De mi padre? ¿Por qué no le preguntas
Á su lado sentada? No habrá esposa
Más tenaz, de seguro, en apartarse
Del marido infeliz que, tras veinte años
De ausencia y de dolor, al cabo llegue
Á su anhelado hogar. Más que una roca
Duro es tu corazón.» Dijo, y su madre
Así le respondió: «Mi pecho lleno
Tengo, hijo, de estupor: ni una palabra
Á articular acierto, ni á mirarle,
Ni á preguntarle nada. Si de veras
Es Ulises tornado á su palacio,
En secretas señales, conocidas
Tan sólo de los dos, medio seguro
De conocerle habrá.» Dijo, y el héroe
Dijo así sonriéndose: «Telémaco,
Déjale que me pruebe. Así más pronto
Me podrá conocer. Sucio y vestido
De harapos como estoy, no es maravilla
Que me desprecie y desconozca. Ahora
Veamos cómo obrar; porque quien mata
Á un hombre al cual escasos vengadores
Sobreviven, se evade abandonando

Familia y patria, y al sostén del pueblo,
Flor de sus bravos jóvenes, nosotros
Hemos dado aquí muerte. Á tu consulta
Propongo esta cuestión.» «Padre, repuso
El discreto Telémaco, tú mismo
Lo debes decidir. El más discreto
Es, dicen, tu consejo, y no hay quien pueda
Contigo contender. [Detrás nosotros
Llenos de ardor iremos, sin faltarnos
Jamás, en lo que alcancen nuestras fuerzas,
Fortaleza y valor.] El cauto Ulises
Respondióle á su vez: «Voy á deciros
Mi consejo (1). Lavaos y poneos
Las túnicas brillantes; á las siervas
Ordenad que se adornen; la forminge
Del aeda divino, nuestras danzas,
Hijas de la alegría, en el palacio
Guíe con dulce son, para que piensen,
Los ruidos al oir, ya los vecinos,
Ya cualquier transeunte, que la boda
Hoy se celebra aquí: de esta manera,
Antes de que la nueva de la muerte
De los procos se extienda por el pueblo,
Habremos ya partido y en los campos
Frondosos estaremos; y allí entonces
Veremos que consejo nos sugiere
El Olímpico rey». Dijo y sumisos
Obedecieron todos. Se lavaron

Y se pusieron túnicas; las siervas
Adornáronse todas: la forminge
Tomó el divino aeda, y nacer hizo
En todos el deseo del amable
Canto y la bella danza; el cadencioso
Paso de las mujeres de gallarda
Cintura y de los hombres resonaba
En la vasta mansión, y el que de fuera
Lo escuchaba, decía: «Ya ha obtenido
La apetecida mano de la reina
Algún feliz mortal. ¡Infortunada!
No ha podido guardar, hasta el regreso
De su primer marido la magnífica
Mansión.» Así ignorando lo ocurrido
Decía cada cual. Bañaba en tanto
Al magnífico Ulises, la intendente
Eurínome leal y tras de ungirle
Con óleo delicado, manto y túnica
Le puso y la deidad de verdes ojos
Gracia divina derramó en su busto:
Hízole aparecer más alto y grueso
Y rizó sus cabellos, que encrespados
Caían como flores de jacinto.
Como el hábil maestro á quien Minerva
Y Vulcano en las artes instruyeron
De toda especie, cerca de oro fino
La plata y ejecuta maravillas,
La diosa en la cabeza y en los hombros

Incomparable gracia infundió á Ulises.
Salió del baño el héroe, en el cuerpo
Igual á un inmortal; volvió á sentarse
En el sillón precioso, frente á frente
De su esposa y le dijo: «¡Desdichada!
Las deidades olímpicas sin duda,
Te han dado el corazón más inflexible
Que ha tenido mujer. No habrá otra esposa
Más tenaz de seguro en apartarse
Del marido infeliz que, tras veinte años
De ausencia y de dolor al cabo llega
Al anhelado hogar. Ea, nodriza,
Aderézame un lecho, y, pues, sin duda,
Tiene entrañas de hierro, acostaréme.»
La prudente Penélope: «Infelice,
Ni me estimo de más, ni me desprecio,
Ni en exceso me asombro, le repuso:
Porque bien sé cual eras, al partirte
En las rápidas naves, de tu tierra.
Aderézale, pues, la blanda cama,
Fuera de aquella estancia solidísima
Que él mismo construyó; lleva allí el lecho,
Euriclea, y guarnécelo de pieles,
De mantos y brillantes cobertores.»
Así habló por probarle; pero Ulises
Dirigió, suspirando, estas palabras
Á su leal esposa: «¡Qué terrible
Palabra has pronunciado! ¿Quién mi lecho

Trasladó de lugar? Cosa difícil
Fuera aun para el más hábil, si á algún numen
No le plugo auxiliarle; pues no hay hombre
Ni aun el más vigoroso que lo pueda
Fácilmente mover; signo infalible
Á más tiene ese lecho construído
Con prolija labor, por estas manos (2)
Y por ninguna más. Creció robusto
Un olivo vivaz, de extensa copa,
Grueso como un pilar, en el recinto
Del patio del palacio, y yo cerquélo
Para hacer de él mi cámara, de muchas
Piedras; echéle encima buen tejado,
Y lo cerré con puertas solidísimas
Firmemente ajustadas. Podé luego
La verde, hojosa copa; todo el tronco,
De la raíz al corte, diestramente
Con la duela labré, y á exacta escuadra
Alineando este pie, con el taladro
Barrené lo demás. Desde él el lecho
Principié, hasta acabarlo, de oro, plata
Y marfil incrustándolo; y de un toro
La piel, teñida en púrpura, por dentro
Extendí con primor. Tal es el signo
Que te digo, mujer; no sé si intacto
Se conserva mi lecho; ó si algún hombre
Cortando por la base el recio olivo
Llevóle á otro lugar.» Dijo, y Penélope,

Sintió, al reconocer las manifiestas
Señales de su esposo, flaquearle
El tierno corazón y las rodillas.
Llorando corrió á él; ciñóle el cuello
Con las manos; besóle la cabeza,
Y dijo: «Ulises mío, tú que siempre
Has sido el más discreto de los hombres
Contra mí no te enojes. Los eternos
Dioses nos afligían, rehusándonos
Que gozásemos juntos la florida
Juventud, y llegásemos al límite
De la triste vejez. No te me enojes
Ahora, ni te irrites, si á tus brazos
No corrí en el instante de mirarte.
Siempre me ha horrorizado el pensamiento
De que algún vil mortal, con frase astuta
Pudiese sorprenderme; porque hay muchos
Que inventan malos fraudes. Nunca Helena,
Hija del sumo Júpiter, su lecho
Á un extranjero abriera, si pensara
Que los marciales hijos de los griegos
Habían de volverla á su querida
Patria y primer hogar. Un dios, sin duda,
La impulsó á cometer la indigna falta;
Y no pensó en los males espantosos
Que había de acarrear, causa primera
De nuestro padecer. Mas ya me has dicho
Las señas de aquel lecho, visto sólo

De los dos y de Actoris, fiel esclava,
Regalo de mi padre, cuando vine
A tu hogar, y encargada de guardarnos
La cámara nupcial, y el alma mía
Tan inflexible en lo demás, doblóse,
Dulce esposo, ante tí.» Dijo, acreciendo
Del generoso Ulises el ardiente
Deseo de llorar. Lloraba el héroe
Abrazado á su esposa. Como grata
Á los náufragos tristes, cuya nave
Juguete de los vientos y las olas
Hundió en el mar Neptuno, se presenta
La costa deseada, y pocos, libres
Del espumoso piélago, nadando
Logran salir á tierra, y con el cuerpo
Lleno de densa espuma, alegres pisan
La playa salvadora, así á Penélope
Aparecía Ulises, y los ojos
Bellos en él clavados, de su cuello
No acertaba á soltar los blancos brazos.
Y sin duda llorando sorprendiérales
Del alba sonrosada la venida,
Si otra cosa, Minerva la ojos verdes
No hubiera preparado. En su camino,
Que tocaba á su término, la noche
Detuvo, y á la Aurora, en el Océano
Sin dejarle enganchar al carro de oro
Sus rápidos corceles, Faetonte,

Y Lampo (3) que la luz á los mortales
Todos los días traen. Entonces dijo
El ingenioso Ulises á su esposa:
«Al término, oh mujer, de nuestras pruebas
No hemos llegado aún: quédame una
Larga, inmensa, difícil, que yo debo
Completa de cumplir. Así me dijo
La sombra de Tiresias, cuando al Orco
Descendí, de mis tristes compañeros
Y de mí mismo á asegurar la vuelta.
Pero vamos ya al lecho, esposa mía,
Para gustar tendidos, las dulzuras
Del sueño bienhechor.» Así le dijo.
Penélope repuso: «Está tu lecho
Dispuesto á recibirte, cuando quieras;
Ya que por fin los dioses á tu casa,
Y á tu tierra querida te han traído;
Mas ya que lo has pensado, y que algún numen
Te sugirió esa idea, dime Ulises,
¿Cuál es la nueva prueba? He de saberla
Después, á lo que creo; y no hay perjuicio
Porque la sepa ahora.» «Desdichada,
Respondióle su esposo, ¿á qué obligarme
Con tus ruegos á hablar? Voy á decírtela
Sin ocultarte nada. Mas tu pecho
No ha de alegrarse, á fe, cual no se alegra
Mi propio corazón. Muchas ciudades
Mandóme recorrer llevando un remo

Bien labrado en la mano, hasta que llegue
Á unos pueblos que el ponto no conocen,
Ni con la sal sazonan sus manjares,
Y de las naves, de rojiza proa,
Y de sus alas los potentes remos
Desconocen el uso. Una infalible
Señal diréte ahora. Cuando encuentre
Un viajero que diga que en el hombro
Llevo un trillo, he de hincar el bien labrado
Remo en tierra, y hermosos sacrificios,
Un carnero, un berraco y un gran toro,
Debo hacer á Neptuno; y á mi casa
Volverme, en donde sacras hecatombes
Á los dioses que el vasto cielo habitan,
He de ofrecer por orden, uno á uno.
Lejos del mar, en fin, tranquila y dulce
Me llevará la muerte, en el extremo
De una honrada vejez; y en torno mío
Feliz vivirá el pueblo. El vate ilustre
Dijo que había todo de cumplirse.»
La prudente Penélope repuso:
«Si una vejez feliz te dan los númenes,
Pronto veraste libre de aflicciones.»
Tales eran sus pláticas. Eurínome
Y la nodriza, en tanto, preparaban
Á la luz de las teas, con mullidos
Cobertores el lecho, y acabada
Su labor retiróse al dormitorio

Euriclea; y Eurínome, alumbrando
Con clara antorcha, á la nupcial estancia
Condujo á los esposos; retiróse
Cumplida su misión, y ambos alegres
Ocuparon el sitio de costumbre
En el antiguo lecho (4). Por su parte
Telémaco, el porquero y el boyero
Mandaron terminar las bellas danzas
Y callar las mujeres, y á acostarse
Fueron en las estancias tenebrosas.
Cuando los dos esposos disfrutaron
Del amor las delicias, recreáronse
En contarse sus cuitas mutuamente.
La divina Penélope decía
Cuánto había sufrido en el palacio
Viendo á la turba infausta de los procos
Degollar, por su causa, muchedumbre
De cebadas ovejas y de bueyes,
Y concluir del vino las tinajas;
Y el generoso Ulises refería
Todos los grandes males inferidos
Por él á otros mortales, y sus propias
Innumerables penas: hechizada
Le escuchaba Penélope, y el sueño
No descendió á sus ojos, hasta que hubo
Acabado el relato. La derrota
De los Cicones le contó primero;
Su llegada después á la comarca

Fértil de los Lotófagos; del Cíclope
Las feroces hazañas, y cuál medio
Usó para vengar á sus amigos
Por el monstruo tragados; su venida
Al palacio de Eolo, y la benévola
Acogida del rey; cómo, no siendo
Aun el tiempo fatal, de su tornada,
Recia tormenta le arrastró de nuevo,
Á pesar de su llanto, por las ondas
Del piélago piscoso; la funesta
Llegada á Telepilo, y el destrozo
De su gente y sus naves, por los crueles
Gigantes Lestrigones; en la nave
Su evasión milagrosa; las astucias
Y artificios de Circe; el viaje en rápido
Navío á consultar la docta sombra
Del Tebano Tiresias, en la negra
Morada de Plutón, donde halló toda
Su gente y á la madre que la vida
Dióle y cuidó su infancia; las Sirenas
De resonante voz, con los escollos
Espantosos de Escila y de Caribdis,
De los cuales jamás han escapado
Con vida los mortales; el degüello
De las vacas del Sol por sus amigos;
Y el castigo de Júpiter tonante,
Que hiriendo con el rayo la galera
Mató á sus compañeros, libertándose

Sólo él del hado triste: á la isla Ogigia,
Morada de Calipso, la llegada
Y el afán de la Ninfa, que tomarle
Queriendo por marido, en su caverna,
Falaz le detenía, alimentábale,
Y de la senectud y de la muerte
Prometía eximirle; y cómo nunca
Se doblegó á su halago; la llegada,
Tras inmenso dolor, á los Feacios,
Ínclitos navegantes. De aquel pueblo
La acogida cordial; la honra, pareja
Á la de un dios, y la velera nave
Que le trajo á su tierra, tras cuantiosa
Dádiva de oro, bronce y vestiduras.
Estas fueron sus últimas palabras,
Cuando sobre sus párpados, el sueño,
Que relaja los miembros y disipa
Los cuidados del alma, desplomóse.
Palas dispuso entonces otra cosa,
Cuando pensó que el corazón de Ulises
Saciado estaba ya de amor y sueño,
Para que iluminase á los mortales,
Al punto el alba rósea, del Océano
En un aureo carro surgir hizo.
De su mullido lecho saltó Ulises,
Y dictó estos mandatos á su esposa:
«Los dos, mujer amada, hemos sufrido
Ya numerosas pruebas: tú, llorando

Mi deseada vuelta; yo, distante
De mi patrio país, y detenido
En medio del dolor, por el gran Jove
Y los dioses celestes. Ahora que ambos
Hemos hallado el codiciado lecho,
Cuida en este palacio de los bienes
Que me quedan aún. Por los ganados
Que los audaces procos me han comido,
Ya he de capturar otros, y los griegos
Me darán además hasta que llene,
Como antes, mis establos. Á mis campos
Umbrosos parto ahora, á ver al padre
Por mí tan afligido. Aunque discreta,
Oye lo que te ordeno: la noticia
De que he muerto los procos en palacio,
Con el naciente sol volará rápida:
Al piso superior con tus mujeres
Sube, y á nadie mires ni preguntes.»
Dijo; cubrió sus hombros con las armas
De bella construcción, y levantarse
Hizo á su hijo, al boyero y al porquero,
Y les mandó tomar los atavíos
Del homicida Marte. Obedeciéronle;
El bronce se ajustaron, y las puertas
Abriendo, se partieron, precedidos
Del animoso Ulises. Ya de día
Era, en verdad, pero del pueblo Palas
En densa nube los sacó encubiertos.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

El Cilenio Mercurio (1) convocaba
Las almas de los procos. En la mano
Llevaba la varita con que aduerme,
Si le place, los ojos de los hombres
Ó del sueño los saca. Dirigíalas
De ella armado, y lanzando agudos gritos
Seguíanle las almas, como suelen
Revolotear chillando los murciélagos
En el fondo de un antro, cuando alguno,
Del racimo pendiente de la roca
Se desprende, pues duermen suspendidos
Los unos de los otros; así juntas
Las sombras aullando, precedidas
Del bienhechor Mercurio, por las sendas
Obscuras caminaban. Las corrientes
Pasaron del Océano y la roca

De Léucade (2), del Sol las claras puertas (3)
Y el país de los Sueños, y llegaron
Al prado de gamones, donde habitan
Las almas, simulacro de los muertos.
Allí hallaron las almas del valiente
Aquiles de Peleo, de Patroclo,
Del intachable Antíloco y de Ayante (4),
Después del grande Aquiles, el más alto
Y hermoso de los griegos. Estos héroes
Se agrupaban en torno de la sombra
Del hijo de Peleo: gemebundo
Llegó cerca el fantasma del ilustre
Atrida Agamenón: de las de todos
Los que con él murieron en la casa
Del desleal Egisto, y su destino
Infelice cumplieron, rodeado.
De Aquiles, el fantasma, dirigióle
La palabra primero: «Ilustre Atrida,
Le dijo, imaginábamos nosotros
Que, entre todos los héroes, tú eras
De Júpiter tonante el favorito,
Pues mandabas en Troya, donde tanto
Sufrimos los Aqueos, la valiente
Y numerosa hueste; mas con todo
Tú debías de ser víctima triste
Y primera del hado, inevitable
Para todo nacido. ¡Así hubieras
Muerto en la vasta Troya, rodeado

Del esplendor del mando! Reunidos
Los Aqueos, magnífico sepulcro
Te hubieran erigido, y gloria inmensa
En lo futuro hubieras conquistado
Para tí y para tu hijo: mas tu sino
Era el morir de muerte desdichada.»
Respondióle la sombra del Atrida:
«¡Feliz tú, ilustre Aquiles, que espiraste
Lejos de Argos, en Troya! En torno tuyo
Disputando tu cuerpo perecieron
De Griegos y Troyanos muchos hijos:
Tú, tendido entre un vórtice de polvo,
Grande trecho ocupabas, olvidado
Ya de guiar corceles. Todo el día
Combatimos y nunca á la contienda
Ardientes renunciáramos, si Jove
Con una tempestad no la acabara.
Cuando del campo bélico á las naves
Te llevamos, lavado en agua tibia
Y ungido tu cadáver, aun hermoso,
Tendimos en un lecho, y los Aqueos
En torno de él vertiendo acerbas lágrimas
Cortaban sus cabellos. A la triste
Noticia, de la mar salió tu madre
Con las diosas marinas: grito inmenso
Sonó sobre las ondas, y de espanto
Sobrecogió á los Griegos, y medrosos
Quizá á las naves cóncavas se hubieran

Lanzado sin concierto, si un anciano
De mucha y honda ciencia, el grande **Néstor,**
Eximio en los consejos, no lograra
Prudente detenerlos. Arengándolos
Les dijo, por su bien: «Parad, Argivos;
No huyais, hijos ilustres de los griegos,
Es la madre de Aquiles que del fondo
Del mar con las Nereidas inmortales
Viene á llorar á su hijo.» Los magnánimos
Aqueos, al oirle, detuvieron
La comenzada fuga. Del marino
Anciano, en torno tuyo, las hermosas
Hijas lanzando gritos se pararon
Y ropas inmortales te pusieron.
Todas las nueve Musas (5) una á una
Con magnífica voz el canto fúnebre
En tu honor entonaron; y no vieras
Sin lágrimas los ojos de un Aqueo.
¡Tanto la dulce Musa conmovía
Su corazón sentido! Diez y siete
Días é iguales noches te lloramos
Los dioses y los hombres, y al dieciocho
Te entregamos al fuego, inmenso número
De grasientas ovejas y de bueyes
De cuernos encorvados degollando
En redor de tu pira. En vestiduras
Inmortales envuelto te quemaste;
De exquisitos perfumes y de dulce

Miel exquisita lleno; é infinitos
Infantes y jinetes agitaron
De tu hoguera en redor las bellas armas,
Formando un gran tumulto. Cuando el fuego
Te consumió de Efesto (6), recogimos
Desde el amanecer, en vino puro,
Y en delicado ungüento, invicto Aquiles,
Tus blanquísimos huesos: urna de oro
Tu madre, que decía era un presente
De Baco, y de Vulcano obra admirable,
Nos dió y allí encerradas tus cenizas
Están, con las del hijo de Menecio,
Patroclo, confundidas (7): las de Antíloco,
Que te era el compañero más amado
Después de muerto aquél, aparte yacen.
En torno de tus restos la sagrada
Hueste de los Aqueos, alto túmulo
De construcción magnífica, en la cumbre
De un cabo de la orilla que rodea
El extenso Helesponto (8), á fin que todos
Los mortales presentes y futuros
Desde alta mar lo viesen, te erigimos.
Tu madre, con permiso de los dioses,
Para los jefes griegos, en el medio
De la liza, dejó premios magníficos.
Yo he asistido de héroes ilustres
Á no pocas exequias, cuando se arman
Y á la lucha los jóvenes se aprestan

Tras la muerte de un rey; mas quedé atónito
Al ver los grandes premios que propuso
Tetis de argenteos pies, en honra tuya,
Porque eras el amado de los dioses.
Así después de muerto no has perdido
Nada de tu renombre, y gloria espléndida
Gozarás para siempre, invicto Aquiles,
Entre todos los hombres. Yo ¿qué gusto
Pude hallar, terminada la ardua guerra?
Júpiter, á mi vuelta preparóme
Una muerte infeliz, de Egisto á manos
Y de la infame esposa.» Así decían:
Cuando llegóse á ellos el correo
De los dioses Mercurio de los procos,
Vencidos por Ulises, los fantasmas,
Gimientes, conduciendo. Ambos, apenas
Los vieron, á su encuentro dirigiéronse
Llenos de admiración. Conoció el alma
De Agamenón, de Melanéo al hijo
Querido Anfimedón, que era su huésped,
Aunque habitaba en Ítaca. Y al punto
Hablóle de este modo: «¿Qué desdicha,
Anfimedón, á tantos, tan iguales
En años y en valer, os ha sumido
En los antros obscuros de la tierra?
En una ciudad sola no podrían
Tantos hombres ilustres reunirse.
¿Os destruyo Neptuno en vuestras naves,

Concitando las olas espantosas
Y los furiosos vientos? ¿Os han muerto
Enemigos crueles cuando andabais
Robándoles los bueyes ó los píngües
Rebaños de carneros? ¿Ó caísteis
Atacando sus casas y mujeres?
Contesta á mis preguntas; pues me huelgo
De haber sido tu huésped. ¿No recuerdas
Cuando llegué á tu casa, acompañado
Del rubio Menelao, semejante,
Á un dios, para exhortar al grande Ulises
Á seguirnos á Ilión, en sus navíos
De sólido cómbés? Un mes entero
En recorrer tardamos todo el ponto,
Y apenas si pudimos convencerle.»
«Atrida Agamenón, caudillo augusto
De valientes guerreros, respondióle
De Anfimedón el ánima, recuerdo
Todo lo que me dices, y á contarte
Sincera y puntualmente voy el modo,
Como el caso cruel de nuestra muerte
Acaba de ocurrir. Del cauto Ulises,
Ausente largo tiempo, pretendíamos
La esposa que, la muerte preparándonos
Y la funesta parca, ni negábase
Á las odiadas nupcias, ni cumplía
Nuestro ferviente anhelo, y este engaño
Peregrino inventó: principió un velo

Largo, sutil, inmenso en sus telares,
Y nos dijo capciosa: «pretendientes,
Pues Ulises ha muerto, breve tregua
Permitid á mis bodas hasta tanto
Que de tejer acabe esta mortaja
Para el héroe Laertes (porque temo
Que se me pierda el hilo) para el día
En que la negra parca le derribe;
Quizá murmuraría alguna griega,
Si sepultar dejase sin mortaja
Á un anciano tan rico.» Así nos dijo,
Y creyóla nuestra alma generosa.
Y aunque en verdad, tejía el velo inmenso
De día, por la noche, de las teas
Al resplandor, á destejer volvía
La prolija labor. Así tres años
Nuestro afan eludió, más cuando vino
[Con el giro constante de los meses
Y de no pocos días] y estaciones
El año cuarto, al fin, por una sierva
Que todo lo sabía, sorprendímosla
Destejiendo la tela, y mal su grado
La tuvo que acabar. Cuando aquel velo,
Aquella inmensa tela por Penélope
Trabajada y lavada, en brillo idéntica
Á la luna ó al sol por fin mostrónos,
Un numen enemigo trajo á Ulises
Al confín de sus campos, á la casa

Del porquerizo Eumeo. Allí su amado
Hijo tornó de Pilos la arenosa
En su velera nave; y concertada
Por ambos la matanza de los procos,
Á la ciudad vinieron: el primero
Telémaco y después su amado padre.
Trajo el porquero al héroe en figura
De un anciano mendigo, en su garrote
Apoyado y cubierto de harapientas
Y sucias vestiduras. De nosotros
Nadie le conoció, ni aun los más viejos,
Al mostrarse de súbito. De golpes
Y de afrentas, sin modo, le agobiamos;
Y él sufría paciente las injurias
Y heridas en su casa. Cuando Júpiter,
De égida portador, brío infundióle,
Las magníficas armas, ayudado
Del hijo separó; y en su aposento
Escondiólas, cerradas con cerrojos.
Á seguida á su esposa, el héroe astuto
Mandó traer el arco y hierro cano
Para nosotros, tristes, y el certamen,
De nuestro mal principio, proponernos.
Ningún proco logró (débiles eran
Para ello nuestras fuerzas) del terrible
Arco tender la cuerda; y cuando á manos
Iba á pasar de Ulises, á una todos
Prohibíamos dárselo, por mucho

Que tuviese que hablar; pero Telémaco
Al porquero ordenó que se lo diese.
Ulises recibiólo; sin trabajo
Tendió la cuerda; la saeta rauda
Por los hierros pasó; saltó á la puerta;
Paróse en el umbral; vertió en el suelo
Las saetas veloces, y lanzando
Una horrenda mirada al rey Antínoo,
En la garganta hirióle. Disparónos,
Apuntando de frente, las restantes
Saetas á los otros, y en hacina
Pavorosa caímos. Clara estaba
La protección de un dios. Llenos de furia
Por la sala corrían, derramando
La muerte por doquier; todos los procos
En la cabeza heridos, arrojaban
Lastimeros quejidos, y cubría
La sangre el pavimento. Así hemos muerto,
Ilustre Agamenón. Sin sepultura
Yacen aún nuestros cuerpos en la casa
Del animoso Ulises; pues lo ignoran
Todo nuestros amigos, cada uno
En su rica morada, de otra suerte
Nos llorarían ya, después de habernos
Lavado las heridas, y en magníficos
Lechos fúnebres puesto, pues se deben
Tales tristes honores á los muertos.»
El alma del Atrida: «¡Hijo dichoso

De Laertes, repuso, astuto Ulises,
Por fin has recobrado aquella esposa,
Modelo de virtud! ¡Tan grande ha sido
La prudencia de la hija irreprochable
De Icario, de Penélope, y tan puro
Del esposo legítimo el recuerdo
Guardó en su corazón! Por eso nunca
Perecerá de su virtud la gloria,
Y cánticos amables de Penélope
En honor, á los hombres, los celestes
Dioses inspirarán. Como de Tíndaro
La hija cruel, matadora de su esposo,
No ha cometido crímenes; su nombre
Será de odiosos cánticos asunto;
Pues ha granjeado á todas las mujeres,
Aun para las mejores, fama triste.»
Así entrambos hablaban detenidos
De Plutón en el reino, en las profundas
Cavernas de la tierra. El cauto Ulises
Y sus acompañantes la Itacense
Ciudad, dejando en tanto, al campo ameno
Llegaron por Laertes adquirido
Tras largas desventuras. El anciano
Tenía allí una casa, en cuyo torno
Corría otro edificio (9) en que habitaban,
Comían y dormían los esclavos
Á su mandar atentos. Una vieja
Siciliana cuidabale solícito.

Con el mayor cariño en aquel campo
De la ciudad distante. Allí á su hijo
Y á sus fieles pastores dijo Ulises:
«Entrad ahora vosotros en la casa
É inmolad al instante el más hermoso
De los cebados cerdos; yo á mi padre
Voy á probar y á ver si me conocen
Y distinguen sus ojos, ó si acaso
Después del prolongado apartamiento
Le soy desconocido.» A los pastores
Dió sus armas, y en tanto que en la casa
Ellos entraban rápidos, Ulises
Á la huerta fructífera acercóse,
Para ponerlo á prueba. En el extenso
Cercado no halló á Dolio, ni á sus hijos,
Ni á criado ninguno, pues habían
Ido en busca de espinos para el seto.
Aporcando una planta halló, pues, sólo
Al anciano Laertes; mal vestido
De una túnica sucia y remendada;
Con recosidas grevas de baqueta,
Atadas á las piernas, por reparo
De rasguños de espinos; con sus guantes (10)
Para evitar las zarzas, y cubierta
La afligida cabeza con un gorro
Hecho de piel de cabra. Cuando Ulises
Vió á su padre agobiado por los años
Y de dolor transido, se detuvo

Bajo un peral frondoso y á sus lagrimas
Suelta tuvo que dar. Vaciló luégo
Y deliberó en su ánimo, si al punto
Arrojarse á sus brazos y besarle
Y decirle la forma en que á su patria
Había al fin venido, ó si debía
Preguntarle primero y someterle
Á la prueba pensada; y el partido
Que mejor parecióle fué el tentarle
Primero con palabras burladoras.
Fuése, pues, á su encuentro, en esta idea,
Y mientras inclinado el buen Laertes
Aporcaba la planta, aproximósele
Su hijo ilustre y decíale: «Imperito
En cultivar un huerto no pareces,
Anciano respetable; todo se halla
Labrado á maravilla: y no distingo
Planta alguna, peral, olivo, higuera,
Parra pomposa ó cuadro de legumbre,
Que se halle en este huerto descuidado.
Pero diré también (mas no te enojes)
Que de tí no te cuidas; pues á un tiempo
Grave vejez te agobia, y sucio traje
Destrozado te ciñe; y no es sin duda
Un amo el que por causa de tu inercia
Te tiene de esa suerte; pues tu porte
Y talla majestuosa, á voces dicen
Que no son de un esclavo, sino propias

De un poderoso príncipe; y tu talle
Es de quien, tras del baño y la comida,
Sólo debe dormir, según costumbre
De los ancianos nobles. Pero dime
Con toda claridad: ¿Quién es el dueño
Para el cual con esmero minucioso
Cultivas esta huerta? Y con franqueza
Respóndeme también, pues necesito
Saberlo, si en verdad hemos llegado
Á Ítaca, como ha dicho uno, que ha poco
He encontrado, al venir: no muy agudo
De ingenio, á la verdad, pues no ha tenido
Paciencia para oirme y responderme
Cuando le he preguntado si vivía
Mi huésped, ó si acaso, ya en el Orco
Yacía entre los muertos. Oye ahora
Lo que voy á decirte. Yo en mi tierra
Dí hospedaje á un varón, el más querido
De cuantos extranjeros en mi casa
He recibido nunca. Era Itacense,
Y de Laertes hijo. Le conduje
Á mi palacio; le acogí benévolo
Con todo miramiento, pues reinaba
La abundancia en mi casa. Los regalos
Hospitales, que exige la costumbre,
Con largueza le dí: siete talentos
De oro bien trabajado; una cratera
Toda de plata, con graciosas flores

Adornada en redor, y doce túnicas,
Doce mantos sencillos, doce velos,
Y otros tantos tapices; y por parte
Cuatro intachables siervas, hermosísimas
Y excelentes obreras, que á su gusto
Designó él entre todas.» «Extranjero,
Le respondió su padre, derramando
Un torrente de lágrimas, es cierto
Que te hallas en la tierra que preguntas;
Pero los que la rigen son injustos
Y por demás perversos: á tu huésped
Inútiles presentes ofreciste,
Al darle tantas cosas. Si en su patria
Lo hubieses vivo hallado, de seguro
No te hubieras partido sin larguezas
Tras de amigo hospedaje: pues se debe
Corresponder así, con quien primero
Nos otorgó favores. Pero dime
Con precisión sincera: ¿Cuántos años
Desque á aquel triste huésped hijo mio,
Si alguna vez lo fué, diste hospedaje
Han transcurrido ya? De su nativa
Tierra y de sus amigos apartado,
Ó fué pasto de peces en las olas,
Ó de rapaces aves y de fieras
En el inmenso suelo. Ni su madre,
Ni yo que le engendramos, en la tumba
Tuvimos el consuelo de llorarle,

Ni su prudente esposa, la hacendada
Penélope, gimió sobre su lecho
Funerario, después de haber sus ojos
Adorables cerrado, según uso,
En las honras debidas á los muertos.
Mas dime la verdad: ¿Cuál es tu patria
Tu ciudad, y tus padres? ¿Dónde el barco
Está que á tí y tu gente, semejante
Á los dioses, os trajo? ¿O en ajena
Galera, como simple pasajero,
Viniste, y en dejándote en la playa
Partieron los marinos?» Respondióle
El ingenioso Ulises: «puntualmente
Te lo contaré todo. De Alibante (11)
Soy, donde tengo espléndido palacio;
Afidante es mi padre, rey ilustre,
Hijo de Polipémon. Yo Eperito
Me llamo; pero un dios de la Sicania
Me ha apartado, arrojándome á esta costa,
Bien contra mi deseo. En cuanto á Ulises,
Cinco años hace ya que de mi patria
El infeliz partió. Propicias aves
Á su diestra volaron al marcharse;
Despedíle, gozoso del augurio,
Y él mismo marchó alegre; y nuestras almas
Palpitaron de júbilo esperando
Verse otra vez acaso reunidas
Por la hospitalidad y agasajadas

Con cuantiosos regalos.» Así dijo
Y del dolor crüel la negra nube
Cubrió al triste Laertes. Un puñado
De polvo y de ceniza en la nevada
Cabeza se arrojó, y hondos gemidos
Arrancó de su pecho. Sintió Ulises
Quebrantársele el alma; y acre espíritu
Le picó en la nariz (12) al ver la pena
De su padre querido; corrió á echarse
En sus brazos, besóle, y «padre mío,
Yo soy el que tú buscas, sollozando
Le dijo; y he tornado al patrio suelo
Al cabo de veinte años. Pero cesen
Tus llantos y gemidos; pues no hay tiempo
Que perder, te diré que en mi morada,
Á los procos, en pena de sus graves
Ofensas y atropellos, he matado.»
Respondióle Laertes: «Si de veras
Eres mi hijo Ulises, de regreso
Á Ítaca, dame agora un signo claro
Para que me convenza» «Por de pronto,
Ulises contestó, mira la huella
De aquella dentellada que en el monte
Parnaso un jabalí me dió cazando.
Me habíais enviado tú y mi madre
Á la casa de Autólico, mi abuelo
Materno muy querido, á que me diera
Los dones prometidos, cuando estuvo

Aquí, en nuestro palacio. Á más, si quieres,
Te contaré los árboles del huerto
Que, siendo niño aún, me diste un día.
Yo iba detrás de tí, y uno por uno
Los pedía y andando por entre ellos
Me los nombrabas tú; trece perales
Me diste, diez manzanos y cuarenta
Fructíferas higueras, y añadiste
Que me habías de dar cincuenta surcos
De vid, entre los cuales muy lozano
Crecía el trigo, en tanto que sus uvas
De todas calidades, fecundaba
En su tiempo y sazón el alto Jove.»
Dijo: y el corazón y las rodillas
Flaquearon al anciano, conociendo
Las fidedignas señas. Arrojóse
Á abrazar á su hijo, y desmayado
Quedó sobre su seno. Cuando pudo
Recobrar sus sentidos: «¡Grande Júpiter,
Exclamó nuevamente, todavía
Hay dioses en el cielo, si los procos
Es verdad que han pagado sus maldades!
Mas ahora me temo, hijo querido,
Que acudan en tropel los Itacenses
A esta heredad y envíen emisarios
Á todas las ciudades Cefalonias.»
«Tranquilízate, padre, respondióle
El ingenioso Ulises, y desecha

Tal temor de tu ánimo. Á la casa
Próxima al huerto entremos. Allí he dicho
Que para prepararnos la comida
Vayan los dos pastores y Telémaco.»
Después de decir esto dirigiéronse
Á la preciosa casa; donde hallaron,
Al entrar, á Telémaco, al divino
Porquero y al boyero dividiendo
Carnes con profusión, y en la cratera
Negro vino vertiendo. Al gran Laertes
La esclava siciliana bañó al punto
Y ungió de suave aceite: y bella túnica
Echó sobre sus hombros: acercándose
Minerva, hizo crecer sus flacos miembros,
Y le hizo aparecer más vigoroso
Y con más majestad. Cuando del baño
Salió, al verlo á los dioses semejante,
Quedó atónito su hijo y dirigióle
Estas aladas frases: «Padre mío,
Algún dios sempiterno tu hermosura
Y tu talle ha aumentado.» El gran Laertes:
«¡Ojalá, sumo Jove, Apolo y Palas,
Exclamó, tan brioso como estuve
Frente á mis Cefalonios en la toma
De la preciosa Nérico (13), en la punta
Del continente sita, ayer pudiera
Mostrarme en nuestra casa; con los hombros
De armas fuertes cubiertos y atacando

Á los infames procos! De más de uno
Hubiera dado cuenta, de ventura
Inundando tu pecho.» Así decían
Con efusión hablando. Cuando hubieron
Los otros terminado su tarea
Y dispuesto la cena, en bellas sillas
Y sillones sentáronse, á las viandas
Alargando las manos. El anciano
Dolio llegó á seguida con sus hijos,
De trabajar cansados. La solícita
Anciana de Sicilia, madre suya,
Que amante los criara y á su padre,
Desque la triste senectud rendido
Le tenía cuidaba y de la casa,
Había ido á llamarlos. Cuando á Ulises
Vieron y conocieron, se quedaron
Espantados y atónitos; y el heroe
Con afables palabras: «Á la mesa,
Dijo, siéntate, anciano; y del asombro
Volved, pues hace tiempo que esperándoos,
Ganosos de comer, en esta sala
Estábamos sentados.» Así dijo,
Y Dolio, con las manos extendidas,
Se fué derecho á Ulises, y cogiéndole
La diestra, é imprimiendo un tierno beso
Cerca de su muñeca, estas palabras
Voladoras le dijo: «¡Amo querido,
Pues de regreso estás, como anhelábamos

Aunque sin esperanza, y á tu patria
Te han traído los dioses, plegue al cielo
Darte salud y júbilo, y alegre
Prosperidad en todo! Pero dime
Con toda exactitud, para saberlo:
¿Conoce ya Penélope tu vuelta,
Ó debemos volar para decírselo?»
El ingenioso Ulises respondióle:
«Lo sabe, ¿para qué cuidarte de eso?»
Así dijo, y el viejo en su pulida
Silla volvió á sentarse. Rodeando
Los hijos del anciano al grande Ulises,
Le dijeron también palabras gratas,
Tomándole las manos, y á seguida
De Dolio, su buen padre, se sentaron.
Mientras así comían en la mesa
Del anciano Laertes, fué la Fama
Anunciando veloz por todo el pueblo
Itacense la muerte de los procos
Y su terrible sino. Á tal noticia
Acudiendo con llantos y gemidos
Los vecinos del pueblo: ante el palacio
Se juntaron de Ulises; los cadáveres
Sacaron de la casa, y sepultura
Les dieron uno á uno; y á los de otras
Ciudades los mandaron á su patria
En rápidos navíos, tripulados
Por fuertes pescadores. Cuando juntos

En consejo estuvieron, levantóse
Eupítes, inundado de indeleble
Dolor el corazón por el fin triste
De Antínoo, su hijo, la primera
Víctima del gran Rey, y derramando
Por él amargas lágrimas, les dijo:
«¡Ese hombre ha hecho mil males á los Griegos
Unos, muchos y bravos, en las naves
Se partieron con él, y se han perdido
Soldados y galeras; y á otros, nata
Y flor de Cefalonia, los ha muerto
Al volver á su patria. Ea, corramos,
Y antes de que se parta para Pilos
Ó á la Elide divina, donde mandan
Los Epeos, marchemos á atacarle:
De otro modo cubiertos de ignominia
Viviremos ya siempre, y vil afrenta
Será su impunidad, en lo futuro,
Para todos nosotros. Si el castigo
Condigno no se impone á los que han muerto
Nuestros hijos y hermanos, ningún gozo
Hallaré ya en vivir, y mi bajada
Apresuraré al Orco. Pero vamos,
No huyan antes los crueles asesinos.»
Así dijo llorando, y los Aqueos
De él se compadecieron. El heraldo
Medón y el dulce aeda, de la casa
De Ulises se salieron, cuando el sueño

Reparador dejóles. Colocáronse
En medio de la junta, y el asombro
Se apoderó de todos. El discreto
Medón habló así entonces: «Itacenses,
No sin expresa voluntad del cielo
Cumplió Ulises su hazaña. Yo un gran numen
He visto al lado suyo, parecido
En un todo á Mentor. Ya aparecía
Ante el héroe animándole, ya andaba
Á través del salón, y espanto horrible
Á los procos causaba, que á montones
Exánimes caían.» Así dijo,
Y el pálido temor apoderóse
De las almas de todos, y el anciano
Haliterses, discreto hijo de Mastor,
Sabedor del pasado y del futuro,
Deseando su bien, en estos términos
Arengóles entonces: «Itacenses,
Oid ya mis palabras. Culpa vuestra
Es lo que ha sucedido. Ni me oíais
Á mí, nobles amigos, ni al caudillo
De soldados Mentor, cuando os instábamos
Á que pusieseis término al funesto
Obrar de vuestros hijos. Por culpable
Arrogancia arrastrados, cometían
Menguada acción, hundiendo las haciendas
Y ultrajando la esposa de aquel príncipe,
No creyendo en su vuelta. Mi consejo

No despreciéis ahora: obedecedme,
No salgamos contra él, grave desdicha
No caiga sobre alguno.» Así les dijo,
Y con grande clamorse retiraron
La mitad, por lo menos; mas los otros,
Desoyendo á Haliterses, se quedaron
Prefiriendo de Eupites el consejo,
Y corrieron á armarse. Cuando el bronce
Brillante se ciñeron, ante el muro
De Ítaca en densa turba se juntaron.
Perdido el juicio, Eupites de la hueste
Se puso á la cabeza, en la esperanza
De vengar á su hijo, cuando él mismo
Estaba decretado que muriera
Allí también, sin regresar al pueblo.
Al hijo de Saturno la palabra
Dirigió entonces Palas: «Padre mío,
Omnipotente rey, Saturnio augusto,
Le dijo, ¿no querías declararme
Tu oculto pensamiento? ¿La funesta
Guerra y terrible lucha has decidido
Prolongar, ó la paz entre unos y otros
Piensas restablecer?» «Hija querida,
El colector de nubes le repuso,
¿Á qué tales preguntas me diriges?
¿No decidiste tú que á su llegada
Los castigase Ulises? Como quieras
Obra; pero diré lo conveniente.

Pues el divino Ulises ha vengado
La injuria de los procos, sacrifiquen
Como prenda de paz sabrosas víctimas,
Y reine siempre en Ítaca. Nosotros,
De los hijos y hermanos inmolados
Borremos el recuerdo mutuamente.
Ámense como enantes y disfruten
De abundancia, de paz y de concordia.»
Con esto de Minerva, ya dispuesta,
El celo acrecentó, y del alto Olimpo,
Bajó veloz la diosa venerable.
En cuanto el grande Ulises y los suyos,
El dulcísimo afan de la comida
Hubieron satisfecho, dijo el héroe:
«Salga alguno á mirar, no estén ya cerca.»
Dijo así y obediente á su mandato
Salió un hijo de Dolio, y deteniéndose
En el lapideo umbral, vió como estaban
Ya muy próximos todos, y á su dueño
Dijo al punto: «¡Están cerca! ¡Sus! ¡al arma!
Sin tardar un momento.» Levantáronse,
Y se armaron corriendo, con Ulises
Sus tres acompañantes; los seis hijos
De Dolio, y además, aunque ya canos,
Éste y el gran Laertes, por la dura
Necesidad guerreros. Cuando el bronce
Esplendente á los cuerpos se ciñeron,
Precedidos de Ulises, franquearon

Las puertas y salieron. Acercóseles,
Semejante á Mentor en la figura
Y en la voz, la deidad de verdes ojos.
Su vista alegró á Ulises, que al instante
Habló así á su hijo amado: «En la pelea,
Donde los buenos pruébanse, procura
No deshonrar, Telémaco, la raza
De tus padres, que siempre sobre todos
Brillaron por su brío y fortaleza.»
«Ya lo has de ver, sí quieres, padre mío,
El joven respondió, como mi raza
No he de infamar yo nunca, según dices.»
Dijo, y el gran Laertes transportado
De júbilo, exclamó: «¡Supremos dioses,
Qué día para mí! ¡Mi hijo y mi nieto
Compiten en valor y en osadía!»
La ojos verdes Minerva, aproximándose
Le dijo: «¡Hijo de Arcesio, el más querido
De todos mis amigos, á la vírgen
De ojos verdes invoca y al gran Jove,
Y dispara después tu larga lanza.»
Diciendo esto, infundióle una gran fuerza,
Y él después de invocar á la hija augusta
De Jove, disparó con brío inmenso
La fortísima lanza, que hirió á Eupites,
Sin que el casco de bronce la impidiera
Pasar de parte á parte. Con horrendo
Fragor cayó el caudillo y resonaron

Sobre él sus bellas armas. El ilustre
Ulises y Telémaco, á las filas
Primeras se arrojaron, con sus lanzas
De dos cortes y espadas combatiendo;
Y mataran á todos, y la vuelta
Á sus casas quitáranles, si entonces
Palas, hija de Júpiter, alzando
Su poderosa voz no les gritara,
Paralizando á todos: «Itacenses,
Dejad la horrible lucha, y apartaos
Sin derramar más sangre.» Así les dijo,
Y el pálido temor sobrecogióles:
Al grito de la diosa, de las manos
Se les fueron las armas, y en el suelo
Cayeron con fragor; y deseosos
De conservar la vida, hacia sus casas
Presurosos huyeron. Gran baladro
Lanzó el héroe valiente y replegándose
Sobre sí, como el águila altanera
Un salto enorme dió. Pero el Saturnio
Lanzó el corusco rayo, que á las plantas
De Minerva cayó. La diosa entonces
Dijo al héroe: «Detente, astuto Ulises,
Grande hijo de Laertes, y suspende
La lucha y la refriega, para todos
Igualmente terrible, no se enoje
Contra tí el sumo Júpiter.» Tal dijo
La deidad venerable, y muy alegre

Obedecióle Ulises. Y las víctimas
Prendas de la concordia entre ambas partes
Por Minerva, hija augusta del gran Júpiter,
Asemejada en voz y en estatura
Al anciano Mentor, traídas fueron.

FIN DEL TOMO II Y ÚLTIMO.

NOTAS.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

(1) *A Forcis consagrado.*—Forcis era hijo del Océano y de la Tierra. El puerto de Ítaca, que le estaba consagrado, existía, sin duda, en tiempo de Homero. Hoy ha desaparecido.

(2) *Una gruta—consagrada á las Ninfas.*—Porfiro ha hallado en la sencilla descripción de esta gruta de las Ninfas una intencionada y profunda alegoría de este mundo. El antro es *oscuro*, porque fué hecho de una materia tenebrosa é informe; *agradable*, porque así ha llegado á ser, merced al orden por Dios establecido; *consagrado á las Ninfas*, ó sea para habitación de las almas de los que nacen. *Las urnas y hermosas piedras*, son los cuerpos amasados de tierra; *las abejas que en ellas fabrican sus panales*, son las almas que en ellos viven, animándolos y evitando su corrupción y podredumbre; *los tejidos admirables de las Ninfas*, aluden á la red de venas, arterias y músculos que cubren nuestros huesos; *las fuentes que riegan la gruta*, son los mares, ríos, lagos y lagunas; y *las dos puertas*, los dos polos; una la del Septentrión, abierta á las almas que bajan á la vida; otra la del Sur, á estas mismas almas que regresan al cielo.

(3) *Un manto doble.*—Hesiquio explica esta palabra: «Manto doble es un manto muy grande, que se puede llevar doblado.» Compruébase esto con un verso del libro XXII de la *Ilíada*, en que Andrómaca trabaja en el telar un manto *doble* y brillante.

(4) *En la peña—del Cuervo.*—El nombre de esta peña, según una tradición, quizá posterior á Homero, venía de haber muerto en ella despeñado un joven llamado *Corax* (Cuervo). Su madre Aretusa, desesperada, se arrojó á una fuente inmediata, á la cual dió su nombre.

Los jurisconsultos romanos, dando una insigne muestra de respeto al autor de la *Odisea*, acudían á este pasaje para demostrar que los cerdos pueden formar rebaños.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

(1) *Los ladradores perros.*—Esta aventura de Ulises acaeció al mismo Homero, según sus biografías. Cuando unos pescadores le dejaron en la isla de Quío, á donde le habían llevado en una balsa, dirigióse el poeta hacia un sitio donde oía balidos de cabras, y dos perros enormes se arrojaron sobre él, y le hubieran devorado sin la intervención del pastor Glauco. El poeta, agradecido al hospedaje que el cabrero le dió en su cabaña, le entretuvo agradablemente contándole aventuras de sus largos viajes.

(2) *El divino porquerizo.*—Sorprenderá quizá á alguno el ver aplicados con profusión los epítetos *divino, sagrado,* á cosas y personas; pero téngase en cuenta que en el texto homérico es equivalente las más veces á *excelente, laudable, bueno,* de igual modo que solemos usar el primero en castellano para designar hiperbólicamente la bondad de una cosa, en frases como las siguientes: *tiene unas manos divinas; canta divinamente,* etc. Recuérdese que el hebreo tiene, entre sus varios procedimientos para formar el superlativo, la posposición al nombre, de otro de calidad, como se lee en la descripción del Caos, al principio del Génesis, donde se dice traducido á la letra: *Un viento de Dios* (la Vulgata interpreta *Spiritus Dei*), para denotar un *viento fortísimo* ó *huracanado.*

(3) *Pretender á su esposa, según uso.*—Por eso de la turba

de pretendientes de Penélope, dijo Horacio con su habitual donaire:

Nec tantum Veneris, quantum studiosa culinæ.

(4) *Al fin del mes presente ó al comienzo—del otro.*—Afirma Mme. Dacier que era imposible que Eumeo entendiese este verso, muy lejos de imaginar que Ulises hablaba de un solo día. Sobre este pasaje dice Plutarco (Vida de Solón, 25): «Conociendo el legislador Ateniense la irregularidad del mes y el movimiento de la luna, que no coincide ni con el sol poniente ni con el levante, sino que en un mismo día se adelanta y se junta con el sol, determinó que este mismo día se llamará viejo y nuevo, juzgando que la parte de él que precedía á la conjunción correspondía al mes saliente, y la otra al que empezaba; siendo al parecer el primero que entendió á Homero, cuando dice:

«*Al fin del mes, ó al empezar el otro.*»

Esta disposición de Solón da motivo á un gracioso diálogo entre Fidípides y Estrepsiades en *Las Nubes* de Aristófanes. Lo que no aseguraré es que Homero estuviese tan fuerte en astronomía como suponen su docta comentadora y el biógrafo de Queronea. Ulises pudo denotar muy bien dos días, para no inspirar sospechas si fijaba más terminantemente la fecha de su regreso.

(5) *Hijo de una comprada concubina.*—No era vergonzoso en aquellos tiempos deber la existencia á una mujer no legítima. Ya lo vimos al hablar de Megapentes, hijo de Menelao, en el libro IV del poema. Grocio, comentando un pasaje del libro de los Jueces (8, 30, 31) dice al efecto: *Non erat vetitus eo tempore concubinatus, neque concubina a matrona nisi dignitate distabat.*

(6) *Y con un viento Bóreas.*—El verdadero viento, para ir sin tropiezo de Creta á Egipto, es el Noroeste, lo cual prueba que, bajo el nombre de Bóreas (Norte), comprendía Homero otros vientos secundarios, todavía innominados en su tiempo. Cuando se describe poco más adelante la vuelta de Fenicia á Creta, también se llama Bóreas al Nordeste.

(7) *Al quinto día—entramos en las aguas.*—Estrabón se halla conforme con Homero, pues dice que del promontorio oriental de Creta á Egipto hay cuatro días y cuatro noches de camino. Homero decía de parte del quinto, porque quizá la nave salió de algún puerto más lejano.

(8) *Un hombre de Fenicia—falaz como ninguno.*—Antigua es la mala fama de los Fenicios; Grocio cree que el profeta Osés se refiere á ellos cuando dice (cap. XII, 7): *Chanaan, in manu ejus statera dolosa, calumniam dilexit.* Cartago heredó la reputación de su metrópoli, y dió muchos motivos para justificar la irónica frase *fides punica.*

(9) *Tesprocia.*—Región del Epiro, frente á la isla de Corcira ó Esqueria.

(10) *Dodona.*— Perteneció primero á la Tesprocia, y después, á consecuencia de un cambio de límites, quedó en el territorio de los Molosos, también Epirotas. Junto á ella estaba el monte *Tmarus* ó *Tomarus*, donde había un templo, en cuyo recinto existía el bosque de las encinas, que por sí mismas daban los oráculos á los sacerdotes encargados de comunicarlos á los consultantes.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

(1) *Pues ya su mismo padre y sus hermanos.*—Los hermanos de Penélope, hijos como ella de Icario y Peribea, eran cinco: Damasipo, Toas, Imeúsimo, Aletes y Perilao.

(2) *Él á una cámara—perfumada bajó.*—Las reinas y princesas tenían cámaras de cedro y marfil, llenas de perfumes, donde guardaban sus vestidos y sus muebles más preciosos.

(3) *Un vaso doble.*—Se cree que αμφικύπελλον designaba un vaso ó copa sostenida sobre un pie hueco, que acaso podía servir también para contener un líquido. Aristóteles, citado por Eus-

tacio, explica la figura de esta clase de copas comparándola á las celdillas de los panales de miel, unidas por la base.

(4) *Y se guardaba el último.*—Véase el antiquísimo abolengo de nuestra frase *sacar el hondón del cofre.* Los vestidos mejores se guardaban, como del texto se deduce, debajo de todos.

(5) *Por recuerdo—del trabajo de Helena.*—Esta princesa bordaba maravillosamente. Cuando Iris fué á darle un aviso.

> en su palacio
> Tejiendo la encontró cándida tela
> Doble y ancha, en la cual entretejía
> Muchos de los combates que los Teucros
> Y Aquivos por su causa sostuvieran
> En la guerra cruel.
> (*Ilíada*, lib. III. Tr. de Hermosilla).

(6) *Hiperesia.*—Ciudad de Acaya, se llamó después Egira.

(7) *Huyo para evitar la triste muerte.*—Parece que los Griegos tenían la misma jurisprudencia que los Hebreos, entre los cuales los parientes del muerto tenían derecho á matar al homicida (Números, XXXV, 19).

(8) *Calcis.*—Río poco caudaloso de la Élide junto á una población del mismo nombre.

(9) *Cruni.*—Fuente ó mejor fuentes en las inmediaciones de Calcis.

(10) *Feas.*—Ciudad de la Élide, en la costa, sobre la desembocadura del Alfeo.

(11) *Islas agudas.*—Islotes formados por escollos en la desembocadura del Aqueloo. Deben su nombre á la forma de sus peñas.

(12) *Porquero Eumeo—le respondiste.*—Es de notar que Homero al citar las palabras de Eumeo, se dirige á él, cosa que no acostumbra á hacer con otros personajes. ¿Será esto una muestra particular de afecto al fidelísimo criado de Ulises?

(13) *Donde vuelve—su giro el claro sol.*—Delos, llamada por el poeta Ortigia, es el centro, dice Grotefend, de la tierra Homérica: y sobre ella llega el sol al punto más alto de su celeste carrera.

(14) *Siria.*—Isla del mar Egeo, entre Delos y Paros. pues debe ser la comunmente llamada *Siros* (Σῦρός), una de las Cícladas. Homero la nombra νῆσος τις Συρίη.

(15) *Aribas.*—Dícese que es un nombre fenicio, sacado de *Azrubaal*, idéntico á *Asdrúbal.*

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

(1) *El desayuno.*—Rara vez habla Homero del desayuno ó almuerzo. Se cree que los Griegos de los tiempos heroicos tenían tres clases de comidas: 1.ª, *almuerzo*, ἄριστον, llamada también ἀκρατισμὸν, porque consistía solamente en humedecer el pan en vino puro; 2.ª, *comida*, δεῖπνον; y 3.ª, *cena*, δόρπον. Pero no hay en Homero suficiente fijeza en el uso de los términos citados que á veces se emplean unos por otros.

(2) *Temeroso—de que fuese algún dios.*—El temor que inspiraba el ver á dios era grande, al extremo de creerse en algunos pueblos, como en el hebreo, que la presencia del Ser Supremo ante un hombre podía ocasionarle la muerte. La Sagrada Biblia tiene muchos pasajes que comprueban lo dicho.

(3) *Soy tu padre.*—El reconocimiento de Ulises y Telémaco es tiernísimo, y tiene bastante analogía con el de José y sus hermanos en el Génesis. Chateaubriand, sin embargo, en su *Genio del Cristianismo*, cree que el poeta pagano quedó muy inferior á la narración mosaica.

(4) *El hierro al hombre—con fuerza atrae.*— He aquí el proceso de la costumbre funesta de usar navajas y otras armas. fallado admirablemente por Homero.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

(1) *Y creciendo con el día—vaya el calor.*—Con estas y otras frases análogas da á entender Homero que la vuelta de Ulises á su patria se verificó en el otoño, estación á la que convienen las observaciones que sobre la temperatura reinante hace á veces el poeta.

(2) *Frente á Eurímaco.*—La razón de la confianza del cabrero Melánteo con el altivo príncipe Itacense, se revela en el canto siguiente, cuando habla el poeta del ílicito comercio entre Eurímaco y la desvergonzada hermana de aquél, criada desagradecida de Penélope.

(3) *Era el Argos.*—Difícilmente se hallará episodio más bello, tomado de un asunto que pseudo-críticos de alto coturno calificarían de trivial y bajo. En manos del verdadero poeta el barro puede convertirse en oro. Más conmueve (¡maravilla del arte!) la muerte del perro de Ulises, que la de altos héroes desdichadamente tratados por medianos poetas. *Telephe vel Peleu, male si mandata loqueris, aut dormitabo aut ridebo.*

(4) *Cuando al cabo—de veinte años veía á su amo Ulises.*—Se ha censurado á Homero por la excesiva longevidad que concede al *Argos*. No comprendemos por qué han de escatimarse á un poeta estas licencias; pero además, no hay tal inverosimilitud, pues aunque la vida de los perros es por lo común más breve, se dan casos extraordinarios, y este pudo muy bien ser uno de ellos. Plinio, por otra parte, habla de perros que solían vivir veinte años. *Canes Laconici vivunt annis denis, cætera genera quindecim annos, aliquando viginti.*

(5) *Lo mismo que si fuese—consumado mendigo.*—Comentando este pasaje dice Eustacio Καὶ ἰδοὺ ὁ πολυμήχανος Ὀδυσσεύς, καί τόυ ἐπαιτεῖν τεχνίτης ἐστί: Ved cuán ingenioso es Ulises; es maestro en el arte de pedir.

(6) *La Progenie de Minos.*—Idomeneo reinaba todavía en Creta cuando ocurrían en Ítaca estos sucesos.

(7) *Y Telémaco á tal punto—tan fuerte estornudó.*—Penélope toma como de buen agüero el estornudo de Telémaco, porque se verifica á la terminación de las palabras en que manifiesta sus deseos. La superstición de tener el estornudo como agüero procedía de que, viniendo de la cabeza, residencia de la razón y del juicio, se le tomaba como un signo de aprobación enviado por el mismo Júpiter. Véase en comprobación de lo dicho este pasaje de *La Anábasis de Jenofonte* (lib. III, cap. II).: «Estando diciendo esto, estornudó uno de los soldados del ejército: lo cual, como lo oyesen los otros soldados, tomándolo por buen agüero, todos á una se hincaron de rodillas, y comenzaron á adorar á Dios.»

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

(1) *Llamóle Arneo — desque nació, su madre.*—Aunque de esta frase pudiera deducirse que la madre tenía derecho á imponer el nombre que le agradase á su hijo, parece que esto solía hacerse de común acuerdo entre los padres, y aun interviniendo otras personas allegadas. «Después, cuando nos nació este hijo (dice Estrepsíades en *Las Nubes*), disputamos mi buena mujer y yo acerca del nombre que habíamos de darle..... Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio, y le llamamos Fidípides.» Más tarde veremos que á Ulises se le impone este nombre por voluntad de su abuelo materno Autólico.

(2) *Solían llamarle Iro.*—De la palabra ἰρεῖν, que significa *llevar la palabra*, *llevar recados* ó *mensajes*. Iro vale tanto, pues, como correo ó mensajero. El nombre *Iris* tiene etimología y significación idénticas.

(3) *De esos vientres—de cabra.*—Este y otro pasaje análogo podrían servir para extender la carta ejecutoria de nobleza de la morcilla, *gran bocado — digno de veneración*, que dijo jocosamente Alcázar, á pesar de que quizá ignorara su antiquísima estirpe.

(4) *Al rey Équeto —plaga de los hombres.*—Hijo de Euquenor y de Ilogea, ó, según otros, de Buqueto, rey de los Sicelos. Era cruelísimo. Para castigar un desliz amoroso de su hija, la sacó los ojos, y la condenó á moler toda su vida granos de cebada. Al corruptor le cortó en un festín todas las extremidades del cuerpo. Hay quien duda de su existencia real, y quien piensa que fué algún contemporáneo de Homero condenado á perpetua ignominia por el poeta, á quien había inferido alguna injuría.

(5) *Se morían de risa.*—Es traducción literal del original γέλῳ ἔκθανον.

(6) *En el Argos de Iaso.*—Quiere decir en el Peloponeso, pues Argos era el principal asiento de los Aqueos. Iaso fué hijo de Argos y de Evadne, padre de Agenor y rey del Peloponeso.

LIBRO DÉCIMONOVENO.

(1) *Con espléndida lámpara de oro.*—En memoria de este portento de Minerva, consagró á esta diosa un artífice llamado Calímaco una lámpara de oro, cuyo aceite, aunque ardiese día y noche, duraba un año entero. Estaba en la Acrópolis de Atenas. Demuestra este pasaje que las lámparas ya eran conocidas en los tiempos heroicos, ó por lo menos en los de Homero.

(2) *Tiene noventa—populosas ciudades.*—En la *Iliada* (libro II) se dice que Creta tiene cien ciudades, lo cual ha proporcionado un argumento, á la verdad poco sólido, á los mantenedores de la distinta paternidad de los dos poemas comunmente atribuídos á Homero. Explican esta contradicción, notable en autor tan puntual como el de la *Odisea*, suponiendo que después de la guerra de Troya debieron destruir diez ciudades los enemigos de Idomeneo. Estrabón, con más juicio, dice que Homero, en la *Iliada*, habla por cuenta propia, y cita las ciudades que Creta tenía en su tiempo, que eran ciento; si hubiera hablado por boca de otro, como en la *Odisea*, quizá hu-

biera contado tan sólo noventa. Creta, pues, tenía noventa ciudades en el tiempo de la guerra de Troya, y cien en el de Homero. Las diez de diferencia fueron edificadas por los Lacedemonios, que, después de aquella lucha, fueron con Altémenes á poblar en la isla.

(3) *Los Aqueos.*—Estos Aqueos deben ser los Lacedemonios de que se habla en la nota precedente.

(4) *Los Dorios en tres tribus divididos.*—Los Hileenses, los Dimanos y los Pánfilos.

(5) *Los nobles Eteocretes.*—Habitaban al Este de Creta, de la cual eran los primitivos habitantes, como lo indica su nombre.

(6) *Los divinos Pelasgos.*—Su primitiva población se cree que radicó en la Tesalia, de cuyo país se derramaron por otros muchos de Europa y Asia. Los citados por Homero en este lugar debían ser una colonia de Árcades ó Tesalios

(7) *Los Cidonios.*—De este pueblo y de su capital ya hemos hablado anteriormente.

(8) *Cnosos.*—Ciudad opulentísima, cerca de la costa septentrional de Creta. Era residencia de Minos y metrópoli de la isla. Próximo á ella estaba el famoso Laberinto.

(9) *Amniso.*—Río de Creta, que desaguaba en el *mare Creticum*, cerca de Cnosos.

(10) *Parnaso.*—Montaña de la Fócida, bajo la cual estaba Delfos, con su oráculo de Apolo. Los poetas han abusado de este nombre.

(11) *Peritísimo—como ningún mortal, en el perjurio—y el robo.*—Para poder tomar á buena parte este terrible elogio que Homero hace de las grandes dotes de Autólico, hoy día *presidiables*, véase la ingeniosa y erudita nota de Mme. Dacier (*L'Odyssée*, tomo IV, pág. 83 y siguientes).

(12) *El nombre lleve—de Ulises este niño.*—Ὀδυσσεύς tiene, en efecto, la misma radical que el verbo Ὀδύσσομαι, yo *me irrito* ó *enfurezco.*

(13) *La verde Aedon.*—La fábula seguida por Homero, diferente de la aceptada comunmente por otros autores (Vid. nuestra traducción de Anacreonte, pág. 242, ap. *Poetas líricos griegos*, ed. Navarro, Madrid, 1884), es la siguiente: Pándaro,

hijo de Merope, tenía tres hijas: Merope, Cleótera y Aedon. La mayor, Aedon, se casó con Zeto, hermano de Anfión, de quien tuvo un solo hijo, llamado Itilo. Envidiosa de la numerosa prole de Anfión, resolvió matar al primogénito de éste, y por una desdichada equivocación mató á su propio hijo.

(14) *Hay dos puertas—para los leves sueños.*—Son por demás curiosas y sutiles y hasta extravagantes las explicaciones que se han dado de este pasaje, imitado en la poesía latina por Virgilio (*Eneida*, lib. VI), y por Horacio (Oda 27 del lib. III). Sólo citaré una como muestra: la de Erasmo, en el lib. VIII de sus *Apotegmas*. La puerta de cuerno se refiere á la córnea, membrana externa del ojo; y la de marfil, á los dientes, parecidos á él en la blancura. Consecuencia: las cosas percibidas por la vista son dignas de todo crédito; pero de las que percibimos por el oído, hay que poner muchas en cuarentena.

LIBRO VIGÉSIMO.

(1) *En el pecho le aullaba—el corazón.*—Enérgica manera de denotar la indignación de Ulises. Imitóla Ennio: *Animusque in pectore latrat.*

(2) *Se reprendió á sí mismo.*—Este pasaje es objeto de lisonjero comentario en el *Fedón* de Platón (XLIII), siendo aducido por el divino filósofo para demostrar que el alma del hombre no es una *armonía*, como sostenían algunos, sino una cosa más divina y alta.

(3) *Las hijas de Pándaro.*—Merope y Cleótera, hermanas de Aedon, de quienes se ha hablado en una nota al libro precedente.

(4) *Alta estatura—la casta Diana.*—Cada deidad solía conceder la prenda ó virtud en que más sobresalía. Así, Juno otorga á las hijas de Pándaro su majestuosa hermosura, adecuada á unas princesas; Diana su talla arrogante; y Minerva su conocimiento y habilidad para primorosas labores.

(5) *Porque hoy día de fiesta es para todos.*—Era el día nue-

vo y viejo de Solón, ó primero del mes, en el cual se celebraban las *Neomenias*, fiestas propias de los novilunios. En ellas se ofrecían sacrificios á Apolo, como después se dice, y se verificaban las *Sisicias* (συσσίτια), ó comidas en común.

(6) *Los barqueros—habían transportado.*—Porque los ganados que Melanteo y Filecio apacentaban, estaban en la isla de Cefalonia, y era preciso atravesar en barca el pequeño estrecho que la separaba de Ítaca.

(7) *Con amarga ironía.*—Literalmente *con risa sardónica.* (Vid. Mme. Dacier, *L'Odyssée*, tomo IV, pág. 153).

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

(1) *El brillante—hierro.*—Son las hachas que han de servir para el certamen del arco.

(2) *Sentado—cerca de la cratera.*—Liodes, arúspice de los pretendientes, ocupaba este lugar, al decir de los comentaristas, para vigilar la cratera é impedir que echasen en ella alguna droga venenosa, como ya demostró temerlo uno de los procos en el libro II del poema.

(3) *El dulce vino—cegó un tiempo á Eurition, noble centauro.*—El Lapita Piritoo convidó á sus bodas con Hipodamia, hija de Adrasto, á los Centauros. El exceso del vino hizo propasarse á los Centauros, y dió origen á una terrible contienda entre ellos y los Lapitas, muy celebrada en la poesía, y asunto bastante tratado en las artes plásticas.

(4) *El cable de papiro.*—Sobre esta planta, dice Herodoto (lib. II, 92): «Tienen otra planta llamada *biblo*, de anual cosecha, cuya parte inferior, después de arrancada y sacada del pantano, se come y se vende, siendo de un codo de largo, y cortándose lo superior para otros usos.» Crecía con extraordinaria abundancia en las orillas del Nilo, y entre sus infinitas aplicaciones se usaba para cuerdas, mechas para lámparas, esteras, colchones, velas y cables de navíos, y vestidos de la clase proletaria.

(5) *Un lazo fuerte—con él echó á las puertas.*—Las puertas se abrían hacia fuera, como se indica en las comedias de Terencio. El cable podía usarse para cerrarlas, pasándolo por la anilla que tenían por dentro, y sujetándolo por los cabos á los extremos del muro, ó bien formando con él un nudo complicado y difícil de desatar, cerradura que hemos visto aplicar al cofre regalado á Ulises por Arete.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

(1) *Un postigo.*—Tal parece la traducción más exacta del ὀρσοθύρη del texto. Designaba este vocablo una puerta excusada, de un solo batiente, por lo común, que carecía de umbral, y que tocaba directamente con el suelo. Era en el salón donde se reunían á comer los pretendientes en el palacio de Ulises la única salida al patio y de éste á la calle, fuera de la principal, defendida por el héroe y sus auxiliares.

(2) *Subió por la escalera de la sala.*—Mucho ha mortificado á los comentaristas esta nueva puerta del salón que daba acceso á una escalera excusada. Según Eustacio, los antiguos, para explicarse su disposición, habían dibujado un plano, que se conservaba en ciertos manuscritos de la *Odisea*. Mme. Dacier explica cómo no pudo evadirse Melanteo por esta puerta, suponiendo que Telémaco tuvo la precaución de cerrar la que de la sala donde escondieron las armas daba salida á otros corredores, por los cuales se podía llegar á la escalera principal y bajar al patio.

(3) *Su homicida—Egida descubrió.*—Muertos los principales pretendientes, Homero abrevia con esta invención el relato del fin de los restantes, indicando poéticamente el terror que se apoderó de todos ellos. La Egida, escudo cubierto con la piel de la cabra Amaltea, nodriza de Júpiter, y adornado en el centro con la cabeza de Medusa, una de las Gorgonas, se describe bellamente en el libro V de la *Ilíada*.

Suspendió de su cuello la terrible
Egida, de brillantes rapacejos
De oro por todas partes guarnecida
Y del terror en torno coronada,
En la cual la discordia y el combate
Y el alcance en la fuga y la derrota
Entallados estaban, y tenia
La cabeza horrorosa y espantable
De la Gorgona, aborrecido monstruo
Que en su cólera Júpiter criara.

(4) *Cual los voraces buitres.*—Creen algunos escoliastas de Homero que se refiere aquí el poeta á una especie de caza que se verificaba de la manera siguiente: los cazadores se colocaban en las alturas, provistos de aves de rapiña amaestradas. Cuando los pájaros, desalojados de los montes, descendían al llano, daban en unos lazos ó redes, y para evitarlos huían en bandadas. Entonces se daba suelta á las rapaces aves, que hacían en ellas espantosa matanza. Es de advertir que la voz νέφεα, *nubes*, empleada en el texto, puede significar también una especie de *lazos* para la caza.

(5) *Aeda soy; maestro de mí mismo.*—En griego αὐτοδίδακτος. Píndaro, en la segunda Olímpica, dice lo mismo que Homero, pero con impetuosa energía:

Al cielo eleva al vate
Su natural talento;
Pero aquel á quien forma
Estudio sin ingenio,
Insoportable grazna
Como estúpido cuervo,
Que al águila de Jove
Quiere seguir rastrero.
(Trad. de *Montes de Oca*).

(6) *Junto al ara—del soberano Júpiter.*—Este dios, como protector del hogar, tenía su altar en el vestíbulo de la casa.

(7) *La rotonda.*—Así traduzco el θολός (tholus), fijándome

más bien en la forma que en el uso á que esta construcción solía destinarse. El *tholus* era un techado que servía de cubierta á un edificio circular. Según Didinio, se destinaba primitivamente á guardar los utensilios de cocina y todo lo necesario para el servicio de las mesas. En Atenas dióse este nombre al edificio en que se reunían los Pritáneos.

(8) *El azufre.*—Se usaba como desinfectante y purificador. Su empleo para el particular era antiquísimo. Cítase ya en el libro de Job. (XVIII, XV): *Habitent in tabernaculo illius socii eius, qui non est, aspergatur in tabernaculo eius sulphur.* Plinio (lib. XXX, cap. XV), citando las virtudes del azufre, dice: *Habet et in religionibus locum ad expiandas suffitus domos.*

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

(1) *Voy á deciros—mi consejo..*—Téngase en cuenta, para entender esto, que los pretendientes se retiraban á sus casas cuando entraba la noche, y con objeto de evitar la alarma consiguiente á su ausencia, ordena Ulises que se finja en palacio la celebración de una boda, para quitar toda sospecha de la catástrofe ocurrida, y tener tiempo de ponerse en salvo.

(2) *Construido..... por estas manos.*—Los reyes y reinas de los tiempos heróicos no se desdeñaban de dedicarse á los trabajos manuales y de exceder en ellos. Toda la *Odisea* es un ejemplo continuo de las ventajas que la laboriosidad trae consigo, y una verdadera apoteosis de la mujer consagrada á las faenas de su casa, tan neciamente despreciadas por muchas que, queriendo pasar por distinguidas (¿en qué?), las califican de *cursis* cuando no de denigrantes. La holgazanería con los vicios, excesos y desdichas consiguientes, está pintada de mano maestra en los orgullosos pretendientes, sobre los cuales deja caer al fin su poderosa mano la invencible Minerva, diosa del saber y de las artes.

(3) *Sus rápidos corceles—Faetonte y Lampo.*—La doctísima

Dacieria recomienda este verso á los pintores que traten de pintar el carro de oro de la rosada Aurora.

(4) *Y ambos alegres—ocuparon el sitio de costumbre—en el antiguo lecho.*—Aquí ponían Aristarco y Aristófanes el gramático el fin de la *Odisea*. Refuta su opinión el arzobispo Eustacio, y en general no se duda de la autenticidad de los versos que hay hasta el final de este libro y de los que constituyen todo el siguiente. El asunto de la *Odisea*, en efecto, no es sólo la vuelta de Ulises á su casa y el castigo de los arrogantes pretendientes, sino la toma de posesión de sus estados, y la terminación pacífica de la lucha anunciada y temida, á que había de dar motivo su terrible matanza. Por eso entendemos que el poema termina real y completamente cuando Minerva da fin al principiado combate, poniendo en dispersión á la facción itacense y conteniendo el ímpetu de Ulises.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

(1) *El Cilenio Mercurio.*—Mercurio había nacido en el monte *Cilene* de la Arcadia, de donde proviene el epíteto con que aquí le designa Homero. El astuto numen ejerce aquí uno de los cargos de que la Mitología greco-romana le creía investido, el de ξυχοπομπός, *ó conductor de las almas*. Como era extraordinario, dentro de aquellas creencias, que las almas descendiesen al infierno, antes de ser enterrados los cuerpos con los que estuvieron unidos, Aristarco, apoyado en esto, entre otras razones, á la verdad poco sólidas, niega que este canto XXIV sea original de Homero. Objeción á que contestan agudamente otros comentadores, que bien pudo Mercurio, bisabuelo de Ulises, dispensar á aquellas almas de ciertas formalidades que sabía habían de llenarse en breve, para evitar que las sombras de los insepultos atormentasen á su heróico pariente. Pero sin necesidad de quebrantar consigna alguna de la burocracia, digámoslo así, de ultratumba, ya hemos visto que la sombra de Elpenor, abandonado en la isla de Circe, llegó al Erebo antes de

que á su cadáver se tributasen los honores fúnebress; lo que prueba que éstos no eran tan de rigor como se supone.

(2) *La roca de Leúcade.*—Al Poniente de Ítaca, frente á la Acarnania, había una roca, célebre por los saltos que de ella daban los amantes desesperados para curarse de una pasión devoradora. Llamábase de *Leúcade*, á causa de su blancura; y á ella quizá alude Homero en este pasaje.

(3) *Del sol las claras puertas.*—Quiere decir el Occidente, donde supone están las puertas por donde el sol, al ponerse, se precipita en las aguas.

(4) *Y de Ayante.*— Permítaseme romper una sola vez la tradición, dando á Ayax el verdadero nombre que debiera tener, según nuestra manera de transcribir nombres griegos. Hermosilla, también por necesidades métricas, hizo esto mismo en su traducción de la *Iliada*.

(5) *Las nueve Musas.*—Aristarco se indignó porque Homero se atrevió á contar las Musas. El papel de crítico severo que se impuso, le llevó aquí demasiado lejos. La tradición había ya fijado su número y sus nombres, y el poeta no hizo más que seguirla, como era su deber en cierto modo, según lo exige la verdadera poesía épica.

(6) *Efesto.*—Nombre griego de Vulcano.

(7) *Tus cenizas están con las del hijo de Menecio.—Patroclo, reunidas.*—En cumplimiento de la promesa que Aquiles hiciera á la sombra de su adorado amigo (*Iliada* XXIII).

> «Los huesos de los dos contenga unidos
> La urna preciosa de oro que tu augusta
> Madre te dió al partir.»

(8) *Helesponto.*—Hoy estrecho de los Dardanelos.

(9) *Corría otro edificio.*—El edificio de que aquí se trata, llamado κλίσιον, era una especie de cabaña, donde se alojaban todos los mozos de labranza. Dábase también en el Ática este nombre á un lugar destinado á guardar los bueyes, los arados y otros aperos. Era lo que los romanos llamaron *Stabula*.

(10) *Con sus guantes.*—El uso de los guantes era conocido de los Griegos, según de este pasaje se desprende, desde una antigüedad bastante remota. Nótese, sin embargo, que se usan

con un objeto útil, y no como prenda de lujo, cosa corriente entre los Persas, al decir de Jenofonte.

(11) *Alibante.*—Ciudad de situación desconocida, aunque Eustacio supone que era Metaponte, al Sur de Italia, en la después llamada *Magna Græcia.*

(12) *Acre espíritu—le picó en la nariz.*—Efecto fisiológico del contenido deseo de llorar, que siente Ulises á la vista de su padre. Aristóteles no estuvo en lo cierto al atribuirlo á la cólera, que no cuadra en situación semejante.

(13) *Nérico.*—Antigua ciudad de la isla de Leúcade. Para comprender el pasaje que á ella se refiere, hay que tener en cuenta que en tiempo de Ulises Leúcade era una península unida por un estrecho istmo á la Acarnania. Los Corintios lo cortaron, cuando mandados por Cipselo y Gergaso se apoderaron de todo aquel país hasta el golfo de Ambracia.

LA BATRACOMIOMAQUIA

HOMERO

LA

BATRACOMIOMAQUIA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL GRIEGO

POR

D. GENARO ALENDA

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

La guerra de las ranas y de los ratones, que esto significa la voz *Batracomiomaquia*, es uno de los poemas burlescos que produjo en su período más brillante la literatura helénica: poema que no tuvo rival en la antigüedad, y que supera, en sentir de juiciosos críticos, á las numerosas composiciones del mismo género, ensayadas por los poetas de los últimos siglos. He aquí en breves líneas su sencillo argumento.

Un ratón que ha escapado felizmente de la sagacidad y vigilancia de los gatos, sus naturales enemigos, dirígese y llega, ansioso de apagar su sed, á un estanque inmediato. Acierta á verlo una vocinglera rana, y entablándose entre ambos un diálogo en toda forma, danse cuenta de sus altos linajes, y ponderan el bienestar y los regalos que disfrutan en

sus viviendas respectivas, dejando ver en todas sus frases cierto espíritu de vanidad y de soberbia.

Queriendo la rana que su interlocutor y huésped viese por sus propios ojos y admirase la grandeza y maravillas de su morada, le ofreció conducirlo sobre sus hombros; y una vez aceptada invitación tan generosa, saltó el ratón sobre el cuerpo de la rana, y después de colocarse y asegurarse lo mejor que pudo, viósele cruzar regocijado las ondas, sin que le turbase el menor recelo. Percances y averías que no era para él ni preverlas, ni mucho menos remediarlas, ocasionaron muy en breve su naufragio; y aquel infeliz, víctima de su insensata curiosidad, vino á morir en medio de las aguas, no sin haber pasado por la más horrible agonía.

Noticiosos los ratones del suceso, y dejándose llevar de su cólera, desafían sin más averiguaciones á las ranas, estallando entre uno y otro pueblo la guerra más espantosa, en la cual, así como en las guerras heroicas cantadas en los poemas grandes y serios, tuvieron su intervención las divinidades del Olimpo. Júpiter, que antes de sonar la hora del combate se mostraba dispuesto á ayudar y defender á los ratones, viendo después que llevaban lo peor las ranas, se declaró su protector, y tentados inútilmente otros recursos, envió por fin en su socorro una hueste de animales tan raros y monstruosos en su figura, como formidables por sus armas y agre-

sión inesperada y violenta. Considerando los ratones que su derrota era inevitable, á toda prisa abandonaron el campo, y con un hecho de tanta ignominia, vióse acabada aquella guerra en que se peleó con valor y empeño dignos de ser cantados por el primer poeta del mundo, pero que costó la vida á tantos ilustres héroes.

Los debates sostenidos por eminentes helenistas sobre el verdadero autor de la *Batracomiomaquia* y sobre la edad en que fué compuesta, así como los comentarios, traducciones é imitaciones que de este pequeño poema se han hecho en todas las lenguas modernas, acreditarían bastantemente su mérito, si no lo probasen hasta la evidencia su plan, su desarrollo y proporciones, su complexión y forma clásica, la propiedad y corrección de sus descripciones, y más que todo su noble y levantado estilo, que es la condición primera y el carácter esencial de la parodia épica.

Aun cuando está persuadido el traductor de que en este juguete literario quedan muy deslucidas las bellezas del original, se atreve no obstante á ofrecerlo al público, alentado por la benévola aprobación de personas entendidas, y en la creencia de que, aun con todos sus defectos, tal vez pueda proporcionar un rato de agradable entretenimiento á sus indulgentes lectores.

LA BATRACOMIOMAQUIA.

Al comenzar mi canto,
Ruego á las sacras Musas
Que dejen de Helicón el alto asiento
Para ceñirme en apacible coro.
Yó su divino aliento
Y de sus labios la dulzura imploro;
Que sobre mis rodillas
Las tablas puse, y á contar me apresto
El gran tumulto y la mayor contienda
Que Marte pudo obrar, para que llegue
Á noticia de todos los mortales.
Canto la cruda guerra
Que á las ranas llevaron los ratones,
Emulando en valor y árduas acciones
Á los Gigantes que parió la Tierra.
De empresa tan sonada

Una edad á otra edad dejó informada,
Y según desde lejos y fielmente
De los hombres se guarda en la memoria,
Tal fué el origen de tan grande historia.

Su barba delicada
Un ratón sitibundo cierto día
En el vecino estanque sumergía.
Del peligro del gato ya seguro,
Con el fresco licor, copioso y puro
El ardor de su sed satisfacia.

Por entre las flotantes
Y destejidas ovas, una rana
Que por sus cantos y variados tonos
Es del agua el amor y regocijo,
El rostro asoma; cércase á la orilla
Y dirige al ratón, que la oye atento,
Este grave y cortés razonamiento:
«¡Hola! huésped amigo: ¿Tú quién eres?
Á esta margen, ¿de dónde eres venido?
Tus padres, ¿quiénes son? ¿dónde has nacido?
Háblame con verdad y con lisura,
Que si eres por ventura
De mi fiel amistad digno sujeto,
Por tus prendas y sangre señalada
Mi amistad te prometo
Trayéndote conmigo á mi morada.

Muchos aquí tendrás, bellos presentes:
Que yo soy Fisignato;
En este vasto imperio soy quien usa
Nombre y mando de rey,
Quien todas estas ranas acaudilla;
Mi padre fué Peléo, Hydromedusa
Dióme á luz del Erídano en la orilla.
Mas, ¡ay, noble extranjero!
Asombrado también te considero.
Eres asaz garrido,
De miembros bien fornido
Y en las lides serás osado y fiero.
Rey sin duda eres tú: rey me pareces
Que el aurco cetro empuñas arrogante.
Rompe el silencio pues: dime al instante
Á qué ilustre familia perteneces.»

«Extraña es la pregunta»
El huésped le responde.
«¿Mi origen tú no sabes
Siendo de todo el mundo tan sabido?
Por dioses y por hombres conocido
Y por las mismas voladoras aves.
Sijárpas es mi nombre; el generoso
Trojártas es mi padre;
Pernotracto, monarca poderoso,
Engendró á Licomyl, y ésta es mi madre.
En tugurio nacido

Noble, bien proveído,
Yo vivo en el regalo y la abundancia;
Con el higo, la nuez y otros melindres
Acariciaron mi dichosa infancia.
Mas ¿posible será que á entrambos una
La amistad con sus lazos fraternales,
Cuando naturaleza
Hános criado en todo desiguales?
Mientras vives gozoso
En las aguas, tu plácido elemento,
Yo comparto dichoso
Con el hombre, la casa y el sustento.
Mira: pan exquisito
Redonda cesta ofrece á mi apetito.
Nunca á mis linces ojos
El hígado se esconde
De sus blancas telillas rodeado,
Ni falta en mi despensa
Queso recién traído de la prensa,
De suavísima leche fabricado.
De pernil con tajadas sustanciosas
Yo alimento mi vientre cada día,
Y con tortas sabrosas
Bien cubiertas de miel y de alegría.
Y en mis armarios sobran
Las dulces confituras
Que adornan los banquetes celestiales,
Y aquellas tan buscadas

Viandas regaladas
Que comen acá bajo los mortales,
Con varios condimentos sazonadas.
La guerra es mi placer; nunca medroso
Esquivé yo la lid: que en percibiendo
El ruido de las armas, furibundo
Parto, y con mis amigos me confundo,
En las primeras filas combatiendo.
Y aunque es de gran poder y gran fachada,
Tampoco al hombre temo.
Al irme á descansar, en el extremo
De un dedillo del pie le clavo el diente;
Pero tan suavemente
Que pasa aquel roer inadvertido:
Yo prosigo á mi techo,
Y él prosigue en su lecho,
Durmiendo á pierna suelta, bien dormido.
No negaré que el cepo
Háme dado algún susto,
Y algún grave disgusto:
Ese cepo maldito
Donde en celada están hados traidores
Y que ha costado ya tantos clamores.
El gabilán y el gato
Miedo también me infuden:
El gato sobre todo, animal fiero,
Que al verme penetrar en mi guarida,
Asáltame, y no aparta ya en su vida

El ojo y la intención del agujero.
Males aquestos son; pero ni coles,
Ni rábanos yo como por fortuna;
No probé las acelgas en mi vida
Ni calabaza ni apio: desabrida
Y triste provisión de tu laguna.»

«Á deshora te engríes.»
Responde sonriendo Fisignato,
«Y ensalzas la riqueza
Y grande varidad de tu alimento;
Pues sirve á nuestro vientre de sustento
Cuanto extraño manjar naturaleza
En el agua y la tierra ha producido:
Que dió á las ranas el Saturnio Jove
En el uno vivir y otro elemento
Entre ambos nuestro albergue compartido.
¿Quieres verlo por tí? bien fácil cosa;
Á mi estancia real sobre mis hombros
Vendrás á tu placer, yo te lo fío;
Más guarte: por prudencia
Trata de asirte bien al cuerpo mío
Y no pongas á riesgo tu existencia.»
Volviéndose la rana, así decía
Al huésped, y su espalda le ofrecía.

Salta con fácil salto
El ratón atrevido,

Y logra acomodarse,
Quedando, para más asegurarse,
Al tierno cuello de la rana asido.
¡Que alegre va Sijárpas
En el primer momento,
Gozando aquel tan grato
Nadar de Fisignato,
Sin zozobra, de todo miedo exento!
En gentil ademán así costea
La laguna, y las márgenes hermosas
Disfruta, y con las vistas deliciosas
De los vecinos puertos se recrea.
Mas ¡ay! que de repente
Resbalarse, mojarse, hundirse siente,
Y alterado, afligido,
Se le saltan las lágrimas del miedo,
De su error, aunque tarde, arrepentido.
Sus cabellos arranca;
Con sus pies á la rana el vientre oprime,
Y en aquél su naufragio desusado,
Tiémblale el corazón atribulado,
Y ansioso de volver á tierra, gime:
Gime y su cola extiende,
Mísero imaginando
En tan dura ocasión y lance extremo,
Si su cola podrá servir de remo.
Inútil todo arbitrio contemplando,
Á los supremos dioses importuna,

Rogándoles con llanto y hondo ruego,
Que le dejen salir de la laguna.
Pero en las aguas sin cesar se hundía,
Y doblados su lloro y sus lamentos,
En su amarga aflicción, estos acentos
Bien claros de su boca despedía.
«¡Ay, cuanto más segura,
Europa, la indiscreta
Burlada ninfa, respiraba, cuando
El Toro por la mar ancha nadando,
La carga de su amor condujo á Creta!
Y yo por esta rana conducido,
Que ya á mi peso cede,
Que apenas ¡ay! sacar del agua puede
El amarillo cuerpo desvalido.»

Una grande culebra
Sobre las aguas súbito aparece
Con la garganta aterradora erguida.
Sijárpas se estremece;
Se asusta Fisignato, y escapando
Con rápida, no vista zambullida,
En lo hondo, lo más hondo se guarece.
Así pudo salvarse, y ni siquiera
Pensó que el noble huésped que traía,
Sin amparo en las aguas moriría.

De espaldas el ratón cayó tan luego

Como escapó la rana, y rechinando
Los dientes con chirrido formidable,
Y las crispadas manos agitando,
Batalla en aquel piélago insondable,
Y ciego entre sus ondas se revuelve:
Ora á flor de agua calcitrando sube;
Ora en fácil descenso al hondo vuelve.
No hay remedio á su mal: que ya empapada
Y empapándose más la piel, á hundirse
Tira el enorme peso, y al cuitado
Lleva hacia lo profundo; más pasada
Aquella angustia y confusión primera,
En posición supina sube y fuera
Sin arbitrio ni fuerzas sobrenada.
Y en su triste agonía,
Con débil y honda voz así decía:
«En vano tú pretendes
Ocultarte á los dioses,
Habiendo un negro crimen consumado.
Á un náufrago infelice de tus hombros,
Cual de insensible roca, has despeñado.
No esperabas vencerme en la ribera
Al salto, al pugilato y la carrera:
Por eso, fementido,
Al lago me has traido
Á que en sus aguas sin consuelo muera.
Mas ¡ay! que en tí del Jove omnipotente
El ojo vengador está clavado.

En armas vendrá todo el pueblo mío;
Pronto á sus golpes morirás, impío,
Y de tu crimen quedaré vengado.»
Habló de aquesta suerte,
Y despidió el suspiro de la muerte.

El trágico suceso que pasaba
En el funesto lago, contemplaba
El buen Licopinante
Oculto entre las hierbas de la orilla.
Tómale un gran pesar, y chilla, chilla,
Y así dando chillidos, corre y lleva
Á su pueblo la triste y fatal nueva.
Sus ayes por el viento derramados,
De hondo despecho á los ratones llenan;
Y en ira levantados,
Y movidos de rabia vengadora,
Por voz de pregoneros luego ordenan
Que todos, al quebrar la nueva aurora,
Acudan al palacio de Trojártas
Padre del buen Sijárpas sin ventura:
De aquel cuerpo sin vida,
Que ya no está do estaba;
Pues las aguas con fuerza no sentida
Del verdín de la márgen lo apartaron
Y allá al medio del ponto lo llevaron.
Y el bando se cumplió: que apenas vieron
La luz de la mañana en el Oriente,

Con noble afán y paso diligente
Al palacio real todos corrieron.
Y en medio el gran concurso,
Y del hondo silencio, el infelice
Soberano el primero se levanta,
Y con voz que se anuda en su garganta,
Y el corazón doliente así les dice:
«Aun cuando de la parte de las ranas
Un gravísimo daño, sin ejemplo,
Á mí solo se infiere ¡oh mis amados!
Á todos os contemplo
En mi infortunio y mal interesados.
¡Ay! ¡cuán grande es mi mal! Tres hijos tuve
Y á todos tres perdí. Dejó su vida
El primero en los dientes de un ruin gato
Que fuera le asaltó de su manida.
De morir entre bárbaros tormentos
Al segundo llegó la fatal hora,
Y cayó en una trampa el desdichado;
Armadijo funesto que ha inventado
De los hombres la raza engañadora.
El tercer hijo mío
¿Quién ignorar podía
Que de su honesta madre era el encanto
Y mi consuelo; la esperanza mía?
Pues el rey de las ranas, con halago
Llevándolo á su casa, al inocente
¡Oh iniquidad! precipitó inclemente

En los hondos abismos de ese lago.
Corramos, pues, amigos: ¡sus! volemos;
Á vestir nuestras armas sin tardanza,
Y á las pérfidas ranas, en venganza,
La guerra y exterminio les llevemos.»

Esta arenga del rey persuade á todos,
Y corriendo en tropel y armas buscando,
Nada á su acierto y su primor se iguala;
Es Marte quien los viste y acicala,
Tan grande empresa sobre sí tomando.
Por duras grebas y coturnos bellos,
En las robustas piernas todos ellos
Verdes cortezas de habas se ponian
Que en la noche anterior cenado habían,
Ciñéndose con arte y bien sujetos
De piel de gato y caña recios petos.
De aquellos broquelillos relevados
Que llevan en su centro las lucernas
Y son de duro hierro fabricados,
Cada cual, como pudo,
Forjó de pronto, y embrazó su escudo.
Fuertes, largas agujas
Empuñan con braveza,
Que les sirven de lanzas aceradas,
Y cubren con presteza
La frente y la cabeza
Con cáscaras de nueces por celadas.

Todos así alistados,
Salen precipitados
Por esta y la otra parte
Con bélica locura,
Luciendo su armadura,
Toda férrea armadura obra de Marte.

Cuando la fama y el rumor confuso
De la guerra llegaron
Al estanque, las ranas temerosas
De las aguas salieron tumultosas
Y fuera en las orillas se juntaron.
Sobre el terrible mal se habla y consulta
De que nace aquel súbito alzamiento;
Y cuando con más ansia se inquiría
De qué lado la guerra les caía,
Y la ocasión cuál era y fundamento,
Con el cetro en sus manos un rey de armas,
Embasictro, ratón de audacia y brío,
Hijo de Tyroglifo, se presenta,
Y á la gran multitud que escucha atenta
Hace así su embajada y desafío:
«¡Oh ranas! A vosotras enviado
De mi pueblo y mi rey, vengo á deciros
Que os toca á la defensa apercibiros,
Pues con guerra amenazan vuestro Estado.
Que aquí á Sijárpas vieron
Flotar sobre estas aguas ya sin vida,

Y que le ahogó con mano fementida
Vuestro rey Fisignato, allá entendieron.
No haya, pues, dilación, y luego al campo
Salgan quienes nacido
En este lago hubieren
Con fuerza y con valor, y propusieren
Dar muestra de linaje esclarecido.»

Solemnemente ejecutado el reto,
Despareció el heraldo; su mensaje
El sobresalto y estupor difunde,
La soberbia abatiendo de las ranas;
Y universal murmullo
De acusación estalla, y recio cunde
Contra el rey Fisignato, quien astuto
Calma el grande alboroto, á la asamblea
Hablando de esta suerte
Con entero semblante y voz segura:
«Á Sijárpas ratón no dí la muerte,
Ni le ví perecer; él por ventura,
En la orilla triscando bullicioso,
Por interior impulso y movimiento
Nadar como las ranas ha querido,
Y arrojándose al agua, ha perecido
Víctima de su loco atrevimiento.
Y esos levantadores de mentiras
Acúsanme de un crimen mal forjado;
Y pues ellos provocan nuestras iras,

Que paguen con la muerte su atentado.
¿Guerra injusta y cruel nos amenaza!!
De que perezcan los ratones todos,
Medios se acuerden y segura traza.
Escuchad mi opinión: luego debemos
Adornar nuestros cuerpos bien erguidos
Con armas, y con ellas defendidos,
Un lugar elevado buscaremos.
Vendrán, se arrojarán, y en punto y hora,
De trabarse la lucha, cada rana
Al ratón que topare de más cerca
Impávida le rete,
Y asiéndole sagaz por el almete,
Enredada con él salte á la alberca:
Que en la arte de nadar siendo inexpertos,
Veréislos todos por el agua muertos.
Y allá en la alta ribera,
Lugar á do nos llama la victoria,
Henchidas nuestras almas de contento,
Se erigirá durable monumento
Que su oprobio atestigüe y nuestra gloria.»

Fisignato acabó, y á sus valientes
Armó de todas armas; diligentes
Buscan hojas de malva
Con que sus piernas vigorosas ciñen,
En vez de martingalas y esquinelas.
Toman hojas de acelga, y bien dobladas,

Y al cuerpo con estudio acomodadas,
Sírvenles de corazas y escarcelas.
Para cubrirse y reparar los golpes
En la revuelta lid, sendos escudos
Se labran, recortando hojas de coles,
Y lucen con semblantes muy galanos,
Por lanzas, largos juncos en sus manos,
Y por yelmos delgados caracoles.
Toda la gran caterva así vestida,
Sin ninguna tardanza el campo mueve.
Y llenos de furor los corazones,
Blandiendo sus lanzones
Con la faz altanera,
Por el mullido herbaje van trepando,
Como punto estratégico, ocupando
La parte superior de la ribera.

Conturbado el Olimpo
Por lo que abajo pasa, acá en la tierra,
Júpiter congregó á los inmortales.
Á contemplar les mueve
Lo inmenso de la guerra,
El número asombroso de guerreros,
Grandes, potentes, fieros;
Tanto arnés, tantas lanzas fulminantes;
De armas y voces el sonoro estruendo,
Los campos al opósito viniendo
Cual tropas de centauros y gigantes.

Y asomada á su rostro
Sonrisa celestial, las soberanas
Voluntades consulta y va explorando.
Quiénes, pregunta, auxiliarán las ranas;
Quiénes están por el opuesto bando.
Y á Minerva tornando
Dulcemente sus ojos, le decía:
«¿Amparará tu escudo á los ratones?
¿Combatirás por ellos, hija mía?
Pues viven en tus templos,
De justicia será que los defiendas:
Que allí los ves danzar, y sus manjares
Su deleite mayor son tus ofrendas,
Y el suavísimo olor de tus altares.»
Las palabras del hijo de Saturno
Volaban resonando todavía,
Cuando la bella Palas
Con semblante de enojo respondía:
«Nunca por los ratones, padre mío,
Mi egida tersa y dura
Brillará, ni mi lanza, en la pelea,
Por más que yo los vea
En el último trance y aventura.
Que me muerde, en verdad, y me remuerde
Pensar cómo se gozan
En beber de mis templos el aceite,
Y por un tan sacrílego deleite,
Cómo aureolas y lámparas destrozan.

Y hasta un hermoso velo
Que yo misma he tejido,
Poniendo en obra tal todo mi anhelo,
Sin ninguna piedad me lo han roído.
Velo sutil, de trama delicada,
Que con esmero hilada
Fué por mis manos y en mi rueca de oro.
Pero otro mal, oh Padre omnipotente,
Me aflige de presente,
Que es á los dioses de mayor desdoro.
Como al labrar el velo me veía
En gran necesidad, diéronme á usura,
Y todo en el estambre consumido,
No sé con qué pagar este zurcido,
Y día y noche el zurcidor me apura.
Mas tampoco á las ranas
Protegerá mi egida;
Que de cerebro son harto livianas,
Y estoy dellas también harto ofendida.
Ya probarán mis iras: una noche
De tumultuosa lid me retiraba:
Á mis ojos buscaba
Un profundo dormir, no interrumpido:
Que el cuerpo asaz rendido
Sueño reparador necesitaba.
Pero huyó de mis párpados el sueño,
Que la grey de las ranas importuna
Me lo espantó, el silencio perturbando,

Revuelta extrañamente la laguna,
Y todas locas sin cesar gritando.
Así pasé la noche hasta la hora
En que el gallo cantó, bien desvelada:
El alma consumida de tristeza,
Y mi pobre cabeza
De dolores agudos traspasada.
Pero, ¡oh supremos dioses!
Aun cuando sobrehumana
Aparición se oponga á la porfía
De aquellos ferocísimos guerreros,
Nunca en su furia insana
Cesarán de la bárbara contienda.
Antes miro posible que pugnando
De cerca las escuadras, desarmando,
Aguda lanza ó dardo nos ofenda.
No descendamos, pues, ni nuestra ayuda
Al uno ni otro campo dar pensemos
Con nuestra fuerte mano;
Y aquí, desde el Olimpo soberano
En verlos combatir nos deleitemos.»
Calló Minerva, y los excelsos dioses,
De su consejo y opinión vencidos,
Al tiempo en que las huestes avanzaban,
Á ver la lid desde la altura estaban,
Y en un mismo lugar todos reunidos.

Hacen en este punto dos heraldos

De guerra la señal; treme la tierra.
Densa nube de cínifes la guerra
Va por los aires libres anunciando,
Las ingentes trompetas resonando
Con hórrido tañido
Que al pecho pone duelo;
Y Jove con un súbito estampido
Da la señal de guerra allá en el cielo.

Con su lanza Ipsibóas
Al ratón Licanor hiere el primero,
Que pugna en la vanguardia cual valiente.
En el hígado herido
Del pasador certero,
Acabadas sus fuerzas cae de frente
Sonando con estruendo la armadura;
Y ya despojo de la muerte fiera,
Su lasa cabellera
Se arrastra por el polvo y sangre oscura.

Corre contra Ipsibóas
El ratón Troglodita,
Ansioso de venganza.
Hiérele, y á Pelión acometiendo,
Le hunde en el pecho la fornida lanza,
Partido el disco con que se abroquela;
Y en el polvo cayendo
La rana exangüe, inerte,

Tomándole la muerte,
Rápida el alma de sus miembros vuela.

Al ratón Embasictro
Furioso Setaléo
La viva punta de su junco mete
En medio el corazón. En tal instante
A Polisón Artófago arremete
Jugando del aguja fulminante,
Y herido el vientre de mortal herida,
Vuela el alma del cuerpo desprendida.

Pero al verlo espirar, tendido en tierra,
Su amigo Limnocáris, más furioso,
Un canto enorme aferra,
Grande como una rueda de molino;
Lánzalo á Troglodita, despechado,
Y, hundida al golpe la cervíz, cercado
De tiniebla mortal, á tierra vino.

Con Limnocáris á encontrarse llega
Otro ratón sañudo
Que también Licanor tiene por nombre.
En el hígado, roto el verde escudo,
Clava la sutil punta
De la aguja ligera:
Que su mano certera
La lanza lleva adonde el ojo apunta.

Y salta á más saltar, huyendo al agua,
Seguro de la muerte,
Crambófago, al mirar tan grande estrago.
Pero á su salvo, por su negra suerte,
No la fuga logró: que perseguido
Por Licanor hasta el confín del lago,
Cae por la espalda herido,
Y entre las bascas de la muerte acerba,
Sobre la oscura hierba,
Para no alzarse más, quedó tendido.
Y de las aguas el color mudaba
La sangre que en arroyos purpurinos
De la orilla bajaba,
Do el mísero guerrero palpitaba,
Envuelto en su ijares é intestinos.

De su junco Limnisio confiado,
Á Tirófago asalta,
Y de vida y arneses lo despoja.
En esto Pernoglifo denodado,
Con Calaminto á combatir se arroja;
Mas Calaminto al ver al ratón fiero,
Que le acosa, amagándole su acero,
El miedo de morir su sangre hiela,
Y huye al lago, tirando la rodela.

Lance de oprobio fué; pero entretanto
Allá otros héroes con ardor pelean

Defendiendo del lago la alta fama:
Por ella el diestro y fuerte
Borboracidas á Piltrao dió muerte;
Por ella batallando sin reposo
Hydrocáris valiente,
Acometió á Pernófago, brioso
Campeón, de ilustres reyes descendiente.
Pero en vez de su junco, una gran piedra
Á Pernófago arroja, meditando
El cráneo deshacerle; y tal su tino
Fué, y la pedrada tal, que vacilando
El regio combatiente, al suelo vino,
Por la naríz los sesos destilando.

Arrójase al feroz Borboracidas,
Sin dar tregua á la lid Licopinante.
En vano opone aquél su verde escudo:
Que en tan funesto instante,
Traspasado cayó del hierro agudo;
Y sus ojos, al héroe sin ventura,
De la muerte cubrió la sombra oscura.

Con ánsia de vengar el triste caso
Prasófago sorprende
Al ratón Nisodiocto no advertido.
Por un talón le prende
Tomándole la vuelta con fortuna,
Y arrastrando, lo arrastra enfurecido

Hasta dejarlo ahogado en la laguna.

Y apenas de las ondas asomaba
Á tentar nuevo ardid la rana artera,
Cuando Sicarpo le arrojó su lanza,
Por vengar sus amigos que perecen
En el tumulto y general matanza.
Y aunque el golpe evitar ágil procura
El contrario, á sus pies cayó sin vida,
Y el ánima escapando por la herida,
Bajó del Orco á la mansión oscura.

Sintiendo el grave caso Pelobátes,
Rana hazañosa y diestra en los combates,
Una pella de lodo
Á Sicarpo despide,
Con que los ojos le cubrió y la frente.
Casi ciego quedó, mas no se arredra
El bravo combatiente;
Antes ardiendo en cólera terrible
Su pecho, y levantando una gran piedra,
Que es de la tierra carga insostenible,
Bajo de las rodillas
Á Pelobátes sin piedad la arroja,
Y la pierna derecha destrozada,
Entre quejidos de mortal congoja,
La rana cae en el polvo, trastornada.

El mortífero junco en su socorro
Viene á poner Crohasida: al desarmado
Ratón, con saña fiera,
Clávaselo en el vientre. El malhadado,
Cayó de parte á parte atravesado,
Y su sangre y entrañas vienen fuera,
Al retirar la lanza de la herida
La vigorosa mano de Crohasida.

Mientras Sicarpo bueno así entregaba
Por los suyos el alma generosa,
Sitófago, cobarde, que miraba
Seguro ya su fin, despavorido
Huye, honor y deber dando al olvido.
Huye, y del campo en rápida carrera
Desparece, de angustia el pecho lleno:
Que en su profundo, retorcido seno
Lo albergó hospitalaria madriguera.

Mas súbito, mostrándose á las ranas
Adversa la fortuna, Fisignato
De un pie en la extremidad ha sido herido
Por el rey su contrario, y no pudiendo
Resistir el dolor, clama afligido,
Y de la alta ribera salta huyendo.
Viólo Praséo caer y sumergirse
Semiánime en las ondas, y movido
Del furor de venganza que le ciega,

De su puesto volando decidido,
Á los primeros escuadrones llega,
Y la terrible, ponzoñosa vira
Al rey Trojártas con violencia tira.
Pero no hizo su golpe: que Trojártas
En su broquel se recogió, burlando
Del enemigo bárbaro el deseo,
Y el arma voladora de Praséo
Clavada en el broquel quedó temblando.

Mas Origanio, que cual otro Marte,
Ya sólo entre las ranas combatía,
Con ímpetu acomete
Al monarca ratón; ciego, lo arrolla,
Y rómpele en el cráneo un casco de olla
Que ostenta por adorno y capacete.
Viendo este insulto la enemiga tropa,
Á todo su poder cierra, y embiste
Al divino Origanio, quien, mirando
Su muerte inevitable, no resiste
Los bravos héroes; antes de la liza
Huye, y el patrio légamo buscando,
Por las fáciles ondas se desliza.

Copia también de Marte
En la armadura y fiero continente,
Un ratón en su campo se señala.
Es Merizárpas, príncipe afamado,

Joven, ágil, valiente,
Del insigne Artepíbulo hijo amado.
De gloria codicioso,
Corre, y dejando atrás sus compañeros,
Orilla á orilla él sólo se presenta:
Témenle los acuátiles guerrerros,
Y con tremendos fieros
Maltrátalos audaz y los afrenta.
Júrales que á su raza
Él solo corre á dar fin desdichado;
Y por obra pusiera su amenaza:
Que en armas y en valor era extremado.
Mas no lo quiso Jove, que piadoso
Movió con majestad la excelsa frente,
Diciendo: «¡Oh buenos dioses!
Lleno de admiración y consternado
Contemplo á Marizárpas, que medita
Dar fin él solo á la laguna entera.
Acorra Marte al punto; la guerrera
Palas vuele, y con brazo poderoso
Al negro campeón, fiero y brioso,
Alejen del combate y la ribera.»

Así habló Jove, y respondióle Marte:
«Ni Minerva ni yo, rey de los Dioses,
Con nuestras armas evitar podremos
La perdición y estrago de las ranas.
Todos en su defensa allá volemos,

O tu divino dardo mueve al punto,
Ese tu rayo ardiente
Qué á tus plantas redujo por trofeo
Al cruel, temerario Capanéo,
Y á la raza titánica potente.
De aquel feroz guerrero y obstinado
Encadenar las fuerzas sólo es dado
A ese rayo inmortal, con que venciste
De Encélado las fuerzas y osadía,
Cuando en lucha tremenda confundiste
De los Gigantes la arrogancia impía.»

Marte cesó, y de pronto
Un trueno en la alta bóveda sonando
Con estampido horrible,
Crujió el Olimpo con fragor violento,
Y Júpiter movió su arma terrible,
Vibrándola del alto firmamento.
Al uno y otro campo
Puso el rayo pavor; mas los ratones
Las armas no suspenden:
Antes con nuevo ardor y más porfía
El vasto charco despoblar emprenden.
Pero el supremo Jove
Que desde el alto Olimpo considera
Inútiles los dardos que fulmina,
Viendo el estrecho y la total ruína
De las vencidas ranas, les acude

Con poderosa hueste de auxiliares.

Viéronse de repente
Venir todôs cubiertos
De fuertes espaldares
Á manera de yunques. De costado
Correr con ocho piernas se veían;
Corvas uñas traían;
Las pieles escamadas,
Las bocas de tijeras bien armadas.
Animales de huese, corcovados,
Sin manos, dos cabezas piés torcidos,
Lomos descomunales, extendidos.
Por el pecho miraban;
Del tumulto el lugar todos buscaban,
Los ojos ferocísimos torciendo;
Y de los hombros sin cesar vertiendo
Trémulos resplandores, caminaban.

Es la fuerza auxiliar que Jove envía,
La que con gran porfía
Viene y de la contienda no está lejos,
Una terrible hueste de cangrejos.
Llegan, traban la lid, fieros pelean;
En herir y matar todos se emplean,
Las colas, piés y manos con sus dientes
A los ratones míseros cortando,
Cuyas lanzas botando

De los contrarios en las duras cotas,
Al aire saltan, en pedazos rotas.

De sorpresa y terror sobrecogidos,
El desigual, insólito combate
Sostener los ratones no pudieron;
Y desvandados y en tropel huyeron
Á esconderse en la tierra,
Cuando el sol en los mares se escondía,
Y feneció la guerra,
Después de haber durado todo un día.

NOMBRES DE LOS GUERREROS DE AMBOS EJÉRCITOS.

Ejército de los Ratones.

Nombre traducido.	Nombre griego.	Significación.
Artófago,	Αρτοφάγος.	El que se alimenta de pan.
Embasictro,	Εμβασίχυτρος.	Que olfatea las ollas.
Licanor,	Λειχήνωρ.	Que lame á los hombres.
Licopinante,	Λειχοπίναξ.	Que lame los platos.
Merizárpas,	Μεριδάρπαξ.	Que echa la zarpa á los pedazos que puede.
Nisodiocto,	Κνισσοδιώκτες.	Que acude al olor de la carne asada.
Pernófago,	Πτερνοφάγος.	Que come perniles.
Pernoglifo,	Πτερνογλύφος.	Que horada los jamones.
Piltrao,	Φιλτραῖος.	El enamorado.
Sicarpo,	Ψιχάρπας.	Robador de migajas.
Sijárpas,	Ψιχάρπας.	Robador de migajas.
Sitófago,	Σιτοφάγος.	El que come trigo.
Tirófago,	Τυροφάγος.	Roedor de quesos.
Troglodita,	Τρωγλοδύτης.	Que se esconde y habita en los agujeros.
Trojártas,	Τρωξάρτης.	Que tiene su alimento en las trojes ó paneras.

Ejército de las Ranas.

Borboracídas,	Βορβοροκοίτης.	Que se acuesta en el cieno.
Calaminto,	Καλαμίνθιος.	El morador de los juncales.
Crambófago,	Κραμβοφάγος.	Que se alimenta de coles.
Crohasída,	Κραυγασίδης.	Que despide altos clamores.

Nombre traducido.	Nombre griego.	Significación.
Fisignato,	Φυσίγναθος.	Que hincha los carrillos.
Hydrocáris,	Ὑδρόχαρις.	Que se recrea en el agua.
Limnisio,	Λιμνισῖος.	Habitante de la laguna.
Limnocaris,	Λιμνόχαρις.	Que se recrea en el estanque.
Origanio,	Οριγανίων.	El aficionado al orégano.
Pelion.	Πηλείων.	Que vive en el fango.
Pelobátes,	Πηλοβάτης.	Que anda por el lodo.
Polison,	Πολυφων.	Que grazna estrepitosamente.
Praseo,	Πρασσαῖος.	Que se alimenta con puerros.
Prasófago,	Πρασσοφάγος.	Que devora la alga verde.
Setaleo,	Σευτλαῖος.	Que se alimenta con acelgas.
Ypsiboas,	Ὑψιβόας.	Que grita mucho, ó que da altas voces.

RATONES Y RANAS

que se nombran en el poema, pero que no figuran como combatientes.

Ratones.

Artepíbulo,	Αρτεπιβούλης.	Codicioso de pan.
Lycomil,	Λειχομύλη.	Que lame las muelas.
Pernotracto,	Πτερνοτρώκτος.	Roedor de jamones.
Tyroglifo,	Τυρογλύφος.	Que roe el queso.

Ranas.

Hydromedusa,	Ὑδρομεδούση.	Reina de las aguas.
Peléo,	Πηλεύς.	Habitante del fango.

BIBLIOTECA CLASICA.

CADA TOMO EN RÚSTICA tres pesetas Y ENCUADERNADO EN TELA cuatro pesetas.

Los pedidos al editor, D. Luis Navarro, Isabel la Católica, 25, Madrid.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.—HOMERO: *La Iliada*, traducción en verso de Hermosilla, 3 tomos (1, 2 y 3).—*La Odisea*, traducción en verso de D. Federico Baráibar y Zumárraga, 2 tomos (95 y 96).—HERODOTO: *Los nueve libros de la historia*, traducción del P. Pou, 2 t. (6 y 7).—PLUTARCO: *Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos, 5 t. (21, 22, 23, 24 y 28).—ARISTÓFANES: *Teatro completo*, traducción de Baraibar, 3 t. (27, 34 y 42).—ESQUILO: *Teatro completo*, traducción de Brieva Salvatierra, 1 t. (32).—POETAS BUCOLICOS GRIEGOS: (*Demócrito, Bión y Mosco*), traducción en verso de Montes de Oca, 1 t. (29).—XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia.—La Cyropedia*, traducción de Gracián, 2 t. (46 y 48).—LUCIANO: *Obras completas*. Se ha publicado el tomo primero (55).—PÍNDARO: *Odas*, traducción en verso de Montes de Oca, 1 t. (57).—ARRIANO: *Las expediciones de Alejandro*, traducción de Baráibar, 1 t. (58).—POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *Anacreonte, Safo, Tirteo*, etc., traducción en verso de Baraibar, Menéndez Pelayo, Conde y Canga Argüelles, 1 t. (69).—POLIBIO: *Historia Romana*, traducción de Rui Bamba, 3 t. (71, 72 y 74).—PLATÓN: *La República*, traducción de D. José Tomás y García, 2 t. (93 y 94).

Clásicos latinos.—VIRGILIO: *La Eneida*, traducción en verso de Caro, 2 t. (9 y 10).—*Églogas y geórgicas*, traducción en verso de Hidalgo y Caro, 1 t. (20).—CICERÓN: *Obras didácticas*, traducción de Menéndez Pelayo, 2 t. (14 y 26).—*Obras filosóficas*, traducción de Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro, 4 t. (59, 60, 73 y 75).—*Epístolas familiares*, traducción de Simón Abril, 2 t. (77 y 79).—*Cartas políticas*, traducción de Navarro, 2 t. (83 y 86).—TÁCITO: *Los Anales*, traducción de Coloma, 2 t. (17 y 18).—*Las Historias*, traducción de Coloma, 1 t. (40).—SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del infante D. Gabriel, 1 t. (15).—CÉSAR: *Los comentarios*, traducción de Goya Muniain, 2 t. (44 y 45).—SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*, traducción de Castilla, 1 t. (64).—SÉNECA: *Tratados filosóficos*, traducción de Navarrete y Navarro, 2 t. (67 y 70).—*Epístolas morales*, traducción de Navarro, 1 t. (66).—OVIDIO: *Las Heroidas*, traducción en verso de Mexía, 1 t. (76).—FLORO *Compendio de la historia romana*, traducción de Díaz Jiménez, 1 t. (84).

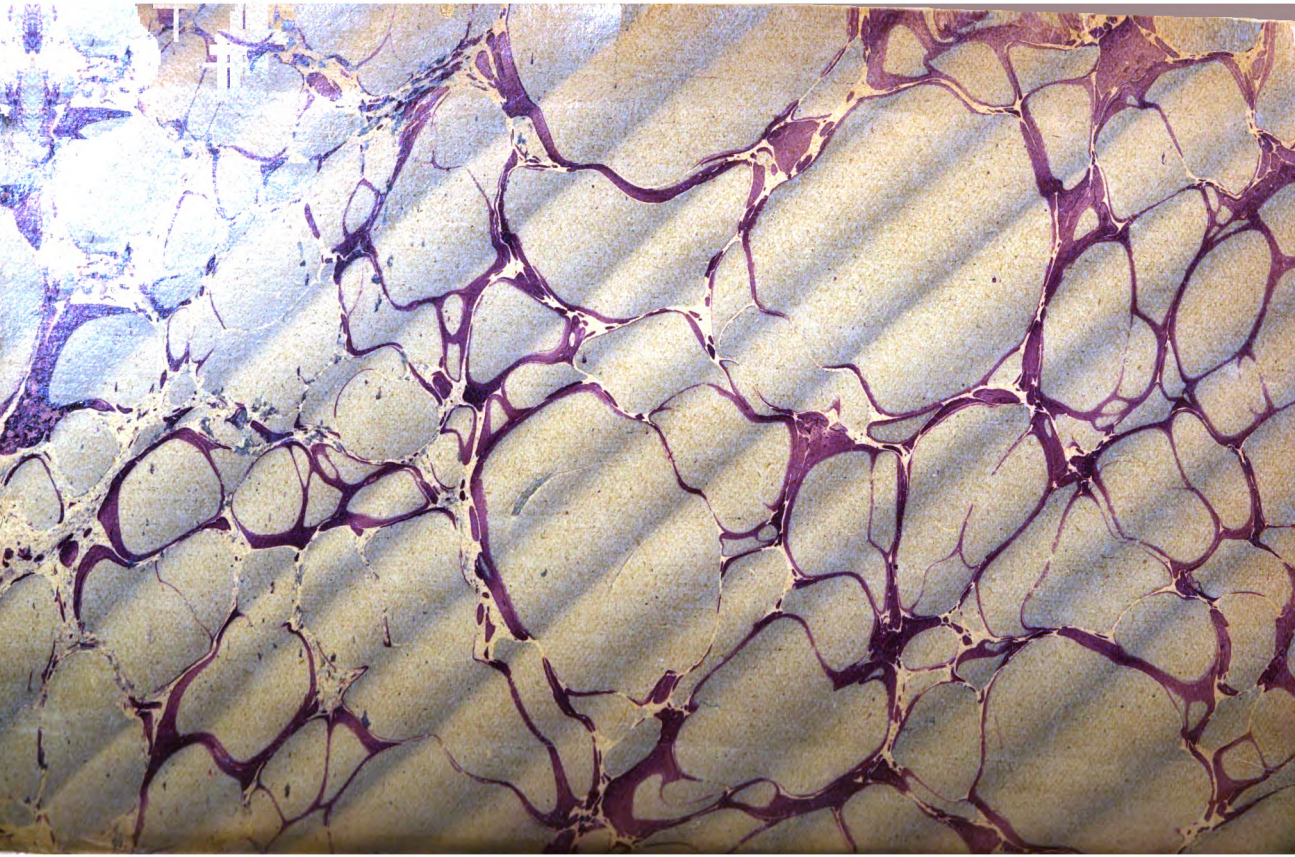
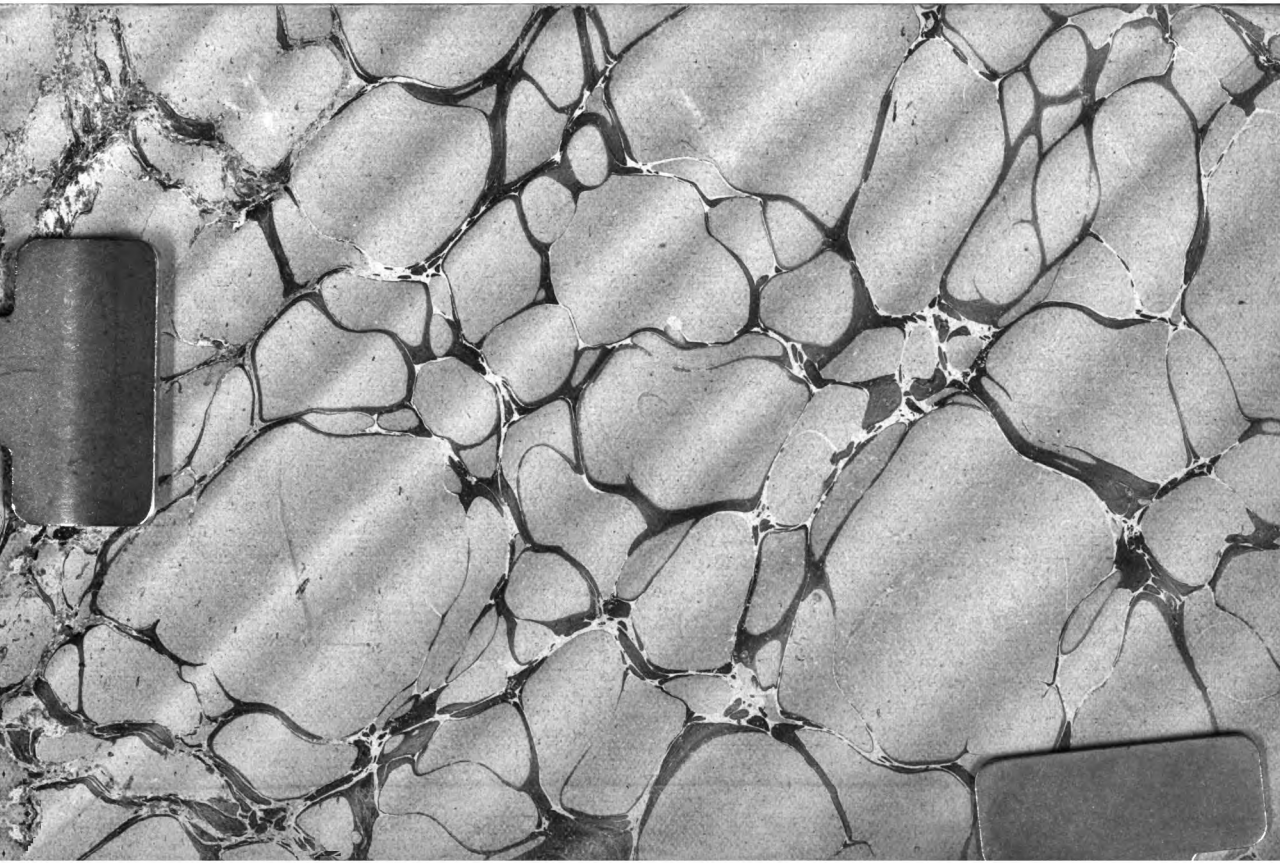
Clásicos españoles.—CERVANTES: *Novelas ejemplares* y *viaje del Parnaso*, 2 t. (4 y 5).—CALDERÓN: *Teatro selecto*, 4 t. (36, 37, 38 y 39).—HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*, 1 t. (41).—QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*, 1 t. (33).—QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*, 2 t. (12 y 13).—DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*, 1 t. (35).—ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*, 1 t. (8).—MELO: *Guerra de Cataluña y política militar*, 1 t. (65).

Clásicos ingleses.—MACAULAY: *Estudios literarios, históricos, políticos, biográficos y críticos*, traducción de Juderías Bender, 5 t. (11, 16, 19, 25 y 30).—*Discursos parlamentarios*, traducción de López, 1 t. (78).—*Vidas de políticos ingleses*, traducción de Juderías, 1 t. (82).—*Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción de Juderías y López, 4 t. (47, 56, 63 y 68).—*Reinado de Guillermo III*, (continuación de la *Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción de López, 6 t. (87, 88, 89, 90, 91 y 92).—MILTON: *El Paraíso perdido*, traducción en verso de Escoiquiz, 2 t. (50 y 51).—SHAKESPEARE: *Teatro selecto*, traducción de Macpherson, 3 t. (80, 81 y 85).

Clásicos italianos.—MANZONI: *Los novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego, 1 t. (31).—*La moral católica*, traducción de Navarro, 1 t. (52).

Clásicos alemanes.—SCHILLER: *Teatro completo*, traducción de Mier, 3 t. (43, 49 y 62).—HEINE: *Poemas y fantasías*, traducción en verso de Herrero, 1 t. (61).

Clásicos franceses.—LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*, traducción de Castilla y Juderías, 2 t. (53 y 54).

EN PRENSA.

DIÓGENES LAERCIO.—*Vidas y opiniones de los filósofos.* Un tomo.